BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO NACIONAL

JORGE ABELARDO RAMOS

HISTORIA DE LA NACIÓN LATINOAMERICANA











COMPARTIR Y EMANCIPAR EL SABER

La edición y reedición digital de estas obras es una apuesta por enriquecer el acervo cultural de la Nación y un paso fundamental en la lucha por garantizar el consumo igualitario de los bienes culturales.

Esta biblioteca reúne los objetivos de la Dirección Nacional de Acción Federal que, a través de diferentes programas, alienta y promueve la inclusión, la revisión histórica y la reflexión crítica para todas las provincias, en pie de igualdad. Asimismo, la iniciativa se enmarca entre los propósitos del Instituto de Cultura Pública que lleva adelante la mencionada dirección.

La Biblioteca Federal representa, para la Secretaría de Cultura de la Nación, el fortalecimiento de uno de sus principales núcleos de acción: la federalización y democratización del saber.

Con más fuerza que nunca, en acciones de esta magnitud, se persigue la descentralización de los contenidos de carácter histórico y artístico que definen una identidad y constituyen un patrimonio público inalienable.

Dentro de esta biblioteca habita un ideal, la tentativa de construir un relato escrito en representación de aquellos que quedaron relegados en los escombros de la historia. Porque cuando el mercado deje de ser el terreno en que se libra la batalla por el derecho a la cultura, el saber popular tendrá el poder emancipador para defender la soberanía y la pluralidad.

Dra. María Elena Troncoso
Directora Nacional de Acción Federal
Directora de Asuntos Jurídicos (A/C)
Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación

Iª edición en Ediciones Continente: septiembre de 2011 3ª reimpresión: mayo de 2012
Diseño de tapa: STUDIO-16 Diseño de interior: Carlos Almar
Ramos, Jorge Abelardo
Historia de la Nación Latinoamericana / Jorge Abelardo Ramos ; con prólogo de Jorge Coscia, la ed. 3a reimp. Buenos Aires : Continente, 2012. 448 p. ; 28x16 cm.
ISBN 978-950-754-327-2
1. Historia Latinoamericana. 2. Investigación Histórica. I. Coscia, Jorge, prolog. CDD 980

Este libro se terminó de imprimir en el mea de mayo de 2012, en la Cooperativa Chilavert Artes Gráficas,
Chilavert 1136, CABA, Argentina (5411) 4924-7676 imprentachilavert@gmail.com (Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)
Encuadernado en la Cooperativa de Trafago La Nueva Unión Ltda.,
Patagones 2746, CABA, Argentina-(5411) 4911-1586 -cooplanuevaunion@yahoo.com.ar (Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)
Las tapas fueron laminadas en Cooperatia gráfica 22 de mayo,
Av. Bernardino Rivadavia 700, Avellaneda, Bs. As., Argentina (5411) 4208-1150 lanuevalacabril@gmail.com (Empresa recuperada y autogestionada por sus trabajadores)

"Años vendrán con el transcurso de los siglos en que el Océano, abriendo sus barreras, nos dejará ver un país de extensión inmensa, un mundo nuevo que aparecerá dentro de los dominios de Thethis; y no será Thule el límite del Universo."

Séneca, que era español.

Siglo I a. de C.

Índice general

Al lector

Se trata de una obra inédita,* ya que Jorge Abelardo Ramos ha modificado la última edición** para agregarle nuevos textos y apreciaciones de América Latina. La muerte lo sorprendió en pleno trabajo creativo y de investigación.

En este libro nos encontramos con la gran aventura de la colonización, la emancipación y las revoluciones nacionales. La tragedia de América Latina en su fragmentación en veinte Estados débiles e impotentes, sometidos al gran poder imperial.

Aunque la bibliografía sobre la deformación económica producida por el imperialismo es abrumadora en América Latina, no existía una obra -ni antigua ni contemporánea que describiese el proceso de "balcanización" sufrido por la heredad hispanocriolla desde los tiempos de San Martín y Bolívar hasta la revolución contemporánea, cuyos nombres simbólicos son Juan Domingo Perón, Fidel Castro, Juan Velasco Alvarado, Salvador Allende, Ornar Torrijos, Getulio Vargas y muchos otros.

De cómo nacieron como repúblicas provincias como el Uruguay, Venezuela, Bolivia, Paraguay, Argentina y Ecuador; de cómo la oligarquía agraria exportadora fusiló o expatrió a los unificadores (Bolívar, San Martín, Morazán, Artigas); de cómo el pensamiento marxista, el nacionalismo y el liberalismo alteraron su naturaleza al cruzar el Atlántico y convertirse en manos del poder oligárquico en productos opuestos a su significado original. Finalmente la Guerra de Malvinas y un epílogo -a pedido de Alberto Methol Ferré donde publicamos una conferencia magistral que sintetiza su pensamiento revolucionario y unificador.

Tales son los temas que el autor ha tratado, arrojando una luz poderosa sobre la historia y el destino de nuestros pueblos.

Víctor Ramos

* Decimos "inédita" ya que se trata de su primera entrega al gran público latinoamericano. Le debemos al proyecto del senador Miguel Ángel Pichetto, presidente del bloque justicialista, la edición del Senado Nacional, que ordenó su publicación sin fines comerciales en el año 2006. [N. de V. R.]

** Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la Nación Latinoamericana*, 2 tomos, Buenos Aires, Peña Lillo, 1975.

Prólogo

Muy pocos libros demuestran, como Historia de la Nación Latinoamericana, ¿a importancia de comprender la historia para pensar el presente y proyectar un futuro.

Escrito hace más de cuarenta años (pero con nuevos e importantes análisis, agregados y correcciones), este libro se ha transformado en la más completa revisión de la historia de los pueblos y los países que conforman América Latina. Es también por ello, y por la perspectiva política de su autor, uno de los fundamentos más consistentes para consolidar la actual etapa de integración que atraviesa el continente.

Su lectura ilumina el presente con la magnífica luz de las raíces históricas de esa permanente pugna entre integración y balcanización, entre patrias chicas sometidas, y Patria Grande unificada y soberana. La investigación minuciosa que Ramos realizó de nuestra historia común se combina con su militancia política ininterrumpida, en pos de afianzar la gran Nación con la que soñaron San Martín y Bolívar. Es, entonces, un libro científico y militante, que hace honor a la premisa de Jauretche que señala que, más que una historia de la política, hay una política de la historia.

En tal sentido, Ramos ha sido uno de los grandes refutadores de la historia oficial. Pocos autores pueden brindarnos una perspectiva tan abarcadora de la historia del país y de América Latina en tan sólo dos obras: Revolución y contrarrevolución en la Argentina *e* Historia de la Nación Latinoamericana. *Comprendió claramente que estas historias interactuaban como análisis, la primera, de un todo (Revolución...), desmenuzado en la segunda (Historia...), para coincidir ambas en el fundamento esencial destinado a transformar políticamente nuestra realidad.*

La prueba de esta interacción se encuentra en la primera página de Revolución..., escrita con la urgencia de quien entendía la necesidad de contar con una obra conceptual que ayudara a retomar el camino de "la revolución", tantas veces frustrado por las fuerzas contrarias de "la contrarrevolución". Esa dialéctica tan contundente y simple da título a este primer libro y anticipa el siguiente, al afirmar:

"La historia de los argentinos se desenvuelve sobre un territorio que abrazó un día la mitad de América del Sur. ¿De dónde proceden nuestros límites actuales? El origen de esas fronteras ¿responde acaso a una razón histórica legítima? ¿Nos separa una barrera idiomática, cierta muralla racial evidente? ¿O es, por el contrario, el resultado de un infortunio político, de una vicisitud de las armas, de una derrota nacional? Sin duda, aparece como fruto de una crisis latinoamericana, puesto que América Latina fue un día no

muy lejano nuestra patria grande...".

De inmediato, arma el nudo indisoluble que ata nuestra historia como argentinos con nuestra historia como latinoamericanos, al escribir:

"Somos un país porque no pudimos integrar una Nación y fuimos argentinos porque fracasamos en ser latinoamericanos. Aquí se encierra todo nuestro drama y la clave de la revolución que vendrá".

Gran polemista y político, el "Colorado" no se conformó con la reflexión fragmentada y apostó a obras totalizadoras de nuestro pasado que requirieron un formidable esfuerzo de investigación y organización de los relatos historiográficos. Honró, de este modo, el trabajo de decenas de historiadores y cronistas citados en sus libros, quienes lo precedieron en la crítica y la revisión de la historia oficial.

Desde su concepción histórica, edificó lo que le gustaba llamar "marxismo de Indias", una izquierda nacional y latinoamericana, a contramano de la izquierda tradicional, que abrevaba de manera conformista en las fuentes de la historia tradicional. Ramos pensaba -y con razón que en esa distorsión de la memoria histórica, se encontraban las claves de los extravíos que llevaron al socialismo y al comunismo argentinos a ser la izquierda del campo antinacional, a distanciarse del peronismo y, de este modo, a desconectarse de los sectores sociales que hubieran debido representar.

Historia... *es, por ello, un libro que reorganiza la idea de una patria común en la senda previamente abierta por los patriotas del siglo XIX, como Bolívar, San Martín, Monteagudo, Simón Rodríguez, Artigas, Sucre, Dorrego o Morazán, y luego continuada por políticos y pensadores latinoamericanos del XX, como el uruguayo Rodó, el argentino Manuel Ugarte, el peruano Haya de la Torre y el boliviano Paz Estenssoro, además de los sueños del Pacto ABC pergeñados por Perón, junto con los presidentes Vargas, del Brasil, e Ibáñez, de Chile. Todos ellos, con la lente de su tiempo, percibieron la existencia de una patria contenedora de sus patrias chicas. Todos ellos aportaron en el largo camino irresuelto de la integración. Todos ellos también -y Ramos lo describe dolorosamente fueron derrotados en vida por las poderosas fuerzas centrífugas de la balcanización.*

Estas fuerzas, basadas en las mezquinas oligarquías regionales, explotadoras de sus monocultivos y negocios comerciales, dieron fundamento a los acuerdos con los países centrales. Las minorías hegemónicas de base agraria fueron el lazo que inmovilizó las fuerzas productivas industriales y de valor agregado de América Latina, el eslabón más débil de los términos internacionales de intercambio. Para hacerlo, dinamitaron la existencia misma de una

gran nación y fomentaron el surgimiento de países dependientes, concebidos en función de su acuerdo comercial con los países dominantes. En paralelo -y esto es esencial en el análisis de Ramos-, reinventaron una historia a su medida, donde los héroes de la Patria Grande pasaron a ser los de las patrias chicas. Reescribieron la trama de una gran gesta con giros farsescos, en los que Bolívar es el antagonista de San Martín; Artigas, el referente de su mayor fracaso; e incluso homenajearon a Bolívar, bautizando el último retazo de la balcanización de América Latina y de las Provincias Unidas.

En el texto, Ramos deja en claro que su visión no es la de un argentino quejoso de las derrotas de su país natal, al cargar claramente las tintas en las responsabilidades de Buenos Aires y su dirigencia por la fragmentación que retrata. Así, en cada capítulo del libro, surgen las responsabilidades de Rivadavia, Alvear, Lavalle y otros argentinos en las derrotas y los renunciamientos de San Martín, Artigas, Dorrego, claves en el comienzo mismo de la disgregación latinoamericana.

La lectura de Historia... nos devuelve a una pertenencia, muchas veces olvidada o arrancada con violencia por la hegemonía cultural de un relato escrito desde las fuerzas que edificaron nuestra dependencia. Al recorrer sus páginas, no deja de sentirse orgullo por el camino retomado.

Actualmente, la integración latinoamericana vive su período de mayor vigor político, a partir de los procesos que comenzaron con el nacimiento del Mercosur y se expandieron con la Unasur, cuyo primer secretario general, por decisión unánime, fue el ex presidente argentino Néstor Kirchner. Su nombre puede sumarse hoy a aquellos de los grandes promotores de la Nación que el autor tanto anhelara. Con seguridad, Ramos hubiera recorrido con emoción el Salón de los Patriotas Latinoamericanos de la Casa de Gobierno, donde la presidenta argentina, Cristina Fernández de Kirchner, colocó, en ocasión del Bicentenario, los retratos de los hombres y las mujeres que él reivindicó, y, del mismo modo, celebraría con comentarios lúcidos y encendidos de ironía la ausencia de otros "prohombres deconstructores" de su Patria Grande.

Es precisamente por los progresos de la integración, con fuertes bases políticas, económicas y diplomáticas, que resulta imprescindible contar con una reedición de Historia... Comprendidas en sus páginas, están -como sostenía Ramos las claves históricas de las frustraciones previas y los anticuerpos para evitar los futuros fracasos. También encontramos los fundamentos que explican, con fluida dialéctica, que aquello que se busca ya existe en las fuerzas culturales centrípetas, edificadas dolorosamente en cinco siglos de historia.

Leyendo a Ramos, uno puede, por ejemplo, establecer que, si la Unión Europea es una desintegración cultural unificada, América Latina es una unidad histórica y cultural desintegrada, en ambos casos, por acción de la política.

Muchas veces, después de algún debate o conferencia, los jóvenes me preguntan qué libro les recomendaría que leyeran. Recurrentemente, sugerí el texto que aquí prologo, a conciencia de la dificultad para conseguirlo. La última edición se realizó en 2006 a través del Senado de la Nación, merced al empuje y el compromiso de Víctor Ramos con las ideas y la obra de su padre. Pero el libro era de distribución gratuita y limitada, e imposible de adquirir en librerías. En mis viajes por América Latina y España, incluso, siempre he llevado ejemplares de esta edición. Los he repartido como quien arroja botellas al enorme mar de nuestra conciencia latinoamericana entusiasta, pero carente de obras que expliquen la historia común. Por ello, esta edición constituye un hecho no sólo histórico y cultural, sino esencialmente político, compatible con los esfuerzos de Ramos en la materia.

Por último, me permito proponer que esta reedición sea el punto de partida de la difusión masiva del libro en las escuelas medias y, sobre todo, en el amplio territorio cuya historia relata. Como texto, será entonces no sólo un material de consulta, sino también un disparador de conciencia colectiva entre los pueblos tantas veces dispersos de una gran Nación.

Jorge Coscia Secretario de Cultura de la Nación
Buenos Aires, septiembre de 2011

Introducción

El propósito de este libro es estudiar de cerca un gran naufragio histórico. Descifrar el secreto de una inmensa Atlántida velada por el tiempo: ¡nada menos!

Nos propusimos averiguar si América Latina es un simple campo geográfico donde conviven veinte Naciones diferentes o si, en realidad, estamos en presencia de una Nación mutilada, con veinte provincias a la deriva, erigidas en Estados más o menos soberanos.

El concepto de "Nación" es anacrónico para la mayor parte de los europeos, sólo en el sentido de que han realizado hace ya mucho tiempo su unidad nacional en el marco del Estado moderno. El nacionalismo de los europeos es tan profundo, arraigado y espontáneo, bajo su manto imperial de generoso universalismo, que únicamente se advierte cuando otros pueblos, llegados más tarde a la historia del mundo, pretenden realizar los mismos objetivos que los europeos perseguían en los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX. Resulta cosa de meditación percibir entonces su afectada indiferencia (teñida de un sutil desprecio) hacia los importunos brotados en las márgenes del mundo civilizado. Es el momento que los europeos eligen para subrayar en los nacionalismos de los países coloniales su fosforescencia folklórica, su pintoresca filiación religiosa o sus evidentísimos rasgos semibárbaros. De la virtuosa derecha a la izquierda neurótica en Europa se manifestó -educativo ejemplo un sentimiento general de repudio hacia el abominable Khomeini. El Ayatollah ha puesto el dedo en la llaga del próspero Occidente. No faltaron a la cita ni el feminismo marxista ni el liberalismo imperial: el común horror hacia la teocracia islámica los encontró unidos.

Apenas el irredentismo irlandés permanece como una mancha sangrienta en la órbita declinante de Inglaterra. Pero aquellos grandes momentos del nacionalismo decimonónico, desde Marx a Lord Byron hasta Garibaldi, ya son vetustas reliquias. A nadie le interesa recordar en el Viejo Mundo que la rapidez prodigiosa con que avanzó Europa occidental hacia la civilización técnica (y EE.UU., desde la guerra civil de 1865) se produjo gracias a la formalización jurídica y arancelaria del Estado Nacional unificado, luego de eliminar el poder social de las clases precapitalistas.

Al permitir una desenvuelta interrelación económica, política y financiera entre todas las partes constituyentes de la Nación, el capitalismo remontó un asombroso vuelo. Desarrolló tal poder multiplicador del aparato productivo con el invalorable auxilio de un expansivo mercado interno, unido a una lengua nacional que procuraba la frontera político-cultural de un Estado, que bien pudo considerarse al siglo XIX como el siglo del movimiento de las nacionalidades. Al mismo tiempo y a la inversa, América Latina perdió la posibilidad de

reunirse en Nación y avanzar hacia el progreso social, tal como lo hacían los Estados recién unidos en el norte del continente americano. Los norteamericanos libraron una cruel guerra civil para abolir la esclavitud. Así unieron su país contra el separatismo esclavista del sur agrícola, sostenido por los ingleses. En una dirección opuesta, las oligarquías agrocomerciales de los puertos se imponían en América Latina sobre las aspiraciones unificadoras de Bolívar, San Martín, Artigas, Alamán, Morazán. La generación revolucionaria de la independencia pereció en las reyertas aldeanas. Fue la ocasión que los hábiles diplomáticos ingleses y norteamericanos, los Poinsett o los Ponsonby, aprovecharon para aliarse a la burguesía comercial y a los hacendados criollos, "la hacienda y la tienda". Y premiaron con un silencio sepulcral a los hambrientos soldados de Ayacucho. Estos soldados criollos habían expulsado de América Latina un Imperio que mantenía unidas a sus colonias, sólo para ver insertarse en ellas a otros más poderosos, que ayudaron a su independencia a condición de que permanecieran desunidas. Serían repúblicas solitarias con soberanía formal, y economías abiertas.

En cuanto al inmenso Brasil, ocurrió algo muy curioso. Por un sorprendente giro de la historia, se transformó de colonia del Imperio portugués, en capital del imperio, pero sin Portugal, en poder de los franceses. Sacudido por incesantes levantamientos y revoluciones, produjo republicanos, místicos, rebeldes y hasta socialistas, pero ninguno de ellos reclamó la abolición de la esclavitud, que había sido suprimida en el resto de América Latina en la primera década de la independencia. Entre el librecambismo británico y el sudor de los negros parasitaba el Brasil imperial: todos los integrantes de esa sociedad, "hasta los más pobres y desamparados", como dice Decio Freitas, vivían a expensas del trabajo de los esclavos.

El antagonismo de siglos entre el Reino de Portugal y el Reino de España, se trasladó a la América revolucionaria hasta nuestros días, gracias a los diligentes británicos, el "máximo común divisor" en la integridad de pueblos ajenos. Argentina y Brasil heredaron esa rivalidad, que era prestada. Por esa razón se elevó un muro entre ambos países, que afortunadamente ha sido derribado para siempre con el promisorio nacimiento del Mercosur.

Por su parte, Cuba era colonia española (hasta 1898), y como en el caso de Brasil, no participó de las guerras de la Independencia, que habían forjado lazos de sangre entre las patrias chicas de los viejos virreinatos y capitanías generales. Como resultado de todo lo dicho, la independencia respecto de España, al no lograr mantener simultáneamente la unidad, eclipsó por un siglo y medio a la gran Nación posible.

En otras palabras, América Latina no está corroída solamente por el virus del atraso

económico. El "subdesarrollo", como dicen ahora los técnicos científicos sociales, no posee un carácter puramente económico o productivo. Reviste un sentido intensamente histórico. Es el fruto de la fragmentación latinoamericana. Lo que ocurre, en síntesis, es que existe una cuestión nacional sin resolver. América Latina no se encuentra dividida porque es "subdesarrollada" sino que es "subdesarrollada" porque está dividida.

La Nación hispanocriolla, unida por el rey, creada en realidad por la monarquía española, se convirtió en un archipiélago político, una polvareda confusa de islas múltiples, gobernadas por los antiguos oficiales de Bolívar o San Martín. Los jefes bolivarianos se habían sumido en la decepción o se habían corrompido en el poder; se dejaron mimar por los exportadores y hacendados. Estos se relamían los labios al atrapar, después de la sangre, las pequeñas soberanías, trocadas en prósperas satrapías. Esa historia se narra aquí.

A diferencia de las "historias" usuales de América Latina, que reproducen en la literatura el drama formal, pues describen las historias particulares de cada Estado a partir de la muerte de Bolívar, país por país, sin rastrear sus vínculos de origen, sin considerarlos como parte de una Nación desmembrada, que omiten evocar a los pensadores iberoamericanos que fueron la conciencia despierta de una América Latina entrevista como una totalidad histórica, por el contrario, este libro aspira a recrear como un conjunto todo lo que fue, lo que es y lo que será.

Durante décadas aparecieron libros sobre la "argentinidad", la "peruanidad", la "bolivianidad" o la "mexicanidad", en cantidades ingentes.

Todos andaban a la busca de su propia identidad nacional o cultural, pero pocos se consagraron a redescubrir la identidad latinoamericana, que era la única capaz de permitir que América Latina, con todas sus partes, se delimitara como un poder autónomo ante un mundo codicioso y amenazante.

En tal situación, no podía extrañar que desde el ocaso de los grandes unificadores, y hasta nuestros días, se reiteraran políticas y emprendimientos tendientes a hipertrofiar las diferencias o ahondar las particularidades.

Como cabía esperar, producida la independencia de España, las nuevas estructuras contaron con sus obvios ejércitos, escudos, empréstitos ingleses, Constituciones, Códigos Civiles, héroes y villanos, y, por añadidura, con una literatura preciosa, hija de los puertos cosmopolitas y hasta con una historia para "uso del Delfín". Todo era chiquito, mezquino, provincial, pero cada Estado miraba por el rabillo del ojo hacia las nuevas metrópolis anglosajonas, buscando en ellas las señales de aprobación.

Relataba el dramaturgo mexicano Rodolfo Usigli, que los intelectuales de su época acostumbraban referirse a sí mismos como miembros de la generación de "posguerra".

"Ahora bien, decía Usigli, en México no hemos tenido una guerra, sino una Revolución."

Pero aunque en Europa habían sufrido una guerra y no una revolución, los cultores del espíritu en México se sentían hijos de una guerra vivida por otros, en lugar de serlo de una revolución que había conmovido su país hasta los cimientos. Todo resultaba una copia miserable.

Sólo así podía concebirse que el historiador boliviano Alcides Arguedas, alquilado por el magnate minero Simón Patiño, como historiador "con cama adentro", fuera el vocero de la cultura boliviana en el mundo o un anglobizantino del género de Borges hiciera de arquetipo de la literatura argentina. El darwinismo social hizo furor y aún domina el pensamiento inconfeso de las élites criollas. El programa de Borges no adolecía de oscuridad. Lo resumió en dos epigramas: "América Latina no existe", y el segundo: "Somos europeos en el destierro."

Desde que Europa tomó posesión de América Latina a partir de la ruina del Imperio español, no sólo controló el sistema ferroviario, las bananas, el café, el cacao, el petróleo o las carnes. Consumó una hazaña mucho más peligrosa: influyó sobre gran parte de la intelligentzia latinoamericana y tendió un velo sutil entre la trágica realidad de su propio país y sus admirados modelos externos. Así, hasta los rebeldes de aldea, y hasta las doctrinas de "liberación", llevaban la marca del amo al cuello. Con el sello de Occidente, eran como cartas de navegación erróneas, preparadas para extraviar a los viajeros.

Todo lo latinoamericano o criollo fue despreciado o detestado. Desde la Ilustración o aún antes, no faltaban antecedentes para ello. Desde Buffon o el abate De Paw, hasta el más lozano egresado de alguna Facultad de Sociología o Historia en la última parroquia, desdeñaban la inmensa tierra bárbara.

Los europeos en tiempos de la Conquista, la Ilustración luego, no podían siquiera imaginar que otros mundos no recorriesen, ni en su fauna, flora o historia, diferentes caminos que los que había conocido el continente modelo. Aplicaban al Nuevo Mundo su propia clasificatoria: así, para Buffon o Voltaire, en América Nueva pululaban leones calvos y tigres minúsculos. Por el contrario, los reptiles y alimañas eran de tamaño gigante.

Indios asexuados e insectos enormes, la Terra Nova, era para algunos, demasiado joven; para otros, demasiado vieja.

A Hegel se le antojaba que aquí no había historia, sino pura naturaleza, que como se sabe, aborrece al Logos. Marx y Engels, por su parte, cuando no encontraban manipulaciones de hierro en alguna sociedad extraeuro pea, la situaban en el "estadio medio de la barbarie", lo que les venía de perilla a incas y aztecas.

El conde de Keyserling explicaba ¡todavía en 1930! a las bellas propietarias de tierras de la refinada Buenos Aires, que América era el continente del tercer día de la creación, ardua jornada que Dios empleó en crear el mar, la tierra, las plantas y la flora. También, según el noble germánico, éste era el asombroso suelo de la "sangre fría". Don Pío Baroja no iba a quedarse atrás: juzgaba al americano del Sur como "un mono que imita" y a América Latina como un "continente estúpido".

La denigración europea se fundaba en la necesidad de ignorar y desacreditar aquello que esquilmaba. La autodenigración de la intelligentzia latinoamericana reposaba, por su parte, en el hecho de que estaba obligada a vivir de la clase directamente dominante, la oligarquía, que no era una clase nacional sino por su residencia e intereses. Cuando la intelligentzia en las últimas décadas, observa la desespiritualización y codicia del mundo occidental, se "izquierdiza" por un momento y ronda en la periferia del stalinis mo, al que supone ambiguamente encarnación del ideal socialista. La catástrofe de la sociedad burocrática inicia otro movimiento pendular hacia la "democracia" capitalista. "Occidentales" o "marxistas", gran parte de los intelectuales pierden su antigua seguridad científica. Pero conservan su aversión académica (académica burguesa o marxista) hacia la sociedad criolla tal cual brotó de manos de la historia. Su utilitario objetivismo la mantiene distante del movimiento histórico vivo en nombre de "un rigor" puramente verbal, que le permite, por lo demás, conservar su "universalidad" y los medios de vida. En el último de los intelectuales latinoamericanos de tipo universitario resuena un eco del abate De Paw.

Excepción hecha de los grandes latinoamericanistas del 900 -Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Joaquín Edwards Bello, José Ingenieros, Manuel González Prada, Rufino Blanco Fombona y muchos otros gran parte de la intelligentzia consumía sus vigilias torturada por las obsesivas modas de la Grande Europa. Por ejemplo: a fines del siglo XIX resurgía el helenismo en Francia y en toda Europa. La crisis entre la burguesía liberal y la Iglesia católica, asumía la forma indirecta de una revalorización estética de los nobles modelos de la Antigüedad.

Y como no podía ser menos, en América Latina aparecieron puntualmente los helenistas nativos: en el Altiplano boliviano, un profeta tonante y barroco, Franz Tamayo, a la vez indio y terrateniente de indios, escribía Las Oceánidas; Lugones, en la Argentina ganadera, publicaba Estudios helénicos y El ejército de la Riada; en México, la más grande figura intelectual de la Revolución nacida en 1910, Vasconcelos, invertía por una senda propia el legado franco-griego: exaltaba la búsqueda de un camino nacional en Prometeo vencedor.

A su turno, Alfonso Reyes concebía refinadísimas tragedias griegas; Ricardo Jaime Freyre

soñaba brumosas mitologías escandinavas.

La patente francesa "imprimía carácter" a la inteligencia latinoamericana y la esterilizaba en el acto; y el librecambismo anglosajón cegaba enseguida toda cultura industrial nativa.

En la historia latinoamericana, sobre todo a partir de 1880, aparecieron una veintena de microsociedades en cada una de las cuales no faltaban ni una "burguesía nacional", ni un "proletariado", ni una "pequeña burguesía", según estatuía la prestigiosa clasificación marxista europea. Claro está que todo lo latinoamericano aparecía en un nivel más bajo, bajo una forma monstruosa o insólita, sea como un Tirano Banderas o un puñado de coroneles-terratenientes que desafiaban todas las clasificaciones.

Si Europa producía un arte simbólico, inspirado en las formas del hombre primitivo, en ciertas partes de América Latina esto era pura pintura figurativa, ya que el exquisito salón de arte moderno de Lima, pongamos por ejemplo, no estaba demasiado lejos del selvícola de Iquitos o del cazador de caimanes del Amazonas. Estas sociedades imitativas ofrecían asombrosos contrastes. A partir de la "balcanización", se dictaron códigos burgueses que debían servir a estructuras latifundistas fundadas en la servidumbre personal. Tales códigos habían sido en Europa el resultado de una revolución que había dividido las tierras de la nobleza para entregarlas a pequeños propietarios. En América Latina esos códigos eran empleados para garantizar la estructura agraria arcaica.

Se importaban, asimismo, las formas vacías de un liberalismo formal para pueblos que no habían conocido sino dictaduras semiseculares o el parloteo incontenible de Parlamentos elegidos por el fraude, integrados por diputados venales. Todo se acarreaba de afuera, pero todo era pacotilla, pues nada se adaptaba a la realidad latinoamericana, como aquellos gruesos abrigos de piel que usaba el patriciado de Río de Janeiro en el siglo XIX, sudando a chorros en el trópico y harto satisfecho de que también se usaran en Londres, de donde se importaban.

Calurosos abrigos para tierras cálidas resultaron ser los productos socialistas, liberales y marxistas que llegaron desde lejos. En su primera etapa, unos respondían al preclaro modelo del laborismo de su Majestad británica; otros a la inescrutable política soviética, ya muy lejano del brillo ígneo de aquel Octubre. Los demócratas profesionales, empapados de juricidad y de las polvorientas premoniciones de Alexis de Tocqueville, por su parte, diseñaban un pequeño Capitolio blanco para cada parroquia, trocada en república.

Esta combinación sincrética de cultura liberal inauténtica y de marxismo importado para intelectuales "en vía de desarrollo", según Augusto Céspedes, dio sus frutos. Pues junto a los ferrocarriles o usinas, los grandes imperios introdujeron en estas 'Sociedades indescifrables

un estilo de pensamiento que modeló la historia, las ideas políticas, la sociología, el proceso cultural, las artes y las costumbres.

No pocas particularidades de América Latina encontraron obstáculos para desenvolverse por un camino propio bajo la insinuante y deslumbrante presión occidental. Desde la derecha o la izquierda, la extranjería reinó soberanamente, tanto en las estadísticas de exportación como en el modo de interpretarlas.

De tal suerte, América Latina resultó ser el suelo ideal de politiqueros, terratenientes y expertos extranjeros. La ciencia social se alejó todo lo posible del drama real, aun en aquellos casos en que parecía estudiarlo. Envanecida por un supuesto "rigor científico", la ciencia social se vio impregnada hasta la médula del empirismo sociológico de cuño norteamericano, con su ficticio carácter neutro, o del marxismo-leninismo, petrificado en una escolástica indigerible, fundada en un homo ceconomicus archimetafísico. La coincidencia entre ambos se manifestaba en el desconocimiento común de la cuestión nacional de América Latina. Reducían todo el drama, según los casos, a:

1) Un supuesto duelo entre la burguesía y el proletariado, en el interior de cada Estado.

2) Fundar el crecimiento económico mediante la repetición nativa del capitalismo europeo, en el marco político de una "democracia" formal de dudoso cuño.

3) Repetir de un modo elíptico la versión provincial de una historia falsificada.

Si el Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, del Paraguay, era un dictador neurótico para Carlyle, era natural que también lo fuera para la historiografía latinoamericana; la condenación legendaria de Juan Manuel de Rosas era de oficio; para los calvinistas de Nueva Inglaterra, el católico Lucas Alamán era un "reaccionario" puro y simple: ¡debía serlo sin duda para los mexicanos!

La tentativa de reproducir las "formas" de los conflictos políticos, jurídicos o religiosos europeos o yanquis en América Latina, prescindiendo de sus contenidos históricos reales, tuvo pleno éxito. Un ejemplo notable: el enfrentamiento del despotismo ilustrado borbónico con la Compañía de Jesús, asumió un significado muy claro en Europa, aunque invirtió su signo en América Latina. En el Nuevo Mundo se expresó contra las Misiones jesuíticas.

Pero aquí todo era diferente. Pues los jesuitas defendían a los indios, en lucha constante contra los bandeirantes del Brasil que los cazaban en las Misiones, para reducirlos a la esclavitud en las tierras del Oeste. El anticlericalismo, bajo este aspecto, y en América del Sur, era una simple máscara de esclavistas y latifundistas. Tal es otro de los temas de esta obra.

A propósito de la contradicción entre forma y contenido, es educativo recordar que en la sociedad esclavista del Brasil imperial o republicano, los propietarios de negros eran positivistas y gramáticos sutiles. El escudo brasileño lleva aún la divisa de Augusto Comte: "Ordem e Progreso". En la avanzada Argentina del siglo XX, matar de un balazo a un indio colla, peón en una finca del norte argentino, carecía de consecuencias penales para el asesino, dueño de la finca, probablemente senador nacional por su provincia, y, naturalmente, firmante de leyes y proyecto de leyes. En México, ¿no eran los "científicos", y sus amigos plutócratas del porfiriato, la crema de la inteligencia, en un océano de peones sin tierra y de indios sin destino? ¿No fue Sarmiento y no lo es todavía, uno de los venerados proceres de América Latina (sobre todo, de la oligarquía argentina) aclamado hasta en la Cuba de Fidel Castro? ¿Pero no es Sarmiento el más indudable degollador de gauchos, y propagandista literario del degüello? ¿No han circulado, acaso, en América Latina sus cartas al general Mitre, otro semidiós del Parnaso oligárquico, en las que le aconseja que "no ahorre sangre de gauchos que es lo único que tienen de humano"?

En su favor, es preciso reconocer que fundó la Sociedad Protectora de Animales, entidad que aún subsiste, pues el célebre educador era más compasivo con los perros que con los gauchos. Numerosos "marxistas" de nuestro tiempo rinden culto a Sarmiento, a Mitre y a otros Santos Padres de la historia que se cree. Escojo al azar algunas perlas; pero toda la historia de América Latina ha corrido por las manos de monederos falsos.

En definitiva, ¿acaso el carácter semicolonial de la América Latina disgregada y la pérdida de su conciencia nacional no se prueba en no pocas de sus Universidades? Muchas han sido sensibles como la cera para grabar en ellas la tipología de las preferencias u ocurrencias europeas o norteamericanas, académicas o iconoclastas, en materia sociológica, económica o política. Aunque esta influencia deformante se expresara en el pasado desde una óptica de respetabilidad conservadora y luego asumió la atrevida máscara de un "izquierdismo abstracto", en sustancia no ha variado el espíritu cortesano, ya que los grandes temas de la Nación inconclusa permanecen intocados para ellos.

Esa coincidencia esencial entre unos y otros, radica en ignorar que sólo se devela el enigma histórico de América Latina con la fórmula de su unidad nacional.

Resulta irrelevante que unos se consagren a plantear el "desarrollo" de cada una de las repúblicas latinoamericanas mediante los auxilios del capital extranjero; o mediante el crecimiento independiente del capitalismo nacional; o a través de la revolución socialista, si cada uno de los arbitristas rehúsa considerar a América Latina como el espacio político de una Nación no constituida.

José Stalin había pretendido transformar el inmenso imperio zarista en un "socialismo en un solo país". Sus herederos, y los adversarios de sus herederos (los trotskistas) así como los adversarios de ambos, herederos a su vez de Mao, fantasearon hacer de América Latina el paraíso de veinte socialismos, de veinte gobiernos obreros y campesinos, de veinte dictaduras proletarias, es decir, concibieron todos los requisitos prácticos y teóricos para fracasar puesto que estos veinte Estados no tenían y no pueden tener un destino singular.

Son "naciones no viables". Pero forman, entre todas una Nación formidable. De otro modo, véase el destino actual de Cuba, encerrada entre el monocultivo y el mar, entre la venta de azúcar y su insularidad sofocante.

No era por cierto el "fantasma del comunismo" el que recorría Europa, según las palabras de aquel ardiente joven Marx. Lo que recorría Europa en 1848 era el fantasma del nacionalismo, de la revolución burguesa, que seguía su marcha hacia el este y sur y ante la que se abría un largo camino histórico.

Es bastante significativo a este respecto que al día siguiente de redactar con Engels el Manifiesto Comunista, estallara la revolución antifeudal en Europa y Marx viajara al sur de Alemania para redactar la Nueva Gaceta del Rin, órgano de la burguesía democrática alemana.

Si la burguesía ha resuelto ya en el Occidente capitalista su cuestión nacional hace siglos (puede añadirse hoy la unificación alemana), en el mundo colonial y semicolonial el problema continúa en pie.

La división de Corea, artificialmente creada por el imperialismo; los problemas por constituir una Confederación Indochina; la incumplida unidad nacional del pueblo árabe; la inmensa cuestión africana, fragmentada en Estados que no responden a ninguna realidad económica, política, geográfica, ni siquiera tribal; la necesidad de una Federación Balcánica que armonice los antagonismos étnicos; en suma, la propia cuestión nacional irresuelta en América Latina dice bien a las claras que sólo el imperialismo, fundado en sus gigantescos Estados nacionales, puede oponerse, como se opone, a la unidad nacional de los pueblos débiles. Divide et Impera: la fórmula romana sirve aún a quienes la emplean en nuestro tiempo. De donde se deduce que las fórmulas del "internacionalismo obrero" o del estéril "marxismo leninismo", constituyen reglas funestas para entender y obrar en la vida contemporánea de América Latina. ¿Como ha sido posible que un instrumento tan fino y dúctil como el pensamiento de Marx haya adquirido semejante tosquedad al atravesar el Atlántico? Baste señalar que la creación de "marxistas-leninistas" en tubos de ensayo se manifestó, por ejemplo, en México, cuyo Partido Comunista fue fundado por el japonés

Katayama, el hindú Roy y el norteamericano Wolfe. En la Argentina, el italiano rusificado Codovilla imprimió al partido respectivo un indeleble sello de ajenidad y lo instaló en el último medio siglo en la órbita oligárquica.

En América Latina el nacionalismo no es separable del socialismo ni de la democracia. Tales aspiraciones indisociables reflejan de modo combinado las claves de su necesario salto histórico hacia la Revolución unificadora y la liberación social de toda explotación; sin ellos, no podemos reconocer ni explorar la historia enterrada en nuestra tierra dolorosa y dividida.

Para concluir: el presente libro es una tentativa para examinar la vida de América Latina desde múltiples ángulos. Se trata de penetrar en su núcleo interior atravesando la espesa capa de prejuicios que lo ocultaron durante un dilatado período histórico. El autor se dio como objetivo escrutar "la Nación sin historia", analizar su olvidada trama, verla como un todo sufriente y viviente y estudiar las fuerzas nacionales que ha engendrado. Procuró llamar a las cosas por su nombre propio o inventarle uno adecuado a su específica naturaleza, pues, como decía el padre Acosta en una carta al rey: "A muchas destas cosas de Indias, los primeros españoles les pusieron nombres de España".

Buena lección para no repetirla con la historia, la sociología y las ideas de la América Criolla: el lector no contemplará aquí leones calvos, sino la bestia soberbia que los quechuas llamaron puma.

JAR

Buenos Aires, 15 de mayo de 1994

Capitulo 1

La España caballeresca

"Si Don Quijote atribuye a encantamiento de la realidad la inconciliabilidad del mundo y de sus ideales y no puede comprender la discrepancia de los órdenes subjetivo y objetivo de las cosas, ello significa sólo que se ha dormido mientras que la historia universal cambiaba."

Arnold Hauser

1. Orígenes del particularismo español

La historia de España, en el último milenio, comprende dos grandes momentos. Uno de ellos es el feroz combate, que se prolonga durante siete siglos, contra la civilización árabe, incrustada en el territorio de la antigua Hispania romana. El segundo, es el descubrimiento y colonización de América.

La caída de Granada, último bastión musulmán en suelo español, corona la soberanía territorial de las Españas. Queda eliminado así el poder político de los árabes, justamente en 1492. En ese mismo año sorprendente, tan sólo nueve meses más tarde, el Almirante de la Mar Océano incorpora América a la geografía mundial. Estos dos grandes acontecimientos se producen bajo el reinado de Isabel y Fernando, los insignes monarcas de Castilla y Aragón.

La pareja real encarna la hora más decisiva de la historia hispánica. Por añadidura, el nombre de Isabel la Católica está profundamente vinculado a la creación de la Nación Latinoamericana, como ya empieza a llamársela a fines del siglo XX.

De tal suerte, la ansiada unidad política de España, que apenas era un díscolo puñado de reyecías y baronías, había costado la sangre de generaciones sin cuento. La constitución del Estado Nacional, aun débil y aquejado de toda suerte de flaquezas, se había alcanzado, al fin, como fruto de una guerra de religión.

Para lograr la plena soberanía española, se impuso hacerla bajo el signo de la cruz. Esa poderosa inspiración forjó un ideal heroico, que perduró como rasgo psicológico de los españoles a través de las edades, cuando ya todos los héroes habían desaparecido. Tal grandioso objetivo, la unión de los reinos con la fe, requirió un inmenso esfuerzo. Lo dicho permite explicar las causas que transformaron a España en una sociedad militar, capaz de velar y emplear sus armas durante setecientos años.

Esa interminable guerra nacional y religiosa, dejaría huellas profundas en la sociedad española, en sus particularidades regionales, en sus lenguas y en su estilo de vida. La historia

de España, de alguna manera, nace en dicha cruzada y se impregna hasta la médula de esta agotadora prueba. Bajo la luz cruel de tal historia, nació la raza de hierro que descubrió, conquistó y colonizó las Indias, así llamadas por Colón bajo la influencia arcaica de los mapas de Ptolomeo.

El matrimonio de Isabel y Fernando constituía, a su vez, un paso más hacia la unidad nacional de España: Castilla y Aragón, por los azares dinásticos, constituían una diarquía. Reunían en la pareja real a reinos hasta entonces separados.[1] Como convenía a la marcha general de la historia europea y a los progresos del capitalismo en Occidente (que no es lo mismo que decir a la historia de América Latina), con los Reyes Católicos la monarquía feudal esbozó su voluntad de marchar hacia una monarquía absoluta. En otras palabras, a establecer la preeminencia de la monarquía sobre la insularidad feudal de la nobleza, opuesta a la constitución de la Nación. Estos particularismos y esta nobleza hundían sus raíces en la cruzada contra los moros. De esas luchas España había heredado un encarnizado individualismo. Ahí medraba un sistema de fueros, que cada ciudad o reino defendía celosamente, tanto frente a la nobleza de espada, como ante las tentativas reales de sujetar a los pequeños reinos a un poder centralizado.

Los reinados y baronías que componían la España del siglo XV, se habían ido creando en la Reconquista contra los musulmanes, sobre cada pedazo de tierra conquistada. Aquellos fragmentos étnicos que en el curso de los siglos llegarían a constituirse en el pueblo español, libraron con los moros una guerra de inigualable crueldad, donde el derecho a la tierra y la fe jugaron el papel principal. El historiador Oliveira Martins escribe:

"El movimiento de la Reconquista había empezado en Asturias de un modo cabalmente bárbaro; fue un retroceso a la vida primitiva. Las partidas de Pelayo no constituían un ejército ni se reunían en una corte; eran una horda, y he aquí como un cronista árabe describe al Rómulo español y a sus compañeros: 'Viven como fieras, nunca se lavan ni cambian de ropa, que conservan hasta que de puro vieja se les cae a pedazos'". Y agrega Oliveira Martins: "La impresión que producirían a los árabes estos feroces y bárbaros campeones, sería análoga a la que sufrieron, sin duda, los galo-romanos refinados al ver a los salvajes compañeros de Atila"[2]

Pero ya en los siglos X y XI, se incorporarán a la lucha elementos de civilización cristiana, nuevas técnicas de guerra, se esbozan los rasgos de clases sociales más definidas y

---

1 Veanse Soldevila, *Historia de España*, T. IV, Ed. Ariel, Barcelona, 1959; y Altamira, *Historia de España y de la civilización española*, T. III, Ed. Herederos de Juan Gili, Barcelona, 1913,

2 2 J. P. Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1951, p. 189.

se perfila el ideal heroico. Esa lucha secular adquiere o parece adquirir un sentido. Se entiende entonces al Poema del Cid y al Cid mismo, que prolongará por siglos en el alma española la visión caballeresca de la vida. El Quijote será su reencarnación tardía y burlesca. El Cid hablará de este modo:

"Enbragan los escudos delant los coragones,
abaxan las langas abueltas de los pendones,
enclinaron las caras de suso de los arzones,
ívanlos ferir de fuertes coragones.
A grandes vozes llama el que en buen ora nagió:
«¡Feridlos, caballeros, por amor del Criador! »¡
Yo soy Roy Díaz, el Qid, de Bivar Campeador!»".

Cada una de las reyecías católicas estaba separada de las demás: se erigían sobre los más diversos accidentes y relieves geográficos. La disgregación del latín medieval, entretanto, y el aislamiento de los pueblos cristianos, facilitó la creación de lenguas y dialectos regionales como el castellano, el portugués, el catalán y el gallego, que permanecieron individualizados hasta hoy (caracterizados hasta por notables y singularísimas literaturas), pese a la lenta y progresiva influencia de la lengua castellana.

El triunfo general de esta última, traducía en la esfera idiomática la hegemonía de la monarquía castellana sobre las restantes, que, por lo demás, no retrocedían sin luchar. Así se formaron durante siglos, leyes y costumbres populares, al tiempo que un estilo militar de existencia, donde la nobleza adquirió privilegios nacidos de su papel en las guerras. Estas prerrogativas marcaron toda la historia posterior de España. El poder real se vio constantemente limitado por la resistencia armada de los dominios señoriales.

"España se encontró en la época de la resurrección europea -escribe Marx-, con que prevalecían costumbres de los godos y vándalos en el norte y de los árabes en el sur."[3]

Al mosaico racial y cultural de España, debía agregarse la presencia de los judíos. Poderoso grupo étnico-religioso, este pueblo-clase, según la definición de Abraham León, era actor dominante en la ciudad medieval, donde florecía el capital comercial. Análogamente, los árabes constituían la porción más laboriosa y técnicamente eficaz de su economía agrícola. Esa "aglomeración de repúblicas mal administradas con un soberano nominal a la cabeza",[4] [4]encontró la primera posibilidad de marchar hacia una unidad nacional gracias al

---

[3] Marx, *La revolución española*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1958, p. 8.

[4] 4 Ibíd., p. 13.

poder central que comienzan a encarnar los Reyes Católicos. La misma monarquía expresaba claramente el precario carácter de esa unidad: mientras que en la Castilla de Isabel predominaban los intereses señoriales, en el Aragón y Cataluña de Fernando prosperaba la burguesía de los puertos marítimos, vinculados al comercio con Europa y Oriente. Así, en su propio seno, la monarquía que buscaba la organización de una sola nación, asumía simbólicamente un carácter bifronte. Las dos Españas se enlazaban y disputaban con Isabel y Fernando.

2. La nobleza enfrenta a la monarquía nacional

La oposición de la nobleza castellana a la unidad de España, se había manifestado de manera inequívoca al difundirse la noticia de que la heredera del trono de Castilla, Isabel, contraería enlace con Fernando, heredero del trono de Aragón. La furia de Enrique el Impotente, rey castellano y hermano de Isabel, no tuvo límites.

Los cortesanos, expertos intrigantes de Corte, sugieren al oído del rey la idea de aprisionar a Isabel. Al mismo tiempo, la infanta demostraría su inteligencia política, luego proverbial, al decidirse, entre todos los pretendientes, por la persona de Fernando. Así podrían unirse las dos Coronas, incluida la poderosa Cataluña, asegurando, quizás, de modo decisivo, la unidad de las Españas.

La conspiración de los feudales estaba en marcha; había que actuar rápidamente. Ante el peligro inminente de que las tropas de su hermano el rey puedan aprisionar a Isabel, el arzobispo Alonso Carrillo de Acuña, consejero de la infanta, rescata a la futura reina de su Castillo de Madrigal de las Altas Torres. Protegida por 300 lanzas, Isabel huye de su castillo, escoltada hasta Valladolid. Desde allí, el arzobispo convoca urgentemente a Fernando de Aragón. Es preciso celebrar la boda de inmediato. Los peligros que acechan a los futuros contrayentes son enormes. La levantisca nobleza se opone a todo poder centralizado que pueda recortar sus privilegios. Los Grandes de España, en su aturdida soberbia, y por el goce del verdadero poder alcanzado, consideraban al rey, antes de Isabel y Fernando, primum ínter pares. Hasta el rey de Francia, Luis XI, observaba con alarma el futuro gran poder español, que podría nacer de la unión de Castilla y Aragón. Por cierto que, a su vez, poderosos intereses aragoneses trabajaban dentro de la nobleza castellana en favor del matrimonio, o sea, de la unión de ambas coronas. Escribe Elliott: "Parece ser también que poderosas familias judías de Castilla y Aragón deseaban consolidar la vacilante posición de la judería castellana y trabajaban por el matrimonio de Isabel con un Príncipe que había heredado

sangre judía, a través de su madre".[5]

El matrimonio, dictado por razones de Estado, adquiere, por imperio de las circunstancias, un sesgo romántico: disfrazado de arriero, el príncipe Fernando avanza lentamente por la meseta castellana, conduciendo las muías que ocultan las insignias de su rango, mezclado a una caravana de comerciantes. Viajan de noche, por caminos poco transitados. Al llegar a las murallas del burgo de Osma, "no es reconocido y por poco lo matan si no se da a conocer".[6]

Los novios no se habían visto nunca. Isabel sólo contaba 18 años; Fernando tenía uno menos. Parece que la muy juvenil infanta, y ya mujer de Estado, experimentó un flechazo, al contemplar por primera vez a Fernando. Dice un historiador, que los ojos de Isabel se miraron en los "bellos, grandes, rasgados y rientes" de Fernando.[7]

El matrimonio, tan azaroso, y tan rodeado de acechanzas y confusas pasiones, seguramente no sólo de pasiones políticas, se celebró el 18 de octubre de 1469, bendecido por el arzobispo de Toledo. El pueblo de Valladolid bailó en las calles durante una semana. Amor a primera vista aparte, la naturaleza política de esta unión conyugal resulta evidente. Fernando de Aragón acepta sin chistar las condiciones del contrato matrimonial que le impone el círculo castellano de Isabel. Como la perspectiva de llegar al trono no era dudosa, escribe un historiador:

"Fernando se comprometía a respetar las leyes y costumbres de Castilla, a residir con la infanta y a no abandonarla sin su consentimiento y a no hacer nombramientos militares o civiles sin contar con su aprobación. Igualmente dejaba en manos de la infanta los nombramientos de beneficios eclesiásticos y se comprometía a no enajenar las propiedades de la Corona, todo lo cual aludía directamente a la futura situación y jerarquía de Isabel de Castilla"[8][8]

Asimismo, Fernando juró continuar la Cruzada contra los moros. Consintió, por añadidura, en que si Isabel sucediera a su hermano Enrique IV, el Impotente, en el reino. Don Fernando ostentaría el título de rey como una cortesía de su esposa.[9]

Muy otras cortesías debería brindar la gran Isabel a su marido. Ya monarca, Fernando de

---

[5] J. H. Elliott, *La España imperial*, Ed. Vicens Vives, Barcelona, 1969, p. 15.

[6] Ibíd.

[7] Ibíd.

[8] Manuel Ballesteros Gaibrois, *Isabel de Castilla, Reina Católica de España*, Ed. Nacional, 2a ed., Madrid, 1970, p. 104.

[9] Ibíd.

Aragón despertaría frecuentes celos de la reina por sus irresistibles galanteos a no pocas damas de la Corte. A lo largo del reinado de la célebre pareja, tales galanteos tuvieron felices consecuencias. Isabel la Católica, cuando los benditos niños nacidos fuera de los lechos reales, resultaban ser niñas, las introducía, a su debido tiempo, en un convento, en el mayor de los secretos. En cuanto a un hijo natural, don Alfonso, habido con doña Aldonza Iborra de Alamán, resuelta dama que solía acompañar en público al príncipe Fernando vestida de hombre, el más tarde rey (y amoroso padre) lo designó arzobispo de Zaragoza a la tierna edad de 10 años.

Si dejamos de lado tales intimidades conyugales, conviene echar una mirada al estado político de los reinos españoles al día siguiente de la resonante boda.

Conviene tener presente que Isabel, al preferir a Fernando, había desdeñado al rey de Portugal. Alfonso V, el monarca portugués, era un viudo otoñal, incomparable con el seductor adolescente aragonés. Lo que era políticamente más decisivo: su enlace con Isabel suponía una arriesgada postergación o abandono de la unión entre los dos reinos más poderosos de España. Rechazado por la infanta, Alfonso V volvió sus ojos hacia Juana, hija del rey Enrique el Impotente. La opinión pública, siempre piadosa, ponía en duda la paternidad del rey, cuya discutida virilidad clamaba al cielo. Por esa causa, se llamaba a la princesa Juana, "la Beltraneja", apellido de un atractivo cortesano, Beltrán de la Cueva, privado del rey. La pasión dinástica en la disputa sucesoria inventó otro apodo para la Beltraneja: algunos se referían a ella como "la hija de la reina".

La posibilidad de un matrimonio entre ambos, permitió establecer una alianza entre Portugal y el partido de la hija del rey Enrique IV.

El fallecimiento de este último, el 11 de diciembre de 1474, desencadenó una guerra civil. Isabel se proclamó reina de Castilla; la Beltraneja, por su lado, hizo lo propio algunos meses después. Con la ayuda de los Grandes de Castilla y las tropas portuguesas, Juana reclamó el trono castellano. Se hizo inevitable un enfrentamiento armado. En esa ocasión Fernando recibió un apoyo capital de los expertos militares de Cataluña. El partido de la nobleza castellana, en definitiva, resultó vencido.

Al fallecer, en ese mismo año de 1479 Juan II, rey de Aragón, Fernando ciñe la corona de su padre. Y de este modo, Isabel y Fernando unen, al fin, los dos grandes reinos. No era poca cosa, en la marcha hacia la unidad nacional de las Españas.

Ahora bien, ¿quién era y cómo era Isabel la Católica?

Hernando del Pulgar, un intelectual converso o "marrano", secretario real y diplomático, autor del libro Claros varones de Castilla, recordó a la joven reina en estos términos: "Era de

mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca e rubia; los ojos entre verdes y azules, el mirar gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara muy hermosa e alegre".

El mismo cronista anota otras dos observaciones significativas: "Amaba mucho al Rey su marido e celábale fuera de toda medida... Era mujer muy aguda y discreta... hablaba muy bien y era de tan excelente ingenio, que en común de tantos e tan arduos negocios como tenía en la gobernación de sus Reynos, se dio el trabajo de aprender las letras latinas, e alcanzó en tiempo de un año saber en ellas tanto que entendía cualquier habla e escritura latina".

Contaba la biblioteca privada de la reina Isabel con 250 volúmenes, cantidad muy considerable para la época, en particular para la nuestra. No sólo la reina leía los libros de santos, o las obras de San Agustín, así como los textos bíblicos, sino que en su biblioteca se encontraban obras de historia y libros de derecho civil y eclesiástico. Un ejemplo notable son las Partidas -una especie de enciclopedia jurídica del siglo XIII que inspiró Alfonso X de Castilla-, Si curioso resulta encontrar en la biblioteca personal de Isabel los grandes autores antiguos, como Tito Livio, Plutarco y Virgilio, todavía más sugerente y punzante aparece el atrevido y sensual Renacimiento con la presencia de un libro de Boccaccio. El ruborizado biógrafo de la Reina Católica omite informarnos sobre su título. Isabel también pudo deleitarse con el Arcipreste de Hita -Juan Ruiz—, cuyos osados poemas amorosos corren parejos con su ácida crítica a las costumbres de la época. En fin, recorrer el catálogo de la reina, en el que no faltan tratados de medicina y hasta de astrología, permite asomarse a la cultura intelectual y artística de esta mujer singular que España dio al mundo en la hora de su unidad nacional.[10]

La gran reina había nacido en 1451, casi con la invención de la imprenta. A Isabel se debe, precisamente, la incorporación a España de numerosos talleres de impresión, algunos de gran calidad tipográfica, como los importados del centro de Europa y de Venecia, destinados significativamente a imprimir las Partidas.[11]

Fue la Mecenas de su tiempo, protectora de humanistas como el siciliano Marineo Sículo, traído a España en 1484, y de Pedro Mártir de Anglería, natural de Milán, llegado a Castilla en 1487. Sacerdote mundano, humanista y letrado favorito de la corte vaticana, Mártir de

---

[10] Inventario de los libros de la reina doña Isabel que estaban en el Alcázar de Segovia a cargo de Rodrigo de Tordesillas, vecino y regidor de dicha ciudad en el año de 1503. (V. Ballesteros Gaibrois, ob. cit., p. 211.) En dicho inventario, preparado por mano indiestra, el libro del peligroso Boccaccio figura sin título, aunque el meticuloso cataloguista nos informa que la obra está encuadernada en unas tablas de cuero colorado "e dos cerraduras de latón en cada tabla con cinco bollones de latón".

[11] Ibíd.

Anglería será el apuntador vivaz y curioso de todas las maravillosas novedades que los navegantes, aventureros y exploradores de América traen a la corte de Isabel. Es el primer historiador del descubrimiento y creador de la feliz expresión del "Orbe Novo". Designado cronista de Indias por Isabel la Católica, redacta las Décadas del Nuevo Mundo, en las que describe las cosas nuevas de América. En una carta al conde de Borromeo, escrita el 14 de mayo de 1493 desde Barcelona, Pedro Mártir de Anglería comenta a su amigo, como de paso, lo siguiente:

"Ha vuelto de las antípodas occidentales cierto Cristóbal Colón, de la Liguria, que apenas consiguió de mis reyes tres naves para ese viaje, porque juzgaban fabulosas las cosas que decía. Ha regresado trayendo muestras de muchas cosas preciosas, pero principalmente oro, que crían naturalmente aquellas regiones".[12]

El sibarítico prelado (el Pontífice, devotísimo lector de sus frecuentes cartas con novedades de Indias, lo designa abad de Jamaica, isla paradisíaca que no visitará jamás) siempre se cuida de estar cerca del poder. Así, asiste a la toma de Granada y frecuenta a Cristóbal Colón. Con total desenvoltura y naturalidad, despojada de énfasis, narra las curiosidades de las gentes, la flora y la fauna de Indias, recogidas de primera fuente, que despertarán la estupefacción de toda Europa.[13]

Pues bien, es en ese año simbólico de 1492, que el gran humanista Elio Antonio de Nebrija publica su Gramática castellana. La ofrece a Isabel la Católica como una demostración de que la lengua es el Imperio. Interrogado por la reina respecto a la utilidad práctica de una gramática castellana, Nebrija le responde:

"Después que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas, e con el vencimiento aquellos tenían necesidad de recibir las leyes quel vencedor pone al vencido, e con ellas nuestra lengua; entonces por esta mi Arte podrían venir en el conocimiento della, como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín. En suma, lengua e Imperio".[14]

A fin de que el lector perciba la gravitación castellana en la inminente aventura americana, se tendrá en cuenta que Castilla abrazaba los dos tercios del territorio total de la península ibérica, o sea, unos 350.000 kilómetros cuadrados. Contaba con una población

---

[12] Alberto M. Salas, *Tres cronistas de Indias*, Ed. Pondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 28.

[13] Véase Carlos Blanco Aguinaga, Julio Rodríguez Puértolas, Iris M. Zavala, *Historia social de la literatura española*, vol. 1, Ed. Castalia, Madrid, 1979, p. 216.

[14] José L. Lopid y Miguel Ferrer, *España, literaturas castellana, catalana y vascuence*, Ed. Daimon, Barcelona, 1977, p. 196.

aproximada de 7 millones de habitantes (cifra controvertida por muchos historiadores). Después de 1492, incluyendo a Granada, ejercía su soberanía sobre León, Galicia, Asturias, el País Vasco, Extremadura y Murcia, además de los reinos de Sevilla, y Jaén.

Por su parte, el reino de Aragón contaba con 110.000 kilómetros cuadrados, incluida Mallorca, con 1 millón de habitantes aproximadamente.

Quedaban fuera de la unión, Navarra (que será incorporada por Fernando después de la muerte de Isabel), con 10.000 kilómetros cuadrados, y, finalmente, Portugal, con unos 90.000 kilómetros cuadrados.[15]

Resultaba abrumadora la preponderancia de Castilla respecto a los otros reinos y baronías españolas. Esto explica el papel de Isabel en la pareja real, por lo menos al principio, y luego, el rol decisivo de los castellanos en el descubrimiento y conquista de América.

Aunque unidos en las personas de sus monarcas, en ambos reinos permanecían inalterables las instituciones administrativas, los fueros y las clases sociales. Ni los esfuerzos enérgicos de Isabel podían barrer con las costumbres y prerrogativas heredadas de la España medieval.

En Castilla, aunque en voz baja, Fernando era llamado "el Catalanote". Y lo era, sin duda, como lo atestigua su biblioteca personal y la formación recibida en sus años mozos.[16]

Pues Cataluña, con sus judíos, cartógrafos, burgueses, humanistas y artesanos, era la provincia capitalista por excelencia en la tradición española,[17] el núcleo social dinámico de la península.

Vencida la resistencia nobiliaria por el nuevo poder monárquico, todo parecía indicar que los castillos destruidos, las tierras señoriales confiscadas y la creación de un ejército nacional iniciarían triunfalmente el período absolutista, cuya misión histórica debía poner término a la resistencia feudal.

Isabel jugó un papel decisivo en esta unidad. Plena de juventud y resolución ardiente, estableció la autoridad de la Corona sobre las órdenes mili tares-religiosas. Herencia de la Edad Media, constituían un poderoso bastión político y económico de la nobleza castellana. Entre ellas se destacaba la Orden de Santiago, que mantenía bajo su control hasta un millón de vasallos. Prácticamente se había erigido como un Estado dentro del Estado.

---

[15] Véase J. Vicens Vives, *Historia de España y América, social y económica*, vol. 2, Ed. Vicens Vives, Barcelona 1979, p. 359.

[16] Véase Elliott, ob. cit., p. 81.

[17] Véanse Pierre Vilar, *La Catalogue dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fonda ments économiques des estructures nationales,* TISEVPEN, París, 1962, p. 573; y Rodolfo Puiggrós, *La España que conquistó el Nuevo Mundo*, Ed. Siglo XX, Buenos Aires, 1965, p. 40.

Cuando la Orden, en manos de unos pocos grandes señores, se disponía a elegir en 1476 el reemplazante del gran maestre, con motivo del fallecimiento del anterior titular, llegó la noticia a Valladolid: "Isabel, con su audacia característica, tomó un caballo y salió hacia el convento de Uclés, donde los dignatarios de la Orden se disponían a elegir un sucesor. Después de tres días de duro galopar, llegó al convento justo a tiempo de ordenar que los preparativos fuesen suspendidos y que el cargo fuese concedido a su marido".[18]

Empleó la misma energía para terminar con otras órdenes, tan arrogantes como vetustas, las de Calatrava y Alcántara, por ejemplo.[19] Las Órdenes militares tenían detrás de sí, en la agotadora guerra de Reconquista contra la ocupación musulmana, un grande y heroico pasado; pero como siempre ocurre en la gran aventura humana, los antiguos héroes se habían vuelto anacrónicos.

Cabe añadir que al terminar la guerra de Sucesión, bien afirmada la pareja real en el trono, se imponía establecer el orden en toda España, asolada por el bandidaje más feroz. Los caminos y la seguridad de las aldeas se habían convertido en el dominio de bandas de incontrolables forajidos, entre los que figuraban no pocos hijosdalgos. De hecho, los malhechores habían establecido una anarquía agobiante y sembrado una intranquilidad general. Los Reyes Católicos tampoco vacilaron en este caso. La Corona organizó una vieja institución, ya olvidada: las Hermandades, milicias encargadas del orden público. Se llamó La Santa Hermandad. Financiada por las ciudades, derogó de hecho el antiguo privilegio de la nobleza de que los guardias del rey no podían ejercer justicia ni penetrar en los dominios señoriales. La Santa Hermandad actuó directamente contra los nobles pendencieros y espadachines múltiples que alborotaban con sus reyertas ciudades y aldeas. Tales incidentes sangrientos, frecuentemente motivados por cuestiones de procedencia o por la investigación puntillosa del honor recíproco, para no hablar de las frecuentes rebeldías nobiliarias contra el poder central, habían desencadenado la proliferación de un bandidaje general en todo el reino.

Isabel actuaba directamente con la fuerza así creada. Las normas fueron de dureza ejemplar. Así, por ejemplo, el robo de 500 a 5.000 maravedíes era castigado con la amputación de un pie. Otros delitos, con la pérdida de la nariz o de una mano. Los casos más graves, con la confiscación de bienes o la pena de muerte.

Los pueblos de España respiraron con alivio: apreciaron en su valor la acción de una reina

---

[18] Elliott, ob. cit., p. 90.

[19] Ibíd.

que ponía en su sitio a los arrogantes matamoros y a su secuela de bandidos. En el orden de la política económica y ante la inquietud y disgusto de la parásita nobleza militar, Isabel y Fernando protegen desde 1484 a la industria manufacturera. No vacilan en otorgar facilidades a obreros italianos y flamencos. Además, los eximen de impuestos durante diez años, para estimular su radicación en España y apliquen en ella sus artes mecánicas.

Tradicionales industrias españolas son revividas: las armas de Toledo, las papelerías y sedas de Jaén y los cueros de Córdoba conocen una época de prosperidad. Durante dos años se prohibe la importación de paños en el reino de Murcia y los hilados de seda napolitanos en el reino de Granada. En Barcelona recobran su impulso las industrias, en Zaragoza trabajan 16.000 telares. En Ocaña florecen las jabonerías y sus célebres guanterías.[20]

Andalucía era una huerta espléndida, creación exclusiva de los árabes, que con su laboriosidad e ingenio, habían establecido un notable sistema de riego. La pragmática de 1496 tendiente a unificar en todo el reino las pesas y medidas, en un país donde el ocio era dignificado y el trabajo envilecía, muestra bien a las claras la tendencia de los Reyes Católicos a transformar la España medieval y someter a los nobles ociosos.

3. El vuelco de la historia: 1492

Pocas veces la infatigable Clío resultó tan fecunda en prodigar acontecimientos asombrosos como en ese gran año de 1492. Enumeremos los hechos: en dicho año cae la Granada musulmana y se concluye la Reconquista española del suelo peninsular; se expulsa a la minoría judía; el humanista Antonio de Nebrija publica su Gramática castellana y la presenta a la reina Isabel; y, en fin, se descubren las tierras del Nuevo Mundo.

Conviene, a los fines del relato, describir la primera escena que tiene lugar en Granada. España es, en ese año, el teatro central de la historia del mundo.

Entre las aclamaciones de una colorida multitud, rodeados de banderas y estandartes, estremecido el aire por chispeantes clarines, avanzaron a caballo, por las calles de Granada, la bellísima y clara ciudad morisca, los juveniles reyes de España. Era el 5 de enero de 1492. Las espléndidas mezquitas del Islam se elevaban en el horizonte como marco oriental de la victoriosa cristiandad.

El propio rey moro, Boabdil, debilitado por reyertas familiares, que facilitaron al hábil rey

---

20 Los Reyes Católicos ordenaron que el comercio de extranjeros que se efectuaba por el señorío de Vizcaya sacara su importe en géneros y frutos del reino, prohibiendo la extracción del oro y plata en pasta, vajilla o moneda.

Fernando las negociaciones preliminares de la rendición, entregó las llaves de la Alhambra a los Reyes Católicos.[21] Momentos después, las insignias españolas, la Cruz y el estandarte real, subían a las altas torres de Granada. Con ese acto, concluía la guerra de Reconquista. La invasión árabe de la península, iniciada hacía 7 siglos, había concluido.[22]

Pocas semanas más tarde, el 3 de marzo de 1492, los Reyes Católicos firmaban un decreto de expulsión de los judíos. El decreto se hizo público el 29 de abril del mismo año. Su texto era muy claro. Se otorgaba un plazo de cuatro meses a los devotos de la fe mosaica para abrazar la fe católica o para "vender su hacienda y salir para siempre del territorio español, bajo pena de confiscación de sus bienes".[23]

Después de la disolución del Imperio romano, los judíos llegaron a España y se consagraron a la artesanía, al comercio y a las finanzas. Al parecer, gozaron de la tolerancia de los reyes visigodos y se convirtieron en banqueros de los sucesivos dueños del poder peninsular. A pesar de la protección de los príncipes y monarcas, siempre necesitados de préstamos, los judíos despertaron el odio popular por la actividad de no pocos de ellos como recaudadores de impuestos, "agentes fiscales de la nobleza" o prestamistas.[24] Aunque su papel económico en España era muy considerable, no lo era menos en la esfera del arte y de la ciencia, así como, particularmente, en la práctica de la medicina. No debe olvidarse que las leyes medievales establecían la prohibición de los matrimonios mixtos. Asimismo, las Partidas negaban a los judíos "yacer con cristianas ni tener siervos bautizados". En la práctica, no obstante, muchos judíos se habían convertido al cristianismo, y hasta se habían integrado a la sociedad española como eclesiásticos, miembros de la aristocracia cortesana o administradores del reino. Más aún, habían contraído eficaces matrimonios con familias aristocráticas, aunque arruinadas, cuyos "infanzones tronados" no tenían a menos casarse con hermosas judías ricas. Y así se "doraban los blasones".

A tales miembros de la comunidad judía se los conocía como conversos o "marranos". Pero las sospechas de la Inquisición, feroz guardiana de la fe, en un mundo peligroso para el catolicismo, no descansaba nunca. La unidad político-militar-dinástica, obtenida por Isabel y Fernando, se revelaba demasiado frágil en una sociedad rebajada por múltiples conflictos y tendencias hacia la desintegración: la nobleza conspirativa, la minoría musulmana, la minoría

---

[21] Véanse C. Brockelmann, *Histoire des peuples et des états islamiques, depuis les origines jusqu'á nos jours*, Payot, París, 1949; Colonel Lamouche, Histoire de la Turquie, Payot, París, 1934; y Cari Grimberg, *Le déclin du MoyenAge et la Renaissance, Histoire Universelle*, T. V, Marabout Université, Verviers, 1964.

[22] Ibíd, p. 96.

[23] Ballesteros Gaibrois, ob. cit., p. 138; Vicens Vives, ob. cit., p. 363; Elliott, ob. cit., p. 113.

[24] Véase Elliott, ob. cit., p. 110.

judía, los pequeños reinos aún no sometidos a la autoridad central, la rivalidad con Francia, la cercana lanza del Imperio otomano, dominante en el Cercano Oriente, desde la caída de Constantinopla, y cuya sombra amenazante llegaba hasta el Mediterráneo. Isabel vaciló durante años ante el rigor de esta medida. Su propio marido, Fernando, tenía sangre judía. El tesorero de la Santa Hermandad, Abraham Sénior, era judío practicante. No obstante, en el curso de las décadas anteriores habían tenido lugar violentas explosiones populares de carácter antisemita, frecuentemente de carácter sangriento. Según los tradicionalistas españoles, esta discriminación carecía de tinte racista, sino que era esencialmente religiosa.

Se acusaba a sectores de la comunidad judía, convertidos bajo presión al cristianismo, de practicar en secreto su antigua fe. El decreto de expulsión conmovió a España e influyó en su historia posterior. Hasta muchos conversos, ante la medida, decidieron emigrar con sus capitales y la mayor parte de los judíos españoles hicieron lo propio. Los investigadores son muy prudentes en la evaluación del número real de expulsados. La estadística (más bien asimilable al arte que a la ciencia) justifica esa plausible actitud. Si nadie puede sensatamente fiarse de las estadísticas contemporáneas, mucho menos podría depositar gran confianza en las de hace 500 años. De todos modos, se estima en 120.000 los judíos que abandonaron España a raíz del decreto. Otros autores calculan más de 200.000 judíos expulsados. Los daños ocasionados a la economía española fueron enormes. Al recibir en su reino a numerosos judíos expulsados de España, el sultán otomano Bayaceto dijo: "¡Este que llamáis rey político, que empobrece su tierra y enriquece la nuestra!".[25]

En cuanto a los árabes españoles, el proceso de su expulsión fue más complejo. Numerosos dignatarios españoles, entre ellos Hernando de Talavera, primer arzobispo de la Granada cristiana, profesaba una gran admiración por la civilización musulmana y sus obras de caridad. Era partidario de una asimilación gradual, en la cual los árabes adoptarían voluntariamente la fe cristiana y los cristianos incorporarían a su vida social instituciones caritativas creadas por los musulmanes. Pese a todo, el temor de la monarquía castellano aragonesa ante el poder social, económico y religioso de los musulmanes radicados por siglos en el sur de España, los decidió, después de muchas vacilaciones, a decretar la expulsión de los moros, en febrero de 1502.[26]

El 12 de octubre de 1492, el ligur Cristóbal Colón descubre a Europa la existencia de un

---

[25] Blanco Aguinaga y otros, ob. cit., p. 118.

[26] Esta pragmática ordenó la expulsión de todos los moros adultos no convertidos. Se produjo entonces, la curiosa situación de que la gran mayoría musulmana, en particular los campesinos y clases sociales muy humildes, se convirtieron de hecho al cristianismo.

Orbis Novo.

No sólo fue el eclipse de la tradición tolomeica y el fin de la geografía medieval. Hubo algo más. Ese día nació la América Latina y con ella se gestaría un gran pueblo nuevo, fundado en la fusión con las culturas antiguas. Fuera el Descubrimiento de América, o doble Descubrimiento o Encuentro de dos Mundos, o genocidio, según los gustos, y sobre todo, según los intereses, no siempre claros, la proeza colombina parece brindar a España, por un momento, la posibilidad de consolidar la nación y dotarla de una formidable acumulación de capital.

Errabunda, inesperada, sombría y deslumbrante a la vez, como siempre, la historia ofrecería a los ojos hipnotizados de la España medieval la tierra prometida, desbordante de dicha. Pero apenas entrevista, América, como una maligna Circe, precipitaría a la gran nación descubridora, casi inmediatamente, a una inexorable declinación.

Fernando el Aragonés, por otra parte, había atacado la clásica autonomía de las ciudades españolas para moderar el poder creciente de la burguesía. Entre la Edad Media y la Edad Moderna, la pareja real encarnaba en sí misma la contradicción viva de dos épocas.[27]

En la lucha simultánea contra la nobleza y la burguesía de las ciudades, el absolutismo naciente de los Reyes Católicos encontró un aliado poderoso, al que debió pagar, sin embargo, un tributo: la Iglesia católica. Los monarcas no podían unificar a España en nombre del capitalismo, ni de la Nación, ni del pueblo. Pero la unificación reclamada por la historia de ese siglo y de cuya consumación, en caso de realizarse, sólo podrían beneficiarse, ante todo, las clases modernas en formación, era también una exigencia íntima de la monarquía. Si quería elevarse por la gracia de Dios hacia el poder genuino, éste debía ser absoluto. En tal carácter, debía chocar contra el particularismo, los derechos personales y territoriales de la nobleza voraz. De este modo, las necesidades de la monarquía se combinaban con las aspiraciones de la Nación, que en esa época sólo podía alcanzar su unidad mediante el poder personal.

Para lograrlo, sin embargo, Isabel y Fernando debían enfrentar un complejo universo de clases, castas, razas, nacionalidades y religiones, que eran la herencia de siete siglos de sangrienta historia. Sólo cabía en ese momento un método de unificación, la unificación religiosa.

La expulsión de los musulmanes y judíos demostró que la unidad de España se realizaba

[27] Sin embargo, en Cataluña, centro manufacturero moderno de España, a fines del siglo XV la guerra social obtiene algunas ventajas para los campesinos, en el orden puramente político. Concluyen los malos usos, la remensa, y los malos tratos personales. (V. Vilar, ob. cit., T. I, p. 509.)

ante todo en el plano espiritual, aunque debiera sufrir, como efectivamente sufrió, un grave claño en su desarrollo económico y social. Si se expulsó a moros y judíos, no se eliminó a la nobleza ni se establecieron
realmente las condiciones para un desenvolvimiento de la producción capitalista, único cimiento, en dicho período, de la unidad nacional. Al reducir la unidad española a la pura unidad religiosa, los reyes dejaron en pie los factores internos del particularismo feudal.

Como la historia inminente habría de probar, estos factores empujaron al Imperio español, desde su posición excepcional en la historia del mundo, hasta una trágica decadencia. La unidad consumada con la ayuda de la Inquisición, caracteriza el absolutismo real de los Reyes Católicos como un absolutismo religioso que multiplicará todos los problemas que pretendía resolver. Pero como la historia es lo que realmente es, y es todo lo contrario de la Ucronía, forzoso resulta concluir que la unidad religiosa, aun con los métodos crueles que se adoptaron para realizarla, echó los cimientos de la unidad nacional de España.

4. La casa de los Austria en el trono español

Los dos factores que conducirán a la paradójica decadencia española se producen simultáneamente y desencadenan efectos devastadores. El primero de ellos es el inverosímil descubrimiento que los europeos llamarán América. El ascenso al trono de España de Carlos I, hijo de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso, es el segundo. La madre demente era hija de Fernando el Católico. La gran reina Isabel, resuelta heroína de una excepcional época histórica, había muerto. El padre imbécil pertenecía a la dinastía de los Habsburgo.

Carlos de Gante, el muy joven heredero del trono de la gran reina Isabel, muerta en 1503, había nacido en Flandes. Se educó como flamenco. Ignoraba la lengua castellana. Se había formado en la idea del Imperio católico universal, inspirado por su abuelo, el emperador Maximiliano. Al morir sus abuelos españoles, el joven de 16 años, con su arrogante belfo húmedo, pisó el suelo español con el nombre de Carlos I.

Llegó a España rodeado de una banda rapaz de favoritos flamencos y borgoñones, de uñas largas y afilados dientes. Detrás, mezclados con los soldados alemanes, marchaban confundidos en su séquito, prestamistas y usureros germánicos, los banqueros Fugger y Welser, de Augsburgo. Quince años más tarde moría su abuelo, el emperador Maximiliano. Carlos, después de sangrar las rentas de España y enajenar a los usureros el oro proveniente de América, pudo comprar los votos de los príncipes electores de Alemania. De este modo,

asumió el título de emperador de Alemania y rey de España bajo el nombre de Carlos V.[28]

Se postulaba así la tesis de un Imperio católico universal, dentro del cual España era un reino secundario, aunque productivo. Pues del fabuloso descubrimiento de América y de la sangre de sus indígenas, provenían los metales preciosos para alimentar las guerras religiosas de Carlos V, fortalecer la estructura feudal europea en disolución y forrar los bolsillos de la banda flamenca. El rey extranjero de España se convertía en un emperador que gobernaba varios Estados italianos y alemanes, además de Flandes y las Indias. En apariencia, era el mayor poder mundial, un nuevo Carlomagno.

La nobleza castellana veía en Carlos V a su salvador, dispensador de sueldos y prebendas, a las que no había sido muy afecto el prudente Fernando. La idea de la "unidad cristiana universal" era mucho más satisfactoria al particularismo feudal que la idea de la "unidad nacional" española. ¡Esto era fácil de comprender! Pero el pueblo español recibió al flamenco con una piedra en cada mano. Las Cortes comenzaron por negarle fondos, siguieron por rogarle que aprendiera el castellano "a fin de que Vuestra Majestad comprenda, mejor a sus súbditos y sea mejor comprendido de ellos", continuaron por que respetase las leyes del reino y concluyeron pidiéndole que no otorgase cargos a los extranjeros.

Pero el emperador universal, juguete en manos de los avariciosos flamencos, atropello los fueros municipales e ignoró las tradiciones españolas. Nombró arzobispo de Toledo al sobrino de su favorito de Chevres, que ni siquiera se dignó viajar a España para hacerse cargo de su apetitosa diócesis. Los restantes cargos de la Corte fueron distribuidos entre los flamencos importados. Los tributos excesivos, para colmo, concluyeron por desencadenar un vasto movimiento de insurrección popular en 1520, conocido como el levantamiento de los comuneros do Castilla. Encabezados por un noble, Juan de Padilla, el movimiento se dividió entre los elementos plebeyos y la pequeña nobleza y fue derrotado.

"Con las cabezas de los conspiradores desaparecieron las viejas libertades de España,"[29]Era la postrera rebelión de las ciudades burguesas contra la putrefacción feudal, extranjera por añadidura. Simultáneamente, se levantaban las Hermandades de Valencia, compuestas por artesanos. Fueron a su vez vencidas y exterminadas sin piedad por el cristiano emperador del mundo. Pudo así reinar sobre una España desangrada, exprimir a las Indias, guerrear con Francia y presenciar la agonía de la sociedad española, nunca más grande

---

[28] "Carlos V fue espada del Catolicismo contra la Reforma", dice Carlos Pereira, en Breve historia de América, Ed. Aguilar, 4a ed., México, 1958, p. 301. En otras palabras, encarnó la Contrarreforma feudal contra la secularización religiosa del capitalismo europeo.

[29] Marx, ob. cit., p. 9.

que durante su funesto reinado y nunca más miserable.

5. La influencia de las Indias en España

Con la caída de Constantinopla en manos musulmanas en 1453, la burguesía marítima de Cataluña veía cerradas las puertas para el desarrollo del comercio con Oriente. La búsqueda de un camino hacia el Asia era el resultado no sólo de esta necesidad española, sino de la creciente exigencia de metales preciosos y de una expansión del comercio mundial que se evidencia a fines del siglo XV. Las formas capitalistas de producción se abrían paso irresistiblemente. El descubrimiento de América se inserta en ese ciclo de aventuras geográficas de la época. El teatro marítimo de la historia se traslada al Atlántico. En la ciudad medieval europea se había engendrado una sociedad nueva: "En todos los Estados el orgullo crece cada vez más. Los burgueses de las ciudades quieren vestirse a la manera de los gentilhombres, los gen tilhombres tan suntuosamente como los príncipes. El labrador quiere hacer de su hijo un burgués. Todo obrero quiere comer carne, como los ricos".[30]

Una amplitud sin precedentes adquiere la circulación del dinero, el empleo de la letra de cambio, la fundación de bancos, el intercambio de productos industriales diversos, las relaciones comerciales. Es el Renacimiento, que se expresará en todas partes, desde el interior de la sociedad europea, a diferencia de España, donde se manifiesta desde el exterior, con el descubrimiento de América.

A la dinámica capitalista de la economía europea, correspondía a fines del siglo XV una exigencia mayor de los medios de pago, al mismo tiempo que un relativo agotamiento de los metales preciosos. El oro y la plata se acumulaban en las grandes iglesias y catedrales, en los joyeros de la nobleza, en manos de los prestamistas y, sobre todo, en el fondo del Oriente, hacia donde se escurrían a cambio de especias raras o de productos exquisitos.

A comienzos del siglo XVI el oro y la plata del Nuevo Mundo inundan Europa. Es una conmoción que conduce a la revolución de los precios y que trastorna la economía europea. España saquea, en primer lugar, el oro acumulado a lo largo de siglos en los palacios incaicos y aztecas. En los primeros años de la Conquista atraviesan el Atlántico 200 toneladas de oro.[31] Luego de la rapiña inicial, el descubrimiento hacia 1555 del procedimiento de la amalgama por el mercurio, permite extraer económicamente la plata. Comienza un sistema de remesas a

---

[30] G. Renard y G. Weulersse, *Historia económica de la Europa moderna*, Ed. Argos, Buenos Aires, 1950, p. 15.

[31] p. 273; en J. Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*, T. IV, Ed. Teide, Barcelona, 1957, y en José Larraz, *La época del mercantilismo en Castilla*, Ed. Atlas, Madrid, 1944.

Europa de unas 300 toneladas de plata anuales. De este modo, puede evaluarse la plata enviada por las Indias a España entre 1521 y 1660 en unas 18.000 toneladas.

Según cálculos de Alexander von Humboldt, fueron de las Indias a España 5.445.000.000 de pesos fuertes (plata) en tres siglos. Se omiten de esta cifra, por imposibles de verificar, los caudales de particulares, los que quedaron en poder legal o ilegal de españoles en las Indias y los que emigraron directamente de América a las Filipinas o al Oriente de contrabando. Afirma
el historiador Manuel Colmeiro que "el Asia y aun el Africa eran el sepulcro de las riquezas de nuestras Indias... [que iban] a esconderse en los reinos de la China y del Japón, en la India oriental, la Persia, Constantinopla, Gran Cairo y Berbería, paradero de la mayor parte de la plata de España, porque apenas corría entre aquellas gentes remotas otra moneda que reales de a ocho y doblones castellanos. Gozábamos los tesoros de las flotas y galeones por tan poco tiempo, que humedecían nuestro suelo sin regarlo".[32]

En 1618 se estimaba en más de 500 millones de ducados el oro y la plata recibidos por la Corona desde las Indias.[33] El tesorero mexicano envía a España en 1587, 1.343.000 ducados, la mayor remesa del siglo XVI. El jesuíta Pedro de la Gasea, al regresar a la metrópoli, llevó en ocho galeones un millón y medio de ducados. Es un río de metal restallante que inunda a la España estupefacta. ¿Cuáles son sus resultados?

Carlos V derrama ese oro en sus interminables guerras religiosas o dinásticas. Pasea las legiones españolas por Europa, lo mismo que su hijo, el sombrío Felipe II, que hace de toda España un Escorial. La aristocracia despilfarra el oro importando del extranjero sus tapices, sedas, armas y hasta cereales. La decadencia de la industria española y de su agricultura, reanimadas un instante por el descubrimiento de América, se acentúa profundamente y se prolonga durante tres siglos. Los Habsburgo y la estructura arcaica de la sociedad española sobre la que se apoyan, constituirán la maldición histórica de España. La corriente de oro de las Indias pasa por España sin detenerse. Va a parar a los bolsillos de los industriales de Inglaterra, Italia, Francia, Holanda y Hamburgo, que venden su quincallería y artesanías a los españoles.[34]

---

[32] Manuel Colmeiro, Historia de la economía política en España, T. II, Ed. Taurus, Madrid, 1965, p. 1027. Quevedo escribía que "el dinero nace en las Indias honrado y es en Genova enterrado".

[33] El ducado valía en España 375 maravedíes y el escudo 350. El peso de plata de las colonias valuábase en 272 maravedíes y el peso de oro en 450.

[34] "Mientras rebosaban los metales preciosos en Francia y Holanda, faltaban entre nosotros." (V. Colmeiro, ob. cit.). Se decía en la época que España era el paladar de Europa, porque gustaba los metales preciosos, pero los demás reinos el estómago, pues se nutrían con la sustancia. "Si vais a Génova, Roma, Amberes, Nápoles o Venecia, se decía, veréis en la calle de los banqueros y cambiadores sin exageración tantos montones de escudos

Los encajes de Lille y Arras dominan el mercado español; la loza de Tala vera declina con la competencia extranjera. La industria textil está en ruinas.

Emperador extranjero y extranjerizante (y su digno hijo, más tarde) aplastan económicamente a la burguesía española. Las Cortes de Castilla sólo piensan en asegurar un precio bajo para los productos que España consume. Mientras triunfa el mercantilismo en toda Europa, los españoles ignoran la economía. Se prohibe la exportación de paños finos. Con Carlos V se prohibe, asimismo, la fabricación de paños, para importarlos de Flandes. Los ociosos espadachines del flamenco sólo desean importar telas holandesas, tapices de Bruselas, brocados de Florencia. Esa enorme importación es preciso pagarla con el oro de los galeones rebosantes.

Ni siquiera con el martirio de los indios de América logra España retener y acumular su capital, como las potencias capitalistas de la época. La política de pillaje asiático llega a tal grado en la historia de España, que Carlos V y Felipe II confiscan a menudo los envíos de metales preciosos dirigidos desde América a capitalistas particulares; de este modo, en lugar de expropiar a los terratenientes feudales, la monarquía despoja a la burguesía en germen.[35]

Castilla exportaba lana en lugar de paños. En el centro de este cuadro, alemanes, genoveses y franceses se apoderaban del monopolio virtual de las ferias españolas y de los asuntos rentísticos. Las remesas de oro de las Indias, tales eran los aprietos de los Austria, eran hipotecadas con anticipación a los banqueros y usureros extranjeros, los Fugger y los Grimaldi.[36]

Los especuladores y comerciantes metropolitanos, enriquecidos con las Indias y la revolución de los precios, compraban tierras para colocar sus capitales. Dóciles a la época, los nuevos ricos buscaban adquirir un blasón, títulos de nobleza, hábito de alguna orden militar o alguna patente de hidalguía para elevarse en el nivel social de las viejas clases. Sólo podían hacerlo a condición de inmovilizar su capital en bienes inmuebles y vivir de sus

acuñados en Sevilla, como hay en San Salvador o el Arenal de melones." Un autor de la época, Ceballos, dice: "Y así no se halla ya en España moneda de oro ni de plata, porque con la mercancía que se mete de fuera, las sacan". (Ibíd., p. 1031).

35 "España se convirtió en distribuidora en Europa de la riqueza metalizada de América, pues producía poco y fabricaba menos. En la mayor prosperidad y a despecho de todas las leyes, el dinero huía del país. Las manufacturas y aun los cereales, España los recibía de Francia, Inglaterra y Holanda, adonde en cambio iban a parar el oro y la plata." (V. C. H. Haring, El comercio y la navegación entre España y las Indias en época de los Habsburgos, París-Brujas, Desclée De Brouwer, 1939, p. 204.)

36 Bajo los Habsburgo, el comercio exterior de España, en particular el comercio con la Indias, cae en manos de los europeos pertenecientes a las naciones capitalistas. A ñnes del siglo XVII los franceses controlan el 25% del comercio con las Indias; los genoveses, el 22%; los holandeses, el 20%; los ingleses, el 10%; los alemanes, el 8% y los orgullosos españoles, dueños del Imperio, sólo el 5%. (V. Roland Mousnier, Los siglos XVI y XVII, T. IV, Ed. Destino, Barcelona, 1959, p. 308.)

rentas, pues hasta la era de los Borbones, en el siglo XVIII, todo aquel que se dedicase a la actividad industrial perdía automáticamente su carta de hidalguía.[37]

Aquellos indómitos soldados de ocho siglos de guerra se habían trocado en parásitos de espada mellada. El odio al trabajo encuentra su eco en América. Recuérdase el caso de un caballero español, residente en Buenos Aires a fines del siglo XVIII, que inició en la Audiencia de Charcas un juicio por calumnias, pues el demandado había afirmado públicamente que el caballero trabajaba. En su demanda, y con justa indignación, sostenía que tenía recursos e hidalguía suficientes como para vivir sin degradarse trabajando.[38]

Con semejante ideal de vida en España, la riqueza adquirida con la sangre americana, robustece la gran propiedad territorial y sustrae esos capitales de toda actividad económicamente productiva. Así se eleva el valor artificial del suelo y se consolida el latifundismo.

6. El régimen servil

En el período del descubrimiento de América la producción agrícola de España se fundaba básicamente en la condición servil o semiservil de los campesinos. Esto ocurría tanto en Castilla como en Aragón, reino este último del que formaba parte Cataluña, el sector más dinámico de la economía española.

Con sus grandes sublevaciones periódicas, los siervos o semisiervos de Castilla habían originado la adopción de una nueva política. Los Reyes Católicos sancionaron una ley en 1480, por la que se concedía a los campesinos de Castilla el derecho de cambiar de residencia con todos sus bienes, ganados y frutos. Este cambio de señorío constituía sin duda un avance, pero no existe todavía documentación fehaciente acerca del carácter generalizado y práctico que obtuvo esta medida. Es bastante dudoso que la liberación de los siervos castellanos y su transformación en campesinos libres se realizara en esa época.

Las disposiciones reales, como en su caso la inmensa literatura jurídica de Indias, rara vez tenían comienzos de ejecución, y para ser completamente ecuánimes, resulta bastante rara en el mundo, de ayer y de hoy, la aplicación escrupulosa de las leyes.

La arcaica sociedad española conservaba un poder orgánico cotidiano mucho mayor que

---

[37] Véase Vicens Vives, ob. cit., T. III, p. 35.

[38] Véase Puiggrós, Rodolfo, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Ed. Argumentos, Buenos Aires, 1957, p. 273. En esa época, sin embargo, ya gobernaba España Carlos III, quien declaró que las artes manuales "no envilecían ni perjudicaban las prerrogativas de la hidalguía".

la decisión personal de algún rey enérgico. Las insurrecciones de payeses en Cataluña y la floración del bandidaje, obligaron al rey a suprimir parte de los insoportables tributos que recaían sobre los campesinos y que alimentaban el ocio señorial; estos tributos se conocían con el nombre significativo de malos usos. Por añadidura, se permitió a los campesinos emanciparse mediante el pago de una suma de dinero, lo que facilitó la formación en el siglo XVII de una pequeña burguesía agraria.[39] Queda en pie, pese a todo, el carácter que presentaba el campo español cuando se produce la conquista y colonización americana.

La sociedad colonizadora que se manifestará en las Indias, no difería del sistema de pillaje organizado que padecía el propio pueblo conquistador en la tierra de su nacimiento.

7. Extranjerización del reino y ruina de la industria

En Sevilla había 3.000 telares que daban ocupación a 30.000 obreros. Cien años más tarde, sólo quedaban 60 telares.[40] De aquella Toledo próspera en la que zumbaban 13.000 telares, nada quedaba en pie: las calles desiertas, las tierras incultas, las casas cerradas y sin habitantes. Los freneros, armeros, vidrieros y otros oficios que ocupaban calles enteras, habían desaparecido. Ni siquiera los artilleros e ingenieros al servicio de la monarquía eran españoles. Quedaban pocos hombres de aquella industriosa Sevilla del siglo XVI. ¡Ciudad de melancólicas mujeres pues los hombres emigraban a las Indias!

En 1655 un autor enumera 16 gremios que han desaparecido por completo de España. Mientras que en la Francia del mercantilista Colbert las telas españolas eran perseguidas hasta ser incineradas, de esta tarea se encargaban en España sus propios reyes.[41]

"Toda herejía debía ser extirpada inmediatamente, pues si era ignorada, el mundo podría imaginarse que se trataba de la verdad, y si una doctrina falsa era verdadera, ¿no podían ser falsas todas las doctrinas verdaderas?."[42]

Felipe II, naturalmente, al intentar perseguir las creencias religiosas de los flamencos ("Preferiría reinar en un desierto antes que en país poblado de herejes" era su piadoso aforismo)[43] provocó la huida de miles de artesanos flamencos que se refugiaron en Inglaterra.

---

[39] Véanse Vilar, ob. cit.; Altamira, Manual de historia de España, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1946, p. 289; y Puiggrós, ob. cit., p. 46.

[40] Véase Colmeiro, ob. cit., T. II, p. 776.

[41] Ibíd., p. 769.

[42] Thomas Hope, *Torquemada*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1946, p. 83.

[43] España se había convertido "en una especie de colonia económica francesa por el régimen librecambista de la paz de los Pirineos (1659)", dice Mousnier, ob. cit., p. 310. El arbitrista, en su obra Abusos de las rentas reales,

Allí multiplicaron la industria inglesa con nuevas manufacturas. Si los monarcas ingleses penaban con la pena de muerte a los artesanos y técnicos ingleses que llevaban sus artes y secretos de fabricación a otro país, los Austria practicaban exactamente el método inverso: más de 600 artífices emigraron de Sevilla y otras ciudades de España y se instalaron en Lisboa, donde el príncipe de Portugal los protegió. Así fabricaron ricos paños, bayetas y sederías con materia prima que importaban de España, su propia y desventurada patria.

A los raros extranjeros que traían su industria a España no les iba mucho mejor que a los españoles industriosos. Sólo se admitían en la España de los Austria a dos clases de extranjeros: los comerciantes y usureros que traficaban con la riqueza española y los mendigos y peregrinos de Europa que habían hecho de España la Meca continental de la limosna.

España importaba cristales de Venecia, listonería de Genova, armas de Milán, papel, libros y bujería de Holanda, tejidos, vinos y lienzos de Francia. Por el contrario, en Inglaterra, Enrique VIII prohibía la salida del oro y la plata y monopolizaba las letras de cambio; Isabel impedía la extracción de lana y arrojaba de sus puertos a los hanseáticos.[44]

Antes del descubrimiento de América era más importante el comercio interior que el exterior. Después, desaparecieron las ricas ferias de Castilla. Los comerciantes se trasladaron a la proximidad de los puertos. No era para menos. Felipe II quitó los negocios a los castellanos y los puso en manos de los genoveses: "Génova se edificaba de nuevo y con el dinero de los españoles se fundaban obras pías y mayorazgos",[45]

En los pueblos de España no podía comerciarse libremente, pues los señores mantenían estancos a cargo de sus protegidos. Nadie podía abrir un mesón, comercio, hospedar a los caminantes o vender cualquier tipo de artículo por ese privilegio. Los Reyes Católicos abolieron los estancos que dificultaban la libre circulación de las mercancías por el mercado interno español; pero sus disposiciones no prosperaron.

La perduración de los gremios y corporaciones medievales también dificultaban la creación de la libre competencia y el desarrollo de una industria.

Reuníase en España en la época del Descubrimiento un feudalismo que no se resignaba a morir, abrazado a un capitalismo enclenque que sólo aspiraba a sobrevivir. Pero el

---

sostiene que las demás naciones trataban a España "como a las Indias de Europa".

[44] Ya las repúblicas italianas medievales protegían su comercio exterior y su industria, estableciendo aranceles, prohibiendo a los artífices expatriarse bajo pena de muerte y concediendo grandes privilegios a la navegación. (V. Colmeiro, ob. cit., p. 783; y Federico List, Sistema nacional de la economía política, Ed. Aguilar, Madrid, 1955, p. 23.)

[45] Colmeiro, ob. cit., p. 843.

absolutismo era tan impotente para concluir con el primero, como para infundirle oxígeno al segundo. De ahí el carácter de peculiar rapacidad que distingue a la monarquía española, fiel reflejo de la Nación en ruinas. Salvo raros períodos (los grandes Reyes Católicos, Carlos III), ese estigma rebrotará en la historia de España con Felipe II o un Fernando VII.

Cerníase de este modo sobre el comercio interior de España una red mohosa de prohibiciones, aduanas interiores, tasas y gabelas, pesos y medidas diferentes, escasez de caminos y medios de comunicación, una moneda envilecida y frecuentemente adulterada por los monarcas.

Este sistema constituía en su conjunto la base de sustentación de la nobleza terrateniente y la palanca de su resistencia a la unidad nacional.

"A partir de 1580 -escribe Brennan—, las pocas fábricas de paños que existían en el país desaparecieron, y los españoles se convirtieron en un pueblo rentista, una nación de caballeros, que vivían en parasitaria dependencia del oro y la plata que les llegaba de las Indias y de la industria de los Países Bajos."[46]

España se vio arrastrada por la política europea de los Habsburgo al borde de su destrucción nacional. Lejos de lograr un nuevo imperio carolin gio, los Austria, después de cada derrota, entregaban mediante los tratados, jirones del imperio y aun de la propia España. La debilidad estructural de la Nación española se pone de relieve con la pérdida de Portugal y la tendencia separatista de Cataluña, que sólo logra ser vencida por una sangrienta guerra civil. Portugal, en cambio, pide ayuda a Inglaterra y queda destruida así la unidad ibérica. España reconoce esa independencia en 1668.

"Apenas rota la unidad ibérica, Portugal entró en la órbita anglo-holandesa", dice José Larraz.

Con el tratado de Methuen, firmado en 1703, Portugal renunciaba a industrializarse, prometía "admitir para siempre jamás los paños y demás manufacturas de lana de fábrica de la Gran Bretaña", mientras que el rey de Gran Bretaña "quedaba obligado por siempre jamás" a admitir los vinos de Portugal. Con el oro del Brasil y sus vinos, pagaba Portugal a su sórdido aliado las manufacturas inglesas. Adam Smith dijo que ese tratado leonino era "ventajoso en favor de Portugal y contra Gran Bretaña".

¡Como para confiar en ciertos clásicos!

8. Auge de los arbitristas

---

[46] Gerald Brennan, *El laberinto español*, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1962, p. 11.

Felipe II escribía a su hermana que estaba dispuesto a quemar 60.000 o 70.000 hombres "si fuera necesario para extirpar de Flandes la herejía".[47]

Además de esta absorbente preocupación del monarca por los herejes, característica de una época en que las guerras religiosas y conflictos dinásticos incesantes exhibían la historia de Europa bajo una luz poco envidiable, cabe añadir la importancia que Felipe II atribuía a los "arbitristas".

La crisis crónica de la economía y las finanzas españolas engendró un género o profesión curiosa, la del arbitrista, o sujeto fecundo en "arbitrios" y fórmulas que ofrecía al rey como solución radical para curar tantas desgracias nacionales. En su inmensa mayoría, se trataba de maniáticos dominados por una idea, o apasionados mesiánicos, desesperados por su propia situación, que pretendían mitigarla mediante el recurso grandioso de mejorar los asuntos generales.

Se produjo así, durante tres siglos, una ingente literatura, por así decir, económica, que agobiaba las cámaras reales, el tiempo de los monarcas y de los ministros. Algunos reyes, como Felipe II, recibían con placer e interés los memoriales de los arbitristas. Al parecer, la moda de los arbitristas provino de Flandes y de Italia, pero fue en España donde hicieron escuela. Surgieron a mediados del siglo XVI y prosperaron a lo largo de los reinados de los Austria, como cabía esperar.

Un arbitrista, por ejemplo, proponía remediar la decadencia del erario español mediante la sustitución en la labranza de las muías por bueyes. Otro sostenía la necesidad de establecer en toda España montes de piedad. Ofrecía otro engrosar las arcas reales mediante el establecimiento de una armada española en el peñón de Gibraltar que cobrara un impuesto a todas las naves que atravesaran esas aguas. Otro, aún, imaginó remediar la escasez de numerario mediante el reemplazo de la moneda metálica por un grano de cacao; otro, en fin, sugería la idea de reemplazar la moneda de plata por moneda de hierro.

Cuando los ministros y consejeros de Felipe II le rogaban, respondiendo al clamor público, que no perdiera su tiempo atendiendo los consejos de la legión de arbitristas, y fuesen arrojados de la corte, el monarca se excusaba con la necesidad que tenía de los arbitrios. Tales eran los curanderos que la monarquía extranjera imponía a la mortal enfermedad de la postrada España. Los mejores ingenios de la nación no dejaron de afilar su sátira ante los arbitristas.

---

[47] Altamira, ob. cit., p. 384.

En su Coloquio de los perros Cervantes pone en boca de un personaje:

'Yo, señores, soy arbitrista, y he dado a Su Majestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino; y ahora tengo hecho un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauración de sus empeños... Hase pedir en Cortes que todos los vasallos de S. M. desde edad de catorce a sesenta años sean obligados a ayunar una vez en el mes a pan y agua, y esto ha de ser el día que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres que se han de gastar en aquel día, se reduzca a dinero y se dé a S. M. sin defraudalle un ardite, so cargo de juramento; y con esto en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado".

Bien sabía Cervantes que gran parte de los españoles no necesitaban de ese arbitrio para ayunar. Tampoco escaparon los arbitristas a la mirada burlona de Quevedo. Así, relata que un príncipe de Dinamarca, aquejado de males de dinero, pidió consejo a los arbitristas. Cuando platicaban, estalló un incendio en el palacio. Los arbitristas pidieron al príncipe no inquietarse, que ellos tenían la fórmula para sofocar el fuego. Comenzaron por arrojar los muebles por las ventanas, luego demolieron las paredes y terminaron por aniquilar el palacio hasta sus cimientos. El príncipe, dice Quevedo, en La fortuna con seso, los increpó así:

"¡Infames! Vosotros sois el fuego; todos vuestros arbitrios son de esta manera; más quisiera, y me fuera más barato, haberme quemado que haberos creído; todos vuestros remedios son de esta suerte, derribar una casa, porque no se caiga un rincón. Llamáis defender la hacienda echarla en la calle y socorrer el rematar. Dais de comer al príncipe sus pies y sus manos, y decís que le sustentáis, cuando hacéis que se coma a bocados a sí propio. Si la cabeza se come todo su cuerpo, quedará cáncer de sí misma, y no persona. El anticristo ha de ser arbitrista: a todos os he de quemar vivos y guardar vuestra ceniza para hacer de ella cernada y colar las manchas de todas las repúblicas. Los príncipes pueden ser pobres; mas entrando con arbitristas, para dejar de ser pobres, dejan de ser príncipes".

Los arbitristas no han muerto con el paso de los siglos. Al releer a Quevedo, vemos sin estupor que los afamados técnicos del Fondo Monetario Internacional en el siglo XX, con sus tenebrosas y destructivas recetas, nada tienen que aprender de sus maestros, los arbitristas del Siglo de Oro.

9. Las clases improductivas

Gozando del espectáculo vivía la nobleza de España.

"Los Grandes son altaneros para con los extraños y menospreciadores de los que poseen

un rango inferior al suyo; pero rastreros y aduladores de los Reyes y sus favoritos... sueñan con laureles guerreros, pero particularmente con los laureles de general, pues creen que ellos no han nacido para obedecer sino solamente para mandar. Pero lo que es más de admirar en todos ellos es el despilfarro y valentonería con que disipan sus haciendas", decía un embajador veneciano.[48] El famoso Imperio engendra la picaresca, el hambre secular y místicos devorados por sus iluminaciones. Mientras Europa crea una economía burguesa moderna, la España de los Austria espiritualiza su miseria en un Quijote sarcástico y sueña con novelas de caballería. Nobleza y prestamistas dominan a sus tristes reyes: uno, enfermo de grandeza, sumido por alguna tara orgánica en un misticismo guerrero; su hijo, víctima de una hipocondría criminal. Por abajo, vaga una muchedumbre de campesinos sin tierra, artesanos sin artesanías, letrados sin pan y vagabundos sin destino.

La sociedad española refuerza sus rasgos más parasitarios con el descubrimiento del Nuevo Mundo. La preeminencia de los señores había inducido a los Reyes Católicos a reducir el poder de aquéllos. Limitaron a 20 familias el número de Grandes de España y se estableció una jerarquía nobiliaria. Pero con los Habsburgo sucesivos, la venta de hidalguías prosiguió sin cesar. Las necesidades militares de los Habsburgo eran inagotables.

Las aventuras bélicas de España hacían la desesperación de los tesoreros reales. Jamás faltaron arbitristas en la Corte del rey para sugerir nuevos medios de abastecer el Tesoro. Así, la venta de patentes de nobleza se reveló uno de los recursos favoritos de los monarcas. Mediante dicho expediente recreaban sin cesar las clases ociosas, a las que ingresaban los comerciantes o especuladores enriquecidos. Como la patente de nobleza eximía a su beneficiario de impuestos y diversas gabelas, el peso de la tributación fiscal recaía invariablemente sobre las clases más humildes y productivas de la nación. Con una mano, Carlos V aplastaba la rebelión de los comuneros; con la otra, establecía una distinción entre Grandes y Títulos, que llegaban a 63 en 1525 aunque alcanzaron el centenar en 1581.[49]

En ese año los señores más prominentes de Castilla se clasificaban en 10 duques, 11 marqueses y 42 barones que sumaban entre todos 1.100.000 ducados de rentas anuales.[50] En 1581, 22 duques, 47 condes y 36 marqueses gozaban de 3 millones de ducados de renta; entre ellos, tan sólo el duque de Medina Sidonia embolsaba 150.000 ducados.

Este ejército de zánganos con títulos nobiliarios gozaba, a su vez, de un séquito innumerable de sirvientes y acólitos, que en su conjunto suponía la sustracción a la vida

---

[48] Soldevila, ob. cit., T. V, p. 11.

[49] Véase Vicens Vives, ob. cit., T. III, p. 23.

[50] Ibíd.

económica de centenares de miles de brazos. Para ofrecer un solo ejemplo demostrativo, diremos que en el siglo XVII figuraban adscriptos en el palacio de Oropesa 74 criados. El duque de Albuquerque, por su parte, sólo disfrutaba de 31, entre los que figuraban cocineros, lacayos, cocheros, enana, criada de la enana y otros parásitos del parásito magno, Más todavía, personas sin título nobiliario figuraban con nómina de 5 o 10 criados. Por la mera pitanza, o semipitanza, en la España imperial se reclutaban ejércitos de sirvientes más numerosos que los Tercios de Flandes.[51]

De recurrirse a la literatura picaresca, evoquemos aquella patética escena de El Buscón de Quevedo, en la que el hidalgo viaja acompañado por su misérrimo criado, tan hambriento como su amo. Esta inmensa servidumbre dependía de la nobleza, a la que servía como una verdadera clientela romana. Sus amos dependían, a su vez, de las tributaciones de los campesinos agobiados, o de los favores del rey. Este último, por su parte, alimentaba su boato gracias a las tributaciones de toda la España productiva y del martirio de las Indias. El sistema de pillaje era tan perfecto que las clases ricas, precisamente por privilegio de linaje, no pagaban impuestos.[52]

A lo largo del siglo XVI se eleva el número de religiosos. Entre franciscanos y dominicos sumaban 32.000 individuos. Los clérigos de las diócesis de Calahorra y Pamplona eran 24.000; en la de Sevilla revistaban 12.000. De acuerdo a las Cortes de 1626, el número de conventos de religiosos se elevaba a 9.088. Entre el monarca, el clero y la nobleza poseían el 95% del suelo hispánico.[53] Cuando finaliza el siglo XVII pesaban sobre esta desventurada tierra 625.000 nobles, cuatro veces el número de párasitos análogos a los que contaba Francia, que sumaba mayor población que España. Si Felipe II había multiplicado las aduanas interiores, Felipe III falsificaba moneda para procurarse recursos. Resulta curioso pensar que los Habsburgo buscaran demonios y herejes por toda Europa. Si algún demonio perverso debía buscarse en aquella España "donde no se ponía el sol", seguramente lo habrían encontrado en el más profundo rincón del Escorial, en el fanático coronado que estrujaba las entrañas de la Nación o en esos 600.000 duelistas de espada a la cintura, que luego de siglos de lucha intrépida para defender su religión habían degradado a una vida oscura.

---

[51] Véase Elliott, ob. cit., pp. 115 y 116.

[52] "A fines del reinado de Felipe II no se hallaba el dinero en España a un 30% mientras en el resto de Europa no se pagaba ni el 3%." (V. Alvaro Flórez Estrada, *Examen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reconciliación, y de la prosperidad de todas las naciones*, 2ª ed., Cádiz, 1812, p. 87.)

[53] Véase Vicens Vives, ob. cit., T. III. A mediados del siglo XVI se compraron en España 1.500 vasallos por 150.000 ducados, o sea, a razón de 100 ducados por cabeza. Por lo demás, en Sevilla y Lisboa había mercados de esclavos blancos: rusos, servios y otros eslavos.

Serían estos monarcas, los que cederían a los ávidos Fugger el monopolio de la exportación de las lanas, de las maderas y el hierro españoles. José María Pemán sostiene la opinión contraria, desde el ángulo del tradicionalismo español:

"Frente a los Comuneros, tenía toda la razón Carlos V. Con su acento extranjero, con su visión europea de las cosas, el Rey sentía mejor que los comuneros el verdadero destino de España, que no había de ser cosa pueblerina y estrecha, sino cosa ancha e imperial".[54]

Los argentinos Rómulo D. Carbia y Vicente D. Sierra[55] aprueban la naturaleza de la Conquista, y exaltan a los Habsburgo. Sierra sostiene una visión puramente religiosa de la historia española:

"España, con su vieja moral católica fortalecida por la Contrarreforma, no manifiesta nunca, a pesar de tener en sus manos el mayor poderío marítimo de Europa y el dominio sobre los nuevos mercados de América, es decir, a pesar de poseer mayores elementos técnicos que país alguno, interés por abandonar las rutas de la Teología para seguir las de la Economía... Para salvar su alma expulsa de su seno a los industriosos moriscos y judíos que eran el sostén de sus manufacturas. Inglaterra, en cambio, pierde el alma, pero se gana a esos y otros judíos. Las luchas de los siglos XVI y XVII arruinan a la madre patria tanto como las mismas guerras crean la preponderancia de la Gran Bretaña; y cuando ambas naciones entran a tratar, durante el siglo XVII, siempre es España la que concede Tratados comercialmente beneficiosos para la isla y en los que muestra la amplitud de concepto con que consideraba los problemas de la economía. Con ese Tratado, ya en 1604 consiguió Inglaterra poder colocar artículos de sus manufacturas en América a través de la península. Es el oro y la plata de América lo que creó el poderío económico de la Gran Bretaña. La manufactura fue el medio para captar toda esa riqueza que se escapaba de las manos de España por no tener industrias que le permitieran prescindir de las extranjeras y por creer que la colonización no era cuestión de 'intereses' sino tarea misional impuesta por la conciencia de una obligación y por los imperativos de una fe irrenunciable".

Es una singular e infrecuente defensa de la ruina nacional en nombre de la fe.

Aún en 1700, la municipalidad de Santander firma acuerdos particulares con armadores británicos, nación que ya poseía, con los alemanes y flamencos, tribunales especiales de comercio en Sevilla. Ni siquiera la burguesía catalana había podido disfrutar de tales

---

[54] José María Pemán, Breve historia de España, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1950, p. 210.

[55] Véanse Rómulo D. Carbia, *Historia de la leyenda negra hispanoamericana*, Ed. del Consejo de la Hispanidad, Madrid, 1944; y Vicente D. Sierra, *El sentido misional de la conquista de América*, Ed. del Consejo de la Hispanidad, Madrid, 1944, p. 468.

categorías. Al iniciarse el siglo XVII, 160.000 extranjeros acaparaban el comercio exterior.

10. El privilegio de la Mesta

Si la nobleza apenas se interesa en explotar sus tierras, pues es ocupación de villanos y aun la menor productividad le asegura sus rentas, tampoco la Iglesia explota sus inmensas propiedades territoriales. Ese patrimonio eclesiástico no hace sino aumentar con los legados. Así se acumula en "manos muertas" una gigantesca renta potencial, que paraliza el desarrollo agrícola de España. Sobre la base de los dominios señoriales y eclesiásticos, de la indiferencia general hacia la legislación hidráulica y de la indefensión del pequeño campesino, otro flagelo castiga a España. Se llama la Mesta.

Desde los tiempos de la cruzada contra los moros regía en España una disposición que prohibía cercar las tierras, ni siquiera las tierras cultivadas. Era preciso preservar a los rebaños de carneros de todo peligro militar y permitir rápidamente desplazarlos ante la menor alarma. Posteriormente, los campos áridos y la incuria de los terratenientes, así como el atraso agrícola, permitió que perdurara dicha disposición. Desde el siglo XIV, los grandes ganaderos propietarios de rebaños se organizaron en una todopoderosa e implacable entidad llamada la Mesta, que impuso su ley en los campos españoles. Obtuvieron inauditos privilegios reales. Consistían, esencialmente, en el derecho de sus rebaños de atravesar el reino "bebiendo el agua, pisando la hierba", sin sujetarse a limitaciones de tierra cultivada alguna. La legislación protegía a los ganaderos contra las represalias de los campesinos, que vieron durante siglos arruinados sus cultivos por el paso del ganado trashumante. La Mesta poseía poderosas protecciones oficiales. Para colmo, contaba con sus propios tribunales, jueces y personal judicial. En la producción de lana y la protección de la Mesta, se resumió toda la ciencia económica de la España imperial. Los ganaderos dominaban en las Cortes y las Cortes los eximían de todo impuesto. La Mesta se elevó como un formidable obstáculo para el desarrollo de la agricultura española, a la que destruyó con las patas de sus carneros y la benevolencia real hasta el siglo XVIII.

"Los pastores de la Mesta tenían el derecho de talar los bosques para sus necesidades y la construcción de puentes,"[56]

Según Colmeiro, la Mesta consideraba una usurpación manifiesta todo intento de extender y mejorar la labranza.

---

[56] Renard, ob. cit., p. 44.

"La máxima de la hermandad era: sálvense nuestros ganados y perezcan todos los labradores del reino. Nunca las algaras de los moros hicieron tanto daño a la agricultura como el honrado Concejo de la Mesta."[57]

La Mesta tenía el derecho de "formar una milicia disciplinada compuesta de alcaldes de cuadrilla, alzadas y mayores entregadores, contadores, procuradores fiscales, fiscal general, relatores comisarios, agentes, escribanos, alguaciles y otros oficios instituidos para velar sobre la custodia del sagrado depósito que llamaban cuaderno de la Mesta".[58]

11. La España que no viajó a las Indias

El clima se vuelve más seco y árido. España está más desolada que nunca. No puede asombrar que la población descienda verticalmente en tres siglos de unos 10 millones de habitantes a 5 millones.[59] Los que no emigran por hambre, se incorporan a los ejércitos que luchan en toda Europa, se lanzan a las Indias, mueren en tierra extraña o se radican para trabajar allí donde pueden. En cierto período, la emigración anual llega hasta 40.000 hombres jóvenes. Los españoles que se quedaban, tenían, sin embargo, un recurso final: refugiarse en la penumbra de un convento o entregarse a la mendicidad. Es el gran tema de la historia de España. Ya las Cortes de 1518 y 1523 suplicaban al bondadoso Carlos V que "no anduviesen pobres por el reino, sino que cada uno pidiese limosna en el pueblo de su naturaleza" [60]

Los ricos, dice Colmeiro, gozaban el ocio "de las rentas de las casas y tierras y los hidalgos pobres remediaban su necesidad acogiéndose a la Iglesia con la esperanza de la prebenda o de la mita o seguían la profesión de las armas y tal vez alcanzaban una modesta pensión en premio de sus buenos servicios en las campañas de Italia o de Flandes".[61]

En España había tantos hidalgos, que provincias enteras "blasonaban de hidalguía". Un autor cuenta que los mendigos de oficio celebraban sus juntas a manera de cofradías, donde

[57] Colmeiro, ob. cit., p. 749.

[58] Ibíd.

[59] Inglaterra, por el contrario, había doblado su población en el mismo período: de 2 1/2 millones a 5 millones en 1700.

[60] Los mendigos "reconocidos" estaban provistos de una "licencia" otorgada por el cura de su lugar de origen y que les permitía pedir limosnas a seis leguas a la redonda. Los limosneros privilegiados eran los ciegos, agrupados en cofradías. Si alguno de ellos caía enfermo, la cofradía pedía limosna en su nombre a los protectores habituales "porque tal devoción de los dichos parroquianos no se haya de perder". (V. Marcelin Defourneaux, La vida cotidiana de España en el siglo de Oro, Ed. Hachette, Buenos Aires, p. 262.)

[61] Colmeiro, ob. cit., p. 605. En un manuscrito anónimo del siglo VIII, vale decir, en la época de la lucha contra el moro, se lee lo siguiente: "El holgar es cosa mui usada en España, y el usar oficio mui desestimada, y muchos quieren más mantenerse de tener tablero de juego en su casa o de cosa semejante, que usar un oficio mecánico, porque dicen que por esto pierden el privilegio de la hidalguía, y no por lo otro".

hacían "sus conciertos y repartimientos". En la villa de Mallen se reunieron en cierta oportunidad 3.000 mendigos, hombres y mujeres, donde celebraron una especie de congreso, con grandes gastos y fiestas. No quedaba en Francia, Alemania, Italia y Flandes cojo, manco, tullido o ciego que no fuese a Castilla a mendigar "por ser grande la caridad y gruesa la moneda".

Alrededor de 70.000 pordioseros pasaban cada año por España. Y tan lucrativa era la temporada "alta" como la "baja". En el siglo XVII se calculaba que había en España 60.000 pobres legítimos, 200.000 vagabundos que vivían de limosna y "2 millones que no ganaban nada por falta de empleo o por su inclinación a la ociosidad".

Ante esta situación, el Estado puso orden y estableció una policía de mendigos. La agonía española había puesto a prueba la voluntad de sobrevivir a cualquier costo. Había mendigos que fingían un sinnúmero de enfermedades o inmundas llagas. Otros, en fin, "se torcían los pies, se hinchaban las piernas, se desconyuntaban los brazos y con hierbas se abrían llagas asquerosas para ablandar los corazones más empedernidos y si alguna persona de lástima se ofrecía a recogerlos y curarlos, respondían: ¡No quiera Dios que tal consienta, que la llaga del brazo es una India y la de la pierna es un Perú/",[62]

Algunos padres cuidadosos del porvenir de sus hijos, cegaban o tullían a los niños recién nacidos "para que los ayudasen a juntar dinero o quedasen con aquella... granjeria, después de su muerte, bien heredados"[63]

Entre los vagabundos y pordioseros de la altiva España caballeresca, podían distinguirse, en algún rincón de una taberna, a covachuelistas o leguleyos, "oidores de ropa luenga y mangas arrocadas",[64] junto a estudiantes sucios, sarnosos y hambrientos y filósofos cubiertos de harapos.

De aquella admirable España de hierro que descubrió América y recibió este premio, sólo agregaremos que el más ilustre de sus hijos era un aventurero fracasado de 58 años, que concibió su obra maestra en la cárcel, mientras purgaba el crimen de una deuda. En 1590 habían rechazado su pedido de uno de los cuatro cargos vacantes en las Indias. En ese cubil de presidio nació don Quijote, y su triste risa es la sátira feroz del hijodalgo que no pudo viajar a América, y se quedó en España para retratarla.

---

[62] Colmeiro, ob. cit., p. 597.

[63] Ibíd.

[64] Soidevilla, ob. cit., p. 61. "En Sevilla, especialmente, era picaro o apicarado cuando menos hasta el aire que se respiraba."

Capítulo II Los astrónomos salvajes

"Todos aquellos que difieren de los demás tanto como el cuerpo del alma o el animal del hombre (y tienen esta disposición todos aquellos cuyo rendimiento es el uso del cuerpo, y esto es lo mejor que pueden aportar) son esclavos por naturaleza."

Aristóteles

1. ¿Geografía o Historia?

Los españoles no descubren en el continente nuevo una "Nación" constituida. Por el contrario, aparecieron ante sus ojos incontables grupos étnico-culturales, con profundas diferencias lingüísticas, técnicas, productivas, religiosas o artísticas. Para emplear una categoría occidental, diremos que en dicho océano de razas y culturas se destacaban tres de ellas por su importancia dominante, presente o pasada, las sociedades azteca, incaica y maya. Por cierto que este hecho no justificaba la observación desdeñosa de Hegel de que América era un puro hecho geográfico, y que en consecuencia no podía incluirse en la historia universal:

"En la época moderna, las tierras del Atlántico, que tenían una cultura cuando fueron descubiertas por los europeos, la perdieron al entrar en contacto con éstos. La conquista del país señaló la ruina de su cultura, de la cual conservamos noticias;pero se reducen a hacernos saber que se trataba de una cultura natural, que había de perecer tan pronto como el Espíritu se acercara a ella. América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea".[65]

América tenía su propia historia, más precisamente, sus propias historias, aunque los europeos la desconocieran todavía, y aunque los americanos carecieran de una autoconciencia integral de su existencia común. El Imperio español y el portugués unificaron política y administrativamente al continente desconocido, lo incorporaron a la historia de Occidente y a la geografía mundial. En la nueva forma que crea Europa, América se transfigura de objeto en sí en objeto para sí, pues si es cierto que la orgullosa Ecumene europea extiende su poder, también se universaliza y se mundializa la tierra y los hombres recién descubiertos. Se efectúa un reconocimiento recíproco y se opera una sangrienta fusión; de ella brotará la historia latinoamericana. Cuando el mestizaje no se opera y el aborigen permanece puro, su

---

[65] Hegel, *Lecciones de filosofía de la historia universal*, Ed. Anaconda, Buenos Aires, 1946, p. 176. Sólo mediante el lenguaje hegeliano es posible admitir la identificación del arcabuz de Pizarro, el cuidador de puercos, con el "Espíritu".

norma cultural y su existencia social serán influidas por las condiciones europeas, por la lengua europea, por la universalización europea. Del gigantesco encuentro, el Nuevo Mundo surgirá como un producto original de esta historia, ni americano ni europeo.

Revestiría un carácter puramente académico disertar sobre la hipótesis de que los diversos imperios y confederaciones tribales precolombinas hubieran llegado, con el tiempo, a constituir una "unidad nacional". La noción misma de "Nación" era una categoría europea, fruto de una evolución secular de las fuerzas productivas del capitalismo y de la consolidación de un pueblo sobre la base de una lengua, una economía y un territorio común. Ni siquiera poseían estas organizaciones precolombinas un mismo nivel cultural. El continente descubierto por España era un conjunto incoherente de sociedades, tribus y grupos étnicos, alejados entre sí por distancias inmensas, separados por siglos o milenios de culturas, antagónicos con frecuencia y casi siempre incomunicados por centenares de lenguas y dialectos. En el interior de este caos, sin embargo, se dibujaba cierto orden.

Incas y aztecas no eran individuos "en estado de naturaleza". Constituían, por el contrario, sociedades organizadas, aunque en decadencia, cuya complejidad sólo fue advertida por la codicia española al destruirlas, luego de despojarlas de su plata y su oro. AI margen de ambos imperios, sólo quedaban ruinas memorables de civilizaciones más antiguas o varios miles de grupos étnicos que vagaban por las llanuras patagónicas, por el Gran Chaco, las Antillas o el Alto Amazonas, cazando o pescando, temerosos del rayo o adoradores del Sol, y cuyo inescrutable pasado pertenece antes al campo de la etnología más que al de la historia.

"No hay mejor gente, ni mejor tierra -dirá Colón, deslumbrado-; ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen su habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa." [66]

A la mirada ansiosa de los conquistadores se presentaba un mundo asombroso donde convivían, frecuentemente sin conocerse, el hijo del Sol y el buen salvaje, las matemáticas y el canibalismo.

2. La hegemonía castellana en la Conquista

América había sido fruto de un error: Colón murió persuadido de que había tocado en su proeza las tierras del Asia. La lectura de Marco Polo encendió su imaginación: en la Española creyó ver las costas del fabuloso Cipango. Pero su hazaña sólo podía lograrse a través de

[66] Del *Diario del descubrimiento*, cit. por Pedro Henríquez Ureña, en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 12.

errores semejantes. El capitalismo europeo en crecimiento, buscaba el camino de las especierías asiáticas. El descubrimiento confirmó las predicciones de los antiguos y trastornó la ciencia geográfica. Al cabo, resultó evidente que el Orbe Novo, según denominó Pedro Mártir de Anglería a la tierra nueva, no era el Asia. En seguida se advirtieron las consecuencias inmensas del descubrimiento.

Como no podía ser de otro modo, las promesas ilimitadas otorgadas en las capitulaciones reales al Almirante de la Mar Océano, se olvidaron rápidamente con indiferencia regia. América resultaba ser un premio excesivo para su descubridor.

Los reyes limitaron enseguida los derechos otorgados. Al comenzar la conquista en gran escala, la monarquía trazó, sin pérdida de tiempo, su política de centralización en el Nuevo Mundo. Aunque la Corona rehusaba comprometer al Tesoro real en las expediciones, procuraba preservar sus derechos en los mares y tierras por descubrirse y colonizarse. Toda la Conquista asumió, por ese motivo, un carácter privado, costeada por particulares, aunque regida por múltiples disposiciones administrativas que aseguraban los privilegios de la monarquía castellana. Las capitulaciones otorgadas a los Adelantados les cedían privilegios de índole señorial, entre los que se establecía la facultad de distribuir tierras y solares, repartir indios, erigir fortalezas y proveer oficios públicos. "Fue así como la vieja Edad Media castellana, ya superada o en trance de superación en la Metrópoli, se proyectó y se continuó en estos territorios de las Indias."[67]

La tradición de las guerras religiosas infundió a la Conquista, por lo demás, un marcado carácter de evangelización. Se estableció la obligación en las capitulaciones de incluir a clérigos en la flotas para el "mejor cumplimiento de los fines espirituales".

Dicha disposición real planteó ante los teólogos, burócratas y juristas el problema del "justo título", alegado por la Corona para conquistar las Indias.

La Conquista fue obra de la Corona de Castilla, aunque hubiera sido impulsada, ante todo, en la persona de Fernando, por los intereses de la burguesía española de los puertos mediterráneos. No obstante, los castellanos se reservaron para sí, durante largos años, el usufructo de "las Indias", excluyendo a los "extranjeros" de toda autorización para pasar a "las Indias". Entre los "extranjeros" se incluían a todos los españoles no pertenecientes a la Corona de Castilla. Pero la nobleza castellana, formada en la lucha contra el moro y que parasitaba en la metrópoli, cuando no guerreaba por Europa, no recibió la noticia del descubrimiento, precisamente, con ardor. Por el contrario, temió que sus tierras quedasen sin

[67] J. M. Ots Capdequi, *El Estado español en las Indias*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 17.

labradores, atraídos por el vellocino de oro de las Indias. La proeza sobrehumana del reconocimiento geográfico, el combate con las sociedades precolombinas y la despiadada victoria final, fue realizada al margen de los grandes de España. Terratenientes y nobles, en consecuencia, no participaron del esfuerzo de la conquista y colonización.[68]

3. Los segregados de España en América

La institución del mayorazgo en España dejaba en la mayor miseria a los hijos no primogénitos de la nobleza. La contradicción entre su rango social y sus medios económicos, proporcionará a la literatura de la época sus tipos más grotescos y trágicos. Los hijosdalgo (hijos de algo) formaban una clase numerosa y desdichada en la España de principios del siglo XVI. El noble hambriento de "capa raída", seguido de cerca por su escudero más hambriento aún, será el soldado endurecido de la gran infantería española en las guerras por sobrevenir: esos soldados de Flandes, que al desfilar parecían todos capitanes, harían soñar a las mujeres de Europa. Pero ya nada tenían que hacer en Europa. El hijodalgo más empobrecido integra la tripulación de las expediciones que se lanzan a la conquista del Nuevo Mundo.

Con él marchan los frailes evangelizadores o dispuestos a la apostasía, los frailes no menos famélicos o prevaricadores, los funcionarios del rey, los marineros de las grandes aventuras y la clientela de los presidios. Por Reales Cédulas de 1492 y 1497 (derogadas en 1505) se autorizó el reclutamiento de delincuentes y condenados para integrar las expediciones descubridoras. Pero ni labradores, ni artesanos pasan al Nuevo Mundo, a pesar de los esfuerzos reales en la primera etapa. También se prohibía viajar a las Indias a los descendientes de moros o judíos, a los gitanos, negros ladinos y herejes en general. Caro está, como ocurrirá durante tres siglos en la legislación indiana, la ley escrita poco tenía que ver con la vida social.

"Los individuos que vivían en la Península, desheredados y desesperados, sin otra hacienda que una capa andrajosa, sin tener seguridad ni de un bocado de pan ni de un trago

68 "Los individuos que vivían en la Península, desheredados y desesperados, sin otra hacienda que una capa andrajosa, sin tener seguridad ni de un bocado de pan ni de un trago de vino, se resolvían con frecuencia a exponerse a los golpes de los indios bárbaros, o a los rigores de una naturaleza exuberante e ignorada, a trueque de remediar la insoportable miseria que los afligía. Estos de quienes hablo habían inventado una frase muy expresiva para indicar el objeto de su viaje. 'Vamos a las Indias, decían, para hallar qué comer'." (V. Miguel Luis Amunátegui, *La crónica de 1810*, Ed. Bibliobazaar, Santiago de Chile, 1911, p. 8.) Después empezó la emigración de "la gente llana o vulgar": durante el siglo XVIII pasaban a las Indias 14.000 españoles por año. (V. Colmeiro, ob. cit., p. 968.)

de vino, se resolvían con frecuencia a exponerse a los golpes de los indios bárbaros, o a los rigores de una naturaleza exuberante e ignorada, a trueque de remediar la insoportable miseria que los afligía. Estos de quienes hablo habían inventado una frase muy expresiva pala indicar el objeto de su viaje. Vamos a las Indias, decían, para hallar qué comer."[69]

Al Nuevo Mundo pasaron judíos, herejes, negros y hasta aquellos que al principio rehusaron hacerlo. También algunos artesanos y menestrales, acorralados por la ruina de la industria española después de Carlos V, llegarán a las tierras nuevas.[70] Las "naos" en que se embarcaban para la increíble aventura los desheredados, no tenían sino 20 o 25 metros de quilla. En su miserable interior, convivían interminables meses, hacinados y mutuamente asqueados, damas de alcurnia, frailes, mercaderes, obispos y la más brutal marinería.

Un cronista de las navegaciones ultramarinas, Fray Antonio de Guevara, redacta un tratado sobre el "Arte de marear" donde describe los trabajos y penurias de las travesías:

"Es privilegio de galera que nadie al tiempo de comer pida allí agua que sea clara, delgada, fría, sana y sabrosa, sino que se contente, y aunque no quiera, con bebería turbia, gruesa, cenagosa, caliente, desabrida. Verdad es que a los muy regalados les da licencia el capitán para que al tiempo de bebería, con una mano tapen las narices y con la otra lleven el vaso a la boca".

Para mayor inquietud, debían tomar en cuenta la desagradable sorpresa de un encuentro con la piratería, desplegada al paso de los navíos españoles. La fama del oro y la plata traída de Indias propagó las correrías de los piratas hasta extremos que se volvió muy peligroso viajar hacia América y, sobre todo, volver de América, Tampoco la piratería estaba exenta de riesgos. En el código de los bandoleros del mar, fielmente cumplido entre ellos, se establecían indemnizaciones por pérdidas físicas producidas en los atracos marítimos. Véase el siguiente cuadro:

PIRATAS	PIEZAS DE 8 REALES
Brazo derecho	600
Brazo izquierdo	500
Pierna derecha	500
Pierna izquierda	400
Un ojo	100
Un dedo	100

[69] Miguel Luis Amunátegui, ob. cit., p. 8.

[70] En 1681 emigraban 6.000 españoles en un solo viaje, por "reo poder vivir en España". (V. Renard, ob. cit., p. 44.)

Como el tiempo se medía por relojes de arena, los hambrientos viajeros a Indias soportaban un cambio de guardia cada cuatro horas y una vuelta de ampolleta cada media hora. Los pajes del barco, al dar vuelta la ampolleta, entonaban cantinelas. He aquí una de ellas:

"Bendita la hora en que Dios nació,
Santa María que lo parió,
San Juan que le bautizó.
La guardia es tomada;
la ampolleta muele;
buen viaje haremos si Dios quiere."

AI desarrollarse la colonización y establecer la monarquía española un aparato político más arraigado, los más altos cargos serían ocupados por aquellos individuos de la aristocracia peninsular que no habían participado en la fase heroica de la Conquista.

El poblamiento de América Hispánica se produce, en definitiva, por un desdoblamiento de la población española: el sector más desesperado y marginado de la sociedad peninsular emigra a América para enriquecerse y permanecer en ella. En pocas generaciones, el cruzamiento del español con las indígenas origina la aparición del tipo criollo y mestizo, el aumento de la población y la formación de una sociedad colonial estable. La introducción de nativos del África negra, esclavizados para trabajar en la economía de plantación, incorporará nuevas etnias al formidable crisol de razas del nuevo pueblo latinoamericano.

Todo lo cual significa que los modos de producción, las instituciones sociales y las ideas dominantes de España y Portugal, van a fusionarse en el Nuevo Mundo con las particularidades económicas, naturales y políticas de la tierra desconocida: de ese hecho brota la originalidad americana.

Si los naturales de Aragón, a casi cien años del descubrimiento de América, apenas logran pasar a las Indias, los catalanes, es decir, el sector más burgués y moderno de España, se ven excluidos por la hegemonía castellana de toda intervención en América. Recién en 1702, Felipe V les concedió facultad para enviar cada año a las Indias dos bajeles cargados de sus productos con retorno a Barcelona, a condición de "no ofender los derechos y prerrogativas del comercio de Sevilla"[71]

Aragoneses, catalanes, valencianos, eran extranjeros para la nobleza castellana. Y esta

[71] Colmeiro, ob. cit., p. 987.

nobleza era precisamente la misma que se había opuesto a la formidable empresa y que la usufructuó luego para hacer del Nuevo Mundo un Mundo Viejo, a su imagen y semejanza, un espejo de esa España que los señores habían petrificado.

Si el pensamiento renacentista, los conocimientos geográficos, así como la expansión del mercado mundial y las incesantes invenciones constituían el marco histórico del Almirante, tras su proeza, y a su sombra, descenderá sobre la tierra recién descubierta la bandada de usurpadores señoriales.

Los caballeros de Castilla dejarán a un lado, con mano de hierro, y guante de terciopelo, no sólo a los soldados de la Conquista, sino también a aquellos españoles que pretendían crear una nación burguesa en América, puesto que ya no podían hacerlo en España.[72] De este modo, la conquista y colonización llevará el sello indeleble de la sociedad castellana, durante los tres siglos de su decadencia; y sí logra crear algunos focos industriales, será justamente a causa de la insuficiencia productiva de la metrópoli. Únicamente cuando España intenta débilmente reubicarse en la corriente de la historia universal, con el advenimiento de los Borbones, el Nuevo Mundo experimenta cierto progreso. Pero era demasiado tarde.

4. Los incas y aztecas descubren Europa

Al desembarcar el porquero trujillano Francisco Pizarro en las costas peruanas, al frente de 179 hombres y 37 caballos, ni sospechaba siquiera la magnitud del enfrentamiento histórico pronto a desencadenarse. Una civilización y una cultura lo esperaban. Era la exacta oportunidad -no soñada, ni entrevista para hacerse de un imperio, casi sin perder el aliento. Hernán Cortés no había sido tan afortunado. Pues el Imperio de los Incas estaba trabajado por graves disensiones internas.

El conflicto entre los dos hermanos, Atahualpa y Huáscar, sucesores del poder legado por el monarca incaico Huaina Cápac, facilitó el audaz golpe de los soldados de fortuna, y lo eran, sin duda. Francisco Pizarro y sus camaradas conquistaron un imperio inmenso en descomposición. Con entera justicia, podrá escribirse que nada habían heredado de la Hispania romana, pues hicieron todo lo posible para dificultar con su ciego pillaje el conocimiento posterior de la civilización que destruían. Cuando los soldados españoles ingresaron al Templo del Sol, en el Cuzco, les pareció haber llegado a la Ciudad de los Césares, tales eran las maravillas allí reunidas. El deslumbramiento fue breve:

---

[72] Véanse Puiggrós; Ots Capdequi; y Vilar, ob. cit.

"Sin piedad, los preciados símbolos fueron arrancados de sus sitios, derribadas las momias reales... deshechos en pedazos y arrancados de cuajo sus ornamentos. Las vasijas sagradas fueron golpeadas y destrozadas; indignamente rasgadas en pedazos las inapreciables tapicerías. Las magníficas alfombras y los más hermosos tejidos jamás vistos, fueron cortados en tiras con espadas y dagas para envolver la carga del áureo botín. Forcejeando, luchando entre ellos, cada cual procurando llevarse del tesoro la parte del león, los soldados, con cota de malla, pisoteaban joyas e imágenes, golpeaban los utensilios de oro o les daban martillazos para reducirlos a un formato más fácil y manuable. Desnudaban así al templo y las maravillas del jardín, de toda pieza preciosa y metales. Ajenos a la belleza, al arte, al incalculable valor del botín, arrojaban al crisol para convertir el metal en barras, todo el tesoro del templo: las placas que habían cubierto los muros, los asombrosos árboles forjados, pájaros y otros objetos del jardín"[73]

Así procedieron los hombres de Pizarro en todo el Imperio. Todo lo que podían destruir, lo destruyeron. "Cuando los españoles quitaron las llaves de metal que sostenían las losas de piedra de Tiahuanaco, las construcciones que hasta entonces se habían mantenido intactas durante mil años, se desmoronaron para convertirse en ruinas. Incontables millares de toneladas de antiguos edificios, monumentos e ídolos de piedra fueron destruidos."[74]

Pese a la desatada furia, el genio civilizador del Incario había elevado tales muestras de su energía que no pudieron arrasarlas ni siquiera los viejos saqueadores de Flandes o de Roma. El propio Templo del Sol, indemne al hacha española, fue convenientemente arreglado para servir al culto cristiano. El pillaje continuó durante los últimos cuatro siglos, aunque es justo decir que durante la mitad de ese extenso período en el saqueo de las viejas y nuevas culturas tuvieron parte decisiva las nuevas oligarquías criollas y los imperios anglosajones.

No constituye una irreverencia histórica dejar sentado que el núcleo de los conquistadores del Perú constituía una gavilla de bandidos, realmente dignos del infierno, cuya ocupación favorita consistía en acuchillarse recíprocamente y en traicionar a su rey. Hubieran hecho buena figura como condenados a galera en cualquier prisión del mundo. En este preciso sentido, un Francisco Pizarro, muerto por sus acólitos en Lima, Diego de Almagro, asesinado por los pizarristas, Carvajal, un criminal de alma helada o Lope de Aguirre, poseído de demencia homicida, no diferían de los conquistadores ingleses, holandeses y franceses de su época.

Había un abismo entre tales sátrapas y Hernán Cortés, un ilustrado y notabilísimo

[73] A. Hyatt Verril, *Viejas civilizaciones en el Nuevo Mundo*, Ed. Argonauta, Buenos Aires, 1947, p. 249.

[74] Ibíd., p. 55

político, cuya medida crueldad, y rasgos de inspiración, hubiera aprobado el florentino Nicolás Maquiavelo. Si se deja por un momento de lado el nivel de civilización técnica y de utilaje militar que manejaba el feroz Pizarro, y que consagró su inverosímil victoria sobre los incas, este gran pueblo americano empleaba para su expansión imperial una inteligencia política que los españoles omitían en sus métodos de conquista. Cuando el Inca se proponía ensanchar su Imperio "se informaba primero de la situación general de la tribu que ocupaba ese territorio y de sus alianzas; se esforzaba en aislar al adversario obrando sobre los jefes de los pueblos vecinos mediante dones o amenazas; después encargaba a sus espías el estudiar las vías de acceso y los centros de resistencia. Al mismo tiempo, enviaba mensajeros en distintas ocasiones, para pedir obediencia y ofrecer ricos presentes. Si los indios se sometían, el Inca no les hacía ningún daño; si resistían, el ejército penetraba en el territorio enemigo, pero sin entregarse al pillaje ni devastar un país que el monarca pensaba anexionar".[75]

¡Como para prestarle crédito a la clasificación de Morgan, que Engels hizo suya, acerca de que los incas vivían en el estadio medio de la barbarie por el hecho de que desconocían la rueda y carecían de fundiciones de hierro! Los eruditos europeos, enfermos de presunción, se han esmerado en enseñar a los indígenas del mundo cuál es el lugar exacto que les corresponde en la escala jerárquica de la historia.[76] Todo lo que era diferente, lo consideraban inferior. En cuanto a los soldados de la Conquista, nada más claro y verdadero, más tristemente humano, que la explicación de Mariano Picón-Salas:

"¿A qué asombrarnos de que esa masa de pecheros, de pequeños hidalgos empobrecidos, de bastardos sin herencia que formaban el aluvión conquistador anhelen forjarse sus ínsulas de metales preciosos? El sueño de Sancho Panza, que Cervantes incorporó en el más representativo libro español, sueño de buena comida, de eterna boda de Camacho en que se voltea sin cesar el asador y se derraman las botas de vino, representa uno de los temas y los sueños del pueblo español, cuando desde Carlos V sobre la vieja y pequeña economía agrícola prevalece en Castilla el latifundio ganadero de la 'mesta' y el país hispano se vierte en empresas exteriores que arruinan su economía interna".[77]

5. La propiedad colectiva de la tierra

---

[75] Louis Baudin, *El Imperio socialista de los Incas*, Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1945, p. 341.

[76] Véase Federico Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955, p. 196. Un punto de vista menos eurocéntrico puede estudiarse en Racismo e Historia, de Claude Lévi-Strauss, Antropología estructural, vol. II, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1969.

[77] Mariano Picón-Salas, *De la Conquista a la Independencia*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 58.

El Imperio incaico ejercía su influencia sobre el actual Perú, Bolivia, Ecuador, parte de Chile, un sector del norte argentino, cierta fracción de la selva brasileña, y hasta parte de Colombia, donde se manifiestan numerosos testimonios en la toponimia y la cultura sobrevivientes. El saqueo de los conquistadores ha contribuido a dificultar un estudio completo de la sociedad incaica y de sus orígenes. Los incas no habían llegado todavía a la escritura. Desconocían la rueda, el manipuleo de metales (hierro), el vidrio, el trigo y el caballo. La civilización incaica se fundaba en la propiedad colectiva de la tierra, en el cultivo del maíz y en la domesticación de la llama. El desarrollo y apogeo del Imperio duró cuatro siglos. Constituía, por lo demás, una confederación altamente centralizada de tribus. Se consolidó en ella una sociedad estratificada, cuya población agrícola, con sus caciques locales, producía la alimentación fundamental de la comunidad, que era vegetal, pues la carne era prácticamente desconocida como alimento. Las clases sociales se erigían a partir de las comunidades nucleadas alrededor del ayllu; la aristocracia, rodeada por los jefes militares, los sabios o amautas y los artesanos reales, culminaba en la persona divina del Inca, hijo del Sol. La reglamentación estricta y planificada de la vida económica y social estaba determinada por la escasez de los recursos naturales y el grado de la técnica alcanzada por los incas. Para sobrevivir en medio de una naturaleza que todavía no podía dominar, esta sociedad original había creado un ingenioso sistema de irrigación agrícola, superior en muchos aspectos al romano, y un conjunto de carreteras digno de comparar al concebido por la civilización clásica, que aún se emplea parcialmente.

Nos encontramos aquí con un tipo de civilización americana que reviste cierta afinidad formal con el "modo de producción asiática" descripto por Marx.[78] Prevengo al lector, sin

---

78 La aparición y desaparición del debate sobre el modo de producción asiático posee una curiosa historia que no corresponde examinar aquí. Constituyen uno de los aspectos menos conocidos de la decadencia del pensamiento marxista, durante el ciclo stalinista, las curiosas vicisitudes sufridas por la categoría del modo de producción asiático. El ex comunista Karl A. Wittfogel ha estudiado el problema desde un ángulo reaccionario. Con las debidas reservas, pueden consultarse algunos elementos de juicio acerca de la discusión en la Internacional Comunista en 1931, en dicho autor: Despotismo oriental, Ed. Guadarrama, Madrid, 1964, p. 454. Tanto Eric J. Hobsbawn, en su introducción a Formaciones económicas precapitalistas, de Marx, Ed. Platina, Buenos Aires, 1965, como Maurice Godelier, en su estudio preliminar a la antología de textos de Marx y Engels (*El modo de producción asiático*, Ed. Eudecor, Córdoba, 1966), han reactualizado la importante cuestión.

El eurocentrismo capitalista había supuesto tradicionalmente que la historia de la humanidad debía reproducir naturalmente todas las fases por que había atravesado la evolución de Europa, el continente ejemplar. Gran parte de la historiografía marxista se inclinó ante esa tradición, aunque no el mismo Marx. La posibilidad de desarrollos históricos originales en los países excéntricos aparece sugerida en la categoría del "modo de producción asiático". Del mismo modo, la discusión de este problema desarrolla la hipótesis de una evolución de la comunidad primitiva hacia el feudalismo, sin pasar por la fase de esclavismo. Se plantea la viabilidad contemporánea de una transformación de dichas comunidades en organizaciones próximas al socialismo, sin la necesidad rigurosa de "suicidarse para renovarse", como le señala Marx a Vera Zasulich, acerca de la comuna

embargo, contra la propensión inconsciente de todo latinoamericano, de emplear prestigiosos estereotipos de factura europea para clasificar todos los fenómenos del mundo entero, y en consecuencia, a rehusarse el examen de la elusiva realidad americana sin intermediarios. Digo esto sin orgullo: conozco el paño "porque he sido sastre".

El régimen hidráulico del Incario, en cierto sentido análogo a las viejas civilizaciones del Nilo, y sus grandes obras públicas exigían una disciplina rigurosa y un régimen político vertical que deja poco lugar a las ilusiones socialistas de algunos autores como Mariátegui,[79] a la poesía nostálgica de Haya de la Torre o a las libertades terminológicas de ciertos profesores europeos.[80]

Las palabras "socialista" o "comunista" poco tienen que hacer aquí en su sentido clásico, sea "utópico" o "científico", frente a este notable ejemplo de propiedad colectiva de la tierra y de subordinación ciega al hijo del Sol y a su burocrático despotismo.

Las lenguas incaicas, sobre todo el quechua y el aymará, puesto que el uru estaba en completa decadencia al llegar los españoles, poseen una estructura simple y lógica. Su evolución, en caso de que esa civilización hubiera dispuesto del tiempo necesario para lograr una lengua escrita, habría consolidado una "unidad nacional" más efectiva que la vigente cuando el Imperio sucumbió. En cuanto a la historia, los incas sumieron en el olvido deliberado más absoluto a las antiguas civilizaciones, de las que sin duda procedían y de las que, obviamente, habían heredado parte considerable de sus métodos económicos y políticos.

Frente a su propio pasado, el Imperio adoptaba, con toda desenvoltura historiográfica, el criterio de fijar en sus quipus, así como inscribir en planchas de oro, los acontecimientos más memorables o meritorios de los monarcas anteriores, con cierta salvedad. Si algún antepasado hubiera cometido lo que se juzgaba, de algún modo, un crimen, error o falta grave, era silenciado por completo, borrado de la historia incaica e ignorado por las generaciones posteriores. Tal método crítico revela que los incas, si no pretendían ser fundadores de la ciencia histórica burguesa, o de los atormentados cronistas de Stalin, podían al menos aspirar a figurar entre los más cautos profesantes de la historia.[81]

---

rusa. Bajo este mismo aspecto, cabe señalar las opiniones de León Trotsky sobre la probable evolución de las comunidades indígenas de Bolivia dentro de un régimen socialista, que figuran en el libro de Alfredo Sanjinés, *La reforma agraria en Bolivia*, Ed. Universo, 2ª ed., La Paz, 1945, p. 21.

[79] "Sobre las ruinas y los residuos de una economía socialista, echaron las bases de una economía feudal." (V. José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Obras Completas, vol. II, Ed. Amauta, Lima, 1959, p. 10. Excepto por este juicio erróneo, esta obra es una de las raras contribuciones originales del socialismo latinoamericano.)

[80] Con el objeto de desacreditar al socialismo, identificándolo al stalinismo, el profesor Louis Baudin califica como tal al régimen incaico. Su libro, hay que admitirlo, resulta más útil que las ideas políticas de su autor.

[81] Con mayor razón podrían ser considerados precursores de la historiografía stalinista de la Unión Soviética,

Semejante sociedad, geometrizada y apasionada por la estadística, que sometía a sus miembros a una existencia pasiva y ordenada, junto a la cual los jesuitas de las Misiones parecerán bohemios incorregibles, exhalaba un aire faraónico por todos sus poros. Su célebre frase cotidiana: "No robes, no mientas, no haraganees" era la cifra de una comunidad militar, en la cual la falta más leve era penada con la muerte y donde una disciplina de hierro se imponía para arrancar a la tierra difícil, apenas abierta por el arado de mano, el sustento de todos sus miembros.[82]

El conjunto del Imperio era imponente. Sus ejércitos llevaron la zozobra al puñado de españoles que se atrevió a desafiarlo. Pero la sociedad estática y doblegada, se disipó como el humo ante el primer golpe. Luego, las rebeliones sucesivas fueron aplastadas sin piedad y sin esfuerzo por el escudo de hierro, el arcabuz y el caballo, que, piénsese lo que se quiera, fueron no sólo la primera muestra que la cultura de Europa ofreció al "buen salvaje" sino también, en definitiva, la expresión cruel, pero expresión al fin, de la superior técnica de Occidente.

6. Toltecas, aztecas y mayas

Muy lejos de la cultura andina, habían florecido notabilísimas sociedades prehispánicas.

La profecía azteca que anunciaba la llegada de los blancos, asociada a un período de miseria y dolor, resultó confirmada. Una canción mexicana muy posterior, “La maldición de la Malinche”, evoca el acontecimiento:

"Del mar los vieron llegar mis hermanos emplumados
eran los hombres barbados de la profecía esperada
se oyó la voz del monarca de que Dios había llegado
y les abrimos la puerta por temor a lo ignorado."

Los dos grupos sociales que poseían un nivel notable en sus civilizaciones respectivas cuando llegaron los españoles, eran los incas y los aztecas. Estos últimos, por lo demás, cuando el conquistador Hernán Cortés arribó a México, sólo dominaban una confederación inorgánica de tribus, mal avenidas al poder central y cuyas disputas interiores amenazaban gravemente la débil unidad de un régimen mucho menos integrado que el incaico. Los

---

cuyo gobierno prefería suprimir de los anales a sus adversarios cuando temía polemizar con sus libros, después de haber fusilado a los autores. Como se ve, no hay nada nuevo bajo el sol, se trate del Sol incaico o de aquel "Sol padre de los pueblos", como se llamaba en sus días a Stalin, hoy también borrado del "quipu" burocrático.

[82] Véanse Baudin, ob. cit., p. 15; y Salvador Canals Frau, *Las civilizaciones prehistóricas de América*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1959, p. 326.

aztecas sólo controlaban y habían impuesto su sello cultural a una reducida parte del actual territorio de México, sobre todo en las altas planicies y en los valles, donde residía su capital.

También existían otras culturas, como la de los zapotecas, hostiles a los aztecas y que colaboraron con Hernán Cortés contra aquéllos, así como la de los tlascaltecas, que procedieron del mismo modo. Las decenas de tribus y razas de México no constituían en modo alguno nada que pudiera asimilarse a una "unidad nacional". El número de dialectos en México era incontable, lo mismo que sus creencias religiosas, sus estilos artísticos y sus hábitos.[83]

Los aztecas tenían tras de sí un gran pasado histórico. La vieja civilización tolteca, de la cual eran su expresión más decadente, integra parte de esa tradición que los investigadores aún no han terminado de estudiar y que dejara su rastro notable no sólo en la cultura azteca, sino también sobre los restos de la cultura maya, en la actual Guatemala y parte de Yucatán. Debe establecerse desde ya, que la conquista española enfrentó a un gran Imperio, cuyo núcleo dominante se encontraba asentado en una pequeña isla, desde la cual el poderío militar nahua (o azteca) ejercía el control global sobre parte de 38 provincias, tributarias de los aztecas.

Estos últimos, establecidos en el valle de México, ejercían una suerte de satrapía oriental sobre todas ellas. Aunque sobre los aztecas se dispone de información más abundante que con respecto a las viejas culturas mexicanas, puede considerarse que la conquista española, como en el caso del Imperio inca, ejerció una devastación de tal magnitud sobre los monumentos, templos, archivos y manuscritos, que gran parte del pasado prehispánico resulta indescifrable a la moderna investigación.

Para escoger tan sólo dos ejemplos, diremos que Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, se envanecía en una carta de 1547, de que sus sacerdotes habían destruido, hasta ese momento, más de 500 templos mexicanos y quemado más de 20.000 ídolos. Con sus propias manos, el ardoroso prelado ayudó a incinerar los archivos de Texcoco; imitó su celoso ejemplo el obispo de Yucatán, Diego de Landa, que en 1562 entregó al fuego purificador los manuscritos mayas, el único pueblo de América precolombina que había logrado crear una escritura y cuyos principales testimonios históricos y literarios se han perdido, en gran parte, por estos diligentes pastores.[84]

---

[83] Véase Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1961, p. 16 y ss.

[84] Véase Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, en Cronistas de las culturas precolombinas, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1963, p. 202.

Numerosos clérigos, y hasta conquistadores com[85]o Hernán Cortés y, sobre todo, Bernal Díaz del Castillo, remediaron en parte la devastación, recogiendo en sus crónicas y recuerdos los testimonios vivientes de la civilización que agonizaba bajo sus ojos. No en vano Hernán Cortés, muy superior en todos los respectos a Pizarro, dirá luego, para justificar en cierto modo el vandalismo conquistador: "Porque es notorio que la más de la gente española que pasa, son de baja manera, fuertes y viciosos de diversos vicios y pecados".[86]

Si se tiene en cuenta que Cortés y sus soldados, inmediatamente después de su victoria sobre Moctezuma, Cuitláhuac y Cuauhtémoc, destruyeron por completo Tenochtitlán, la capital azteca, sobre la cual se edificó la actual ciudad de México, puede comprenderse que su reflexión sea, al mismo tiempo, una confesión. Mientras que los habitantes de Atenas y Roma, dice Krickeberg, descienden de los griegos y romanos que vivieron hace tres mil años, pues las dos grandes capitales se fueron construyendo sobre sus antecesoras sin destruirlas, la actual México está edificada sobre las ruinas de la ciudad azteca: de un solo tajo se destruyó la vieja cultura y se escindió la historia de lo que los europeos llamarían el Nuevo Mundo, aunque era más antiguo que muchas de las grandes naciones de Occidente.

En lo que hoy conocemos como México, se hablaban 82 lenguas, que formaban 11 o 12 grupos y que se agrupaban en 4 o 5 familias lingüísticas.[87] La lengua náhuatl era en el siglo XVI, con la maya y la quechua, una de las tres lenguas literarias de la vieja América. En ella se habían compuesto himnos a los dioses, poemas épicos y obras históricas. Observemos, desde ya, que pese a todas las analogías que los filólogos puedan encontrar entre las lenguas mexicanas o mesoamericanas, estamos en presencia de mundos culturales e idiomáticos prácticamente incomunicables: basta señalar las distancias, las lenguas y las culturas que separaban a las dos grandes civilizaciones americanas para comprender el papel histórico unificador que desempeñaron los españoles desde el punto de vista de la creación de una nacionalidad.

Análogamente a los incas, los aztecas carecían de cereales panificables. Su cultivo fundamental era el maíz. La inexistencia de grandes cuadrúpedos les vedaba una alimentación completa, con la leche y la carne. Por añadidura, la carencia de transporte mecánico y animal, esto es, de la rueda, el buey y el arado, obstaculizaba el aumento de la productividad agrícola. Estos factores técnicos crearon su déficit alimentario y limitaron el

---

[85] Véanse Verril, ob. cit.; y Krickeberg, ob. cit.

[86] Picón-Salas, ob. cit., p. 57.

[87] Véase Krickeberg, ob. cit., p. 35.

nivel cultural.[88] Se tendrá presente que si los incas utilizaban la llama como animal doméstico (que soporta, a lo sumo, un peso de 55 kilos), los aztecas o los mayas, en cambio, no conocieron animales domésticos semejantes. El transporte, en consecuencia, se hacía a lomo de indio. El fundamento de la organización social y económica azteca era el calpulli, equivalente al ayllu, incaico y que distinguía a la propiedad colectiva de la tierra.

Una casta de guerreros, sacerdotes y ricos comerciantes, que traficaban productos con la costa, servían de base al jefe o emperador, cabeza de una sociedad más o menos militar. Las clases aztecas privilegiadas vivían en palacios suntuosos. Los ritos religiosos, que incluían sacrificios humanos, estaban íntimamente vinculados al bajo nivel productivo de su agricultura y a la ferocidad del régimen tributario y esclavista que asolaba más allá del valle de México.[89]

Las carreteras, el sistema veloz de comunicaciones, la dureza extrema de la vida, el saqueo de las tribus sometidas, aproximaban más literalmente a los aztecas al tipo de despotismo oriental, combinado con el modo de producción de las sociedades agrícolas antiguas. Contaban con una escritura jeroglífica, un calendario y nociones de aritmética y astronomía. No trabajaban los metales industriales pero descollaban en la orfebrería, el dibujo, el delicado arte del trabajo en plumas y la arquitectura monumental. Eran excelentes cartógrafos. Cuando Cortés destruyó la capital azteca, Tenochtitlán contaba con 60.000 casas y 300.000 habitantes. Sus ferias comerciales deslumhraron a Bernal Díaz del Castillo, el cronista. Le parecía encontrarse, por su animación, variedad de artículos e intensidad del intercambio, en una feria europea. Los oficios y artesanías aztecas han perdurado hasta hoy y, de algún modo, las culturas pre hispánicas impregnan el espíritu y la sociedad del México contemporáneo.

7. Fin y comienzo

En cuanto a los mayas, habían desaparecido cuando se produjo la Conquista. A lo largo de una historia prolongada y misteriosa, habían llegado a crear una escritura perfecta y el calendario más preciso que se había conocido hasta la adopción del calendario gregoriano en Occidente. Sus cálculos astronómicos eran rigurosos, no menos que la maravilla de su arquitectura y sus artes monumentales.[90] Si se considera en su conjunto, tanto la escritura

[88] Véase Carlos Malpica, *Crónica del hambre en el Perú*, Francisco Moncloa Editores, Lima, 1966, p. 38.

[89] Véase Canals Frau, ob. cit., p. 417.

[90] Wittfogel establece una estrecha correlación entre los conocimientos matemáticos y astronómicos y las

maya, como la arquitectura preincaica chimu, los indios nascas y su arte cerámico, sin olvidar los calendarios aztecas o toltecas y las carreteras y tejidos incaicos, la vieja América que deslumhró a los cronistas españoles, ofrecía un maravilloso cuadro cultural que no ha podido ser exterminado por completo. Algunos de sus elementos sobreviven y forman parte del grandioso proceso de fusión entre los europeos y autóctonos en los últimos siglos.[91]

Fuera de estos centros de cultura, algunos a punto de disolución, otros al cabo de su apogeo o próximos a su crisis, la más variada gama de tribus y grupos étnicos vivía en el Nuevo Mundo al aparecer los españoles en su horizonte. Desde el nomadismo hasta formas primitivas de agricultura, poblaban la térra incógnita indios desnudos o nativos cubiertos con piel de venado, alfareros o tejedores de mimbre, pescadores o cazadores de bisontes, sedentarios cultivadores de mandioca en las Antillas o en el área amazónica.

Continente tan inmenso como lo había soñado Séneca, rodeado de dos océanos, acariciado por el golfo de México y el mar Caribe, y sostenido por los Andes, cruzado por los ríos más extensos del mundo, habitado por todas las razas y culturas, la estupefacción de los conquistadores, al encontrar un universo habitado por astrónomos y caníbales, fue breve. La colonización comenzaba, el oro relucía allí y el Reino de los Cielos estaba en este mundo.

necesidades de las primitivas comunidades agrarias de vigilar exactamente la redistribución de los campos inundados, medir las estaciones, controlar los ciclos anuales y contar con un calendario exacto para prevenir catástrofes naturales. Herodoto atribuye los comienzos de la geometría en Egipto a la necesidad de medir cada año la tierra inundada. (V. Wittfogel, ob. cit., p. 49.)

[91] Véase Edmundo O'Gorman*, La invención de América*, Ed. Pondo de Cultura Económica, México, 1958.

Capítulo III
Colonización y nacionalización de las Indias

> "Hay tantos mestizos en estos reinos, y nacen cada hora, que es menester que Vuestra Majestad mande enviar cédula que ningún mestizo ni mulato pueda traer arma alguna ni tener arcabuz en su poder, so pena de muerte, porque esta es una gente que andando el tiempo ha de ser muy peligrosa y muy perniciosa en esta tierra."
>
> Licenciado Castro, al rey, siglo XVI

1. El gran crisol racial

Durante trescientos años se producirá un lento proceso de fusión entre los españoles en América y los sobrevivientes de la población autóctona. La fusión engendrará al mestizo, que será a su vez discriminado de los puestos fundamentales de la vida política colonial, constituyéndose en ciudadano de tercera categoría. La oleada inmigratoria posterior a la Conquista, pasado el período de hierro, gozará de los frutos del asalto. Los nuevos españoles serán encomenderos, propietarios de gigantescas haciendas, funcionarios reales, oidores, cabildantes, jefes militares. Hacia abajo, más allá de la sociedad española virreinal, que se enriquece lejos de España, y de los criollos o americanos españoles insertados profundamente en la estructura económica, vegeta un mundo petrificado de indios mansos, razas vencidas, transformados en mineros-siervos, jornaleros, labradores inamovibles del dominio señorial, capataces de plantaciones o cómplices de los amos en el tráfico de esclavos. En el mejor de los casos el miembro de las castas será artesano, doméstico, trabajador de los servicios y transportes, domador, resero, acarreador de hacienda. La importación generalizada de mano de obra esclava procedente de África, mezclará más aún las razas originales de América: aparecerán así el mulato, el zambo, el tercerón, el cuarterón, el quinterón. El español venía de su patria generalmente sin mujer. Su vaga hidalguía, su total pobreza, su hambre devoradora, la exaltada ambición hacían de cada uno de ellos un Cortés que encallaba sus naves. Era un español sin regreso. Así, con la india y la prodigiosa naturaleza, echó linaje nuevo. El fenómeno ya alarmaba en 1567, cuando el licenciado Castro se dirige al rey, desde Lima, alertando al monarca sobre los peligros del mestizo en América:

"Hay tantos mestizos en estos reinos, y nacen cada hora, que es menester que Vuestra Majestad mande enviar cédula que ningún mestizo ni mulato pueda traer arma alguna ni tener

arcabuz en su poder, so pena de muerte, porque esta es una gente que andando el tiempo ha de ser muy peligrosa y muy perniciosa en esta tierra".[92]

Por lo demás, el mestizo será llamado criollo con el tiempo, y según sean sus caudales y legitimidad de filiación, estará integrado a clases económicamente privilegiadas, aunque persista para él la segregación de la vida política. El criollo ilegítimo o desprotegido será "mestizo" y vegetará en las capas profundas y expoliadas de la sociedad colonial.

2. La política colonizadora

Con esa particular mezcla de misticismo y codicia que distinguía a los conquistadores, bien provistos de los formulismos jurídicos redactados por los ceremoniosos letrados de Castilla, se confeccionó un complejo discurso que los soldados españoles leían a los indios antes de someterlos por la fuerza. Este discurso llamábase "requerimiento". Si su atropellada lectura no decidía a los indios absortos a prestar su aprobación al vasallaje que se les pedía y a adoptar la fe ofrecida, quedaban notificados, por una lengua que no comprendían y por irnos extranjeros a los que no habían visto nunca, que serían obligados a ceder a golpes de espada.

El requerimiento se hacía a la buena de Dios, al pie de un árbol tropical, con el lector leyendo rápidamente, rodeado de indios curiosos y de acólitos con las armas desenfundadas. Así procedían los soldados del rey y devotos del Señor, en los primeros años de la Conquista. Recuérdase la respuesta de irnos indios de Colombia, al entender, por la traducción que tuvieron a bien hacerles unos frailes, que el Papa había hecho merced de aquella tierra al rey de España y que todos le debían obediencia:

"Dixeron que el Papa debiera estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo. Y que el Rey que pedía y tomaba tal merced debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros. Y que fuese allá a tomarla, que ellos le pondrían la cabeza en un palo como tenían otras que me mostraron de enemigos suyos puestos encima de sendos palos".[93]

Como había que respetar las formas y observar, al mismo tiempo, las leyes de la táctica, muchos requerimientos eran leídos a los indios una vez que ya estaban encadenados, sin intérprete y abrumados a palos. Estos métodos expeditivos complacían a Pedro de Valdivia, conquistador de Chile:

---

92 Alejandro Lípschutz, *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje*, Ed. Austral, Santiago de Chile, 1963, p. 266.

93 Picón-Salas, ob. cit., p. 44.

"Matáronse hasta mil e quinientos o dos mil indios y alanceáronse otros muchos, y aprendiéronse alguno, de los cuales mandé cortar hasta doscientos las manos y narices, en rebeldía de que muchas veces les había enviado mensajeros y hécholes los requerimientos que V. M. manda".[94]

Iniciada la colonización, medio siglo después, hacia 1550, la población indígena de las Antillas dejaba de pagar tributos en su totalidad porque había sido exterminada en los lavaderos de oro.

La ruina acarreada a la industria española por la política de los Habsburgo y el escaso poder de control real en el inmenso mundo colonial, facilitaron la formación de diversas industrias y cultivos, formalmente prohibidos por la Corona. No pocas de dichas industrias serían destruidas por el libre comercio que impondrán los regímenes políticos de la revolución hispanoamericana. También había artesanías y pequeños talleres en las ciudades principales organizados bajo la forma de "corporaciones". De ellas estaban excluidos los indios, mulatos y negros, en la categoría de "maestros". Es que los indios se revelaron hábiles artesanos. Su destreza era herencia de muchas generaciones. Eran competidores peligrosos. Esto no impedía que fueran los artesanos indígenas los principales oficiales de dichos talleres.

Las corporaciones de artesanos carecían de toda analogía con las corporaciones de oficios de Europa. Más bien ejercían las funciones de una "policía del trabajo", con el fin de controlar la vida económica colonial.[95] Sin embargo, la gran maquinaria del capitalismo colonial exportador (cacao, azúcar, minerales, algodón, etc.), que alimenta la formación del capitalismo europeo, facilita la introducción del mestizo artesano de los centros urbanos a un "mundo monetario y racional" que constituye una introducción al capitalismo, aún bajo su forma mercantil.[96] Pero se trataba en todo caso de una minoría. Los millones de indígenas, negros y "castas" que producían en las Indias, se distribuían entre los encomenderos de México, Perú o el Alto Perú, trabajaban para los grandes ganaderos mexicanos o venezolanos, jadeaban en el fondo de las minas, plantaban azúcar, algodón y cacao o agonizaban bajo el látigo en los ingenios del Brasil. En cuanto al proletariado, Humboldt describía, en la primera década del siglo XIX las fábricas textiles:

"Los hombres libres, indios y gente de color, se confunden con los delincuentes distribuidos por la justicia entre las fábricas para obligarlos a trabajar. Todos aparecían

---

[94] Lewis Hanke, *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1958, p. 71.

[95] Véase José María Ots Capdequi, *Historia de América y de los pueblos americanos*, T. XIV, Ed. Salvat, Barcelona, p. 131.

[96] Ibíd.

semidesnudos, cubiertos por harapos, magros y deformados. Cada taller parece una obscura prisión. Las puertas, que son dobles, permanecen constantemente cerradas y no se permite a los obreros dejar la casa. A los casados sólo se les permite ver a sus familias los domingos. Todos son azotados sin piedad, si cometen el menor desliz respecto del orden imperante en la fábrica".[97]

3. La "destrucción de las Indias"

Los tres siglos de dominación colonial española, salvo las alteraciones de la política borbónica a fines del siglo XVIII, se fundan en la encomienda y en la mita, esto es, en la esclavización virtual del indio americano, allí donde podía ser sometido, y de los negros africanos. En la realidad social, ya que no en la legislación formalista, el régimen de las encomiendas concebido originalmente como forma de "proteger" al indio y a su familia, recién decae a fines del siglo XVIII. Este régimen parecía esencial "para la perpetuación en América de una sociedad aristocrática organizada en la misma forma que la del Viejo Mundo".[98]

Quien no tenía encomiendas, no tenía recursos, y quien no contaba con éstos, no podía "desarrollar comercio". En aquellos lugares de América en que no hubo indios domesticables, como el Río de la Plata, estalló un escándalo recogido por los cronistas. Los ediles de Buenos Aires se quejaron al rey "que la situación era tan mala que los españoles tenían que cavar la tierra y sembrarla para poder comer".[99]

¡Había que trabajar! En 1536 algunos hidalgos se morían de hambre en Honduras. Un testigo estupefacto, declara haber visto a caballeros españoles echar la simiente "con sus propias manos", para no morir de inanición. A mediados del siglo XVIII, Juan de Delgado escribía: "¿Quiénes son los que nos sustentan en estas tierras y los que nos dan de comer? ¿Acaso los españoles cavan, cogen y siembran en todas estas islas? No, por cierto: porque en llegando a Manila, todos son caballeros".[100]

El palurdo de España ascendía de situación social al llegar a América: se ennoblecía dejando de trabajar. A lo largo de trescientos años, con el desarrollo de la minería, la agricultura y las industrias, la situación de los indios no había cambiado. En el Perú, los

---

[97] Citado por Haring, ob. cit., p. 267.

[98] Haring, ob. cit., p. 69.

[99] Hanke, ob. cit., p. 27.

[100] Ibíd.

caciques indios se convertían en cómplices de la explotación española. Un ordenanza de 1601 prohibe expresamente en las tejedurías la mano de obra indígena, que debe ser reemplazada por negros, pues los nativos estaban en vía de extinción.

Los productos exportados al mercado mundial desde las Indias, que ciertos autores consideran expresión característica de la producción capitalista, eran manifestación directa del régimen esclavista-servil instaurado por los españoles durante la era feliz del capital mercantil.

La condición de "obrero" en la América española, sólo tenía existencia real en la ordenanzas, lo mismo que el cobro de salarios y la libertad personal. Al desenvolverse la economía española y comenzar el siglo XVIII, la situación en América Hispánica tiende a reflejar el cambio. Junto a la mano de obra servil o semiesclava aparece una clase de trabajadores asalariados libres, que se ocupan de sus oficios en las ciudades, y que como es natural, constituyen una parte ínfima de la población trabajadora. Lentamente, a medida que aumentaba el mestizaje, aparece en Chile, por ejemplo, el "inquilino" de los grandes establecimientos rurales.[101]

Cuando Ulloa viaja por América, a principios del siglo XVIII, observa que las leyes de Indias no se cumplen. Se cobraba tributo a indios menores de 18 años y mayores de 50, y aun a los inválidos y deformes.

Durante el primer período de la conquista y colonización, se procedió a la "destrucción de las Indias", según la expresión célebre del padre Bartolomé de Las Casas. La pasión áurea, largo tiempo contenida, por un lado, y la torpeza de un sector de los frailes evangelizadores, por el otro, equivalen al arrasamiento virtual de las religiones autóctonas, con sus templos e imágenes, y al despojo de todos los metales preciosos elaborados con fines de culto o lujo de las aristocracias nativas. Posteriormente, se impuso la necesidad de organizar la explotación de las minas, allí donde las hubiera. La exigencia de una mano de obra servil o esclava se impuso, a pesar de todas las disposiciones legales previstas por los reyes de España. De este modo apareció el servicio personal forzoso, llamado en el Perú mita y en México quatequil.[102] Las condiciones monstruosas del trabajo en las minas y los cambios climáticos (en el Perú se transportaba a los indios de la sierra a la costa o viceversa, provocando su tuberculización) redujeron la población a cifras de mortalidad trágicas.[103] Por lo demás, al arrancar a la

---

[101] Véase Haring, ob. cit., p. 80.

[102] Véase Vicens Vives, ob. cit., T. IV, p. 131.

[103] En México había, en 1532, 16.871.408 habitantes; en 1568, 2.649.573; en 1608, 1.069.255. (V. Enrique Dusset, *Historia de la Iglesia latinoamericana*, 1967.)

población nativa de sus seculares labores agrícolas y sumergirla en el horror minero, destruían sus vínculos familiares. Así, la "familia cristiana" de los evangelizadores era sustituida por la mano de obra esclava para alimentar el Tesoro real y las arcas de los grandes mineros españoles. La primera manifestación de la política de servidumbre fue dada por los "repartimientos de indios". En México se llamaron "congregas". La Corona, después de muchas vacilaciones, autorizó a los encomenderos a emplear en el trabajo agrícola o minero a los nativos: "Podrán valerse de negros, mestizos y mulatos, de que tanta canalla hay ociosa... así como de los españoles de condición servil que hubiere".[104]

No podría decirse que España exportó a las Indias su feudalismo putrefacto, puesto que el feudalismo español era un régimen social filantrópico, si se lo compara con el capitalismo mercantil-colonial con fuertes rasgos de parasitismo señorial que implantó el Imperio hispánico en el Nuevo Mundo.

Si el encomendero se comprometía a "proteger" al indio y su familia, a cambio del trabajo prestado por éste y si el régimen del salario figura en la legislación de Indias, para consuelo de todos los juristas, y aun de algunos historiadores, el régimen de encomiendas otorgado por el rey a sus fieles vasallos que organizaban el Imperio de las Indias, fue la designación de la explotación y succión más brutal y cínica. "Las obligaciones del encomendero como patrón y protector se convirtieron en mera fórmula. Los salarios eran nominales y la instrucción se limitaba a las formalidades del bautismo,”[105]

La avidez española por el oro era tan intensa, que los indios de Cuba y de México llegaron a creer al principio que el Dios adorado por los extranjeros barbudos era el oro. Los españoles hacían transportar sus caballos en hamacas a hombro de indio; dice Miguel Luis Amunátegui: "Marcaban a éstos en la cara y contramarcaban para registrar su donación, venta, etc. Generalmente morían abandonados, agotados, en el campo. Cerca de las minas había un fétido olor de muerte, con aves de rapiña revoloteando. Muchos se mutilaban o suicidaban".[106]

Considerados "vasallos libres" por las burlescas ordenanzas del rey en España, y bestias de trabajo por los españoles en América, humillados, exprimidos, vejados y castigados hasta la desesperación, muchos hijos de Moctezuma o Atahualpa bebían, al fin, unos sorbos de yuca amarga para liberarse por la muerte del yugo español.[107] Doscientos años después del

---

[104] Vicens Vives, ob. cit., T. IV, p. 350.

[105] Haring, ob. cit., p. 55.

[106] Amunátegui, ob. cit., p 17.

[107] Véase Picón-Salas, ob. cit., p. 46.

descubrimiento, América parecía un desierto.[108] En el siglo XVIII -escribe Ulloa-: "Es constante que en América no existe la octava parte de población que había cuando se descubrió".[109]

A todo lo dicho, la mortandad indígena tenía otro agravante: las enfermedades, viruela entre ellas, traídas a América por los españoles y que diezmaron la población.

El pago de los salarios era una ficción, los horarios horriblemente extensos. En las fábricas se obligaba a trabajar, contra las reglamentaciones vigentes, a niños de 6 a 8 años de edad. Un siglo más tarde, la Inglaterra industrial y "civilizada" exterminaba a miles de niños de la misma edad, más exactamente, de 5 a 6 años, menos aún que en las colonias españolas del siglo XVII, en sus talleres infernales. La "acumulación" capitalista ya estaba en marcha, así como la eficaz campaña inglesa sobre la crueldad española. Y ya pululaban los anglofilos en el mundo entero.[110]

Como los indios se fugaban, eran frecuentes las prácticas de organizar pequeñas expediciones para cazarlos. Claro que el implacable pillaje no logró establecer una paz perpetua. Baste señalar que tres siglos más tarde del descubrimiento, cuando la sociedad colonial parecía definitivamente arraigada y estructurada y las razas americanas irremediablemente vencidas, una formidable sublevación, encabezada por Túpac Amaru en 1780, sólo 30 años antes de la emancipación americana, puso de pie a decenas de miles de indios peruanos.

4. La ruina de la industria española

Los españoles importaron de la metrópoli los animales domésticos que faltaban en América: caballos, vacas, ovejas, cerdos y cabras, que se multiplicaron prodigiosamente. Medio siglo después, enormes rebaños vagaban por las llanuras del Orinoco, del Río de la Plata o las Antillas. Los cereales, hortalizas y legumbres, el olivo, las naranjas y la caña de azúcar, aclimataron en América, modificaron su régimen alimenticio y su vida social.

Por cierto que España variaba continuamente su política económica en América. A veces, prohibía establecer nuevas plantaciones, por temor a la competencia con productos de la metrópoli. Otras, vedaba exportar vinos americanos a otras regiones de Indias que podían ser provistas por Europa. En el siglo XVII se prohibía la plantación de olivares y la exportación

---

[108] Véase Colmeiro, ob. cit., p. 975.

[109] Ibíd.

[110] Un siglo más tarde, la Inglaterra industrial y civilizada exterminaba a niños de la misma edad en sus talleres infernales. La acumulación capitalista estaba en marcha. Y ya había anglofilos.

de aceite. Pero estas prohibiciones, así como las que restringían la implantación de industrias manufactureras en las colonias, pocas veces se verificaban en la práctica, como ocurría con el resto de la legislación indiana. De ahí que la recopilación de la jurisprudencia española tenga un puro valor abstracto, delicia para juristas. Todo era ilegal en América. Llega a ser práctica generalizada el aforismo: "Las órdenes del Rey se acatan y no se cumplen".

La industria española había sido abandonada o arruinada por el descubrimiento de América. El oro era empleado por los Habsburgo para importar artículos de consumo de otros países europeos y hacer guerras. América, en consecuencia, no podía ser provista por la metrópoli de los artículos manufacturados que la propia España ya no producía ni siquiera para abastecer su propio consumo interno. De este modo, el monopolio de Cádiz, que impedía el comercio de las colonias entre sí y con otros países extranjeros, sólo superficialmente era españolista, ya que el comercio exterior de ese monopolio estaba en manos de los proveedores europeos de España. Los monopolios españoles sólo remarcaban esas mercaderías europeas y las revendían a las colonias. La violación de las disposiciones que prohibían montar fábricas en América, a su vez, venía a constituirse en una verdadera política nacional, puesto que reducía el mercado interno a las mercaderías extranjeras que entraban a las Indias. Los monopolios de Cádiz eran, en realidad, un sector de la burguesía importadora de España y virtuales agentes comerciales de la industria inglesa, holandesa, francesa o italiana.

América incorpora al consumo de Occidente productos desconocidos hasta ese momento: papa, tomate, maíz, maní, tabaco, coca, quina, ananá, caucho, maderas tintóreas, cacao, y como derivado de éste, el chocolate. Por lo demás, la industria textil, la más importante de América Hispánica, se extiende a pesar de todas las restricciones. Deberá entenderse que las telas rústicas que producía eran vestidas por las clases inferiores de la población, pues, en general la "gente decente" o de "limpieza de linaje", como en Lima, sólo usaba trajes de seda.[111]

Aquella orden del rey, en las primeras horas de la Conquista, de prohibir el uso de brocatos y sedas a los plebeyos enriquecidos, se había olvidado un siglo más tarde, por las crueles necesidades del erario. Esta gente decente era de reciente data. Los apuros financieros de los reyes obligaban con frecuencia a vender hidalguías a bajo costo. Felipe II ordenó la venta de 1.000 hidalguías sin mirar siquiera a quiénes las compraban. Así, en la Lima del siglo XVIII, ya había cuarenta familias de condes y marqueses, entre ellos numerosos

[111] Véase Haring, ob. cit., p. 219.

mestizos enriquecidos.[112]

Las clases privilegiadas de la Colonia tenían su base económica en la propiedad de la tierra. El concepto señorial de las haciendas, dice Haring, pasó de España a América, robustecido por el derecho de la herencia al hijo mayor o pariente más cercano, para impedir la desintegración de la propiedad. Otras familias explotaban la gran minería. Pero, en general, el rasgo distintivo de las clases dominantes en la Colonia era la propiedad lisa y llana. La inepta política que trasladaba a América el retardo español, se complementaba con la suicida destrucción de la propia industria española, aun en una fecha tan próxima como el siglo XVIII.

Por el Tratado de Utrecht (1713) el pomposo reino español concedía al detestado protestante inglés el derecho de asiento y el navio de permiso por « treinta años. Los ingleses se introducían así, legalmente, en el Río de la Plata para la trata de negros, máscara de su organización continental de contrabando. Ward se preguntaba cómo todavía existía actividad económica alguna en España.[113] En tanto deformaba el desarrollo económico de sus colonias, impidiéndoles la creación de industrias, España capitulaba ante su más poderoso enemigo europeo. Cabe añadir que anualmente llegaban a los puertos españoles entre 800 y 1.000 naves de Inglaterra, Holanda y Hamburgo, cargadas de productos industriales, las que recogían el fruto y la plata americana. La exportación de la lana española, a su vez, era estimulada por los Austria. Los preciados vellones se dirigían a Inglaterra para ser manufacturados y retornaban a España bajo la forma de productos textiles. Los mercaderes españoles embarcaban las lanas "en bajeles extranjeros y las dirigían a Londres o Amsterdam, tomando sobre sí los riesgos de la mar. Llegaban a su destino, las vendían y cobraban su importe, no en dinero, sino en telas y bujerías, corriendo otra vez de su cuenta los siniestros de la navegación y el gasto de los fletes,"[114]

¡Indias de Europa! Este sistema lo veremos reproducido en nuestra América Latina, por los mismos imperios que en su tiempo saquearon a España, sucedidos hoy por los Estados Unidos.

5. ¿Capitalismo o feudalismo?

La disputa sobre el carácter de la colonización española en América reviste un particular

---

[112] Ibíd.

[113] Véase Colmeiro, ob. cit., T. II, p. 1008.

[114] Ibíd.

interés histórico y político.[115] Por supuesto, el tema en discusión no reviste un carácter académico ni de "pura doctrina". Se trata de saber, en esencia, las consecuencias políticas que se inferirían si, en efecto, el pasado colonial de Hispanoamérica ha dejado tareas nacionales y democráticas por resolver en nuestro tiempo o si, por el contrario, el avanzado carácter de la colonización de tipo capitalista, los ha resuelto todos y en consecuencia, en el presente, América Latina enfrentaría una lucha de clases de acuerdo al modelo clásico de Europa: burguesía y proletariado.

Si realmente la colonización hispano-portuguesa revistió un carácter feudal, cabría discutir cuándo América Latina perdió ese carácter, pues es obvio que actualmente carece de él. Por otra parte, si esa colonización poseía rasgos capitalistas en los siglos XVI, XVII y XVIII, podría desprenderse lógicamente que el capitalismo como modo de producción ha terminado en el siglo y medio siguiente por imponerse en la sociedad latinoamericana. Los problemas políticos y las soluciones emergentes están vinculados, como es natural, a la realidad de tales enjuiciamientos histórico-económicos.

A nuestro juicio aún hoy el capitalismo nacional no ha triunfado plenamente en esta parte del mundo, de donde no se infiere en modo alguno el carácter feudal de la colonización. En ese hecho reside justamente su carácter semicolonial. Los españoles no podían traer al Nuevo Mundo sino las instituciones y los modos de producción que conocían y en cuyo seno se habían formado. Naturalmente que ya en el siglo XVI el "feudo" no existía en España. Sólo sobrevivían en proceso de desintegración, bajo el absolutismo de los Austria, caracteres del feudalismo heredados de la guerra secular contra los moros. El descubrimiento de América prorrogó esa decadencia y lejos de robustecer la influencia burguesa en la sociedad española, la redujo a su mínima expresión. La historia de España es explícita a este respecto.

Pero América española ya no era un asunto puro y simple de España. Se elevaba en el mundo a partir del siglo XVI un "sistema mundial", esto es, el capitalismo. En el centro de este sistema estaba Inglaterra. España se convierte, a partir del siglo XVII, en el intermediario ruinoso entre el Nuevo Mundo y el capitalismo pujante de Gran Bretaña, que absorbe, industrializa y distribuye gran parte de las riquezas latinoamericanas, seguido por Holanda y Francia.[116]

---

[115] Véase "Los modos de producción de Iberoamérica", en revista Izquierda Nacional (órgano teórico del Partido Socialista de la Izquierda Nacional), N° 3, Buenos Aires, octubre de 1966, p. 38. Contiene artículos polémicos de Rodolfo Puiggrós y Gunder Frank.

[116] Véase Haring, ob. cit., p. 320: "Los mercaderes españoles se convirtieron a menudo en simples intermediarios -agentes o factores a porcentaje de casas comerciales extranjeras, a las que con frecuencia prestaban sus nombres españoles para burlar la ley. Las mercaderías seguían siendo propiedad del comerciante extranjero y eran embarcadas a su riesgo. A cambio de las manufacturas de Flandes, Francia, Italia, Inglaterra y

Los terratenientes, ganaderos, fazendeiros, mineros o dueños de plantaciones con productos exportables destinados al mercado mundial, eran españoles o americanos enriquecidos, que con mano de obra esclava o servil se insertaban en el nuevo mercado internacional controlado por Inglaterra. El azúcar, los minerales diversos, el tasajo, el sebo, las astas, los cueros, el tabaco, el trigo, el cacao o el café o algodón de los virreinatos del Perú, Río de la Plata, Nueva España, Nueva Granada o el Imperio portugués en América o las Antillas, eran extraídos con la sangre y el sudor del trabajo forzado y se transformaban en capital comercial.[117]

¿Cómo se distribuía ese capital comercial? Parte de él quedaba en manos de los propietarios señoriales, españoles o americanos; en su mayor caudal se volcaba al proceso de acumulación primitiva del capitalismo europeo, en particular del capitalismo inglés. ¿Qué destino tenía el capital mercantil que permanecía entre las uñas de los plantadores o propietarios negreros de América? ¿Generaba, acaso, un proceso análogo de acumulación primitiva, al que se verificaba en Europa? Al contrario, ese capital no se reinvertía sino en los gastos suntuarios propios de clases parasitarias o improductivas. La inmovilidad de la tierra en "manos muertas", como en España, y la indivisibilidad de las grandes propiedades por la institución del mayorazgo, creaban un obstáculo para las transacciones. Asimismo debe señalarse que las prohibiciones y limitaciones, por lo menos formales, de la Corona, quitaban a los grandes plantadores o hacendados toda veleidad de una reinversión productiva en la industria. Ese mismo capital comercial permanecía en "manos muertas" y se derivaba a la construcción de grandes palacios, casas de campo, adquisición de joyas, mantenimiento de una numerosa servidumbre y todo género de boato muy poco "burgués".[118]

Alemania, España daba sus propios productos -lanas, vinos, frutas secas y los de las Indias".

[117] "En el Rio de la Plata no habla trabajo sino en servicio doméstico. La producción ganadera no empleaba tampoco mano de obra servil, pero el destino de ese capital revestía idéntico carácter parasitario y no productivo que en las otras regiones de América. La 'conquista' fue hecha por los castellanos como antes la 'reconquista'. Obteniendo tierras, tesoros y el servicio de los hombres, ¿podía este tipo de imperialismo lanzar una economía moderna? Los hombres que habían propulsado el descubrimiento por razones económicas eran genoveses, flamencos, judíos, aragoneses del séquito de Fernando. Pero el monopolio -y las condiciones demográficas hicieron de la 'conquista' un asunto de los hidalgos de Extremadura, de los ganaderos de la Mesta, de los administradores sevillanos. Los beneficios no fueron invertidos en el sentido capitalista del término. Los emigrantes favorecidos por la fortuna soñaban con compras de terrenos, construcción de castillos, con tesoros." (V. Pierre Vilar, Historia de España, Ed. Librairie Espagnole, París, 1963, p. 65.)

[118] "Uno de los rasgos característicos del feudalismo era la prohibición al campesino, obrero rural en condición servil, de desplazarse de trabajo o de dominio. Esa atadura personal no impedía la producción para el mercado y la transformación de su producción en mercancía. La organización del dominio feudal, economía natural por sus bases, puede hasta cierto punto adaptarse a las exigencias del mercado. Pero una producción mercantil no es aún una producción capitalista. Para que ella devenga capitalista es necesario que la fuerza del trabajo devenga también una mercancía; dicho de otro modo, es preciso que la producción esté fundada sobre la explotación no del campesino colocado bajo la dependencia feudal, sino del obrero asalariado privado de sus medios de producción y obligado a vender su fuerza de trabajo." (V. Kosminsky, E. K., "L'évolution des formes de le rente

6. Las clases rentistas

En el siglo XVIII las colonias hispanoamericanas habían alcanzado un desarrollo relativamente importante. El hecho de que México, Lima o Potosí disfrutaran de un lujo esplendoroso, de grandes iglesias y residencias imperiales, en comparación con Nueva York y Filadelfia en la misma época, debe buscarse en el carácter señorial e improductivo de la sociedad española en América.[119] Es "una sociedad aristocrática que mira con desdén el trabajo manual y lo confía a su abundante servidumbre negra, india o mestiza".[120]

Pero en América del Norte no había mano de obra abundante. Por lo demás, aquellos puritanos procedían de una sociedad capitalista, con sus propios hábitos y relaciones de producción. Aún en nuestro siglo, cuando la esclavitud y las condiciones de trabajo servil o forzado han desaparecido casi por completo, sustituidas por el "trabajador libre" y asalariado, los mismos plantadores, gamonales, hacendados, ganaderos o productores de azúcar, algodón o productos tropicales de América Latina, cuando no se trata de empresas imperialistas extranjeras, conservan una conducta de consumo oligárquica y una psicología rentística no burguesa. Si en nuestros días podemos calificar a esta clase social en América no como "feudal" sino como "capitalista agraria", sin duda que no podríamos incurrir en el error de juzgarla como "clase burguesa".

En definitiva, el rasgo diferencial de los diversos núcleos de clases dominantes en la América de la colonización hispánica no era feudal, sin duda, pero aunque conservaba toda la psicología de una clase ya en lenta disolución en España, y muchos de sus hábitos, normas jurídicas e instituciones, debe ser considerada como parte de un capitalismo mercantil fundado en la esclavitud y el trabajo servil, natural agente hispanoamericano del verdadero capitalismo en formación, el capitalismo europeo.

Si bien es cierto que la creación del capitalismo industrial europeo se nutrió en gran parte de las riquezas de América Latina, ese crecimiento capitalista del Viejo Mundo frustró el desarrollo autónomo del capitalismo en el mundo nuevo. La relación interna de América

feudale en Angleterre du Xle. au XVe. Siécle", *Recherches interna tionales*, mai-juin 1963, N° 37, París, p. 67 y ss.)

119 En 1790 México y Lima eran ciudades más grandes que Filadelfia y Nueva York. Cuando estalló la Revolución norteamericana, la población de las trece colonias era aún completamente rural y se hallaba casi por entero dedicada a la agricultura. Había sólo cinco ciudades de más de cinco mil habitantes. (V. Haring, ob. cit., p. 350.)

120 Picón-Salas, ob. cit., p. 108.

Latina con Europa en el "sistema mundial" reside en esa distribución desigual de funciones. De otra manera, no existiría el antagonismo entre naciones oprimidas y naciones opresoras, la ley del desarrollo desigual sería una licencia poética y América Latina la metrópoli de la tecnología.

7. La leyenda negra y la leyenda rosa

La violencia de la conquista y colonización españolas en América originó dos tesis antagónicas: aquella que condena esa conquista en nombre de los principios humanitarios y la que elogia su misión evangelizadora. En cuanto a la primera, fundada sobre todo en la denuncia del padre Las Casas y su famoso debate con Juan Ginés de Sepúlveda, fue utilizada por los competidores políticos y comerciales de España para desacreditarla, en particular por Inglaterra y Holanda. Parecería redundante explicar las piadosas razones británicas para asumir la defensa de los indios americanos.

De las 66 factorías de esclavos establecidas en las costas de África en esa época, 40 eran propiedad de los ingleses, cuya experimentada venalidad y feroz dominio en las colonias sólo admiten un paralelo con el demostrado por los holandeses. Ni Las Casas ni los indios necesitaban ese tipo de defensores.

El juicio objetivo que merecen los métodos de colonización española en América debe incluirse en todo el proceso sangriento de expansión del capitalismo moderno en el mundo colonial, cuyo centro fue justamente Inglaterra. Sólo así es posible considerar el problema. La leyenda rosa pretende, por el contrario, envolver la colonización en una niebla místico-imperial. Sus sostenedores son los mismos apologistas de la funesta dinastía de los Habsburgo, cuando no los refinados admiradores de la legislación de Indias, cuya realidad no pasó nunca del papel apergaminado de la época. Esta versión curialesca de la colonización abstrae todo el proceso social de España, su estructura económica, las causas de su decadencia interna y la particularidad de la penetración y arraigo en América. Así, un autor justifica la expoliación y defiende a los conquistadores contra el rey, "frente a la legislación defensora del indio, poco menos que despojados de riquezas que habían conquistado con su esfuerzo, con su sangre y sin apoyo alguno de la Corona"[121]

8. Aristóteles auxilia a los encomenderos

[121] Sierra, ob. cit., p. 251.

Un gran debate se desenvuelve desde el descubrimiento de América hasta la Ilustración. Este debate sirve de prólogo, por decir así, al sistema de valores que Europa y Estados Unidos opondrán luego desde su altura imperial al pueblo de América Latina. Es revelador recordarlo. Al día siguiente del descubrimiento, el padre Bartolomé de Las Casas asombra a Europa con su denuncia elocuente de la conquista española. Ya sabemos el empleo que de su protesta harán los habilidosos británicos, seguidos de cerca por holandeses y franceses. La acusación de Las Casas ponía en tela de juicio, en la metrópoli, la naturaleza y los fines de la conquista. Esta tormenta doctrinaria divide a los mejores espíritus españoles y esconde, en realidad, el mismo antagonismo que enfrentará históricamente a las dos Españas.

No resulta ocioso anotar que no apareció en Inglaterra un padre Las Casas inglés, ni en Holanda un padre Las Casas holandés. En su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, y luego en su *Historia general de las Indias*, el padre Las Casas ofreció una versión, exagerada por su pasión y frecuentemente plagada de inexactitudes dictadas por los peores recursos polémicos, de la crueldad española en la Conquista. La destrucción crítica de su Brevísima es sencilla y los hispanófilos ya la han realizado. Pero la esencia de su acusación es indesmentible. Importa reiterar aquí que los rivales europeos de España, famosos genocidas y vampiros de pueblos enteros, como los ingleses y holandeses, se lanzaron sobre la obra de Las Casas como moscas sobre la miel. En las prensas de Alemania, Holanda y Gran Bretaña, se difundieron enseguida las traducciones. Al parecer, España en sus conquistas empleaba métodos sangrientos. Sus rivales, en cambio, eran filántropos rebosantes de piedad. La refinada perversidad inglesa en Irlanda, la India o los mercados de esclavos, para no hablar de los esquilmadores holandeses en las Indias Orientales, vuelve inútil hoy toda digresión sobre el tema. En cuanto a la "intolerancia católica" de los españoles y la "tolerancia protestante" de sus rivales, es justo señalar que toda Europa pasaba por un período de caza de brujas, inmolaciones, persecuciones religiosas y hogueras que envuelven en sus llamas siniestras a unos y a otros. Un apologista de la España imperial ofrece interesantes testimonios de la persecución religiosa anticatólica en la democrática Inglaterra, para no mencionar el suplicio de Miguel Servet en manos de los pulcros calvinistas de Suiza.[122]

El propio clero se divide ante el problema. Juan Ginés de Sepúlveda, teórico de los encomenderos, sale al encuentro de la denuncia de Las Casas. Sepúlveda eleva a las alturas del pensamiento aristotélico el dilema de si los españoles en América debían o no considerar

---

[122] Véase Julián Juderías, *La leyenda negra*, Ed. Nacional, Madrid, 1960, p. 383 y ss.

a los indios como seres humanos. Con su recta mano puesta sobre los textos del Estagirita, reformula la teoría aristotélica de la "esclavitud natural". El griego había sostenido la existencia de esclavos por naturaleza:

"Todos aquellos que difieren de los demás tanto como el cuerpo del alma o el animal del hombre (y tienen esta disposición todos aquellos cuyo rendimiento es el uso del cuerpo, y esto es lo mejor que pueden aportar) son esclavos por naturaleza".[123]

A pesar de ser casi una herejía, Las Casas se atrevió a cuestionar la inmaculada autoridad de Aristóteles que "no era sino un pagano que se estaba asando en el infierno".

El padre Oviedo, historiador de las Indias y adversario de Las Casas, argüía despreciativamente que los españoles debían cuidarse en sus escaramuzas con los indios, pues éstos tenían una cabeza tan dura que podían mellárseles las espadas. Sepúlveda sentenciaba:

"Los que sobresalen por su prudencia y por su ingenio, pero no por sus fuerzas corporales, éstos son señores por naturaleza; al contrario, los tardos y torpes de entendimiento, pero corporalmente robustos para llevar a cabo las tareas necesarias, éstos son siervos por naturaleza"[124]

¡Peligrosa distinción, si se considera el hato de soldados cerriles y hercúleos delincuentes que derramó España por sus puertos atlánticos hacia el continente de los astrónomos mayas y de los ingenieros incaicos! Sea como fuere, la polémica discurrió sobre un mar de equívocos. Las Casas, para rebatir a Sepúlveda y sus tesis aristotélicas, contribuyó a crear en Europa la idea del indio débil, apocado y digno de protección, lo que por una vía humanitaria conducía a la generalizada convicción de su inferioridad.

Sepúlveda, el famoso defensor de los encomenderos y de la esclavitud indígena fundada en Aristóteles, no sólo tenía preocupaciones filosóficas, como podría suponerse. Según su biógrafo, Sepúlveda era "un hombre entregado con alma y vida a los negocios". De acuerdo a las constancias que obran en el Archivo de Protocolos de Córdoba, los esclavistas tenían el mejor abogado posible: "no hizo otra cosa en su vida que comprar, vender, arrendar y acumular sobre sí beneficios eclesiásticos".[125]

La marcha de la colonización y la integración parcial de los indios al sistema económico-social creado por los españoles, si debilita el ardor inicial de la polémica, no la concluye. La supuesta inferioridad de América y del indio americano habrá de rebrotar en el siglo XVIII.

---

[123] Aristóteles, *Política*, Ed. del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1951, p. 8.

[124] Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 64.

[125] Hanke, ob. cit., p. 81.

Pero el debate ya no se entablará entre teólogos e invocando la autoridad de los antiguos, sino entre los filósofos de la Ilustración bajo el solemne amparo de las Ciencias Naturales.

9. La época de la calumnia científica

De siglo en siglo, en realidad, la cuestión tiende a formularse de diversas maneras. De un modo u otro, los argumentos se modifican y modernizan, pero no cambian su íntima esencia. La España que recién abandona el Medioevo, la Francia, Alemania o Inglaterra de la Ilustración, la Europa burguesa del siglo XIX y los Estados Unidos del siglo XX, manejarán la idea de la inferioridad de América Latina con análogo designio político al que perseguían los caballeros del viejo Sur cuando juzgaban inferiores a los negros de Virginia. Esclavo de plantación, jornalero del tabaco o guarda de tren, ese negro del Norte constituye para sus explotadores, la viva prueba de la idea aristotélica.

La tradición del "buen salvaje" americano permanecía para Europa fijada en aquel Sur desdeñado por Hegel y que carecía de historia. Buffon abrirá el fuego contra los naturales de América:

"El salvaje es dócil y pequeño por los órganos de la generación; no tiene pelo ni barba, y ningún ardor para con su hembra; quitadle el hambre y la sed, y habéis destruido al mismo tiempo el principio activo de todos sus movimientos; se quedará estúpidamente descansando en sus piernas o echado durante días enteros".[126]

Por lo demás, todo en América es monstruoso. Los grandes animales feroces son de pequeña talla; en cambio, los reptiles son enormes, los insectos descomunales, lo mismo que gigantescas las ranas y los sapos. Los pantanos y la humedad cubren todo el continente; así, esa tierra lúgubre no puede sino engendrar "hombres fríos y animales endebles".

América es un mundo de aguas putrescentes, donde las especies europeas degeneran y se corrompen. Dice Gerbi que "con Buffon se afirma el europeo centrismo en la nueva ciencia de la naturaleza viva. Y no es ciertamente mera casualidad que esto haya ocurrido en los momentos mismos en que la idea de Europa se estaba haciendo más plena, más concreta y orgulloso".[127]

10. El continente de los leones calvos

---

[126] Gerbi, ob. cit., p. 6.

[127] Ibíd., p. 29.

Pero, detrás de Buffon, avanza el abate De Paw, un ambiguo alsaciano de lengua ácida y de soberbia ingenua. Va mucho más allá que Buffon. Afirma sin cautela que en el clima americano muchos animales pierden la cola, que los perros ya no saben ladrar, que la carne de vaca es incomible y, sobre todo, que el camello se vuelve impotente. Este ejemplo lo transporta de júbilo analógico, pues le impulsa a añadir que lo mismo ocurre con los peruanos, que son impúberes, "muestra de su degeneración, como ocurre con los eunucos".

El tema de los incas lo muestra igualmente certero. Rechaza las aserciones del Inca Garcilaso sobre el papel desempeñado por los "amautas". Dice que en Cuzco había una casucha "donde ciertos ignorantes titulados, que no sabían leer ni escribir, enseñaban filosofía a otros ignorantes que no sabían hablar". Este abate divagador era célebre en Europa, es preciso decirlo, y sus obras aún se comentan.

Voltaire, por su parte, es tributario de la teoría climática de Hume: ("Hay alguna razón para pensar que todas las naciones que viven más allá de los círculos polares o entre los trópicos son inferiores al resto de la especie"), cuando afirma que "los pueblos alejados de los trópicos han sido siempre invencibles, y que los pueblos más cercanos a los trópicos han estado sometidos a monarcas".[128]

También para Voltaire, con su volubilidad característica, en América hay pocos habitantes, en virtud de los pantanos que hacen malsano el aire y porque sus naturales son perezosos y estúpidos. No le asombraría, dice, enterarse que en América hay más monos que hombres. Su indignación es patética cuando informa al mundo que en América no se ha encontrado sino un solo pueblo dotado de barba.

Su ciencia aún sorprende: en México, los puercos tenían el ombligo en el espinazo. Aunque cuenta con corderos grandes y robustos, los leones de América, en cambio, son enclenques, cobardes y calvos. De este modo, Voltaire presenta una América fantástica, pero cuyo mínimo común múltiplo será la regla de oro de la ignorante fatuidad europea en los dos siglos próximos. Al escéptico Voltaire, sucede el piadoso abate Raynal:

"La ruina de este mundo está grabada todavía en la frente de sus habitantes. Es una especie de hombres degradada y degenerada en su constitución física, en su estatura, en su género de vida, en su ingenio poco avanzado para todas las artes de la civilización".[129]

La lista es interminable: Bacon, De Maistre, Montesquieu, Hume, Bodin, también "se negaron a reconocer como semejantes a los hombres degradados que poblaron el Nuevo

---

[128] Ibíd., p. 39.

[129] Ibíd.

Mundo".[130]

Para resumir este debate con una frase concluyente, que sólo podía provenir de un abate como el abate Galiani, he aquí lo que en sustancia se discutía, según Galiani se lo hace saber a su amante, Madame D'Epinay: "Mi opinión es que prosigamos nuestros estragos en las Indias mientras esto nos resulte bien, a reserva de retirarnos cuando nos peguen".[131]

Los teólogos católicos del siglo XVI o los naturalistas escépticos del siglo XVIII, todos ellos veían en el hijo de América un útil objeto de dominio. Esa gran tradición intelectual de los países opresores ha dejado en ellos hondas huellas. Aunque esas huellas no pueden registrarse en la estadística, poseen una persistente fuerza y actúan como un estereotipo psicológico que ha sobrevivido siglos en la conciencia de los dominadores europeos. En definitiva, la cuestión se resolverá como decía el abate Galiani. Todos los conquistadores de la historia desaparecieron cuando los pueblos sometidos resolvieron terminar con su prehistoria.

11. El pálido despertar borbónico

A principios del siglo XIX Alejandro de Humboldt recorre México. Descubre una asombrosa analogía entre el virreinato de la Nueva España y el Imperio zarista. Humboldt comparará a los grandes terratenientes mexicanos con los señores boyardos de la estepa bárbara: la opulencia de las clases privilegiadas de México ofrecía un amargo contraste con la miseria abyecta del pueblo rural descendiente de los Moctezuma. Pues al concluir el fatídico ciclo de la Casa de los Austria, podía hacerse un balance de la obra de España en América, estrechamente enlazada a la lentitud del avance histórico de la metrópoli.

Recién con el advenimiento de los Borbones, España consuma su unificación jurídico-política, crea una moneda y un territorio aduanero único,[132] A dos siglos del descubrimiento, el comercio español con América era inferior al tonelaje de 1506-15. En 1700 Cádiz estaba mucho más sojuzgada por los extranjeros que la Sevilla del siglo XVI. La población de España había descendido en varios millones de habitantes. América estaba despoblada; pueblos indígenas se habían extinguido por completo, como los de algunas islas antillanas.[133]

---

[130] El abate De Paw no sólo disertaba sobre los americanos. También gustaba desplegar su poder profético, al compadecerse sobre el porvenir de "naciones condenadas a una eterna mediocridad, como los egipcios y los chinos". (Ibíd., p. 92.)

[131] Ibíd.

[132] Véase Larraz, ob. cit., p. 17.

[133] Véase Haring, ob. cit., p. 280.

El poderío marítimo español era una sombra. Toda la legislación exhibía una farsa completa en cuyo cumplimiento nadie creía, ni aun sus graves redactores.

La vanidad y el orgullo de la aristocracia española y colonial no conocían límites: el duque de Osuna, para humillar al zar de Rusia, hacía vestir a sus lacayos con los mismos tapados de piel que el autócrata. A esto reducía su vida una nobleza de parasitismo legendario. Desde hacía tres siglos que el desarrollo capitalista exigía una política mercantilista. El proteccionismo del francés Colbert se exhibía como el mejor modelo económico de la época mientras los Austria semejaban reyes dementes, cuyo proclamado monopolio hacia América era incapaz de enfrentar el contrabando y disimular su franco librecambismo hacia las restantes potencias europeas, que succionaban a España. Al mismo tiempo, la Corte vivía agitada por una vociferante legión de charlatanes, magos y arbitristas, cuya única función era la de sugerir a los monarcas mil remedios para la enfermedad que mantenía postrado al coloso ibérico. Decadente como lo era, sin duda, el coloso había desplegado en la Indias, pese a todo, una energía colosal. Se buscará en vano, en el resto del mundo colonial sometido al pillaje británico, holandés o belga, una obra semejante a la establecida por España en América.

12. El clero americano

En las colonias habíanse construido 70.000 iglesias y 500 conventos con más de 3.000 religiosos. España había fundado más de 200 ciudades a sólo cien años del descubrimiento. A pesar de su monstruoso atraso, la metrópoli era o había sido la más alta expresión política y militar del Occidente cristiano. Por medio de sus hombres más enérgicos y desesperados, había construido una sociedad más o menos equivalente a la que conocían en la vieja metrópoli. La lengua española, el precioso vínculo de unión nacional, encontraba el más vasto espacio geográfico, humano e histórico de la época para su expansión.

Una abundante y con frecuencia maliciosa literatura se complace en ofrecer un retrato burlesco de los clérigos que pasaron a las Indias.

Pero no todos los clérigos eran viciosos y holgazanes, como indican ciertas crónicas. Por el contrario, fueron más numerosos los sacerdotes de diversas órdenes que llevaron al continente desconocido no sólo la doctrina católica, sino el latín y con él las resonancias de la cultura clásica que el latín contenía. A diferencia de las otras potencias colonizadoras, España había desdoblado su sociedad; una de sus partes se asentó en América, dibujando así el rasgo positivo de la europeización. A medida que la fusión racial se verificaba, la lengua española

alcanzaba mayor amplitud. Las nuevas clases artesanas, sobre todo en las ciudades, compuestas en general por indios o mestizos (declaremos desde ya que el mestizo era el criollo pobre, mientras que el mestizo rico será el criollo en la era colonial), ingresaban al orbe de la lengua a medida que eran integrados a la economía mercantil, ensanchando así la estructura de la sociedad iberoamericana.

Con la llegada de los Borbones al trono se producen cambios notables en España y en las colonias, El espíritu burgués del siglo XVIII y las necesidades de una sociedad capitalista en crecimiento dominan las ideas de la Corte. La cien veces vencida burguesía española encuentra en la dinastía francesa en el poder español la posibilidad de manifestarse e influir en la política económica del Imperio. Poderosas corrientes de la Ilustración impregnan la opinión pública española, entumecida por una dinastía gangrenada que parecía inextinguible tanto como su imbecilidad hereditaria. España parece renacer. En todas partes se fundan Sociedades Económicas. Desde las alturas del poder se alientan las invenciones mecánicas.

La pequeña nobleza aburguesada posee "libros y gabinetes de historia natural". Los campesinos comienzan a sembrar las tierras estériles con nuevos métodos, pues los Borbones, por la vigorosa iniciativa de Jovellanos, que da un golpe de gracia a la Mesta con su Ley agraria, concluyeron para siempre con la fatídica corporación que había inhibido durante tres o cuatro siglos el progreso de la agricultura española. Las aduanas interiores son suprimidas y protegida la industria.[134] La propia nobleza es sometida a la crítica, aunque perdura su poder económico. Las burlas son públicas, las viejas costumbres son puestas en tela de juicio. Con Carlos III, la modernización de España encuentra un nuevo impulso. Por lo demás, se impone reconocer que este "despotismo ilustrado" sólo roza la superficie de la sociedad española.

Jovellanos justifica en su Ley agraria la institución del mayorazgo (él mismo, era un noble de arraigo en Asturias), pero señala que la riqueza y la pompa de la nobleza antigua eran la recompensa del mérito personal en hechos de armas, no la "casualidad del nacimiento". La aristocracia "ha de ser ejemplar o, si no, debe desaparecer". Se conceden premios a los obreros que perfeccionan su oficio y a los industriales que construyen máquinas "como los mejores fabricantes de Inglaterra";[135] a un artesano que fabrica tipos de imprenta, aun siendo analfabeto, se lo incorpora a la Academia de Ciencias de Barcelona. Las ciencias exactas reciben la simpatía del régimen.

Los puertos de Cádiz y Sevilla pierden su monopolio en el comercio con las colonias

---

[134] Véase Jean Sarrailh, La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 125.

[135] Ibíd., p. 519.

americanas. Castilla es despojada de su privilegio trisecular. Comienza un libre intercambio comercial con los diversos puertos y ciudades de España y las colonias. Finalmente, en 1790, la Casa de Contratación de Sevilla es abolida, después de 287 años de monopolio. Los efectos de tales medidas, en el desarrollo comercial interno del Imperio americano-español, fueron sorprendentes. Entre 1778 y 1788, el valor total del comercio con las Indias aumentó en un 700%. Al abolirse el sistema de flotas que partían de España en espaciadas frecuencias, el comercio se articuló sobre nuevas bases. El Imperio parecía revivir. Desde el siglo XVI había desaparecido del vocabulario español la palabra "prosperidad", como no fuera para ironizar sobre ella.

13. El humanismo colonial

Las condiciones generales del trabajo indígena en los últimos días coloniales tendían a mejorar, sin desaparecer la explotación del indio ni la condición servil. Las manifestaciones culturales, a cargo del clero más esclarecido, contribuyen a iluminar este período y a preparar las condiciones revolucionarias. El encuentro del antiguo arte indígena con el culto católico produce la pintura cuzqueña, con sus vírgenes vestidas de cholas, la escultura en Ecuador, la arquitectura en México, Perú o Guatemala, donde el barroco español se transfigura, por la mano y la imaginación nativas, produciendo así un arte americano que brota del grandioso conflicto y diálogo histórico del recíproco descubrimiento.[136]

El padre Acosta y los jesuitas del Paraguay son los primeros historiadores y humanistas en suelo americano, al mismo tiempo que inventores, estos últimos, de una original organización social, cuyas huellas perdurarán más allá de su expulsión. El arraigo de los jesuitas, en el orden económico, los vincula estrechamente a la vida propia de las Indias. Su expulsión no será la única razón de la simpatía de muchos de ellos hacia las luchas de emancipación que se preparan. Algunos jesuitas, como Vizcardo y Guzmán y Pozo y Sucre, actuarán en la etapa precursora iniciada por Francisco de Miranda.

El humanismo jesuítico es esencialmente criollo y contribuye a conformar la atmósfera intelectual de los futuros levantamientos. Picón-Salas ha estudiado magistralmente en su obra, la influencia intelectual de este humanismo de inflexión vernácula [137]

---

[136] Véase Picón-Salas, ob. cit., p. 132.

[137] Ibíd., p. 175 y ss.

14. Los jesuitas en Europa y las Indias

Ignacio de Loyola, un antiguo soldado vasco, fundó la Compañía de Jesús en 1540. Había devorado en su juventud disipada los libros de caballería y entregado su corazón al imposible amor de la reina francesa de España; según se ve, constituía el tipo perfecto del español en el siglo XVI. Una pierna paralizada por heridas recibidas en el sitio de Pamplona, lo sumergió en la literatura hagiográfica de la época. Esa conversión lo llevó a abjurar de su antigua existencia. Practicó en sí mismo las normas que volverían célebre a la Compañía. Sometió su espíritu y su cuerpo a un ascetismo completo, viajó a París para consagrarse al estudio y decidió entregar su vida a la Iglesia y al Papa. Seguido de siete discípulos, entre ellos Francisco Javier, otro mundano convertido por la palabra inflamada del terrible vasco, juró en la iglesia de Montmartre su devoción a Roma.[138]

El pensamiento de Loyola aparecía en un momento trágico de la historia de la Iglesia: el catolicismo presenciaba la más peligrosa herejía y el cisma más profundo que había conocido jamás. Los peligros no provenían de afuera sino de adentro. El Renacimiento europeo, su vehemente carnalidad, la propagación del capitalismo y el apogeo de las ciudades ponían en tela de juicio no sólo la autoridad papal y el mundo medieval declinante, sino que contaminaban a la vieja iglesia, donde desfallecían el rigor y las costumbres antiguas.

La Reforma protestante se levantaba como una réplica a la sensualidad y el burocratismo eclesiásticos. Pero también era una manifestación religiosa de una tendencia secularizante en el corazón de las iglesias nacionales. Reflejaba teológicamente el cisma abierto entre el mundo feudal y la nueva época capitalista.

Loyola encabeza la Contrarreforma católica y funda una orden militar, cuyo primer general, con carácter vitalicio, será él mismo. Se trataba de salvar el papado, la unidad de la Iglesia y el poder espiritual del catolicismo en el orden temporal. Tal es el programa de la Compañía. Estos sacerdotes-soldados advierten que en la disolución del estratificado universo de la Edad Media, la Iglesia corre hacia su pérdida si no extrae energías de sí misma y se remodela para contraatacar al mundo hostil. La primera regla de la orden será la obediencia total. La burocracia vaticana y las restantes órdenes observarán con sospecha, desde el comienzo, a esta Compañía fanática que selecciona rigurosamente a sus miembros y reúne en sus filas implacables a los mejores talentos y organizadores de su tiempo.

---

[138] Véanse Cari Grimberg y Ragnar Svanstrom, Les grandes découvertes et les reformes. Histoire universelle, T. IV, Ed. Gerard Verviers, París, 1964, p. 238; y Alain Guillermou, Les Jésuites, Presses Universitaries de France, París, 1963, p. 13.

Para enfrentar al protestantismo y al espíritu moderno, Loyola crea una formación cerrada cuyas reglas, personal y métodos están impregnados hasta la médula del espíritu militar. Los "ejercicios espirituales", concebidos por Loyola, someten a los jesuitas a una estricta disciplina y a una entrega total del yo. La penetración psicológica del fundador no deja lugar a dudas: los "ejercicios" remueven hasta el fondo del alma todas las resistencias y cumplen un papel de "autoanálisis místico". El poder del general sobre los jesuitas será absoluto. La exclusión de la orden, inapelable. Se convierte así en la "guardia negra del Papa", según la califican sus enemigos.[139]

15. Los jesuitas y el Estado nacional

La orden gana adeptos rápidamente y se extiende por el mundo, donde obtiene asombrosos éxitos: el contramovimiento iniciado por el guerrero español contra el cisma protestante retoma la influencia católica hasta en Alemania y el Austria protestantes, se prolonga hacia Oriente, en el Japón, y la India y llega finalmente a las Indias españolas. Estos antiguos soldados y hombres de mundo, matemáticos, músicos, técnicos y humanistas, están agrupados bajo una omnipotente jefatura, con sede en Roma. Su fe es una fe bélica y administradora. Se enfrentará enérgicamente al proceso de transformación de las monarquías feudales a monarquías absolutas, en que se anuncia el poder naciente de los Estados nacionales.

El poder temporal del papado declina. Por su parte, los jesuitas luchan en las cortes europeas para conservar este poder sin mengua. Su organización secreta, su habilidad política y su total falta de escrúpulos terrenos, convierten a la orden en una fuerza tan célebre como temible. No es difícil comprender que el absolutismo real encuentre en los discípulos de Loyola a un enemigo encarnizado: la ética ignaciana no se funda en las convenciones humanas. De su lógica de hierro, nacen las doctrinas políticas de dos padres jesuitas: Juan de Mariana y Francisco Suárez. Ambos españoles, formulan las tesis del poder papal indirecto y la teoría del "regicidio". Adversarios de las monarquías nacionales absolutas, que tienden a vulnerar las prerrogativas de la Iglesia, los jesuitas retoman la defensa de las viejas libertades medievales españolas, bajo la forma de un poder papal superior a la monarquía, en todas las cuestiones temporales de índole religiosa o moral.

Esta peligrosa teoría se fundía con otra, en la que afirmaban que el poder monárquico es

---

[139] Ibíd., p. 242.

secular y en modo alguno derivado de Dios; por el contrario, la monarquía es fruto de un contrato y proviene del pueblo. Si el monarca no cumple los fines justos de la monarquía, el pueblo tiene derecho a derrocarlo. Se crea así una doctrina jesuítica sobre la legitimidad de la rebelión contra un poder tiránico, donde el "pueblo", naturalmente, tiene un agente ejecutor, que es la orden. La Iglesia tenía un derecho divino a controlar a los monarcas seculares para fines espirituales.[140]

Como es obvio, estas doctrinas se oponían directamente a las necesidades políticas del absolutismo, que se dirigía hacia la mayor concentración posible del poder, dentro de las fronteras nacionales. Por el contrario, toda limitación a este poder sólo podía favorecer al particularismo de la nobleza.

La lucha entre los jesuitas, instrumento político del papado romano y los monarcas absolutos, se desenvolvió ásperamente. El asesinato de Enrique III de Francia por un sacerdote (defendido por el padre Mariana) no contribuyó a reforzar la reputación de los tiranicidas entre las cabezas coronadas de Europa.

16. El absolutismo y la Compañía de Jesús

Por lo demás, los hábiles hermanos habíanse iniciado en las finanzas y los negocios. Infortunadamente, sus especulaciones habían terminado con una catástrofe. La bancarrota del padre jesuíta La Vallette arrastró consigo a las fortunas y ahorros de miles de inversores de la clase media francesa, que habían depositado sus capitales en manos de La Vállete, fundados en la creencia general de que se trataba de la Compañía de Jesús. Ante la quiebra, la Compañía negó todo vínculo y su prestigio sufrió un rudo golpe. El parlamento de París condenó a la Compañía; del mismo modo, la puñalada recibida por Luis XV fue atribuida a los jesuitas.

A mediados del siglo XVIII el conflicto se hizo bruscamente agudo; la universalización del capitalismo y de la nación burguesa abrazaba ya las principales naciones católicas. Se trataba, en definitiva, de consolidar los derechos de la monarquía absoluta con la centralización del poder nacional, ante la tentativa de los jesuitas de conservar los poderes papales con la ayuda de la nobleza. El dilema no ofrecía dudas.

La Compañía se había propuesto derribar a Carlos III, pues el monarca gobernaba con un núcleo de hombres de la Ilustración burguesa, todos católicos, pero nacionalistas, a la inversa

---

[140] Véase George H. Sabíne, Historia de la teoría política, Ed. Fondo de Cultura Económi' ca, México, 1963, p. 287 y ss.

de los jesuitas, que reunían en su torno al ultramontanismo feudalizante, mucho más interesado en la unidad católica de Europa, capaz de mantener intactos los intereses de la nobleza dentro de España, que dispuesto a aceptar la unidad nacional del Estado español. Esto último, significaba para la nobleza el comienzo de su ruina. La actividad jesuítica descollaba también en Portugal, en Francia, Nápoles y Parma, en suma, en los países más católicos de Europa.

El padre Maladriga y otros jesuitas habían sido ejecutados en Portugal por una tentativa de asesinato que se les atribuyó contra el rey José I. Finalmente, se descubrió una carta del general de la orden, padre Lorenzo Ricci, en la que intentaba probar la ilegitimidad de Carlos III, por ser hijo adulterino.[141] Las convulsiones azuzadas por los jesuitas entre el mundo desclasado de los mendigos, ladrones y prostitutas de los bajos fondos madrileños contra Carlos III, además de la célebre carta aludida, culminaron con un decreto de expulsión de la Compañía, que fue seguido por las principales cortes europeas y que se extendió, también, a las Misiones jesuíticas en las Indias.

17. Las Misiones jesuíticas en América

La creación de las Misiones jesuíticas en América Hispánica debe juzgarse en el marco de las relaciones entre la monarquía europea, la situación del clero americano y la Compañía de Jesús. Durante los Habsburgo, el estado disoluto del clero en las Indias había llegado a su nivel más bajo. En Noticias secretas de América Jorge Juan y Antonio Ulloa describen la corrupción completa de las órdenes religiosas en las Indias: "Los Conventos están reducidos a públicos búrdeles... los religiosos viven en ellos con sus concubinas dentro de las celdas".

La concupiscencia, el ocio y la simonía eran normas tan generales que el arzobispo Lobo Guerrero, del Nuevo Reino de Granada, pide urgentemente al rey el envío de "la mayor cantidad de padres de la Compañía de Jesús que se pudiere".[142]

Notoriamente durante los dos primeros siglos de su fundación, la Compañía aparecía como el brazo militante de la Iglesia, y sus hombres, como los sacerdotes inflexibles de una Fe que el Renacimiento había quebrantado en Europa y las delicias tropicales desintegrado en América. La originalidad histórica de los jesuitas en América merece una atención especial. Se trata de una obra audaz, profundamente diferente de la llevada a cabo por la Compañía en

---

[141] Véase Vicente Fidel López, Historia de la República Argentina, T. I, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1913, p. 378.

[142] Indalecio Liévano Aguare, Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia, T. II, Ed. Nueva Prensa, Bogotá, p. 90.

el Viejo Mundo.

Aterrados por la Reforma protestante y con una profunda repugnancia por la venalidad y parasitismo de sus colegas en Europa, entregados ellos mismos a una política de intrigas dinásticas y conspiraciones políticas, los jesuitas enviados a las Indias descubren un mundo nuevo. Aparecen ante sus ojos millones de almas para convertir y la posibilidad de adquirir un poder espiritual y temporal que en Europa comenzaban a perder. El largo brazo de la monarquía perdía vigor al extenderse sobre el Atlántico. En América vivían dispersos, enredados en eternas luchas jurisdiccionales, los virreyes, los corregidores, las Audiencias, los funcionarios menores de la rama militar, los encomenderos voraces y los terratenientes sumidos en el ocio. El concentrado poder de actividad práctica que despliega la Compañía en América, obtuvo prodigiosos resultados en ese continente despoblado y con enemigos directos tan débiles.

La energía evangelizadora de los jesuitas suscitó una inmediata desconfianza. Se explica el alarmado recelo de las clases dominantes de las colonias americanas. Los padres de la Compañía, sin dudar un instante, abrazaron la causa de los indígenas y se atrajeron, en consecuencia, el odio de los encomenderos y esclavistas. La vieja idea medieval de reunir en un solo haz el poder temporal y el poder espiritual, dualizado por la marcha general de la historia europea y la formación de los absolutismos nacionales, rebrota en América por la acción jesuita.

18. Encomenderos contra jesuitas

A la independencia de este nuevo poder, contribuye la hostilidad de los encomenderos, que presionan sistemáticamente para impedir a los jesuitas su incómoda prédica en las encomiendas:

"Tanto en el Nuevo Reino, como en México, el Perú y Buenos Aires, escribe Liévano Aguirre, los jesuitas se vieron obligados a retirarse gradualmente hacia las fronteras geográficas de la civilización colonial, hacia los territorios que, por sus características salvajes y la belicosidad de los indios -como California, Mainas, el Amazonas y el Paraguay-, no habían despertado todavía el interés de los pobladores españoles y criollos".[143]

Entre los siglos XVII y XVIII los jesuitas se internaron en las profundidades de la América Hispánica, hasta allí donde ningún español o portugués había llegado todavía y

---

[143] Ibíd., p. 100.

constituyeron las célebres Misiones.

En el Paraguay, las Misiones alcanzaron su forma más evolucionada, después de medio siglo de experiencia en Nueva Granada. Estas Misiones han sido juzgadas de muy diverso modo. Autores católicos han pretendido ver en ellas "formas socialistas" o "comunistas" de convivencia y de sistema económico.[144] Otros autores, como Oliveira Martins y López, las condenan como la manifestación de un Estado teocrático oscurantista: "Convertir el mundo en un Paraguay: he aquí el pensamiento de los padres".[145]

Los brutales métodos de los colonizadores no ofrecieron a los naturales del Paraguay una idea atrayente de la civilización europea. Tenían razón los guaraníes: los conquistadores extranjeros no les proponían nada mejor que destruir su propio modo de vida tradicional. Los jesuitas, en cambio, comenzaron por tratarlos como seres humanos. Mediante el encantamiento de la música lograron que los indios guaraníes se acercaran a ellos. La organización de las Misiones, luego, proporcionó a los guaraníes "en estado de naturaleza" inmediatas ventajas materiales y técnicas. Se constituyó un tipo especial de sociedad que podría, en resumen, ser descripto de la manera siguiente: la tierra estaba dividida en dos partes: una, era el "Campo de Dios" y la otra, el "Campo del hombre"; separado en lotes, este último era explotado individualmente por los indígenas para satisfacer sus necesidades.

El capital acumulado en el "Campo de Dios" era invertido en las obras de interés general, instrumentos mecánicos, edificios, semillas, vestidos, etc. Los instrumentos de producción, bestias de carga, arados, etc., eran de propiedad pública. No existía, naturalmente, el latifundio. La transformación de las costumbres y hábitos indígenas en una actitud productiva fue estudiada magistralmente por los jesuitas y estimulada con los más diversos métodos. Se multiplicaron los oficios y técnicas más diversas, las escuelas y talleres, el funcionamiento de fraguas, sierras, tornos, telares, carpintería, escultura y sastrerías. El excedente económico era vendido por los jesuitas en el mercado iberoamericano o europeo. Dichos recursos se volcaban en nuevas inversiones productivas. Los indios se hicieron músicos, artesanos,

---

[144] El jesuita Jerez dice de las Misiones: "Lo que los socialistas siguen soñando siempre en sus modernos falansterios, se ha realizado allí, como un milagro de amor y sin necesidad de palabras utópicas". (Cit. por Liévano Aguirre, ob. cit., p. 108.)

José Carlos Mariátegui dice lo siguiente: "Sólo los jesuitas, con su orgánico positivismo, mostraron acaso en el Perú como en otras tierras de América, aptitud de creación económica. Los latifundios que les fueron asignados prosperaron... Quien recuerde el vasto experimiento de los jesuitas en el Paraguay, donde tan hábilmente aprovecharon la tendencia natural de los indígenas al comunismo, no puede sorprenderse absolutamente de que esta Congregación de Hijos de San Ignacio de Loyola, como los llama Unamuno, fuese capaz de crear en el suelo peruano los centros de trabajo y producción que los nobles, doctores y clérigos, entregados en Lima a una vida muelle y sensual, no se ocuparon nunca de formar". (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, vol. II, Obras Completas, Ed. Amauta, Lima, 1959, p. 11.)

[145] P. Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1951, p. 337.

agricultores, relojeros, textiles, fundidores, pintores y orfebres, artistas de teatro y cantores.[146]

19. El régimen social de las Misiones

Estaba abolida la pena de muerte y graduados suavemente los diversos castigos para aquellos que incurrían en delitos. No se conocía el dinero en las Misiones. Se empleaba un sistema de trueque con los comerciantes extranjeros, a los que compraban, de ese modo, los útiles y máquinas necesarios para la vida económica de la comunidad. Tampoco los comerciantes tenían acceso a las Misiones. Debían realizar sus transacciones desde algunas posadas, especialmente dispuestas, a cierta distancia de los establecimientos.

Este sistema de mantener a una lejanía prudente a entrometidos peligrosos, sería imitado más tarde en el Paraguay por el Dr. Francia, el Supremo Dictador. Las Misiones vivían aisladas del mundo, aislamiento tanto más singular si se considera que todos los conocimientos gramaticales, musicales, técnicos y humanísticos que los jesuitas impartían a los guaraníes, no se ofrecían en lengua española, sino en guaraní. Los padres habían aprendido la lengua indígena, creado su gramática, escrito y editado en la imprenta de las Misiones los diversos libros de misa y de texto necesarios para la enseñanza. Este enclaustramiento cultural definía bien claramente el designio jesuítico de conservar para sí el control de las Misiones, persiguiendo la quimera de una perfecta Ciudad de Dios, pacífica y laboriosa. Pero las llaves del seráfico Reino Guaraní estaban en manos de la Compañía.[147]

Sin embargo, nubes amenazantes se insinuaban en el horizonte. Comenzaron las incursiones de los "mamelucos", mestizos del próximo Brasil. Siniestras bandas de estos aventureros invadían el área de las Misiones para "cazar indios" y venderlos en los mercados

---

146 Véanse Francisco Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, Ed. Talleres Gráficos El Demócrata, 3ª ed., Montevideo, 1929; Leopoldo Lugones, El Imperio jesuítico, Ed. Bajel, Buenos Aires, 1945; y Liévano Aguirre, ob. cit. Las Misiones jesuíticas no se reducían al Paraguay. También prosperaron en el Alto Perú, con la famosa "república de Chiquitos y Moxos" y las reducciones indígenas del Ecuador y del Amazonas que demostraron el genio económico organizador de los jesuitas, al mismo tiempo que la irremediable utopía medieval de estos falansteríos angélicos. (V Dusset, ob. cit., p. 67.) También Clovis Lugon emplea el vocablo "comunismo" al designar el régimen misionero en su obra La République Communiste Chrétienne des Guaranis, 1616-1763, Edition Economie et Humanisme, París, 1949. Por su parte, el brasileño Gilberto Freyre, en Casa-Grande y Senzala, T. I., Ed. Emecé, Buenos Aires, 1943, p. 203, no experimenta simpatía alguna por los jesuitas, a los que atribuye la culpa de la tristeza que debieron sentir los indígenas obligados a aprender latín en las escuelas de los padres. Es la más asombrosa y sutil defensa de la plantación esclavista que habíamos conocido.

147 "La Compañía se mostró insigne en sus obras pero nunca logró integrarse a la totalidad de la iglesia concreta, episcopal, a las otras órdenes religiosas. Ese fue su mejor aporte y quizás su debilidad. Los jesuitas, por su cuarto voto y por la visión universalista de Ignacio de Loyola, entendían, por consiguiente, que la dirección suprema de las misiones debía corresponder al Papa y no a los reyes." (V. Dusset, ob. cit., p. 65.)

de esclavos brasileños. A causa de tales ataques, los jesuitas se vieron obligados a la adopción de disposiciones militares. Formaron un verdadero ejército, con oficiales guaraníes, a los que impartieron lecciones de táctica y estrategia y sometieron a un intenso entrenamiento militar. Contaron asimismo con armas de artillería. Al principio, los cañones eran tubos de guadua, forrados de cuero, que podían disparar una sola vez. Almacenaron una gran cantidad de estos cañones, hasta que pudieron importar de Europa piezas de bronce. Finalmente, fabricaron cañones en sus propias fundiciones. Estas fuerzas gastaban elegantes uniformes españoles y estaban en condiciones de poner en pie de guerra a 30.000 soldados.[148]

20. La destrucción de las Misiones

Resulta difícil imaginar cuál habría sido el desarrollo ulterior de este original experimento social. Pero la conjetura no pertenece al campo de la historia. La expulsión de los jesuitas aniquiló por completo su obra. El significado de esta expulsión es básicamente diferente en Europa que en América. En Europa, Pombal y Carlos III pretendían desembarazarse de los jesuitas para obtener el pleno dominio político del Estado, emancipar a Portugal y España de la succión británica y estimular, por la política del "despotismo ilustrado", las instituciones económicas y sociales de la burguesía.[149]

Pero en América, sometida al dominio español, la población nativa estaba sumida en la degradación esclavista y servil. La política del absolutismo europeo sólo estaba en condiciones de mejorar la productividad económica de las colonias, para su propio beneficio, sobre la base de la consunción de la población nativa.

Es inaceptable ese laxo determinismo histórico que legitima el aniquilamiento de millones de hombres para que se inaugure una etapa superior en la vida de la humanidad. En este caso específico era completamente ilusorio, pues la explotación de las Indias no había conducido sino a la ruina del capitalismo español. Tampoco nadie ha demostrado -ni podría hacerlo que la agonía y muerte de los indios y negros americanos podía preparar el tránsito de la miserable economía colonial a las formas más elevadas de la sociedad burguesa y del capitalismo en América, Por el contrario, la realidad histórica ha probado categóricamente que el genocidio practicado por los españoles y portugueses sólo consumó en definitiva la

---

[148] Véase Liévano Aguirre, ob. cit., p. 128.

[149] Según Oliveira Martins, la expulsión de los jesuitas de Portugal permitió limitar los abusos judiciales del clero, controlar el origen y aplicación de los diezmos, cumplir las leyes desamortizadoras, prohibir que se instituyese al alma como heredera; en suma, establecer una legislación civil predominante.

bancarrota de la propia burguesía española y la consolidación en América de las oligarquías terratenientes más estériles y retardatarias.

21. El retorno del latifundio

Los jesuitas, persiguiendo sus propios fines de poder temporal y espiritual único, habían sustraído de las garras de la canalla encomendera y de los terratenientes improductivos 200.000 guaraníes, los habían elevado en la escala de la civilización e impedido el latifundio. Que la obra de los jesuitas en el Paraguay, después de su dramático derrumbe, había dejado una huella muy honda lo demuestran dos hechos significativos: durante los cien años posteriores a su expulsión no logró imponerse en el Paraguay el latifundio. Sólo la guerra de la Triple Alianza, con la civilizada burguesía porteña y los esclavistas brasileños de 1870, después de aniquilar a toda la población activa del Paraguay, logró instalar la gran propiedad en tierra guaraní. El segundo hecho, es que la base social y militar fundamental de Artigas serán los indios de las antiguas Misiones, que lo acompañaron fielmente hasta su último día, porque habían encontrado en el gran caudillo a su postrero defensor.

Si los jesuitas no hubieran abrazado el anacrónico propósito de volver hacia atrás la rueda de la historia y erigir una sociedad cerrada de abnegados pastores y dóciles ovejas, recluidos en una lengua que carecía de viabilidad histórica, y de crear una economía fundada en la propiedad colectiva de la tierra, en las circunstancias mundiales del desarrollo capitalista y de la propiedad privada, sus admirables esfuerzos habrían sido probablemente invencibles. Si la obra de evangelización se hubiera fundado en la españoliza ción lingüística y en la creación de una clase de pequeños campesinos propietarios y de una clase de artesanos, industriales y comerciantes cuya existencia social fuese compatible con la organización económica de la época, las Misiones no hubieran desaparecido con la expulsión de sus fundadores. Naturalmente que esta hipótesis nos lleva demasiado lejos y sólo es lícito formularla desde el punto de vista de la comprensión histérico-económica concreta de la obra jesuítica, en otras palabras, de la creación de una comunidad religiosa de tipo autárquico, apátrida y universal en el marco de hierro del proceso histórico del siglo XVIII. En tales condiciones estaba condenada.

Cuando las tropas portuguesas y españolas, después de ser vencidas por las aguerridas fuerzas misioneras, lograron destruir su resistencia y expulsar a los jesuitas de las Indias, las Misiones se hundieron. Con la partida de los 2.200 jesuitas no habían triunfado en América los partidarios de una Nación burguesa centralizada, lo que justificaba la expulsión en

Europa, sino los infames encomenderos criollos y los dueños de esclavos brasileños, que se lanzaron a cazar artesanos y músicos. Centenares de cadáveres colgaron en los árboles de las Misiones. Pueblos enteros fueron vendidos en los mercados de esclavos del Brasil. Los guaraníes que pudieron salvarse de la muerte o la esclavitud, huyeron a los bosques impenetrables y se sumergieron nuevamente en las condiciones de la vida natural que habían abandonado atraídos por las Misiones. Pero esa vida ya estaba desestructurada: habían perdido para siempre dos formas de existencia. Por lo que atañe a los rebaños domesticados de bueyes y caballos, se dispersaron para volverse, a su vez, "cimarrones". El desierto reapareció en los mismos lugares donde había brotado la singular civilización. Las ricas bibliotecas de los jesuitas fueron utilizadas para hacer cartuchos de pólvora, o cocinar bizcochos. Ésa fue la victoria que obtuvieron los negreros españoles y portugueses, pues no era en América donde sonaba la hora de la revolución burguesa: el rigor histórico sugiere apreciar los resultados de las Misiones, a la luz de su gestión en la América del Sur, independientemente del significado europeo de la Compañía.

22. Sublevación en las Indias

La revolución hispanoamericana del siglo XIX fue precedida por un ciclo de levantamientos sangrientos, indígenas y criollos. En la revolución de Antequera, conocida como la de los "comuneros del Paraguay", la sublevación de los pequeños plantadores de cacao contra el gran monopolio español encabezada por Juan Francisco León en Venezuela en 1749, las insurrecciones de La Rioja y Catamarca en 1752, el alzamiento en Yucatán de Jacinto Canek, proclamado rey de los mayas en 1765, la gigantesca sublevación de Túpac Amara en 1780 y la de los comuneros de Nueva Granada, se combinan las aspiraciones indígenas reprimidas por trescientos años de dominación colonial, con las reivindicaciones regionales de oligarquías criollas.[150] Después de la Revolución francesa en 1789, la inteligencia criolla comenzará a conspirar. Son los primeros estremecimientos que recorren la enorme vértebra de los Andes hasta México y que anuncian la tormenta del siglo XIX.

23. Las limitaciones del Despotismo Ilustrado

Entre la nobleza sobreviviente, pero incapaz ya de imponerle condiciones, y el pueblo

---

150 La famosa revolución de los comuneros del Paraguay, dirigida por Antequera, como muchas de las revoluciones sudamericanas, fue promovida por los ricos encomenderos, que odiaban a los jesuitas porque los padres les arrebataban los indios encomendados por el rey a su protección.

(incluida la burguesía, el campesinado y la plebe urbana), Carlos III prefería humillar a la nobleza sin tocar sus privilegios de clase y sobrevalorar el papel de las ideas, en lo que demostraba ser un perfecto hijo de su siglo. El racionalismo francés domina la vida intelectual española. Los proyectos suceden a los proyectos. España entraba a los tiempos modernos por las nociones abstractas, mientras la poderosa Iglesia española conservaba junto a la nobleza, el 80% de la propiedad territorial. Para realizar su plan, Carlos III reunió en su torno a los hombres más ilustres de su tiempo: Floridablanca, el conde de Aranda, Jovellanos, Campomanes, Roda, Gálvez. Son los arquitectos de la reforma administrativa en la metrópoli y en América.[151] La idea central era modernizar el Estado dejando intacto el fundamento del atraso nacional.

Que las reformas de Carlos III no pasaron de un blanqueo de la superficie social lo evidencia el hecho de que el mayor obstáculo para la remodelación moderna de España -la institución del mayorazgo y el latifundio improductivo permanecieron intactos bajo el Borbón más progresista de la historia española. No se atrevió, como no había de atreverse en España gobernante alguno, a destruir de raíz el particularismo heredado de las guerras moras, fundado en el privilegio agrario, ni tampoco resolvió adoptar la política industrializadora de Cataluña como doctrina oficial para toda España. En 1787, cuando faltaban solamente 24 meses para la gran Revolución francesa, subsistían en España más de 10.000 pueblos y ciudades "sujetos a la jurisdicción señorial de la nobleza y, por lo tanto, fuera del control real directo".[152]

A esto se reducía, en definitiva, el proclamado absolutismo del monarca más absoluto que había conocido la península.

Si en España no se tocaba la cuestión agraria, era una quimera predicar una industria, establecer un mercado interno, romper las relaciones de dependencia con Inglaterra y retornar al poder marítimo. Así, la España de Carlos III tuvo sus enciclopedistas, pero le faltó coraje para forjar sus Robespierre y sus Marat. Se llamó "despotismo ilustrado" a este fracaso.

24. La organización política de América

---

[151] El conde de Aranda percibió los signos revolucionarios posibles en las Indias. Presentó a Carlos III un proyecto para conjurar esos peligros, mediante la creación de tres reinos: México, Costa Firme y Perú, cuyos tronos serían ocupados por tres infantes de España. El rey de España sería emperador supremo. Un tratado de comercio uniría esos tres reinos a España. Este plan atrevido fue rechazado por Carlos III. (V. Soldevila, ob. cit., T. VI, p. 40.)

[152] John Lynch, *Administración colonial española*, Eudeba, Buenos Aires, 1962, p. 12.

Con el reinado de Carlos III se introducen reformas también en el gobierno político de las colonias. Al estallar el movimiento emancipador, América Hispánica estaba gobernada por el rey por medio de cuatro grandes virreinatos: Nueva España (México), Perú, Nueva Granada (Colombia) y Río de la Plata. Con otras cuatro capitanías generales se formaron unidades políticas secundarias denominadas Guatemala, Chile, Venezuela, Cuba y Florida. La presidencia de Quito era independiente, la de Charcas dependía del virreinato del Río de la Plata, que incluía a la actual República Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y las Misiones jesuíticas.

Como el viejo Consejo de Indias que había manejado los asuntos coloniales durante tres siglos fue despojado de sus atribuciones por el monarca y reducido a funciones de archivo, el gabinete de Madrid asumió directamente el gobierno de los cuatro virreinatos, es decir, de la porción ultramarina del Imperio. Al cabo de tres siglos de colonización, de creación de instituciones y de expansión de la lengua castellana en América, España concluye la organización y centralización de aquel continente colombiano que carecía en la época del descubrimiento de unidad lingüística, cultural, económica y política. Estamos en presencia de un sistema político unitario cuya cabeza europea es el rey de España.

En resumidas cuentas, España se había desdoblado en otra nación iberoamericana. Esta nación colonial carecía de derechos políticos, soberanía popular y progreso técnico. Pero de todas maneras era una nación integrada por el tejido conjuntivo de la lengua, el territorio, la psicología y la religión, asentado sobre una economía mixta, con escasa articulación e interrelación internas, con ramas de productos agrícolas destinados al mercado mundial, comunidades indígenas autosuficientes, débiles industrias ilegales que abastecían el mercado interno y núcleos semibárbaros y semisalvajes marginados de toda civilización. La producción destinada al mercado mundial o local se fundaba en la esclavitud y el trabajo servil, o en menor escala sobre un trabajo retribuido en un sentido puramente formal, pues en realidad se trataba de un trabajo forzado. En la superestructura social se descubría una sociedad burocrática y caballeresca, ociosa y formalista, que monopolizaba las prerrogativas del poder político, eclesiástico y militar en nombre de la Corona.

25. Las tendencias centrífugas en América Hispánica

Tampoco España poseía los atributos de una verdadera nación moderna. Imperio en decadencia, la península había trasladado su propio atraso a las Indias, acentuándolo por añadidura, pues creaba un sistema colonial fundado en la esclavización general de la

población nativa. En la sociedad americana, España reforzaba más todavía sus propias desigualdades internas y multiplicaba por el saqueo global las tendencias centrífugas que habían distinguido toda su historia metropolitana. Si unificaba América Hispánica a través de la lengua, el régimen jurídico y el poder real, creaba las premisas de su disolución por la presencia de focos de capital comercial conectados a la exportación de los productos americanos. Dichos productos eran consumidos por el mercado mundial, y si pasaban por manos españolas, en verdad concluían bajo el control de las potencias europeas rivales de la península. El único vínculo que mantenían las Indias con el progreso de Occidente consistía en su dependencia de España. Pero si la península había resistido todas las tentativas de aburguesamiento en su propia sociedad, mucho menos debía tolerarla en las colonias. Por esta estructura fatal resultó que las únicas formas "modernas" que introduce España en las Indias son justamente las del capital mercantil exportador que funciona hacia el exterior por canales múltiples no relacionados entre sí y que vincularán a las colonias no con la misma España, sino con las grandes potencias europeas que realizan su proceso de acumulación primitiva. La "balcanización" posterior reposa sobre ese hecho.

La creación en América de esta sociedad original incubó en su seno los ingredientes de una poderosa explosión revolucionaria. El pensamiento de Rousseau se difundía en un inmenso territorio poblado por "esclavos aristotélicos", y si los indios, negros y castas detestaban profundamente a sus explotadores inmediatos, los terratenientes criollos de la culta "grey mantua na", éstos a su vez eran hostiles a los españoles peninsulares, que reservaban para sí todo el poder político y militar. Las ásperas relaciones entre los tres grandes grupos de las colonias modelarán el carácter contradictorio de la primera etapa en el próximo torrente revolucionario.

26. Clases y razas en la revolución

De los 170 virreyes nombrados en las Indias durante tres siglos sólo cuatro habían nacido en América. De los 602 capitanes generales, presidentes y gobernadores, tan sólo 14 eran criollos. Análogamente, sobre 706 obispos, sólo 105 criollos obtuvieron la mitra.[153] "El más miserable europeo, escribía Humboldt, sin educación y sin cultivo de su entendimiento, se cree superior a los blancos nacidos en el nuevo continente."[154]

---

153 Véase Alcides Arguedas, *Historia general de Bolivia*, T. I, Ed. Arnó Hnos., La Paz, 1922, p. 27.

154 Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España*, Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1942, p. 146.

Dos años antes de la Revolución francesa, el obispo de Córdoba, José Antonio de San Alberto, escribía al marqués de la Sonora: "Siempre seré de dictamen no convenir ni a la Religión, ni al Estado, que para Obispados ni Arzobispados se elijan sujetos nacidos y criados en estas tierras".[155]

En la milicia las distinciones no eran menores. Un coronel español ganaba 250 pesos, y un coronel chileno, 50. Un teniente coronel español, 185 pesos; un oficial chileno del mismo grado, 46 pesos.[156] Esos blancos criollos, terratenientes iluministas, oficiales postergados, leguleyos de Nueva Granada o Charcas, tenderos y bachilleres de los puertos coloniales, van a encabezar la lucha contra España. Chocarán al principio con las "castas infames" y luego lograrán incorporarlas a una lucha que en cierto sentido no era la suya. Llaneros de variado color con Páez, criollos y negros con San Martín, gauchos con Güemes, indios y mestizos con Artigas, campesinos aztecas o mayas con Hidalgo y Morelos o cholos y mestizos con Muñecas en el Alto Perú, todos se lanzarán a la corriente de la historia universal como "americanos".

Pero al conflicto de clases sociales y de razas que lleva en su entraña la lucha por la independencia, se añadirá otro dilema: godos y liberales, ya que habrá americanos absolutistas y españoles liberales enfrentados en América. También en las Indias se librará un episodio del duelo español: ser de una vez por todas una Nación, o retornar a la petrificación austro-borbónica del Imperio negro, con el pillastre de Fernando VII a la cabeza.

27. El resorte balcanizador

Los rasgos esenciales impresos al Imperio de las Indias por la colonización española se profundizarán en la era de la independencia. De aquellas regiones iberoamericanas débilmente vinculadas entre sí y explotadas genéricamente por España, único centro aglutinante, surgirán las "naciones" particulares, atraídas por el imán de otros centros mundiales más poderosos y estables que España. Estas potencias controlarán a través de las economías exportadoras creadas por el viejo capital mercantil la endeble nación colonial, disgregándola en Estados "soberanos" con independencia política. Las veinte "naciones" latinoamericanas nacen de dicho estallido.

---

[155] Roberto I. Peña, *El pensamiento político del Deán Funes*, Universidad Nacional de Córdoba, 1953, p. 6.

[156] Véase Alberto Edwards Vives, *La organización política de Chile*, Ed. del Pacífico, Santiago de Chile, 1955, p. 29.

Capítulo IV

La crisis del Imperio hispanocriollo

"Aquí no hay más cómplices que tú y yo: tú por opresor, y yo, por libertador, merecernos la muerte."

Túpac Amaru, al visitador Areche, que le exigía el nombre de sus cómplices.

"Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre."

Inca Yupanqui, en las Cortes de Cádiz, 1811.

1. La España del valido Godoy

En las últimas horas del siglo XVIII, la crisis interna del Imperio era incontenible. La inutilidad de los esfuerzos borbónicos por rejuvenecer a España desde la cúspide sin tocar su estructura profunda, se puso de relieve con la muerte de Carlos III en 1788. Tan sólo un año más tarde, el triunfo de la Revolución francesa indicaba el ocaso del absolutismo. Nada podía esperarse ya de él cuando la burguesía y las clases populares entraban en la historia. La era borbónica había llegado muy tarde a la vida española y se agotaba rápidamente. Sus mejores medidas en América Hispánica tuvieron el curioso efecto de acelerar la destrucción del viejo Imperio.

Mientras Francia libra las grandes batallas revolucionarias, se sienta en el trono español el hijo de Carlos, que llevará el nombre de Carlos IV. María Luisa, Mesalina aquejada de furor erótico y que enviará a sus favoritos desde sus alcobas a los ministerios del reino, será la digna mujer de este monarca, tan pasivo y tolerante como su desdichado colega Luis XVI.

Napoleón, que no tenía pelos en la lengua, solía decir: "María Luisa tiene su pasado y su carácter escrito en la cara, lo cual es todo lo que yo necesito decir. Sobrepasa a cualquier cosa que uno se atreva a imaginar".

A tal pareja debía tocarle como vástago el famoso felón Fernando VII, el rey de peor ralea que debió sufrir la heroica España. María Antonieta de Nápoles, su primera esposa, resumía más tarde la impresión que le produjo el conocimiento de Fernando con estas palabras: "Creí que había perdido mis sentidos".

Al morir Carlos III en 1788 holgazaneaban en España 500.000 hidalgos según el censo del año anterior.[157] En otras palabras, un noble por cada 20 españoles. El "despotismo ilustrado" nada había podido hacer contra esa lacra social que mantenía a España en la parálisis. Aunque el mayorazgo condenaba a la miseria a la mayor parte de los segundones,

[157] Véase Jacques Chastenet, *Godoy*, Ed. Argos, Buenos Aires, 1946, p. 36.

éstos se negaban a consagrarse a algún trabajo manual, que los hubiera despojado de su hidalguía. Cuando alguno se resolvía a hacerlo, le ocurría como a aquel hidalgo que Casanova conoció bajo Carlos III, y que aunque trabajaba de zapatero remendón, se negaba altivamente a tomar las medidas de los pies de sus clientes.[158] En 1787 había en España 280.000 sirvientes, sugestiva cifra si se la compara con la de los 310.000 obreros y artesanos y los 200.000 miembros del clero. El gran pasado histórico arrojaba su sombra y sus maneras sobre la Nación debilitada. El hidalgo y el mendigo se califican mutuamente de "Su Gracia" al hablarse. El campesino español, según lo describe Unamuno, es de una "raza toda sarmiento, tostada por el sol y curtida por los hielos; raza sobria, producto de una larga selección por el frío de los más crudos inviernos y por hambres periódicas; raza acostumbrada a las inclemencias del cielo y a las penurias de la vida. El campesino español es tranquilo en sus movimientos, su conversación es reposada y grave. Se asemeja a un rey destronado".[159]

Cuando Carlos IV asciende al trono, ya el hermoso y sanguíneo oficial de la guardia Manuel Godoy era el amante de María Luisa. Sin embargo, sea dicho sin ironía, lo mejor de la casa real era este plebeyo arrebatado por el vértigo del poder. Desde el punto de vista puramente biológico su sangre sin nobleza había proporcionado a la pareja real los dos infantes más sanos y bellos, lo que no dejaba de ser un mérito, si no para la historia de España, por lo menos para la historia familiar de los Borbones. De atender a la decisiva influencia que Godoy adquiere casi inmediatamente después del entronizamiento de su real amiga, sus merecimientos son mayores aún.

Pues si el valido Godoy había entrado a la política española por la puerta del dormitorio de la reina, acreditó, a pesar de la mediocridad fatal de ese reinado, una desmayada tentativa de continuar la política de "despotismo ilustrado" heredada de los grandes ministros de Carlos III. Aunque algunos de ellos todavía continuaban en sus ministerios -como Floridablanca y Jovellanos-, al fin y al cabo ya todo estaba perdido.

2. Los adelantados de la independencia

En Europa resonaban las marchas del ejército del Rin y aparecían en América los precursores de la independencia. Los Derechos del Hombre y la revolución de las colonias británicas en América del Norte hacían crujir el viejo orden. Los clérigos de las Indias

[158] Ibíd.

[159] Cit. por Chastenet, ibíd.

meditaban a Rousseau. En una rica biblioteca de 3.000 volúmenes en la Córdoba americana de fines de siglo, un sacerdote, el Deán Funes, repasaba amorosa, aunque cautelosamente, sus volúmenes de la Enciclopedia.[160] Las envejecidas ordenanzas españolas ya no servían para prohibir la introducción de los tejidos de algodón británico ni libros más inflamables que el algodón. Un propietario bogotano, Antonio de Nariño, después de recorrer sus haciendas en la sabana, se encerraba en su biblioteca de seis mil volúmenes para leer con pasión las sesiones de la Asamblea Constituyente de Francia. Para su regocijo de rico erudito, posee una imprenta en miniatura. Allí imprime en pequeñas cantidades ciertos textos que le placen y los obsequia a sus amigos. Caen en sus manos por azar los 17 artículos de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano y los imprime. Esos 17 artículos, dirá muy luego, "me costaron más años de cárceles y persecuciones". Confiscados sus bienes, es conducido prisionero a España y condenado a 10 años de prisión en África, además del extrañamiento perpetuo de América.

Así inicia su carrera de revolucionario uno de los grandes personajes de la "grey mantuana", es decir, de las clases criollas opulentas. El régimen español sofocaba en particular los intereses de aquellos "marqueses del cacao y del tabaco" a cuyo núcleo social pertenecía el joven Bolívar. Más abajo, entre los mestizos y las "castas infames" se acumulaba un odio doble, hacia los criollos y hacia los engreídos españoles a la vez. Tal fue el carácter de lucha de clases que asumiría en su primera etapa el incipiente movimiento de independencia.[161] Chirino, el mulato de Coro, proyecta en las Antillas organizar una insurrección de las castas contra los poderosos blancos, españoles o criollos. Otros conspiradores venezolanos, Manuel Gual y José María España, amigos de Francisco de Miranda, marchan hacia el cadalso.

3. El plan de Miranda

Es Miranda, no obstante, el más importante de los adelantados de la revolución. Había abandonado la entumecida América Hispana para desplegar una prodigiosa carrera de soldado, aventurero y Casanova revolucionario, que admite pocos paralelos. Conversador ingenioso en los salones de Europa, general de los ejércitos de la Revolución francesa, protegido de Catalina de Rusia, amante de camareras de postas y de princesas de sangre real, este hombre singular vivió sin embargo una obsesión: la emancipación de la América

[160] Véase Archivo del Dr. Gregorio Funes, T. II, Ed. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 1944, p. 55.

[161] Véase Picón-Salas, ob. cit.; y Juan Bosch, *Bolívar y la guerra social*, Ed. Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1966.

Hispánica, dentro de una fórmula: independiente, pero unida.

Así el orgulloso caraqueño de perfil romano ofrecía un programa que sería el de América Latina durante décadas, que desfallecería durante un siglo y que sin embargo es la clave de los pueblos latinoamericanos en el siglo XX.[162] Francisco de Miranda enriqueció esta idea con planes políticos no menos osados. Era un hecho admitido para los latinoamericanos de la época que el absolutismo español cerraba toda posibilidad de acuerdo con la metrópoli. Para contribuir a la emancipación de las colonias americanas se imponía la alianza con Inglaterra, con Estados Unidos o con ambas potencias a la vez. Esto ha valido a Miranda (también a San Martín y a Bolívar) la acusación de actuar al servicio del poder británico.

Sin embargo, si se tiene en cuenta la situación internacional de la época, no se puede poner en duda el patriotismo de los tres personajes aludidos. El interés de Inglaterra por la independencia americana se fundaba en razones económicas que más adelante se explicarán; pero el primer enemigo de América Hispánica era el absolutismo español. De este hecho irrebatible se derivaba una conclusión política elemental. El adversario de España era visto como nuestro amigo.

Miranda había concebido una vasta Confederación, llamada Colombia, que abrazaría a los pueblos hispanoamericanos desde Tierra del Fuego hasta el Misisipí. Esta organización política estaría coronada por un Inca como emperador hereditario. Contaría con dos cámaras, un poder judicial, un sistema de ediles y cuestores. En esta caprichosa combinación de Roma y Cuzco, la constitución americana completaría la amalgama.

El gabinete británico, que mantuvo durante muchos años una constante vinculación con Miranda (éste recibió largo tiempo una pensión del gobierno inglés, que lo consideraba un conspirador utilizable), leía con atención sus planes y memoriales, meditaba y dejaba correr el tiempo. Pues para la Inglaterra de fines del siglo XVIII la tentación de esos vastos mercados que la atraían al otro lado del Atlántico no era menor que el aborrecimiento de todas las revoluciones: sus propias colonias americanas y los extravíos de la Revolución francesa le habían infligido una severa lección. Para colmo, la Revolución francesa había degenerado en un Termidor. Cuando las cabezas de los revolucionarios cayeron en la misma cesta que había recibido las de la familia real de Francia y los ingleses creían tocar el cielo con las manos, de ese Termidor emergió un monstruo peor todavía, el usurpador Bonaparte.

---

[162] Véanse Manuel Gálvez, *Don Francisco de Miranda*, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1947; Wiliam S. Robertson, *La vida de Miranda*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1938; y Francisco de Miranda, *América espera,* Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1982; *Pensamiento político de la emancipación* (1790-1825), 2 volúmenes, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, y *Diario de viajes y escritos políticos*, Editora Nacional, Madrid, 1977.

El corso se proponía mucho más que guillotinar reyes: amenazaba la hegemonía industrial inglesa en Europa.[163]

4. La política británica en las colonias españolas

Durante varios siglos el comercio inglés se había enfrentado con el monopolio español en las Indias. Pero las debilidades de los Austria permitieron a Inglaterra horadar el muro desde la propia Cádiz. Luego, el contrabando y los intereses regionales de los exportadores hispanocriollos lograron vencer ilegalmente las trabas impuestas al comercio. Pese a todo, dichas ventajas estaban lejos de ser satisfactorias a partir de mediados del siglo XVIII, cuando la Revolución Industrial amplió enormemente la capacidad productiva de la manufactura británica. Inglaterra no estaba dispuesta a escuchar el clamor de su burguesía industrial, sin embargo, si una aventura en América ponía en peligro la paciente tela de araña tejida para preservar el equilibrio europeo.

Desde los tiempos de Cromwell, en que el dictador concibió un Proyecto Occidental en 1654 para organizar un emporio británico en las Indias, sólo habían aparecido aisladas tentativas inglesas, generalmente libradas a la piratería real, para dominar territorialmente algunas porciones del gigante de las Indias. Tal había sido el destino de la isla de Jamaica y la Florida. El contrabando había calmado algo las inquietudes de los exportadores británicos, hasta el punto que a principios del siglo XVIII, se consideraba una participación en esa empresa dolosa como "conseguir un gran premio en una lotería"[164]

Al despuntar el siglo XIX, Inglaterra se enfrentaba con una Francia industrializada que reducía las perspectivas del mercado europeo. La cuestión de los mercados latinoamericanos se imponía cada vez con mayor fuerza a las cavilaciones del Foreign Office. Ya en 1805 el valor de las exportaciones inglesas a América Latina ascendía a 1.771.418 libras esterlinas. Se consideraba en Londres que este fabuloso continente de habla española podía absorber más mercancías inglesas que la India y los Estados Unidos. En efecto, en 1809 el valor de las exportaciones subía a la enorme suma de 18.014.219 libras esterlinas. Era, pues, imposible

---

[163] "Los artículos de algodón, lana, hierro y cuero, cerveza y papel, porcelana y carbón, eran producidos en cantidades crecientes en Yorkshire y Lancashire, en los Cheviots y Gales. Mientras que el progreso productivo crecía en eficiencia, la expansión de la influencia de Francia hacía cada vez más inaccesible el mercado continental. Económicamente, para la Gran Bretaña el panorama era desolador y desalentador, a menos de tomar en conside ración, como lo hacían muchos, las inexplotadas y elusivas potencialidades de la América. latina." (V. Wiliam Kauffman, *La política británica y la independencia de la América latina*, 1804-1828, Ed. de la Biblioteca de la Universidad Central de Caracas, 1963, p. 15.)

[164] Kauffmann, ob. cit., p. 15.

para Inglaterra ignorar ese continente. Pero tampoco podía permitirse la iniciación de ninguna acción alentadora de los proyectos de Miranda, si subsistía una situación de paz con España. Solamente en caso de conflicto militar europeo, los ingleses estarían en condiciones políticas de impulsar la emancipación de las colonias españolas. Semejante estrategia detuvo los planes de Miranda durante años.

Al fin, en 1804, estalló una guerra entre España e Inglaterra, que concluyó sin mayor bulla al año siguiente, ya que la presión del zar de Rusia, que preparaba una gran coalición contra Napoleón, persuadió a Inglaterra para firmar la paz. Y como había sido siempre, el general venezolano quedó a disposición del Foreign Office, que lo mostraba ante España "como un mero instrumento para ser usado en caso de fallar ésta en su buena conducta".[165]

5. El error de la invasión militar

Naturalmente, la cobarde corte de Madrid ofreció ciertas compensaciones comerciales en Hispanoamérica. Pitt parecía satisfecho en ese aspecto, pues todas sus energías estaban absorbidas por la coalición europea contra Bonaparte. La batalla de Austerlitz tronchó sus esperanzas y quizás hasta su vida, pues falleció en 1806. Mientras tanto, desalentado por las vacilaciones británicas, Miranda se había hecho a la mar desde Estados Unidos para desembarcar en las costas de su patria.

Cuando el precursor de la Independencia tocó con sus naves los puertos de Haití en 1804, antes de desembarcar en las costas venezolanas, el emperador negro Dessalines le ofreció su ayuda y le preguntó con qué medios pensaba emancipar Sudamérica. Miranda le respondió que ante todo reuniría los personajes más notables del país en una Asamblea y que "proclamaría la Independencia por un Acta, un manifiesto que reuniera a todos los habitantes en un mismo espíritu. A estas palabras, Dessalines agitó e hizo girar la tabaquera entre sus manos, tomó tabaco y dijo a Miranda en criollo:[166] Y bien, señor, yo os veo ya fusilado y colgado: no escaparéis a esta suerte. ¡Cómo! Os dirigís a hacer una revolución contra un gobierno establecido desde hace siglos en vuestro país; vais a transformar la situación de los grandes propietarios, de una multitud de personas y habláis de emplear en vuestra tarea a los notables, al papel y ala tinta. Sabed, señor, que para hacer una revolución triunfante no hay sino dos recursos: ¡cortar cabezas e incendiarlo todo!'. Miranda se despidió del terrible

---

[165] Ibíd., p. 20.

[166] Dialecto nativo derivado del francés.

emperador de Haití y fue a Cartagena, donde fracasó en su empresa".[167]

El caudillo negro tenía toda la razón. La ampulosa retórica del Siglo de las Luces no era grata al oído de los esclavos.

Después de publicar un manifiesto cargado de grandes principios abstractos, Miranda abandonó la partida bajo la custodia de los barcos de Lord Cochrane, el rapaz aventurero inglés. Al mismo tiempo, el inescrupuloso Sir Home Popham, cuya pasión por el dinero lo había distinguido siempre en su carrera militar, aburrido de vagar por África del Sur, había embarcado en El Cabo al 71° Regimiento dirigido por el coronel Beresford y se había lanzado a la conquista del Río de la Plata.

No estaba autorizado por el gabinete para esta aventura, pero sabía que si triunfaba sería respaldado para mayor gloria del Imperio. El desastre de las invasiones inglesas en Buenos Aires coincidió con el desembarco de Miranda en Venezuela y aunque ambas expediciones no estaban oficialmente organizadas y autorizadas por el gobierno inglés, toda la comunidad industrial y comercial de Gran Bretaña vivía en pleno delirio. Al llegar a Buenos Aires, ebrio de victoria, Popham escribía a un director de la compañía cafetera inglesa Lloyd's: "La conquista de este lugar abre un extenso canal para las manufacturas de la Gran Bretaña"[168] La captura del botín porteño ($1.086.208 pesos fuertes) le llegó al corazón a Popham: éste es "el más bello país del mundo... me gustan prodigiosamente los sudamericanos".[169]

Una excitada muchedumbre, dice un autor, escoltó el tesoro de Buenos Aires a través de las calles de Londres hasta el Banco de Inglaterra. Pero el desastre posterior no reunió a muchedumbres semejantes en la capital del Imperio. Popham fue obligado a regresar a Inglaterra, pagándose el pasaje de su propio peculio, curiosa situación para un conquistador de tierras lejanas. En materia de piratería fallida, los ingleses no admitían bromas.

6. Los comienzos de Canning

Las siguientes tentativas corrieron las misma suerte. El Río de la Plata proporcionó al Imperio respuestas análogas a las napoleónicas El dios Mercurio será más propicio a estos mercaderes que los dones de Marte. Luego se vengarían a la inglesa, cobrando con mayores intereses usurarios estos reveses militares. El problema de las colonias españolas, pese a todo,

---

[167] St. Víctor Jean-Baptiste, Le fondateur devant l'historie, Port-au-Prince, Haití, 1954, p. 246.

[168] Kauffmann, ob. cit., p. 31.

[169] Ibíd.

los siguió preocupando. ¿Y si se enviaran regimientos de católicos irlandeses para la América del Sur? El fuego del incendio europeo fue más poderoso que los mercados sudamericanos. El nuevo gabinete británico, elegido por un rey cuya demencia ya era notoria, no reflejaba, naturalmente, la locura del monarca, sino la sensatez de la clase dominante.

Como secretario de Relaciones Exteriores apareció la joven figura de George Canning, de 35 años, poeta y orador agudo, demasiado brillante para ser soportable a la aburrida nobleza británica; para colmo, carecía de fortuna y era hijo de una actriz, con sangre irlandesa en sus venas. Tantos defectos sólo podían ser compensados por una dosis de formidable talento político y por la íntima convicción de la nobleza de que este inquietante diputado por Liverpool (centro de los fabricantes y exportadores), les resultaba absolutamente indispensable.

Para Canning, y con razón, los problemas europeos eran demasiado arduos como para tomar en cuenta la emancipación de las colonias españolas. Esto resultó más evidente cuando Napoleón invadió España, capturó a Carlos IV y pretendió establecer a su hermano José como rey de España. Impedir la modernización de España bajo la mano de Napoleón era mucho más importante en ese momento que emancipar a los mercados sudamericanos. Inglaterra se alió con España rápidamente y envió sus tropas a la península. Esto no impidió a Inglaterra seguir con su contrabando en las colonias. De este modo, la etapa de los precursores como Miranda llegaba a su fin y comenzaba la historia moderna de América Latina.

7. De Carlos IV a Pepe Botellas

Los últimos días del reinado de Carlos IV revisten el carácter de una canallesca ópera bufa. La familia real había transformado la monarquía en un foco de corrupción e intrigas palaciegas al que resulta difícil encontrarle una analogía, excepto en las cortes de la decadencia bizantina.

Cuando la amenaza napoleónica se cernía sobre España, Fernando organizaba una conspiración para envenenar a sus progenitores y acomodarse la corona sobre su cabeza contrahecha. Descubierto por su padre, se arrepiente arrojándose a sus pies. Carlos IV, aturdido por los acontecimientos, abdica a favor de Fernando, que llevará el número siete. Este cretino adquiere popularidad, pues la opinión pública le atribuye una actitud antifrancesa. Así será llamado "el Deseado". Napoleón aprovecha la intriga dinástica para arrebatarles la corona simultáneamente a Fernando VII y a Carlos IV en una tempestuosa escena en Bayona, donde el feroz corso impone a los aterrorizados Borbones un ultimátum

que es aceptado inmediatamente. Los reyes de España parecían cultivar uno de los defectos jamás imputados al temperamento español: la cobardía más despreciable. El último mendigo de España tenía, sin duda, mayor entereza que estos miserables vástagos de la dinastía borbónica, reyes de España y las Indias.

Los 100.000 soldados de Murat ocuparon gran parte del territorio peninsular. Napoleón designó a su hermano José, rey de España. Ironía de la historia, este Bonaparte será uno de los mejores reyes de España en su breve remado, pero por su condición de impuesto monarca extranjero, el pueblo le impondrá el nombre de "el tuerto Pepe Botellas". Era un error, pues este rey plebeyo ni era tuerto ni aficionado al vino.[170]

"Al no ver nada vivo en la monarquía española, escribe Marx, salvo la miserable dinastía que había puesto bajo llave (Napoleón), se sintió completamente seguro de que había confiscado España. Pero pocos días después de su golpe de mano, recibió la noticia de una insurrección en Madrid. Cierto es que Murat aplastó el levantamiento matando cerca de mil personas; pero cuando se conoció esta matanza, estalló una insurrección en Asturias que muy pronto englobó todo el reino. Debe subrayarse que este primer levantamiento espontáneo surgió del pueblo, mientras las clases 'bien' se habían sometido tranquilamente al yugo extranjero".[171]

La nobleza de España capituló inmediatamente ante el corso. El rey José recibió en Bayona a una diputación de los Grandes de España, en cuyo nombre habló el duque del infantado (amigo íntimo del prisionero Fernando VII), quien dijo al francés: "Señor, los Grandes de España fueron siempre conocidos por su lealtad hacia sus soberanos, yV.M. hallará en ellos la misma fidelidad y afección".

Mientras las tropas napoleónicas exterminaban a miles de españoles, Fernando VII, en cuyo nombre se combatía, adulaba rastreramente al sátrapa ensoberbecido. Tal era el patriotismo de la realeza y de la aristocracia en la España que dominaba las Indias. Cerca de 40.000 aristócratas, clérigos y burgueses catalanes emigraron a Mallorca, dice Altamira, para escapar a los sacrificios de la guerra.[172] Todo el alto clero acató el nuevo orden extranjero. Lo mismo hizo el partido de los liberales "afrancesados", que habiendo perdido toda fe en el despotismo ilustrado español para regenerar a España, depositaban ahora sus esperanzas en el

---

[170] Napoleón decía a los españoles: "Vuestros nietos me bendecirán como vuestro regenerador". El rey José abolió los derechos feudales y la justicia señorial. (V Andró Fugier, La era napoleónica y la guerra de independencia española, T. IV, p. 64, en Historia de la Nación Argentina, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1941.)

[171] Marx, ob. cit., p. 14.

[172] Altamira, Manual de historia de España, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1946, p. 469.

absolutismo bonapartista. De este modo se encontraron reunidas las clases más poderosas de España, la putrefacta aristocracia, la dinastía, la jerarquía eclesiástica y hasta el ala liberal.

8. La revolución nacional española

Del otro lado se lanzó a la lucha el pueblo inmenso: los campesinos, artesanos, maestros, soldados y oficiales del ejército, los hombres más esclarecidos del bajo clero, todas las clases populares de España. La paradoja que se estableció era puramente formal: pues si el pueblo español combatía contra los franceses haciendo esa guerra de independencia nacional en nombre del fatídico Fernando, en realidad reasumía su soberanía, usaba sus derechos, organizaba la lucha y creaba las Juntas populares en cada municipio, que tenían hondas raíces en las viejas libertades y fueros de España. Quedaba claro que si el pueblo español libraba su guerra contra el invasor, sólo podía hacerlo realizando su revolución nacional. Los símbolos eran viejos, el contenido de la lucha muy moderno.

En Francia la revolución se había formulado de otra manera; pero cuando son genuinas y profundas, cuando brotan de la raíz misma de una historia, todas las revoluciones son originales e irrepetibles. En toda España surgieron las partidas de guerrilleros, que según decía el abate De Pradt, martirizaban al ejército francés como el mosquito al león de la fábula. Era inútil que José Bonaparte ofreciese a la Nación española una excelente constitución en Bayona, o que aboliese la Inquisición, suprimiese las aduanas interiores, pusiese término a la corrupción financiera del Estado e impulsase la modernización jurídica de la península. Esto debían hacerlo los españoles mismos, pues las revoluciones no pueden importarse, ni en el siglo XIX ni en el XX. Justamente la lucha contra los franceses, en cuyas mochilas venían los nuevos códigos, llevada a cabo bajo la bandera de la reacción borbónica, suponía verificar las tareas democráticas incumplidas por la España burguesa.

Mientras el pueblo español combatía en toda la extensión de su territorio ocupado por las tropas francesas (en Bailón se batía un joven indiano, José de San Martín, capitán del Regimiento de Murcia), en Sevilla primero y luego en Cádiz, ejercía sus funciones la Junta Central, que era de hecho el único gobierno representativo de la Nación española.

9. La parálisis de la Junta Central

Las dos cabezas de la Junta Central eran dos sobrevivientes del siglo XVIII: el conde de Floridablanca y Gaspar de Jovellanos. Uno era un "burócrata plebeyo", el otro un "filántropo

aristocrático". Pero ambos habían sido educados en la escuela de Carlos III. El despotismo ilustrado los había preparado para impedir una revolución que modernizara a España, en modo alguno para presidir una revolución que limpiase a España de sus antiguallas. La incómoda situación en que los había colocado el destino, debía encontrar en estas dos notables personalidades un eco perplejo. Floridablanca había desconfiado del pueblo; Jovellanos había intentado educarlo, pero los dos personajes carecían de toda voluntad para empujar a la revolución hasta su plenitud.

La anglomanía de Jovellanos, por lo demás, que era un mal de su siglo y causaría estragos en las jóvenes repúblicas sudamericanas, lo volvía muy poco propicio a una vasta acción revolucionaria e independiente frente a las intrigas británicas que ya empezaban a manifestarse. Las proclamas de la Junta, inspiradas por Jovellanos, que era sobre todo un escritor, llamaban a grandes fines: tocábale al octogenario Floridablanca impedir realizarlos. De este modo se repartían las tareas en esa Junta Central, afectada de la misma parálisis que la vieja España, los dos grandes hombres de la Ilustración. Cuando las Juntas municipales, por ejemplo, disponían como recurso de guerra vender bienes de "manos muertas" pertenecientes a la Iglesia, la Junta Central disponía suspender dichas ventas.

Los pesados tributos a capitalistas y propietarios ordenados por las Juntas provinciales, las reducciones de sueldos a los empleados públicos, el reclutamiento militar para todas las clases sin excepción en defensa de la patria, indicaban que en las Juntas de provincias palpitaba la revolución y que Fernando VII era, mucho más que en América, sólo una máscara, aunque fuera una máscara repugnante. Pero la Junta Central navegaba por el turbulento río revolucionario como una carabela arcaica en el Mar Océano. Por todas partes veía monstruos y grifos marinos con sus fauces abiertas: sólo atinaba a recomendar moderación. ¡Penoso espectáculo el de los sabios de Carlos III llevados y traídos por el tormentoso nuevo siglo!

Desde los gabinetes del difunto rey habían soñado con una España rejuvenecida y libre de la barbarie feudal: ahora retrocedían aterrorizados al verla erguirse entre los dolores del parto. Aun entre la respiración entrecortada de sus proclamas se advertía claramente el significado general de la situación: "La providencia ha decidido que en la terrible crisis que atravesamos, no pudierais dar un solo paso hacia la independencia sin que al mismo tiempo no os acercara la libertad".

Esto es, la lucha por la independencia nacional contra los franceses era indisociable del derrocamiento del absolutismo español, la conquista de las libertades populares. Independencia nacional y soberanía popular, tal era el contenido esencial de esos grandes días

de España.

Algunos historiadores reaccionarios, argentinos y españoles de acervo cavernícola, niegan ese carácater revolucionario del liberalismo español, identificándolo con el liberalismo caduco del siglo XX. En el fondo alimentan la nostalgia del "viejo régimen" feudal, cuyo retrato hemos hecho hasta aquí. Como era previsible, la política vacilante de la Junta y su temor al pueblo en armas no logró sino un fracaso tras otro. Poco a poco los franceses fueron apoderándose de toda España, a pesar de las pruebas de heroísmo de los patriotras. La misión y la frustración de la Junta Central ha sido juzgada del siguiente modo:

"Sólo bajo el poder de la Junta Central era posible unir las realidades y las exigencias de la defensa nacional con la transformación de la sociedad española y la emancipación del espíritu nacional, sin lo cual toda constitución política tiene que desvanecerse como un fantasma al menor contacto con la vida real".[173]

10. Ni guerra, ni revolución

Al separar la guerra de independencia de la revolución española, la Junta Central anticipaba en un siglo la tragedia de la guerra civil española de 1936, en que el gobierno del Frente Popular, dominado por el stalinismo, plantea el falso dilema, "primero ganar la guerra, después hacer la revolución", con lo que perdieron ambas. Pues en 1809, como en 1936, el pueblo hace la guerra con ciertos fines, que son revolucionarios; si el gobierno que lo conduce posterga esos fines, el pueblo declina su energía, apaga su genial iniciativa y la guerra se transforma en un problema técnico, que ganan los técnicos de las clases hostiles y no los pueblos. Así ocurrió con la Junta Central. En el ejército y los guerrilleros se habían concentrado los elementos más revolucionarios de la sociedad española. Pero fueron destruidos por las intrigas caciquistas y los temores de la Junta Central. De ese ejército saldrían un día San Martín y Riego: uno, para luchar por la independencia de América de un absolutismo que no había logrado vencer en España; el otro, negándose a combatir en América contra los patriotas, dirigirá su ejército contra Fernando VII.

Al perder casi todo el territorio español, la Junta Central recibía el premio a su ineptitud. Refugiada en la isla de León, delegó su poder en un Consejo de Regencia, más torpe que ella misma, y se disolvió. El Consejo de Regencia convocó a las Cortes de España y las Indias, que asumieron el poder constituyente en el suelo que pisaban.

---

[173] Marx, ob. cit., p. 37.

11. Las Cortes de Cádiz

El 22 de enero de 1809 la Junta Central, cuyo secretario, el ardoroso poeta Quintana, había elevado la técnica de las proclamas al nivel del arte literario, dictó un decreto en el cual decía que "los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias o factorías como las de otras naciones, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española".[174]

Esta idea inaudita resonó en toda la América Hispánica. ¿Cómo, provincias ultramarinas y no factorías? ¿Había llegado la hora del Nuevo Mundo? ¿El imperio hispanoamericano lograría a la vez conservar su unidad y desembarazarse del absolutismo?

El Consejo de Regencia se instaló en la Villa de la Real Isla de León, próxima a Cádiz, bajo la protección de los barcos de guerra británicos. Pues Inglaterra ya ha intervenido con sus fuerzas en suelo español y enfrenta a los franceses aliada a España. ¿A qué España? Difícil era saberlo, pero los ingleses carecían de formalismo jurídico. Sabían muy bien qué buscaban. El Consejo de Regencia está en sus manos y el representante inglés en España, John Hooklam Frere, elige sin incomodidad alguna a sus miembros. Sin embargo, dicho Consejo no puede entrar en Cádiz, donde se ha formado una Junta Revolucionaria Suprema que los acusa de traidores. La presión británica logra persuadir a los gaditanos para que reconozcan al Consejo de Regencia y le permitan instalarse en Cádiz. La intervención de los ingleses en los asuntos españoles estaba lejos de ser desinteresada. No se cifraba tan sólo en la necesidad de abatir el poderío napoleónico.

El gobierno británico atravesaba difíciles momentos. La economía inglesa se resentía del bloqueo continental decretado por Napoleón. Estados Unidos elevaba al mismo tiempo una dura barrera proteccionista contra su antigua metrópoli. La tentación de los mercados sudamericanos se volvía demasido fuerte por momentos. Las exportaciones británicas, que alcanzaron en 1810 a 34.061.901 libras esterlinas, bajaron al año siguiente a sólo 22.681.400. Esto parecía algo semejante al pánico. "El gobierno se convenció a sí mismo de que sólo el acceso ininterrumpido al mercado latinoamericano podía respaldar su crédito y pagar la

174 Amunátegui, ob. cit., p. 327. En dicha resolución se convocaba para enviar diputados a Cortes a los virreinatos de Nueva España, Perú, Nueva Granada, Río de la Plata y las capitanías generales independientes de Cuba, Puerto Rico, Guatemala, Chile, provincias de Venezuela y Filipinas. Es curioso que nadie recuerde ya a las islas Filipinas, donde el idioma popular continúa siendo el español y la lengua indígena el tagalo.

guerra peninsular."[175]

En tales circunstancias, todos los manejos para instrumentar al Consejo de Regencia, que parecía estar bajo la influencia inglesa, resultaron inútiles. Lord Wellesley sugirió que el Consejo debía autorizar a Inglaterra a comerciar libremente con América del Sur y que los ingleses protegiesen a Cádiz. Pero el Consejo de Regencia era totalmente impotente para otorgar a nadie concesión alguna. Su respuesta a la sugerencia inglesa fue decepcionante. Afirmó que la única autoridad de España había revertido a las Cortes de Cádiz. Estas "devolvieron la propuesta con un brusco rechazo",[176] pues la soberanía popular española allí simbolizada no estaba dispuesta a liquidar los intereses españoles en favor de sus equívocos aliados británicos.

12. Los diputados americanos en las Cortes

En la populosa e hirviente ciudad de Cádiz, se habían reunido al fin las Cortes de España. El detestado Napoleón que retenía entre sus manazas de hierro a la dinastía absolutista había sido el providencial agente histórico. ¡Podían invocar la lealtad a Fernando prisionero y podían decir al mundo que el pueblo español reasumía su soberanía! Los diputados a las Cortes tenían así en sus manos la bandera del legitimismo jurídico y la llave para hacer la revolución burguesa bajo un respetable pabellón.

Para comprender el sentido profundo de las sesiones de las Cortes bastará que el lector evoque el trágico pasado de la España imperial. Ahora estaban allí los hijos del pueblo español, con un partido reaccionario en minoría, pues toda la nobleza de sangre se había arrodillado ante el invasor. Cádiz era la capital de la España revolucionaria. ¡Pero faltaban los jacobinos!

Pues la feroz paradoja de la situación consistía en que las Cortes de Cádiz se reunían en el momento más débil de la acción militar del pueblo español; no cuando desmoralizaba a los franceses, sino cuando había pasado a la defensiva, no en la etapa más alta del proceso de liberación, sino en la más baja. En Cádiz, donde se iba a legislar para una España dominada por el enemigo, se había refugiado todo el espíritu revolucionario de la península, todas las aspiraciones y frustraciones de tres siglos. Pero era un debate fundado en el vacío geográfico.

"En la época de las Cortes, España se encontró dividida en dos partes. En la Isla de León,

---

175 Kauffmann, ob. cit., p. 55.

176 Kauffmann, ob. cit., p. 55.

ideas sin acción; en el resto de España, acción sin ideas", dice Marx.[177] Después de haber derramado su sangre en vano, el pueblo español había querido lanzar sobre el absolutismo el peso de una Constitución. Con las bayonetas francesas había entrado tumultuosamente en la España petrificada el siglo revolucionario.

El principal puerto marítimo de España estaba poblado, al reunirse las Cortes, de una multitud de aventureros y emigrados, hispanoamericanos que el azar de la guerra había llevado a la península, soldados, marineros, comerciantes, rioplatenses como el joven oficial Tomás de Iriarte, guatemaltecos como los hermanos Llano, peruanos como el teniente coronel de caballería Dionisio Inca Yupanqui.

"Así se dio el caso de que estas provincias estuvieran representadas por hombres más aficionados a la novedad y más impregnados de las ideas del siglo XVIII que lo hubieran sido de haberlos podido elegir ellas mismas. Finalmente, la circunstancia de que las Cortes se reunieran en Cádiz ejerció una influencia decisiva, ya que esta ciudad era conocida entonces como la más radical del reino y parecía más americana que española. Sus habitantes llenaban las galerías de la sala de las Cortes y dominaban a los reaccionarios, cuando la oposición de estos se tornaba demasiado enojosa, mediante la intimidación y las presiones desde el exterior."[178]

Muchas provincias españolas, ocupadas por las tropas francesas no pudieron enviar inmediatamente sus diputados; lograron hacerlo, en cambio, las regiones más demócratas, Cataluña y Galicia.

"Hablábase de candidatos para diputados, escribe el conde de Toreno, y poníanse los ojos no precisamente en dignidades, no en hombres envejecidos en la antigua corte o en los rancios hábitos de los consejos u otras corporaciones, sino en los que se miraban como más ilustrados, más briosos y más capaces de limpiar la España de la herrumbre que llevaba comida casi toda su fortaleza."[179]

Los turbulentos espectadores en las galerías del Coliseo de Cádiz, soldados y ciudadanos de ambos sexos, saludaban con ardorosos vivas a los diputados liberales a medida que entraban en el recinto, "con desánimo de la Regencia".[180]

---

177 Marx, ob. cit., p. 37.

178 Ibíd., p. 57. Asimismo véase Tomás de Iriarte, Memorias, T. I, Ed. Fabril Editora, Buenos Aires, 1962, p. 74.

179 Conde de Toreno, Historia del levantamiento, guerra y revolución de España, M. Riva daneyra Editor, Madrid, 1872, p. 285.

180 Ibíd.

13. Serviles y liberales

Las Cortes decidieron nombrar diputados suplentes por América y por Asia a diversos americanos y súbditos asiáticos residentes en ese momento en Cádiz. El canónigo criollo de Guatemala, don Antonio Larrazábal, fue uno de ellos, entre tantos hombres del bajo clero que tuvieron una participación decisiva en la revolución de España y América, a punto tal que sería imposible escribir la historia de América Latina omitiendo ese hecho y la circunstancia de que la Ilustración americana tiene su eje en el sector revolucionario de la Iglesia criolla, lo mismo que en España.

Larrázabal planteó ante las Cortes estupefactas lo siguiente: Guatemala se oponía a que se dictasen leyes sin su concurso; los diputados de América no debían ser españoles europeos, sino criollos; para ser ciudadano y ejercer sus derechos, no se oponía el defecto de nacimiento adulterino, sacrilego, incestuoso, ni el de dañado y punible ayuntamiento. Esto significaba no sólo un paso gigante hacia la modernización de la legislación civil, sino también incluir a millones de americanos indios, de matrimonio irregular, en las decisiones políticas sobre la soberanía.[181] Desde el día mismo de su instalación, el 24 de septiembre de 1810, las Cortes se habían dividido entre "liberales" y "serviles".

La democracia burguesa y la nobleza clerical eran los dos partidos que se enfrentaban en las Cortes y de cuya unión brotó la célebre Constitución de 1812. La palabra "liberal" adquiere en Cádiz su cuño popular en el siglo XIX, así como en las Cortes, por primera vez en trescientos años, deja de emplearse en los documentos oficiales el vocablo "Indias" para ser reemplazado por la palabra "América". Las mutaciones semánticas reflejaban dócilmente los grandes acontecimientos históricos que le imprimían su sello.

Otro guatemalteco, Manuel Llano, bregó por la igualdad de la representación de los americanos, que resistían los diputados españoles, tanto los liberales como los serviles. En su discurso Llano señalaba la unidad del Imperio hispanoamericano:

"Las provincias de América, aunque agitadas, están en el caso que las provincias libres de la península; y esta providencia podría calmar los ánimos y restablecer la unión; porque los movimientos de insurrección en aquellos países no son por quererse separar, sino por el deseo de recobrar sus derechos. Citaré en prueba un solo hecho. En La Gaceta de Caracas, de 27 de julio, tratando de la instalación de la Junta de Barinas, en la Provincia de Venezuela, se lee: 'Que los individuos de ella se encargaban de aquel modo, sin perjuicio de que los diputados

---

181 Véase Ricardo Gallardo, Las constituciones de la República Federal de Centroamérica, Ed. del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1958, p. 119.

concurran a las Cortes generales de la Nación entera, siempre y cuando la convocación se forme con la equidad y justicia que merece la América, y siempre que formen una parte de España"[182]

14. Las Juntas en América

En los momentos en que sesionaban las Cortes de Cádiz, el movimiento revolucionario de América Hispánica se propagaba con enorme fuerza. De acuerdo a la vieja tradición española, las "Juntas" brotaron en Hispanoamérica en todas las ciudades principales de los cuatro virreinatos y capitanías generales. En todas partes se reasumía la soberanía en virtud de la prisión de Fernando VII y en su nombre. Mucho se ha discutido si Fernando era un símbolo verdadero de la unidad hispanoamericana o una simple máscara jurídica de la voluntad de independencia de los americanos. Era ambas cosas, a nuestro juicio. La historia del absolutismo, la debilidad del liberalismo, el poder de la nobleza feudal y la política tradicional de España en América, no daban lugar a muchas esperanzas.

Pero también resulta indiscutible que, salvo los intereses británicos, que eran los únicos consecuentes partidarios de la ruptura con España, los americanos de la época seguían con intenso interés el desarrollo de la lucha en la península. De su resultado militar y de la política que adoptara la España revolucionaria dependía la unidad o la separación. Las palabras del diputado guatemalteco reflejaban con bastante aproximación el estado de espíritu de los americanos ante los cambiantes acontecimientos de España. Cuando llegó a América la noticia de la disolución de la Junta Central de Sevilla, caída por su propio conservatismo, ése fue un paso más hacia la separación.

Los debates de las Cortes, donde se mostraron las resistencias de la mayoría española a otorgar a la América una igualdad plena, persuadió a los americanos de que ni siquiera un triunfo del liberalismo español sobre el absolutismo daría igualdad completa a América dentro del marco de la Nación común. Si las Cortes de Cádiz constituían un vigoroso avance en cuanto al absolutismo y renovaban, por lo menos en el papel, el anquilosado cuerpo jurídico de España, en relación con los americanos no satisfacían de ningún modo sus aspiraciones. La inmensa mayoría de los indios y nativos quedaba al margen, por lo demás, de todo derecho político. Así, las "castas", como se las llamaba y que constituirían en los próximos años el factor decisivo en la lucha por la independencia, no existían sino como

[182] Ibíd., p. 111.

masas "ingenuas", que sólo la educación y los siglos elevarían paulatinamente al nivel del español europeo. Sarmiento encontraba en los diputados españoles de Cádiz su más ilustre antecedente.

Aún con la patria ocupada por las tropas del imperio francés, los mejores elementos liberales de España se resistían todavía a otorgar a los americanos la libertad y la igualdad totales. Una voz salida de las profundidades de la historia americana se elevó en ese momento para definir con una frase histórica la mezquindad del liberalismo español y su incurable limitación. Era el Inca Yupanqui, "vástago de la antigua y real familia de los incas, pintándose todavía en su rostro el origen indiano de donde procedía"[183]

15. El discurso del Inca Yupanqui

Dionisio Inca Yupanqui asumió la defensa de la igualdad de españoles e indios americanos. Su discurso produjo honda impresión en las Cortes, y sería memorable en la historia de las ideas, según señalaremos más adelante. Es una pieza desconocida y fue pronunciado en la sesión del 16 de diciembre de 1810. He aquí su texto completo:

"Señor: Diputado suplente por el Virreynato del Perú, no he venido a ser uno de los individuos que componen este cuerpo moral de V. M. para lisonjearle; para consumar la ruina de la gloriosa y atribulada España, ni para sancionar la esclavitud de la virtuosa América. He venido, sí, a decir a V. M. con el respeto que debo y con el decoro que profeso, verdades amarguísimas y terribles si V. M. las desestima; consoladoras y llenas de salud, si las aprecia y ejercita en beneficio del pueblo. No haré, señor, alarde ni ostentación de mi conciencia; pero sí diré que reprobando esos principios arbitrarios de alta y baja política empleados por el despotismo, sólo sigo los recomendados por el evangelio que V. M. y yo profesamos.

"Me prometo, fundado en los principios de equidad que V! M. tiene adoptados, que no querrá hacer propio suyo este pecado gravísimo de notoria y antigua injusticia, en que han caído todos los gobiernos anteriores: pecado que en mi juicio es la primera o quizá la única causa por que la mano poderosa de un Dios irritado pesa tan gravemente sobre este pueblo nobilísimo, digno de mejor fortuna. Señor, la justicia divina protege a los humildes, y me atrevo a asegurar a V. M., sin hallarme ilustrado por el espíritu de Dios, que no acertará a dar un paso seguro en la libertad de la patria, mientras no se ocupe con todo esmero y diligencia

183 Toreno, ob. cit., p. 308. Dionisio Inca Yupanqui era descendiente de los incas y tenía derecho por tal razón a una pensión del Estado. En 1810 era teniente coronel de caballería del ejército español en el virreinato del Perú. (V. José Belda y Rafael M. de Labra, Las Cortes de Cádiz en el oratorio de San Felipe, Madrid, 1912, p. 103.)

en llenar sus obligaciones con las Américas: V. M. no las conoce. La mayor parte de sus diputados y de la Nación apenas tienen noticia de este dilatado continente. Los gobiernos anteriores le han considerado poco, y sólo han procurado asegurar las remesas de este precioso metal, origen de tanta inhumanidad, de que no han sabido aprovecharse. Le han abandonado al cuidado de hombres codiciosos e inmorales; y la indiferencia absoluta con que han mirado sus más sagradas relaciones con este país de delicias ha llenado la medida de la paciencia del padre de las misericordias, y forzándole a que derrame parte de la amargura con que se alimentan aquellos naturales sobre nuestras provincias europeas.

"Apenas queda tiempo ya para despertar del letargo, y para abandonar los errores y preocupaciones hijas del orgullo y vanidad. Sacuda V. M. apresuradamente las envejecidas y odiosas rutinas, y bien penetrado de que nuestras presentes calamidades son el resultado de tan larga época de delitos y prostituciones, no arroje de su seno la antorcha luminosa de la sabiduría ni se prive del ejercicio de las virtudes. Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre. V. M. toca con las manos esta terrible verdad.

"Napoleón, tirano de la Europa su esclava, apetece marcar con este sello a la generosa España. Esta, que lo resiste valerosamente, no advierte el dedo del Altísimo, ni conoce que se castiga con la misma pena al que por espacio de tres siglos hace sufrir a sus inocentes hermanos. Como Inca, Indio y Americano, ofrezco a la consideración de V. M. un cuadro sumamente instructivo. Dígnese hacer de él una comparada aplicación, y sacará consecuencias muy sabias e importantes. Señor: ¿Resistirá V. M. tan imperiosas verdades? ¿Será insensible a las ansiedades de sus súbditos europeos y americanos ? ¿ Cerrará V. M. los ojos para no ver con tan brillantes luces el camino que aún le manifiesta el cielo para su salvación? No, no sucederá así, yo lo espero lleno de consuelo en los principios religiosos deV.M.y en la ilustrada política con que procura señalar y asegurar sus soberanas deliberaciones".[184]

16. La respuesta española

El discurso del Inca Yupanqui abrió una discusión sobre la situación general de América, que fue postergada por varias sesiones, en virtud de "cuestiones más urgentes". Pero los diputados liberales y serviles rehusaban conceder una igualdad plena de derechos a los

---

[184] Diario de las discusiones y actas de las Cortes, T. II, Imprenta Real, Cádiz, 1811, p. 15, sesión del 16 de diciembre de 1810. La colección total alcanza a 28 tomos. En la Biblioteca del Congreso Nacional argentino, donde hemos consultado dichas Actas, sólo se encuentran 22 tomos.

americanos, salvo en las pomposas enunciaciones generales.[185] En una sesión posterior, la del 9 de enero de 1811, el diputado español Palacios decía con peculiar realismo: "En cuanto a que se destierre la esclavitud, lo apruebo como amante de la humanidad; pero como amante del orden político, lo repruebo".[186]

Este amor dúplice o adulterino era compartido por todo el partido servil y gran parte del liberal. La agitación revolucionaria en Venezuela perfeccionaba las ideas del diputado Valiente: "En Caracas hay novedades que atemorizan y es imposible que V. M. deje de tratar de la conservación de aquellos dominios... Señor, primero es cortar el vicio; por ahora está afianzada la confraternidad que debe haber entre ellos y nosotros; de lo demás se tratará más adelante, y entonces se acordará lo que deba ser. Háblese de los indios, pero sólo sea para conservar las Indias: esto es lo que nos interesa, lo que nos importa"[187]

17. La revolución en América Hispánica

A las costas de Hispanoamérica llegaban las alternativas de la guerra nacional española y las discusiones reveladoras de las Cortes de Cádiz. Al mismo tiempo, las tropas españolas en el Nuevo Mundo, divididas interiormente entre serviles y liberales, exteriormente eran la expresión del Imperio español y reprimían donde podían hacerlo las tentativas criollas de reasumir la soberanía.

Por lo demás, brotaban en América los intereses regionales de las clases privilegiadas criollas, exportadoras y terratenientes, que vinculadas por lo general con el Imperio británico, sólo pensaban en romper con España para enriquecerse sin trabas. Un puñado de patriotas encabezaba en todas partes, sin embargo, la idea nacional hispanoamericana, comenzaba a levantar ejércitos y a propagar la revolución. Casi concluida con la derrota completa la lucha militar en la península, regresaban a América algunos oficiales criollos del ejército español, como San Martín, Alvear, Iriarte. En el ejército español en América se reflejaban, por añadidura, no sólo las contradicciones básicas en que se dividía la sociedad española, sino los propios antagonismos americanos. Así, oficiales españoles eran indios como Santa Cruz, que luchaba contra los americanos varios años antes de plegarse a la lucha por la independencia.

Del mismo modo, en los llanos venezolanos, o en Colombia, los españoles contaban con

---

[185] Las Cortes otorgaron 2 diputados por provincia española y sólo uno por cada provincia americana. (V. Amunátegui, ob. cit., p. 37.)

[186] Diario de las discusiones y actas de las Cortes, T. II, p. 316, sesión del 9 de enero de 1811.

[187] Ibíd., p. 317.

el apoyo de los criollos más humildes, llamados "castas", hombres de color, y que eran jinetes y combatientes de primera categoría. Entre los partidarios de la independencia americana, aparecen numerosos españoles liberales. El drama de la ruptura del Imperio hispanocriollo se revelará como una guerra civil, tanto como una guerra nacional.

18. La última defensa del liberalismo español

Para concluir, nadie mejor que el procurador general del principado de Asturias, don Alvaro Flórez Estrada, para exponer en 1812, en plena crisis, los mejores y peores aspectos del liberalismo español en relación con América. Afirmaba Flórez Estrada que la maldición española fue el oro y la plata. La posesión de dinero era el objeto último de España. Las otras naciones decían, en cambio: "Es necesario conquistar a la España toda la parte posible de las Américas, o en su defecto debemos tratar de hacerlas independientes para entablar un comercio directo con ellas"[188]

Este autor consideraba a España y América como parte de un solo Imperio, y proponía establecer en su interior un mercado libre, despojado de todas sus trabas y privilegios, o sea, un mercado capitalista para una producción capitalista. Pero padecía del utopismo característico del liberalismo español, que pretendía resolver por reformas jurídicas abstractas lo que sólo podía crear la energía revolucionaria. Al responder a las intrigas británicas que acusaban a España de todos los crímenes imaginables, Flórez Estrada hundía su escalpelo sobre la hipocresía inglesa[189] y les recordaba su negativa a otorgar a las colonias de Norteamérica los mismos derechos que ahora pretendían para las colonias ajenas.

Cuando los ingleses hablaban de la intolerancia religiosa de España, Flórez Estrada les recordaba que las leyes británicas excluían de toda representación a casi un cuarto de su población, porque era católica. Dirigiéndose a los americanos que amenazaban romper su unidad con España, les decía:

"Americanos: ¿Seréis tan poco generosos que después de haber sufrido por espacio de

---

188 Alvaro Flórez Estrada, Examen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reconciliación, y de la prosperidad de todas las naciones, Imprenta de D. Manuel Ximénez Carreño, 2ª ed., Cádiz, 1812, p. 74.

189 Sobre los ingleses decía Flórez Estrada: "¡Será posible que echen en cara al gobierno español un defecto aquellos mismos ingleses que observan el más profundo silencio acerca de su monstruosa representación apoyada únicamente en las ideas del feudalismo! ¡Y será creíble que tanto se incomoden por un defecto de esta naturaleza aquellos escritores ingleses, en cuya sociedad hay población de más de ciento y veinte mil almas privadas de elegir representante alguno, al mismo tiempo que otra población de cincuenta vecinos o menos nombra un Representante!" (ob. cit., p. 55).

trescientos años todos los males con que os quiso abrumar el absolutismo, sin resultarnos de nuestra tranquilidad otra ventaja que hacer mayor el orgullo de nuestros Reyes, y más implacable para con nosotros la enemistad de las demás naciones, tratéis de separaros de nosotros en la única ocasión en que todos debíamos trabajar unidos para conseguir nuestra libertad? ¡En el momento en que ibais a ser Nación con nosotros: en el momento en que el Gobierno espontáneamente os había concedido ya derechos, que ninguna nación recibió jamás sin derramar mucha sangre; en el momento en que habíais ofrecido permanecer reunidos para llevar a cabo la empresa más gloriosa que los hombres vieron; en el momento en que todos íbamos a gozar por primera vez del privilegio de hombres libres, y a formar el Imperio más poderoso del globo; en el momento en que para lograr todos estos grandes objetos nada más necesitábamos que trabajar de concierto; en ese mismo momento os separaréis de nosotros, para que divididos, y sin fuerzas seamos todos presa de uno o de muchos tiranos!".[190]

Cómo traducía Flórez Estrada y todo el liberalismo español su elocuente llamado a la unidad con América al lenguaje de los hechos, bastará para concluir con citar la imagen concebida por el mismo autor: "América es un niño cargado de joyas a quien no se le puede abandonar sin riesgo de ser robado".[191]

Porque ese liberalismo era tan endeble como feroz el absolutismo de la España sobrevivida, es que se quebró la unidad de la Nación hispanocriolla. El niño que cargado de joyas y plumas se hizo hombre en la batalla inminente, perdió algo más importante que sus tropicales alhajas: lo despedazaron en veinte repúblicas. Al no poder hacer la unidad nacional con España, debió lograr la independencia contra ella. Tan débil como era, con la independencia se quebró la unidad. En lugar de una sola y fuerte soberanía obtuvo el grotesco triunfo de elevar dos docenas de provincias a la categoría de "Naciones".

19. Del Inca Yupanqui a Carlos Marx

El cortante aforismo lanzado en su discurso ante las Cortes de Cádiz por el Inca Yupanqui -"Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre"—, ha corrido un raro destino. Observemos ante todo que la propia personalidad del Inca es virtualmente ignorada por los historiadores y cronistas de la época. Poco se sabe de su actividad preliminar a su incorporación como diputado suplente a las Cortes, y nada de su vida posterior. Pero creemos que algo puede

[190] Flórez Estrada, ob. cit., p. 66.

[191] Ibíd.

decirse de la historia de un concepto formulado por el Inca en 1810: "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre".

Exactamente la misma idea, expresada con las mismas palabras, expone Marx sesenta años más tarde en sus artículos y cartas sobre la cuestión nacional irlandesa. Esta concepción constituirá la base del pensamiento revolucionario sobre la cuestión nacional en general y será centenares de veces repetida por clásicos autores en la bibliografía sobre los movimientos nacionales. Más aún, toda la política nacionalista en el mundo contemporáneo es inimaginable sin la clara noción de que las colonias y semicolonias oprimidas por un grupo de grandes potencias imperialistas, lograrán con su revolución nacional no sólo emanciparse a sí mismas, sino crear las condiciones económico-sociales para despertar al proletariado privilegiado de los países metropolitanos y favorecer su propia emancipación. Ahora bien, ¿de dónde había extraído Marx esa frase y esa idea? ¿Era el fruto de su genial intelecto o había encontrado en su larga lucha algún valioso antecedente? "Durante mucho tiempo creí que sería posible derrocar el régimen irlandés por el ascendiente de la clase obrera inglesa... Pero un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario", escribía Marx a Engels.[192]

En 1854 Marx escribía regularmente en el New York Daily Tribune artículos en los que examinaba los principales problemas de la política internacional. Al estallar una revolución militar en España, dirigida por el general O'Donnell, Marx escribió una serie de estudios en los que pasaba revista a toda la historia española, desde el imperio de Carlos V y su régimen social, hasta los acontecimientos políticos de 1854. Llaman la atención los conocimientos de Marx de la historia de España, dejando a un lado su característica sagacidad para interpretarlos. En particular sorprende su detallada descripción de las sesiones de las Cortes de Cádiz en el período 1810-1813 que ni siquiera se encuentra, por lo común, en las historias generales de España.

Alude repetidas veces a los discursos de los diputados españoles, cita textualmente fragmentos de esas intervenciones y examina con minuciosidad el texto de la Constitución aprobada en 1812. Cuando se disponía a trabajar sobre España, Marx escribía a Engels:

"En este momento me ocupo sobre todo de España. Hasta hoy me he nutrido fundamentalmente en fuentes españolas, de la época de 1808 a 1814 y de 1820 a 1823. Atacaré ahora el período 1834-1843. Esta historia no carece de complicaciones. Lo más difícil es comprender su desarrollo. En todo caso he hecho bien en comenzar por Don

---

[192] Marx, Correspondencia, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1947, p. 297.

Quijote".[193]

20. Marx estudia a España

Procediendo con su clásica probidad, Marx había iniciado su comprensión de la historia de España leyendo la versión trágico-cómica de la edad caballeresca. Su trabajo intelectual se realizaba generalmente en la Biblioteca del Museo Británico, en cuya sala de lectura no sólo se encontraba la prensa europea al día, sino también la prensa española y los principales documentos políticos y jurídicos de la historia europea. No es difícil concebir que los 28 volúmenes que contienen las Actas de las Cortes de Cádiz, editadas por la Imprenta Real de Cádiz en 1811, encontrasen su sitio en el Museo Británico. Tampoco resulta inverosímil que el detallado conocimiento que evidencia Marx de las posiciones del partido americano, del partido servil y del partido liberal sólo haya podido adquirirse en la lectura de dichas Actas, repositorio mucho más fiel que las febriles reseñas redactadas por la efímera prensa gaditana de ese momento.[194] Se tendrá presente que no había prensa independiente bajo la dominación francesa de casi todo el territorio español. Por lo demás, la frase "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre", aplicada por Marx a la situación de Inglaterra con respecto a Irlanda, no retrataba específicamente la situación de dependencia irlandesa y sus relaciones con el proletariado británico.

La clase obrera de Inglaterra, como lo observan repetidas veces Marx y Engels, se beneficiaba de la explotación que de Irlanda hacía la aristocracia terrateniente inglesa, lo mismo que del botín colonial extraído del mundo entero por el Imperio. Más aún, los obreros ingleses abrumaban con su desprecio a los obreros irlandeses que vivían en Inglaterra; y los detestaban porque éstos tendían a disminuir su nivel de vida aceptando menores salarios que los trabajadores británicos. También los obreros del Imperio se hacían eco de los prejuicios imperialistas que les inoculaba la sociedad burguesa contra los desventurados proletarios de Irlanda que venían a Londres a mitigar su hambre. Se producía de ese modo un fenómeno de corrupción política análogo al del proletariado norteamericano frente a los portorriqueños y

---

[193] Marx, Ouvres politiques, T. VIII, Alfred Costes, Editeur, París, 1930, p. 240.

[194] En Cádiz aparecían periódicos de combate del partido liberal; entre otros, El Robespierre Español (que redactaba una mujer), El Duende de los Cafés, El amigo de las Leyes y La Abeja Española. Por el partido servil (o absolutista) aparecían El Procurador General de la Nación y del Rey, El Censor General y La Gaceta del Comercio. Al parecer, el más ardiente y feroz periódico liberal en esas jornadas de Cádiz era El Conciso (cuyo suplemento se titulaba El Concisín) y cuyo programa era: "Exterminio de las preocupaciones del fanatismo y del error". (V. Marcelino Menéndez y Pelayo, Historia de los heterodoxos españoles, T. VII, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1945, p. 52.)

mexicanos del siglo XX. ¿"Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre"?

En todo caso, la "libertad" o "bienestar" del obrero inglés en el siglo XIX se fundaba justamente en la explotación de Irlanda y otras colonias realizada por el Imperio inglés. Y el proletariado de la metrópoli no podía esperar mejores condiciones de vida ayudando a Irlanda a emanciparse; antes por el contrario, esa liberación, en lo inmediato, podía acarrear al obrero británico una mayor explotación en sus propias islas.

De este modo, "un pueblo que oprime a otro no puede ser libre" adquiría en las condiciones del conflicto Inglaterra-Irlanda, una inflexión ética. Desde el punto de vista del triunfo del socialismo en Inglaterra, la frase se despojaba de toda intención moral y expresaba acertadamente el hecho de que el proletariado inglés sólo podría crear las premisas de su emancipación social, si la burguesía inglesa no perdía antes la posibilidad de "exportar su crisis" hacia otros pueblos. Pero esto último, hoy podemos comprobarlo sin lugar a dudas, era imposible, pues toda la materialidad de su existencia práctica dirigía la conciencia del proletariado inglés a no desear el quebrantamiento del poder colonial de su burguesía, poder externo que le permitía condiciones de vida internas más satisfactorias que las de un coolí chino, un campesino hindú o un proletario irlandés. Bajo el conservadorismo político de la clase obrera inglesa, observada por Engels, se escondía un aforismo que Marx no se atrevió a acuñar: "Un pueblo que oprime a otro puede ser libre". ¡Pero era una "terrible verdad"!

No haberlo creído así, era el tributo que los clásicos del socialismo europeo pagaron a las ilusiones del siglo XIX con respecto al proletariado del Viejo Mundo, desmentidas por la realidad contemporánea.

Consideremos ahora el contenido de la frase desde el punto de vista del contexto histórico y político en que la pronunció ante las Cortes de Cádiz el Inca Yupanqui en su discurso de 1810. Hablaba como "Inca, Indio y Americano", según dice, ante sus colegas de unas Cortes populares, reunidas en el único sitio de España libre de la ocupación extranjera. Su tesis era predicar la igualdad de los americanos, los indios y los españoles, puesto que las circunstancias habían querido que España estuviese a las puertas de su libertad civil y en lucha por su independencia nacional.

Como los diputados españoles, con su patria invadida, rehusaban otorgar a los americanos esclavizados por ellos las mismas libertades que los españoles exigían con las armas en la mano a los franceses, el Inca Yupanqui estaba en condiciones de resumir el trágico dilema del pueblo español, oprimido y opresor a la vez. Si se atrevía a dar libertad a sus oprimidos, llegaría a ser libre, pues América toda volcaría entonces su esfuerzo hacia España, pero corría peligro de continuar esclavizado, si rehusaba liberar a los americanos. Así el concepto del

Inca Yupanqui, mucho más que el de Marx, respondía agudamente a un situación específica: "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre".[195]

Marx se deslumhró por la magnífica síntesis estudiando en 1854 las Cortes de Cádiz; la idea germinó lentamente en su espíritu y cuando llegó el momento de ocuparse de Irlanda, en 1869, su espíritu le devolvió un eco de aquellas ardorosas jornadas de Cádiz que habían despertado años antes su admiración. Los patriotas de América del Sur recurrieron a Marx en procura del concepto del Estado Nacional. Pero Marx la había escuchado de boca de aquel Inca, Indio y Americano que trajo a la España revolucionaria la voz

39

131

de las Indias. Responde a una lógica profunda que un siglo y medio después, para comprender la clave de la revolución latinoamericana, marchen enlazados ambos nombres ilustres, el del diputado americano que defendió a los indios y el del profeta europeo que anunció la victoria de los trabajadores.

---

195 El célebre aforismo es retomado por Engels en varios de sus trabajos y citado incesantemente por Lenín en todos sus escritos sobre la cuestión nacional. En sus Obras Completas, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960, véanse unos pocos ejemplos: T. XXI, p. 99; p. 295; p. 319; T. XXII, p. 357; p. 359.

Capítulo V

La lucha de clases en la Independencia

"Los funcionarios españoles dijeron: 'Los franceses antes que la emancipación y los criollos respondieron: 'La emancipación antes que los franceses."

Indalecio Liévano Aguirre

La revolución hispanoamericana salta como una chispa de la fulminante invasión napoleónica. Aunque la hoguera revolucionaria se propaga como el dictado de una orden, una larga gestación la había precedido en la historia de España y las Indias. La ruina irresistible del Imperio español se fundaba en la impotencia de su burguesía para barrer a fondo las instituciones de la arcaica sociedad española, conjurar los particularismos feudales y regionales, establecer el régimen capitalista en la península y sus dominios ultramarinos e incorporar a España al nivel de los tiempos modernos. Bonaparte abrió inesperadamente una vía de salvación al pueblo español mediante la forma de una guerra de Independencia nacional que adquiere inmediatamente una perspectiva de reforma interior.

1. La guerra civil en América

Las Indias habían sufrido el mismo proceso de atraso que la metrópoli, aunque agravado por su carácter dependiente, la esclavitud de los indios y el yugo absolutista redoblado. Las Juntas que se forman en España se reproducen en todo el territorio de la América Hispánica. Si la "máscara de Fernando" llega a ser realmente una fórmula, se debe a que la cobardía del liberalismo español y el retorno del absolutismo de Fernando VII por la caída de Napoleón, cierran toda posibilidad de mantener el Imperio hispanoamericano con bases igualitarias.

El fracaso de la revolución española abre la etapa de las guerras de la Independencia en América; la guerra civil se traslada a este continente, donde combaten en bandos enfrentados españoles contra españoles y criollos contra criollos. La profundización y democratización de la lucha incorpora luego a la guerra a las masas indígenas, gauchas, negras o mestizas, con lo que la independencia adquiere un carácter verdaderamente popular. Esta guerra perseguía al principio un doble objetivo: impedir que América Hispánica recayera bajo el yugo absolutista y conservar la unidad política del sistema virreinal bajo la forma de una Confederación de los nuevos grandes Estados. Quien ofrece la formulación más categórica, razonada y resuelta de esta última posición es Simón Bolívar. Su formidable programa parece en un momento

próximo a realizarse; pero se hunde rápidamente y la muerte del Libertador simboliza ese fracaso de mantener la unidad en la independencia.

2. La revolución de los marqueses

Los centros disociadores de la unidad latinoamericana son básicamente Buenos Aires, Caracas, Bogotá y Lima.[196] A esa disolución contribuyen las ciudades menores, centros de intereses regionales de campanario que habrían podido doblegarse por las armas. Tal es el caso del patriciado rural de la Banda Oriental, del comercio altoperuano vinculado al Pacífico, de los terratenientes y mineros chilenos.

En el antiguo reino de Quito la revolución de 1809, a título de ejemplo, la encabezan cuatro marqueses criollos: el marqués de Selva Alegre, el marqués de Solanda, el marqués de Villa Orellana y el marqués de Miraflores. Rompían con la autoridad local española para "la conservación de la verdadera religión, la defensa de nuestro legítimo monarca y la propiedad de la patria".[197] Como en otras regiones de la América Hispánica, la revolución chocó con la indiferencia u hostilidad de las masas populares.

"Fue tan evidente el espíritij, de casta que inspiró el movimiento y tan notorio el menosprecio que profesaban al pueblo los aristócratas quiteños, que no tardaron los autores de la conjura en enfrentarse a la hostilidad de las clases populares y hasta les fue imposible reclutar unos cuantos soldados, para defender su causa contra las fuerzas militares despachadas desde Lima, Pasto y Popayán."[198]

El Rey era un poder lejano para los mestizos y negros, pero los aristócratas criollos estaban demasiado cerca; así pudo verse el rechazo popular de criollos pobres o mestizos en "sorprendente armonía con los peninsulares."[199] Reprimida la revolución de los marqueses por la barbarie sangrienta de las fuerzas españolas, que sembraron el terror en Quito, la segunda oleada revolucionaria lanzará a la lucha esta vez a las fuerzas populares: la causa de la Independencia ahora será invencible.

3. Lima y Buenos Aires

---

196 Se formaron Juntas en toda América, menos en Lima.

197 Oscar Efrén Reyes, Breve historia del Ecuador, Ed. América, 3a ed., Quito, 1949, p. 292.

198 Liévano Aguirre, ob. cit., T. III, p. 114.

199 Reyes, ob. cit., p. 299.

Entre los grandes virreinatos se destacan los de Lima y Buenos Aires. En Lima sobrevive el poderío de la aristocracia colonial hispanocriolla: es la Lima frivola y mundana de la Perricholi y del marqués de Amat, viejo verde y rigurosamente dieciochesco, cliente de palio y jarana, paradigma de la Lima churrigueresca que goza alegremente de la servidumbre indígena, la Lima de los marqueses de Torre-Tagle, serviles de la revolución que pronto traicionarán.[200] Porque en realidad, en Lima, toda, o casi toda, la clase "decente" es goda o agodada.

En cuanto a Buenos Aires, en ese puerto ínfimo, tan gris como las aguas servidas del Río de la Plata, juzgado en los siglos coloniales como lugar de destierro para los funcionarios del rey, se ha constituido una clase terrateniente y comercial de reciente alcurnia. No desciende de conquistadores. Su grupo influyente se compone de peninsulares ávidos y prestos, prácticos en el contrabando y en todo comercio ilícito, llegados después de 1750 y que forman la clase principal de "solar conocido". Se han enriquecido más o menos rápidamente, pues de la pampa inmensa ha brotado un yacimiento mejor que el Potosí. La ganadería es inextinguible y aunque carece de dueño, pronto aparece quien la reclame. Inglaterra encuentra al producirse la Revolución su más seguro aliado en estas dos clases sociales: ganaderos y comerciantes.

Las peculiaridades del puerto, su poder aduanero y rentístico, su indiferencia por las provincias y América Latina, su condición de productor, exportador e importador convertirán a los intereses de Buenos Aires en uno de los factores motrices de la "balcanización".[201] De la voluntad porteña nace la "Nación" uruguaya, la "Nación" boliviana, la "Nación" paraguaya. Buenos Aires hostiga la convocatoria del Congreso de Panamá y el esfuerzo de San Martín por liberar el Perú, gestiona un príncipe europeo para coronar en el Plata, combate a Artigas aliada a los portugueses y concluye por exterminar al Paraguay en 1865 con los mismos aliados.

4. Factores de la "balcanización"

La "clase mantuana" traiciona a Bolívar y deshace la Gran Colombia, los estancieros de la Banda Oriental apuñalan al artiguismo, los hombres de pro barren a Carrera y asesinan a

---

[200] La descripción más viva y desenfadada de la sociedad limeña colonial se encuentra en las Tradiciones peruanas, de Ricardo Palma, Ed. Aguilar, Madrid, 1964.

[201] Véanse Juan Agustín García, La ciudad indiana, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1933; y Jorge Abelardo Ramos, Revolución y contrarrevolución en la Argentina, tomos I, II y III, Ed. Plus Ultra, 5a ed., Buenos Aires, 1972, y tomos IV y V, Plus Ultra, 4a ed., Buenos Aires, 1973.

Manuel Rodríguez en Chile, Artigas se hunde en la selva paraguaya, Paraguay se enclaustra defensivamente bajo el puño de hierro del Dr. Francia, San Martín emigra, Morazán es asesinado y la República de Centroamérica estalla en cinco pedazos, México se aisla y agoniza un siglo bajo los terratenientes.

Las potencias extranjeras, Estados Unidos y Gran Bretaña, se disputan el territorio y la economía de las veinte repúblicas que Bolívar había soñado unidas. Después de la independencia, sobreviene la "balcanización". América Latina se convierte en una Nación inconclusa.

5. La idea nacional hispanoamericana

Al iniciarse la revolución todos los grandes jefes llevan en su cabeza el proyecto nacional. Egaña en Chile, Bolívar en la Gran Colombia, Artigas, Monteagudo, San Martín y el Deán Funes en las Provincias Unidas, Morazán en Centroamérica. Los iniciadores, por lo demás, son hijos del siglo que presencia el movimiento de las nacionalidades. Las dificultades, sin embargo, superaron todo lo previsible.

La extensión inmensa, las débiles comunicaciones terrestres o marítimas, el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, la carencia de un centro económico y político capaz de arrastrar a todos los restantes hacia un foco centralizador conspiraron contra el proyecto. Parecía que la única solución era puramente militar y que sólo la espada podía asegurar la unidad nacional en el proceso de la independencia. La forma política óptima, para muchos de ellos, como San Martín y Belgrano, destinada a mantener por un largo período la continuidad de la unión, era el régimen monárquico. La obsesión de todos los jefes era la anarquía, el caos y la servidumbre consiguientes.

El rioplatense Belgrano sugiere coronar a un Inca peruano, para asegurar la adhesión de los millones de indios de los viejos virreinatos al nuevo orden de cosas. El proyecto es rechazado, no por mi particular "democratismo" de muchos "proceres" sino por la repugnancia de la minoría blanca criolla hacia los "cuícos", como los diputados porteños llaman a los representantes de indios o mestizos del Alto Perú. El contenido social de este "desprecio" se nutría de los intereses de los estancieros de origen español de la pampa húmeda del Plata, a los que sólo importaba el comercio exterior, o de los abogados-terratenientes de Perú o Alto Perú, explotadores de los "pongos" indígenas.

6. San Martín como político

Había en el Ejército español un "indiano", de rasgos que evocaban al mestizo. Era hijo de un capitán español. En Bailén luchó heroicamente contra los franceses. Bajo la influencia de las logias fundadas en Inglaterra por Miranda, resolvió volcarse a la causa de su patria de origen y embarcó hacia América. Es San Martín, que encabezará en el Río de la Plata el "partido hispanoamericano", contra el localismo porteño de los Rivadavia.[202]

Con Bolívar, será San Martín el más notable luchador por la Confederación de Estados en las guerras por la independencia. Bajo su presión directa, el 9 de julio de 1816 las Provincias Unidas del Río de la Plata, reunidas en Congreso General en la ciudad de Tucumán, proclaman la independencia del rey de España y de "todo otro poder extranjero". Firman el Acta de la Independencia de las "Provincias Unidas de Sudamérica", denominación significativa, lo mismo que la adhesión de San Martín a la tesis de Belgrano sobre la necesidad de coronar a un descendiente de los Incas para mantener en los anárquicos territorios de antiguo dominio hispánico un poder centralizador. El plan político de San Martín es el de la Logia Lautaro, por él organizada. Su objetivo era inequívoco, según las "Instrucciones" que recibió el jefe del Ejército de los Andes: debía lograr que Chile enviara "su diputado al Congreso General de las Provincias Unidas, a fin de que se constituya una forma de gobierno general, que de toda la América unida en identidad de causas, intereses y objeto, constituya una sola nación".[203]

Aunque San Martín sugería el establecimiento de una monarquía constitucional presidida por un rey incaico para atraer la simpatía de las masas indígenas del Alto y Bajo Perú, mientras que Bolívar aspiraba a una república con una presidencia vitalicia, ambos Libertadores acariciaban idéntico propósito, una "Nación de repúblicas", estrechamente unidas ante la dispersión de la inmensa geografía y las intrigas disgregadoras de los Imperios extranjeros. En su fugaz visita a Montevideo, años después de su renuncia al poder en el Perú, San Martín dijo a Pueyrredón que Bolívar, tanto como él, aspiraban a lo mismo: independencia y unidad hispanoamericanas.

7. La juventud de Bolívar

Bolívar era el vástago de una familia de largo arraigo en Venezuela. Un año antes de nacer el futuro Libertador, Miranda recibía una carta de tres aristócratas venezolanos

---

[202] Véase el magnífico estudio de A. J. Pérez Amuchástegui: Ideología y acción de San Martín, Eudeba, Buenos Aires, 1973.

[203] Ibíd.

ofreciendo sus servicios para la emancipación de América. Uno de ellos era Juan Vicente Bolívar, hombre principal de la clase de los "mantuanos"[204] criollos en las horas febriles que preceden a la declinación española. Por su cima, pues, Bolívar era un mantuano. Por su maestro, Simón Rodríguez, un perfecto roussoniano, un hijo del siglo. Don Simón será toda su Universidad, su tutor y su guía en el teatro del mundo que era entonces Europa.

Maestro y discípulo contemplan absortos la coronación del emperador Napoleón y ven desfilar a las tropas francesas ante su jefe por las calles de Montechiaro, en Italia. Bolívar, de la mano de Rodríguez, ingresa a las logias masónicas de Europa. Ya tiene un Julián Sorel en el corazón: el espectáculo de Bonaparte y el movimiento de las nacionalidades que despiertan ante la vieja Santa Alianza, inflaman el espíritu del joven heredero. Simón Rodríguez ha guardado celosamente, por lo demás, la inmensa fortuna de los Bolívar. A los 21 años el futuro Libertador se entera que su maestro bohemio custodió los 4 millones de pesos, herencia del discípulo.[205]

Bolívar se lanza en Europa a una vida alegre y disipada.

"Rodríguez no aprobaba el uso que yo hacía de mi fortuna, escribía a una prima, le parecía que era mejor gastarla en instrumentos de física y en experimentos químicos; así es que no cesa de vituperar los gastos, que él llama necesidades frivolas. Desde entonces, sus reconvenciones me molestaban, y me obligaron a abandonar Viena para libertarme de ellas. Me dirigí a Londres, donde gasté ciento cincuenta mil francos en tres meses. Me fui después a Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa; en fin, por todas partes ostento el mayor lujo y prodigo el oro a la simple apariencia de los placeres."[206]

Hastiado al fin de esa vida de placeres, el joven mantuano reinicia sus paseos y discusiones con el maestro don Simón, el viejo conspirador de 1797. Un día, en 1805, suben a una colina romana, el Monte Sacro, y en una invocación donde abundan los Rómulos y los Gracos, los Césares y Brutos y Tiberios, Trajanos y Augustos, como ordenaba la simbología heredada de la Revolución francesa, Bolívar jura allí libertar al Nuevo Mundo.[207] Muchos años más tarde don Simón Rodríguez recordaba el episodio y comentaba a un joven interlocutor: "Tú sabes, hijo, que el muchacho cumplió su palabra".[208]

---

[204] Derivado de los finos mantos usados por las mujeres de la aristocracia criolla.

[205] Véase J. A. Cova, Don Simón Rodríguez, Ed. Venezuela, 2a ed., Buenos Aires, 1947, p. 39.

[206] Cova, ob. cit., p. 41.

[207] Fabio Lozano y Lozano, El maestro del Libertador, Ed. Librería Paul Ollendorf, París, 1913, p. 69.

[208] Cova, ob. cit., p. 52.

8. Don Simón Rodríguez

Este don Simón Rodríguez era un genial y extravagante personaje que ejercerá gran influencia moral e intelectual sobre Bolívar. Como es de práctica en América Latina, don Simón yace olvidado y ni Caracas lo recuerda con una estatua.[209] Había abierto su biblioteca al discípulo: Rousseau, Voltaire, Plutarco, Montesquieu, Cervantes. Era una especie de socialista ("primer socialista americano", lo llama un biógrafo), cuya originalidad consistió en percibir agudamente la peculiaridad social de América Latina.

Su acción en América fracasa al mismo tiempo que la de Bolívar y por las mismas razones que se explicarán. Despreciaba sin énfasis la vieja estructura social y las convenciones coloniales que subsistirán después de la Independencia. Cuando Bolívar decide regresar al Nuevo Mundo para luchar por la emancipación, don Simón permanece en Europa, frecuenta a Humboldt y viaja a Rusia, donde funda una escuela. Pasarán más de quince años sin verse maestro y discípulo.

Ya en 1810 Bolívar entabla en Londres relaciones con Francisco de Miranda. El anciano revolucionario otorgará al joven mantuano su primer grado militar. Allí nace el Bolívar histórico. Se recordará que Miranda no era pura y simplemente "un agente británico", sino el creador de la idea de una América Hispánica unida.

Su aventurera existencia, su epílogo infortunado y su fatal disidencia con Bolívar pertenecen a otra historia. Lo que importa al presente relato es que al desaparecer Miranda de la escena, Bolívar lo sucede. Recoge de su jefe el proyecto de un gran Estado hispanoamericano y de su viejo maestro don Simón el contenido moderno de la revolución nacional que avanza orgullosamente en Europa.

9. De la patria boba a la gran Colombia

Al día siguiente de la formación de las Juntas en América Hispánica se manifiestan las tendencias centrífugas en todo el continente. Las aristocracias criollas asumen el control en todas las regiones. La fragmentación política hace su aparición bajo el manto del "federalismo" o de las satrapías locales. Durante cinco años, el antiguo reino de Nueva Granada (actual Colombia) vive una era que la historia conoce con el nombre de la "Patria Boba". Cada provincia proclama sus autoridades, cada aldea tiene su Junta independiente y

---

[209] Ibíd., p. 106. Recomendamos ver la magnífica biografía de Simón Rodríguez, La isla de Robinson, por Arturo Uslar Pietri, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1981.

soberana, la palabra "federalismo" se convierte en la soberbia doctrina de la impotencia. Las derrotas iniciales de Bolívar, el conservatismo oligárquico del Perú virreinal y la política centralista de Buenos Aires en el Sur, que engendra la segregación y el separatismo de las provincias del Río de la Plata, ofrecen un mismo espectáculo de división y caos. Por el contrario, desde el comienzo de su acción el Libertador expresa en sus proclamas y en su correspondencia una idea central: la unidad latinoamericana. Su edecán, el general O'Leary, recordará luego la frase que repite mil veces: "Unión, unión, o la anarquía os devorará".

A medida que sus fulgurantes triunfos militares se sucedían, Bolívar comienza a llevar a la práctica sus grandiosos proyectos unificadores. Era una doctrina común en América Hispánica, desde los precursores. A fines del siglo XVIII el jesuita D. Juan Pablo Viscardo y Guzmán, natural de Arequipa, y que como muchos otros miembros de la Orden de Loyola expulsados por los Borbones, adoptó el partido americano contra la metrópoli, escribía una carta célebre "a los españoles americanos", en la que decía: "El Nuevo Mundo es nuestra patria, su historia es la nuestra".[210] La Junta de Chile se dirigía en 1810 al gobierno de Buenos Aires planteando la necesidad de establecer un Plan o Congreso para "la defensa general".[211]

En Caracas, en abril de 1810, la primera Junta, bajo la máscara de Fernando, reclamaba la "obra magna de la confederación de todos los pueblos españoles de América" [212].

El chileno Juan Egaña componía en la primera década revolucionaria un Plan cuyo primer capítulo establecía la formación de "el Gran Estado de la América Meridional de los Reinos de Buenos Aires, Chile y Perú y su nombre será el de Dieta Soberana de Sud América" [213]

Desde el Perú, Monteagudo escribirá su Ensayo sobre la necesidad de una Federación general entre los Estados Hispanoamericanos y plan de su organización.[214]

En el Alto Perú, Castelli, uno de los raros revolucionarios porteños, lanza un manifiesto:

"Toda América del Sur no formará en adelante sino una numerosa familia que por medio de la fraternidad pueda igualar a las respetadas Naciones del mundo antiguo".[215]

La primera Junta, encabezada en 1811 por Fulgencio Yegros, proponía la Confederación del Paraguay con las demás provincias de América de un mismo origen "y principalmente

[210] Pereira, ob. cit., p. 845.

[211] Juan Egaña, Escritos inéditos y dispersos, Imprenta Universitaria, Sgo. de Chile, 1949, p. 52.

[212] Pereira, ob. cit., p. 388.

[213] Egaña, ob. cit.

[214] Véase Bernardo Monteagudo, Obras políticas, Librería La Facultad, Buenos Aires, 1916, p. 76. Asimismo véase la Colección de ensayos y documentos relativos a la Unión y Confederación de los pueblos hispanoamericanos, publicada por la sociedad de la Unión Americana de Santiago de Chile, Sgo. de Chile, 1862. Edición facsimilar de la Unión de Universidades de América Latina, México, 1979.

[215] Julio César Chávez, Castelli, Ed. Leviatán, Buenos Aires, 1957, p. 253.

con las que comprendían la demarcación del antiguo Virreynato" [216]

Todos los jefes revolucionarios, de un extremo a otro de la Nación latinoamericana, proclamarán su condición de "americanos", sean caraqueños, neogranadinos, argentinos, altoperuanos, orientales o chilenos. Para todos, la ciudad o región natal será, por todo un período, "la patria chica". De todos ellos, es Bolívar quien expresa más categóricamente la conciencia nacional común. En una arenga a la División de Urdaneta, Bolívar dice en 1814: "Para nosotros la patria es América".[217]

Bolívar tenía la convicción de que la independencia había sido prematura, precipitada por la invasión napoleónica. Era obvio que la independencia de las colonias americanas, con su debilidad económica y social, podía y debía ser presa de la disolución interior y la dependencia económica de algún gran poder mundial, en este caso, Gran Bretaña.

10. Ideología y realidad social

Un desenvolvimiento del Imperio español-americano mediante el progreso del capitalismo en la metrópoli, podría haber proporcionado a las colonias un nacimiento histórico más sano.

"América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió, por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona", escribe en su famosa carta de Jamaica en 1815. Cuando las águilas francesas "sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz" y desaparecieron los gobiernos de la península, "quedamos en la orfandad".[218]

Pero era imposible históricamente volver atrás. "Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo." Desconfía de los gobiernos representativos, aunque rechaza la monarquía. Advierte que las formas democráticas tomadas en préstamo de Europa carecían del fundamento social que había en Europa, ya que no existía en América el desenvolvimiento de las fuerzas productivas y de la "democracia económica" de la América del Norte. En tales condiciones, para Bolívar se imponía formar gobiernos centralizados, que acelerarían el progreso económico y social de los nuevos Estados.

"Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. La metrópoli por ejemplo, sería Méjico,

---

[216] Efraim Cardozo, El Imperio del Brasil y el Río de la Plata, Ed. Librería del Plata, Buenos Aires, 1961, p. 43.

[217] Bolívar, Documentos, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1964, p. 29.

[218] Ibíd.

que es única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli,"[219]

Se advierte aquí el ideologismo fatal de Bolívar, la irremediable limitación que sus propias fuerzas de sustentación le imponían y que, salvo en el caso de Artigas, reduce la visión realista de casi todos los jefes americanos de la época. La disputa sobre los regímenes políticos suplantaba a la disputa en torno a la estructura económica y social, que empíricamente sin embargo San Martín y Bolívar se vieron forzados a considerar en sus guerras revolucionarias. Monarquía y república en la América Hispánica de la época eran perfectamente compatibles con el latifundismo agrario, el sistema servil del indio, la esclavitud o la dependencia del capital extranjero. Justifica a Bolívar, sin embargo, el objetivo supremo que se asignó y que estaba determinado por el conjunto de las circunstancias mundiales: en primer lugar la independencia, luego todo lo demás. ¿Podía crearse una Nación Latinoamericana sin la interrelación económica de un mercado nacional común? ¿Podía la espada sustituir a una economía nacional que la respaldase? Bolívar se proponía fundar una Nación americana llamada Colombia, palabra creada por él en homenaje al descubridor de América, y cuya capital sería una ciudad a fundarse llamada Las Casas, como tributo al defensor de los indios.

11. La carta de Jamaica

Por lo demás, en su carta de Jamaica, "contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla", es preciso observar que el"caballero de esta isla" era un caballero inglés, y que bajo la retórica ampulosa del Libertador y sus visiones literarias se escondía un político práctico descarnado, con un sentido crítico muy alerta. Bolívar supo siempre cómo tratar a los extranjeros, en particular a los británicos, en quienes veía aliados de importancia decisiva. En la misma carta afirma que "es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres, y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios

[219] Ibíd.

a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y la guerra!".[220]

Cuando escribía esas líneas, Bolívar era un "general retirado", un puro soñador solitario, recluido en una isla inglesa, que mataba sus ocios con una hermosa mulata y que parecía repetir sombríamente el mismo ciclo que su amado y detestado Miranda: escribir memoriales a los ingleses soñando con un utópico retorno a Tierra Firme. Era en 1815 y estaba derrotado, negado por sus amigos, sin dinero, sin soldados y sin futuro.

"Ya no tengo un duro -escribe Bolívar a un amigo-, ya he vendido la poca plata (objetos de ese metal) que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de Vd. Sin él, la desesperación me forzará a terminar mis días de un modo violento, a fin de evitar la cruel humillación de implorar de hombres más insensibles que su oro mismo. Si Vd. no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa."[221]

Cuatro años más tarde es un triunfador, Libertador y Fundador de Colombia. Pero sus ideas no han cambiado. Al preparar el Congreso de Panamá, envía a Chile a su embajador Mosquera y dice en una carta al Director Supremo de Chile que las provincias americanas "han recobrado su libertad, dándose una existencia nacional. Pero el gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto la tabla de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas; 'mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de repúblicas".[222]

La irresistible tendencia posterior a la independencia, a fragmentar en "republiquetas", como Bolívar las llamaba irónicamente, los grandes Estados, le arranca esta observación sobre la "manía de federación provincial": "se quiere imitar a los Estados Unidos sin considerar la diferencia de elementos, de hombres y de cosas... Nosotros no podemos vivir sino de la unión".[223]

A Santander, su vicepresidente en Colombia, le repetía su frase a Páez: "Yo le he dicho a usted que el único pensamiento que tengo es la gran federación de Perú, Bolivia y Colombia".[224]

12. Las clases sociales en la revolución

[220] Ibíd., p. 61.

[221] Liévano Aguirre, ob. cit., T. IV, p. 245.

[222] Bolívar, ob. cit., p. 106.

[223] Ibíd., p. 315.

[224] Ibíd., p. 325.

Pero esa revolución burguesa que había triunfado en Francia con los jacobinos y que había sido derrotada en España por la tenaza de hierro de franceses y de Fernando VII, no podía reproducirse en la América rebelde sin afectar profundamente la estructura social establecida por la España absolutista: en primer lugar, por la abolición de la esclavitud y por la igualdad social de las razas.

Si en la España revolucionaria se trataba de elevar al pueblo a depositario de la soberanía política, en América Hispánica, después de tres siglos, se imponía emancipar socialmente a los oprimidos y humillados, es decir, a los negros, indios, zambos y mulatos que constituían la mayoría de la población, sea como esclavos, como siervos o campesinos sin tierras. El contenido social de la revolución era la condición preliminar para impulsar las reivindicaciones nacionales contra los españoles.

Bolívar repitió, en la primera etapa de su lucha, el error fatal de su antiguo jefe Miranda: mantener la quimera de una República Abstracta, cara a los mantuanos y que consistía en romper el yugo político con España sin despojarse de su hegemonía social sobre las "castas infames", como llama Pereira a las clases de color.[225] La crisis española se transforma en Venezuela en guerra civil (guerra de razas y guerra de clases) antes que en revolución de la Independencia.

Durante siete años, desde 1810 hasta 1817, los patriotas mantuanos representan las clases criollas privilegiadas, opuestas a las masas de llaneros, esclavos y plebe de color que, al mando de jefes españoles que les han prometido la "libertad de clase", desdeñan la "libertad nacional". Los primeros años de la Independencia presencian así una sangrienta lucha de clases enmascarada de lucha de razas. La ferocidad distingue a los dos bandos. Los hombres de los llanos, gauchos de Venezuela, constituyen una fuerza irresistible. Es la mejor caballería a lanza que cuenta América: los aristócratas criollos son arrollados. Su jefe es Boves, un asturiano rubio e implacable, antiguo contrabandista y ex presidiario, traficante de ganado en los llanos, elevado rápidamente en el caos de los jinetes nómades al rango de caudillo.[226]

Lucha a la par de sus hombres y su fuerza inmensa en los llanos de Venezuela resultará totalmente lógica si se considera que al levantar el pabellón español contra los aristócratas criollos, no sólo declaraba la guerra a muerte contra los blancos, sino que abolía la esclavitud y la servidumbre, entregaba las propiedades y bienes de los blancos ejecutados a sus

---

[225] Véase Pereira, ob. cit., p. 390.

[226] Véase Jules Mancini, Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815, Ed. Vda. de Ch. Bouret, París, 1930, p. 499.

combatientes zambos, pardos, negros y mestizos "dándoles papeletas de propiedad" y repetía en todas sus campañas la divisa: "¡Las tierras de los blancos para los pardos!"[227]

Al mismo tiempo, ascendía a las altas jerarquías militares a los más rudos soldados zambos o mulatos de su ejército, al que llamaba "la legión infernal". Este curioso caudillo de los llanos era al mismo tiempo notoriamente desinteresado y no guardaba para sí ni un alfiler en los saqueos; de ilimitada osadía en los combates, era luego el más sencillo soldado entre sus hombres, con quienes compartía la carne cruda y sin sal de la sabana.[228]

13. Esclavos, libertos y mantuanos

En el ejército llanero de Boves, compuesto de 7.500 hombres, sólo podían contarse de 60 a 80 soldados blancos y unos 40 o 45 oficiales entre españoles y criollos. Por el contrario, en las fuerzas de Bolívar, la mayoría aplastante estaba compuesta por criollos blancos.

Refiere Páez en su Autobiografía que en 1821, al librarse la batalla de Carabobo, en las fuerzas que guarnecían a Caracas había 700 negros, mulatos y zambos de infantería. Cuando Bolívar concedió la capitulación, sólo 6 de ellos pasaron al ejército patriota. Las fuerzas de caballería realista, en cambio, formadas en su mayor parte por europeos, abandonaron en masa las filas para sumarse a las tropas bolivarianas.[229]

En cuanto al número, en la guerra civil de la primera etapa los llaneros oponían generalmente el doble de combatientes a las fuerzas de la Independencia. Los propios testimonios españoles son perfectamente claros.

El regente de la Real Audiencia, don José Francisco Heredia, informa que "niños delicados, mujeres hermosísimas y matronas respetables" solicitaban protección "al zambo Palomo, un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres"; en el bando patriota, agrega, se "oye nombrar los apellidos más ilustres de la Provincia, como contra ellos se ha encarnizado la persecución de la gente soez que forma la mayoría del otro partido".[230]

Bolívar escribía significativamente en 1813, desde un punto de vista mantuano, que abandonará después de ese período terrible:

"Viéronse los hombres más condecorados del tiempo de la República arrancados del seno

---

[227] Llévano Aguirre, ob. cit., T. IV, p. 135 y ss.

[228] Ibíd., p. 135.

[229] Véase José Antonio Paéz, Autobiografía, T. I, Ed. Hallet y Breen, 3a ed., Nueva York, 1878.

[230] Augusto Mijares, "La política", en Venezuela independiente, Ed. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1962, p. 33.

de sus mujeres, hijos y familias en el silencio de la noche; atados a las colas de los caballos de los tenderos, bodegueros y gente de la más soez...".[231]

Los factores sociales de la guerra no podían ser más claros. Pero como los españoles son pocos en Venezuela, y en su mayor parte están con los terratenientes criollos, que constituyen la clase dominante, la lucha entre Boves y Bolívar en los primeros años no es la expresión del enfrentamiento entre la España absolutista y la América libre, sino el combate entre los ejércitos llaneros de peones y esclavos y los cultos terratenientes exportadores cuyo jefe supremo es Bolívar. Esta lucha se prolonga hasta 1817 y concluye con la derrota total de Bolívar y su fuga a Jamaica y Haití. Gran parte de la "grey mantuana" es exterminada.

Lo mismo ocurre en México. En México "desgraciadamente la guerra se convirtió en guerra de castas; no se trató ya de los empleados europeos abusivos; los entonces llamados criollos, que son la mayoría de los americanos... se vieron amenazados de exterminio".[232]

Las grandes ciudades de Venezuela son saqueadas por los esclavos y peones en armas.

"Los defensores de la Corona, escribe Pereira, ya no eran jefes regulares, sino caudillos que se alzaban con los elementos más bajos, desde los negros esclavos de las fincas rústicas, los zambos y los mulatos de las ciudades y los llanos, para aniquilar a la grey mantuana de los criollos aristocráticos que representaban la causa independiente."[233]

Los ejércitos republicanos apenas podían sostenerse "contra el inagotable flujo de las masas rurales semibárbaras que capitaneaban los jefes realistas",[234] dice un autor moderno.

14. El conflicto íntimo del patriciado

El patriciado criollo está horrorizado por las consecuencias de su atrevimiento: "veían el porvenir cargado de sangrientas nubes y retrocedían; habían querido regenerar conservando. Todos anhelaban llegar a la tierra prometida sin pasar por el Mar Rojo", escribía Juan Vicente González.[235]

Esa oligarquía americana satisfecha de sí misma, libresca y orgullosa, ociosa y voluble, deseaba una revolución a la girondina, como Miranda, y mientras leía a los hombres de la Enciclopedia y declamaba los Derechos del Hombre, sus esclavos trabajaban en las ricas plantaciones pues "el sudor del esclavo daba para todo".[236]

---

231 Bosch, ob. cit., p. 112.

232 Francisco Gavidia, Historia moderna de El Salvador, T. I, Ed. Ministerio de Cultura, El Salvador, 1978, p. 72.

233 Pereira, ob. cit., p. 389.

234 Mijares, ob. cit., p. 42.

235 Cit. por Liévano Aguirre, ob. cit., T. IV, p. 137.

236 Joaquín Posada Gutiérrez, Memorias histórico-políticas, T. I, Imprenta Nacional, Bogotá, 1929, p. 196.

En Cartagena los blancos eran los únicos caballeros y sus mujeres las únicas señoras. En esa sociedad provinciana y opulenta anterior a la revolución, las mujeres se dividían en tres clases, recuerda el general Posada Gutiérrez: las señoras blancas, llamadas "blancas de Castilla"; las pardas, comprendidas las mezclas acaneladas de las razas primitivas, y las negras libres. Cuando se realizaba un baile, la concurrencia se dividía en tres salones, para las tres clases y razas señaladas. Los caballeros blancos tenían el privilegio de danzar en los tres salones; los pardos, en el suyo y en el salón de las negras; y los negros, sólo podían bailar con sus negras. No es extraño que cuando Fernando VII es privado de su trono, muchos sectores del patriciado criollo exigieran de España la igualdad de españoles y americanos blancos; pero esta igualdad no conmovía a las negras del tercer salón. La rebeldía criolla no pasaba de allí. Pero cuando el rey José Bonaparte se encaramó al trono español, ese mismo patriciado criollo se plegó a la lucha por la independencia de España, no por antiespañol, sino por antifrancés, es decir, por su odio contra la Revolución francesa, cuyos rasgos, aun desfigurados, veían asomar detrás de los oropeles napoleónicos. Don Indalecio Liévano Aguirre describe el estado de espíritu de estos patricios criollos y la incerti dumbre del partido realista español con dos fórmulas significativas: "Los funcionarios españoles dijeron: 'Los franceses antes que la emancipación' y los criollos respondieron: 'La emancipación antes que los franceses'" [237]

La guerra de Independencia contra una España cuyos jefes como Boves otorgaban la libertad a los esclavos mientras los mantuanos criollos se la negaban, estaba condenada, a menos que Bolívar cambiara radicalmente su estrategia social. Su residencia en Haití y su amistad con el presidente mulato Alejandro Petión aparecen como decisivas para la transformación del brillante mantuano en jefe revolucionario.

15. La revolución nace en Haití

La Revolución francesa despertó a la vida a los esclavos haitianos y difundió en el mundo entero las ilusiones de sus retóricos. La esclavitud fue abolida, ante el furor de los plantadores franceses que rehusaban leer la Declaración de los Derechos del Hombre bajo el cielo ardiente de Haití. Toussaint Louverture, el antiguo esclavo negro, funda la independencia haitiana. Cuando se inicia el Termidor y aparece Bonaparte, la Gran Revolución de París era sólo una burla para los esclavos haitianos. El Artículo I° del Decreto del 30 Floreal del año XI

[237] Liévano Aguirre, ob. cit., T. III, p. 113.

(20 de mayo de 1802) decía lo siguiente: "En las colonias restituidas a la Francia en ejecución del Tratado de Amiens del 6 germinal, año X, la esclavitud será mantenida conforme a las leyes y reglamentos anteriores a 1789".[238]

Para los hijos de Haití, de la Revolución francesa sólo quedaba el pomposo calendario, más artificial que nunca.

A fin de restablecer la esclavitud, un cuñado de Napoleón, el general Leclerc, ocupó Haití con 25,000 veteranos. La resistencia de los antiguos esclavos y su intrepidez militar desconcertó a los franceses, acostumbrados a vencer en Europa. La mujer de Leclerc era Paulina Bonaparte, la hermana del emperador, que combatía el hastío tropical organizando grandes fiestas. Su propensión escandalosa a conceder sus favores a los negros, muchos de ellos jefes rebeldes, era explicada por Paulina con el plausible argumento de que era preciso "mantenerlos sometidos a Francia".[239]

Toussaint Louverture se rinde, es enviado a Francia y muere misteriosamente en prisión.[240] Ya han surgido nuevos jefes: los negros Dessalines y Christopher y el mulato Petión, que conducen con energía inquebrantable la lucha nacional contra las tropas esclavistas. La fiebre amarilla se añade a las desventuras militares de las fuerzas napoleónicas. Se comprende bien que las derrotas francesas irritaran al general Rochambeau. En el oficio que envía al comandante Ramel, el 6 de mayo de 1803, escribe:

"Le envío, mi querido comandante, un destacamento de 50 hombres de la Guardia Nacional del Cabo, comandada por M. Bari; lleva 28 perros dogos. Esos refuerzos le permitirán asimismo terminar enteramente vuestras operaciones. No le dejaré ignorar que no le será abonada ninguna ración ni gasto para la alimentación de esos perros. Usted debe darles negros para comer".[241] Era previsible que los jefes haitianos sacaran las consecuencias políticas y militares más extremas ante la ferocidad de los civilizadores franceses.

"Dessalines, el antiguo esclavo, estableció la doctrina de que el mal de Haití estaba en el color blanco y en consecuencia degolló a todos los blancos, y como sucedía que en Haití no había haitianos blancos, blanco y francés quería decir lo mismo. En Haití, pues, la guerra de razas fue al mismo tiempo la guerra contra la metrópoli; y eso no sucedió en Venezuela,

---

238 Documentos para la historia de Haití en el Archivo Nacional, p. 49. Publicación del Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1954.

239 Ibíd.

240 Véase T. C. Brutus, Ragon du génie ou la legón de Toussaint Louverture, T. I, N. A. The odore, Editeur, Port-au-Prince, Haití, 1945.

241 Documentos para la historia de Haití, ob. cit., p. 47.

donde los ricos blancos criollos se habían declarado en lucha contra España."[242]

El exterminio de los blancos franceses, que eran los propietarios de la tierra, dejó en poder de Haití la totalidad de su suelo. Dos nuevos jefes, Christopher y Petión, se dividieron el poder haitiano. La República del Norte, con Christopher (que luego se coronó rey con una corte orgiástica), restableció el latifundio del tiempo de los franceses, usufructuado ahora por una nueva nobleza negra por él creada; la esclavitud resucitó esta vez en una perfecta igualdad racial, puesto que amos y esclavos eran negros. En la República del Sur, Alejandro Petión dividió las tierras entre la población campesina y estableció un Estado agrario democrático: "La República de Petión vivió de manera sencilla y pacífica en una especie de democracia patriarcal, a la vez nacionalista y sosegada"[243]

Christopher tenía por los mulatos un "odio profundo e implacable", nacido quizá de la superioridad cultural de éstos; aspiraba a exterminarlos a todos, así como Dessalines había degollado a todos los blancos. La atroz monarquía establecida por Christopher en el norte era un remedo militar feudal del antiguo régimen y duró tanto como la vida de su creador, que concluyó suicidándose en 1820. El verdadero fundador de la República haitiana es Alexandre Petión, factor decisivo a su vez en la emancipación del Nuevo Mundo.

Con Petión la revolución de los esclavos se incorpora a los tiempos modernos. Por primera vez en la historia de Haití los obreros rurales reciben el pago de su salario en dinero y la Constitución establece la enseñanza pública y gratuita. Petión entrega tierras a los campesinos e introduce el concepto de la democracia agraria en la Constitución, exactamente después que la tierra ya estaba en manos de los haitianos. Con razón se dirá de él que "no hizo derramar lágrimas sino a su muerte",[244] En efecto, se debe al apoyo decisivo brindado por Petión a sus proyectos, que el fracasado Bolívar pueda regresar de Jamaica a Venezuela al frente de una nueva expedidión militar.[245] En el tratado firmado entre el presidente Petión y Simón Bolívar en febrero de 1816, se establecía claramente que a cambio de esta ayuda en hombres, víveres, naves y armas, Bolívar se comprometía solemnemente a abolir la esclavitud en el mismo momento de pisar Tierra Firme.[246] El ex esclavo no sólo brindaba al futuro Libertador los elementos materiales de la lucha, sino hasta el punto capital de su

---

242 Bosch, ob. cit., p. 121.

243 Ibíd., p. 122.

244 Ricardo Pattee, Haití, pueblo afroantillano, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1956, p. 134.

245 Véase Frangois Dalencour, La fondation de la République d'Haitípar Alexandre Petión, Port-au-Prince, Haití, 1944, p. 313.

246 Véase Pattee, ob. cit., p. 141.

programa. Mucho debió reflexionar el jefe mantuano, en sus amargas horas de solitario, sobre las funestas experiencias vividas y que tanta analogía revestían con las primeras aventuras de su jefe Miranda.

Bolívar había incurrido en el mismo error que su maestro. Pero ahora el ex esclavo impartía al ex aristócrata su primera lección de política revolucionaria. Al desembarcar en tierra venezolana, cumplía su promesa.

El 2 de junio de 1816 declaraba en Carúpano la liberación de los esclavos y su incorporación al ejército libertador. En 1819 ratificaba la abolición de la esclavitud: "Todos los hombres que antes eran esclavos se presentarán al servicio para defender su libertad".[52]

50

51

52 Ramón Díaz Sánchez, "Evolución social de Venezuela", en Venezuela independiente, ob. cit., p. 240.

En el mismo Congreso de Angostura afirmaba dramáticamente ante los legisladores la necesidad de satisfacer su pedido abolicionista del mismo modo "como imploraría mi vida y la vida de la República",[247] Bolívar había dado el ejemplo al libertar a sus propios esclavos, heredados del patrimonio paterno. Pero los ardientes roussonianos y benthamianos del Congreso rehusaron escuchar al Libertador, optando por la extinción paulatina de la esclavitud. El insinuante argumento expuesto en el decreto del 11 de enero de 1820 consistió en que "en el estado de ignorancia y degradación moral a que esta porción desgraciada de la humanidad ha sido reducida era preciso hacer de los esclavos hombres antes de convertirlos en ciudadanos".[248]

Esta hipocresía pedagógica se vería luego en la Argentina, cuando Sarmiento enviaba libros a gauchos analfabetos o, con más frecuencia, los mandaba degollar. Los diputados esclavistas de la Independencia fingían tener la pretensión de educar a los esclavos a ser hombres libres, para libertarlos después, en lugar de libertarlos para hacerlos simplemente hombres. Esta devoción educativa les permitía a los legisladores liberales exponer ante el mundo sus luces y continuar explotando indefinidamente carne humana. También los sarmientinos en la Argentina deseaban "educar al soberano" antes de otorgarle sus derechos, afectando ignorar que el pueblo no se educa sin el real ejercicio de su soberanía. Al parecer,

[247] Ibíd.

[248] Ibíd.

el mecanismo lógico de las oligarquías latinoamericanas no ha cambiado ni con el tiempo ni con el clima. Parcial como fue, la abolición de la esclavitud operó milagros en el orden militar, aunque menos que el profundo carácter reaccionario de la política puesta en práctica por las tropas procedentes de la península.

Cuando fue presidente de la República, Sarmiento envió al indio Guarumba, que tenía el grado de coronel en la provincia de Entre Ríos, unos libros de que era autor. Algún tiempo después Sarmiento visitó esa provincia y al preguntarle a Guarumba si los había leído, el indio le respondió que no, pero que guardaba los libros con cuidado, aunque como eran de tamaño irregular los había cortado con un cuchillo a todos, para que se conservaran parejitos. Sarmiento trató al coronel Guarumba con su palabra favorita de maestro, que era "bárbaro". Guarumba era analfabeto, pero prolijo. Más bárbaro era Sarmiento que en vez de enviarle libros al general Peñaloza, el Chacho, caudillo popular de La Rioja, lo mandó degollar e hizo clavar su cabeza en una pica en la Plaza de Olta. ¡Y es la fama de proceres semejantes que la oligarquía porteña ha echado a rodar por América![249]

17. El regreso de Fernando VII

Estamos en 1815. Al regresar Bolívar de Haití mediante la ayuda del presidente negro Petión, en la situación española se había operado un vuelco decisivo: el absolutismo de Fernando VIL El miserable Borbón, que vivió su destierro arrastrándose por las antecámaras de Bonaparte, sumido en la adulación más abyecta, regresaba al poder con su pequeño cráneo rebosante de odio. Desconoció entonces la Constitución de 1812. Fusiló a los mejores generales y oficiales de la guerra nacional contra Francia y declaró "el principio de que los años transcurridos desde 1808 a 1813 debían darse como no existentes".[250]

Su actitud hacia las colonias americanas fue la que correspondía a esa política absolutista. Envió inmediatamente a Venezuela 10.000 soldados al mando del general Morillo.[251] Ahí lo esperaba Morales, el sucesor de Boves, que había muerto en combate poco antes, al frente de 5.000 llaneros. Morillo incurrió en el error fatal de despreciar a esa caballería andrajosa que había reconquistado para el rey una rica provincia. ¿En qué podían ayudarlo esos miles de guerrilleros irregulares, equipados a la buena de Dios, unos con botas y otros descalzos,

[249] Véase Ramos, ob. cit.

[250] Altamira, ob. cit., p. 474.

[251] El zar Alejandro I pretendió ayudar a Fernando VII en su expedición punitiva a las Indias facilitándole barcos tan putrefactos y deteriorados como el régimen social de sus propietarios. De ahí que el ejército absolutista corriera graves peligros en su travesía. (V. Ortega y Medina, ob. cit., p. 23.)

donde era imposible contar su variado armamento, fuese cuchillo, sable o machete, salvo en la lanza genérica de tres metros de largo, vestidos con harapos, tan indisciplinados como orgullosos?[252] Resolvió licenciarlos a todos, pese a las advertencias de Morales: se corría el peligro de que se pasasen a los patriotas. Pero la relación íntima y recíproca de la revolución en España con América debía manifestarse una vez más y ahora de una manera decisiva. Las tropas del absolutismo habían llegado al Nuevo Mundo y evidenciaban, como en la represión de los marqueses criollos de Quito, el verdadero rostro del poder español.

"España había vencido en América porque contra la fronda de las clases pudientes, había encendido la revolución. Esto había sido posible porque la metrópoli misma, como tal, no había hablado oficialmente. Mas ahora que hacía acto de presencia el representante del auténtico y legítimo don Fernando VII, la revolución era licenciada. Lo inevitable tenía que ocurrir. La fronda estaba muerta. Y era la misma revolución lo que cabalmente revivía."[253]

Los antiguos llaneros y esclavos, muerto Boves, se desplazaron poco a poco hacia los ejércitos de Bolívar, puesto que el ejército absolutista no estaba dispuesto en modo alguno a conceder el autogobierno de la plebe montada ni a tolerar sus radicales expropiaciones. Por el contrario, Bolívar otorga a los llaneros la posibilidad de elevarse militar y socialmente en la lucha contra los absolutistas. De este modo, el Libertador encuentra por primera vez la base social y política para su lucha contra España, de la que antes había carecido. El propio Bolívar lo reconoce en una carta:

"Por un suceso bien singular se ha visto que los mismos soldados libertos y esclavos que tanto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas, se han vuelto al partido de los independientes, que no habían ofrecido libertad absoluta, como lo hicieron las guerrillas españolas. Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos".[254]

Entre 1817 y 1824 se abre el período de los grandes triunfos militares y políticos de Bolívar. Por primera vez en la guerra de la Independencia se sella una alianza militar entre terratenientes criollos y pueblo de color que infunde un sentido a la lucha contra España. Ese frente de clases se desmoronará tan pronto América Hispánica sea libre de España y los propios jefes llaneros de color -Páez, Padilla y otros se conviertan luego en terratenientes. Quedará así frustrada la revolución en el orden económico, así como sucumbirá el plan de

---

[252] Véase Ernst Samhaber, Sudamérica, biografía de un continente, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1961, p. 420.

[253] Ibíd.

[254] Bosch, ob. cit., p. 104.

unidad hispanocriolla de Bolívar.

18. La fundación de Colombia

La actual República de Colombia se denominaba durante el período colonial Virreynato de Nueva Granada. Su jurisdicción incluía la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, las provincias de Panamá y San Francisco de Quito y la Comandancia de Caracas. En 1773, durante los Borbones, se otorgó autonomía a la Capitanía General de Venezuela, así como a la de Guatemala. Esta última, aunque dependía del virreinato de Nueva España (México), tenía en la práctica vida propia. Al día siguiente de la batalla de Boyacá, en el Congreso de Angostura de 1819, Bolívar propone reunir las provincias liberadas de Nueva Granada a las provincias de Venezuela:

"La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del Sur".

El antiguo diputado a las Cortes napoleónicas de Bayona, Francisco Antonio de Zea, precursor de la Independencia, le respondió extasiado en nombre del Congreso:

"Si Quito, Santa Fe y Venezuela se reúnen en una sola república, quién podrá calcular el poder y prosperidad correspondiente a tan inmensa masa?".[255]

De este modo, Bolívar rebautiza al antiguo reino y capitanía con el nombre de Colombia.[256] Se trataba de rendir justicia histórica a dos hombres. Bolívar decía a sus amigos íntimos, refiere O'Leary:

"El plan en sí mismo es grande y magnífico; pero además de su utilidad deseo verlo realizado, porque nos da la oportunidad de remediar en parte la injusticia que se ha hecho a un grande hombre, a quien de este modo erigiremos un monumento que justifique nuestra gratitud; llamando a nuestra República Colombia y denominando su capital Las Casas, probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres, sino a ser considerados bastantemente justos para saber honrar a los amigos y bienhechores de la humanidad; Colón y

---

[255] Bolívar y la emancipación de Sur-América. Memorias del general O'Leary, traducidas del inglés por su hijo Simón O'Leary (1819-1826), T. II, p. 22 y último, Sociedad española de Librería, Madrid, 1915.

[256] Anteriormente esa región se había denominado Nuevo Reino de Granada, Presidencia de Santa Fe, Virreynato de Santa Fe, Provincias Unidas de Nueva Granada y Virrey nato de Nueva Granada (1816-1819). Aunque después de la muerte de Bolívar volverá a cambiar de nombre, en definitiva conservará el bautismo del Libertador.

Las Casas pertenecen a la América".[257]

La ciudad de Las Casas no se fundó nunca; en cambio, la Ciudad Bolívar y la República de Bolivia fueron el eco sarcástico del fracaso de Bolívar.

19. El lugarteniente de la patria chica

La nueva y gigantesca república (unos 2.600.000 kilómetros cuadrados), incluía las actuales repúblicas de Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador. Se dividía en tres departamentos, Venezuela, Quito y Cundinamarca, con tres vicepresidentes y un presidente general, que era el mismo Libertador. El vicepresidente por Cundinamarca (actual Colombia) era el general Santander, un bachiller en leyes, que encarnará al poco tiempo las aspiraciones puramente regionalistas del partido liberal, aquellos heroicos exportadores de cacao, café, añil, tabaco, algodón, quina y oro interesados en las supresión de los derechos de exportación y de las tasas de importación. Exportadores y burguesía comercial, fueran bogotanos, caraqueños o guayaquileños, tales eran los factores del separatismo regionalista que harán estallar en mil pedazos la Gran Colombia. Santander veía con sospecha y sorda irritación los grandiosos proyectos del Libertador. El soldado poeta deliraba con su Anfictionía americana; la ralea santanderina ajustaría las cuentas en el momento oportuno. Como todos los abogados lanzados al ciclón de la guerra civil, Santander adoraba los galones, que sólo ganó en sus batallas de bufete, gracias a la protección del Libertador.

"Santander nunca sintió con exaltación el patriotismo colombiano", dice Blanco Fombona. "Quería a Cundinamarca, su patria chica, como Páez quería al Apure, como Marino quería al Oriente. Estos mediocres localistas fueron, andando el tiempo, los nacionalicidas de la gran patria que nos legó Bolívar. Ellos querían patrias del tamaño de su ambición: patrias microscópicas."[258]

Fue Santander quien aprobó y firmó el tratado de comercio con Gran Bretaña, por el cual los ingleses reconocían a Colombia y se cobraban largamente el reconocimiento diplomático, como de costumbre. Los efectos del tratado y del empréstito británico del 30 de junio de 1824 pasaron desapercibidos en medio de la intranquilidad general reinante en América por las maquinaciones de Francia y otras potencias aliadas de España que acababan de enviar a la península los 100.000 hijos de San Luis, al mando del duque de Angulema, para sentar en el trono, depurado de liberales, al fétido Fernando VII.

[257] O'Leary, ob. cit., p. 22.

[258] Ibíd., p. 683.

20. Los ingleses y la emancipación

En tales circunstancias, toda la estrategia de Bolívar consistía en alentar a los ingleses, adversarios de la Santa Alianza europea, a estrechar lazos con la América revolucionaria, tentando la codicia de Albión con los apetitosos mercados sudamericanos. Lo que en Bolívar era puro cálculo político-militar, para Santander, ese Mitre bogotano, era su verdadero programa. Al escribirle a Santander sobre el Tratado, dice Bolívar: "No he visto aún el tratado de comercio y navegación con la Gran Bretaña, que, según usted dice, es bueno; pero yo temo mucho que no lo sea tanto, porque los ingleses son terribles para estas cosas"[259]

Una semana más tarde, el 27 de octubre de 1825, Bolívar ya lo había leído: "El tratado de amistad y comercio entre la Inglaterra y Colombia tiene la igualdad de un peso que tuviera una parte oro y de la otra plomo. Vendidas estas dos cantidades veríamos si eran iguales. La diferencia que resultara, sería la igualdad necesaria que existe entre un fuerte y un débil. Este es el caso; y caso que no podemos evitar".[260]

Baste decir que la amenaza de una intervención europea en América no había desaparecido por completo y que Gran Bretaña era una pieza clave en la estrategia bolivariana. Fernando VII preparaba una conferencia en París con la participación de Francia, Austria, Rusia y Prusia, las principales potencias legitimistas de Europa, para estrangular a la América en lucha. Sólo Gran Bretaña rehusó concurrir a dicha conferencia, guiada por el interés de su comercio. Canning debió vencer la repugnancia de Jorge IV por los rebeldes coloniales, imponerse al monarca y agitar ante sus ojos avariciosos el vellocino de oro de los nuevos mercados.[261] Los documentos del Foreign Office muestran un siglo y medio más tarde que los cálculos de Bolívar no eran infundados. El peligro de una intervención europea después de la batalla de Ayacucho no era una mera hipótesis. Frenar las exigencias comerciales de Inglaterra en tales circunstancias, habría resultado fatal para la independencia política de las colonias sudamericanas. Por esa razón, Bolívar aceptó los tratados sin observarlos.

21. Un coronel británico en Bogotá

---

[259] Bolívar, ob. cit., p. 226.

[260] Ibíd., p. 239.

[261] Véase C. K. Webster, Gran Bretaña y la Independencia de América Latina. Documentos escogidos de los Archivos del Foreign Office (1812-1830), T. II, Ed. Rraft, Buenos Aires, 1944.

Los agentes diplomáticos de Gran Bretaña en Colombia, por añadidura, eran dignos del Imperio. El coronel Hamilton paseaba sus miradas por las calles de Bogotá, esa aldea española de 14.000 habitantes, nutrida de iglesias y salones, cuya vida "se desliza entre los placeres y las prácticas religiosas".[262]

Había una sola librería; las artes manuales se reducían a las zapaterías y sastrerías. El único herrero de Bogotá era un inglés. Las industrias tradicionales del Oriente colombiano agonizaban con las mercaderías importadas por el interesado amigo que le había salido a la América en armas. En las ferias se encontraban zarazas de India e Inglaterra, sedas de Asia, Italia y Francia, paños delicados de Yorkshire, Rouen, Filadelfia y Baltimore. El agente británico se paseaba por las callejuelas bogotanas: asistía a los toros, esa sangrienta herencia española, a los reñideros de gallos y carreras de caballos, la quema del diablo y los cohetes de los días festivos, pues eran muchas las fiestas de guardar. Las señoras, con sus mantillas y sombreros de fieltro, se distinguían de las sensuales negras y coquetas mulatas por sus zapatos de seda y raso, pues éstas caminaban descalzas. El coronel Hamilton lo veía todo y lo contaba todo: "Los criollos, en general, son mezquinos y extremadamente aficionados al dinero. Tanto los hombres como las mujeres gastan mucho en el vestir",[263] escribía a su jefe Joseph Planta. Se quejaba del ministro de Hacienda colombiano Castillo por "sus métodos comerciales ociosos y dilatorios" lo que induce a pensar en el patriotismo de Castillo, ya que de acuerdo a nuestra tradición, todo ministro dilatorio ante un inglés merece un certificado de honradez provisional. En ese momento se firmaba el Tratado, condición previa para el reconocimiento diplomático de Gran Bretaña. El coronel Hamilton, a pesar de sus críticas a los criollos, no parecía lerdo en cosas de dinero: "¿Puedo hacer algo por usted en lo que respecta a la compra de perlas o esmeraldas? Estas últimas, provenientes de la mina de Meussa, son en ocasiones notablemente hermosas".

El virtuoso coronel sabía apreciar asimismo las ventajas terrenas de la religión: "Hace mucha falta un clérigo aquí", urgía. "Me complace saber que pronto llegarán aquí muchísimas Biblias traducidas al español; tengo el convencimiento de que la moral de las clases media y baja del pueblo mejorará notablemente con la lectura de la Biblia."[264] La sed metafísica del coronel no se saciaba sólo con esmeraldas y Biblias. Había costado bastante persuadir al

---

[262] Alfonso Rumazo González, Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador, Almendros y Nieto, Editores, 2ª ed., Buenos Aires, 1945, p. 222.

[263] Webster, ob cit., T. I, p. 533.

[264] Ibíd., p. 536.

ministro Gual para que firmara el tratado anglocolombiano. Acorralado por las difíciles circunstancias internacionales, el gobierno bolivariano había en definitiva aceptado sus términos. El general O'Leary sostiene en sus Memorias que Santander y los negociadores metieron la mano en la bolsa hasta el codo; los rumores de corrupción corrían por toda Colombia.[265] Los términos del convenio sometían a Colombia al monopolio marítimo británico y a su industria, a una extinción radical. El coronel Hamilton escribía al Foreign Office el 19 de abril de 1825:

"Tengo la seguridad de que será muy beneficioso para este Estado el suministrar al pueblo artículos de consumo a un precio más bajo en virtud de la escala de derechos inferiór, y fomentará necesariamente un espíritu de consumo y producción. Esta sabia medida de Mr. Canning implicará una economía considerable para el comercio británico, y mantendrá el espíritu de los comerciantes de las Antillas, especialmente los de Jamaica, que está decayendo".[266] Será instructivo conocer el pensamiento de Bolívar sobre los políticos del Imperio más en detalle para comprender en su complejidad a este hombre notable. Pero antes veamos a estos políticos.

22. Terratenientes y burgueses en el gabinete de Londres

La crisis española brindó al gobierno británico la posibilidad de acercarse a su objeto central: la conquista de los mercados latinoamericanos. Pero a la política cautelosa de Castlereagh, que se había suicidado en 1822 degollándose con su navaja de afeitar (la liviandad de su mujer era notoria), había sucedido la acción audaz de George Canning, un plebeyo cuya historia familiar lo inmunizaba contra el pecado de infidelidad.

El puritanismo británico soportó estoicamente este nuevo escándalo, propio de la libertad de costumbres de la nobleza, pues los ingleses moralizaban para la exportación; la enviaban a los mercados junto a su quincallería. Byron, ante el suicidio de Castlereagh, esculpió estos versos poco románticos: "La posteridad no verá nunca una tumba que más noble sea; / aquí yacen los huesos de Castlereagh, detente, viajero, y mea"[267]

Sospechoso por su talento y elocuencia, Canning reunía contra él la opinión adversa del rey y de la mayoría del gabinete aristocrático. Canning era diputado por Liverpool. Sus electores, los fabricantes y exportadores de la gran industria inglesa, esperaban de él una

[265] Véase O'Leary, ob. cit., p. 676.

[266] Wesbter, ob. cit., p. 540.

[267] Cit. por Kauffmann, ob. cit., p. 139.

política realista hacia las antiguas colonias españolas. Los aristócratas del Gabinete eran veteranos de las guerras napoleónicas, viejos cortesanos penetrados de un odio profundo hacia todas las revoluciones.

Aunque tampoco Canning simpatizaba con la subversión, su ojo estaba abierto sobre el nuevo mundo de los negocios: cuando las tropas del duque de Angulema invadieron España para reponer en el trono a Fernando VII, Can ning escribía a su enviado en Francia con ironía: "Vuestra sea la gloria del triunfo, seguida por el desastre y la ruina; nuestro sea el tráfico sin gloria de la industria y de la prosperidad siempre creciente".

Como observa Kauffmann, este hombre podía legítimamente recoger la sentencia de Burke: "La edad de la caballería ha pasado; y ha sucedido una edad de economistas y calculadores".[74]

De modo que este burgués demasiado brillante para los duques, pero que les era insustituible, se dirigió rectamente hacia el reconocimiento de los Estados latinoamericanos y barrió a su paso, con los métodos más variados, todos los obstáculos. Como un verdadero político, sólo él eligió el momento. Rechazaba así las presiones de la industria de Liverpool tanto como la intrusión de la Banca Baring, que urgía por el reconocimiento: "No creo que la opinión de los señores Baring, o de cualesquiera otros comerciantes, tenga que guiar nuestra política", dice duramente al duque de Wellington.[268] Cuando lo juzgó oportuno de acuerdo con la relación de fuerzas en la Europa legitimista, lanzó el reconocimiento casi simultáneo de México, Colombia y Buenos Aires. Mucho tiempo antes había redactado en el Foreign Office una lista con los cónsules británicos para América Latina. Disponía, por lo demás, de agentes no oficiales que le tenían continuamente informado de los asuntos de las antiguas Indias. La decisión de Canning levantó una verdadera tempestad en el Gabinete y la Corona misma. El rey se oponía de modo inflexible. Como venganza, Jorge IV, que debía leer el discurso anunciando la medida el 7 de febrero de 1825, se negó a hacerlo, pretextando los sufrimientos que le ocasionaba su célebre gota. Acorralado, llegó hasta decir que había extraviado sus dientes postizos. Todo parecía postizo en este individuo.

Canning reprochó agriamente al duque de Wellington las intrigas que se tejían en los aposentos del rey y le declaró de modo tajante que "de no aceptarse inmediatamente sus miras en cuanto a la América del Sur, se retiraba desde luego del Gabinete". El burgués de Liverpool hacía pesar así su amenaza ante los legitimistas abstractos del Gabinete. El rey "prorrumpió en un violento enojo; pero acabó por someterse y por consentir que la medida se

---

[268] Kauffmaim, ob. cit., p. 181.

consignase en un párrafo del mensaje. Sin embargo, cuando vio lo que tenía que leer en el Parlamento se echó atrás. Entretanto la cosa no tenía remedio: ¡Había que leer el párrafo terrible! Afortunadamente para Jorge TV, 'tuvo que sacarse una muela', dice un grave historiador. El Canciller Lord Eldon tuvo que suplirlo; de tan malagana también que al terminar dijo en voz perceptible: 'Lo he leído mal porque me indigna'".

Al defender su política ante la Cámara de los Comunes, Canning expresó con toda claridad la situación con estas palabras: "La Gran Bretaña no reconoce el derecho de los sudamericanos a ser independientes, sino el hecho de que lo son en este momento; y que este hecho está fuera de la jurisdicción y de la buena o mala voluntad de las potencias extranjeras".[269]

Dos hombres veían todo este confuso proceso desde lo alto, uno en Europa y el otro a caballo, desde el Nuevo Mundo: Bolívar y Canning.

Cada uno de ellos respondía sea a la América revolucionaria, sea al Imperio británico. Nadie podrá ver en Bolívar, al utilizar la ayuda inglesa, sino a un verdadero patriota, que toma las armas que corresponden a cada momento allí donde las encuentra.

23. La política bolivariana ante Inglaterra

Por lo demás, el testimonio inequívoco de la resolución británica de terminar con el poder español en América no debía leerse tan sólo en la confusa trama de la papelería diplomática. Para Bolívar contaba otro hecho, previo al reconocimiento diplomático formal. Cuando el Libertador lanza la guerra revolucionaria en 1816 y comienza su gran marcha triunfal hacia Ayacucho, que durará ocho años, a los ingleses les resulta evidente que sólo él es capaz de llevar la empresa a su término. Comienza a desplazarse desde Londres una marea de aventureros y soldados disponibles, que la conclusión de las guerras napoleónicas había dejado fuera de servicio. El comercio del Imperio tiene sus ojos puestos en esa remota y fascinante Sudamérica. Se abren en Londres oficinas privadas de enrolamiento y solícitos empresarios vuelcan generosamente sus recursos en la adquisición de armas. Los ingleses trasladan el armamento hasta la isla de Trinidad, bajo su control. Desde allí se abastecía al ejército del Orinoco. Un ex compañero de armas de Wellington, el general English, comanda la Legión Británica de 1.200 hombres; Uslar, la Legión Alemana. Una de caballería, al mando de los ingleses Heppisley y Wilson, lucha en las guerras bolivarianas. A su lado marchaba una

[269] Vicente Fidel López, ob. cit., T. IX, p. 154 y ss.

Legión Irlandesa. En total, los soldados europeos llegan a unos 6.000 hombres.[270] A la puerta de la tienda del Libertador servían de centinelas dos soldados británicos.[271] Tales fueron las claras razones para que Bolívar aceptara los tratados de comercio leoninos que le imponían los mercaderes de Gran Bretaña.[272]

En un artículo escrito en La Gaceta de Caracas en 1814, Bolívar explicaba la situación internacional:

"Los derechos de los Borbones, de que tanto han hablado los ingleses, de algún tiempo a esta parte, no han sido más que el objeto ostensible de su política. El fin es asegurar su preponderancia marítima, destruyendo el poder colosal que tarde o temprano podía arruinarlo. Si convenimos que los intereses de la Gran Bretaña son enteramente opuestos a los de las Potencias Continentales, ¿cómo incurrir en la demencia de creer que siendo hoy Inglaterra la única nación marítima del Universo, vaya a prestarse a que la España vuelva a afianzar aquí su dominación?... Es por esta razón que la emancipación de América ha estado siempre en los cálculos del Gabinete Inglés".[273]

En esta penetración política residía la amplitud estratégica del pensamiento bolivariano. Naturalmente, el intercambio de una independencia política formal por la dependencia económica del nuevo Imperio implicaba graves peligros. Pero eran los peligros del día siguiente, que Bolívar no estaba en condiciones prácticas de considerar:

"Nosotros por mucho tiempo no podemos ser otra cosa que un pueblo agricultor, y un pueblo agricultor capaz de suministrar las materias más preciosas a los mercados de Europa, es el más calculado para fomentar conexiones amigables con el negociante y el manufacturero".[274]

No juzguemos las ideas del pasado con el metro del presente. Es el jefe militar y político quien habla. Lo hace en 1814, cuando el teórico del proteccionismo industrial europeo, Federico List, aún no ha iniciado su prédica; Alemania está dividida en una treintena de principados y reina sobre Europa el liberalismo económico de Adam Smith. El propósito de Bolívar era alentar por todos los medios a su alcance la codicia inglesa y contar con ella para

---

[270] Véase Samhaber, ob. cit., p. 425.

[271] Véase Blanco Fombona, en Discursos y Proclamas de Bolívar, Ed. Garnier, París, 1930, p. XXXVII.

[272] Los ingleses enviaron a Bolívar 12 navios abarrotados de abastecimientos. También es cierto que los voluntarios británicos, empezando por sus jefes, comenzaron a cobrarse inmediatamente su desinteresada colaboración. Los generales Blosset y English saquearon el oro escondido en la Catedral de Barcelona. Es preciso reconocer que el general Urda neta llenó asimismo sus alforjas. (V. Salvador de Madariaga, Bolívar, T. II, Ed. Paragua choa, Caracas, 1960, p. 48.)

[273] Bolívar, ob. cit., p. 25.

[274] Ibíd.,p. 27.

un respaldo político capaz de cubrir sus operaciones militares. A otro inglés de Jamaica le hacía brillar el oro ante los ojos en 1815, cuando residía como emigrado en la isla:

"La pérdida incalculable que va a hacer la Gran Bretaña consiste en todo el continente meridional de la América, que, protegido por sus armas y comercio extraería de su seno, en el corto espacio de sólo diez años, más metales preciosos que los que circulan en el universo. Los montes de la Nueva Granada son de oro y plata; un corto número de mineralogistas explotarían más minas que las del Perú y Nueva España; ¡qué inmensas esperanzas presenta esta pequeña parte del Nuevo Mundo a la industria británica! Ventajas tan excesivas pueden ser obtenidas por los más débiles medios: veinte o treinta mil fusiles, un millón de libras esterlinas; quince o veinte buques de guerra; municiones, algunos agentes y los voluntarios militares que quieran seguir las banderas americanas; he aquí cuanto se necesita para dar la libertad a la mitad del mundo y poner al universo en equilibrio".[275]

24. Europa y América

Todo parecía poco al exiliado para despertar el interés británico en ese reluciente Potosí que describía en sus cartas. Pero una cosa era el gran tentador como vencido y ciudadano privado, sin soldados ni poder, y muy otro el lenguaje que adopta el Libertador muy poco después, cuando encabeza los ejércitos colombianos y ha fundado repúblicas de la nada. Gran Bretaña "tiene razones más eficaces; ella teme la revolución de Europa y desea la revolución de América; una le da cuidados infinitos, y la otra le proporciona recursos inagotables".[276]

Cuando preparaba el Congreso de Panamá, del que esperaba ver surgir una liga defensiva de repúblicas latinoamericanas, alertaba al argentino Bernardo Monteagudo sobre un plan de Buenos Aires, preparado en Lisboa, para reunir en Washington otro extraño congreso hispanoamericano donde intervenían desde Estados Unidos hasta Grecia. Bolívar veía en ese proyecto porteño una maniobra inglesa que nos costaría "algunas mortificaciones nacionales. Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta liga, decía, seremos sus humildes servidores, porque, formando una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos... Yo creo que Portugal no es más que el instrumento de la Inglaterra, la cual no suena en nada, para no hacer temblar con su nombre a los cofrades; convidan a los

---

[275] Ibíd., p. 34.

[276] Ibíd., p. 90.

Estados Unidos por aparentar desprendimiento y animar a los convidados a que asistan al banquete; después que estemos reunidos será la fiesta de los Lapitas, y ahí entrará el León a comerse a los convivios" [277]

Bolívar no sólo había vivido en Europa y presenciado la política inglesa en relación con España y con Bonaparte. Las intrigas británicas y norteamericanas dirigidas a ejercer su influencia en los nuevos Estados le resultaban muy claras. En una carta a Santander define a los anglosajones:

"Los ingleses y los norteamericanos son unos aliados eventuales, y muy egoístas. Los españoles, para nosotros ya no son peligrosos, en tanto que los ingleses lo son mucho, porque son omnipotentes; y, por lo mismo, terribles"[278]

Su opinión con respecto a los Estados Unidos no era mucho mejor y su correspondencia es muy franca en la materia. Critica a su vicepresidente Santander uno de los mensajes al Congreso colombiano:

"No me gustan porque se parecen a los del presidente de los regatones americanos. Aborrezco a esa canalla de tal modo, que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos".[279]

En otra carta a Santander, que procuraba siempre adular a los poderosos, Bolívar reitera su juicio sobre Inglaterra y el Imperio del Brasil:

"Cada día que pasa (al gobierno inglés) lo considero más en estado de decidirse a todo. El no estaba preparado para nada, en tanto que cada día se prepara más y más a tomar su posición natural en el mundo: dominarlo. Ya he dicho a usted que el Brasil va a ser protegido de la Inglaterra, para poner en dependencia al Portugal... El Brasil nos ha insultado, y no ha querido todavía darnos reparación alguna; por tanto he creído político quejarme amargamente de su conducta, porque si nosotros nos dejamos insultar hasta de los más débiles, no seremos respetados de nadie, y no merecemos ser naciones",[280] Estas palabras del Libertador conservan todavía todo su valor. El peligro de que Gran Bretaña pudiese alcanzar una excesiva influencia en el Congreso de Panamá lo estimaba Bolívar del siguiente modo:

"La alianza de Gran Bretaña nos dará una grande importancia y respetabilidad. A su sombra creceremos y nos presentaremos después entre las naciones civilizadas y fuertes... nacer y robustecerse es lo primero; lo demás viene después. En la infancia necesitamos

[277] Ibíd., p. 133.

[278] Ibíd., p. 227.

[279] Ibíd., p. 228.

[280] Ibíd.,p. 230.

apoyo, que en la virilidad sabremos defendernos. Ahora nos es muy útil, y en lo futuro ya seremos otra cosa".[281]

El juicio preciso sobre el aliado inmediato y el enemigo remoto definían al jefe de Estado y al revolucionario.

[281] Ibíd., p. 246. "Una relación de este tipo con Inglaterra sería una ventaja inmensa, pues tendríamos un garante contra la España, contra la Santa Alianza y contra la anarquía. Las ventajas comerciales para los ingleses valdrían mucho menos que los provechos reales positivos que nos procurasen con sus relaciones" (p. 287).

Capítulo VI
Ayacucho, a paso de vencedores

"Temo más a la paz que a la guerra."
Simón Bolívar

El primer lustro de la revolución hispanoamericana en el norte de la América del Sur había sido consumido por las tentativas de las clases "mantuanas" de librar una guerra de independencia sin el pueblo. Ni la "guerra a muerte" decretada por Bolívar había logrado otros efectos que multiplicar el horror de la lucha. Pero la derrota de Napoleón y el retorno de Fernando VII van a producir efectos notables en las colonias sublevadas, tanto como en la propia España.

Las clases sociales, los grupos de intereses y el "océano de color" de las razas y etnias oprimidas se reagrupan ante el retorno del muy feroz absolutismo. Los ejércitos godos pierden en Venezuela a los llaneros y negros armados, que habían combatido hasta ese momento bajo las banderas del rey, guiados por su odio a los criollos ricos. Ahora, las "masas" y las "castas" se desplazan hacia las fuerzas libertadoras y les infunden así un contenido popular y social. La guerra se hace nacional; el empuje genial de Bolívar resulta irresistible. La derrota del liberalismo español y el temor a la revancha absolutista infunden nuevo aliento al liberalismo revolucionario de América. La siniestra amenaza de Fernando VII une a todos, tanto los man tuanos como los negros y llaneros lucharán juntos contra el símbolo coronado del garrote vil.

1. El teatro geográfico de la guerra

Bolívar ha comprendido que es imposible obtener la independencia de España sin libertar a los esclavos: aceptará como generales de sus ejércitos, aunque con profundas reservas íntimas, a mestizos y mulatos: Páez, Padilla o Piar. De este modo, la transformación social y racial de la guerra crea la base política de los triunfos militares del Libertador. En 1815 era un emigrado, un simple fracasado, condenado por sus propios conmilitones. Vive de la caridad y el amor de una mulata en la paradisíaca Jamaica. Parece que ya no hay porvenir para la brillante promesa de Roma, aquel adolescente que había jurado sobre el Monte Aventino, ante su visionario y excéntrico maestro Simón Rodríguez, libertar al Nuevo Mundo. Aquí, precisamente aquí, irrumpe en la historia de América Latina, Alexandre Petión.[282]

282 En los apuntes inconclusos de la corrección final de esta obra, Jorge Abelardo Ramos pretendía desarrollar

Al año siguiente, con la ayuda del presidente mulato Petión, desembarca en las costas venezolanas con 50 hombres. Desconocida su autoridad por sus antiguos oficiales, vuelve a Haití. La guerra contra los españoles sigue un curso incierto. El absolutismo es dueño de Venezuela, Nueva Granada, Quito, el Perú, el Alto Perú y Chile.

En esos momentos, San Martín, en el extremo sur, forma su Ejército de los Andes en Mendoza; Artigas lucha contra la invasión portuguesa en la Banda Oriental; la Santa Alianza acaba de vencer a Bonaparte, y Fernando VII se instala en el trono español. Pero Bolívar comienza a recibir la ayuda de los voluntarios ingleses y alemanes, soldados y aventureros desmovilizados después de Waterloo, que buscan fortuna y gloria en las exóticas tierras de América. Los jefes militares de la Independencia, Maríño y Piar, convocan un Congreso en Venezuela ignorando a Bolívar. La lucha contra los españoles se desenvuelve en tierras venezolanas sin una conducción central, en los más diversos escenarios y amenazada por desesperantes rivalidades. Pese a todo, la voluntad inquebrantable de Bolívar, que el héroe combina con una penetrante flexibilidad política, se impone finalmente sobre todos. En 1818 se siente lo bastante fuerte para convocar un Congreso en Angostura.

Allí sanciona una Constitución. Enseguida triunfa en la batalla de Bo yacá. Sobre un teatro geográfico, que, comparado con los campos de Europa, asume proporciones colosales, liberta Venezuela y Nueva Granada. Entra triunfalmente en Bogotá coronado de flores y la mirada brillante de las muchachas neogranadinas. Lleva para siempre el título de Libertador y fundador de repúblicas.

Algunos autores se apresuran a compararlo con Napoleón; pero es de todo punto evidente que en la analogía descuella Bolívar. Bonaparte es un militar profesional que escala los mandos sobre la cresta de la gran Revolución francesa y cuya carrera está sostenida por una transformación social que él no ha creado y de la cual se aprovecha para dar su golpe de Estado. Gana la totalidad del poder cuando ya participaba de él sin haber luchado por constituirlo.

En Bolívar, por el contrario, sus triunfos forman parte de una revolución que él mismo encabeza, de un poder que contribuye como ninguno a crear; si es presidente de la Gran Colombia es porque él la ha fundado, reuniendo desde la profundidad de la derrota y la impotencia los fragmentos dispersos de los viejos virreinatos en una gran unidad política. Mientras que Napoleón se apodera del poder generado por la Revolución, Bolívar llega al gobierno al frente de la Revolución misma. No es un militar de oficio, pero conduce ejércitos

más aún el tema Haití. Alexandre Petión fue citado permanentemente por Ramos en sus clases y conferencias, lo consideraba como la figura clave de la independencia americana. Incluso pensó en dedicarle este libro. [N. de V. R.]

y libra batallas en un teatro geográfico inmensamente superior a las campañas napoleónicas y con recursos muy inferiores a los proporcionados por Francia, potencia capitalista entre las primeras y más ricas de Europa. No es la artillería el arma fundamental de las batallas bolivarianas, sino la lanza. El predominio cultural e histórico europeo ha evitado un análisis comparativo de ambos personajes, pues el eurocentrismo del meteco sudamericano lo considera ridículo.

Mientras tanto, San Martín realiza la proeza de cruzar los Andes con su Ejército y batir a los españoles en Chacabuco y Maipú. Chile queda libre de godos y la fuerza sanmartiniana se dispone a invadir Perú por mar.

2. La sociedad chilena

El centro del poder español residía en Perú. Las condiciones sociales de la aristocracia peruana, heredera de encomenderos y explotadores de la mita, la asociaban estrechamente con los intereses absolutistas. De este modo, mientras la América Hispánica está conmovida hasta sus cimientos, desde México hasta Buenos Aires, el virreinato del Perú permanece tan inmóvil como el régimen servil petrificado en la persona del Borbón.

En Chile, Bernardo de O'Higgins, hijo natural del antiguo virrey español en el Perú, se ha aliado a San Martín en la organización militar contra los godos. A diferencia de la sociedad venezolana, en Chile no hay negros ni "guerra de colores".[283] Es una sociedad de hacendados, agricultores y mineros, fundamentalmente conservadora.

"La lucha constante entre los mineros-industriales con las capas latifundistas significó las luchas por el dominio del poder del Estado", escribe Segall.[284] Al sobrevenir la revolución, los intereses terratenientes vinculados con el sistema exportador impuesto por los españoles y que subordinaba la venta del trigo chileno a los comerciantes del Perú, rompen esa maquinaria declarando abiertos los puertos de Valdivia, Talcahuano, Valparaíso y Coquimbo al comercio libre con las naciones extranjeras.[285] Pero los terratenientes, en general, fuera de tales exigencias, carecían de fervor revolucionario. Será un hijo de la mejor sociedad santiaguina, José Miguel Carrera, brillante oficial en la guerra nacional española, quien encabece la revolución en Chile.[286] Los Carrera pertenecían a lo que Segall llama la "fracción

[283] Véase Amunátegui, ob. cit., p. 170.

[284] Marcelo Segall, El desarrollo del capitalismo en Chile, Santiago de Chile, 1953, p. 23.

[285] Véase Amunátegui, ob. cit., p. 182.

[286] Carrera había sido sargento mayor en España y luchado en trece batallas contra los franceses.

burguesa más progresista" de la época, pues, curiosamente, en Chile existía una burguesía minera de importancia, interesada en el comercio con el Pacífico y cuyas relaciones con el pujante capitalismo norteamericano constituyen el telón de fondo de la política chilena en la primera década revolucionaria. La lucha entre Carrera y O'Higgins, vinculado este último a la Logia Lautaro de San Martín, respaldada a su vez por los intereses británicos, se explica a la luz de las íntimas relaciones mantenidas entre José Miguel Carrera y el agente diplomático norteamericano Joel Robert Poinsett. Este último contribuye a la redacción de la Constitución de la Patria Vieja y resulta un pilar del partido carrerista.[287] O'Higgins, por su parte, que ante la amenaza española disputa el poder con Carrera, formaba parte del sistema terrateniente liberal interesado en la relación con el Imperio británico y en su apoyo al movimiento de la Independencia.

En una carta que O'Higgins dirige al príncipe regente de Inglaterra, le solicita su apoyo para realizar "la felicidad del Nuevo Mundo", y le ofrece a los ingleses la debida compensación:

"Cuando al alto influjo de V.A.R. debiese Chile la recuperación de sus derechos, cuando los buques de los subditos de Inglaterra visiten libremente nuestros puertos, y cuando al abrigo de una Constitución liberal pueda ofrecer el oro desentrañado de las montañas de este país en cambio de la industria de sus laboriosos vasallos, entonces me lisonjeo. Se abrirían canales que indemnizasen en parte las quiebras de la Europa, los conocimientos útiles se propagarían en estas comarcas y los pueblos en Chile cederían en sus transacciones políticas y comerciales lo que debiese la gratitud a los mediadores por la independencia de la América".[288]

En efecto, Su Graciosa Majestad prestó a los patriotas chilenos un millón de libras esterlinas, según anotó escrupulosamente en sus papeles personales Lord Palmerston[289] y aunque ignoramos el mecanismo del préstamo suponemos que los ingleses no habrán sido más generosos con Chile que con Buenos Aires, donde una operación semejante y en la misma época permaneció en la historia de las finanzas argentinas como una obra maestra de

---

287 El agente británico W. G. Worthington, para no ser menos que el agente norteamericano Poinsett, entregó a O'Higgins un proyecto de Constitución que había elaborado y de puro comedido le agregó el texto del manifiesto que había redactado para acompañar la promulgación de aquélla. Este diligente Worthington le dijo a O'Higgins: "El mundo lo conoce a Vd. como el jefe militar de Chile, pero si usted sigue mis consejos, será conocido como el padre de este país. No le hago oficialmente estas indicaciones, sino en mi papel de gran amigo de la libertad y me ofrezco para tener con usted entrevistas familiares para tratar estos asuntos". (V. Hernán Ramírez Necochea, Historia del imperialismo en Chile, Ed. Austral, Santiago de Chile, 1960, p. 43.)

288 Webster, ob. cit., T. I, p. 767.

289 Ibíd., p. 772.

la estafa.[290] Los Carrera eran propietarios del yacimiento Tamaya así como de laboreos en Atacama y Coquimbo, en el Norte chico de Chile. Su caída no sólo supondrá la hegemonía terrateniente y conservadora en la política chilena del siglo XIX, sino también la pérdida de la influencia norteamericana en ese Estado en el mismo período.

Resulta sugerente anotar que fray Antonio Orihuela, franciscano partidario de los Carrera, exigirá en el Congreso de 1811 la entrega de la tierra a los inquilinos, o campesinos pobres, con el manifiesto propósito de romper la espina dorsal del latifundismo y crear las bases de una economía agraria burguesa como fundamento de la revolución.[291] Se tendrá presente que los latifundistas, peninsulares o criollos, vacilaron largo tiempo en declararse patriotas pues salvo las regulaciones del comercio, eran leales vasallos del rey. Cuando los ingleses manifestaron inequívocamente su apoyo y la espada de San Martín zanjó toda duda, los terratenientes se hicieron ardientes patriotas, sin abandonar su condición de campeones de la inmovilidad social.[292]

Por su parte, Carrera encontró en la Secretaría de Marina de Estados Unidos el apoyo necesario para fletar la expedición libertadora de Chile. Pero esta fuerza será desarmada y puesta fuera de la ley, junto con su jefe, por los logistas probritánicos de Buenos Aires.[293]

A partir de 1820 los ingleses controlan todo el comercio de exportación e importación chileno, así como también la minería del país. El trágico destino de los Carrera, los más notables jefes políticos y militares de la revolución, se une al asesinato del guerrillero Manuel Rodríguez, caudillo de los sectores más populares del país y enemigo asimismo de O'Higgins y la aristoracia. Manuel Rodríguez sobrevive en las coplas del genio musical de Chile, único reducto que la oligarquía chilena ha tolerado al héroe.

3. Buenos Aires y el Paraguay

Cuando la burguesía porteña probritánica, enemiga de los montoneros y caudillos de las provincias, advierte que el Ejército de los Andes ha liberado a Chile, se desinteresa de la revolución americana. La emancipación chilena suprimía el peligro godo sobre la frontera del

---

[290] Véase Raúl Scalabrini Ortiz, Política británica en el Río de la Plata, Ed. Plus Ultra, 4ª ed., Buenos Aires, 1965, p. 83.

[291] Véase Segall, ob. cit., p. 17.

[292] En 1819 ya estaban radicados en Valparaíso, Santiago y otras ciudades alrededor de 40 comerciantes ingleses. Proveían material bélico, acaparaban las exportaciones a Europa, eran los únicos importadores de manufacturas, manejaban el comercio de cabotaje y se vinculaban a la minería.

[293] Véase Segall, ob. cit., p. 19.

oeste; nada importaban a los exportadores y hacendados de Buenos Aires las provincias del Alto Perú ocupadas por los absolutistas. Por lo demás, el caudillo Güemes sostenía con sus gauchos en Salta el frente del norte de acuerdo con San Martín. Todas las preocupaciones de Buenos Aires consistían en aplastar a Artigas, el más grande caudillo popular de las Provincias Unidas, "Protector de los Pueblos Libres", quien exigía la lucha contra el portugués y la organización de la Nación. Por añadidura, las provincias argentinas del interior resistían con las armas en la mano al monopolio portuario. Se imponía exterminar estas resistencias y abrir el mercado interior de las provincias a la invasión industrial inglesa. Como los intereses porteños se fundaban en la posesión exclusivista del Puerto y la Aduana, que regulaba el comercio por el interior del Río de la Plata y el Paraná, la antigua Provincia del Paraguay, ahogada por Buenos Aires, se resistía a su vez a la dictadura comercial y política del puerto. Quedó enclaustrada a su turno durante medio siglo, hasta la Guerra del Paraguay, donde el Paraguay sin latifundistas del Dr. Francia y los López, fue arrasado con el hierro y el fuego. El célebre aislamiento paraguayo encontraba en el monopolio portuario y fluvial de Buenos Aires su verdadero fundamento.

4. San Martín en el Perú

En tales circunstancias, San Martín ocupó Lima, fue proclamado Protector del Perú y se encontró acto seguido sin fuerza militar suficiente para enfrentar a los ejércitos españoles. Éstos eran los más poderosos del continente y el último reducto absolutista en América después de los triunfos bolivarianos en el Norte. La nobleza peruana era la más importante latifundista del Perú y estaba íntimamente unida a la alta jerarquía de la Iglesia, que, como en México, era también poseedora de importantes bienes inmuebles. En la soberbia Lima del siglo XIX, sobre 3.941 edificios, 1.135 eran propiedad de la Iglesia.[294] Abundaban en la aristocracia peruana los grandes títulos nobiliarios, ausentes en general en el resto de la América criolla: los marqueses de Torre-Tagle, Casa-Dávila, Villafuerte, Casa-Rosa, los condes de Saavedra, Vistaflorida, San Isidro.[295] Por lo demás, como en el resto de América, la propia Iglesia estaba dividida entre el alto y el bajo clero, este último generalmente mestizo o criollo y despojado de los bienes terrenales de la burocracia eclesiástica.

La aristocracia limeña "era gente habituada a la opulencia y reatada al sistema del orden

---

[294] Véase Samhaber, ob. cit., p. 430.

[295] Véase Bernardo Frías, Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta, o sea, de la independencia argentina, T. IV, Ed. Gobierno de la Prov. de Salta, 1955, p. 240.

por los grandes intereses de su fortuna, que les dolía, por instinto natural, ponerlos en riesgo de perderlos para siempre, como que eran empleados del gobierno, unos tenían mayorazgos, y los restantes hacienda y demás industria de donde emanaban los recursos para su presente felicidad, que la tenían de veras... era así una clase conservadora por excelencia, temerosa de los trastornos y de la ruina consiguientes.

"Reinaba en aquella capital una indolencia, una miseria, una flojedad, una insustancialidad, una falta absoluta de heroísmo, de virtudes republicanas tan general, que nadie se atrevía a respirar con aire de protesta, ni aún viendo subir al cadalso un centenar y dos de patriotas...".[296]

El profundo conservatismo de la sociedad peruana impidió que el bajo clero desempeñara la misma función revolucionaria que en México o el Alto Perú. En las provincias de esta última región los curas populares encabezaron la lucha contra los españoles. Los caudillos revolucionarios son sacerdotes de aldea, como Muñecas. El historiador boliviano Luis Peñaloza escribe lo siguiente:

"Muñecas representa al bajo clero nacional, empobrecido y postergado. Relativamente ilustrada, tiene esta clase de caudillos algunos puntos de contacto con los líderes de la revolución agrarista mexicana: Morelos, Hidalgo. Su situación con respecto al indio les da gran ascendiente con respecto a éste y poseen un concepto más amplio de las luchas revolucionarias. Pretenden unir en un solo movimiento a los indígenas y a los criollos mestizos, como pretendiera hacerlo en 1781 Sebastián Pagador. Pinelo demuestra la mayor capacidad militar evidenciada por cualquier otro caudillo revolucionario del Alto Perú: tiene concepciones de lucha en escala continental, como único medio de ganar la guerra, y es posible que si su carrera no hubiese sido cortada tan bruscamente por las muy próximas y ya organizadas tropas españolas del Bajo Perú, habría podido organizar un gran ejército".[297]

El temor de la oligarquía altoperuana a la intervención de las masas indígenas en la independencia, pudo advertirse en la campaña de Belgrano en Vilcapugio, donde los terratenientes se negaron a prestar su apoyo para el armamento de los indios. El comercio del Alto Perú, vinculado estrechamente a los intereses de la oligarquía de Lima, jugará después de la batalla de Ayacucho un importante papel en la idea separatista y en la creación de la "nacionalidad" boliviana.

5. La revolución de Riego en España. 1820

[296] Ibíd.

[297] Luis Peñaloza, Historia económica de Bolivia, T. I, Ed. Juventud, La Paz, 1947.

Y ahora, ¿qué pasa con San Martín en el Perú? La situación era bien singular. Había incorporado a su ejército a los negros de los ingenios azucareros e intentado movilizar, sin éxito, a los indios. Pero Buenos Aires no respondía a sus llamados de ayuda. Un acontecimiento europeo pareció inclinar un momento la balanza militar y política a su favor. Era la política española.

Después de fusilar a los liberales que habían sostenido la guerra nacional contra el invasor francés, salvándole el trono, el pérfido Fernando VII decidió equipar una expedición punitiva para recobrar el control de las colonias sublevadas. La expedición debía partir hacia América en enero de 1820. Pero el ejército de Andalucía se sublevó con el general Riego en Cabezas de San Juan. La espada amenazante que el absolutismo esgrimía sobre la revolución americana se volvió contra el verdugo de las libertades españolas. Así comienza un nuevo período constitucional en España que sólo durará tres años. Aterrado, Fernando jura nuevamente la Constitución y se constituye un gabinete liberal en Madrid. No podía llegar mejor noticia a los patriotas de América.[298] Al fin y al cabo los oficiales del rey eran en su mayoría liberales, veteranos de las guerras napoleónicas, que defendían al rey en América después de la restauración del absolutismo en la metrópoli. El gobierno liberal impartió a los ejércitos reales en las "provincias ultramarinas" la orden de negociar con los rebeldes. En Perú el general Pezuela entabló conversaciones con San Martín. ¿Era por fin cierto que "el gobierno de Madrid quería asentar sobre fundamentos liberales el gran imperio universal hispánico"?[299]

Es imposible sostenerlo, según hemos visto por el ejemplo de las Cortes de Cádiz. El liberalismo español era tan débil como la burguesía española sobre la cual reposaba. Incapaz de llevar la revolución nacional hasta el fin, tampoco tenía energía suficiente para establecer con los americanos una igualdad que no estaba en condiciones de imponer en la propia metrópoli. Para liberar a los indios y esclavos en América, destruyendo el latifundio criollo, los liberales en el poder debían primero exterminar a la nobleza semifeudal española, que sostenía a Fernando. Se reveló impotente para ambas cosas.

Al informarse que Fernando VII había firmado la Constitución de 1812, Bolívar instruye a José Rafael Revenga, secretario de Estado y Relaciones Exteriores de Colombia, para iniciar gestiones de paz con España. La revolución encabezada por Riego y el coronel

---

298 Véase Héctor Modesto García, La Gran Colombia. Causas que produjeron su hegemonía en la emancipación de América, Tipografía Universal, Caracas, 1925, p. 33.

299 Samhaber, ob. cit., p. 434.

Antonio Quiroga en España conmueve al Libertador. Escribe a Guillermo White en Trinidad: "De los negocios de España estoy muy contento porque nuestra causa se ha decidido en el tribunal de Quiroga". El optimismo de Bolívar resultó tan infundado como el de San Martín. Envió a Revenga y a Tiburcio Echeverría en 1821 a Madrid. Pero el Gobierno español no les dio la menor importancia a los ministros americanos y poco después los expulsaba de España. Estaban los liberales en el poder y saldrían pronto de él porque Dios ciega a quienes quiere perder.

6. San Martín negocia con los militares españoles liberales

San Martín recibió del virrey La Serna una invitación para conferenciar a raíz del juramento real de la Constitución española.

Pero las negociaciones estaban destinadas a fracasar. El general argentino procedió con extrema habilidad política en las conferencias. La mayoría de los jefes del Ejército español era constitucionalista o liberal y la esperanza de una regeneración de la vida política española los predisponía a dialogar con los militares americanos que habían combatido junto a ellos en España contra Napoleón, como San Martín. En la conferencia de Pinchauca, San Martín dijo a los jefes españoles:

"Considero éste como uno de los días más felices de mi vida. He venido al Perú desde las márgenes del Plata; no a derramar sangre sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde al proclamar la Constitución del año 12, que V. E. y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes".

Esto último no era cierto y lo probaría el héroe americano a su propia costa.

Al comenzar de este modo la conferencia, San Martín tocaba una fibra sensible de los militares españoles: la generalización de la masonería en el Ejército de ambos contendientes reflejaba la revolución liberal y el empleo de la palabra "hermanos" en su exposición tenía ese origen. San Martín agregó que había pasado "el tiempo en que el sistema colonial pudo ser sostenido por España... la independencia del Perú no es inconciliable con los intereses de España". Concluyó diciendo que "si V. E. se presta a la cesación de la lucha estéril y enlaza sus pabellones con los nuestros para proclamar la independencia del Perú, los dos Ejércitos se abrazarán sobre el campo"[300]

San Martín propuso, en esencia, designar una junta gubernativa elegida en común por el

[300] Ricardo Rojas, El Santo de la Espada, Ed. Losada, Buenos Aires, 1950, p. 206.

virrey y San Martín, para encargarse del gobierno del Perú independiente y enviar dos comisiones a España para pedir al rey que designase un infante de su dinastía para reinar sobre el Perú, jurando previamente una Constitución. Pero la oficialidad del Ejército español rechazó tan atrevida proposición, que ante todo rompía con el dominio español y colocaba a Fernando ante un hecho consumado, la independencia del Perú. Los hechos hablaban. Un Imperio liberal hispánico era ya imposible, había llegado tarde y sólo cabía la independencia absoluta por medio de las armas.

Un autor español absolutista escribe: "Nos atrevemos a sentar como principio fijo de verdad, que el liberal más exaltado, trasladado a cualquiera de los puntos de América, dejaría de serlo si tenía un regular entendimiento y deseos de sostener el dominio español"'.[301]

Pero la revolución de Riego en España había originado un fenómeno bien singular. "Todos los elementos de tendencia conservadora, la Iglesia, los grandes terratenientes, que hasta ese momento se habían mantenido leales a España, se unieron a los defensores de la independencia americana. Preferían vivir en una República nobiliaria sudamericana, que soportar una Monarquía liberal."[302]

Por su parte, los elementos absolutistas del Ejército español, como Olañeta, rehusaban admitir la monarquía liberal, así como detestaban el partido americano, y buscaban una Vendée indígena, encendiendo el odio nativo contra la aristocracia blanca, bajo el pendón del rey. En esta relación de fuerzas San Martín sólo dominaba en Lima, el poderoso ejército liberal del virrey La Serna en el interior y la fracción militar goda de Olañeta en el Alto Perú.

7. La burguesía porteña traiciona a América Latina

En ese momento San Martín volvió su mirada hacia el Sur. Envió al comandante Antonio Gutiérrez de la Fuente a Buenos Aires para pedir una urgente ayuda militar. Se trataba de consumar la emancipación de América del Sur destruyendo el principal bastión peruano de los realistas. El triunfo de San Martín en el Perú haría caer en sus manos como fruto maduro las provincias del Alto Perú. El comandante De la Fuente encontró en el transcurso de su viaje el más cálido apoyo de las provincias interiores. Había soldados dispuestos a pelear, pero faltaban los recursos financieros para equiparlos y mantenerlos. Estos recursos sólo podían provenir del puerto de Buenos Aires, principal recurso rentístico del antiguo virreinato. Pero la voraz oligarquía porteña rehusó esos recursos. ¡Rivadavia tenía

[301] Mariano Torrente, Historia de la revolución hispanoamericana, T. III, Madrid, 1830, p. 453.

[302] Samhaber, ob. cit., p. 434.

necesidades más urgentes![303]

El joven comandante de Caballería don Antonio Gutiérrez de la Fuente -sólo contaba con 24 años de edad gozaba de la confianza del general San Martín. Debió pasar toda clase de vicisitudes hasta llegar a Buenos Aires desde Lima. Las distancias sin límites se cubrían lentamente a caballo. Pero las condiciones de la insalubre travesía fueron menos penosas que el am-, biente glacial del oficialismo porteño hacia el pedido de auxilio formulado por el Libertador. En su Diario, relata Gutiérrez de la Fuente por lo menudo las intrigas palaciegas del localismo rivadaviano. Las resistencias de Buenos Aires a la revolución de la Independencia no podían ser más claras. San Martín, objeto de la repulsión de los ingleses amigos de Cochrane en Chile y de los localistas en Buenos Aires, conocía bien el paño. En sus "Instrucciones" al comandante De la Fuente San Martín afirmaba que en todos los pueblos de las Provincias Unidas "el patriotismo es uniforme" y elogiaba a los salteños, tucumanos y santiagueños por su sentido del deber. Sin embargo, la clave de la ayuda pedida estaba en Buenos Aires. Si todas las provincias ofrecían hombres para combatir, sólo una de ellas podía proporcionar "numerario, vestuario y armamento". Esta provincia era Buenos Aires, la más renuente y hostil a colaborar.

El viejo partido unitario en el gobierno, desde Rodríguez a Bernardino Rivadavia, no ocultaba la "indisposición" que guardaba hacia San Martín. Serían inútiles todos los esfuerzos del joven comandante para excitar el patriotismo aldeano. Se postergó en la Sala de Representantes numerosas veces el tratamiento del pedido de auxilio del Libertador. Fue tal la depresión que aquejó al comandante De la Fuente ante la indiferencia porteña que sufrió toda suerte de malestares físicos, que describe en su Diario. El periódico Argos, órgano del Gobierno, atacaba a diario al gobernador Bustos, de Córdoba, y a los planes de emancipación americana. "Buenos Aires ya había hecho más de lo que había podido por aquellos pueblos...", tal era el punto de vista de Rivadavia. La burguesía porteña tenía reseca el alma. Su dinero se destinaba a fines más útiles.[304]

Siete provincias apoyaban el pedido de San Martín, menos la de Buenos Aires. Rivadavia

---

[303] Los dineros del puerto, confiscados a la Nación por la usurpación de Buenos Aires, eran empleados por Rivadavia en la fundación de la Escuela de Declamación y Acción Dramática. Asimismo, según los conceptos del sublime visionario, socio de Hullet Brothers de Londres, la Academia de Medicina y Ciencias Exactas debería formar una colección de "geología y aves del país" y describía con sabiduría omnisciente las funciones de la Escuela de Partos que debería estudiar "las partes huesosas que constituyen la pelvis; el estudio del útero, el feto y sus dependencias; la vejiga, la orina y el recto". También fundaba la Casa de Partos Públicos y Ocultos y la Sociedad Lancasteriana. (V. José María Rosa, Historia argentina, T. III, Ed. J. C. Granda, Buenos Aires, 1964, p. 365.)

[304] Véase el Diario y Documentos de la Misión sanmartiniana (1822), de Gutiérrez de la Fuente (1822), T. I, Ed. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1978.

rehusó reconocer el carácter oficial del enviado de San Martín. Fue reexpedido de Buenos Aires como un simple mensajero, con un pliego cerrado, sin que fuera posible discutir con el fatuo señor Rivadavia la gravedad de la situación militar en el Perú. La respuesta era negativa.[305]

El agente británico y simultáneamente ministro de Hacienda "argentino" Manuel José García, personaje mucho más siniestro que Rivadavia, declaraba en esos momentos ante la Junta de Representantes que "al país le era útil que permaneciesen los españoles en el Perú".[306]

Este mismo sujeto también haría todo lo posible para que los portugueses conservasen la Banda Oriental. Con esa estrategia, la burguesía porteña dejaba caer a San Martín en el Perú así como había apuñalado por la espalda a Artigas. Destruíase con ello la unidad sudamericana, pues la consecuencia de esta política fatídica sería la segregación de la Banda Oriental y del Alto Perú. ¿Habrá advertido San Martín en su melancólico destierro el profundo error de su juicio sobre Artigas?

En una carta a Guido, San Martín dirá estas palabras irreparables:

"Yo opino que los portugueses avanzan con pies de plomo esperando a su escuadra para bloquear a Montevideo por mar y tierra y en mi opinión se la meriendan. A la verdad, no es la mejor vecindad, pero hablando a usted con franqueza, la prefiero a la de Artigas".[307]

Por no querer hacer política, San Martín incurrió en la peor de todas: dejar las manos libres a los bandidos porteños. Si la vecindad de Artigas sería la selva, a San Martín la gente decente de Buenos Aires le reservaba en Europa su sepulcro en vida.

8. ¿Un Imperio hispanocriollo?

---

305 Véanse José Luis Busaniche, Historia argentina, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1965, p. y Mariano Paz Soldán, Historia del Perú independiente, Ed. América, Madrid, 1919.

En su discurso ante la Sala de Representantes, Rivadavia expresó del modo más claro permitido por su difuso y enmarañado estilo la posición porteña ante la emancipación americana y el pedido de San Martín. "El gobierno de Lima", dijo, "presidido por el Supremo Protector de la libertad del Perú, entre los objetos que había recomendado... era de que Buenos Aires, coadyuvara con sus esfuerzos a libertar las Provincias aún ocupadas por el enemigo común, pero (Rivadavia sostuvo que) aquellos fragmentos de un poder vacilante caerían a menor costo que con cualquier clase de esfuerzos por parte de Buenos Aires; que serían insuficientes para superar las dificultades que oponía el espíritu de vértigo que dominaba los pueblos intermedios (o sea, las provincias rebeldes a Buenos Aires) sin lo que todo sería aventurado; lo único que convenía a Buenos Aires era plegarse sobre sí misma... tanto más cuanto que Buenos Aires ya había hecho todo lo que podía hacer;... y que era llegado el caso de que por la experiencia, y sus propios sacrificios, se hicieran estos pueblos dignos de la libertad." (Los mensajes, de H. Mabragaña, T. I, p. 188, cit. por Arturo Jauretche, "Ejército y política", cap. IV, en Qué, nros. 6-7, Buenos Aires, febrero de 1958.)

306 Busaniche, ob. cit-, p. 436.

307 Ibíd.,p. 382.

Colocado San Martín en una situación sin salida, negado su pedido de auxilio por la burguesía porteña, cerrado el camino para una conciliación con el ejército liberal, que se disponía a combatirlo con fuerzas inmensamente superiores, jaqueado por Olañeta en el Alto Perú que le había declarado la guerra sin cuartel, no tenía otro recurso que dirigirse hacia el Norte y buscar el apoyo del invicto Bolívar. Justamente Bolívar se disponía a acometer el más audaz proyecto político de su carrera. Producida la revolución militar de los liberales españoles en 1820, en la metrópoli se abría una nueva instancia modernizante. ¿Sería posible esta vez? La burguesía, ¿se atrevería por fin a reedificar el país y el exangüe Imperio? ¿Se lanzaría España a forjar su siglo XVIII treinta años después que los franceses?

Bolívar se formulaba en Colombia las mismas preguntas que San Martín en Lima. Concibió entonces un plan que hizo llegar al gobierno de Fernando VII por intermedio de su ministro en Londres, el viejo patriota don Francisco Antonio de Zea. El ministro colombiano redactó el escrito y se lo entregó al embajador de España en Londres, el duque de Frías, en nombre de Bolívar, presidente de la Gran Colombia. De Zea acompañó el plan con un proyecto de decreto que debía firmar Fernando VII, bloqueado en ese momento por un gabinete liberal y en presencia de las Cortes reunidas en Cádiz, como diez años antes. La esencia del plan consistía en una Confederación entre América y España. La base de la Confederación era el reconocimiento explícito por parte de la Monarquía de la independencia de los Estados americanos. Esta asociación política o "Imperio compuesto de Repúblicas perfectamente independientes, reunidas para su felicidad baxo la Presidencia, no baxo el dominio, de una Monarquía constitucional"[308] convocaría a una Dieta confederal, supremo parlamento del Imperio hispanocriollo. Existiría libertad de comercio dentro de los marcos del Imperio, creándose un Zollverein aduanero para construir un mercado nacional único. Todo español que se radicase en América adquiriría automáticamente los derechos de ciudadano americano, y viceversa. En caso de guerra se prestarían auxilio recíproco todas las partes de la Confederación. Cada una de las partes confederadas miraría "cada una como amigos o enemigos suyos a los amigos o enemigos de la otra".[309]

Este "Plan de reconciliación entre la España y la América", llevaba por título Proyecto de Decreto sobre la emancipación de la América y su confederación con España, formando un grande Imperio federal, y fue descubierto en 1966 en el Archivo Nacional de España por el

---

[308] Véase Boletín de la Integración, N° 17, abril de 1967, del Banco Interamericano de Desarrollo, Buenos Aires, p. 167.

[309] Ibíd.

embajador ecuatoriano Azpiazu Carbo.[310]

Ignoramos la reacción de Fernando VII ante el grandioso plan que habría salvado simultáneamente a España de su decadencia y a la América Latina de su "balcanización". Pero las Cortes de Cádiz, más amedrentadas que sus antecesoras de 1812, rechazaron el proyecto. El mismo destino había corrido otro proyecto análogo de don Lucas Alamán, el político e historiador mexicano, diputado a Cortes.[311] Le temían al espantajo de Fernando, que a su vez estaba acobardado por ellos: ni los liberales se atrevieron a liquidar la nobleza y a Fernando, ni este último a disolver las Cortes de la burguesía española.

9. El fracaso de las Cortes liberales de 1820

Las Cortes de 1820 evidenciaron el utopismo de un acuerdo real y profundo con España. No sólo se oponían a la independencia política sino asimismo a otorgar facilidades comerciales a las "provincias ultramarinas". Era una versión incurable del liberalismo borbónico que todavía en 1820 rehusaba a los americanos una representación parlamentaria genuina. El diplomático venezolano Torres informaba al secretario de Estado Adams en Washington que "al excluir de la representación a todas las personas de origen africano, incluso en el grado más remoto, las Cortes habían quitado los derechos civiles a una gran parte de la población de América española, incluso a los ejércitos de liberación de Chile, La Plata, Nueva Granada y Venezuela y levantado un obstáculo insuperable para la reconciliación".[312]

Por el contrario, otras medidas auténticamente liberales de las Cortes, por ejemplo, la limitación de los privilegios eclesiásticos en América, ocasionaron el efecto inverso al buscado: alejar de la metrópoli liberal a las clases conservadoras de las colonias, sin acercar al partido patriota. El liberalismo español era tan débil e irresoluto, que se mostraba orgánicamente incapaz de suscitar el apoyo revolucionario ni de conquistarse por ello la simpatía de la reacción. Era demasiado conservador para los revolucionarios y demasiado revolucionario para los conservadores. Por eso estaba condenado y nada podría resucitar al partido del Imperio español en América.

La transacción entre la burguesía y la aristocracia constituye toda la historia de la España

[310] Ibíd.

[311] Véase Moisés González Navarro, El pensamiento político de Lucas Alamán, El Colegio de México, México, 1952, p. 133.

[312] Arthur Preston Whitaker, Estados Unidos y la Independencia de América Latina, Eu deba, Buenos Aires, 1964, p 242.

del siglo XIX y la clave de su estancamiento. El dilema en esa oportunidad vino a zanjarlo el duque de Angulema en 1823 con sus 100.000 soldados franceses. De Francia ya no venía la revolución, sino la contrarrevolución. San Martín y Bolívar renunciaron a esperar nada de la trágica madre patria arrodillada ante semejante rey.

10. Guayaquil y el separatismo

Ya la tierra hervía bajo los pies del Protector del Perú. Era pública la soledad en que había dejado su gobierno al vencedor de Maipo. Los terratenientes ennoblecidos conspiraban contra San Martín, las intrigas se propagaban en su propio ejército, en la misma oficialidad argentina desintegrada por la molicie, la falta de pago y las delicias de la Capua limeña. El mote puesto a San Martín era "el Rey José"; su ministro Bernando Monteagudo, compañero de Moreno en la Revolución de Mayo, era acusado de "mulato", "sibarita", "ladrón", por la infatuada canalla del marquesado criollo.

"El ejército combinado de chilenos y argentinos se desmoralizó en aquella tierra lo bastante para que no se debiese esperar de él cosa de provecho: la insubordinación se hizo general en él: todos los jefes querían ser deliberantes y nadie obedecer... ponían a San Martín en el caso de contemporizar con todos y de no mandar a nadie."[313]

Para colaborar con Bolívar en la lucha común y arrancar de la inercia corruptiva sus fuerzas, San Martín envió al Ecuador una división de auxilio para combatir junto a Sucre, mandada por el coronel altoperuano Andrés Santa Cruz, un criollo resuelto que había militado antes en las filas realistas. No les aguardaban las dulzuras del trópico ni las "tapadas" limeñas. Triunfaron en las batallas de Río Bamba y Pichincha al mando de Sucre: allí mezclaron su sangre argentinos, peruanos, altoperuanos, quiteños, colombianos y venezolanos. Llevando a la práctica su designio de crear la Gran Colombia, Bolívar decide incorporar a ella a Guayaquil, del antiguo reino de Quito. San Martín, influido por los intereses peruanos de la costa, se oponía a esta anexión en una nota escrita desde Lima. Bolívar responde al Protector del siguiente modo:

"V. E. expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil para que entrase en su deber. Yo no pienso como V. E. que el voto de una provincia debe ser consultado para consultar la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y

[313] Antonio José de Irisarri, Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1964, p. 81.

legalmente".[314]

San Martín había desaprobado asimismo una tentativa de independencia de Guayaquil y Bolívar lo felicitaba por ello, para agregar:

"Yo no creo que Guayaquil tenga derecho a exigir de Colombia el permiso para expresar su voluntad, para incorporarse a la república, pero sí consultaré al pueblo de Guayaquil porque este pueblo es digno de una ilimitada consideración de Colombia. No es el interés de una pequeña provincia lo que puede turbar la marcha majestuosa de América meridional".[315]

Adviértase en esta puntualización de Bolívar su exacto concepto de la Nación Latinoamericana y el juicio que le merecían las pequeñas soberanías separatistas disfrazadas de "autonomías" o seudonacionalidades en que será luego tan pródiga la América balcanizada. El puerto y ciudad de Guayaquil, como es común en América Latina (hasta nuestros días) era el centro de un mundillo de comerciantes, exportadores e importadores que traficaban con el producto del trabajo esclavo y servil. Sus intereses estaban vinculados con Perú o con el comercio internacional. Separado por una extensa distancia de Quito, Guayaquil se distinguía, como Valparaíso o Buenos Aires, por una particular dependencia del extranjero. Estos rasgos de la ciudad puerto no se han modificado en el siglo XX. Bastará decir que esa ciudad ni siquiera ha conservado intacta la casa de la célebre entrevista entre San Martín y Bolívar. En ese mismo lugar se erige la mole de un banco extranjero; como irónico recuerdo, luce en su frente una placa de bronce.

En esos días la sociedad guayaquileña estaba dividida en tres partidos. Uno era peruanófilo, el otro colombianista y el tercero se denominaba el independiente, que era minoritario. "El peruanismo había hecho prosélitos entre comerciantes, chapetones y godos recientemente conversos", dice el historiador Reyes.[316]

Entre los colombianistas figuraban numerosos apellidos patricios, y patriotas reconocidos, además del clero y de artesanos y gentes del pueblo. La lucha de los partidos al llegar Bolívar a Guayaquil se manifestaba públicamente. Pocos días después de declararse la incorporación de Quito a la Gran Colombia, aparecieron fijados en las paredes de esa ciudad carteles que decían: "Ultimo día del despotismo y el primero de lo mismo".[317]

Bolívar juzgaba a los "independientes" así: "El hecho es que esta docena de bochincheros ha empezado a moverse... mas no pueden hacer nada porque aquí la democracia hace poco

---

[314] Bolívar, ob. cit., p. 108.

[315] Ibíd., p. 110.

[316] Reyes, ob. cit., p. 359.

[317] Ibíd., p. 358.

papel, porque los indios son vasallos de los blancos, y la igualdad destruye la fortuna de los grandes"[318]

Aludía de este modo a aquellos partidarios de la "libertad" guayaquileña, que no podían ir muy lejos pues toda revolución debía movilizar a los indios, que ellos mismos explotaban y a los que temían sobre todo. Bolívar lo sabía muy bien, por su propia experiencia. Al entrar Bolívar en Guayaquil los vítores se mezclaban: "¡Viva el Perú! ¡Viva Guayaquil independiente!"[319]

11. Eclipse de San Martín y Monteagudo

Pero San Martín no objetó la incorporación de Guayaquil cuando llegó a la ciudad a entrevistarse con el Libertador. Ya era un hecho cumplido y desestimó tanto a los peruanófilos como a los "independientes". Era fácil advertir que detrás de ese frenético anticolombianismo aparecían los intereses del puerto. En la entrevista, San Martín no tenía mucho que ofrecer. Sólo habría podido solicitar un auxilio de Bolívar si él mismo hubiera estado en condiciones de contar con el grueso de un ejército para enfrentar a los realistas. Pero los recursos militares de San Martín sólo le permitían servir de auxilio al ejército de Bolívar. Ésa era la relación de las fuerzas en presencia y ese hecho elemental lo decidió todo. La fragilidad del edificio político del Perú sanmartiniano quedó al desnudo mientras se desarrollaba la entrevista en Guayaquil: Torre-Tagle, delegado de San Martín en el gobierno de Lima, que pronto se pasará a los españoles, asiste con indiferencia a un motín que obliga al ministro Monteagudo, blanco de todos los odios lugareños, a renunciar y emigrar. Era Monteagudo una de las grandes figuras de la Revolución. Orador del partido morenista de Buenos Aires, ministro de San Martín en Lima, compañero de Bolívar luego, era un hijo genuino de Chuquisaca, formado en las disciplinas del siglo revolucionario. Había concebido un Plan de Federación general de los Estados hispanoamericanos, que era la idea central de los patriotas del continente. Difamado y perseguido por Pueyrredón, el logista proinglés enemigo de Artigas, Monteagudo llevará consigo todo el fuego de aquellas jornadas y suscitará en los localistas de todas partes una aversión semejante a la que había despertado en Buenos Aires, cuna clásica del localismo exportador. Desde Quito, en su emigración del Perú, había escrito: "Yo no renuncio a la esperanza de servir a mi país, que es toda la extensión de América".

[318] Ibíd.

[319] Ibíd.

Injuriado por hijo ilegítimo, sometido a la miseria por la oligarquía porteña, Monteagudo encontrará después de la renuncia de San Martín en el Perú un poderoso apoyo en Bolívar, que lo aprecia en todo su valor. Será asesinado en 1823, en la oscuridad de la noche, por la fracción antibolivariana del Perú.[320]

12. Crisis de la oligarquía peruana

San Martín deja la escena peruana a Bolívar. Se despoja de las insignias del mando, reúne al Congreso peruano y renuncia al poder ante la asamblea. Ya había caído Artigas, ahora le tocaba el turno a San Martín. En el Perú estalla una furiosa lucha de fracciones, mientras los ejércitos españoles derrotan al general argentino Rudecindo Alvarado en Toarata y Moquegua. Al frente de 9.000 soldados entra en Lima el general Canterac, triunfo que no se atreve a sostener, pues se retira a la sierra para reagrupar sus fuerzas. Al mismo tiempo, la oligarquía peruana se dividía en dos alas: una de ellas nombra presidente a Riva Agüero, que se instala en Trujillo, al norte de Lima, y la otra elige el nombre del marqués de Torre-Tagle como titular del gobierno faccioso. En semejante caos llega el general Sucre con sus colombianos, preparando la llegada de Bolívar. El Libertador entra en Lima el Iº de septiembre de 1823. En tales momentos los 100.000 "hijos de San Luis" franceses invaden España para aplastar al gobierno constitucional y restituir a Fernando VII la plenitud de sus poderes absolutos. Con la caída del gobierno liberal de Madrid, el ejército encabezado por La Serna, y compuesto por "constitucionalistas" y absolutistas, pierde todas sus esperanzas políticas y a su vez se divide entre las tropas liberales de La Serna en el Perú y el ejército "servil" de Olañeta en el Alto Perú.

El mariscal Pedro de Olañeta, vizcaíno ultragodo, dueño de minas y mulas, había hecho una fortuna manteniendo "un ilícito comercio con los intereses mismos del ejército a quien servía".[321]

Su crueldad, su avaricia y la belleza de su joven mujer, doña Pepa Marquiegui, eran los

---

[320] Monteagudo fue proscripto del Perú por resolución del Congreso a proposición de Sánchez Carrión, el 3 de diciembre de 1822. De acuerdo a esa resolución, en caso de tocar el proscripto algún punto del territorio peruano, quedaría privado de la protección de la ley. En la historia de América Latina se podría hacer una sugestiva lista de "apestados" y "proscriptos" por la canalla oligárquica de todas las épocas. Los señoritos de la sociedad peruana y del partido monárquico (que luego serán republicanos ardientes), se reclutaban entre aquellos que poseían títulos de Castilla. Pero como habían sido adquiridos con dinero, dice Paz Soldán, los que se consideraban nobles en el Perú, eran "ignorantes, botarates, desprovistos de mérito y por su ninguna o viciosa educación eran en su mayor parte mentecatos; hasta hoy se dice que un individuo tonto, necio o presumido parece un marqués o conde". (V. Paz Soldán, ob. cit., p. 74.)

[321] Torrente, ob. cit., p. 450.

tres pilares de su fama. Consideraba a la monarquía como su religión; era, por lo demás, un diestro soldado. Pero amaba el dinero, más que a Venus o a Marte.

Sus negociados con el ejército eran tolerados por las autoridades españolas con la esperanza de que por medio de sus agentes comerciales se obtendrían informaciones útiles a la guerra. Pero el virrey La Serna observó con disgusto esa actividad bélico-mercantil e intentó trabarla, lo que agrió la relación entre ambos.

Una gran noticia llega a la América revolucionaria: Fernando VII destituye del mando al virrey La Serna.[322] Bolívar advierte las ventajas políticas ante el cambio de la situación europea y entrega el mando de los ejércitos a Sucre. Una vez más la interrelación entre la historia española y la historia hispanoamericana, el flujo y reflujo de la revolución en el seno del declinante Imperio se ponían en evidencia: la política ganaba o perdía batallas con el desplazamiento de los partidos y las clases.

13. Hacia la batalla de Ayacucho

El partido realista, que influía en toda la alta sociedad peruana, debía crearle graves problemas a Bolívar. Era presidente del Perú el marqués de Torre-Tagle. Encarnaba la indiferencia general hacia la causa de la independencia, tan comprometida en el Perú por la presencia de los grandes ejércitos españoles. La guarnición de la fortaleza del Callao, compuesta por tropas argentinas, y en la que permanecían prisioneros numerosos soldados españoles, se sublevó por el atraso de sus sueldos y por el hambre a que había sido reducida por los gobiernos porteño y peruano, que habían ignorado repetidas veces las súplicas de los oficiales a este respecto. El sargento Moyano, del regimiento "Río de la Plata", acaudilló una sublevación, libertó a los prisioneros españoles y ondeó enseguida la bandera de Fernando VII en la fortaleza. Las tropas españolas avanzaron rápidamente hacia Lima. En tales circunstancias desesperadas, el Congreso peruano se reunió y llamó a Bolívar, que se encontraba en Pativilca, designándolo dictador y suspendiendo la vigencia de la Constitución. Fue en tales horas críticas, que el presidente peruano Torre-Tagle, el vicepresidente conde de Surrigancha, el general Berindoaga, ministro de Guerra, acompañados de 337 generales, oficiales superiores y jefes subalternos del ejército peruano se pasaron al bando de los españoles. Al mismo tiempo, el honrado marqués (a quien dominaba notoriamente su voluble mujer) publicaba un Manifiesto cubriendo de insultos al Libertador. Veamos un poco más de

---

[322] Véase Frías, ob. cit., p. 261.

cerca al personaje:

El marqués de Torre-Tagle pertenecía a los "mentecatos" de que hablaba Paz Soldán. Criado en medio del lujo, amaba el poder "no porque fuese ambicioso, sino por ostentación... bajo los virreyes fue pródigo y disoluto; bajo San Martín, patriota; con Monteagudo, oligarca; intrigante con Guido y con San Donas, traidor... hasta en su hogar, la debilidad, que fué la maldición de su vida pública, le persiguió. Sometido ciegamente a su esposa, era en la casa esclavo y no señor", dice O'Leary.[323]

Un día reunió el marqués en su casa a varios oficiales de la guarnición para buscar una solución a la situación del Perú. Las tropas clamaban por el pago de sus sueldos. El coronel J. Gabriel Pérez propuso levantar un empréstito para socorrer a los soldados.

"-¿Con cuánto contribuirá usted? -preguntó la marquesa interrumpiéndole-, pues si hemos de creer lo que dice la voz pública, usted gasta querida y coche.

"-Señora -replicó Pérez-, la voz pública suele equivocarse y aun ser maliciosa; y en pruebas de que no debemos darle crédito, baste decir que, según los díceres, usted comparte sus favores entre el marqués y un oficial subalterno del ejército."

Tanto valía el marqués como marido que como patriota. Era el hombre más indicado para agraviar al Libertador.[324]

Bolívar asumió el gobierno del Perú y adoptó inmediatas medidas para reorganizar el ejército. Nombró a Sucre general en jefe del ejército colombiano-peruano. "Persuadió a las autoridades eclesiásticas a que diesen la plata labrada del culto; adjudicó al Estado el producto de las propiedades de los que, por haber desertado para servir al enemigo, habían perdido el derecho a la protección del gobierno, estableció impuestos y los hizo cobrar:"[325]

Al mismo tiempo, Bolívar suprimía la mita y los repartimientos de indios. Anuló la obligatoriedad del trabajo indígena en las obras públicas, estableciendo que los otros ciudadanos peruanos también debían realizar dichas tareas. "El corregidor, el cura, el agricultor, el minero, el mecánico, todos y cada uno de ellos eran sus opresores, obligándoles a cumplir los contratos más onerosos y fraudulentos."[326] Asimismo suprimió el derecho de curas y corregidores para el trabajo gratuito de los indios en el servicio doméstico, declarando vigentes las antiguas leyes españolas que los favorecían. Ordenó la entrega de una porción de tierra a cada indio, anulando la autoridad hereditaria de los caciques. Otorgó pensiones a los

---

[323] O'Leary, ob. cit., T. II, p. 107.

[324] Véase O'Leary, Junín y Ayacucho, Ed. América, Madrid, 1919, p. 102.

[325] Ibíd.

[326] Ibíd.

descendientes de la nobleza incaica y protegió a los hijos de Pumacaua. El sentido general de tales medidas es muy claro; sin embargo, todas ellas debían regir en la sociedad peruana lo que habían regido las leyes de Indias en la materia. Para extirpar la servidumbre o semiesclavitud indígena, era preciso aniquilar el régimen de tenencia de la tierra existente aún hoy. Otorgar jurídicamente derechos a los indios sin eliminar la estructura social (cura, terrateniente, minero y corregidor, como detalla O'Leary) era arar sobre el mar, como en efecto ocurrió. Había que empezar por revolucionar las relaciones de propiedad y coronar la obra por su ornamento jurídico, para que este último reflejase la realidad social y no fuese, como en efecto fue, una máscara burlesca de las intenciones del reformador.

Dice Max Weber que "Federico el Grande odiaba a los juristas porque aplicaban conforme a su criterio formal los decretos inspirados en un sentido material, y con ello servían finalidades perfectamente opuestas a las que él se proponía" [327]

Debían pasar casi ciento cincuenta años para que la revolución encabezada por el general Velasco Alvarado liberase en 1968 a los indios peruanos.

Es en tal situación política y militar que un general de 29 años de edad, José Antonio de Sucre, enfrenta al ejército español en las montañas de Ayacucho. Lo acompaña el intrépido general José María Córdoba, que alzando su sombrero blanco de jipijapa en la punta de su espada electriza a sus hombres lanzándose al combate con el grito: "¡División! ¡De frente! ¡Armas a discreción y paso de vencedores".[328]

Menos de cien años más tarde, la tradición histórica se había perdido de tal modo en Perú, como en el resto de América Latina, que los niños peruanos aprendían historia en textos traducidos del francés. Así pudo ocurrir que muchos peruanos adultos conservaran de la escuela la idea de que el general Córdoba había dicho el día de la célebre batalla: "No haya vencedores", gracias a la deficiente traducción de la frase pas de vainqueur, en lugar de "paso de vencedores". La versión no es tan increíble si se tiene en cuenta que en nuestro país se consideró durante mucho tiempo mayor signo de cultura conocer una lengua europea, aunque fuera tan mal aprendida como la de ese traductor infiel, que dominar bien la propia. Así hemos soportado literatos europeizantes e historias simiescas.

Ni siquiera cuando la batalla de Ayacucho era un hecho de importancia histórica mundial los traductores de la inteligencia colonial podían concebir que los latinoamericanos marchamos un día a paso de vencedores.

La divisa lanzada por el general Lara al iniciar el combate y que recoge en sus tradiciones

---

[327] Max Weber, Historia económica general, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1961, p. 228.

[328] Palma, ob. cit., p. 97.

Ricardo Palma es menos homérica pero más criolla. Los hombres de Lara eran hijos de los llanos y "gente cruda". Su general les dirigió antes de la batalla la siguiente arenga:

"¡Zambos del carajo! ¡Al frente están los godos puñeteros! El que manda la batalla es Antonio José de Sucre, que como ustedes saben, no es ningún cabrón. Conque así, apretarse los cojones y... ¡a ellos!".[329]

En la misma batalla combatió a lanza, vestida de capitán de caballería con uniforme escarlata, Manuelita Saénz, la magnífica compañera del Libertador.

Al frente de sus tropas, Córdoba trepó "la formidable altura de Cun durcuna, donde se tomó prisionero al virrey La Serna".[330]

Tenía 25 años, el general Miller contaba 29, Isidoro Suárez 34, el venezolano Silva 32. Las fuerzas patriotas sumaban 5.780 hombres y los realistas del virrey La Serna, 9.310 soldados. La victoria americana fue completa. Cayeron prisioneros el virrey La Serna con todos sus generales, empezando por Canterac y Valdés, con más de 600 oficiales y dos mil hombres de tropa.[331] Casi dos mil muertos quedaron sobre el campo de Ayacucho donde concluía el poder español en América. Los factores políticos de la derrota española habían resultado esenciales. La reacción absolutista en España les cerraba a los militares constitucionalistas toda esperanza: su triunfo habría sido una ofrenda rendida por los liberales españoles en América a los absolutistas que los habían vencido en España. Por lo demás, el ejército de La Serna concurría a la batalla desmoralizado hasta la médula: la guerra que les había declarado el mercachifle mariscal Olañeta desde el Alto Perú los amenazaba con el pelotón de fusilamiento. La guerra civil enfrentaba a los españoles en el propio territorio de sus antiguas colonias. Su capitulación y las condiciones generosas ofrecidas por Sucre cerraron el drama. Pero las consecuencias políticas de Ayacucho irían a profundizar el proceso de fragmentación de los antiguos virreinatos. La independencia de las provincias del Alto Perú sería su expresión inmediata.

---

[329] Ibíd.

[330] Ibíd.

[331] Véase el parte militar de Sucre, en O'Leary, Junín y Ayacucho, p. 196.

Capítulo VII

De Bolívar a Bolivia

"Ni Vd., ni yo, ni el Congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es, que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreynatos, capitanías generales o presidencias como la de Chile."

Bolívar a Sucre

"Aunque las cuatro provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a la Argentina, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad."

Ley de 1825 del Congreso rivadaviano porteño

La gran victoria de Sucre resonó en todo el continente con inigualado eco. Terminaba allí, por obra de cinco mil jóvenes criollos, la historia de trescientos años de poder español. Lo que parecía imposible y fantástico, era ya una realidad. La emoción que despertó la victoria de Ayacucho corre en las crónicas. Al recibir el pliego con las noticias, Bolívar sufrió un ataque de verdadera enajenación: se arrancó la chaqueta militar, juró ante sus oficiales, ignorantes de lo ocurrido, que jamás volvería a vestir el uniforme militar y se lanzó a bailar solo, como un verdadero poseído. Después, con voz entrecortada, informó a todos del triunfo de Ayacucho y ordenó inmediatamente a sus acompañantes tomar champaña hasta embriagarse, lo que comenzó por hacer él mismo, habitualmente sobrio.

1. El pueblo de Buenos Aires festeja a Bolívar

La noticia llegó a Buenos Aires a las ocho de la noche del 2 de enero de 1825. Alberdi recordará su niñez: "Mi primera impresión de Buenos Aires son los repiques de campanas y las fiestas en honor de Bolívar por el triunfo de Ayacucho"[332]

Muchos años más tarde, en su vejez, el general Gregorio Las Heras, que se desempeñaba como gobernador de Buenos Aires al llegar la gran noticia, evocaba sus impresiones con su verba de viejo soldado: "Sacaron en procesión el retrato de Bolívar por las calles con hachas encendidas en noche de pampero. Volcán de fiestas y alegría en la ciudad un mes. Tuve que tirar un decreto para reglamentar el delirio".[333]

---

[332] Blanco Fombona, ob. cit., p. XVIII.

[333] Gabriel René Moreno, Ayacucho en Buenos Aires, Ed. América, Madrid, 1917, p. 31.

El pueblo de Buenos Aires y las provincias festejaron la victoria de Aya cucho como el triunfo de la Patria Grande. Los amigos porteños de Gran Bretaña también se hacían eco del regocijo: el intercambio comercial estaba de parabienes. Un grupo de comerciantes ofreció un banquete en el Hotel de Faunch. Las paredes del comedor estaban cubiertas con las banderas de todas las naciones importantes, al lado de retratos de Bolívar y de Sucre. Como correspondía, la banda tocó God save the King al brindarse por el rey de Inglaterra. En otro banquete los mercaderes porteños elevaron un brindis en homenaje a Canning: "¡Primer estadista del mundo, honorable George Canning, fiel amigo de la libertad!" [334]

Los festejos populares, en otros lugares, eran menos anglofilos. El coronel Ramírez, de pie en un palco del Teatro Argentino, leyó el Boletín oficial que informaba de la batalla de Ayacucho, mientras la concurrencia, presa de frenesí, vivaba a Bolívar y Sucre. El pueblo porteño se volcó a las calles, a los cafés, a las plazas. Los cohetes que surcaban el cielo, y los pardos que danzaban con sus pífanos y cajas, así como los desfiles, se sucedieron durante tres noches. Los brindis por la patria embriagaron a la ciudad en éxtasis. El nombre de Bolívar era públicamente aclamado. El célebre Deán de la Catedral de Córdoba, don Gregorio Funes, era desde hacía un tiempo agente diplomático de Colombia ante el gobierno argentino en Buenos Aires. Ante su casa, en la calle Florida, una multitud reunida pidió su palabra. El Deán la arengó exaltando el nombre de Bolívar y Sucre e invitó a la muchedumbre a desfilar hasta la pirámide de Mayo.

2. El partido rivadaviano

Pero no todo Buenos Aires participaba del júbilo popular. El partido rivadaviano, hechura misma del interés portuario y europeizante, observaba con reserva el espléndido triunfo de las armas americanas. La estructura geoeconómica de la región del Plata encierra uno de los secretos de su historia política. La fertilidad pampeana que había reproducido las siete vacas de la Conquista en millones de cabezas de ganado, la proximidad del puerto y la ciudad de Buenos Aires, habían impreso a sus clases dominantes un acusado sello regionalista.

El poder de hacendados y comerciantes estaba concentrado en "una pradera, una ciudad y un puerto"[335] contiguos y fabulosamente ricos. El resto de la heredad política hispánica era un pesado lastre, más bien orientado hacia el hinterland latinoamericano que hacia el Plata, salvo

---

[334] José Antonio Wilde, Buenos Aires desde setenta años atrás, Ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948, p. 131.

[335] Síntesis de vigor demostrativo empleada por Reyes Abadie, Bruschera y Melogno en su excelente estudio sobre la Banda Oriental citado, y que se aplica análogamente a la provincia de Buenos Aires.

las provincias litorales, con parecidas producciones a la de Buenos Aires, aunque sin su puerto y aduana: Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, recostadas sobre el río Paraná, cuya llave extei-ior estaba en manos de los porteños. Este núcleo de ganaderos y mercachifles controlaba la situación, aunque con divergencias internas.

El gobierno del general Las Heras estaba dominado por el partido riva daviano y este partido buscaba obtener la paz con España mediante negociaciones, aunque fuese preciso pagar con dinero la independencia. No en vano Gabriel René Moreno llama a Buenos Aires "la ciudad mercante".[336] Ése es, por otra parte, el rasgo más constante de toda su historia. Buenos Aires observaba con desconfianza todo lo americano. Por lo demás, los militares argentinos que habían militado en Perú con San Martín, eran antibolivarianos o "bolivárfagos" y se aliaban en este odio a los rivadavianos del puerto. La noticia del triunfo de Ayacucho alarmó a las clases conservadoras de Buenos Aires. En su vecindario vivían varios miles de godos y "agodados", notoriamente protegidos por el gobierno de Rivadavia. Este don Bernardino había iniciado en 1816, mientras San Martín y los americanos revolucionarios luchaban denodadamente por la independencia, una gestión humillante ante el pérfido Fernando VII en Madrid,[337] que lo retrata por completo.

3. Rivadavia se pone a los pies de Fernando VII

En esencia, la gestión del "bolivárfago" de 1825 realizada ante la Corte absolutista de Fernando VII en 1816 era la siguiente: Rivadavia emprendió a espaldas de su gobierno, aunque en estrecha relación con los hombres de su partido, una insensata intriga destinada a coronar sobre las pampas del Río de la Plata, a un vástago de Carlos IV, el infante Francisco de Paula, hermano menor de Fernando VIL Las negociaciones comenzaron cuando la familia real vivía en su exilio en Roma.

El socio de Rivadavia en la extravagante aventura era el hijo del conde Cabarrús, aquel colega de los ministros ilustrados del gabinete de Carlos III.

4

El hijo de Cabarrús era un aventurero inescrupuloso, "píllete aristocrático", según la palabra de López, merodeador de las alcobas reales en media docena de Cortes europeas, amigo de la

---

336 Véase Moreno, ob. cit.

337 Véanse los detalles de este episodio tragicómico de Rivadavia en López, ob. cit., T. V; Busaniche, Historia argentina. Documentos inéditos acerca de la Misión del doctor don Manuel José García, Diputado de las Provincias Unidas en la Corte del Janeiro. Epoca de Pueyrredón, Imprenta de Juan A. Alsina, Buenos Aires, 1883; Moreno, ob. cit.

francachela y del dinero fácil, cuya hermosa hermana había sido amante de Barrás y amiga de Talleyrand en los días tormentosos de la Revolución francesa, y del que no se sabía, en verdad, si era francés o español. Cabarrús pertenecía al círculo íntimo de Carlos IV y Godoy y se había comprometido, mediante importantes sumas, a llevar a Buenos Aires a Francisco de Paula.

De este modo, Rivadavia lograría neutralizar con la intriga la hostilidad de la reacción europea hacia las colonias en rebelión y obtener el libre comercio con Inglaterra. La maniobra había sido sugerida por Lord Strangford, ya que la política inglesa de ese momento era establecer una monarquía en Buenos Aires, cesar la guerra con España y obtener del legitimismo español por esa mediación británica las concesiones comerciales requeridas, objetivo supremo de Gran Bretaña. Toda la negociación fracasó con la derrota de Napoleón. Fernando se instaló de nuevo en el trono de Madrid. Rivadavia, entonces, obtuvo en Londres un salvo conducto para viajar a Madrid y arrojarse a los pies de Fernando VII.

4. Cortesanos y toreros

El rey absoluto vivía rodeado de una crápula de toreros y chulos que alborotaban los despachos y aposentos reales: allí, todo "era grosero y temible... Los Calomardes, los Chamorros y los toreros constituían la baja entidad del gobierno en la alcoba del nuevo rey... de índole astuta y feroz"[338]

En los memoriales escritos en Madrid al ministro de Fernando, Ceva llos, dice Rivadavia:

"La misión de los pueblos que me han diputado se reduce a cumplir con la sagrada obligación de presentar a los pies de S. M. las más sinceras protestas de reconocimiento de su vasallaje...[339] felicitándolo por su venturosa y deseada restitución al Trono y suplicarle humildemente el que se digne, como padre de sus pueblos, darles a entender los términos que han de reglar su gobierno y administración"[340]

El intercambio de notas entre Rivadavia y Cevallos, así como la insolencia y desprecio del ministro absolutista por el americano lacayuno constituyen una página poco conocida de la historia latinoamericana. Las reiteradas muestras de acatamiento de Rivadavia ante los reales calzados de Fernando, están fuera de toda imaginación, sobre todo en la Argentina,

---

[338] López, ob. cit., T. VI, p. 23.

[339] Moreno, ob. cit., p. 273.

[340] Ibíd., p. 289.

donde este individuo ha sido elevado por la oligarquía al pedestal de los fundadores de la patria. La respuesta final del ministro Cevallos era previsible: ordenó la expulsión de Rivadavia del territorio español, ahorrándole, en gracia a su servilismo, el envío a los presidios españoles de África.

El hundimiento de la intriga obligó a Rivadavia al informar a Manuel José García del fracaso de su misión, a decirle lo siguiente:

"Usted me dispensará el que le suplique que de toda esta exposición haga el uso más prudente y reservado posible, pues a Buenos Aires no escribo más claro: creo que debo omitir cuanto pueda exasperar y me sea lícito sigilar; así, doy parte oficial más circunspecto".

Tal era el señor Rivadavia, "personaje de tono clásico y de maneras teatrales... que convencido de su importancia vivía en profundas meditaciones",[341] dios de los importadores ingleses, enemigo de San Martín y de Bolívar, personaje al que pronto veremos entregar la Banda Oriental a la "independencia inglesa" y que recibió la victoria de Ayacucho como un acontecimiento perturbador.

Era tan feo que sus adversarios aldeanos le llamaban "el sapo del diluvio". Vestía casaca redonda y espadín de traje de etiqueta cuando ejercía algún cargo público. Su figura tornábase ridicula cuando aparecía con su calzón tomado con hebillas y las medias de seda negra que ponían de relieve el vientre enorme y las flacas piernas. El espectáculo adquiría un tono patético por el aire presuntuoso y distante de don Bernardino. Era la mejor encarnación de la "nobleza de toga" formada en las Universidades coloniales. Lejos de representar el espíritu revolucionario del "jacobinismo", como lo creerán candidamente los liberales del tipo de José Ingenieros y los nacionalistas como Federico Ibarguren, Rivadavia expresaba en el Río de la Plata la contrarrevolución.

"Había visto en Francia que la reforma y las libertades constitucionales eran allí una consecuencia inmediata de la política de reacción contra los atentados de la licencia democrática y del régimen militar provocados por la Revolución Francesa. Y él, que por genio, por educación y por propósitos había mirado siempre con aversión los espantosos escándalos de la demagogia, sintió retempladas con eso sus viejas tradiciones españolas y el temperamento aristocrático de su espíritu."[342]

5. Rivadavia frente a San Martín y Bolívar

---

[341] López, ob. cit., T. EX, p. 64.

[342] Ibíd.

El consúl norteamericano en Buenos Aires, John Murray Forbes, escribía a su secretario de Estado, Adams:

"Esta ciudad recibió loca de alegría la más importante noticia del Perú que jamás haya conmovido el corazón de este pueblo... salvas de artillería en el fuerte, fuegos de artificio por todos lados y acordes musicales por todas las bandas militares, acompañados por aplausos y cantos patrióticos de centenares de ciudadanos, por todos los ámbitos de la ciudad".

Añadía significativamente:

"Hay personas de alto rango que han recibido la gloriosa noticia con reacciones equívocas, consternados por el anuncio de los patriotas de una próxima visita del gran regenerador, único que sería capaz de cambiar aquí la opinión pública".[343]

Gabriel Rene Moreno recuerda en su obra la campaña sistemática de la prensa porteña contra Bolívar en El Argos y El Nacional, papeles oficiales del ministerio rivadaviano:

"El grupo de intelectuales de El Nacional era, sin disputa, la nata del unitarismo trascendente. Así califico al porteñismo, autor de los dos desasimientos del Norte y de Oriente en las Provincias Unidas, para los fines de una hacedera hegemonía concéntrica; así califico al porteñismo del apartamiento del Plata en América para la más peculiar y expedita europeización de brazos, capitales y comercio. Los contrarios, es decir, los amantes de la gran Patria argentina, promotores en Buenos Aires de la reconstrucción nacional en forma federativa dentro de los límites y con los vínculos del virreynato, mirando hoy más que nunca en menos aquellas ideas y miras bonaerenses, sentíanse firmes, alentando unidos con la muchedumbre que celebraba en calles y plazas la victoria de América. Pero es la verdad que social y políticamente nunca pasaron de ser una porteña minoría... bien pronto, junto con la propia muchedumbre, fue esa minoría arrollada en la provincia por el particularismo positivista del otro bando".[344]

Mientras el pueblo de Buenos Aires celebraba conmovido la victoria de Ayacucho, los ingleses se ocupaban de cosas prácticas. Se firmaba el tratado de amistad y comercio con Gran Bretaña: ésta reconocía diplomáticamente, en cambio, a las Provincias del Río de la Plata. El tratado era del mismo género que el firmado poco antes en Colombia y que mereció el conocido juicio de Bolívar. Pero en Buenos Aires no se libraba ninguna batalla por la independencia y tampoco había en la "ciudad hanseática" ningún Bolívar. El general San Martín había abandonado el país con riesgo de su vida, vencido por Buenos Aires. Era un proscripto en Europa.

[343] John Murray Forbes, Once años en Buenos Aires, Emecé, Buenos Aires, 1956, p. 340.

[344] Moreno, ob. cit., p. 65.

Poco antes el Deán Funes escribía al ministro Mosquera: "El General San Martín se halla aquí: es muy menguada la acogida que se le ha hecho. Parece que el 15 de éste se embarca para Londres llevando consigo a su hija".[345]

La inquina rivadaviana a San Martín no era inferior a la profesada a Bolívar.

6. La tutela marítima inglesa

Las rivalidades angloyanquis de la época permiten conocer en la correspondencia oficial de Mr. Forbes una opinión descarnada sobre el tratador angloporteño:

"Su ostensible reciprocidad, escribe a Adams en una carta particular, es una burla cruel de la absoluta falta de recursos de estas provincias y un golpe de muerte a sus futuras esperanzas de cualquier tonelaje marítimo. Gran Bretaña empieza por estipular que sus dos y medio millones de tonelaje, ya en plena existencia, gozarán de todos los privilegios en material de importación, exportación o cualquiera otra actividad comercial de que disfruten los barcos de construcción nacional y a renglón seguido acuerda que los barcos de estas provincias (que no tienen ninguno) serán admitidos en iguales condiciones en los puertos británicos, y que sólo se considerarán barcos de estas provincias a aquéllos que se hayan construido en et país y cuyo propietario, capitán y tres cuartas partes de la tripulación sean ciudadanos de estas provincias. ¿Cómo podrá esta pobre gente del Río de la Plata encontrar un motivo para construir barcos a un costo que sería el triple o el cuádruple de su precio en Europa para entrar en estéril competencia con tan gigantesco rival?".[346]

El comercio libre inaugurado por la Revolución de Mayo y confirmado por este tratado, permitía la llegada a Buenos Aires, como al Brasil, de los artículos más inverosímiles de origen británico, entre ellos patines para hielo y braseros de hierro.[347]

Esta sencilla argumentación todavía despierta el lógipo furor de las oligarquías latinoamericanas, a un siglo y medio de la independencia política. Los propios norteamericanos, desaparecido su rival británico, ocupan el mismo lugar y practican la misma política que los Canning del siglo XIX.

7. Los intereses porteños y el Alto Perú

La sombra de Bolívar se agigantaba. En los periódicos gubernamentales de Buenos Aires se comenzaba a criticar cada vez con más aspereza al Libertador. Se le atribuían miras

[345] Archivo de Funes, ob. cit., T. III, p. 163.

[346] Forbes, ob. cit., p. 346.

[347] Véase Kauffmann, ob. cit., p. 141.

"imperialistas", que es el único antiimperialismo que se permiten los cipayos de todas partes y en todo tiempo. La prensa chilena juzgaba a Bolívar con idéntica desconfianza que sus colegas del Río de la Plata. En el diario El Liberal, octubre de 1824, advertían a Bolívar: "El día que Bolívar quisiese adoptar el sistema monárquico sería el último de su poder y de su gloria".[348]

Cabe advertir al mismo tiempo que el gobierno de Rivadavia nada disponía para actuar contra el mariscal Olañeta, que después de Ayacucho conservaba su dominio sobre las provincias altoperuanas. A título simbólico, proveyó dinero y recursos para 600 hombres de infantería y caballería que con las milicias salteñas al mando del general Arenales vigilaban la región del Norte argentino.

De este modo, la estrategia porteña buscaba crear una frontera y que Sucre y Bolívar terminasen a su costo la independencia. Pero el Congreso reunido en Buenos Aires contaba con algunos diputados que no eran porteños. El diputado Castro afirmó:

"Yo no me propuse solamente que nos pusiéramos a la defensiva; me propuse algo más. Me proponía, como necesidad del momento, no solamente la defensa de nuestro territorio libre, sino la restitución de nuestro territorio ocupado... en todos los casos en que han podido pronunciarse esas provincias, hoy ocupadas por el enemigo, se han pronunciado como parte integrante de territorio nuestro, por lo que en esta suposición nuestros congresos y asambleas han nombrado por ellas suplentes, y a su nombre también ha sido declarada la independencia del país".[349]

Tal era la posición nacional, la que asimismo sostendrá Bolívar pero que rechazaba la mayoría rivadaviana del Congreso Nacional y el propio Poder Ejecutivo, aunque parezca inverosímil. En ese momento llega la noticia de que Olañeta ha muerto a manos de sus propios partidarios. Sucre ocupa con sus fuerzas, después de Ayacucho, todo el territorio del Alto Perú. La presencia triunfante de Bolívar en el continente no podía sino obstaculizar los planes monárquicos europeos de la camarilla de Rivadavia. ¡Y esas provincias del Alto Perú, con sus "CUÍCOS" e indios!

8. Europa y la independencia

El Deán Funes, agente diplomático de Colombia en Buenos Aires, le escribe a Mosquera,

---

[348] Cit. por Carlos A. Villanueva, El Imperio de los Andes, Ed. Paul Ollendorf, París, 1913, p. 99.

[349] Moreno, ob. cit., p. 44. A raíz de la llegada de una falsa noticia informando de un triunfo realista en Ayacucho, los godos de Buenos Aires andaban esos días "muy gallos y tiesa la cresta", según la expresión popular de la época.

ministro de Relaciones Exteriores de Bolívar:

"En una de las conferencias que he tenido con el Ministro (me ha dicho) que la causa de nuestra independencia ha de venir terminada de la Europa. Esta expresión me hizo estremecer". Y agregaba: "La opinión más general es que se trata de coronar aquí al Infante D. Francisco de Paula. No estoy ajeno de creerlo, pero me inclino más a que nuestra causa se ha puesto en manos del gabinete inglés. Hacen pocos días que partió para aquella Corte el Coronel Alvear en calidad de Plenipotenciario. Amigo, yo veo esto de muy mala data y no encuentro dónde fijar el pie, si no es en el consuelo de nuestro Libertador. Nada me fío de los ingleses".[350]

El general O'Leary, edecán del Libertador, comentando las presiones extranjeras sobre la política americana respondía al Deán:

"Convengo con usted que las repúblicas nuevas deben desconfiar enteramente de la mezquina y siniestra política de los gabinetes europeos. Estos no consultan sino sus propios intereses".[351]

La tendencia invariable de la burguesía porteña era reducir en todo lo posible el área territorial, conservar el puerto y la Aduana en sus manos, que proveían la mayor parte de los recursos fiscales, y librar a su suerte a las provincias mediterráneas, que carecían de productos exportables. El Alto Perú se volvía así una carga irritante para los porteños.

9. El Alto Perú en el antiguo virreinato

Hasta la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776, el Alto Perú estuvo políticamente subordinado al virreinato con sede en Lima. La economía altoperuana hasta esta fecha está interrelacionada tanto con el Bajo Perú como con las provincias del Litoral que llamaríase luego argentino, y naturalmente con Córdoba, Salta, Tucumán y Jujuy. El comercio de muías destinadas a las necesidades de la minería altoperuana adquirió una notable importancia económica. Nacidas en Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes, las muías invernaban en los potreros de Córdoba y pasaban por otros seis meses a Salta. En esta última provincia se verificaba anualmente una feria gigantesca donde se vendían hasta 60.000 muías.[352]

---

[350] Archivo de Funes, ob. cit., T. III, p. 226.

[351] Ibíd., p. 167.

[352] Véase Concolorcorvo, El Lazarillo de ciegos caminantes. Desde Buenos Aires a Lima, 1773, Ed. Ministerio de Instrucción Pública, Montevideo, 1963, p. 96.

Este comercio vitalizaba los vecindarios de las numerosas poblaciones que intervenían en su tránsito, fueran abastecedores de troperos, postas o intermediarios. Jujuy abastecía al Alto Perú con su ganado vacuno, destinado a los trabajadores de las minas de plata del Potosí. Además de la minería, las provincias altoperuanas contaban con una importante industria textil en Cochabamba, que abastecía con sus telas bastas a la población indígena, vendiendo sus tucuyos, bayetas y sombreros.

Pero la minería era sin duda la principal fuente de recursos del Alto Perú. Con la plata del cerro de Potosí adquiría los artículos industriales o alimenticios que necesitaba. La rutinaria explotación técnica de las minas a lo largo de tres siglos, no obstante, determinó una decadencia en la prosperidad del Alto Perú.[353]

Al crearse el virreinato del Río de la Plata, el empobrecimiento fue notorio. El nuevo virreinato que dará al puerto de Buenos Aires una importancia económica y política decisiva, acentuará la declinación altoperuana, así como pondrá de relieve el comienzo de la crisis en las provincias industriales de la era colonial. A través de Buenos Aires ingresan artículos de origen europeo y se derraman por el Litoral. Las provincias del Norte compiten ventajosamente con las industrias de provincias que se mantenían abasteciendo el Litoral y el Alto Perú. De este modo, si Buenos Aires y el Litoral antes de la creación del virreinato del Río de la Plata, eran mercados consumidores de los productos industriales del Tucumán, a partir de la apertura del comercio español europeo por el Río de la Plata, Tucumán y las restantes provincias del Centro y el Norte se convertirán en mercados consumidores de los productos europeos entrados por Buenos Aires. Tan sólo la debilidad constitutiva de la industria española para proveer en gran escala a las colonias americanas, pudo proteger indirectamente a las industrias criollas. La Revolución de Mayo de 1810, con la aparición del comercio inglés, asestará a esas industrias un golpe de muerte.

10. Los indios mitayos

En las minas altoperuanas trabajaban más de 15.000 indios mitayos, que eran reemplazados a medida que morían en el fondo de las minas. Los antiguos súbditos del Imperio incaico estaban obligados a prestar servicio forzoso en la extracción de mineral. Fueron inútiles todas las tentativas jurídicas de la Corona para reducir la crueldad de ese gigantesco proceso de genocidio.[354] Tanto los españoles como los criollos de las clases

[353] Véase Horacio W. Bliss, Del Virreynato a Rosas, Ed. Richardet, Tucumán, 1959, p. 69.

[354] Véase Ricardo Levene, Investigaciones acerca de la Historia Económica del Virreynato del Plata, vol. II, Ed.

propietarias de minas en el Alto Perú frustraron por su peso social toda tentativa de reforma. Aquellos indios que no morían en las minas, eran retenidos con diversos pretextos, cuando habían cumplido ya su turno, hasta que morían trabajando.

Al anunciarse los llamados a una mita, parte de los indios abandonaban a sus mujeres e hijos y se escondían en la cordillera. Eran buscados con milicias armadas y tropas de reserva, con la ayuda de caciques de indios (verdaderos cipayos quechuas) hasta que se reducía por la fuerza a los alzados. "Así, los mitayos eran conducidos a la muerte con seguridad, sin dejar de oír misa los domingos."[355]

Cuando llegaba el momento de concurrir a la mita, los indios que no habían huido salían a la plaza acompañados de sus padres, parientes y amigos. Se abrazaban mutuamente entre lágrimas y sollozos, después de recibir la bendición del cura ante la puerta de la Iglesia: "aumenta lo funesto y lúgubre de esta escena el son de los tamborcillos y de las campanas que empiezan a hacer la señal de rogativas"[356]

La mayor parte no regresaba jamás. Se llegó a temer la extinción de la población indígena. Los propietarios mineros se disputaban con los propietarios de tierras la mano de obra indígena, lo que originó innumerables conflictos en la política lugareña altopéruana.

Tres siglos después del célebre debate de Valladolid entre Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda sobre los indios, se replanteaba la cuestión. El fiscal en la Audiencia de Charcas y defensor de indios Victoriano de Villalba sostenía que la mita había logrado prevalecer porque "la causa de los ricos siempre tiene muchos abogados y la de los infelices apenas procuradores".

Pero en el intendente de Potosí se encarna otro Juan Ginés de Sepúlveda. Francisco de Paula Sanz ataca al fiscal afirmando que los indios "realmente no habían progresado desde los días de la conquista y no eran menos ociosos y estúpidos que antes. Admitida esa holgazanería, el servicio de la mita era útil y conveniente para los indios, pues los ponía en contacto con la sociedad civilizada y los hacía trabajar por un salario".[357]

11. Antagonismos económicos en el Alto Perú

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, 1928, p. 164.

[355] Gabriel René Moreno, Bolivia y Perú. Notas históricas y bibliográficas, Ed. Biblioteca de la Juventud Hispano-americana, 2ª ed., Santiago de Chile, 1905.

[356] Lynch, ob. cit., p. 170.

[357] Ibíd., p. 172.

La decadencia económica de esta región era irremediable.[358] Faltaban capitales para modernizar la explotación de las minas y la agricultura era primitiva. La expoliación de los indígenas no podía suplir la impericia, la abulia y el estilo rentístico de existencia de las clases altas del Alto Perú. Por otra parte, el librecambismo porteño y su desdén por las provincias de "arriba" chocaban con los intereses textiles de Cochabamba. Los mineros altoperuanos, debe añadirse, preferían adquirir el azogue para extraer la plata mediante el método de la amalgama, producido por las minas peruanas de Huancavélica, en lugar de comprar ese mismo mineral procedente de Europa a través de Buenos Aires, distante de Potosí más de 400 leguas. Así apareció en esa oportunidad una tentativa separatista, reforzada por la perspectiva de adquirir una salida sobre el Pacífico para su comercio. Del mismo modo que Buenos Aires no ofrecía ninguna ventaja económica a las provincias del Norte, las clases dominantes altoperuanas tampoco veían con interés una vinculación subordinada a Buenos Aires. Era notorio en 1825 que una relación dependiente de Buenos Aires había resultado funesta para las provincias llamadas ahora argentinas; y el Alto Perú sacó todas las conclusiones de este hecho.

12. El separatismo altoperuano

Si Buenos Aires no lograba dominar militarmente a las provincias del interior alzadas contra su usurpación, mucho menos estaba interesada en ampliar la órbita de sus problemas. La burguesía porteña carecía de todo concepto territorial de la Nación, ya que todos sus intereses la proyectaban hacia Europa. En tales circunstancias, el general Arenales escribe al gobierno pidiendo órdenes, pues "hombres sediciosos" promueven en el Alto Perú su separación de las Provincias Unidas.[359]

Sucre escribe, por su parte, a Bolívar:

"Parece que la provincia de Buenos Aires ha calculado que no está en sus intereses la reunión de estas provincias a la República".[360]

Las clases privilegiadas altoperuanas, por su parte, de antiguo agoda das y enemigas de la

---

[358] El capitán Joaquín Artachu era considerado el hombre más rico de Chuquisaca: tenia 200.000 pesos. Con 400 pesos anuales vivía en esa ciudad una familia de la clase "decente". (V Alcides Arguedas, Historia de Bolivia. La Fundación de la República, Ed. América, Madrid, p. 28.)

[359] Moreno, Ayacucho en Buenos Aires, p. 104. Se tendrá presente que el general Arenales operaba sobre Salta, donde los intereses regionales presionaban para mantener unidas al territorio nacional las provincias del Alto Perú.

[360] Ibíd., p. 127.

liberación de los indios, contemplan con temor la reincorporación a las Provincias Unidas. Allí existe un gobierno porteño que no controla la mayor parte de las provincias, dirigidas por caudillos militares armados y democráticos que podrían triunfar un día u otro y eliminar la condición semiservil de la mayoría de la población del Alto Perú. Aquellos intereses altoperuanos se radican en el comercio con el Pacífico y advierten en el separatismo indudables ventajas para conservar sin intrusiones peligrosas de ningún poder central, sus privilegios de comercio, de casta y de clase. El intérprete de estos intereses ante el general Sucre será el joven abogado Casimiro Olañeta, sobrino del mariscal.

Olañeta era un sinvergüenza locuaz, un maniático de la intriga. Había ocupado puestos públicos secundarios durante el gobierno español, pero cuando la suerte militar de su amado tío se volvio incierta, lo traicionó, pasándose al bando patriota. Se hizo confidente de Sucre y "le dio al gran mariscal extensas y exactas noticias del estado en que se hallaban las tropas realistas".[361]

Este Olañeta era el característico abogaducho colonial que describe Gonzalo Bulnes, "sofistico, intrigante, subterráneo", producido por la ciudad universitaria y aristocrática de Chuquisaca. Allí viven los opulentos mineros de Potosí, atraídos por su clima más suave y por la fama de la Atenas del Plata, como se la llamaba. Chuquisaca contaba con 20.000 habitantes, "con sola la mitad presentables, porque la otra mitad se componía de indios, de negros y de castas"[362]

Olañeta pertenecía a la "mitad presentable" del Alto Perú y en tal carácter asumió la voz de los mineros y terratenientes que abogaron ante Sucre por declarar la independencia con respecto al Río de la Plata. Bolívar en el Perú, absorbido por los numerosos problemas de la Gran Colombia, había dejado a Sucre la tarea de ocupar militarmente las provincias altoperuanas. El vencedor de Ayacucho decidió, ante las presiones que lo agobiaban y en las que él creía ver la opinión de "los pueblos", convocar a un Congreso a las provincias altoperuanas, para "decidir de su suerte y sancionar un régimen de gobierno provisorio"[363]

13. El nacionalismo latinoamericano de Bolívar

Inmediatamente el ministro de guerra de Bolívar, general Tomás Heres, escribió a Sucre

---

[361] Sabino Pinilla, La creación de Bolivia, Ed. América, Madrid, p. 102.

[362] Gonzalo Bulnes, 1810. Nacimiento de las Repúblicas americanas, T. I, Librería La Facultad, Buenos Aires, 1927, p. 244.

[363] Pinilla, ob. cit., p. 107.

por orden del Libertador reprobando la idea "de que fuese el pueblo de las cuatro provincias del Río de la Plata al que se debía dejar la libertad de constituirse, porque esto habría sido dar un terrible ataque a los derechos de la nación argentina e infringir el de gentes, reconocido hasta hoy en la América antes española; V. S., dando el decreto de que habla para reunir una Asamblea de las provincias del Alto Perú, comete un acto de formal reconocimiento de su soberanía... Si se reuniese esta Asamblea se daría a los pueblos todos un funesto ejemplo, que vendría a debilitar la asociación y a fomentar la anarquía... S. E. (Bolívar) me manda decir aV. S. que el asunto de las cuatro provincias del Alto Perú debe quedar in statu quo, sin hacer innovación alguna que, directa o indirectamente pueda perjudicar los derechos de las Provincias Unidas del Río de la Plata".[364]

Sucre quedó alelado ante esta actitud del Libertador. Era muy cierto que desde el momento en que el Gran Mariscal de Ayacucho asumió el gobierno militar del Alto Perú había insistido ante Bolívar pidiendo instrucciones sobre las medidas políticas que debía adoptar. Bolívar se había mantenido en silencio. Pero cuando Sucre resolvió actuar por sí mismo y convocar el Congreso altoperuano, Bolívar descargó un rayo sobre él. Al responderle a su fiel lugarteniente, que poco entendía de política, Bolívar evoca sus viejas lecturas francesas: "Yo mismo no sabía lo que debía decir a usted... Rousseau aconseja que cuando se ignore lo que se debe hacer, la prudencia dicta la inacción para no alejarse uno del objeto a que se dirige; porque puede uno adoptar mil caminos inciertos en lugar del único que es recto".[365]

Pero la clara exposición de la política bolivariana frente a las provincias altoperuanas la formulará el Libertador en una carta del 2 de febrero de 1825 a Sucre:

"Ni usted, ni yo, ni el Congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es, que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreynatos, capitanías generales, o presidencias como la de Chile. El Alto-Perú es una dependencia del Virreynato de Buenos Aires; dependencia inmediata como la de Quito de Santa Fe, Chile, aunque era dependencia del Perú, ya estaba separada de él algunos años antes de la revolución, como Guatemala de la Nueva España. Así es que ambas a dos de estas presidencias han podido ser independientes de sus antiguos virreynatos; pero ni Quito ni Charcas pueden serlo en justicia, a menos que por un convenio entre partes, por resultado de una guerra o de un congreso se logre entablar y concluir un tratado. Según dice usted piensa convocar una asamblea de

[364] Ibíd., p. 125.

[365] O'Leary, ob. cit., p. 444.

dichas provincias. Desde luego la convocación misma es un acto de soberanía. Además, llamando usted estas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata. Desde luego, usted logrará con dicha medida, la desaprobación del Río de la Plata, del Perú y de Colombia misma, que no puede ver ni con indiferencia siquiera, que usted rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito por los antiguos límites del antiguo virreynato... Yo he dicho a usted de oficio lo que usted debe hacer, y ahora lo repito. Sencillamente se reduce a ocupar el país militarmente y esperar órdenes del gobierno".[366]

14. La oligarquía de Buenos Aires renuncia al Alto Perú

Pero el error de Bolívar no residía en su concepción de la cuestión nacional en América Hispánica, sino en la actitud que iría a adoptar la burguesía porteña. Nadie, ni siquiera el Libertador, podía concebir, a pesar de lo bien que conocía Bolívar el carácter político y social de la oligarquía del Plata, que ésta renunciara espontáneamente a privarse del Alto Perú, automu tilar la soberanía argentina. Pero así ocurrió, en efecto. Al informarse el Congreso rivadaviano de los acontecimientos de Ayacucho, resolvió enviar una delegación formada por el general Alvear y Álvarez Thomas a cumplimentar a Bolívar sobre sus triunfos.

Al mismo tiempo, debía solicitar al Libertador su apoyo para concluir la guerra con el Imperio del Brasil, que ocupaba la Banda Oriental. En el mismo acto, el Congreso rivadaviano declaraba el 9 de mayo de 1825 "que aunque las cuatro provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a la Argentina, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad".[367]

Esta resolución ratificaba la posición separatista asumida por Sucre, opuesta a la política bolivariana de formar grandes Estados en la América Meridional y confederarlos a todos ellos. El gobierno rivadaviano, que no era representativo de las provincias, por lo demás, envió a Sucre una nota felicitándolo "por la habilidad y buen juicio con que ha sabido garantizar los derechos de los pueblos que ha libertado".[368]

La rica factoría porteña se encogía de hombros, estrechaba los cordones de su bolsa y

---

[366] Ibíd., p. 439.

[367] Pinilla, ob. cit., p. 139.

[368] Ibíd.

dejaba a los "CUÍCOS" que se las arreglasen solos.[369]

Alborozado, Sucre se dirigió a su jefe, subrayando con ingenua satisfacción su acierto:

"Los documentos oficiales que hoy remito manifestarán a usted que mis pasos, en lugar de ser falsos, como antes se creyó, han marchado sobre conocimientos del estado del país, y que el Congreso y el Gobierno argentinos, no sólo han confirmado, sino que han aplaudido mi conducta".[370]

La provincia de Tarija, por exigencias de Bolívar, no quedaba incluida en la maniobra separatista. Pero se desprendió al año siguiente de la soberanía argentina, casi al mismo tiempo que la Banda Oriental. ¡Bolívar no podía creer en la resolución porteña! "Bolívar miró la noticia de esta ley como una patraña que habían forjado en Córdoba o Salta. ¡No lo podía creer! Tuvo Sucre que enviarle en copia auténtica los documentos. Se rindió entonces a la evidencia."[371]

No repuesto aún de su sorpresa, al festejar la llegada de la misión argentina encabezada por Alvear en Potosí, el Libertador brindó por "el Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata cuya liberalidad de principios es superior a toda alabanza y cuyo desprendimiento con respecto a las provincias del Alto Perú es inaudito".[372]

¡Inaudito! Tal era, en efecto, el desprendimiento de la oligarquía porteña, que si carecía de concepto territorial de la Nación era justamente porque no era una clase nacional. La noción del espacio geográfico soberano aparece cuando se han generado las condiciones de producción capitalista requeridas para ese espacio, cuando el interés dinástico anticipa las condiciones políticas de esa soberanía, o cuando un puñado de patriotas afirma los derechos de la Nación.

El regionalismo exportador en América Latina demostraría que sólo era apto para formar Estados, en modo alguno Naciones.

El diario rivadaviano El Nacional se preguntaba el 16 de marzo de 1826 si el Deán Funes

---

[369] El general Juan Bautista Bustos, gobernador de Córdoba, escribía al Deán Funes: "Soy de opinión que los pueblos del Perú no se unen a nosotros y las razones que pesan en mi juicio son las siguientes: lo. Haber sido libertados por las tropas de Colombia, sin sufrir estragos y saqueos, una oposición cuasi natural hacia estos pueblos de abajo y principalmente a esa Provincia (Buenos Aires). 2o. Que los ejércitos nuestros que han subido, no han servido para otra cosa que para dar más fuerzas al enemigo y hacer bastantes estragos en los hijos de aquel país, tanto en sus intereses, cuanto en sus personas y familias. 3o. La inmoralidad que han acostumbrado, en aquellos destinos que es lo que más separó a los peruanos de nuestras tropas y hasta hoy en el día cuando ven alguno de estos pueblos preguntan si es Porteño Judío y así otras mil razones que me confirman en mi opinión".

[370] Pinilla, ob. cit., p. 140.

[371] Busaniche, ob. cit., p. 209. Asimismo véase Moreno, ob. cit., p. 17.

[372] Mariano de Vedia y Mitre, El Deán Funes, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1954, p. 625. (V. Archivo de Funes, T. II, p. 379.)

podía y debía ser diplomático de un "gobierno extranjero". Funes respondió en El Ciudadano: "Sí, debe serlo, porque la causa de Colombia es la causa de las Provincias Unidas".

Recuérdese a ese respecto que Monteagudo había declarado que su patria era toda América y que San Martín estipuló en la Constitución del Perú que eran ciudadanos del Perú todos los nacidos en América.

15. Provincias altoperuanas constituyen la República Bolívar

Convocada por Sucre, la Asamblea de diputados del Alto Perú postergó su reunión durante una semana, a la espera de las noticias que se aguardaban de Buenos Aires. El 17 de julio se supo oficialmente que el Puerto se desentendía del destino de las provincias altoperuanas. Ebrios de alegría, los diputados separatistas se dispusieron a crear una nueva Nación. A pesar de las simpatías de Sucre por esta solución, la Asamblea de encomenderos y abogados abrigaba el temor de que Bolívar se resistiese a aprobar el proyecto. Comenzó entonces la "deificación" de Bolívar. La Nación soberana cae de rodillas ante el Libertador, "padre común del Perú", dice la Asamblea en una resolución, "del salvador de los pueblos, del hijo primogénito del Nuevo Mundo, del inmortal Bolívar. Con Vuecencia lo mandaremos todo, todo lo somos con su ayuda...".[373]

Concluyeron solicitando del Libertador un proyecto de Constitución. Pretendían así ganarse la buena voluntad de Bolívar. Entre los diputados serviles no figuraba Murillo, aquel soldado mestizo que se había hecho matar por los absolutistas por la libertad de América, ni el cura Muñecas. Eran los mineros, terratenientes, hacendados y verdugos de indios los que clamaban por la protección del Libertador victorioso. Asistía una "selecta concurrencia y en que las damas de la alta sociedad no eran las menos recatadas para expresar con grandes aclamaciones su entusiasmo patriótico"[374]

Presidía la Asamblea el Dr. José María Serrano, antiguo diputado por Charcas al Congreso de Tucumán, que en 1816 había declarado la Independencia de las Provincias de Sudamérica, convertido ahora junto al traidor zuelo Olañeta en furioso separatista. Antes que Bolívar recibiese los plácemes aduladores, la Asamblea discutió la cuestión de crear un nuevo Estado. Resultaron mayoría los diputados que apoyaban la independencia del Alto Perú, seguidos por una minoría que sostenía la incorporación al Perú y por otra, menos numerosa todavía, que apoyaba la reincorporación a las Provincias Unidas del Río de la Plata.

---

[373] Arguedas, ob. cit., p. 256.

[374] Ibíd.

La Asamblea resolvió en definitiva fundar la República Bolívar, ofreciendo así su mayor tributo al Libertador. De acuerdo a tal resolución, Bolívar ejercería el supremo poder de la República por todo el tiempo que deseara residir en ella; fuera de su territorio, gozaría de los honores de Protector y Presidente.[375]

16. Medallas y estatuas al vencedor

Por añadidura, los cautelosos diputados resolvieron que el 6 de agosto, día del triunfo de Junín, sería declarado fiesta cívica; que el nacimiento del Libertador, también sería fiesta cívica después de muerto Bolívar. Los retratos de Bolívar serían colocados en todos los edificios públicos; en cada capital de departamento de la nueva República sería erigida una estatua ecuestre de Bolívar. Además, se le entregaría al Libertador una medalla de oro guarnecida de brillantes (del tamaño que fijase Sucre).

Para Sucre, los honores eran también considerables, aunque ligeramente menores. Por ejemplo, Sucre tendría también su estatua en cada capital de departamento, pero en vez de ser ecuestre, como la de Bolívar, sería sobriamente pedestre. La adulonería en el Alto Perú conocía todos los matices del arte. A Sucre también se le entregaría una medalla de oro; la capital de la nueva República llevaría su nombre y su aniversario de nacimiento sería fiesta cívica (después de su muerte). Al ejército vencedor de Ayacucho se le haría entrega de un millón de pesos; para conseguir esa suma los diputados solicitaban a Bolívar la gestión de un préstamo. Y para que nada quedase en el olvido, los diputados se asignaron enseguida dietas a sí mismos.

De este modo, el hombre que se proponía crear una gran Nación Latinoamericana con las provincias emancipadas de España, era convertido en el fundador de una provincia erigida en Nación.

17. La actitud de Bolívar

Bolívar concluyó aceptando la decisión de la Asamblea. Inició una gira triunfal por las ciudades de Bolivia, como finalmente llamóse a la nueva República. Repitió en la nueva Bolivia las medidas que había adoptado en Perú sobre la situación de los indios. Fue una oleada revolucionaria de leyes y decretos, que sucedía a la catarata jurídica de la Revolución de Mayo, la que a su vez prolongaba la legislación justiciera, aunque abstracta, de las Leyes

---

[375] Ibíd., p. 263.

de Indias. En esta materia, la Revolución hispanoamericana fue obra de abogados dispuestos a barrer con todo lo antiguo, menos con las relaciones de propiedad.

En 1811 y en 1813 el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata abolía los tributos indígenas, y declaraba extinguida la mita, la encomienda, el yanaconazgo y el servicio personal de los indios "baxo todo respecto, y sin eseptuar aún el que prestan a las Iglesias". [376]Pero, como dice Reyeros, "a los encomenderos españoles, sucedieron los hacendados criollos".[377]

Bolívar prosiguió esta triunfal revolución sobre el papel declarando extinguida en Bolivia la autoridad de los caciques indígenas y declarando a todos los indios, ciudadanos. Vuelve a abolir el servicio personal, o pongo. La ley bolivariana "se obedece pero no se cumple", como en tiempos del rey.

O se destruía de raíz la propiedad latifundista, o la superestructura jurídica que pretendía elevar el Libertador, serviría para solaz de los juristas. Así ocurrió, en efecto. El mismo destino corrieron las peligrosas innovaciones pedagógicas del extraordinario maestro de Bolívar, don Simón Rodríguez, venido a la América liberada para realizar bajo la protección de su antiguo discípulo sus proyectos educacionales.

18. Don Simón Rodríguez en el Alto Perú

Organizador de la enseñanza en Bolivia, durante la presidencia de Sucre, que veía con temor sus atrevidas iniciativas, don Simón desata un gran escándalo en la sociedad altoperuana. Si Bolívar pretendía confederar a los Estados americanos, don Simón no abrigaba pretensiones menores. Se propuso en Bolivia "educar a todo el mundo, sin distinción de razas ni colores... Sucre temía la confusión de las escuelas, porque ello equivalía a herir de lleno los prejuicios que imperaban en Bolivia. A don Simón poco importaban las protestas impertinentes contra todo lo que hacía y deshacía" [378]

El pedagogo revolucionario, aquél ante quien Bolívar hacía veinte años había jurado en el Monte Sacro la libertad del Nuevo Mundo, tomaba al pie de la letra el juramento de su discípulo y sus propias ideas. Estableció en las escuelas bolivianas que fundó, la enseñanza de los oficios manuales, albañilería, carpintería y herrería junto a la instrucción primaria, "lo

[376] Rafael Reyeros, El pongueaje. La servidumbre personal de los indios bolivianos, Ed. Universo, La Paz, 1949, p. 139. Este autor estima que durante tres siglos de régimen de la mita en Potosí murieron 8 millones de indios.

[377] Ibíd., p. 140.

[378] Cova, ob. cit., p. 72.

que escandalizó a los padres de familia, que no querían ver a sus hijos convertidos en humildes artesanos, sino en literatos, doctores, escritores y tribunos".[379]

Don Simón era llamado "loco" por las familias de la buena sociedad, indignadas al advertir a sus niños mezclados con indiecitos y cholos. Pero don Simón tenía un concepto claro de su tarea:

"La intención no era, como se pensó, dirá luego, llenar el país de artesanos, sino instruir y acostumbrar al trabajo, para hacer hombres útiles, asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento. Era colonizar el país con sus propios habitantes".

Como también alarmaba que incluyera niñas en las escuelas, agregaba: "Se daba instrucción y oficio a las mujeres para que no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia".[380]

J. A. Cova lo llama "primer socialista americano". Educación de los sexos, oficios y artes para indios y cholos, tierras para siervos, este programa revolucionario superaba en la petrificada sociedad altoperuana todo cuanto pudiera imaginarse.

La pérfida aristocracia de esa aldea, que absorbía la sangre indígena desde hacía generaciones, no estaba dispuesta a tolerar al maestro, como no toleraría un minuto más de lo necesario al discípulo, según se verá luego. Para llevar a cabo la escuela reformadora del gran don Simón, era preciso que Bolívar hiciese la revolución agraria en el país que lleva su nombre, lo que el Libertador no hizo. ¡Una revolución disertante! De esas revoluciones América independiente sufrirá hasta el hartazgo en los próximos cien años. Y bien lo sabía don Simón cuando le decía en una carta a Bolívar:

"Sólo usted sabe, porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas es menester gente nueva; y que de la que se llama decente, lo que más se puede conseguir es el que no ofenda".[381]

19. La Constitución bolivariana

Pero el hecho decisivo que pondrá en movimiento los múltiples factores de disolución de la Gran Colombia, es la Constitución que el Libertador ha redactado para la República de su nombre y que se propone hacer adoptar en Perú y Colombia. La célebre Constitución bolivariana dice en su parte esencial:

---

[379] Ibíd.

[380] Ibíd., p. 127.

[381] Ibíd., p. 87.

"Título V. Del Poder Ejecutivo. Art. 76: El ejercicio del Poder Ejecutivo reside en un presidente vitalicio, un vicepresidente y tres secretarios de Estado. Art. 77: El Presidente de la República será nombrado la primera vez por la pluralidad absoluta del cuerpo legislativo. Art. 82: Las atribuciones del Presidente son: Proponer a las Cámaras el vicepresidente. 3: Separar por sí solo al vicepresidente. Art. 80: Por renuncia, muerte o ausencia del Presidente, el vicepresidente le sucederá en el mismo acto".[382]

El texto de la Constitución cayó como un rayo sobre las diversas fracciones de las políticas lugareñas. Gil Fortoul escribirá que "el autoritarismo paternal de Bolívar se hubiera sustituido al régimen español... era en realidad la única transición razonable entre la Colonia y la República" [383]

La estructura social de la América independiente requería o la existencia de un poder económico centralizador, para recrear en su torno un Estado unificado, o un poder político-militar que cumpliese un papel análogo. Pero se carecía de ambos factores por la debilidad constitutiva de la herencia legada por España. Bolívar pretendió sustituir aquellos factores por un monumento jurídico que no resistió la menor presión de los intereses reales. Su presidencia vitalicia, que era una forma simulada de monarquía, fue resistida hasta por las armas por aquellos mismos terratenientes y comerciantes del partido santanderino que pocas décadas después serían la base del despotismo iletrado del Bisonte Gómez, dictador de Venezuela durante más de treinta años.

Pero enfermo de la enfermedad jurídica del siglo y asediado por legiones de abogados chuquisaqueños y limeños (¿quién hubiera podido resistirlo?), Bolívar disfrutó raras horas de felicidad intelectual redactando una Constitución para su "amada Bolivia".[384] Embriagado por el honor bautismal que le conferían los astutos doctorcitos altoperuanos antes de traicionarlo, ya le falta muy poco al Libertador para medir la magnitud de su tragedia.

---

[382] Busaniche, ób. cit., p. 224.

[383] Ibíd.

[384] El 14 de septiembre de 1830, en vísperas de morir, Bolívar escribía una carta a Santa Cruz donde concluía diciendo: "Mil cariños de mi parte a mi Bolivia". A fundador de provincias había quedado reducido el gran unificador

CAPÍTULO VIII

Fragmentación en el Plata

"La ciudad y territorio de Montevido debería independizarse definitivamente de cada país, en situación algo similar a la de las ciudades Hanseáticas en Europa."[385]

Canning a Ponsonby.

El predecesor de Canning, había sido en su tiempo el verdadero político del gabinete británico. Castlereagh era un hombre frío, poco inclinado al "romanticismo" de las aventuras marítimas. Creía que el interés británico en relación a las colonias españolas era puramente comercial. Eran necesarias como mercados, en modo alguno como territorios a conquistar. No podía descubrirse en este altivo legitimista la menor dosis de irracionalidad romántica. La burguesía industrial había encontrado en la vieja aristocracia el mejor agente de sus intereses. Podía dedicarse tranquilamente a fabricar artículos de ferretería y acumular capital.

La guerra latinoamericana de Independencia puso en movimiento al gabinete británico, que hasta ese momento reducía su política ante las colonias a cierta forma de inmovilidad expectante. Allí donde los criollos tomaban el poder y controlaban el territorio, se abrían las puertas al comercio inglés, a los créditos usurarios y al cónsul del Imperio. Dos razones había al principio para esta política: la primera, eran las necesidades fiscales de los nuevos Estados, que el comercio, libre de las trabas españolas, satisfacía con cierta abundancia. La segunda, y no última, se fundaba en que Gran Bretaña, en virtud de sus intereses comerciales, aparecía como el principal obstáculo a la concertación de una Santa Alianza de la Europa reaccionaria contra las colonias españolas.

La "anglomanía" latinoamericana de la época es preciso buscarla en esas dos razones estrechamente vinculadas a la situación de la política europea. De distintos orígenes se han escuchado voces que señalan a San Martín y Bolívar como "proingleses", en virtud de sus iniciales vinculaciones con las logias masónicas españolas o británicas. Ya hemos considerado el problema de la masonería y del liberalismo del siglo XIX en otra parte.[386]

También en la Alemania de 1820 estaba de moda la anglofilia. "Los alemanes contemporáneos estaban aún llenos de admiración por Inglaterra." Unos elogiaban el régimen constitucional; otros, su poder marítimo; otros, la patria de Adam Smith y de Locke. Federico

---

[385] Ciudades hanseáticas eran aquellas ciudades alemanas libres, reunidas en una confederación para ejercer el monopolio comercial en el Báltico y que florecieron entre el siglo XIII y el siglo XVII.

[386] Véase Jorge Abelardo Ramos, Historia política del Ejército Argentino, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1959.

List la consideraba la nación predominante y Marx estudiaría la economía inglesa como su modelo de análisis del capitalismo.[387]

Y aunque los revolucionarios hispanoamericanos no sufrieran de anglomanía, buscaban ayuda allí donde podían encontrarla, fueran cuales fueran las causas que motivaban esa ayuda y sin tomar en cuenta, por el momento, el costo de tal desinteresada colaboración. Para Bolívar y San Martín, la primera condición de la lucha era la emancipación del absolutismo español y ser independientes, unidos, si esto era posible, desunidos si esto era, por el momento, inevitable.

1. La rivalidad angloyanqui en América Hispánica

La rivalidad angloespañola se manifiesta agudamente durante todo el siglo XVIII en la disputa por el control de las Indias. Además, las contradicciones entre Estados Unidos e Inglaterra, cuando ya España era considerada "el enfermo de la Europa", equiparada a los turcos, asumen un abierto carácter al comenzar las guerras de la Independencia. Pues la política británica no sólo logra insinuarse comercialmente en las colonias españolas en el mismo momento en que los ingleses eran aliados de España durante la guerra contra Napoleón -lo que constituía en sí mismo un prodigio de certera ambigüedad-, sino que logra desplazar a los norteamericanos del comercio con América del Sur.

Los documentos diplomáticos y consulares del siglo XIX consignan gran parte de la ira norteamericana ante la voracidad de sus primos ingleses. Se tendrá en cuenta que Estados Unidos, aprovechando su condición de neutral ante las guerras europeas, en las que estaban frecuentemente envueltas tanto España como Inglaterra, gozaba de las ventajas que a los neutrales acordaba España para comerciar con las Indias. De este modo, la marina mercante norteamericana estableció estrechas relaciones mercantiles con los puertos del Pacífico, en especial con Chile, comerció intensamente con el Caribe, Venezuela, México y el Río de la Plata. Este comercio constituía hacia 1806 el 12% del valor total de sus exportaciones.

La industria y el comercio norteamericano alimentaban grandes esperanzas en el gigantesco mercado que se ofrecía sin esfuerzo en el Sur.[388] Pero el proceso revolucionario latinoamericano abre las puertas al comercio libre en todas las antiguas colonias españolas. Los agentes británicos obtienen franquicias exclusivas para sus manufacturas, que inundan el

---

[387] Véase Karl Mannheim, Ensayos sobre sociología y psicología social, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1963, p. 151.

[388] Véase Whitaker, ob. cit., p. 28.

continente. Indignaban a los yanquis los privilegios obtenidos por Inglaterra, en detrimento de todo otro competidor. El gobierno de Buenos Aires otorgaba en 1811 trato preferencial a los navios británicos. En ese año, el agente norteamericano informaba a su gobierno que lo mismo ocurría en La Guaira, Venezuela. Ilustrativo ejemplo; en ese puerto, los ingleses obtenían una reducción del 25% sobre todos los impuestos de importación y exportación. Idéntica franquicia gozaban en Brasil, al que se había transferido la vieja influencia inglesa sobre Portugal, desde los felices tiempos del monstruoso tratado de Methuen.[389] En el Caribe, el comercio libre ejercía los mismos efectos.

2. El fundamento de la política británica

El poder de penetración británica en América del Sur era tan irresistible como la fuerza marítima e industrial sobre la que se apoyaba. La gran potencia europea era formalmente indiferente a la suerte de las recién liberadas colonias españolas; pero extraoficialmente les vendía armas (de fuentes particulares), obtenía mercados para sus manufacturas, aumentaba los ingresos fiscales de los jóvenes puertos sudamericanos y contenía con diversas maniobras las tentativas reaccionarias de Europa para ayudar a España a recobrar sus colonias.[390]

Esta espectacular posición económica y diplomática de Gran Bretaña permite explicar el papel que jugó durante todo el siglo XEX en la vida de América Latina y por qué los libertadores aceptaron o buscaron su ayuda. Artigas había desaparecido de la escena, San Martín había emigrado y Bolívar estaba próximo a morir, cuando Gran Bretaña consume su proeza diplomática de separar la Banda Oriental de las viejas Provincias Unidas del Río de la

389 Dicho tratado transformó a Portugal en una colonia económica de Inglaterra. Su negociador, John Methuen, redactó un acuerdo de sólo una página que conservaría la historia. Methuen era hermano de un fabricante de paños, lo que no dejó de atraer críticas sugestivas. Según su rendición de cuentas en el Parlamento, Methuen había llevado a Portugal fuertes sumas de dinero para soborno. Gastó 44.000 monedas de oro, fuera de un lote de exquisitas joyas. Sobornó, al parecer, al confesor del rey, el jesuíta Sebastiao de Magalhaes, quien pudo dotar así a dos sobrinas; al secretario de Estado, Roque Mon teiro Paim, y al firmante del Tratado, el marqués de Alegrete, dichoso comprador y ocupante, al día siguiente, de un suntuoso palacio. Fuera del picante escándalo, una historia detallada del Tratado puede encontrarse en Nelson Werneck Sodré, As ragoes da independencia, Ed. Civilizacáo Brasileira, Río, 1965, p. 15.

390 "Hispanoamérica vino a depender virtualmente casi por completo de las importaciones británicas durante las guerras napoleónicas, y después de su ruptura con España y Portugal se convirtió en una casi total dependencia económica de Inglaterra, aislada de cualquier interferencia política de los posibles competidores de este último país. En 1820, el empobrecido continente ya adquiriría más de una cuarta parte de telas de algodón inglés que Europa; en 1840 adquiría la mitad que Europa... La expansión de la industria inglesa pudo financiarse fácilmente al margen de las ganancias corrientes, por la combinación de las conquistas de sus vastos mercados y una continua inflación de precios productora de fantásticos beneficios. No fueron el cinco o el diez por ciento, sino centenares y millares por ciento los que hicieron las fortunas de Lancashire." (V. Eric J. Hobsbawn, Las revoluciones burguesas, Ed. Guadarrama, Madrid, 1964, p. 57.)

Plata.

La clásica política balcanizadora del Imperio británico, ya practicada en la península ibérica, encontró en las debilitadas colonias americanas una ocasión óptima. Los ingleses se movieron sutilmente en el gran drama. Sostuvieron la política de las oligarquías disociadoras, cuando no les sugerían al oído la fórmula, como ocurrió con el desgarramiento de la Banda Oriental.

Al abandonar desde Castlereagh toda política de conquista territorial en América Latina, el gobierno británico funda su acción en la libertad comercial irrestricta. Todos sus actos giran alrededor de esta perspectiva. Rechazará en defensa de esa política hasta pedidos de protectorado que le dirigieron personajes tan despreciables de la política rioplatense como el funesto Manuel José García o el general Carlos de Alvear.[391] Su criterio era empírico. Ya había probado el aceite hirviente y el acero criollo en 1806. Nada hará modificar al gabinete británico su esencial estrategia económica. Su marina mercante le interesaba más que su marina de guerra, aunque mantenía siempre la pólvora seca: el bloqueo anglofrancés contra Rosas demostrará que los gerentes dejaban su lugar a los almirantes, si era preciso. La experiencia histórica demostró que tenía razón.

3. La estructura política del virreinato

El virreinato del Río de la Plata estaba dividido en ocho Intendencias, según el modelo francés adoptado por los Borbones españoles. Fuera de la Intendencia de Buenos Aires (incluyendo la Banda Oriental), estaban incluidas en la jurisdicción virreinal las Intendencias del Paraguay (incluyendo trece de los treinta pueblos de las Misiones); la de La Plata, o sea, Charcas, luego Chuquisaca, la actual Sucre; la de Cochabamba, incluyendo Santa Cruz de la Sierra; la de La Paz; la de Potosí, con el resto del territorio altoperuano. También eran Intendencias Córdoba y Salta. La segunda incluía los territorios de San Miguel de Tucumán, Jujuy, Santiago del Estero y Catamarca.

La Intendencia de Córdoba incluía La Rioja, Mendoza, San Luis y San Juan. Había

---

391 Manuel José García, el lacrimoso lacayo, escribía a Lord Strangford en 1815 que si el Gobierno inglés no escuchaba las súplicas de la oligarquía porteña para otorgarle un protectorado en el Río de la Plata, tales circunstancias "conducirán al pueblo de las Colonias al último extremo y convertirán esos hermosos países en espantosos desiertos si Inglaterra lo abandona a sus propios esfuerzos y se niega inexorablemente a escuchar sus humildes pedidos... cualquier gobierno es mejor que la anarquía, y hasta el más opresor ofrecerá más esperanzas de prosperidad que la voluntad incontrolada del populacho". Le urgía a Strangford sobre una decisión de ayuda. Protectorado, auxilio o lo que fuese. Desde 1810, según este sujeto, los gobiernos contaban con el Imperio británico. "Los Gobiernos Provinciales de Buenos Aires han abrigado esta creencia haste ese momento, en la esperanza de que su Majestad Británica accedería a los pedidos de sus infortunados pueblos y les haría conocer cuál sería su suerte." (V. Webster, ob. cit., T. I, p. 137.)

territorios, como los de Mojos y Chiquitos, que estaban bajo el mando directo del virrey; otros, como Montevideo y las Misiones, bajo la forma de gobernaciones militares, por tratarse de territorios de fronteras, en las peligrosas relaciones con el portugués que se remontaban a siglos de rivalidades ibéricas.

La importancia de Buenos Aires como capital del virreinato, creció con las disposiciones administrativas de los Borbones, que la juzgaron la mejor dotada para desempeñarse como cabeza política, militar y rentística del virreinato: campo fértil, puerto y aduana única. De hecho, Buenos Aires era la única ciudad marítima, por así decir, de un vasto territorio embotellado entre Lima y el Río de la Plata. De todas las Juntas revolucionarias establecidas al estallar la revolución hispanocriolla, la de Buenos Aires era una de las pocas que contaba con recursos suficientes para afrontar los gastos de la guerra en forma inmediata. El establecimiento del comercio libre inundó de mercaderías inglesas su aduana y los ingresos obraron maravillas para justificar la separación de los controles españoles.

4. Burguesía y oligarquía ganadera

Pero la burguesía porteña y los hacendados de los campos colindantes, las dos clases sociales fundamentales de la Provincia-Metrópoli, asumieron ejecutivamente un papel que las restantes Intendencias, divididas ahora en Provincias, no le habían conferido. Buenos Aires rompió con España y pretendió sustituir al rey en su hegemonía sobre las provincias restantes.

Toda la historia de la Argentina posterior es la historia por imponer esa hegemonía y el relato de la lucha de las provincias para rechazarla. Las guerras civiles argentinas se fundan en esa pretensión y en la negativa de los intereses porteños, sea con Rivadavia y Mitre, como hombres de la burguesía comercial probritánica, o de Rosas, como representante de los hacendados, para aceptar la igualdad de Buenos Aires con las provincias interiores, organizar la Nación en los límites virreinales y dividir las rentas aduaneras entre todas sus partes. Es cierto que la Nación había sido expresada hasta ese momento por un poder externo a América Hispánica misma, vale decir, por la monarquía española. Al desligarse de ese vínculo, Buenos Aires está obsesionada por el disfrute exclusivo de sus rentas y pierde de vista al conjunto de la unidad hispanocriolla.

Su codicia será célebre. Desde los primeros años de la revolución acariciaba la idea, pocas veces manifestada claramente, de su independencia completa con respecto al resto del territorio hispanoamericano del que formaba parte. Mr. Forbes, un diplomático

norteamericano acreditado en Buenos Aires, al recoger ese espíritu reinante en la capital, exponía el pensamiento de las potencias extranjeras a ese respecto:

"He insinuado la conveniencia y ventaja que representaría para esta ciudad tratar de obtener, bajo la garantía de las principales potencias comerciales, los privilegios de una ciudad libre, como aquéllas de la Liga Hanseática. La posición geográfica de Buenos Aires, mitad de camino entre Europa y el Pacífico, con la rica campaña adyacente, podría significar a ese establecimiento un comercio ventajoso e inmenso, completamente desligado de ataduras políticas o de empresas dispendiosas, lo que le asegurará una moderada renta que a semejanza de Hamburgo, llenaría las arcas públicas, mantendría un gobierno respetable y aseguraría la felicidad y tranquilidad general".[392]

5. Las Misiones orientales y el artiguismo

Buenos Aires no estuvo lejos, hacia 1854, de convertirse en ese puerto franco, grato a los intereses extranjeros y porteños. Pero sería la Banda Oriental del Río de la Plata la que correría ese destino, empujada con todas sus fuerzas por Buenos Aires. Cuando la revolución hispanoamericana se propaga en todo el inmenso territorio, brota desde el fondo de las regiones fronterizas con el Brasil un hombre singular que durante una década ejercerá la suprema influencia sobre casi todo el actual territorio argentino, excluida Buenos Aires. Ese hombre era José Artigas.

La historia del artiguismo se enlaza estrechamente con la desintegración de las Misiones jesuíticas, que había comenzado con la expulsión de los padres de la Compañía de Jesús en 1767. Durante los treinta años siguientes, los indios civilizados en el Paraguay fueron secuestrados por los portugueses y vendidos como esclavos para las plantaciones, donde murieron casi en su totalidad; otros huyeron hacia la selva y perdieron hasta la memoria de sus oficios y artesanías.

En las Misiones orientales la decadencia se produjo paulatinamente, bajo la ineptitud de las autoridades administrativas españolas, lanzadas inmediatamente a saquear los bienes abandonados por los jesuitas. Bauzá afirma que muchos indios de las Misiones bajaron hacia el Sur para arraigar en la Banda Oriental como modestos labradores.[393] Parte de los ganados cuidados por los jesuitas irán a poblar las praderas de Río Grande del Sur, estableciendo así la base de su economía ganadera. De este modo, las Misiones jesuíticas estallan en mil pedazos;

[392] Forbes, ob. cit., p. 516.

[393] Véase Bauzá, ob. cit., T. I, p. 298.

quedan testimonios de sus ruinas en Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay. En la Banda Oriental "la mayor parte de los usos y costumbres rurales provienen de la ganadería jesuítica", dice Campal.[394]

De la importancia de las Misiones orientales puede dar una idea el hecho de que cubrían el territorio del actual Uruguay hasta el Río Negro y constituían un gigantesco enclave junto a la imprecisa frontera brasileña. Cuando se ordena la expulsión de los jesuitas, el conjunto de los treinta pueblos de las Misiones (17 pertenecientes al Río de la Plata y 13 a la provincia del Paraguay) contaba con una población indígena cristianizada de 141.000 personas.[395]

Al conquistar los portugueses las Misiones orientales en 1801, quedaban en ellas 21.000 indios. Cinco años después de la caída de Artigas, sólo permanecían entre las ruinas 1.897 indios, entre hombre y mujeres.[396] En 1834, en fin, en las Misiones Orientales quedaban 372 indígenas.

6. Origen familiar de Artigas

Artigas pertenecía a una de las siete familias que fundan la ciudad de Montevideo. Su abuelo, el aragonés Juan Antonio Artigas, había sido alcalde de la Santa Hermandad por nombramiento del primer Cabildo de Montevideo.[397] El futuro caudillo era la tercera generación de militares y hacendados orientales que combatía en la frontera contra el vecino portugués; éste invadía regularmente la Banda Oriental y fomentaba el contrabando de ganado. Su padre, Martín José Artigas, fue capitán de milicia, el más alto cargo militar a que podía aspirar un criollo de la época.

La juventud de Artigas transcurre justamente en la frontera con el portugués. Su carácter se forja enfrentando las correrías de los contrabandistas en el cuerpo de Blandengues al servicio de España. La particular psicología del hombre de frontera, con su agudo sentido de la soberanía territorial, encuentra su más demostrativo ejemplo en la personalidad de Artigas. A este oscuro oficial del rey la historia le reserva una relación con otro hombre excepcional. A fines del siglo XVIII residía en la Banda Oriental, desde hacía veinte años, una de las grandes personalidades de la Ilustración española, don Félix de Azara. Era un militar y un

---

394 Esteban F. Campal, "Los tapes misioneros", en Marcha, Montevideo, 29 de abril de 1966.

395 Véase Oscar Schmieder, Geografía de América, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965, p. 400.

396 Véase Eduardo Acevedo, José Artigas, Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres, Ed. Casa Barreiro y Ramos, Montevideo, 2ª ed., 1933, p. 740.

397 Acevedo, ob. cit., p. 75.

hombre de ciencia, naturalista, geógrafo, ingeniero y civilizador.[398] El propósito de Azara, con quien colabora Artigas, consiste en arraigar población en la frontera para imprimir solidez demográfica y económica a la demarcación. Por esa razón recomienda al rey "dar libertad y tierras a los indios cristianos" y "repartir las tierras en moderadas estancias de balde a los que quieran establecerse cinco años personalmente, y no a los ausentes".

Estos últimos, habían llegado a ser grandes propietarios, sea por mercedes reales o por favoritismos locales, aunque no eran en realidad estancieros, sino comerciantes del puerto.[399] El reformismo agrario de los Jovellanos parecía asumir mayor fuerza en América que en España.

Artigas fue designado por Azara para la "tarea de repartir las mercedes de tierra entre los pobladores. Peninsulares, criollos, indios y negros de varia condición social y económica, fueron los pobladores".[400]

Entre los beneficiarios abundan los apellidos guaraníticos.

7. Artigas, "Caudillo de las Misiones"

Cabe imaginar las estrechas relaciones entre el militar gaucho que distribuye tierras y los indios cristianos de las destruidas Misiones, que por primera vez en décadas reciben apoyo del orden vigente. Pero si los indios guaraníes fijan su atención en Artigas, también Artigas aprenderá junto a Azara la esencia de una política agraria democrática (en el sentido original de esta expresión y no en su pervertido uso actual). Será muy claro para Artigas que los guaraníes son mucho más civilizados y dignos de confianza que los sórdidos consignatarios de cueros y astas de Montevideo, enriquecidos a costa de la sangre y del esfuerzo de los pioneros fundadores de la ciudad.[401] En los indios que se disponen a vivir riesgosamente en la gran frontera, a defenderla y a trabajar la tierra, Artigas advierte a los civilizadores; en la burocracia española que desdeña los informes de Azara, un carácter obtuso y formalista que resultará fatal a la integridad territorial; en los grandes comerciantes montevideanos,

---

398 Véase Félix de Azara, Memoria sobre el Estado rural del Río de la Plata y otros informes, Ed. Bajel, Buenos Aires, 1943, y Sarrahil, ob. cit., para estudiar su época y el papel de su hermano, el embajador José Nicolás de Azara.

399 Véase Reyes Abadie, Bruschera y Melogno, La Banda Oriental ■ Pradera, frontera, puerto, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1966, p. 63.

400 Vivían Trías, "La revolución agraria de los comandantes", en suplemento del diario Época, Montevideo, 10 de septiembre de 1965, p. 3.

401 La familia Artigas, como todos los fundadores, concluyó sin bienes. Artigas vivía ya de su sueldo de oficial del rey.

propietarios de inmensas rinconadas, un parasitismo venal que le repugna. Cuando los portugueses se apoderan en 1801 de las Misiones orientales, la colonización iniciada por Azara y Artigas, es destruida por los esclavistas, sin que los militares españoles reaccionen.[402]

Al levantar en 1811 la bandera de la revolución, detrás de Artigas se alistarán los indios misioneros.[403] El caudillo indígena de las Misiones, Andrés Guaycurarí, será el hijo adoptivo de Artigas. Desde entonces el célebre e indomable Andresito firmará como Andrés Artigas. Los indios de las Misiones llaman al caudillo Caraí-Guazú.

8. La revolución agraria

Al ponerse en marcha la revolución artiguista, al odio concentrado de godos, porteños y portugueses se añadirá la alarma de los grandes comerciantes y estancieros de Montevideo, que rechazan sus repartos de tierra. Artigas faculta a sus oficiales, como Fernando Otorgués, Encarnación Benítez, el mulato Gay y otros, a entregar campos de españoles o enemigos de la patria.[404] Ninguna política podía ser peor para la gran burguesía del Puerto.

En ese hecho decisivo se funda la defección de la clase estanciera y de sus principales lugartenientes, como Fructuoso Rivera, que capitula ante el portugués. Toda la burguesía comercial de Montevideo y todos los estancieros que no deseaban vivir en la campaña, traicionan a Artigas y a la Banda Oriental. Es la misma "gente decente" que recibirá al general Lecor bajo palio cuando las tropas portuguesas se apoderen de la ciudad y se arrodillará ante el emperador del Brasil. Con Artigas, nieto del fundador de Montevideo, quedarán tan sólo los paisanos pobres y los indios guaraníes.

Todo lo cual explica que durante casi todo el siglo XIX se impondrá en el Uruguay la locución "más malo que Artigas" y la formación de su leyenda negra. Mitre, López y la historiografía del separatismo porteño lapidará como "bárbaro" al caudillo que consideró hermanos a los indios y se propuso hacer de la Banda Oriental una provincia en el seno de la Nación sudamericana.

9. La década artiguista

Su acción militar y política se prolonga sólo diez años. Inicia la lucha contra los

---

[402] Trías, ob. cit.

[403] El dirigente del Movimiento Patriótico de Liberación de la Argentina, Dr. Carlos Díaz, del Chaco, y el intelectual católico uruguayo Alberto Methol Ferré han señalado el carácter de Artigas como caudillo de los indios misioneros. (V. Alberto Methol Ferré, "Artigas, último caudillo de las Misiones jesuíticas", en Época, Montevideo, 10 de septiembre de 1965; y Carlos Díaz, en Izquierda Nacional, N° 1, Buenos Aires, 1966.)

[404] ¿Quiénes eran los oficiales de Artigas? Fernando Otorgués se había desempeñado como capataz de las estancias del rey, empleo que obtuvo por influencia de Artigas; Encarnación Benítez era peón y matrero; el mulato Gay, matrero a secas; el capitán Pedro Amigo era de análoga condición social. (V. Trías, ob. cit.)

absolutistas españoles en la Banda Oriental y los gauchos, hacendados e indios que lo siguen lo proclaman "Jefe de los Orientales". Al mismo tiempo, los portugueses, con la sombra británica que los había seguido hasta América, aprovechan las dificultades del Reino de España e invaden la Banda Oriental.

Artigas se vuelve contra ellos, después de vencer a los españoles. Esta titánica lucha se complica por la resistencia de los gobiernos de Buenos Aires a prestarle su ayuda. Por el contrario, facilitan la acción portuguesa ante la ira de Artigas y de todas las provincias. Los diputados orientales arti guistas a los Congresos convocados por Buenos Aires son rechazados. Su caudillo es infamado en la prensa porteña y su cabeza puesta a precio. Los propios estancieros orientales, que en el primer período artiguista lo habían acompañado, lo abandonan. Sólo compone su ejército una muchedumbre de paisanos andrajosos e indios indómitos descendientes de aquellos guaraníes de las Misiones jesuíticas. Uno o dos letrados, y secretarios que escriben al dictado en campamentos móviles, difunden las proclamas, bandos, manifiestos y correspondencia que sostiene con los jefes revolucionarios del Nuevo Mundo el jefe oriental.

Su prestigio se propaga más allá de su provincia natal. Las nuevas provincias que surgen después del dominio español -Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos, las Misiones, Córdoba le otorgan el título de "Protector de los Pueblos Libres". ¿Por qué este amor y por qué aquel odio? Artigas es el único caudillo de las guerras de la Independencia que combina en su lucha la unidad de la Nación con la revolución agraria y el proteccionismo industrial en los territorios bajo su mando.

Todo era elemental, pero nítido en este movimiento popular revolucionario nacido en la Banda Oriental y que buscaba crear la Nación dentro de los límites del viejo virreinato. Al no aceptar la hegemonía de Buenos Aires, y al esgrimir semejante programa, Artigas debía sufrir la agresión de los intereses porteños y extranjeros, que eran poco más o menos lo mismo, según se verá luego. Buenos Aires adula y corrompe a uno de sus lugartenientes de Entre Ríos, como antes sus estancieros y lugartenientes de la Banda Oriental habían accedido a las insinuaciones de los portugueses.

Derrotado en Tacuarembó por los veteranos portugueses de las guerras napoleónicas, perfectamente armados y con una abrumadora superioridad material, Artigas se repliega hacia Entre Ríos. Allí lo espera para traicionarlo uno de sus oficiales, Francisco Ramírez, que sobornado por el dinero de Buenos Aires, le asesta el golpe final. Sin darle tiempo a rehacerse, pues toda la campaña del interior argentino engendraba en pocos días ejércitos ar tiguistas, Ramírez emprende la persecución del gran caudillo, que, perdido ya, se interna en

las selvas paraguayas y se acoge a la protección del Dr. José Gaspar de Francia, Supremo Dictador.

La ocupación portuguesa de la Banda Oriental y la pérdida del puerto de Montevideo descalabran el sistema federal de los pueblos asociados a Artigas en la lucha contra la hegemonía de Buenos Aires. Los pueblos del Litoral se veían obligados a buscar un acuerdo con Buenos Aires, dueña del único puerto en condiciones de comerciar. En este hecho, señala Reyes Aba die, se encuentra la base material de la traición de Ramírez al Protector de los Pueblos Libres.[405]

Es en 1820. En el Paraguay permanece Artigas durante 30 años, donde muere después de ver desvanecida la esperanza de una Nación unificada. Pues en su solar nativo, en la Banda Oriental, justamente, la perfidia anglo-porteña fundará en esa provincia, otra "Nación". Vencido e indomable, ya muy anciano, Artigas responderá con una frase tajante a la invitación de algunos amigos para regresar a la Banda Oriental después que esa tierra habíase transformado en "Estado independiente" bajo la forma de República Oriental del Uruguay: 'Ya no tengo patria". Había fracasado en reunir a las provincias del Plata en Nación y rehusaba volver a su provincia convertida en "patria".

La admisión de Artigas como "héroe nacional" fue muy lenta en el Uruguay. La oligarquía se resistió largo tiempo a beatificar al caudillo que había repartido tierras a gauchos e indios. Finalmente, cuando se resolvió a hacerlo, amputó a Artigas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y lo convirtió en prócer de una de ellas. Los ingleses fueron más categóricos. En The Cambridge Modern Histoty, de 1949, que estudian los alumnos de la célebre universidad, se definía a Artigas como "jefe de contrabandistas, bandido y degollador", que introducía a sus enemigos en sacos de cuero cosidos y los arrojaba desde lo alto de la meseta del Hervidero. Esto ya lo habían descubierto hacía mucho tiempo los historiadores porteños de la Argentina, Mitre y Vicente Fidel López.[406]

Al caer derrotado Artigas por las intrigas de Buenos Aires, las tropas portuguesas ocupan la Banda Oriental y la incorporan al Imperio probritánico bajo el nombre de "Provincia Cisplatina". La sumisión de la Corte imperial de Río a Gran Bretaña no necesita ser demostrada, pues está expuesta en toda la historia europea y americana de las relaciones de la Casa de Braganza con el Imperio británico. Traídos a América por la flota británica poco menos que a la fuerza, frente a la invasión napoleónica, los Braganza no habían cambiado su

---

[405] Véase Reyes Abadie, Bruschera y Melogno, Artigas. Su significación en la revolución y en el proceso institucional iberoamericano, Ministerio de Instrucción Pública, Montevideo, 1966, p. 297.

[406] Véanse El Diario, Montevideo, 13 de septiembre de 1949; y Resumen, Madrid, 30 de septiembre de 1949.

mansedumbre bajo el flujo del nuevo clima.

10. De la fragmentación ibérica al misterioso Brasil

Los gallegos habían colonizado la "térra portucalis", nombre que se extendió luego por todo el reino. Allí nace la sólida comunidad lingüística y literaria de la región galaico-portuguesa. En el siglo IX el conde Vimara Pérez conquistó Oporto; posteriormente la ciudad se repobló con gallegos. "Esa colonización, escribe Sánchez Albornoz, "agrupó en una comunidad histórica, a horcajadas sobre el Duero, antigua divisoria entre lusitanos y gallegos, tierras situadas entre el Ave y el Vouga".[407]

Luego, la cuña que Inglaterra introdujo entre España y Portugal, utilizando las inevitables intrigas dinásticas, perpetuó la división entre los dos reinos. La unidad nacional ibérica quedó destruida durante siglos. El antagonismo se trasladó al Nuevo Mundo, mediante los buenos oficios británicos. El tratado de Tordesillas trazó la línea jurídica del abismo que habría de separar al futuro Brasil de sus vecinos hispanoamericanos. El propio Brasil se convirtió en una punta de lanza británica contra el resto de la Nación Latinoamericana, mientras ésta era empujada por el mismo amo imperial contra el Brasil. Los latinoamericanos fueron excluidos de la intensa vida histórica brasileña; ignoraron sus héroes y conflictos, sus pensadores y sus revoluciones, que permanecieron enclaustrados detrás de las inmensas fronteras.

La "balcanización" adquiriría con respecto al Brasil un carácter particularmente acusado, facilitada por la lengua portuguesa, mucho menos leída en América Latina que el francés, el inglés o el alemán. Este mismo hecho indica la profundidad del aislamiento y las claras razones históricas que lo han forjado. Hasta nuestros días, el conjunto de la historia brasileña aparece oscurecido por una idea tan falsa como difundida: el Brasil imperial y esclavista constituía todo el Brasil, pues las luchas populares, las sublevaciones de esclavos, los motines militares, las tendencias separatistas y las ideas revolucionarias permanecían ocultos bajo la imponente fachada de los Bra ganza. El imperialismo y las oligarquías indígenas habían señalado a los latinoamericanos exclusivamente las tropelías portuguesas, el servilismo imperial hacia Inglaterra y la inmutabilidad de Itamaraty. De esta manera, el Brasil se convertía en el Estado más misterioso y exótico de una América Latina "balcanizada" que se desconocía a sí misma.

---

[407] Claudio Sánchez Albornoz, España, un enigma histórico, T. II, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1956, p. 235.

11. El Brasil insurreccional

Al comenzar el siglo XIX el Imperio portugués había quedado reducido a su gran colonia americana y a sus enclaves africanos, simples proveedores de carne humana para las plantaciones. Económicamente, de la simple recolección del palo brasil se había pasado al cultivo de la caña de azúcar, al algodón, al tabaco y finalmente al café, que llegará a dominar la vida brasileña.[408] Pero la base de esa economía, que no se modifica con la creación del Imperio brasileño y la ruptura con Portugal, será la esclavitud.

La separación entre la pequeña sociedad brasileña más o menos blanca, con sus reaccionarios y liberales, sus plantadores y escritores, sus marqueses y librepensadores, y la masa productiva del país, era radical. Los esclavos negros no tenían voz ni prensa, pero la República de los Palmares, en los confines de la selva, organizada por los negros fugados de las plantaciones, probaba que no eran esclavos resignados.[409]

En 1789 estallaba la Inconfidencia Bahiana, que postulaba una aleación singular de libertad política e igualitarismo económico. En 1817, la Inconfidencia Insurreccional de Pernambuco reunía a "igualitarios roussonianos, Robespierre o Marat nativos, como el Padre Joño Ribeiro, y no solamente anglofilos como Domingos José Martins, americanófilos como Cabugá".[410]

Los temas fundamentales de nuestro tiempo, la independencia nacional, la justicia social, la autoconciencia crítica de los pueblos coloniales, estaban presentes en uno de los inspiradores de la Confederación del Ecuador, creada en 1824. Decía Fray Joaquín do Amor Divino Caneca:

"Sólo hay un partido, que es el de la libertad civil y de la felicidad del pueblo, y todo lo que se aparte de esto debe ser rechazado enérgicamente... Brasil no es Europa, su clima, su posición geográfica, la extensión de su territorio, el carácter moral de su pueblo, sus costumbres y todas las demás circunstancias deben influir en el futuro de su constitución ... nuestra constitución ha de ser brasileña en cuerpo y espíritu... no queremos para Brasil una constitución adaptada al espíritu político de Europa".[411]

El tambaleante Imperio generaba separatismo: así estalla otra revolución en 1838-40, la

---

408 Véase Caio Prado Júnior, Historia económica de Brasil, Ed. Futuro, Buenos Aires, 1960, p. 89.

409 Véase Arthur Ramos, Las poblaciones del Brasil, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1948, p. 150.

410 Vamireh Chacón, Historia das ideias socialistas no Brasil, Ed. Civilizado Brasileira, Río de Janeiro, 1965, p. 13.

411 José Honorio Rodrigues, Conciliagao e reforma no Brasil, Ed. Civiliza?áo Brasileira, Río de Janerio, 1965, p. 39.

Balaiada, que adopta el nombre de su jefe, el indio Balaio, y proclama en la provincia de Marañón un programa republicano y antiportugués. Cinco mil muertos quedaron como saldo de este movimiento. Para la misma época estallaba en Pará la revolución de los Cabanos: fue también sangrientamente aplastada. La revolución de los Farrapos, que establece la República de Piratiní durante diez años (1835) al mando de Benito Gongal vez en Río Grande del Sur, mantiene en jaque a los ejércitos imperiales. Hacia el Norte, en Bahía, se levanta en armas la Sabinada, así llamada por su caudillo Sabino, que es ahogada en sangre al precio de 1.200 muertos.

En el mismo año del Manifiesto Comunista, en 1848, se realiza en Per nambuco la revolución Praiera, que planteaba la nacionalización del comercio minorista en manos de los portugueses. En fin, hacia fines del siglo XIX la represión contra la comunidad mística inspirada por un notable poseso llamado Antonio Conselheiro, conocida como la rebelión de Canudos, está ya incorporada a la literatura épica de América Latina: las letras brasileñas han recogido esos episodios donde la ingenua fe de los campesinos espontáneamente revolucionarios enfrentó a las tropas regulares de la República positivista fundada en el latifundio.[412]

12. El Brasil británico

Pero desde Río de Janeiro, donde se instala la despavorida Corte de Lisboa, el Brasil no presenta espectáculos tan desagradables. La cautivante bahía y el despilfarro de los señores portugueses en su dorado exilio del trópico, alejan todos los malos pensamientos. Por lo tanto, hasta Río ha llegado la flota y el apoyo del gran amigo inglés. Ahora comienza el siglo británico en el estilo de vida de la ruda sociedad brasileña: la Corte portuguesa y los importadores ingleses educarán a los dueños de plantación. Los sombreros redondos reemplazan a los sombreros de tres picos. Las costumbres británicas se aclimatan al trópico. Hace su aparición la gobernanta inglesa; los parlamentarios adoptarán el estilo oratorio de Westminster. La porcelana, el carruaje y la magnesia británica hacen furor. En 1808 se cuentan en Brasil más de 100 firmas inglesas.

En pago del apoyo brindado por el gobierno británico a la salvación de la familia real portuguesa, los Braganza firman en 1810, desde Río, un tratado con Gran Bretaña. Según Cánning, por ese acuerdo los ingleses "recibían importantes concesiones comerciales a

---

[412] Véase Euclides da Cunha, Los sertones, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1943.

expensas del Brasil" en cambio "de los beneficios políticos importantes conferidos a la Madre Patria".[413]

El más desenfrenado librecambio queda instaurado. La invasión de mercaderías inglesas no estará exenta de sorpresas para el público. El importador inglés Luccok recibe en su recalentada oficina de Río de Janeiro patines para hielo, de que estaban abarrotadas las fábricas inglesas por el bloqueo continental de Napoleón. Junto a esa pacotilla invendible, que ocasiona en los primeros años del tratado, la ruina de algunos comerciantes británicos, llegan asimismo instrumentos de matemáticas en cantidad capaz de "abastecer a la nación europea más esclarecida durante años".[414]

Asimismo, Luccock recibe desde Inglaterra billeteras para hombres, en un país donde no existía el papel moneda y donde los caballeros no llevaban dinero consigo debido a su peso, dejando el cuidado de su carga a los esclavos que lo acompañaban.

Pero la anglofilia general de la Corte imperial no significaba en modo alguno que los Braganza no persiguiesen sus propios fines políticos en América. Cuando estos fines chocaban con la política inglesa, eran generalmente desechados; en caso contrario, la Corte de Río despedía de sus salones un raro espíritu bélico. Tal era el caso de la Banda Oriental y de la lucha contra Artigas.

13. La Provincia Cisplatina y los Braganza

Ya en la época de las invasiones inglesas y cuando era notoria la impotencia de España, la Corte de Río creyó llegado el momento de apoderarse de la Banda Oriental, sueño largamente acariciado por los hacendados de Río Grande que buscaban los pastos tiernos y el clima templado de la próxima frontera.[415]

Dieron el primer paso con un enviado a Buenos Aires, don Francisco Javier Curado, quien ofreció en nombre de Portugal tomar a las provincias del Río de la Plata, en especial a la margen oriental, bajo su protección, "guardándoles sus fueros, garantiendo su comercio y un olvido de lo pasado por parte de sus aliados los ingleses; que estas proposiciones tenían por objeto el evitar la efusión de sangre, y que de no ser aceptadas haría causa común con su

---

[413] Olga Pantaleáo, "A presenta inglesa", en O Brasil monárquico, T. II, vol. I, de la Historia Geral da Civilizagáo Brasileira, Diíusao Européia do Livro, 2a ed., Sao Paulo, 1965, p. 65.

[414] Ibíd., p. 76.

[415] El ganado de la Banda Oriental daba de 16 a 20 arrobas de carne, mientras que el de río Grande no pasaba de las 8 a 10 arrobas. (V. Prado Júnior, ob. cit., p. 110.)

poderoso aliado contra el pueblo de Buenos Aires y todo el Virrey nato".[416] Estas bravuconadas que emitió el príncipe regente del Brasil, don Juan, mirando de reojo a su "poderoso aliado", no prosperaron en ese momento. Luego, al abrirse el comercio libre en Brasil para las manufacturas británicas, el príncipe cumplió diligentemente con las instrucciones que Canning había ordenado a su embajador en Río, Lord Strangford, las de "hacer del Brasil un emporio para las manufacturas británicas destinadas al consumo de toda la América del Sur".[417]

La obsequiosidad del Braganza no era puramente lírica. El príncipe no era ajeno a las duras realidades de la vida. También le agradaba hurgar los bolsillos de su "poderoso aliado".[418]

Después de recibir para sus gastos 600.000 libras esterlinas procedentes de Londres, el príncipe accedió a firmar un tratado con Inglaterra que otorgaba una preferencia especial del 15% a las mercaderías británicas ingresadas al Brasil. El tratado tenía una duración de quince años, pero de la ambigüedad inglesa de su texto podía inferirse un carácter permanente. Era un nuevo tratado de Methuen para uso brasileño. La docilidad del príncipe era admirable. En todo problema importante quería conocer el pensamiento de Gran Bretaña a fin de adaptarse a él, decía al vizconde Strangford, embajador de Inglaterra. "Agregó Su Alteza -informaba confidencialmente Strangford a su jefe, el vizconde Castlereagh que al hacer esta manifestación no abrigaba ningún temor de dar la impresión de menoscabar su dignidad como soberano independiente, ya que la experiencia le había enseñado que compartir enteramente el punto de vista de Gran Bretaña era no sólo la más segura, sino la más honorable política que podría seguir...".[419]

Era, pues, este Imperio manipulado por Inglaterra el que ocupaba la tierra artiguista. Para enfrentarlo, un puñado de artiguistas concibió una empresa insensata, como todo sueño

---

[416] Adolfo Saldías, Historia de la Confederación Argentina, T. I, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1951, p. 156; y J. A. Soares de Souza, "O Brasil e o Prata até 1828", en História Ge ral da Civilizaqáo Brasileira, T. II, Sao Paulo, 1965, p. 301.

[417] Kauffmann, ob. cit., p. 63.

[418] El príncipe Juan era un monarca obeso y tímido, que gozaba puerilmente con la pompa y que contribuyó a hacer de Río algo parecido a una Corte europea. Era dispendioso en su mesa; sólo en dar de comer y beber a los parásitos que lo rodeaban Juan gastaba anualmente 275.000 francos, lo que era un verdadero despilfarro. Para dejarnos de rodeos, el príncipe regente era de tal voracidad burguesa, que cuando se aburría en la Ópera de Río, lo que ocurría cada vez que asistía a ella, extraía de una canastilla un pollo asado y ahuyentaba el sueño que le producía la música devorando con sentimiento el pollito desde el palco regio. En materia de pollos "siempre tenía uno a mano", dice Renato de Mendonga, en Breve historia del Brasil, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1950, p. 53. Se comprenderá fácilmente que con semejante príncipe, Lord Strangford careciera de preocupaciones.

[419] Webster, ob. cit., T. 1, p. 237.

heroico. Era un grupo de 33 hombres, "Los Treinta y Tres Orientales". Invadieron una noche clara la Banda Oriental. Los antiguos oficiales de Artigas levantaron al pueblo de la campaña contra el ocupante brasileño. Encabezaban la lucha Juan Antonio Lavalleja y sus 32 camaradas. Los viejos soldados del Protector montaron a caballo y batieron a las tropas del Imperio.

14. El Congreso de la Florida

Reunidos los pueblos orientales en el Congreso de la Florida, proclamaron su reincorporación a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esta declaración volvió inevitable la guerra con el Brasil. ¿Y Buenos Aires? En la ciudad porteña pugnan por el poder todas las fracciones políticas. Domina la escena el partido de Bernardino Rivadavia, nuestro conocido personaje, untuoso y quimérico, servil con las potencias extranjeras y despótico con los gauchos. Considerado por los liberales cipayos como "hombre del porvenir", o como individuo "que se adelantó a su tiempo", en realidad es un "hombre del pasado", un puro sobrevivido. Habíase educado en las tradiciones dieciochescas de la nobleza borbónica. Pertenecía a la escuela del conde Floridablanca y de los hombres del "despotismo ilustrado" que había hecho su hora. Reducido a su parroquia portuaria, todo en él era ridículo, menos los resultados de su política.

En Rivadavia se reconocían los tenderos y comerciantes del Puerto. Su política tendía a la creación de una factoría próspera, indiferente a las provincias interiores y absorto ante el espectáculo de Europa. Hubiera sido el perfecto intendente de la ciudad hanseática por la que suspiraban los agentes extranjeros. Pero la presión de las provincias y de las tendencias nacionales de la campaña bonaerense se había vuelto irresistible y el gobernador Las Heras debió declarar la guerra. Las tropas argentinas a cuya formación habían concurrido esta vez todas las provincias, dejando a un lado las diferencias con Buenos Aires, derrotan de manera aplastante a las fuerzas imperiales en la batalla de Ituzaingó.

La Banda Oriental, ¿quedaba salvada para las Provincias Unidas? Habría que verlo. El gobierno británico desde hacía mucho tiempo que se oponía tanto a la exigencia legítima de los orientales de integrarse en las viejas Provincias Unidas, como a la desmesurada ambición del Imperio del Brasil de extender su dominio a la Banda Oriental. Por lo demás, coincidiendo con la victoria en la guerra contra el Brasil, se había apoderado de la presidencia mediante un golpe de Estado (parlamentario) don Bernardino Rivadavia. Naturalmente, su investidura fue desconocida por todos los gobernadores de las provincias. Su base política y

económica residía tan sólo en la ciudad de Buenos Aires. En cuanto a su nacionalismo argentino, bastará recordar que designó a un banquero inglés y socio personal, Mr. Hullet, cónsul argentino en Londres, lo que desagradó hasta a Canning, que no veía decoroso mezclar la política con los negocios. El método británico consistía en usar a personas distintas para cada tarea, a condición de que cada una de ellas fuera útil al Imperio.

Los ingleses habían acogido con simpatía la declaración de la guerra, que obligaba a Brasil a negociar la posesión de la Banda Oriental. Pero no deseaban en modo alguno una decisión en favor de brasileños o argentinos. Buscaban con su habilidad característica un equilibrio de fuerzas que permitiese a Inglaterra intervenir en el momento oportuno para obtener elegantemente la parte del león, y nunca mejor empleado el animal de la metáfora.

15. Canning y Ponsonby

Dos hombres condujeron magistralmente la operación. Uno de ellos era Canning, en la plenitud de sus facultades, odiado y temido en las Cámaras y cuyo genio verbal brillaba como nunca. El otro era John Ponsonby, un vizconde de la nobleza irlandesa, considerado "el hombre más hermoso de los tres reinos" y que había disfrutado de los favores de Lady Conyngham, amante del rey Jorge IV. El poder de fascinación del vizconde parecía demasiado grande para no alarmar al monarca, quien pidió a Canning un destino remoto a fin de que Ponsonby pudiera servir al Imperio de manera menos agradable aunque más útil que a Lady Conyngham. Canning suscitó la gratitud real enviando a Ponsonby lo más lejos posible, esto es, a Buenos Aires.

La reacción del vizconde fue explicable: "Es el lugar más horrible que haya visto y por cierto que me ahorcaría si encontrara un árbol lo bastante alto para sostenerme. Es un lugar detestable", escribía al subsecretario del Foreign Office.[420] Como los árboles no abundaban en la pampa, consoló su destierro sumergiéndose hasta el cuello en un océano de intrigas, del cual emergió con la independencia de la Banda Oriental en la mano.

Ponsonby despreciaba profundamente a los sudamericanos y apenas podía ocultarlo. Juzgaba a Dorrego un hombre corrompido y a la raza latina una forma degenerada de la especie humana. No tenía mucho que mostrar en cambio, ni de sí mismo, ni de la razón por la cual estaba en Buenos Aires, ni de la grandeza de sus jefes. Su amo y rival, Jorge IV, no era un destacado ejemplar de la nación inglesa. Hijo del rey demente,[421] su primera inspiración al

[420] H. S. Ferns, Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX, Ed. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1966, p. 176.

[421] En 1810 el rey de Gran Bretaña Jorge III se había hundido en una demencia completa. "Había algo poético en

subir al trono, fue despedir a su última amante, Lady Hertford, y presentar a la Cámara de los Lores una acusación de adulterio contra su mujer, la reina de Inglaterra. Las muchedumbres desfilaban por las calles de Londres aullando contra el monarca, y tomando el partido de la reina. Jorge IV, el amo del Ponsonby que miraba desde lo alto a la América del Sur, absorbido por el juicio de divorcio, recibía a sus favoritos, e intrigaba contra la reina, "yacente cuan largo era en una bata de seda lila, la cabeza cubierta con un birrete de noche, de terciopelo, sus grandes pies desnudos (sufría de gota) tapados con un trozo de red de pura seda".[422]

En ese momento se descubrió un complot para asesinar a todo el gabinete. Lord Liverpool, que sufría de epilepsia, aunque de ordinario era hombre de gran moderación, perdió el control de sus nervios en medio de los escándalos públicos desatados por los conflictos privados del rey y saltaba sobre las mesas después de los banquetes.[423] Circulaban versos mordaces contra la reina casquivana:

"Graciosa Reina
Te imploramos que te vayas
y no peques más;
Pero si ese esfuerzo es excesivo
Lárgate, de todos modos".[424]

16. Los lacayos de Su Majestad

Sin duda Londres estaba muy lejos: al Río de la Plata llegaban tan sólo apagados ecos de los escándalos. Y es preciso convenir que Ponsonby sirvió a sus amos a conciencia. De acuerdo a su tradición, la política británica comenzó por sugerir a terceros que plantearan sus propias iniciativas. A la inexperiencia política de los nuevos Estados, se añadía con mayor razón la propensión de los agentes de las oligarquías regionales, interesados en los mercados europeos, en aceptar de buen grado una política hecha, elaborada por completo, por así decir, así como preferían los artículos importados a los propios.

La coincidencia de estos personajes, con frecuencia políticos de influencia decisiva en sus respectivos países, con los intereses británicos, terminó por transformarlos en simples agentes imperiales, matices más o menos. Tal era el caso de quien sería el principal instigador de la

---

la figura de este viejo rey ciego, errante por su castillo entre fantasmas, hablando con las sombras; pues él vivía su vida entre los muertos, tocando su órgano y sin perder jamás su serenidad y sus ilusiones", escribe la condesa Lleven. (V. Kauffmann, ob. cit., p. 130.)

[422] Ibíd.

[423] Ibíd.

[424] Ibíd.

derrota política argentina, después que las Provincias Unidas habían logrado triunfar militarmente sobre el Brasil. Manuel José García era el personaje colonial más oportunista de su época. Fue hombre de confianza de todos los gobiernos porteños: de Rodríguez, Rivadavia, Dorrego y Rosas. Este último le ofreció la embajada en el Perú. ¿Y cuál era la fuerza que respaldaba a este García? Carecía de un partido político; y tampoco estaba dotado de un talento eximio. Pero había logrado afinar sorprendentes facultades para servir simultanéa mente los intereses porteños y la política británica. Fue el creador de una escuela que engendró numerosos discípulos en Buenos Aires. Usaba complacido una caja de rapé guarnecida de diamantes y una plancha de oro con el retrato del insigne cornudo Jorge IV.[425]

Estas cajitas de rapé se contaban entre las preocupaciones del representante británico en Buenos Aires, Mr. Parish, que sabía cómo endulzar el espíritu de ciertos círculos aldeanos: "Tengo el honor de manifestarle, decía Parish en una comunicación a su jefe de Londres, para conocimiento de Mr. Canning, que obsequié una de estas Cajas a M. Rivadavia en ocasión del cumpleaños de Su Majestad... No me queda ahora ninguna Caja de suficiente valor y como obsequio adecuado para tener el placer de regalarla, cuando se presente la oportunidad, al Ministro actual, M. García. Por lo tanto, tengo el honor de pedirle que tenga el bien de transmitir a Mr. Canning mi deseo que se me envíen para tal fin dos o tres Cajas más".[426] Al parecer, la efigie del Real Cornudo ejercía una enigmática influencia sobre los ministros cipayos del Plata. Pero abandonemos la psicología a los especialistas.

17. Intimidades no épicas de la batalla de Ituzaingó

La ineptitud del alto mando brasileño en la guerra con las Provincias Unidas sólo fue comparable a la torpeza y corrupción del alto mando argentino. El general Alvear era una verdadera nulidad militar, un botarate dicharachero del más puro estilo porteño; pero en fanfarronería e incapacidad militar los generales del Ejército imperial lo sobrepasaron. En esta curiosa batalla obtuvo el triunfo el Ejército argentino, gracias al coronel Paz, al frente de la caballería; al coronel Iriarte que había aprendido a manejar la artillería en España; a la carga de Brandsen, que murió en el sitio, y al valor de Lavalle. Los jefes subalternos pelearon de acuerdo a su propia iniciativa, mientras el generalísimo Alvear y Soler no sabían qué hacer en el campo.

---

[425] Véase Raúl Scalabrini Ortiz, Política británica en el Río de la Plata, Ed. Fernández Blanco, 3" ed., Buenos Aires, 1957, p. 103.

[426] Webster, ob. cit., T. I., p. 160.

Tampoco el resultado de la batalla de Ituzaingó adquirió un valor políticamente decisivo, pues Alvear pensaba solamente en los despojos de los imperiales; dejaba huir a los brasileños con su artillería y la fuerza militar intacta. En lugar de perseguir y aniquilar al exhausto ejército del emperador, el porteño Alvear adoptó la estrategia dictada por Buenos Aires: dejar el Imperio de pie y en condiciones de negociar el destino de la Banda Oriental. "La paz se habría firmado dictando el vencedor las condiciones: la evacuación de Montevideo y de todo el territorio oriental ocupado por las tropas del Imperio, su incorporación a la República Argentina", dice Iriarte en sus Memorias.[427]

Pero los intereses porteños buscaban desprenderse de la Banda Oriental y concentrarse en la explotación de su propia pradera y su propio puerto. Esto coincidía con la voluntad inglesa, que había proyectado la creación de una "ciudad hanseática" en la margen oriental del río. Por esa razón, el desenfadado Alvear antes pensaba en el botín del campo de batalla que en aniquilar al ejército imperial.[428] El generalísimo se apoderó de la vajilla de plata del marqués de Barbacena abandonada en la precipitada huida, mientras el compadrito general Soler aligeraba los baúles del marqués. Hasta el nombre de la batalla es una invención de Alvear: "Estuvo dos días buscando en la carta un nombre bien sonante, y el de Ituzaingó fue el que más satisfizo su oído. Con más propiedad los enemigos la llaman 'batalla del Paso del Rosario'". [429]Después de distribuir varios miles de cabezas de ganado entre los principales jefes militares, Alvear declaró cerrada la campaña.

18. Un diplomático colonial

A tal generalísimo, correspondía un diplomático de la misma escuela. Manuel José García fue el hombre para la tarea. En lugar de conminar al emperador vencido a enviar un agente a Buenos Aires para discutir los detalles de la paz y del reintegro de la Banda Oriental a las Provincias Unidas, Rivadavia despachó humildemente a su ministro García a Río de Janeiro. Las instrucciones de Rivadavia a su ministro estipulaban en su artículo 2º que García estaba autorizado a firmar una convención preliminar o tratado "que tenga por base la devolución de dicho territorio en un Estado separado, libre e independiente, bajo las formas y reglas que sus

---

[427] Memorias del general Iriarte, T. II, Ed. Fabril Editora, Buenos Aires, 1962, p. 20.

[428] La descarnada biografía de Thomas B. Davis (Carlos de Alvear, hombre de revolución, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1964) es incomprensiva de la historia argentina, aunque rica en hechos sobre el personaje.

[429] Iriarte, ob. cit., p. 24.

propios habitantes eligiesen" [430]

Es evidente que la política de Canning-Ponsonby se había impuesto categóricamente en ese vital artículo 2º de las instrucciones, que otorgaba al enviado "argentino" el derecho de firmar la amputación de una parte del territorio histórico del antiguo virreinato del Río de la Plata, por la decisión de una sola de sus provincias, la de Buenos Aires. Entonces ocurrió en Río lo más inesperado. "El Emperador Caballero", Pedro I, que había lanzado aquel grito de Ipiranga ("Fico", o sea: "Me quedo") no se sabe todavía demasiado bien si por la independencia del Brasil con respecto a Lisboa o para seguir el llamado de la pasión que lo consumía por la marquesa de Santos, se daba humos de gran estadista. Pedro I se negó a llegar a cualquier acuerdo con García que despojase al Imperio de la posesión de la Provincia Cisplatina o Banda Oriental.

La Corte de Río se encontraba "en plena exploqáo de patriotismo guerreiro",[431] En cambio, el representante de los intereses angloporteños, agente del país triunfante en el campo de batalla, resultaba ser el pacifista de la negociación. Contra todo lo previsible, García cedió ante el marqués de Queluz, el vizconde de San Leopoldo y el marqués de Maceió, plenipotenciarios brasileños, y ñrmó un tratado que "ultrapasaba" las instrucciones de su gobierno, por cuyo texto la Banda Oriental continuaba siendo Provincia Cisplatina del Imperio.[432]

19. La caída de Rivadavia

¿Por qué causa García se había atrevido a otorgar tales concesiones al Brasil derrotado en Ituzaingó? El mismo individuo lo confesará al ministro británico en Río, Mr. Gordon. Ante todo, "la razón que urgía con m,ás fuerza para acelerar un acuerdo, a saber, el riesgo inminente que corría la república, de desaparecer en la más completa disolución, y que el tiempo revelase, con mayor claridad, al gobierno del Brasil, nuestra deplorable situación interior; en cuyo caso difícilmente accedería a la paz sin nuevas condiciones".[433]

En otras palabras, había que entregar al Brasil el suelo natal de Artigas para meter en caja con mayor facilidad a las provincias rebeldes. La hegemonía porteña se impondría a la fuerza

---

430 Vicente G. Quesada, Historia diplomática latino-americana, T. II, La política del Brasil con las Repúblicas del Río de la Plata, Ed. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1919, p. 111.

431 J. A. Soares de Souza, ob. cit., T. II, vol. I, p. 327.

432 Véase Quesada, ob. cit., p. 110.

433 Ibíd., p. 112.

y en este caso el Imperio prestaría su ayuda absorbiendo a la Banda Oriental. Ni los ingleses, ni siquiera Rivadavia, podían admitir ese arreglo que alteraba el "equilibrio en el Plata".

El país entero se levantó contra el Tratado y contra el pequeño bandido de García, con su caja de rapé y su servilismo.[434] Ante la ola de furor en ascenso, Rivadavia desvió la cólera popular hacia García para salvarse él mismo y mantener a flote su gobierno. Debió ocultarse, pues temía por su vida. Ponsonby no las tenía todas consigo: el desatinado presidente había hecho correr el rumor de que el enviado inglés era el responsable del desastre. Prudentemente, Ponsonby ordenó a la fragata británica Forte que se aproximara al puerto y que custodiaran la legación algunos marinos.[435]

20. Buenos Aires y Manuel José García

Desde Europa, el general San Martín, que conocía bien a los rivadavianos, opinaba lo siguiente del blando García:

"Él no tiene la culpa sino los que emplean a un hombre cuyo patriotismo no sólo es dudoso, sino que la opinión pública lo ha acusado de enemigo declarado de su patria, lo que confirmo, pues a no ser así, no se hubiera atrevido a degradarla con arbitrario y humillante tratado. Confieso que el pueblo de Buenos Aires está lleno de moderación; en cualquier otro lo hubieran descuartizado y lo merecía este bribón"[436]

San Martín se hacía demasiadas ilusiones sobre la moderación de Buenos Aires. Esta templanza nacía de su esencial asentimiento al carácter antinacional de García. El despreciable sujeto era el producto más genuino de la ciudad contrabandista.

Nadie en Buenos Aires pensó en hacer pedazos al famoso villano. El mismo general Iriarte refiere en sus Memorias que "en Buenos Aires toda la pena que sufrió por su delito consistió en las recriminaciones de los periódicos y en el clamor público, que García despreció altamente con su impavidez acostumbrada. Tan cierto es esto que, pocos días después de su llegada, reciente todavía la impresión de su deslealtad e inicua traición, lo

---

[434] El Deán Funes escribía a Sucre sobre García: "Aunque este Ministro siempre ha sido sospechoso en punto a patriotismo, nadie esperaba de él una traición tan soez y descarada. Se sospecha cotí mucho fundamento que esto ha sido de acuerdo con Lord Ponsonby, Plenipotenciario de Inglaterra, quien se sabe de positivo ha aprobado lo hecho por el señor García. También se nota que todos los ingleses trabajan porque se admita el tratado". (V. Peña, ob. cit., p. 167.)

[435] Véase Ferns, ob. cit., p. 192. Rivadavia, preocupado por su seguridad personal, hizo imprimir en la imprenta oficial carteles en los que se leía: "¡Buenos Aires y Banda Oriental! ¡García os ha traicionado! ¡Los ingleses quieren tener una parte del botín! ¡Sí no abrirnos los ojos, volveremos a los tiempos de Beresford!". Ya era tarde para volverse antiimperialista.

[436] Peña, ob. cit., p. 167.

encontré en una de las calles más públicas de la capital y me hizo un saludo risueño que denotaba bien a las claras la más profunda indiferencia y hasta la burla por cuanto de él pudiera decirse".[437]

21. El proyecto inglés de una ciudad hanseática en el Plata

La última maniobra de Rivadavia resultó inútil. Debió renunciar en medio del oprobio, detestado por los argentinos y menospreciado por los ingleses, para los que se había vuelto inservible. Su voluntario exilio en el Brasil imperial era un símbolo de su política.

La obstinación del emperador y la obsequiosidad de García habían conducido a una nueva etapa favorable para el designio británico, que consistía en rechazar tanto una Provincia Cisplatina como una Banda Oriental incorporada a las Provincias Unidas. En un arranque de insolencia característica, el ex amante de la querida del rey Jorge IV, dijo a José María Roxas y Patrón: "La Europa no consentirá jamás que sólo dos Estados, el Brasil y la Argentina, sean dueños exclusivos de las costas orientales de la América del Sud, desde más allá del Ecuador hasta Cabo de Hornos".[438]

El gabinete británico, desde hacía mucho tiempo, acariciaba el proyecto de crear un Gibraltar en la Banda Oriental, un Estado independiente que sirviese de cuña entre Brasil y la Argentina y que permitiese a Gran Bretaña debilitar a ambos y disponer del mejor puerto rioplatense para su comercio. En una carta dirigida por Canning a Ponsonby, aquél definía la política inglesa en los siguientes términos:

"La ciudad y territorio de Montevideo debería independizarse definitivamente de cada país, en situación algo similar a la de las ciudades Hanse áticas en Europa".[439]

Al mes siguiente, el mismo Canning repetía a Ponsonby la misma idea: "Como V.E. sabe, se ha sugerido que Montevideo mismo, o toda la Banda Oriental, con Montevideo por capital, sea erigida en estado separado e independiente".[440]

Si el manejo de esta intriga complacía en extremo a Ponsonby, su estadía en Buenos Aires lo sacaba de quicio:

"Ningún paraje me disgustó tanto, escribía a un amigo, y suspiro cuando pienso que podré quedar aquí. Siempre tengo a Italia en la memoria para aumentar mi mortificación en esta localidad de barro y osamentas pútridas, no hay carreras, ni caminos, ni casas... ni libros, ni teatro soportables... Nada bueno no siendo carne". En otra carta a Lord Warden se quejaba del

---

[437] Iriarte, ob. cit., p. 30.

[438] Scalabrini Ortiz, ob. cit., p. 107.

[439] Webster, ob. cit., T. I., p. 196.

[440] Ibíd.

clima y, naturalmente, de la "jactancia republicana en todo su vigor. Intolerable sitio".[441] Pero sus éxitos políticos le hicieron olvidar pronto el polvo de Buenos Aires y las alcobas de Londres.

Pues efectivamente, la situación ofrecía contrastes que estimulaban su vocación de intrigante nato. Como el emperador del Brasil se empecinaba en conservar la Banda Oriental, Ponsonby armó con todas sus piezas un complot para derribarlo, complot que sólo existía en su imaginación, al solo efecto de alarmar al monarca brasileño. Además, le hizo saber con toda claridad que corría el peligro de quedarse sin su armada, formada por desertores británicos, que era su principal instrumento bélico, ya que su ejército había sido deshecho por las tropas argentinas. Ponsonby le recordó al emperador lo que era notorio: tanto la armada argentina como la brasileña estaban integradas por marinos ingleses.

Guillermo Brown, jefe de la escuadra argentina, y Lord Cochrane, el pillastre ladrón de San Martín, eran súbditos del rey, argumentaba Ponsonby, lo mismo que la mayor parte de sus marinerías. La diferencia era que Brown se había convertido en un patriota argentino y es razonable pensar que como irlandés no sintiese un afecto especial por Inglaterra. Había 1.200 marineros ingleses en los buques brasileños. Las tripulaciones cambiaban de bando durante las operaciones bélicas, pero no de nacionalidad. El gobierno inglés, que oficiaba de "mediador" entre ambos beligerantes, poseía, como se ve, poderosos instrumentos de presión.[442]

22. El coronel Dorrego y el cortesano Ponsonby

Un nuevo problema había surgido para Ponsonby en la persona del reemplazante de Rivadavia. Al coronel Manuel Dorrego, gobernador de la provincia de Buenos Aires, no le agradaba el rapé, ni los diamantes, ni Ponsonby ni el Imperio británico en general. Era un patriota educado en la escuela de las guerras de la Independencia, con San Martín y Bolívar. Un hombre de esta raza pareció sorprender desagradablemente a Ponsonby, formado entre cortesanos, cortesano él mismo, acostumbrado a besar la mano de su rey, a servir y alternar entre serviles. Dorrego había manifestado que no iría a terminar la guerra sin la reincorporación de la Banda Oriental a las Provincias Unidas.

Esta digna actitud enfureció a Lord Ponsonby, que juzgó el hecho como una clara demostración de la barbarie nativa. La nueva tarea de Ponsonby consistió en doblegar a

[441] Luis Alberto de Herrera, La misión Ponsonby, T. I, Ed. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1930, p. 348.
[442] Ibíd., T. II, p. 196.

Dorrego y al emperador. Ya lo había instruido en ese sentido Canning, sugiriendo una espera prudente hasta que "los acontecimientos de la guerra hayan enfermado y agotado a ambas partes".[443]

El mayor obstáculo era el patriotismo de Dorrego. Ponsonby decidió destruirlo ya que no podía corromperlo, dice aforísticamente Scalabrini Ortiz.[444] Los recursos del gobierno de Buenos Aires para proseguir la guerra y coronarla victoriosamente provenían del Banco Nacional, creado por Rivadavia y que a pesar de su nombre estaba en manos del comercio británico de la ciudad.

Lord Dudley recibió una carta de Ponsonby en la que informaba que Dorrego ya estaba vacilando en su decisión "por falta de fondos". Ponsonby agrega maliciosamente:

"Yo creo que ahora el coronel Dorrego y su gobierno están obrando sinceramente en favor de la paz. Bastaría una sola razón para justificar mi opinión: que a eso están forzados... por la negativa de la junta, de facilitarles recursos, salvo para pagos mensuales de pequeñas sumas".[445]

Poco antes, el enviado de la depravada Corte se permitía decir lo siguiente:

"Es necesario que yo proceda sin un instante de demora y obligue a Dorrego a despecho de sí mismo a obrar en abierta contradicción con sus compromisos secretos con los conspiradores y que consienta en hacer la paz con el emperador... La mayor diligencia es necesaria... no sea que esta república democrática en la cual por su verdadera esencia no puede existir cosa semejante al honor, suponga que puede hallar en las nefastas intrigas de Dorrego medios de servir su avaricia y su ambición".[446]

La ambición de Borrego era mantener la integridad territorial de su patria; su avaricia, la orfandad en que dejaría a su familia después de su muerte. En cuanto al honor monárquico de Ponsonby, ya sabemos que se fundaba en los cuernos del rey de Inglaterra.

23. La sospecha de los servicios gratuitos

En una carta de Ponsonby dirigida a Canning, y que se encuentra en los archivos del

---

443 Kauffmann, ob. cit., p. 201.

444 Véase Scalabrini Ortiz, ob. cit., p. 114

445 Herrera, ob. cit., T. II, p. 261. El bloqueo financiero a que alude Ponsonby estaba organizado por el Banco Nacional, bajo el control de comerciantes británicos; los escasos "argentinos" del Banco pertenecían al partido unitario y desechaban todos los pedidos del gobernador Dorrego. (V Memorias del general Iriarte, T. II, p. 36.)

446 Herrera, ob. cit., p. 248.

Foreign Office,[447] decía el galanteador a su jefe:

"Parecería que el único remedio para los presentes males es colocar una barrera entre las partes en conflicto, y la idea sugerida en mis Instrucciones, a saber, la Independencia de la Banda Oriental, parece ofrecer la mejor (creo que la única) que pueda interponerse".[448]

La resistencia de los argentinos a estos buenos oficios irrita a Canning y le arrancan una reflexión notable:

"Es una gran contrariedad que el gobierno de Buenos Aires se haya pronunciado en forma tan decidida... contra la solución media que V.E. tenía instrucciones de sugerir, consistente en erigir a Montevideo y su territorio en un Estado separado e independiente... Los habitantes de los establecimientos coloniales de España tienen mucho del carácter español, y nada hay más notable en el carácter español que su intolerancia para el consejo extranjero y las sospechas que le inspiran los servicios gratuitos".[449]

Es perfectamente posible que varios siglos de relaciones con Inglaterra hayan infundido tal sospecha en el espíritu español. Este humor de extravagante cinismo era típico de Canning. El agente de Estados Unidos en Buenos Aires, Mr. Forbes, observa: "Mi firme opinión ha sido siempre que los ingleses codician ejercer una influencia sobre la Banda Oriental que en sus efectos sería igual a un gobierno directo colonial".[450]

A su vez, Ponsonby escribía a Aberdeen al concluir su exitosa gestión balcanizadora: "Yo creo que el gobierno de S.M.B. podrá orientar los asuntos de esa parte de Sud América, casi como le plazca".[451]

En definitiva, el emperador del Brasil, jaqueado por las inacabables intrigas de Ponsonby, que estimulaba las discordias internas y lo amenazaba con dejarlo sin flota, vencieron al fin su resistencia. Dorrego fue acorralado y aceptó la paz, lo que equivalía a la pérdida de la provincia oriental y a su propia pérdida. El Iº de diciembre de 1828 entraban en Buenos Aires las tropas que retornaban de la guerra con el Brasil. Venían al mando del general Juan Lavalle, porteño y rivadaviano. Lavalle dio un golpe de Estado y fusiló al coronel Dorrego "por su orden". La Banda Oriental se transformó en la República Oriental del Uruguay con la

---

447 Los archivos del Foreign Office pueden ser consultados por el investigador medio siglo después de transcurridos los acontecimientos a que aluden los documentos respectivos. Hay una sola excepción: la documentación relativa a las relaciones entre Inglaterra e Irlanda es secreta, sea cual fuere el período a estudiar. A esta prohibición excepcional hay que añadir desde 1982 la documentación respecto a la usurpación inglesa de las islas Malvinas. Los ladrones no quieren dejar ningún rastro al ojo de Clío. (Nota de 1987.)

448 Webster, ob. cit., T. I, p. 219.

449 Ibíd.

450 Forbes, ob. cit., T. II, p. 494.

451 Herrera, ob. cit., T. II, p. 333.

garantía británica.

Más de un siglo después, habrá uruguayos que hablen de una "psicología nacional uruguaya" o de la "vocación artiguista por la autonomía". Es preciso olvidar la historia para negar la evidencia, y sepultar por segunda vez a Artigas para afirmar semejante impostura. La Banda Oriental quería unirse a la Nación como provincia, pero no subordinarse a la provincia de Buenos Aires. En este dilema, los ingleses crearon la "soberanía" de un nuevo Estado, y ejercieron una decisiva influencia durante cien años en la Argentina, el Uruguay y el Brasil.

Abrumado por la tenaza británica y el boicot del Banco Nacional, Dorrego se vio obligado a firmar la paz y a consentir la creación de un Estado Oriental independiente. Al consultarlo a Rosas sobre esta solución, éste le formuló una certera y terrible profecía: "Usted ha contribuido a formar una grande estancia con el nombre de Estado del Uruguay. Y eso no se lo perdonarán a usted. Quiera Dios que no sea el pato de la boda en estas cosas".

Por su parte, Julián Segundo de Agüero, hombre de Rivadavia y que pocos días más tarde instará a Lavalle a ejecutar a Dorrego, dijo: "Nuestro hombre está perdido; él mismo se ha labrado su ruina",[452] Era evidente que todo gobernante que firmara la aceptación de la segregación de la Banda Oriental debía arruinar su reputación. Así había ocurrido con Rivadavia y así ocurriría con Dorrego. Pero una vez establecida, la "independencia" de la Banda Oriental sería intangible. No habría peor crimen que ponerla en discusión. Ponsonby intervino directamente en la redacción de los tratados de paz con el Brasil. Su interés central era crear una barrera jurídica para impedir la reunificación de la Banda Oriental con las restantes provincias del Plata. Así escribe a Gordon:

"Usted observará que he hecho en mi nota al ministro una leve alteración en el segundo artículo. Su segundo artículo dice: 'El (el emperador) consiente que el nuevo estado no tenga libertad de unirse, por incorporación, a ningún otro Yo digo: 'El nuevo estado no tendrá libertad para unirse, etc.'".[453] No cabe duda de que el intrigante conocía su oficio.

24. Al día siguiente de la segregación de la Banda Oriental

El partido unitario porteño, desalojado del poder con Rivadavia a raíz del tratado de paz firmado por García, volvía ahora al gobierno en la persona del general Juan Lavalle. Irreflexivo y fanfarrón, en sus ingenuos arranques Lavalle era capaz de reducir a sus aspectos

---

[452] Herrera, ob. cit., T. II, p. 333.

[453] Herrera, T. II, p. 248.

esenciales la verdadera naturaleza de la política unitaria porteña, lo que aterraba, por su carácter despojado de toda retórica, a sus verdaderos inspiradores políticos.

Recibió Lavalle en esos días, en el Fuerte, la visita del señor Rivadavia y de don Julián Segundo de Agüero, aquel cura ateo y ambiguo togado que le aconsejó sibilinamente el fusilamiento de Dorrego.[454] Este Lavalle era un bárbaro: sus maestros venían a sondearlo.

"Preguntóle Rivadavia qué género de relaciones entablaría con las provincias. 'Las provincias, exclamó Lavalle, dando fuertemente con el pie en el suelo: a las provincias, las voy a meter dentro de un zapato con 500 coraceros! 'Vamonos, señor Don Julián, dijo por lo bajo Rivadavia: este hombre está loco.'"[455]

En cuanto a Ponsonby, el Imperio lo destinó poco después a Bélgica. Se había revelado como un especialista en fragmentar naciones, un "balcaniza dor" nato. Así fue como, designado embajador ante el aliado holandés del Imperio británico, maniobró para obtener la separación de Bélgica como Estado independiente. Lo hizo con tanta fortuna como en el Río de la Plata: claro está que fue apedreado en Bruselas. Era considerado por el abate Van Geel como "viejo diplomático de las revoluciones, iniciado, por tantos años, en su obscuro arte".[456]

El mismo abate holandés consideraba al gabinete inglés "como pronto siempre a sacrificar gente y reyes en beneficio de sus intereses comerciales y ambiciosas vistas". El Uruguay y Bélgica brotan de la galera de Lord Ponsonby: "No en vano se lo llama al Uruguay la Bélgica de la América del Sur"[457]

La sorprendente gratitud del gobierno de Buenos Aires por la segregación de la Banda Oriental se expresó mediante el ofrecimiento al inglés de 12 leguas de campo (unas 30.000 hectáreas) en la campaña bonaerense.[458]

Veinte años después, el viejo lord todavía reclamaba ante el gobernador Rosas, por medio del Dr. Lepper, dicha donación de tierras. Se regalaba tierra a quien había hecho perder el territorio.

Para Dorrego habían bastado los dos metros de tumba; para Artigas, un asilo en el Paraguay. En las viejas Provincias Unidas proseguía la disolución.

---

[454] Véase J. A. Ramos, ob. cit., T. I, p. 107.

[455] Saldías, ob. cit., T. I, p. 247.

[456] Herrera, ob. cit., T. II, p. 352.

[457] Ibíd.

[458] Véase Saldías, ob. cit., T. I, p. 503.

Capitulo IX

El Congreso de Panamá

"Tenho orgulho de ehamar-me um dos libertadores de Venezuela e dos da Noua Granada, e sem usar das minhas veneras. Fago garbo des minhas eruzes de Boyaeá e de Porto Cabello, e no meu nobre escudo de Carabobo. Tenho e conservo o busto de ouro do Libertador, que ele mes mo me deu como un diploma muito honroso."

General José Inacio de Abreu e Lima, al general Páez.

"¡Bolívar, que ya se había llevado un jirón de territorio argentino! ¡Bolívar, que creando y libertando a Bolivia, la había sometido a su mando! ¡Bolívar, que libertando al Perú, se había investido del mando supremo! ¡Bolívar, libertador de Colombia, unificada por él, pero gobernada por él! ¡Bolívar, el soñador de la Confederación Continental; el convocador de los Anfictiones del Istmo de Panamá, entre los cuales se había deslizado como un augurio la idea de crear una autoridad sublime (es la palabra), para presidir, sin duda, al continente confederado! ¡Bolívar, cuya ambición era más grande que su gloria, que era muy grande, y que no había recatado en las conversaciones de Chuquisaca ni sus malquerencias argentinas, ni su voluntad de hacer y de deshacer desde los Andes hasta el Plata, desde el Plata hasta el Amazonas!"

Andrés Lamas

"Mi sentir respecto de él (Bolívar) es que si la libertad hubiera de bajar y personificarse, no buscaría otro templo que el corazón de él."

Coronel Manuel Dorrego

Al día siguiente de fundar Colombia, Bolívar puso en práctica su propósito de iniciar la Confederación de los nuevos Estados hispanoamericanos. La idea de reunirlos en un Congreso en el istmo de Panamá cobró forma. Designó a don Joaquín Mosquera ministro plenipotenciario y encargado de negocios ante los gobiernos del Sur para gestionar el envío de representantes al istmo. Las dificultades de transporte de la época y la suerte varia de la guerra arrastraron el proyecto desde 1821 hasta 1826, en que logró al fin realizarse la reunión. Bolívar se había despojado para esa época de toda ilusión de construir un gran Imperio hispanocriollo, esa idea tenaz que frecuentó el espíritu de los diputados americanos en las Cortes de Cádiz de 1811.

1. La política de Chile y Perú

Si América no podía confederarse con España, la historia le imponía confederar todos sus Estados. Mosquera salió de viaje para esa misión, Bolívar le confió una carta para el Director Supremo de Chile: "La asociación de los cinco Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa".[459]

Con O'Higgins se entendieron perfectamente. Se firmó un tratado del mismo tenor que con el Perú, comprometiéndose ambos países a que los nacidos en dichas repúblicas serían considerados como ciudadanos en ambas y podrían ejercer todos los cargos, excepto la primera magistratura. Las mercancías y buques de los Estados firmantes tendrían tarifas preferenciales; los puertos de ambos territorios se abrirían a los corsarios de los países contratantes. En cuanto a la jurisdicción de los tribunales marítimos, se haría extensiva a ambos países. En caso de invasión extranjera sería permitido a los aliados auxiliar al país invadido, sin previo aviso.

En el Perú, tal tratado con Colombia se debía a la inmensa influencia bolivariana. En cuanto a Chile, muchos de sus hombres más notables, como Juan Egaña, sostenían tales puntos de vista desde el año 10. En un proyecto alusivo de 1825 Egaña argumentaba: "Es forzoso repeler la fuerza por la fuerza, es forzoso que a la denominada Santa Alianza de los príncipes agresores se oponga la sagrada confederación de los pueblos ofendidos".[460]

Sin embargo, Egaña, a diferencia de Bolívar, se proponía incluir en la Confederación hispanoamericana a EE.UU., Grecia y Portugal, intimidado por el peligro de la Santa Alianza en el momento en que daba forma a su proyecto.

2. Cómo reciben los porteños la invitación al Congreso de Panamá

El embajador colombiano Mosquera pasó de Chile a Buenos Aires. Aunque el general Rodríguez desempeñaba la gobernación de esa provincia, el político influyente en su gobierno era el célebre protoporteño Rivadavia.

Mosquera fue acogido por Rivadavia con una indiferencia glacial. "Lo americano" no era buena música para los oídos del que en esos momentos abandonaba a San Martín en el Perú sin prestarle el menor auxilio.

Si el gobierno rivadaviano consideraba a los agentes de las provincias argentinas en Buenos Aires como pertenecientes al cuerpo diplomático extranjero,[461] es fácil imaginar su

---

[459] Bolívar, ob. cit., p. 107.

[460] Egaña, ob. cit., p. 59.

[461]

juicio sobre los hijos de Colombia que venían, como el embajador Mosquera, a incomodar a los porteños con sus utopías hispanoamericanas. Nada bueno podía esperar en Buenos Aires el enviado del fabuloso y absorbente Bolívar cuando La Gaceta, órgano oficial del gobierno, aplaudía la muerte del caudillo salteño Güemes, baluarte del frente patriota ante el ejército del rey, aunque simultáneamente adversario de la oligarquía agodada de Salta.

En el periódico oficial de Rivadavia, La Gaceta de Buenos Aires, se escribía: "Llegó el cirujano Castellanos con la noticia de la muerte del abominable Güemes... Ya tenemos un caudillo menos que atormente el país y parece que a su turno van a caer los demás".[462]

Cuatro meses después de despedir como un intruso al comandante Gutiérrez de la Fuente, Rivadavia se veía obligado a recibir a don Joaquín Mosquera. Llegó a Buenos Aires el 21 de enero de 1823. En su informe a Adams, el agente diplomático norteamericano Forbes profetizaba: "Tengo pocas esperanzas de que logre éxito y convenza a este Gobierno de que debe participar en una gran confederación".[463]

Mosquera se mantuvo reservado con Forbes en relación a los fines de su misión. Esto obedecía al propósito de Bolívar de mantener al margen del Congreso de Panamá a Estados Unidos.

Por otra parte, Mosquera designó representante diplomático ante el gobierno de Buenos Aires al Deán Funes, hombre de Córdoba, vinculado con el caudillo Bustos, y políticamente inclinado a defender la causa de las provincias pobres en la rica ciudad separatista. Adversario natural de Rivadavia, el Deán Funes fue cuestionado por su "doble" condición de ciudadano de las Provincias Unidas del Río de la Plata y agente diplomático de Colombia. Ante esta argucia porteña, el Deán, que consideraba a Hispanoamérica "la patria común",[464] escribía: "Yo estoy resuelto a renunciarlo todo, y a pedir al gobierno de Colombia mi carta de ciudadanía, siempre que me halle digno de ella, y se me pongan estas trabas".[465]

3. Rivadavia niega apoyo al congreso

Mosquera entregó a Rivadavia la carta de invitación al Congreso de Panamá. El pomposo

---

El cuerpo diplomático acreditado en Buenos Aires estaba formado por siete agentes en total; sólo uno era extranjero, en el sentido que la palabra tenía en América Latina en 1810-30. Era el representante de los Estados Unidos. Después venían los agentes de Chile, Perú y Brasil.

462 Busaniche, ob. cit., p. 181.

463 Forbes, ob. cit., p. 217.

464 Peña, ob. cit., p. 164.

465 Archivo de Funes, p. 191.

borbónico hizo esperar durante un mes por su respuesta al enviado de Bolívar. Forbes comenta: "(Mosquera) tiene buenos motivos para no estar muy satisfecho con su recepción personal y oficial. Nadie, que yo sepa, le ha brindado su hospitalidad"[466]

Finalmente, Mosquera firmó con el gobierno porteño, el 10 de marzo, un tratado inocuo, que Mosquera calificó de "preliminar", pues Rivadavia le había argumentado que las relaciones de Buenos Aires con las restantes provincias no le permitían otra cosa que un acuerdo general sobre los objetivos de los Estados americanos: independencia y cesación de la guerra. Mosquera se fue con las manos vacías.

Eso fue todo. Cuando Bolívar, desde Pativilca, envió una circular a los gobiernos ratificando su invitación para el Congreso de Panamá, el gobernador de Buenos Aires era el general Las Heras y su ministro, Manuel José García, aquel que "tenía el alma fría para las cosas de la patria"[467]

Ambos se dirigieron al Congreso General Constituyente reunido en Buenos Aires para solicitarle una ley que autorizara al Poder Ejecutivo a designar dos representantes de Buenos Aires ante el Congreso. El pedido del gobierno se fundaba, explícitamente, en limitar el alcance de los poderes confederales que el Congreso de Panamá podía asumir en el orden económico y político. Se aludía expresamente a la necesidad de garantizar la "libre concurrencia de la industria y la inviolabilidad de la propiedad" en las decisiones de Panamá.

Pero la Asamblea Constituyente de Buenos Aires rechazó la sanción de una ley y autorizó al gobierno a enviar dos representantes a la reunión hispanoamericana. [468]

En tales momentos y sin consultar a las provincias del interior, el Congreso dominado por los rivadavianos, quintaesencia de los intereses del gran puerto y de los importadores europeos, da un golpe de Estado "jurídico" y proclama presidente de una república inconstituida a Bernardino Rivadavia. Ni bien se sienta en el sillón augusto que hará célebre, el peligro de una Confederación hispanoamericana dirigida por un profeta armado tan peligroso como Bolívar asalta su espíritu.

Sin perder un minuto, y sin perder tampoco su solemnidad, el presidente Rivadavia subió a la severa carroza oficial, arrastrada por cuatro caballos, y seguido de su escolta oficial, se dirigió al domicilio de Mr. Forbes, el ministro de Estados Unidos en Buenos Aires. Rivadavia se encontraba irresoluto y lleno de prevenciones hacia la convocatoria al Congreso de Panamá. Forbes lo tranquilizó.

---

466 Forbes, ob. cit., p. 223.

467 Busaniche, ob. cit., p. 376.

468 Véase Rosa, ob. cit., T. III, p. 448.

Informó al presidente argentino que los Estados Unidos no enviarían delegados a Panamá, sino sólo un observador con fines comerciales. Rivadavia "expresó satisfacción por la decisión del Presidente de los Estados Unidos, agregando que él no enviaría Ministro alguno al contemplado Congreso; porque, dijo, 'he decidido no apartarme un ápice de la senda de los Estados Unidos, quienes, por la sabiduría y experiencia de su Gabinete, como por su gran fuerza y carácter nacional, deberían tomar la dirección de la política americana'".[469]

Con su habitual obsecuencia ante los poderosos, Rivadavia resolvía no usar la autorización que sus propios diputados le habían conferido para concurrir a Panamá. No fue pequeña su sorpresa cuando días más tarde, recibió la visita de otro Míster, más importante que el anterior. Era Mr. Parish, representante de la Corona británica, quien le informó que Gran Bretaña, sumida en hondas cavilaciones para saber qué provecho podía sacar de ese extraño Congreso que los ingleses no manejaban, había resuelto enviar un observador a Panamá.

Rivadavia cambió en el acto la actitud que había comunicado un mes antes al ministro Forbes. Su servilismo espontáneo actuó a la perfección. Parish informó a Canning que Rivadavia le había dicho: "La presencia de un agente británico sería la mejor garantía para todos los nuevos Estados que concurrieran al mismo y no vacilaba en afirmar que inmediatamente determinaría a este Gobierno a enviar a un Plenipotenciario a Panamá, lo que en forma alguna había podido resolver anteriormente: que las anteriores ideas del Gobierno de Buenos Aires eran bien conocidas... pero que la decisión de Gran Bretaña y de los Estados Unidlos... alteraba materialmente las miras y sentimientos de este Gobierno acerca de esa asamblea".[470]

De tales besamanos con los ministros anglosajones, resultó designado representante porteño ante el Congreso de Panamá, don José Miguel Díaz Vélez, residente entonces en el Alto Perú y que finalmente no concurrió a Panamá.[471] Rivadavia, por otra parte, estaba muy ocupado con su presidencia haciendo negocios particulares con las minas de Famatina, asociado a Hullet Brothers de Londres.[472]

El agente yanqui Forbes, que todo lo miraba con una triste envidia, escribía desconsolado

---

[469] Forbes, ob. cit., p. 420.

[470] Webster, ob. cit., T. I, p. 208.

[471] Los detalles acerca de la indiferencia y resistencia de Díaz Velez y el gobierno porteño en relación al Congreso de Panamá, pueden leerse en Davis, ob. cit,, pp. 83-91.

[472] El negociado de Rivadavia con los Hullet Brothers ha sido tratado por el propio apologista de Rivadavia, Ricardo Piccirillo, ob. cit.; por López, ob. cit., y por Rosa, Rivadavia y el imperialismo financiero, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1964.

a sus superiores:

"Entre tanto, los capitalistas ingleses en Londres y en esta ciudad hacen rápidos progresos para convertirse en los verdaderos amos de ese país... El Banco, que ellos controlan, tiene créditos hipotecarios sobre muchas casas de esta ciudad. Son los ingleses tenedores también de gran parte de los títulos nacionales... Todo indica que esta Provincia, se convertirá pronto en una verdadera colonia británica, exenta de los gastos y responsabilidad del Gobierno, pero sujeta a influencias políticas y morales equivalentes".[473]

¡Como para pensar Rivadavia en el Congreso de Panamá! Hasta el propio Forbes estaba preso de la gran red inglesa: sus sueldos diplomáticos pagados por la Secretaría de Estado norteamericana le eran liquidados por medio de la Banca Baring Brothers de Londres.

4. Un juicio de Sucre sobre Buenos Aires

Estas actitudes merecían a Sucre, tan moderado por lo demás, un juicio tajante sobre los porteños: "No en balde los aborrecen en estas provincias tanto como a los Españoles"[474]

En una carta dirigida a Monteagudo, Bolívar comentaba la actitud de Rivadavia:

"Vd. debe saber que el gobierno de su patria de Vd. ha rehusado entrar en federación con pretextos de debilidad con respecto al poder federal y de imperfección con respecto a la organización... De suerte que, como las uvas están altas, están agrias; y nosotros somos ineptos porque ellos son anárquicos: esta lógica es admirable, y más admirable aún el viento pampero que ocupa el cerebro de aquel ministro".[475]

Es justamente a este Rivadavia que el general Bartolomé Mitre, presidente e historiador cuasi mítico de la oligarquía argentina y de sus aliados de izquierda y derecha,[476] considerará como digno oponente de Bolívar. Toda la burguesía comercial del puerto, desde Rivadavia a Mitre, hasta nuestros días, expondrá en cada momento su profunda aversión a la unión latinoamericana.

5. El separatista Mitre juzga al unificador Bolívar

---

[473] Forbes, ob. cit., p. 368.

[474] Gabriel Rene Moreno, Ayacucho en Buenos Aires, p. 251.

[475] Bolívar, ob. cit., p. 131.

[476] Se recordará a este respecto el pensamiento inmortal del dirigente del Partido Comunista de Argentina, Rodolfo Ghioldi: "Mitre no ha sido superado todavía". (Orientación, Buenos Aires, 9 de julio de 1947, p. 5.) Esta frase, por lo menos, no ha sido superada.

El clásico historiador de la oligarquía porteña dirá:

"Bolívar con su ejército triunfante acampaba en la frontera norte de la República Argentina, lleno de gloria, de ambición y de soberbia. Fundaba allí, dándole su nombre, una república oligárquica con una presidencia vitalicia, un sistema de elección hereditario para la transmisión del poder, y una constitución casi monárquica, la cual debía servir de modelo a las tres repúblicas a la sazón sometidas a su espada.

"Soñando ser el gran protector o regulador supremo de una hegemonía continental, había convocado su Congreso de anfictiones en Panamá para formar una Confederación Americana... meditando subordinar a su poderío las Provincias Unidas, conquistar el Paraguay y derribar el único trono levantado en América... Estas amenazas y estos proyectos encontraban eco simpático en el partido de oposición a Rivadavia, así en Buenos Aires como en las provincias, cuyos jefes iban a pedir a Bolívar sus inspiraciones en Chuquisaca, mientras su nombre resonaba en los disturbios de Tarija y Córdoba; y la prensa opositora propiciaba su intervención armada, declarando que la República Argentina era incapaz de ser libre y triunfar por sí sola del emperador del Brasil ni organizarse sin 'el genio de América' como por antonomasia se le llamaba.

"Fue entonces que Rivadavia, poniéndose al frente del gobierno supremo de las Provincias Unidas, aceptó el reto y dijo con resolución: '¡Ha llegado el momento de oponer los principios a la espada!'. Esta actitud salvó en aquella ocasión el porvenir de las instituciones verdaderamente republicanas en la América Meridional".[477]

Envueltos en el énfasis oratorio de esta prosa detestable, pueden distinguirse los "principios" de Rivadavia: el separatismo de los intereses porteños, su conservatismo borbónico, sus negocios privados con los ingleses protegidos por su cargo oficial, su traición a la revolución americana. Es de estricta justicia decir que Mitre pertenecía a esa escuela. Aplicó los "principios" a sangre y fuego en el exterminio del Paraguay en 1865.

6. La reacción de México

El ministro de Relaciones Exteriores de México era en esa época don Lucas Alamán, antiguo diputado a las Cortes de Cádiz. Españolizante y proteccionista, partidario de la unidad hispanoamericana (si era posible, aun con España) y socialmente conservador,

[477] Y agrega Mitre: "El gobierno argentino, fuerte en sus principios, reaccionó contra el plan absorbente del Congreso de Panamá, compuesta de cinco repúblicas sometidas a la influencia de Bolívar, y el proyecto quedó desautorizado. Hasta Colombia, base militar de su gloriosa hegemonía, protestó contra sus planes de engrandecimiento personal, con su congreso civilmente acaudillado por el vicepresidente Santander, segundo de Bolívar, que era y fué hasta sus últimos días un admirador de Rivadavia". (V. "Centenario de Rivadavia", en Vedia y Mitre, ob. cit., p. 578.)

Alamán aparece como uno de los personajes más notables de la primera época revolucionaria. En cierto sentido era un sobreviviente del mercantilismo español, adherido al viejo orden, aunque envuelto a pesar suyo en el huracán revolucionario. Deseaba para México, ante la alarmante proximidad de Estados Unidos, una política exterior flexible que le permitiese respaldarse en el poder europeo de Gran Bretaña, sin aproximarse demasiado a la órbita del poderoso vecino. Si sus relaciones económicas con los intereses mineros británicos eran estrechas, ésta no es la razón suficiente de su política, como sugiere malignamente el historiador yanqui Whitaker, al que parecen desagradarle los intereses imperialistas que no sean norteamericanos.[478]

Estaba tan lejos Alamán de ser un anglofilo, como insinúa Whitaker, que su acción política lo define como al verdadero creador de la industria mexicana. Era profundamente católico y antiliberal; políticamente un conservador, tan desconfiado como Bolívar del sufragio universal y de la democracia. Pero en las condiciones sociales de la época, heredadas de la Colonia, Alamán se revela como uno de los más excepcionales promotores del progreso económico de México. Había un impedimento esencial en su política, sin embargo: era imposible crear un vasto mercado interno para la industria mexicana, protegida por Alamán, si no se eliminaba la supervivencia de la estructura latifundista. Alamán ni soñó con la revolución agraria.

Las industrias que alentó y fundó debían necesariamente chocar con los estrechos límites de un mercado interno reducido a las pequeñas ciudades de México. Cabe decir que si Alamán no se planteaba la resolución de la cuestión agraria, pues erigía el concepto de la propiedad en algo sacro, y a la Iglesia mexicana, poderosa terrateniente, como un cuerpo intocable, México tardaría un siglo en afrontar el problema. Ni el verboso liberalismo mexicano posterior a Alamán lograría nada en materia agraria; por el contrario, sería librecambista, estableciendo así una contradicción viva entre su proclamado "progresismo" ideológico y las fuerzas motrices reales del crecimiento mexicano.[479]

7. Ingleses y yanquis en la política mexicana

La convocatoria del Congreso de Panamá inquietó tanto a los ingleses como a los norteamericanos. En México, el representante diplomático de Estados Unidos era nuestro

---

[478] Véase Whitaker, ob. cit., p. 422.

[479] Véase María del Carmen Velázquez, "Lucas Alamán, historiador de México", en Estudios de historiografía americana, Ed. El Colegio de México, México, p. 391.

viejo conocido Joel Robert Poinsett, antiguo consejero y amigo de José Miguel Carrera, el infortunado caudillo chileno. Poinsett era típico diplomático yanqui de la era anterior al poder mundial de los Estados Unidos. Todos sus quebraderos de cabeza se originaban en sus sistemáticas derrotas ante la diplomacia inglesa en la América del Sur. El cruel destino de Poinsett lo persiguió de Chile a México, adonde llegó tan sólo para caer en la trampa de las intrigas británicas.

Inglaterra ya estaba sólidamente instalada en la economía y la política de ese país. Poinsett, como le había ocurrido en Chile, se estrelló una y otra vez contra esa fuerza sutil. El propósito de México era contribuir al Congreso de Panamá y establecer una unión aduanera latinoamericana sin la admisión de los Estados Unidos. Poinsett se debatió inútilmente por quebrar esta política. Ésa fue su primera tarea. La segunda consistía en reemplazar a Gran Bretaña en la influencia que ésta ejercía en México. Fracasó en las dos. Los ingleses, como lo demuestra la documentación del Foreing Office, no sabían exactamente qué actitud adoptar ni qué ventaja obtener con el Congreso, esa sorprendente invención de Bolívar.

El primero y más funesto error de Poinsett, en el que incurriría temerariamente toda la diplomacia yanqui en adelante, fue inmiscuirse directamente en las luchas políticas internas de México. Así, tomó partido contra el presidente Victoria, apoyándose en algunos diputados del Congreso.[480] Como por lo demás, Poinsett tenía un criterio ambiguo en la distinción entre los negocios de Estado y los intereses mercantiles personales, toda su actividad asumía un carácter sospechoso ante la opinión pública. Al advertir que los ingleses habían usado de las Logias masónicas para extender su influencia sobre los patriotas en el primer período de la Independencia, Poinsett se propuso imitarlos, aunque con mala fortuna.[481]

Creó Logias masónicas dirigidas contra las potencias europeas "pero muy especialmente contra Gran Bretaña", decía el agente británico al Foreign Office. Y añadía: "No creo, sin embargo, que el plan tenga éxito fuera de la capital, pues tal es la execración que se ha infundido al pueblo por el nombre de Francmasón en el interior, que debe ser un hombre audaz quien primero intente introducirlo en cualquiera de los Estados"[482]

Las imprudencias de Poinsett no tenían término: se atrevió a declarar a su adversario, el agente británico, que "era absurdo suponer que el Presidente de los Estados Unidos llegara a firmar un tratado (el que iría a firmarse en Panamá) por el cual ese país quedaría excluido de

480 Webster, ob. cit., p. 677.

481 Organizó en México el rito masónico de York, destinado a enfrentar la masonería escocesa probritánica y utilizarlo como club político. El gobierno mexicano terminó por obligar a Poinsett a liquidar esas actividades. (V. Whitaker, ob. cit., p. 440.)

482 Webster, ob. cit., T. I, p. 678.

una federación de la cual él debería ser el jefe".[483] Naturalmente, el interlocutor se encargó de difundir en los medios mexicanos las palabras de Poinsett. Para culminar su hábil política, Poinsett fue sorprendido en una tentativa de soborno a un empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores de México con el fin de obtener documentación secreta.

En definitiva, Alamán firmó en nombre de su gobierno el 3 de octubre de 1823 un "Tratado de Amistad, Liga y Confederación Perpetua" con Colombia,[484] y resolvió la concurrencia a Panamá.[485]

8. Centroamérica y Chile ante el congreso

El hondureño José Cecilio del Valle proponía el 6 de noviembre de 1823 a la Asamblea Nacional Constituyente de Centroamérica reunida en Guatemala una resolución por la que se invitaba a formar una Confederación Federal a los pueblos hispanoamericanos. Sostenía así la invitación de Bolívar. Los representantes de Centroamérica concurrieron a la reunión del istmo.[486] Lo mismo hicieron el Perú, Colombia y México. Las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuyas relaciones exteriores, en virtud de las guerras civiles, estaban de hecho en manos de los porteños, no asistieron.

En Chile había perdido el poder O'Higgins, abandonado por la aristocracia terrateniente, a causa de sus medidas anticlericales. Su reemplazante, el general Freire, adhirió al proyecto bolivariano y designó dos delegados, ante las protestas de los agentes yanquis que temían la influencia inglesa en el Congreso de Panamá. Pero en definitiva esos delegados no viajaron. Bolívar ya estaba descontento con Chile por su renuncia a apoyar la guerra de emancipación americana: "Los chilenos prometen mucho y no hacen nada... Hasta ahora Chile no ha hecho más que engañarnos sin servirnos con un clavo; su conducta es digna de Guinea".[487]

Los prejuicios raciales del antiguo mantuano estaban siempre a flor de labio.

9. Un revolucionario brasileño en los ejércitos bolivarianos

---

[483] Ibíd., p. 671.

[484] Véase González Navarro, ob. cit., p. 133.

[485] Ya en 1815 México había llamado a Bolívar, por medio del general Vicente Guerrero, para que asumiera el mando de las tropas independientes. Al responder a la convocatoria de Panamá, México estaba dispuesto a proponer el nombramiento del Libertador como generalísimo de los Ejércitos hispanoamericanos. (V. Blanco Fombona, ob. cit., p. XVI.)

[486] Véase Ricardo Gallardo, Las Constituciones de la República Federal de Centro-Améri ca, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1958.

[487] Bolívar, ob. cit., p. 139.

En cuanto al Imperio del Brasil, aceptó la invitación, pero se abstuvo de concurrir al Congreso. El imponente y frágil coloso estaba empeñado siempre en tareas superiores a sus fuerzas. Ocupaba la Banda Oriental y guerreaba con las Provincias Unidas, mientras en el inmenso hinterland social y racialmente heterogéneo el emperador enfrentaba conspiraciones, revoluciones y motines con indiferencia verdaderamente regia, su mirada puesta siempre en la próxima costa y en la armada británica. Aunque el Brasil oficial no concurrió al Congreso de Panamá, el Brasil revolucionario estaba presente en los ejércitos de Bolívar en la persona de José Ignacio de Abreu e Lima, "o General das Masas". Se trataba de un personaje realmente único. Su padre, José Ignacio Ribeiro de Abreu e Lima, era un ex sacerdote y héroe de la Insurrección de 1817, donde fue fusilado.

Al fracasar esa revolución, Abreu y su hermano Luis emigraron a Estados Unidos; desde allí Abreu viajó a Venezuela, donde militó junto al Libertador, combatió contra Morillo, peleó en la batalla de Cúcuta, donde salvó una división que se había embriagado con aguardiente; llegó a general, se peleó con Santander y tuvo tiempo para presenciar la caída y muerte de Bolívar. ¡Todo esto antes de los 35 años! Abreu e Lima vivió su otra vida intensa en el Brasil, pero esa historia no corresponde a este libro.[488]

Por lo demás, la historia brasileña estaba tan escindida de la historia de América española como la de Portugal con respecto a España. El Imperio británico había de realizar en América la tarea magistral de crear un antagonismo básico entre Portugal y España, las que disputaron siempre absurdas diferencias territoriales mientas Inglaterra dominaba ambos mercados, sometía a las dos dinastías gobernantes e impedía la unidad nacional de las dos metrópolis ibéricas. Ese es el motivo de que resulte imperioso para la inteligencia revolucionaria de América Latina rehacer y reunificar de abajo arriba toda la historia latinoamericana, tan balcanizada como nuestros Estados, para examinar desde un nuevo ángulo el pasado común.

10. Bolívar y el doctor Francia

La recién creada República de Bolivia, con sus mineros y terratenientes ebrios de adulación, designó dos delegados, que finalmente no concurrieron. En cuanto al Paraguay,

---

[488] Véanse Vamireh Chacón, ob. cit., p. 145; y Paulo R. Shilling, Brasil para extranjeros, p. 62, Ed. Diálogo, Montevideo, 1967. "Abreu estuvo entre Bolívar, Santander, Paéz; en una fase de su vida pensó más en Hispano-América que en su propio país; fueron suyas las mismas preocupaciones de Artigas, San Martin, Sucre", dice Chacón. Naturalmente que este autor no advierte que "su país" era Hispanoamérica. Chacón cita un juicio de Abreu sobre Santander: "Nunca conocí un intrigante y un perverso tan sutil, tan fino y tan astuto".

bajo el puño de hierro del Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, permaneció silencioso como un sepulcro. Francia rara vez respondía las cartas provenientes del exterior. Poco antes, Bolívar le había enviado un oficial con un pliego, invitando al Supremo Dictador a establecer relaciones con los restantes pueblos latinoamericanos. Francia respondió con otro pliego en el que trataba a Bolívar de "patricio", y le decía:

"Los portugueses, porteños, ingleses, chilenos, brasileros y peruanos han manifestado a este gobierno iguales deseos de los de Colombia, sin otro resultado que la confirmación del principio sobre que gira el feliz régimen que ha libertado de la rapiña y de otros males a esta provincia, y que seguirá constante hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad que disfrutaba antes que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con el ramo de olivo el pérfido puñal para regar con sangre la libertad que los ambiciosos pregonan. Pero el Paraguay los conoce, y en cuanto pueda no abandonará su sistema, al menos mientras yo me halle al frente de su gobierno, aunque sea preciso empuñar la espada de la Justicia para hacer respetar tan santos fines".

Cuando Bolívar recibió en Lima esta respuesta, refiere Palma, pasó la carta del Dr. Francia a su secretario y murmuró: "¡La pim....pinelal ¡Haga usted patria con esta gentel".[489] Bolívar no llegó a comprender que si Buenos Aires impedía construir una Patria Grande, las patrias chicas nacidas del desinterés porteño serían Estados contrahechos, cautivos de su propia miseria y que en el mejor de los casos forjarían hombres tan notables como el Dr. Francia.

Como Bolívar jamás entendió a fondo el problema económico y político del Río de la Plata y el papel desintegrador esencial jugado por la burguesía porteña, tampoco estuvo en condiciones de descifrar a la víctima particular de esa política, que era el Paraguay del Supremo Dictador.

11. El aislamiento del Paraguay

La gran provincia paraguayana había heredado de las Misiones jesuíticas una estructura agraria sin latifundio, lo que permitió a sus gobiernos posteriores fundar su estabilidad sobre una especie de democracia agraria sólidamente arraigada. La fuerza militar del Paraguay en el siglo XIX se asienta socialmente en el nivel de vida de sus campesinos, que no conocían la pobreza, ni el servilismo, ni la esclavitud, ni el "pongo", ni la "mita". El doctor Francia era

---

[489] Palma, ob. cit., p. 1026.

una especie de jesuita laico, un fanático del poder secular y un jacobino sin burguesía. Había resumido en su persona al único siglo XVIII y la única Ilustración que el aislado Paraguay pudo permitirse en la reclusión mediterránea a que estaba condenado por la pérfida burguesía porteña, dueña de la boca de los ríos.

Francia advirtió que Artigas corría hacia su pérdida; que toda la fuerza reposaba en Buenos Aires y en el capital extranjero solidario con Buenos Aires; que hasta mejor proveer, la única respuesta que podía elegir el Paraguay para no ser arrastrado hacia la guerra civil, como las restantes provincias del extinto virreinato, era transformar en algo voluntario aquello que le había sido impuesto, hacer del aislamiento forzoso una fuente de poder, y puesto que no lo dejaban comerciar igualitariamente, negarse a comerciar y crear en la selva un sistema de economía agraria autosuficiente.

El aislamiento del Paraguay encontró en su suelo y su estructura económica una base real de resistencia. Ya los jesuitas habían organizado la producción en gran escala de la yerba mate. Del mismo modo, la provincia paraguayana producía prácticamente todo el tabaco que se consumía en el virreinato. Yerba mate y tabaco constituían uno de los primeros recursos fiscales del gobierno colonial, que había impuesto sobre esos productos un estanco oficial. Como el Paraguay contaba con las más variadas maderas y cursos de agua navegables, nació asimismo una discreta industria naval, que construía barcos de hasta 160 toneladas. La ganadería y la agricultura eran prósperas y abastecían cómodamente las necesidades de la laboriosa provincia. Se cultivaba por añadidura el algodón, que permitía la materia prima para tejer los lienzos necesarios a la vestimenta de las 600.000 almas que habitaban el Paraguay. El régimen de los jesuitas, del Dr. Francia y de los López descansó sobre esa base productiva, sin terratenientes ni intermediarios, para desenvolverse y resistir la soledad.

Su feroz localismo y la reducción del destino hispanoamericano a la paz de la ínsula paraguaya pueden ser severamente juzgados desde el ángulo de la gran Nación inconclusa. Recluido por Buenos Aires en su suelo, Francia abandonó a Artigas en el momento decisivo. Su "protección" fue una reclusión. No respondió a Bolívar, y repitió el gesto de Buenos Aires, sin el poder de Buenos Aires: se replegó sobre sí mismo. Esa política sólo pudo retrasar el aniquilamiento del Paraguay medio siglo. Cuando esa hora llegó, todos los aliados del Paraguay, es decir, las Provincias Unidas, ya habían sido destruidas ante la indiferencia de los paraguayos y no podían, frente a la Triple Alianza, sino protestar débilmente mientras se desenvolvía la tragedia.

El Supremo Dictador había supuesto que al enterrar su cabeza en la tierra nativa, su neutralidad perpetua y su soberbio aislamiento bastarían para mantener a los "apóstoles

revolucionarios" fuera del Paraguay y las manos lejos del fuego que calcinaba al resto de la América independiente. ¡Rara inocencia en un hombre tan sagaz! Nunca llegó a entender que o el Paraguay se integraba a una Confederación latinoamericana como provincia, para insertarse en el progreso histórico general de la Nación, o debería integrarse forzosamente al mercado mundial como "Nación" agraria sometida. Francia no quiso una cosa ni la otra. Un "Paraguay independiente" (así se llamó orgullosamente el periódico de los López) era una utopía y todo su crecimiento industrial, sus grandes realizaciones y su prosperidad fueron aniquiladas por la tempestad de fuego de 1865. Detrás de la oligarquía porteño-brasileña actuaban los intereses mundiales del Imperio británico en su pugna por la división internacional del trabajo y el control del mercado interno de América Latina.

La "misantropía" del Dr. Francia ha sido estudiada por la mirada vacilante de polígrafos del tipo de Carlyle. Pero el libro del escritor inglés no será lamentado en caso de un nuevo incendio en Alejandría. Puede comparársele al lamentable producto elaborado por otro inglés sobre Solano López.

¡Triste destino el de América Latina! Grandes espíritus que entendían el mundo moderno, como el viejo Cunninghame Graham, que fue socialista, partidario de la independencia de Irlanda, y que siendo de origen noble se hizo abrir la cabeza en Trafalgar Square por defender a los obreros, en relación con la América española sólo amaba sus caballos, sus pampas y su paisaje. Sólo la amaba como naturaleza, pero no podía entenderla como sociedad. Otros ingleses menos artistas que él habían hecho lo posible para que la América mutilada resultase indescifrable.[490]

La personalidad de Francia era la réplica psicológica al aislamiento monstruoso impuesto por el puerto de Buenos Aires. No debería resultar asombroso que a aquella Asunción sitiada le resultara imposible engendrar un cortesano como Talleyrand, sino que, al contrario, diera a luz a este implacable luchador criollo.[491]

12. Quiénes asistieron al congreso

---

[490] Véanse Thomas Carlyle, El Dr. Francia, Ed. Siglo XX, Buenos Aires, 1944; y Roberto Cunninghame Graham, Retrato de un dictador, Ed. Interamericana, Buenos Aires, 1943. Otra obra hostil al Dr. Francia pertenece a dos famosos comerciantes y viajeros, los hermanos John y Guillermo Parish Robertson: La Argentina en la época de la Revolución. Cartas sobre el Paraguay, Ed. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1920. Asimismo de los autores citados Cartas de Sudamérica, tres volúmenes, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1950. También, El dictador del Paraguay, Dr. Francia, de Guillermo Cabanellas, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1946; y El Supremo Dictador. Biografía de José Gaspar Rodríguez de Francia, de Julio César Chávez, Ed. Nizza, Buenos Aires, 1958.

[491] Véase José Antonio Vázquez, El Doctor Francia, visto y oído por sus contemporáneos, Fondo Editorial Paraquaere, Asunción, 1962.

No obstante, el Congreso de Panamá lograba reunir a los representantes de los Estados que actualmente comprenden doce repúblicas. ¿El plan grandioso de Bolívar estaba a punto de realizarse? En esa tierra de fiebres malignas y clima tropical los diputados hispanoamericanos discutieron los grandes problemas de una alianza ofensiva y defensiva. Las intrigas del Mitre colombiano, el vicepresidente Santander, habían logrado lo que Bolívar había resistido: invitar a los Estados Unidos al Congreso.

Pero las contradicciones políticas internas de los norteamericanos eran tan intensas ante la convocatoria del Congreso, que cuando finalmente sus delegados se pusieron en viaje, uno de ellos, Anderson, falleció antes de llegar y, al decidirse el otro, John Sergeant, a partir de Estados Unidos, el congreso había concluido.[492] La perplejidad invadió el espíritu siempre alerta de Canning cuando la noticia del congreso bolivariano llegó al Foreign Office: "¿Debemos nosotros mandar algún ministro allá, invitados o no invitados, o no debemos darnos por enterados?... Sin embargo, si enviamos, ¿a qué propósito específico?".[493]

En otras palabras, ¿qué ganaría Inglaterra con su concurrencia? Canning se resolvió en definitiva a enviar un agente no oficial, Mr. Edward J. Dawkins, a Panamá. Sus instrucciones eran precisas. Debía preservar a toda costa la observancia de las leyes marítimas británicas, en primer lugar. Canning advertía con arrogancia a su delegado que debía hacer saber a los integrantes del Congreso de Panamá que la determinación inglesa a defender estas leyes, "así como no ha sido desbaratada por confederaciones europeas tampoco será alterada por ninguna resolución de los Estados del Nuevo Mundo"[494]

La recomendación final se dirigía a preservar a Inglaterra del peligro de la creación de una Confederación latinoamericana encabezada por los Estados Unidos. Dawkins se movió entre los representantes agobiados por los mosquitos con la dulzura de una paloma, y derramó palabras consoladoras por doquier.

13. Las resoluciones simbólicas

El congreso se instaló el 22 de junio y concluyó sus deliberaciones el 15 de julio de 1826. El agente británico bregó inútilmente para que los Estados americanos pagaran con dinero el

---

[492] Véase Whitaker, ob. cit., p. 429. Sergeant era un reputado abogado de Filadelfia, parlamentario y director de uno de los Bancos más importantes de Estados Unidos.

[493] Kauffmann, ob. cit., p. 216.

[494] Ibíd.

reconocimiento español de su independencia. Tampoco obtuvo mucho éxito en imponer el criterio marítimo de Gran Bretaña. Pero observó con interna satisfacción que los Estados Unidos habían faltado a la cita y que los Estados americanos agotaban las jornadas bajo una lluvia de frases. La fiebre amarilla amenazaba, los asuntos domésticos de la Gran Colombia entraban en erupción y los ideales bolivarianos agonizaban en el istmo febril. Gran Bretaña no tenía nada que temer. El mismo día de la clausura del congreso se firmó un Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua entre los cuatro Estados, al que podrían incorporarse los Estados restantes de América española si dentro del año de su ratificación resolvían adherirse a él. Cada dos años habría una reunión confederal, en tiempos de paz, y cada año, en tiempos de guerra.

También se estableció una proporción de dinero y de tropas para la defensa común. El diligente Dawkins logró ver una copia del Tratado antes de su firma, mediante los buenos oficios de Gual, representante de Colombia. Su tranquilidad fue completa, aunque ya comenzaba a sentir los efectos de las fiebres, lo mismo que casi todo el resto de los delegados.[495] Un miembro de la representación peruana declaró extasiado: "Desde el primer soberano, hasta el último habitante del hemisferio meridional, nadie es indiferente a nuestra tarea... Nuestros hombres están en vísperas de ser inscriptos en inmortal alabanza o en eterno oprobio".[496] Era una pura ilusión. La América independiente se precipitaba ahora al furor de las disensiones civiles y de la férula inglesa. El congreso se disolvió, prometiéndose volver a reunirse bajo un clima más benigno, en Tacuyaba, México. Pero los climas benignos para la unidad latinoamericana habían desaparecido por mucho tiempo.

14. El triunfo de Canning

Al leer en Londres el informe de Dawkins, Canning percibió que su obra estaba terminada. Había concluido por exterminar a la Santa Alianza, había excluido a Estados Unidos de toda injerencia en América española, habíase convertido en el insaciable amigo de los nuevos Estados. ¡Y estos Estados estaban divididos! ¿Podía desear algo más? Sí, podía envanecerse públicamente de su política. Así lo hizo en el Parlamento. Al justificar su indiferencia ante la ocupación de España por los franceses que habían devuelto a Fernando VII sus poderes absolutos en 1823, Canning explicaba a los Comunes cuál había sido la actitud británica. ¡La Francia enemiga ocupando España! Canning dio esta respuesta:

[495] Véase O'Leary, ob. cit., p. 628 y ss.

[496] Kauffmann, ob. cit., p. 218.

"Si Francia ocupaba España, ¿era necesario, para evitar las consecuencias de esa ocupación, que nosotros tuviéramos que bloquear a Cádiz? No. Yo miré en otra dirección. Yo busqué materiales de compensación en otro hemisferio. Contemplando a España, tal y como nuestros antepasados la habían conocido, yo resolví que si Francia tenía a España, no había de ser España 'con las Indias'. Yo llamé a la vida al Nuevo Mundo para equilibrar la balanza del Antiguo"[497]

Por supuesto, Canning estaba embriagado por su triunfo y exageraba. Inglaterra no había llamado a nadie, pues los americanos habían derramado su sangre para fundar la independencia. Lo que Inglaterra había hecho, en efecto, era traficar con la sangre ajena. Canning, es preciso admitirlo, continuaba en ese sentido la tradición británica.

El Congreso de Panamá se había disuelto para no volver nunca más a reunirse. Bolívar sentía rugir bajo sus pies la tierra de la Gran Colombia. En los días tormentosos y trágicos que se aproximaban, el Libertador se compararía a sí mismo con aquel griego demente que sentado en un peñasco pretendía dirigir los navios que navegaban a su alrededor.

---

[497] Ibíd., p. 224.

Capítulo X

La ruina del poder bolivariano

"Unidad, unidad, o la anarquía os devorará."
Bolívar

"Divídase el país y salgarnos de compromisos: nunca seremos dichosos, ¡nunca!"
Bolívar, al general Urdancta

"Yo repito: todo está perdido."
Bolívar

Al concluir el Congreso de Panamá, Bolívar se encuentra en el punto más alto de su prodigiosa carrera. Es presidente de la Gran Colombia, dictador del Perú y presidente de Bolivia. Ejerce el poder directo en el territorio de seis repúblicas. Por añadidura, el general Guerrero, de México, le ofrece el cargo de generalísimo de los ejércitos americanos. La República de Centroamérica (hoy dividida en cinco repúblicas) ordena colocar su retrato en las oficinas del Estado. Después de la batalla de Carabobo, la actual República Dominicana se incorpora a la Gran Colombia.

La isla de Cuba le envía representantes para pedir su ayuda en la lucha por la independencia y forma un partido revolucionario con el nombre de "Soles de Bolívar". El ex dictador de Chile, O'Higgins, refugiado en Perú, le ofrece "acompañarle y servirle bajo el carácter de un voluntario que aspira a una vida con honor o a una muerte gloriosa y que mira el triunfo del general Bolívar como la única aurora de la independencia en la América del Sur".[498]

La Legislatura de la provincia de Córdoba, en el centro de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sanciona una resolución: "Levantar tropas para sostener las libertades de la provincia de Córdoba y proteger a los pueblos oprimidos, poniéndose de acuerdo con el Libertador Bolívar, por medio de un enviado encargado de promover una negociación al efecto".

Gobernaba Córdoba en ese momento el general Juan Bautista Bustos, que supo encarnar por un período los intereses del interior criollo e hispano americanista contra la rapacidad y el europeísmo porteño. Esa disposición de la Legislatura de Córdoba en 1826 era, simultáneamente con otras dirigidas a rechazar la hegemonía de la burguesía comercial porteña sobre las restantes Provincias Unidas, agravada por un golpe de Estado de los

---

[498] Blanco Fombona, ob. cit., p. XVII.

diputados rivadavianos al Congreso Nacional reunido en Buenos Aires, que había elevado a la presidencia de la República al señor Rivadavia, a espaldas y contra la voluntad de todas las provincias. El estado de disolución nacional de las Provincias del Río de la Plata y el papel alcanzado por Bolívar en la independencia y unidad de América Latina movieron a la Legislatura de Córdoba a adoptar la resolución citada. ¡No consideraba Córdoba que existían para la Nación latinoamericana otras fronteras que las del idioma! Vicente Fidel López, por el contrario, que junto a Mitre expresó el criterio de la historia porteña oficial juzga así esa disposición de la Legislatura de Córdoba:

"Semejante avance era ya un acto de traición del carácter más criminal que podía concebir y llevar a cabo un gobernador de provincia. Equivalía esto a promover la intervención armada de un déspota militar y extranjero, que en esos momentos se hacía proclamar Presidente Vitalicio en el Alto Perú, en Lima y en Colombia, y que abiertamente reclamaba como cosa propia la Dictadura Continental desde Panamá al Cabo de Hornos".[499]

En medio del caos de las guerras civiles argentinas, la posibilidad de una Gran Confederación latinoamericana se abría paso con una fuerza magnética. El Deán Funes escribía a Bolívar: "Las provincias se separarán del Congreso y se echarán en brazos de Vuestra Excelencia"[500]

Los grandes argentinos, como Monteagudo y Dorrego, son bolivarianos. Salvo la gente decente o agodada, y el reducido partido rivadaviano, todo el pueblo de Buenos Aires aclama al Libertador.

1. Estructura jurídica y constitución real

Su poder militar parece tan inmenso como su influencia política. Pero es una quimera completa. La revolución hispanoamericana ha tocado a su fin sin lograr consumar la independencia en la unidad nacional. La desproporción entre la superestructura ideológica y jurídica y la reducida infraestructura económico-social del continente esclavista y semiservil no podía ser más patética. De un lado, un jefe militar triunfante, discípulo de un discípulo de Rousseau; por el otro, un sistema de terratenientes, dueños de esclavos, consignatarios de cueros, exportadores de añil, tabaco o algodón, separados entre sí por una selva incomunicante de 8 millones de kilómetros cuadrados y relacionados separadamente con el

---

[499] López, ob. cit., T. X, p. 137.

[500] O'Leary, citado por Blanco Fombona, ob. cit., p. XIX.

mercado mundial.

El edificio comienza a crujir en sus mismos cimientos. A las antiguas acusaciones porteñas de aspirar a la dictadura del continente, se suman ahora con renovada fuerza, voces provenientes de la propia Colombia y hasta de su círculo íntimo, que hablan de sus pretensiones a coronarse como rey. Bolívar ha elaborado una Constitución para las provincias del Alto Perú, que ahora se llaman Bolivia. Según se recordará, la Constitución boliviana escrita por el Libertador, establecía la presidencia vitalicia y una suma de atribuciones presidenciales cercanas al poder absoluto. El "Evangelio constitucional", como le llamaba utópicamente Bolívar, debía reunir la sonoridad democrática de la palabra "república" a la estabilidad monárquica sin el nombre.

Ante el espectáculo de América Hispánica, propensa a ceder a las fuerzas centrífugas de sus regiones exportadoras, perdido el lazo centralizador de la metrópoli, y la aversión popular al régimen monárquico, Bolívar traducía en su presidencia vitalicia las fórmulas monarquistas de San Martín y de Belgrano, nacidas del mismo temor. Así como Napoleón, su admirado modelo, había escrito su Código Civil, el Libertador redactaba ahora la Constitución de la República Boliviana, a la que llamaba su "hija". Pero escribir una carta jurídica pretendiendo corregir una constitución real, no podía conducir sino al fracaso. Del mismo modo, si Napoleón hubiera redactado su Código burgués para una Francia con relaciones precapitalistas de producción, jamás habría tenido la oportunidad de aplicarlo.

La constitución real de América Hispánica en esa época no había sido alterada profundamente por la revolución. Muchos de los encomenderos seguían con sus indios esclavizados y eran los más fervientes patriotas. La cadena de puertos exportadores de materias primas -Valparaíso, Arica, El Callao, Guayaquil, Cartagena, Puerto Cabello, La Guaira, Bahía, Santos, Montevideo, Buenos Aires tendía irresistiblemente al mercado mundial para establecer necesariamente una tarifa arancelaria propia y un régimen político acorde con esa tendencia.

La centralización política sólo podía ser el resultado de una economía convergente hacia un centro interior fundado en la producción capitalista industrial. En casos especiales, como en la Alemania bismarckiana, ese foco interior estaba constituido por una poderosa monarquía militar que, al perseguir fines dinásticos, estaba en condiciones de marcar con la espada los límites estaduales de la Nación alemana. Esta existía económicamente antes de la unidad, que por lo demás fue precedida de sucesivos Zollvereins. Nada semejante podía siquiera imaginarse en la América independiente. La centralización política de la presidencia vitalicia carecía de bases efectivas sobre la cual apoyarse. América Latina ni siquiera contaba

con una Cataluña.

2. El separatismo de las oligarquías exportadoras

El localismo rivadaviano y santanderino brotaba del separatismo real de las economías de materias primas que sólo podían expandirse satisfaciendo las necesidades de un mercado mundial en ascenso. Las oligarquías agrarias exportadoras eran los sectores más poderosos de los nuevos Estados, que recogían en cierto modo el atraso de España, su política de saqueo asiático y una orgánica debilidad industrial. Ese vástago que España lanzaba a rodar por el mundo adolecía de peores insuficiencias todavía que las evidenciadas por la metrópoli en el momento de la independencia.

Al coronar su victoriosa campaña militar y alcanzar el mayor poder político de su azarosa carrera, Bolívar advertía que también había llegado a su fin su magno programa unificador. La tentativa de imponer al Perú, la Gran Colombia y Bolivia la Constitución centralista que había concebido para esta última, desencadenó rápidamente la disgregación de todo el sistema.

"El único remedio, escribía, es una Federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia, más estrecha que la de Estados Unidos, mandada por un presidente y vicepresidente y regida por la constitución boliviana que podrá servir para los Estados en particular y para la Federación."[501]

Pero en el Perú, y particularmente en Colombia, se resistió abiertamente la aplicación de la Constitución boliviana. El caudillo llanero Páez intrigaba en Caracas y el vicepresidente Santander lo hacía en Bogotá. El año 1826, en que se reúne el Congreso de Panamá, resulta ser, trágicamente, el año de la destrucción de la Gran Colombia. En el Perú, los mediocres jefes militares peruanos surgidos a la sombra del Libertador, conspiraban contra él para romper los lazos que unían al Perú con Colombia y Bolivia. En Bogotá se distinguen dos tendencias: el partido liberal, encabezado por Santander y partidario de la Constitución de Cúcuta, y los bolivarianos, menos numerosos, que sostienen la Constitución centralista del Libertador.

3. Santander conspira

Santander era fuerte en el Senado y el comercio, los dos pilares clásicos de las oligarquías

---

[501] Busaniche, Bolívar, Fondo de la Cultura Económica, México, 1960, p. 226.

latinoamericanas. Ya desde 1824 había tejido con paciencia de leguleyo una vasta intriga contra Bolívar. Mientras fingía cálidas protestas de lealtad, hacía aprobar por el Congreso una ley que despojaba a Bolívar, cuando éste organizaba la victoria en el Perú y Alto Perú, de las facultades extraordinarias que le permitían otorgar ascensos al ejército en campaña.

Santander tenía sus devaneos puramente retóricos de soldado, como se advierte en su correspondencia al pedir ascensos a Bolívar, así como sus preocupaciones de especulador comercial, cuando pretendía asociar a Bolívar en un negocio en el istmo de Panamá.[502] Es este Santander, "El Hombre de las leyes", amigo de los ingleses y los norteamericanos, subyugado como Rivadavia y Mitre por las "luces europeas", quien asestará a Bolívar una puñalada por la espalda. Se consideraba discípulo de Bentham, el vulgarísimo utilitarista inglés cuyo liberalismo jurídico convenía perfectamente a la orientación económica del Imperio británico. El laissez-faire heredado de Adam Smith y su inocente teoría de "el principio de la mayor felicidad" había deslumhrado al bachiller Santander y satisfacía el hambre filosófica de los cafetaleros y propietarios de esclavos de Nueva Granada.[503]

La resistencia del partido liberal santanderino a la Constitución boli variana se manifiesta públicamente con la fría recepción organizada a la llegada de Bolívar a Bogotá. La indignación de Bolívar por las intrigas de Santander hacían temer al vicepresidente una violenta reacción del Libertador a su llegada al palacio presidencial. Los partidarios de Santander estaban preparados para lo peor: "Para estar prevenidos contra todas las eventualidades un gran número de patriotas asistimos a la ceremonia con nuestras pistolas cargadas. Más tarde he sabido por Santander mismo que estaba resuelto a correr todos los azares, hasta el de desconocer a Bolívar", dice en sus Memorias Florentino González, que más tarde atentará contra la vida del Libertador.[504] ¡Hasta allí se había llegado! Bolívar ya era innecesario a los mantuanos.

4. Rebelión en Caracas, Lima y Quito

Inmediatamente partió hacia Caracas para persuadir al general Páez a someterse a su jefatura. En tales circunstancias se sublevan en Lima las tropas colombianas adictas a Santander, niegan obediencia a la Constitución boliviana y aprisionan al general Heres, fiel a

---

502 Véase Bolívar, ob. cit., p. 249.

503 El "benthamismo" de Santander, como el "positivismo" de las oligarquías latinoamericanas necesita ser explicado. Bentham era contrario "al interés general": "Ese interés público que personificáis no es más que un término abstracto: sólo representa la masa de los intereses individuales... Si fuese bueno sacrificar la fortuna de un individuo para incrementar la de otro, sería mejor aún sacrificar la del segundo, la del tercero, sin asignar límite alguno... Los intereses individuales son los únicos intereses reales". Era la mejor filosofía para los dueños de esclavos y propietarios de tierras. Marx llamaba a Bentham "un genio de la estupidez burguesa".

504 Véase Rumazo González, ob. cit.

Bolívar. Al recibirse la noticia en Bogotá el propio Santander se unió al júbilo que una manifestación demostraba por el atentado contra la autoridad de Bolívar. La Federación colombiano-peruano-boliviana amenaza estallar.

Al regresar Bolívar a Bogotá llega la noticia de que en Lima, un antiguo subordinado suyo, el general La Mar, es designado presidente del Perú tan sólo para declarar abolida la Constitución boliviana. En el Perú de los marqueses y los "pongos", que Bolívar ha liberado del yugo español, la aristocracia limeña, la más parásita y la más cobarde de América, ahora quiere desembarazarse de su libertador.

En enero de 1827 el Cabildo de Quito organizaba una conspiración militar encabezada por el comandante Ayarza, con propósitos separatistas. El resto de la guarnición la reprimió fusilando a los implicados. Al regresar de Caracas y enfrentarse con estas noticias dramáticas, el Libertador asumió inmediatamente el poder de Colombia: "Ninguna manifestación, ningún aplauso precedió ni siguió a aquel acto; era la primera vez que su presencia no fuese saludada con vivas y aclamaciones en la capital".[505]

En la ciudad colonial de 22.000 habitantes, pacata y gazmoña, "simuladora de virtudes", con sus bachilleres y doctores, dueños de esclavos y adúlteras beatas, en la que reinaba el chisme y el hastío, Bolívar ya era un demente impopular, como lo había sido en Buenos Aires. Los soldados sobraban ya; el comercio reclamaba picapleitos e importadores. Ya no es el "Libertador". Se lo llama en privado "Longaniza"[506] o "el Zambo". Así pagaba la grey mantuana a quien por sobre todas las cosas temía a la "pardocracia". Bolívar escribía al general Soublette refiriéndose a su vicepresidente: "Ya no pudiendo soportar más la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo".[507]

Por su parte Santander, el fiel amigo del Libertador, que le había hecho general y vicepresidente de la Gran Colombia, escribía al mismo tiempo a Rufino Cuervo:

"Difícilmente recuperará nuestro querido Libertador su reputación republicana. El abate de Pradt no se ha atrevido a elogiar la Constitución Boliviana... En Filadélfia se está imprimiendo una obra contra la Constitución boliviana"'.[508]

---

[505] Rumazo González, ob. cit., p. 219.

[506] "Longaniza" era el apodo de un famoso loco de Bogotá que acostumbraba a vestir de militar.

[507] Rumazo González, ob. cit., p. 224.

[508] Manuel Aguirre Elorriaga, El abate De Pradt en la emancipación hispanoamericana, Ed. Huarpes, 2ª ed., Buenos Aires, 1946, p. 277.

5. Descrédito de Bolívar en Europa

Los liberales cipayos que pululaban en Europa iniciaban una campaña contra Bolívar. Eran acompañados por los liberales burgueses europeos del género de Benjamín Constant, y de los liberales españoles emigrados, que si no habían sabido realizar su propia revolución ni otorgar sus derechos a la América revolucionaria, pretendían aconsejarla sobre los fetiches constitucionales a los que eran tan afectos.

El personaje más ridículo de la campaña antibolivariana en Francia era, sin duda, Benjamín Constant. Enfermo del "mal del siglo", orador abundante, novelista romántico con Adolfo, Constant es un monárquico liberal. Representa a la más sórdida burguesía europea, que ambiciona reunir el "orden" con la propiedad capitalista, esto es, legitimar con el rey, aunque sea una "cabeza de tocino" como Luis XVIII, su usufructo de la plusvalía. Constant encarna así en el Parlamento francés un régimen a la inglesa. Este satisfecho y obeso liberalismo monárquico sale al cruce en París al régimen centralista instaurado por Bolívar.

El abate De Pradt, un curioso liberal amigo del Libertador y que se pronunció en sus libros por la independencia americana, polemiza con Constant, este último asistido por los partidarios de Santander y sus acólitos.[509] Después del primer entusiasmo por la guerra contra España, la Europa ilustrada se había tornado contra Bolívar. Se juzgaba a Bolívar en París, Londres y los Estados Unidos como un "autócrata". Bolívar, según este diputado digno de ser retratado por Balzac, "rechaza las súplicas más conmovedoras de perdón de aquéllos que le han resistido. Hace correr, en un país que no es el suyo, la sangre de los indígenas. Arroja lejos de la Patria a hombres cubiertos de gloria en la lucha por la independencia patria y la suerte de esos hombres resta aún envuelta en una sombra siniestra".[510]

Las oligarquías latinoamericanas siempre han tenido buena prensa en Europa y los Estados Unidos. Ataques de este género constituyen signos infalibles para juzgar el mérito histórico de un luchador en América Latina. En cuanto a la "sombra siniestra" de la suerte de los adversarios de Bolívar, según la prosa multicolora del diputado romantirrentista, la

---

509 Después de conspirar contra la vida de Bolívar, Santander viajó a Francia donde frecuentó los principales salones políticos y literarios de París. Allí conoció, según cuenta, a Benjamín Constant, Sismondi, Rivadavia, Lafayette y Chateaubriand. El abogadito granadino estaba deslumhrado. Había visto de cerca a Rivadavia. Y Rivadavia debía decirse: "¡He visto y hablado con el general Santander!". Escribía Santander: "Lo que podemos asegurar es que Bolívar mantenía correspondencia con los jefes disidentes del Río de la Plata; que pagaba con sus fondos la redacción de El Tribuno (de Dorrego), dirigido a atacar la administración del ilustrado Rivadavia; que escribía y hacía escribir en Lima contra el régimen político del Río de la Plata y Chile; y que mantuvo en la capital de esta última República a su edecán O'Leary, inglés muy versado en las artes de la intriga y la corrupción". (Cit. por Carlos A. Villanueva, ob. cit., p. 98.)

510 Aguirre Elorriaga, ob. cit., p. 279.

situación era totalmente la inversa.

6. Tentativa de asesinato del Libertador

Justamente en tales momentos los partidarios de Santander en Bogotá, ante el influjo poderoso del Libertador, se disponían a asesinarlo en el Palacio de Gobierno.[511] Florentino González, uno de los conjurados, de 22 años, dará luego en sus Memorias todos los detalles de la conjuración, en la que no faltaron las clásicas invocaciones de los Brutos a los Césares, ni el énfasis homicida de todos los Senados oligárquicos de la historia, desde Roma a Bogotá.[512]

Bolívar salvó providencialmente su vida gracias a la entereza de su admirable compañera Manuelita Sáenz, "la Libertadora", que recibió al tropel de los asesinos en camisón y con una espada desnuda en su mano, mientras Bolívar se ponía a salvo. Uno de los conspiradores derribó a aquella mujer que había combatido a lanza en Ayacucho, y una vez caída le golpeó la cabeza con su bota.

Al conocerse en Colombia el atentado contra Bolívar, el general José María Obando se levantó contra el Libertador en Popayán, adonde fueron a reprimirlo las fuerzas al mando del general Córdoba. Pero este siniestro general Obando actuaba en combinación con el general peruano La Mar, que hacía cañonear el puerto de Guayaquil e invadía el territorio de la Gran Colombia al frente de 10.000 hombres. Para destruir la Gran Colombia la agodada oligarquía limeña dispuso de la soldadesca que no logró reunir antes para enfrentar sola a los españoles.

Esta crisis generalizada afectaba directamente todo el sistema político del Libertador y preanunciaba el derrumbe final.

7. Disolución de la Gran Colombia

Simultáneamente la oligarquía altoperuana jaqueaba al general Sucre en Bolivia. El pérfido doctorcito Olañeta, aquel sobrino del mariscal absolutista, que traicionó a su tío y luego aconsejó a Sucre traicionar a las Provincias del Río de la Plata separando el Alto Perú,

---

511 "Santander... por sus manejos contra Bolívar, había tenido que abandonar el país en 1826. Volvió como jefe de los liberales, con un programa de libertad y progreso. Quería abrir escuelas, fundar un Museo y una Academia. Una vez que el tirano, como llamaba al un día deificado Bolívar, habría dejado el poder, reinaría al fin, la libertad... Más que un soldado, Santander era un abogado. Era uno de tantos juristas que durante las guerras de liberación habían tomado el oficio de las armas sin entender de él mucho en re alidad. Pero aquel leguleyo era más desalmado y cruel que el soldado más rudo." (V. Samhaber, ob. cit., p. 472.)

512 Florentino González, que intervino en la tentativa de asesinato de Bolívar el 25 de septiembre de 1828, fue más tarde profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Buenos Aires. Era el catedrático más "adecuado" para dicha materia.

ahora encabezaba una conspiración para traicionar, a su vez, a Sucre. También el vencedor de Ayacucho resultaba innecesario y molesto a los mineros y dueños de indios de Bolivia. Olañeta estableció una alianza secreta con el general peruano Gamarra para invadir Bolivia y obligar a la caída de Sucre, al tiempo que perpetraba un atentado contra la vida del general, en el que Sucre resultó herido.

Mientras Gamarra invadía Bolivia, Sucre renunciaba a la presidencia y se marchaba para socorrer a Bolívar que, ya gravemente enfermo, enfrentaba otra invasión peruana por el sur. Sucre deshizo a las tropas de La Mar en Tarqui el 27 de febrero de 1829.[513]

La Gran Colombia volaba en pedazos. Los encomenderos bolivianos se declaraban independientes; lo mismo hacía Perú. El general Flores, ferviente bolivariano, independizaba los departamentos del sur de la Gran Colombia y fundaba la República del Ecuador. El rudo llanero Páez, ya enriquecido y rodeado de un núcleo de "iluminados" entre los que figuraba el futuro presidente Antonio Leocadio Guzmán, quien abastecía de letras al separatista de espuelas, rompía el vínculo de Venezuela con Colombia, rehusaba toda subordinación al Libertador y aun toda tratativa de paz. Los grandes tabacaleros, ganaderos y cafetaleros, cuyos negocios habían sufrido por las guerras de la Independencia, querían ahora gustar la dulzura de la paz y las delicias del comercio de exportación.

Los abogados terratenientes y los jefes de la soldadesca inactiva exigían ya la soberanía de sus propias republiquetas y poner hacienda. La frase corriente era: "libertarse de los libertadores"[514]

La separación de Venezuela no era, en modo alguno, una decisión popular. Para poder realizarla, el general Páez y su corte de doctores habían preparado cuidadosamente las elecciones del llamado "Congreso Constituyente de Venezuela", según se llamó a esa farsa.

La "voluntad popular", de acuerdo a un documento confidencial de los separatistas, debía simularse siguiendo el método de difundir "instrucciones detalladas para obrar cortando todo nudo que encuentren; y han de llevar escritos de aquí los pronunciamientos que deben hacer las Municipalidades, las juntas de caserío y todo Dios; porque conviene que vengan todas, todas, todas las actas, sin quedar un rincón que no pida tres cosas, a saber: nada de unión con

---

513 Otro lugarteniente de Bolívar, el altoperuano Andrés Santa Cruz, escribía a su compadre el general Pedro Blanco: "El orden es el asunto que en mi concepto merece más atención, porque si no la anarquía va a ser más cruel que el tirano que acabas de echar del país...". El "tirano" era el mariscal Sucre. (V. Alfonso Crespo, Santa Cruz, Ed. Pondo de Cultura Económica, México, 1944, p. 82.) Con el tiempo, Santa Cruz, que sería presi dente de Bolivia y de la Confederación Perú-Boliviana, anularía todas las disposiciones legales impuestas por Bolívar en el Alto Perú sobre liberación de los indios y volvería al régimen jurídico que legalizaba la mita y el "pongo". ¡Y hasta algún autor ha creído ver en Santa Cruz un vindicador del Incario, fundado en su sangre india!

514 Reyes, ob. cit., p. 382.

los reinosos; Jefe de Venezuela el General (Páez); y abajo Don Simón. Todo el mundo debe pedir esto o es un enemigo, y entonces...".[515]

Todas las pandillas del separatismo hablaban en la época de lograr "una segunda emancipación".[516]

Se declaró a Bolívar fuera de la ley.[517]

8. Bolívar reniega de la unidad latinoamericana

En la propia Colombia (en los límites de la actual República de ese nombre) el partido liberal tramaba incesantes conspiraciones e introducía el espíritu faccioso en el Ejército. En el Departamento del Cauca "los antiguos realistas se convirtieron en democráticos frenéticos y uno de sus hombres influyentes decía: 'Con idea democrática nos han amolado y con ella nos hemos de vengar'".[518]

De este modo, los godos vencidos se pasaban al partido separatista de Santander y contribuían con maligna alegría a la "balcanización".

Después del atentado contra Bolívar y del levantamiento del general santanderino Obando, Santander fue detenido y recluido en Cartagena.[519] La prensa europea y norteamericana clamaba contra la dictadura de Bolívar y estimulaba el espíritu "federal" que significaba: "dividios". Pero la burguesía comercial de los puertos y los intereses exportadores tenían poca necesidad de estímulos. "Se quiere imitar a los Estados Unidos, escribía Bolívar, sin considerar la diferencia de elementos, de hombres y de cosas... Nosotros no podemos vivir sino de la unión."[520]

Pero todo estaba perdido. Así lo percibía en ciertos momentos de amargura el Libertador.

---

515 Mijares, ob. cit., p. 81. Los "reinosos" eran los habitantes del Reino de Nueva Granada, o sea, la actual Colombia.

516 Reyes, ob. cit., p. 385.

517 Los electores de la provincia de Carabobo, digitados por Páez en la tierra natal del Libertador, declaraban "que siendo el general Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso debía declararle proscrito de Venezuela". (Cit. por Rumazo González, ob. cit., p. 264.)

518 Busaniche, Bolívar, p. 276.

519 La mayoría de sus generales conspiraban y se disponían a repartirse en trozos la Gran Colombia. Durante algún tiempo alentaron la esperanza de que Bolívar aceptaría la corona de una monarquía; la idea secreta circuló entre los íntimos del Libertador bajo el nombre clave de la "cosiata". Pero Bolívar rechazó de plano la sugestión, aunque era partidario de un poder centralizado para conjurar las tendencias centrífugas. Los su perfluos marqueses, condes y barones de estirpe llanera quedaron defraudados. El atraso histórico y social de América Hispánica absorbía como una bomba de succión a los héroes revolucionarios del día anterior y los trocaba en voraces pirañas del presupuesto, la tierra y el poder parroquial.

520 Bolívar, ob. cit., p. 314.

En una carta reveladora que envía al general Santa Cruz al Perú dice lo siguiente:

"Yo pues relevo a Ud. y a mis dignos amigos los ministros del compromiso de continuar en las miras que habían formado algunos buenos espíritus. Yo aconsejo a Uds. que se abandonen al torrente de los sentimientos patrios, y que en lugar de dejarse sacrificar por la oposición, se pongan Uds. a su cabeza; y en lugar de planes americanos adopten Uds. designios puramente peruanos, digo más, designios exclusivos al bien del Perú... primero el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida no es otra cosa que la esencia de nuestro pobre país... Sí, general, sirvamos la patria nativa, y después de este deber coloquemos los demás".[521]

Era la melancólica confesión de su derrota. Bolívar se sentía morir pero debía asistir también a la agonía de la Gran Colombia, todo al mismo tiempo. Estaba enfermo de tisis. A los cuarenta y siete años parecía un sexagenario. Aquel pequeño, duro e indomable hombre de hierro que había vivido a caballo durante un cuarto de siglo, se había derrumbado. Sólo vivía por su voz y su pluma. Casi no podía montar ya. Parecía un espectro y toda su política se veía espectral. Por un momento, ante la anarquía que devoraba la tierra por él libertada, piensa en la intermediación de alguna gran potencia, quizá en coronar algún príncipe europeo que reúna las partes en dispersión de la Gran Colombia bajo su cetro. Pero desecha enseguida esa idea, hija de su fiebre y su desesperación.

Sus últimas cartas trasuntan la ironía más amarga y también la confusión que se apodera de su espíritu:

"La federación puede ser uno de los sistemas favoritos del pueblo: que la adopten, pues, y no tendremos más reluchas que resistir con tales provincias. Si quisieren la constitución de Cúcuta, o los veinte departamentos con sus asambleas departamentales, nada es más fácil, porque ni aún trabajo tendrán para su redacción. No quieren monarquías ni vitalicios, menos aún aristocracia, ¿por qué no se ahogan de una vez en el estrepitoso y alegre océano de la anarquía? Esto es bien popular y, por lo mismo, debe ser lo mejor, porque, según mi máxima, el soberano debe ser infalible".[522]

9. Vuelve el temor a la "guerra de razas"

Se equivocaba Bolívar sobre el pueblo; y también erraba al juzgar que sus enemigos representaban la voluntad popular. Era un derrotado quien hablaba, después de haber sido el

[521] Ibíd., p. 306.

[522] Ibíd., p. 334.

gran vencedor; y también rebrotaba a la hora de la muerte, el joven mantuano. Sus reservas sobre el pueblo y las "castas" de color se ponían de manifiesto una y otra vez. En sus últimos años vuelve a sus temores: "La pardocracia va ganando terreno en todo lo que pierden los demás partidos", dice a Sucre.

A Santander le ha escrito en 1826, frente a los primeros signos de disolución:

"Si la gente de color se levanta y acaba con todo, porque el gobierno no es fuerte... yo no tengo la culpa. Si a Páez y a Padilla los quieren tratar mal sin emplear una fuerza capaz de contenerlos, yo no tengo la culpa. Estos dos hombres tienen en su sangre los elementos de su poder y, por consiguiente, es inútil que yo me les oponga, porque la mía no vale nada para el pueblo".

En otra carta insiste: "Con Páez no se debe usar de este lenguaje, porque el día que se le encienda la sangre, su sangre le sirve de mucho". Juzga así al general Bermúdez: "No le falta más que una cualidad para ser perfecto, la sangre: quiero decir que fuera como Padilla para que lo quisiese el pueblo". Más aún: "Ni federación general ni constituciones particulares son capaces de contener a estos esclavos desenfrenados: sobre todo ahora que cada cual tira para su lado".[523]

¡Y esto se lo decía al blanquísimo Santander que ya estaba organizando secretamente el separatismo colombiano![524] No eran las castas, ni el mestizo Páez o el puro europeo Santander los que pugnaban por la destrucción de la Gran Colombia. Era el conjunto de las mismas clases criollas privilegiadas que se dirigían a preservar con Estados jurídicamente aislados el núcleo de sus intereses exportadores una vez lograda la independencia. Pues tanto Páez como Santander destruirán la Gran Colombia, prescindiendo de su raza y atendiendo a su respectiva base social.

10. Asesinato de Sucre

El unificador estaba física y moralmente destruido. Pero también estaba aniquilada la Gran Colombia. Todavía faltaban algunos golpes al corazón de Bolívar. Aquel joven general

---

[523] Ibíd., págs. 258, 278, 288 y 292.

[524] "Estamos muy lejos de los hermosos tiempos de Atenas y de Roma y a nada que sea europeo debemos compararnos. El origen más impuro es el de nuestro ser: todo lo que nos ha precedido está envuelto con el negro manto del crimen. Nosotros somos el compuesto abominable de esos tigres cazadores que vinieron a la América a derramarle su sangre y a encantar con las víctimas antes de sacrificarlas, para mezclar después los frutos espúreos de estos enlaces con los frutos de esos esclavos arrancados del África. Con tales mezclas físicas; con tales elementos morales, ¿cómo se pueden fundar leyes sobre los héroes y principios sobre los hombres?... yo repito: tocio está perdido..." (Bolívar, ob. cit., p. 239.)

Córdoba que "a paso de vencedores" decidió con sus lanceros la batalla de Ayacucho, y que terminaba de aplastar la sedición de Obando en Popayán, este mismo Córdoba se levanta en la provincia de Antioquía contra su antiguo jefe. Ahí muere Córdoba, y con el joven y legendario soldado también moría la juventud de Bolívar.

Sus capitanes se enfrentan entre sí; mientras unos lo niegan, otros también se preparan para morir. El Congreso de Colombia rechaza la renuncia de Bolívar, pero el Libertador ya no tiene fuerzas para hacerse cargo del gobierno y deja el poder en manos del general Caicedo.[525] Bolívar buscaba la salud alejándose de Bogotá. Se había despedido de Sucre, que iba a reunirse con su mujer en Quito. La prensa bogotana, como la caraqueña, injuriaba diariamente al Libertador y a Sucre. Al lapidar ambos nombres, el partido liberal se condenaba a sí mismo.

En un periódico que por generalizada ironía se titulaba Demócrata se escribía el Iº de junio de 1830:

"El general José Antonio de Sucre ha salido de Bogotá ejecutando fielmente las órdenes de su amo... antes de salir del Departamento de Cundinamarca empieza a manchar su huella con su humor pestífero, corrompido y ponzoñoso ele la disociación... bien previmos el objeto de su marcha acelerada cuando dijimos en nuestro número anterior; hablando de las últimas perfidias de Bolívar, que éste había movido todos sus resortes para revolucionar el Sur de la República".[526]

El pasquín bogotano añadía:

"Bolívar es hoy un Vesubio apagado, pronto a romper su cráter vomitando llamas de odio, de destrucción y de venganza... Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar, y por lo cual el gobierno está tildado de débil, y nosotros todos y el gobierno mismo, carecemos de seguridad".

El general Obando, que debía hacer con Sucre "lo que no hicimos" con Bolívar, era el gobernador de Pasto, región célebre por sus habitantes, todos godos, escenario de varias sublevaciones contra la independencia. Obando había guerreado junto a los españoles; se hizo patriota con agudo sentido de la oportunidad. Naturalmente, era partidario de Santander y protector de ladrones y asesinos en las provincias del Cauca, Popayán y Pasto, individuos que en justa retribución de servicios formaban parte de su guardia personal. El vaticinio de la ralea periodística de Bogotá se cumplió al pie de la letra tres días más tarde.

---

[525] Bolívar dijo al general Urdaneta desde Popayán: "¡Divídase el país y salgamos de compromisos; nunca seremos dichosos, nunca!". (Rumazo González, ob. cit., p. 262.)

[526] Irisarri, Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, Ed. W. M. Jack son, Guatemala, 1946.

Al atravesar sin escolta la provincia de Pasto, el Mariscal de Ayacucho fue muerto a tiros por tres sujetos, el comandante Morillo, el comandante Juan Gregorio Sarria y José Erazo, hombres del general Obando, quien había enviado instrucciones en un pliego cerrado.

He aquí las "vidas paralelas" de los asesinos del vencedor de Ayacucho: José Erazo era un notorio saqueador de Salto de Mayo, donde vivía. "Todo el que no quería, ser robado o asesinado, tenía que hacer algún regalo a José Erazo, cuya casa, colocada en el paso más preciso del camino, era como una aduanilla... Obando le había nombrado Comandante de la línea del Mayo."[527] En cuanto al comandante Juan Gregorio Sarria, era analfabeto y, como su jefe Obando, había servido a los españoles contra su patria. Saqueaba haciendas en Popayán y el Cauca. Se hizo "patriota" en 1822. Tenía un proceso criminal por haber castrado a un hombre. Interrogado, dijo que había tenido intención de matarle; pero que la Virgen de los Dolores, de la que era devoto, le inspiró que se limitara a castrarlo. Además, había muerto a una mujer y violado a otra. Pero éstos eran pecadillos veniales del protegido de Obando, a su vez protegido de Santander, el Mitre bogotano y admirador del filósofo Bentham.[528]

El general Obando se apresuró a desmentir toda responsabilidad, pues la opinión pública lo responsabilizó inmediatamente del horrendo crimen. La oficialidad del Estado Mayor de Obando en Pasto, quedó persuadida de que éste había sido el instigador del asesinato; abandonó en masa el servicio en Nueva Granada y se trasladó al Ecuador.[529] Morillo confesó su crimen y fue ejecutado en 1842.

11. Muerte de Bolívar

Bolívar se encontraba cerca de Cartagena cuando recibió la noticia del asesinato de Sucre, que lo anonadó y precipitó su muerte. Se disponía a viajar a Europa, aunque ya carecía de recursos, pues había regalado su quinta, empeñado su vajilla de plata y distribuido sus últimos dineros entre la multitud de oficiales, soldados y partidarios que huían del Bogotá hostil. Aquel mantuano que al iniciarse la revolución tenía mil esclavos, los había liberado a todos. Ahora, los propietarios de esclavos que él rehusó expropiar, lo echaban de la patria. Sólo esperaba un barco para alejarse de la tierra de sus hazañas. Al sentir agravado su mal, llegó hasta Santa Marta. Allí los médicos comprobaron que sus días estaban por concluir.

Sus partidarios lo llamaban para encabezar de nuevo la República, envuelta en el caos. Páez, el "primer lancero del mundo", gobernaba en Venezuela, y no estaba dispuesto a entrar

[527] Ibíd., p. 127.

[528] Ibíd.

[529] Ibíd., p. 155.

en negociaciones con Nueva Granada "hasta que Bolívar hubiera evacuado el territorio de Colombia".[530]

En las jornadas de julio que derribaron la monarquía borbónica en 1830, el pueblo de París, al asaltar el Hotel de Ville, cantaba esta estrofa:
"Le feu sacre des républiques Jaillit autour de Bolívar, Les rochers des deux Amériques Des peuples sont les boulevards".

Mientras el pueblo revolucionario de París coreaba su nombre, en el Nuevo Mundo agonizaba la revolución hispanoamericana junto al Libertador. Murió el 17 de diciembre de 1830 en Santa Marta, en cama ajena, médico gratuito, sin un centavo y con la Gran Colombia dividida en cinco Estados.

"Conque ¿al fin murió don Simón[1]? El tiempo nos dirá si su muerte ha sido o no útil a la paz y ala libertad. Para mí tengo que ha sido no sólo útil sino necesaria"; tal fue el epitafio que escribió el separatista Santander en una carta.[531] Inglaterra ya había prestado a las nuevas repúblicas 26.565.000 libras esterlinas.[532] San Martín envejecía en Francia, Artigas estaba sepultado en el Paraguay y Monteagudo había sido asesinado.

Ahora, Morazán lucha por la creación de la República Federal de Cen troamérica antes de morir fusilado. El mariscal Santa Cruz fundará la Confederación del Perú con Bolivia y será expatriado de América. La era de los unificadores se aproxima a su fin.

---

530 Busaniche, Bolívar, p. 315.

531 Véase Francisco de Paula Santander, Cartas y mensajes de Santander, T. VIII, Ed. Academia Colombiana de la Historia, Bogotá, 1955, p. 116.

532 Véase Webster. C. K., Oran Bretaña y la Independencia de América Latina. Documentos escogidos de los Archivos del Foreign Office (1812-1830), T. I, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1944 p. 772.

Capítulo XI

De Morazán a la era insular

"La posición de Chile frente a la Confederación Perú-Boliviana es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el Gobierno, porque equivaldría a su suicidio... La Confederación debe desaparecer para siempre del escenario de América... Debemos dominar para siempre en el Pacífico."

Diego Portales, al almirante Blanco Encalada,

"La Confederación Argentina rehusará la paz y toda transacción con el General Santa Cruz mientras no quede bien garantizada de la ambición que ha desplegado y no evacúe la República Peruana dejándola completamente libre para disponer su destino."

Juan Manuel de Rosas

"Divididos y aislados no somos nada: unidos... podremos serlo, y lo seremos, todo."

General Justo Rufino Barrios

La década siguiente a la muerte de Bolívar presenciará la fundación y disolución de la Confederación Perú-Boliviana y la caída de la República Federal de Centroamérica. Andrés de Santa Cruz y Francisco de Morazán serán las figuras centrales de ambos dramas. Excepción hecha de Santa Cruz, veremos a los últimos oficiales del Libertador acuchillarse recíprocamente, incapaces ya de sostener los ideales nacionales.

1. La Confederación Perú-Boliviana

Con la caída de la Gran Colombia, el Perú independiente es desgarrado por furiosas guerras civiles. Los tenientes o capitanes de los ejércitos sanmartinianos y bolivarianos ya son coroneles o generales. La disolución del programa unificador de Bolívar parece que no puede detenerse ni siquiera dentro de las mezquinas fronteras logradas. El Perú virreinal está amenazado por incesantes asonadas militares y antagonismos regionales; no se percibe ni siquiera la sombra de un poder central. Un audaz bandido que la historia peruana conoce bajo el nombre de Agustín Gamarra se encarama a la presidencia de la República.

Después de cumplir su obscuro período deja el poder al general Orbegoso, insignificante terrateniente de Trujillo. Pero el nuevo presidente se ve inmediatamente jaqueado por Gamarra al mismo tiempo que el general Felipe Santiago Salaverry, otro aventurero inescrupuloso -soldado de San Martín a los 14 años de edad se lanza ciegamente a la

conquista del poder. Naturalmente, los tres son "generales": aunque Orbegoso sea una perfecta nulidad política y militar y Agustín Gamarra haya sido condenado a muerte por cobardía e intento de traición en los tiempos de Bolívar. Salaverry, en cambio, aunque "loco", según se lo llama, es un soldado de profesión que el fin de las guerras de Independencia ha lanzado al camino. Eran legendarios su arrojo y gusto por derramar la sangre propia y ajena.

Naturalmente, los tres personajes se proclaman presidentes del Perú. Estamos en 1835; sólo han pasado cinco años de la muerte de Bolívar.

Preside la República Bolívar o Bolivia un antiguo oficial del rey, convertido por San Martín en militar americano, el mestizo Andrés Santa Cruz. Bolívar lo ha hecho general por su acción en la batalla de Pichincha junto a Sucre; y Santa Cruz es, pese a todo, el hombre que después de haber contribuido a la ruptura de la unidad bolivariana, se propone rehacerla entre Bolivia y Perú. Este es su proyecto. Invitado por el presidente Orbegoso a contribuir al orden público en el Perú, convulsionado por la revueltas militares, Santa Cruz se resuelve al fin, llamado por el Congreso peruano, a entrar con sus tropas al Perú. Lucha con Salaverry, encarnación del "nacionalismo peruano", lo vence y lo fusila, expulsa al bandido de Gamarra y constituye la Confederación Perú-Boliviana.[533]

Su régimen parodia a la Constitución vitalicia bolivariana; es un puro edificio político, que no altera la estructura social básica del Perú ni de Bolivia. Se tendrá presente que en lo relativo al problema de la tierra y del indio, el mestizo Santa Cruz retrocederá en relación a la política implantada antes por Bolívar. En Bolivia había promulgado el 2 de julio de 1829 una ley que volvía a someter a los indios del Altiplano a la antigua condición servil que, al menos en la ley escrita, ya que no en la práctica, había suprimido el Libertador. "Desde el Decreto Santa Cruz, la servidumbre personal que en realidad no se había extinguido, ni morigerado, adquiere el carácter de una institución pública."[534]

El propósito de Santa Cruz era obtener el apoyo de las clases terratenientes y mineras del Alto Perú despojando de toda amenaza legal a su secular explotación de las mayorías bolivianas.

Sea como fuere, los adversarios de Santa Cruz no se preocupaban mucho más por la suerte del pueblo peruano o altoperuano. El crimen del mariscal consistió en pretender ampliar las fronteras de campanario y constituir una Confederación. La traición brotó en sus propias filas. Su hombre de confianza era nada menos que el traidor perpetuo, ese hombre-

533 Véase Alfonso Crespo, ob. cit., 1944, p. 196. Lo apoyan el Sur de Perú y Bolivia; pero el Norte limeño y virreinal, es hostil al mestizo serrano, hijo de una cacica de Huarina.

534 Reyeros, ob. cit., p. 143.

pesadilla llamado Casimiro Olañeta y que practicaba la deslealtad como un virtuoso pulsa un instrumento de música. Asimismo, la noticia de la Confederación conmovió el "sistema político" de América del Sur, en primer lugar de Chile y de la Confederación Argentina.[535]

2. Portales y la oligarquía chilena

Santa Cruz había sido presidente del Perú y mariscal de sus fuerzas armadas, del mismo modo que la historia común del Bajo y el Alto Perú, sus analogías raciales, históricas, lingüísticas y económicas volvían la unidad política un resultado obvio de puro necesario. Pero los factores separatistas comenzaron a minar rápidamente la construcción confederal. Peor aún, el principal enemigo de la Confederación resultó ser el dictador de Chile, don Diego Portales.

Cuando los partidos de la lucha por la independencia -carrerinos y o' higginistas fueron desalojados del poder por anacrónicos, se apoderó del gobierno de Chile una sólida clase social que no ha soltado sino raramente el control del país desde esa época: una rancia combinación de comerciantes y terratenientes conservadores, desplegados en diversos partidos, pero unidos todos en la continuidad de un orden estable. Católicos o liberales, ultramontanos o masones, pelucones o pipiolos, frondistas o plebeyos, los integrantes de la clase dominante chilena aborrecían todo cambio y en particular toda intervención del demos, todo gran proyecto nacional, todo atrevimiento histórico. Ceñida por la montaña y el océano, fue esa oligarquía chilena, de maneras cultas y alma petrificada, la tenaz defensora del patriotismo aldeano más obtuso.

Era perfectamente natural que semejante clase social encontrase su gran hombre político en un comerciante de Valparaíso, el puerto extranjero por excelencia de Chile, el Buenos Aires del Pacífico. Ese hombre fue Diego Portales. Es el pequeño burócrata práctico que aparece en todos los Estados balcanizados y aborrece las quimeras. Organiza la administración pública, pone orden en las finanzas, somete el Ejército al poder civil oligárquico, gobierna con mano de hierro y aspira a una república chiquita y centralizada, una especie de Estado comercial más próspero que sus propios negocios privados, siempre

---

535 Véanse Hugo Guerra Báez, Portales y Rosas, Ed. del Pacífico, Santiago de Chile, 1958, p. 176; Manuel Gálvez, Vida de Don Juan Manuel de Rosas, Ed. Tor, Buenos Aires, 1949, p. 222; Enrique M. Barba, "Formación de la tiranía", en Historia de la Nación Argentina, vol. III, Ed. El Ateneo, 2ª ed., Buenos Aires, 1951, p. 125; Antonio Zinny, Historia de los gobernadores de las provincias argentinas, Ed. La Cultura Argentina, vol. V, Buenos Aires, 1921, p. 100; y Alberto Edwards Vives, La fronda aristocrática, Ed. del Pacífico, Santiago de Chile, 1959, p. 45.

ruinosos.

Desconfiaba de O'Higgins únicamente porque Carrera había muerto; porque detrás de O'Higgins advertía la sombra de Bolívar en el Perú. Y cuando Bolívar fue vencido y murió, aparecía ahora en el Perú otro Bolívar, más pequeño sin duda, pero que reformulaba la Confederación, y tendía a hacer del puerto del Callao un puerto más importante en el comercio del Pacífico que el de Valparaíso. De este modo, Portales prepara la guerra, desecha todas las propuestas del boliviano para negociar, abruma a sus enviados con el desprecio, lo provoca de mil maneras, asalta los barcos peruanos y los convierte en barcos chilenos y, finalmente, declara la guerra a la Confederación.[536]

Expone sus ideas con loable concisión:

"La posición de Chile frente a la Confederación Perú-Boliviana es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el Gobierno, porque equivaldría a su suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la mayor alarma, la existencia de los pueblos confederados, y que, a la larga, por la comunidad de origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, formarán, como es natural, un sólo núcleo. Unidos esos dos Estados, aún cuando no más sea que momentáneamente, serán siempre más que Chile en todo orden de cuestiones y circunstancia... La Confederación debe desaparecer para siempre del escenario de América".[537]

2. Rosas o "El equilibrio del Plata"

Pero además de Portales, había otro Pitt y otro Canning criollo del burlesco equilibrio sudamericano al otro lado del Atlántico. Era Juan Manuel de Rosas. También era hombre de negocios, como Portales, pero no quebrado como el chileno, sino rico, aunque no menos conservador que su colega. A pesar de su título publicitario de "Gran Americano", nada le gustaba menos a Rosas que las locuras bolivarianas o sanmartinianas. Era un hombre arraigado, propietario de grandes estancias en la mejor pradera del mundo, la de Buenos Aires.

---

[536] Véase Guerra Báez, ob. cit., p. 55.

[537] Decía Portales en una carta al almirante Blanco Encalada: "Por su extensión geográfica; por su mayor población blanca; por las riquezas conjuntas del Perú y Bolivia, apenas explotadas ahora; por el dominio que la nueva organización trataría de ejercer en el Pacífico, arrebatándonoslo; por el mayor número también de gente ilustrada de la raza blanca, muy vinculada a las familias de influjo de España que se encuentran en Lima; por la mayor inteligencia de sus hombres públicos, si bien de menos carácter que los chilenos; por todas estas razones, la Confederación ahogaría a Chile antes de muy poco". Y agregaba: "Debemos dominar para siempre en el Pacífico". (Guerra Báez, ob. cit., p. 184.) Admirable patriotismo el de estos caciques de parroquia sudamericanos: ya los ingleses tenían entre sus manos todo el comerico de Chile; muy pronto controlarían la economía salitrera; y antes de terminar el siglo los yanquis se apoderarían del cobre chileno.

Desde ahí observó con creciente desconfianza que "el cholo Santa Cruz", como lo mencionaba hasta en sus notas oficiales con su peculiar desprecio de godo rubio hacia "los arribeños" (su primo y socio Anchorena llamaba "CUÍCOS" a los altoperuanos), se proponía reiniciar el plan de Bolívar. Para peor, acogía a los emigrados argentinos en Bolivia y urdía con ellos vagos planes políticos. Nada de eso podía satisfacer a Rosas, que detentaba un título más o menos nominal sobre las provincias de la "Confederación Argentina": las Legislaturas de provincia otorgaban anualmente a Rosas, en su condición de gobernador de una de ellas, la autorización para manejar las relaciones exteriores y los asuntos de guerra en caso de haberla. De hecho, las provincias se regían por sus propios gobernadores y legislaturas como Estados relativamente autónomos.

En tales circunstancias, la perspectiva de una Confederación Perú-Boliviana, cuyo ejemplo podría despertar las viejas vinculaciones del Norte argentino con las provincias del Alto Perú, acarrearía problemas serios al poder hegemónico que Rosas se proponía mantener sobre las provincias restantes. Aunque Rosas rehusaba organizar constitucionalmente a las Provincias Unidas, para no entregar los recursos aduaneros de Buenos Aires a un poder nacional, tampoco estaba dispuesto a permitir que Santa Cruz pudiese eventualmente atraer al seno de su Confederación a algunas provincias del Norte argentino hartas del centralismo porteño.

Rosas declaró la guerra a Santa Cruz fundándose en "que la concentración en su persona de una autoridad vitalicia, despótica e ilimitada sobre el Perú y Bolivia, con la facultad de nombrar sucesor conculca los derechos de ambos estados e instituye un feudo personal que solemnemente proscriben las actas de Independencia de una y otra República... Que el ensanche de tal poder por el abuso de la fuerza, invierte el equilibrio conservador de la paz de las Repúblicas limítrofes de Bolivia y el Perú... y que la Confederación Argentina rehusará la paz y toda transacción con el general Santa Cruz mientras no quede bien garantizada de la ambición que ha desplegado y no evacúe la República Peruana dejándola completamente libre para disponer su destino"[538]

¡El campeón de las "facultades extraordinarias" condenaba una autoridad despótica! Ya era más lógico que el dueño del puerto que se negaba a crear aunque más no fuera una Nación de 14 provincias, rechazara una Nación mucho más grande, desde el Pacífico a la frontera de Salta. Sin duda, eran los Portales, los Salaverry y los Rosas los únicos sobrevivientes de San Martín y de Bolívar. La osadía de Santa Cruz debía ser castigada, como

[538] Crespo, ob. cit., p. 251.

lo fue, con una ferocidad y una saña sin ejemplo.

La prensa oligárquica de Santiago de Chile derramaba sus mieles en el dictador porteño: "El general Rosas realizó al fin las esperanzas de todos los amantes de la justicia y de la libertad americana"[539]

Pero Rosas, de acuerdo a su costumbre, no pasó de provocar algunas escaramuzas en la frontera por medio del general Heredia, gobernador de Tucumán, y dejó morir de languidez su declaración de guerra. La ambigüedad territorial es distintiva de la política de Rosas, así como la aversión al espacio político será típica de los unitarios y rivadavianos.[540]

Por esa razón nada es más erróneo que atribuir a Rosas la "reconstrucción de los límites" del antiguo virreinato, lo que habría sido suficiente para revalorar su figura histórica. Por el contrario, Rosas es un típico hombre del statu quo. Ordena al general Heredia no reincorporar Tarija a las Provincias Unidas, así como impedirá siempre que el general Oribe ocupe realmente Montevideo y controle toda la Banda Oriental.[541]

3. Valparaíso y Buenos Aires se unen para destruir la Confederación

Por su parte, las tropas chilenas invaden el Perú, acompañadas por el general Agustín Gamarra, el traidorzuelo eterno y otros generales peruanos opuestos a la Confederación. ¡Todos los politiquillos lugareños en América del Sur, sean peruanos, chilenos, bolivianos o argentinos, se unen para fragmentar, marchan juntos para vivir separados, se sienten hermanos en la "balcanización"! Las maniobras diplomáticas y militares del astuto Santa Cruz resultan inútiles ante la vastedad de las fuerzas chilenas y peruanas que se unen contra la Confederación. Santa Cruz abandona Lima, esa "Babilonia de América", que ablanda con sus mujeres a todos los ejércitos; el insumergible Gamarra se hace proclamar "presidente del Perú". En ese momento hay siete presidentes en el Perú: Orbegoso, Gamarra, Santa Cruz, Riva Agüero, Pío Tristán, Nieto y Vidal.[542]

Poco después, Santa Cruz es deshecho en la batalla de Yungay por el general chileno Manuel Bulnes. Simultáneamente el vicepresidente de Bolivia, general Velasco, se subleva contra el jefe en Tupiza y felicita al chileno Bulnes por su victoria sobre la Confederación. El

---

[539] Saldías, ob. cit., T. II, p. 65.

[540] Las diferencias funcionales entre los dos partidos de Buenos Aires -el comercio unitario y los hacendados federales se explican en Jorge Abelardo Ramos, Las masas y las lanzas, Ediciones del Mar Dulce, Buenos Aires, 1970, p. 121.

[541] Véase Gálvez, ob. cit., p. 224.

[542] Véase Crespo, ob. cit., p. 284.

16 de julio de 1839 se instala en Chuquisaca el Congreso "Nacional" con la presidencia de José María Serrano, incondicional de Santa Cruz y de su política hasta ese momento. Serrano fulmina a Santa Cruz:

"Gracias a los heroicos hijos de Caupolicán y de Lautaro, ha desaparecido de entre nosotros ese abominable monstruo, que insensible a los encantos de la virtud, era como el hierro de la ambición y la codicia...".[543]

Dicho Congreso, compuesto de los mismos Olañetas, Serranos y encomenderos que apuñalaron a Sucre, declara: "A Don Andrés Santa Cruz, Presidente que fue de Bolivia, insigne traidor a la Patria, indigno del nombre boliviano, borrado de las listas civil y militar de la República y puesto fuera de la ley desde el momento en que pise su territorio...".[12]

El nuevo presidente, Velasco, ordena el embargo y secuestro de los bienes de Santa Cruz. Se glorifica a los chilenos en las ciudades de Bolivia y se amenaza con el fusilamiento a la mujer del ex presidente. Emigrado en el Ecuador, Santa Cruz carece de recursos y vive en la miseria.[544] En definitiva, y después de alguna frustrada tentativa de regresar a Bolivia, Santa Cruz se exilia a Europa por la común decisión de tres gobiernos, los de Chile, Perú y Bolivia. Un caudillo popular boliviano, el general Belzú, lo nombrará años más tarde agente diplomático boliviano en Europa. Tal fue el destino del último altoperuano que quiso meterse a unificador. ¡No había crimen peor![545]

5. La tradición española en Centroamérica

Un caso especial de perdurabilidad política y teórica de la idea unionista lo constituye Centroamérica. El Imperio español había creado en cierto modo, en el siglo XVI, la primera forma jurídica de unidad centroamericana al fundar la Audiencia de los Confines.

En el territorio que actualmente ocupan las Repúblicas de El Salvador, Honduras, Nicaragua, Guatemala y Costa Rica, la contigüidad territorial, la unidad lingüística, la tradición histórica similar, la comunidad religiosa y la particular conformación geográfica habían integrado en un sistema propio a los pueblos que lo habitaban bajo el nombre de Capitanía General de Guatemala.

La nueva política española del siglo de la Ilustración borbónica se reflejó en la vida intelectual de Centroamérica con mayor fidelidad que en otras regiones de las Indias. La

[543] Ibíd., p. 312.

[544] Ibíd., p. 320.

[545] Desde 1825 a 1898 estallaron en Bolivia 60 revoluciones, sin contar las guerras internacionales, y murieron asesinados siete presidentes: Sucre, Blanco, Belzú, Córdova, Melgarejo, Morales y Daza, excluidos los que murieron en el exilio. (V. Alcides Argue das, Pueblo enfermo, Ed. Viuda de Luis Tazo, Barcelona, 1906.)

prensa patriota aparecía a fines del siglo XVIII como la expresión del Siglo de las Luces, bajo la alta protección de Carlos III. La Real Sociedad Económica de Amigos del País, a semejanza de entidades análogas difundidas en España por la política de Campomanes y Jovellanos, introducía a los espíritus cultivados de Centroamérica en las preocupaciones del nuevo orden mundial.

Del mismo modo, la invasión napoleónica, la formación de las Juntas y las Cortes de Cádiz generan un fenómeno marcadamente diferente del que suscitarán esos acontecimientos en el resto de la América Hispánica. Hay Junta, pero no hay guerra contra el absolutismo. Los propios funcionarios españoles en Centroamérica se allanaron a la nueva situación y juraron la Constitución de 1812. Las reuniones de las Cortes de Cádiz ejercieron mayor influjo en Centroamérica que en otras partes del continente revolucionario. Tanto en las Cortes de 1810-1812 como en las de 1820, se sentaron los diputados centroamericanos.

La reacción absolutista no se ensañó contra los centroamericanos, que recién emprendieran el camino de la independencia absoluta en 1821. Los dos o tres lustros que presencian una lucha despiadada y sin cuartel en los virreinatos del Perú, Nueva Granada y Río de la Plata transcurren en paz para los centroamericanos. La influencia liberal de Cádiz en las normas jurídicas de Centroamérica es evidente, así como resulta indiscutible el carácter abstracto de dichas medidas en cuanto a su estructura social profunda.

6. Serviles y fiebres

La figura intelectual más notable de la independencia centroamericana fue José Cecilio del Valle, quien sometió a crítica la legislación de Indias. Del Valle subrayaba el abismo entre ese monumento jurídico y la vida real de la Capitanía. Juzgaba condenatoriamente el régimen de encomiendas que esclavizaba al indio y la propensión real al oro y la plata, así como las prohibiciones fiscales para liberar las exportaciones de los frutos del país. Por lo demás, el estanco del tabaco, del aguardiente de caña (y de la pólvora y de los naipes) aunque favorecían la recaudación fiscal, ahogaban la producción. El régimen prohibitivo español desarticulaba el comercio mutuo entre las provincias de la Capitanía, impidiendo la creación de un mercado interior.

Del Valle ironizaba con respecto a la Leyes de Indias que presentaban al indio como un ser humano igual a los blancos europeos, pero que le prohibían al mismo tiempo montar a caballo, participar en bailes, o emplear armas ofensivas y defensivas. Observaba al mismo tiempo que en la legislación indiana los doctos jurisconsultos de la Corona habían redactado

más de cien leyes sobre asuntos del protocolo, precedencias y ceremonias, pero ninguna sobre el fomento de la agricultura.[546]

El establecimiento de las Cortes en la isla de León produjo un entusiasmo político indescriptible en Centroamérica. El clero bajo se dividió, como en el resto de América, entre los serviles y fiebres, según se llamaba en Centroamérica a los liberales. Pero en las segundas Cortes de Cádiz de 1820 la desigualdad de representación política disgustó a los diputados centroamericanos. En efecto, mientras la metrópoli se asignaba un diputado cada 60.000 habitantes, los diputados americanos en conjunto no podían pasar de 30. Cuando un diputado guatemalteco quiso protestar por esta discriminación en el recinto de las Cortes "fue ahogada su voz por el tumulto que sus palabras provocaron, a tal punto que le fue impuesto silencio por el presidente y al querer ausentarse de la Sala de Sesiones, le fue impedido, todo lo cual conmovió profundamente a los americanos que estaban allí presentes"[547]

7. Clases y razas

Sobre los conflictos de clase que se escondían bajo el ropaje retórico de los jefes Revolucionarios, pueden dar idea los temores que la ardorosa participación de los artesanos (todos ellos ladinos o mestizos) suscitaron en el espíritu de José Cecilio del Valle. Las turbulencias populares de 1811 y 1814 en Guatemala, destinadas a presionar a las autoridades, alarmaron al intelectual. Sus recelos le dictaron la idea de que el Acta de la Independencia fuese publicada por el jefe político, "para prevenir las consecuencias, que serían temibles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo"[548]

La oligarquía criolla repetía la hipocresía jurídica de las Leyes de Indias, tan acremente juzgada por el mismo Del Valle, de hablar de la libertad de las clases bajas y negarlas en la realidad de la vida social. El historiador salvadoreño Ricardo Gallardo apunta certeramente este dilema:

"Los Proceres centroamericanos de origen criollo se interponían entre los españoles, por una parte, y los ladinos o mestizos, por otra, aborígenes estos últimos, como los primeros, de América".[549]

Se tendrá presente que hacia la época de la Revolución los mestizos alcanzaban a la cifra

---

[546] Véase Gallardo, ob. cit., p. 59.

[547] Ibíd., p. 45.

[548] Ibíd., p. 59.

[549] Ibíd.

de 313.334 en Centroamérica.[550] Las masas de mestizos e indios participaron decisivamente en todas las luchas por la construcción de la República Federal de Centroamérica. Creían que la Revolución también se hacía para ellos. Fue un trágico error: pues el régimen semiservil de prestación personal, anulado por la Revolución, aun en el papel, se restableció oñcialmente bajo el nombre de "protecturía de indios" en 1839. En cuanto al régimen de mandamientos que debía teóricamente reemplazar al de repartimientos impuestos por la Colonia española, sólo fue suprimido en 1893. ¡Bien podían juzgar los indios la Revolución criolla por la prueba de sus primeros ochenta años!

La abolición del tributo, el repartimiento y la mita son reivindicaciones indígenas que no satisfacen los aristócratas criollos y que desencadenará en el interior del proceso de independencia insurrecciones específicas condenadas a la derrota. Ante los ojos de las clases oprimidas, la carrera eclesiástica era la única vía de liberación personal en la sociedad hispanocriolla. Por esa causa, serán con frecuencia los curas mestizos los más resueltos jefes revolucionarios de los indígenas expoliados por españoles y criollos. Estas insurrecciones tenían en Centroamérica el mismo carácter que las encabezadas por Túpac Amaru en Perú, por Pumacaua en el Alto Perú, y en el Reino de la Nueva Granada a fines del siglo XVIII.

Las rebeliones indígenas comienzan antes de la independencia de España y no concluyen con ella. Aún en pleno siglo XIX, en 1813, en el Convento de Belén, Guatemala, concibieron una conspiración, en la celda del superior, el presbítero indio doctor don Tomás Ruiz, el indio Manuel Tot y otros sacerdotes indígenas. En 1820 hay otra rebelión indígena; después hay otra donde participan los indígenas de Santa Catalina; en 1838 los indios bajo el mando de Anastasio Aquino se levantan en el Departamento de San Vicente, El Salvador. Todas ellas perseguían lo que los criollos no habían concedido: abolición del tributo, liquidación del repartimiento y supresión de la mita.[551]

8. Las Provincias Unidas de Centroamérica

El fracaso de la revolución liberal española y su ceguera frente a la América revolucionaria debían originar necesariamente la ruptura centroamericana con la metrópoli, lo que ocurrió en 1821. Pero la revolución en México derivó hacia la coronación como

---

[550] En Guatemala había 50.000 blancos, 150.000 mestizos y 800.000 indios. En El Salvador, 3.000 blancos y 350.000 indios. (V. Pedro Joaquín Chamorro, Historia de la Federación de la América Central, Ed. Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1951, p. 19.)

[551] Véase Gallardo, ob. cit., p. 62 y ss.

emperador del general Iturbide. La proximidad de Guatemala y los vínculos antiguos que ambos territorios mantenían sugirió a Iturbide la idea de anexarse Centroamérica.

La ruptura de este violento vínculo, no consentido por todas las provincias centroamericanas, se produjo con la caída del efímero Imperio mexicano y el Congreso centroamericano de 1823, que declaró la independencia política de España tanto como de México. A partir de esa fecha el antiguo Reino de Guatemala comenzó a llamarse Provincias Unidas de Centroamérica. El mismo Congreso llamaba a celebrar una Asamblea para constituir una Confederación que representase a la gran familia americana.

El inspirador de la idea fue el hondureño José Cecilio del Valle. Al general Francisco de Morazán le correspondió la tarea de poner en marcha la República Federal de Centroamérica. Gobernó esa región durante ocho años e influyó en Centroamérica casi dos décadas. Es la figura política y militar más notable del período, pero su programa debió desenvolverse en una lucha incesante de las diversas pandillas facciosas del separatismo centroamericano que sometieron a la República unificada a una guerra civil sin cuartel.

La política separatista de los pequeños políticos regionales encontró un interesado sostén en las intrigas diplomáticas británicas, interesadas en perpetuar su divisa "Divide et impera". Complicado el objetivo de la unión federal con el antagonismo artificial entre católicos y liberales, la fuerza motriz del separatismo fue sin duda la misma que en el resto de la América Hispánica. En efecto, así como en El Salvador, desde los últimos días coloniales, los poderosos productores de añil eran el más importante factor político de esa provincia, en los restantes Estados minúsculos los intereses exportadores se agrupaban bajo las más diversas políticas para imponer sus privilegios vinculados al mercado mundial.[552]

El raquítico poder militar de Morazán era impotente para reunir en un solo Estado a los sectores de una economía centrífuga. Sólo la expropiación de aquellos sectores, la liberación radical de los indios y mestizos y el establecimiento de una dictadura popular centralizada habrían podido a mediados del siglo XIX crear las condiciones de la civilización y del progreso económico. ¿No lo había hecho Petión en Haití, el Dr. Francia en el Paraguay? La respuesta sería inmediata: ambos fueron destruidos por el mercado mundial; el capitalismo europeo no quería más capitalismo en los "tristes trópicos": sólo exigía plátanos, añil, café y azúcar.

9. Capitalismo mundial y fuerzas centrífugas

El conjunto de las fuerzas productivas del capitalismo mundial se expandía

[552] El Salvador producía añil, bálsamo, cacao y azúcar. Los principales productos exportables de Centroamérica eran el algodón, el añil, la madera de construcción y el palo de tinte. (V. Gavidia, ob. cit.; y Chamorro, ob. cit.)

vigorosamente en los cuadros del capitalismo europeo; en las regiones coloniales o semicoloniales los recursos productivos del sector agrario prosperarían como economías exportadoras, y adecuarían sus sistemas de poder en pequeños Estados que sólo podrían vivir de la exportación de una o dos materias primas. El capitalismo mundial se fundó en la creación de los grandes Estados nacionales y se consolidó por la fragmentación del poder de las semicolonias, a las que transformó en Estados monocultores sometidos a la política mundial de precios regulados por la Europa capitalista.

El único centro europeo de poder vinculado a la América Hispánica, capaz de elevarla en un largo proceso al nivel de las fuerzas productivas del capitalismo moderno, era España. Pero el Imperio hispanocriollo, como ya lo hemos visto, sucumbió a la debilidad orgánica de la propia burguesía española. Ésta no logró siquiera consumar su revolución interior; mucho menos estaba en condiciones de crear un Imperio más allá del Atlántico.

La disolución de la República Federal de Centroamérica en 1838 quedó formalizada cuando el Congreso Federal declaró que "son libres los Estados para constituirse del modo que tengan por conveniente"[553]

Cuatro años después, en 1842, el general Morazán fue fusilado por el monstruoso general Rafael Carrera, campeón del separatismo centroamericano.[554] Sátrapa indígena y general bufo, se proclamó "Hijo de Dios" y "Rey de los Indios". Había sido cuidador de cerdos en Matasquintla, Guatemala, como Pizarro, el conquistador del Perú. Pero no era Pizarro. Debió su asombroso triunfo político a una furiosa política separatista.

Gobernó Guatemala durante treinta años, azuzando en los restantes cuatro Estados su división permanente, a cargo de otros generales de su mismo jaez, con la bendición de la jerarquía eclesiástica y de los terratenientes. Este protector del statu quo gustaba escuchar música de Mozart "sentado bajo dosel en el presbiterio de la catedral de la capital".[555]

10. El separatismo de Carrera y los ingleses

En 1849 se realizó una nueva tentativa de unión bajo el nombre de Representación Nacional de Centroamérica, ante la amenaza de una intervención imperialista extranjera: los filibusteros al servicio de los Estados Unidos sembraban la alarma en Centroamérica. Gran

---

[553] Gallardo, ob. cit., p. 268.

[554] Véase Arturo Humberto Montes, Morazán y la Federación centroamericana, Ed. Libro Mex, México, 1958, p. 319.

[555] Gallardo, ob. cit., p. 270.

Bretaña, por su parte, pretendía extender su influencia en los territorios mosquitios, pertenecientes a Nicaragua y Honduras, mediante la artificial creación de la monarquía Mosquitia. Nuevamente en 1852 se realiza en Honduras, con la oposición del siniestro general Carrera, una tentativa de reunión constituyente de Centroamérica.

El partido conservador de Guatemala, que encarnaba la infamia en un alto poder de concentración, se oponía tenazmente a toda política unionista. Las campañas militares de los restantes Estados de la época para derrocar a Carrera e imponer la unidad del istmo fracasaron, pues justamente el mayor poder económico exportador de Centroamérica residía en Guatemala, cuya clase terrateniente apoyaba al "indio" Carrera. Guatemala resultaba ser, de este modo, una Prusia al revés.

Al mismo tiempo, Costa Rica reñía con Nicaragua por cuestiones territoriales sobre sus respectivos derechos en la región de Guanacaste, heridas limítrofes ahondadas y envenenadas por el cónsul Chatfield, que promovía en ese momento un bloqueo de los puertos salvadoreños con el argumento de ciertas deudas. Guatemala perdía, en tales circunstancias (1851), el territorio de Belice, que pasaba a manos de Inglaterra. Esta última apoyaba sin embozo al asesino Carrera.

Belice era una fuente de pingües beneficios para Gran Bretaña, ya que los leñadores negros, al mando de pedagógicos capataces británicos, cortaban palo campeche o palo brasil, premiado con altas cotizaciones en el mercado mundial.

La codicia británica por Belice se remontaba al siglo XVIII. Los ingleses habían poblado ese territorio guatemalteco con negros y zambos originarios de Jamaica, entre ellos muchos condenados a presidio. Un siglo antes de la Independencia se llegó a exportar hasta 5.800 toneladas de palo de campeche por año. La tonelada se pagaba en esa época hasta 100 libras esterlinas.

Entre Estados Unidos e Inglaterra, Centroamérica era despedazada. Mientras Inglaterra renunciaba a sus presuntos derechos sobre el futuro canal en el istmo, en favor de Estados Unidos, este último permitía, en canje, que Inglaterra aumentase tres veces el territorio de Belice. El presidente Carrera suscribió un monstruoso tratado con Inglaterra por el cual cedía a esta última el territorio de Belice, a cambio de la construcción de un camino desde la ciudad de Guatemala hasta la costa atlántica. El camino no fue construido jamás, pero Inglaterra no devolvió Belice.

La política inglesa alcanzó en Centroamérica una perfidia rara vez superada. El agente diplomático británico Frederick Chatfield fue el artífice poco visible de la fragmentación de la República Federal de Centroamérica. La soberbia del Foreign Office ante estas pequeñas

repúblicas no reconocía límites. Bastará señalar que el enviado centroamericano, don Marcial Zebadúa, llegó a Londres en 1825 para entrevistar a Canning. En 1830 aún no lo había recibido.

11. Los filibusteros invaden Centroamérica

La historia posterior de Centroamérica encierra cuanto pueda pedirse a la fantasía de un ebrio, y escapa a los límites de nuestro trabajo describir esa tragedia. El personaje más típico de esta desventurada historia es sin duda William Walker, que llegó a Nicaragua con 55 forajidos: la "falange norteamericana de los inmortales". Su lema era: "Five or None!", esto es, "¡Cinco o ninguna!". No se trataba de mujeres, dice el historiador Gallardo, sino de repúblicas. El último de los filibusteros deseaba la posesión de toda Centroamérica. Se constituyó en el flagelo del istmo. Se proponía hacer "de cada pueblo una tumba y de cada marcha una hecatombe".[556]

A su retirada destruía y saqueaba cuanto encontraba a su paso. Nuevos reclutas procedentes de Estados Unidos con armas modernas aumentaron rápidamente el poder de Walker, extraoficialmente apoyado por el gobierno de Washington.[557] El único factor positivo suscitado por dicho bandolerismo fue que la alarma de los Estados centroamericanos los impulsó a unirse para rechazarlo. El presidente títere de Nicaragua impuesto por Walker y sus asesinos era Patricio Aivas, que fue inmediatamente reconocido por los Estados Unidos. Sucesivamente toda Centroamérica lanzó sus fuerzas contra Walker, cuando se proclamó presidente de Nicaragua. Este delincuente de género extraordinario tenía arrestos de matamoros, sabiéndose respaldado por la Casa Blanca.

Para conocer sin lugar a dudas a Walker y a los amos que lo sostenían, nada mejor que reproducir su programa, bajo la forma de cuatro decretos que expidió en Nicaragua el 12 de

---

[556] Resultaría imposible esbozar siquiera un resumen bibliográfico de las fechorías norteamericanas en América Latina a partir de la segunda mitad del siglo pasado. A título ilustrativo, véanse Samuel Flagg Bemis, La diplomacia de EE. UU. en América Latina, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1977; Carlos Montenegro,Las inversiones extranjeras en América Latina, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1962; William Kreem, Democracia y tiranías en el Caribe, Ed. Parnaso, Madrid, 1957; Joseph Freeman y Scott Nearing, La diplomacia del dólar, Ed. De Ciencias Sociales, La Habana, 1973; Carlos Ibarguren (h), De Monroe a la buena vecindad, Ed. Dictio, Buenos Aires, 1951; Marga ret Marsh, Los banqueros en Bolivia, Ed. Aguilar, Madrid, 1928; y Leland H. Jenks, Nuestra colonia de Cuba, Ed. Aguilar, Madrid, 1929.

[557] "El interés de los esclavistas sirvió de estrella polar a la política de Estados Unidos, tanto en lo exterior como en lo interior... Bajo su gobierno, el Norte de México fue dividido entre los especuladores de tierras estadounidenses, que esperaban con impaciencia la señal para caer sobre Chihuahua, Coahuila y Sonora. Las revoltosas y piráticas expediciones de. los filibusteros contra los Estados de América Central estaban dirigidas nada menos que desde la Casa Blanca de Washington." (V. Marx, La guerra civil en los Estados Unidos, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1946, p. 90.)

julio de 1856. En el Iº, decretó un empréstito, ofreciendo en pago las tierras de Nicaragua; en el 2º, decretó la confiscación de los bienes nicaragüenses, en particular de sus adversarios; en el 3º, implantó como idioma oficial el inglés; y en el 4º, establecía la esclavitud.[558]

Era demasiado, y hasta los reaccionarios más cerriles de Centroamérica se unieron para aplastarlo. Al abandonar la ciudad de Granada, la incendió por completo y dejó un cartel: "Aquí estuvo Granada". Vencido, llegó en compañía de sus acólitos a Nueva Orleáns, donde fueron recibidos como héroes nacionales. En realidad, lo eran. Intentó luego por tres veces invadir Centroamérica. A la tercera, fue capturado por una fragata inglesa, entregado a las autoridades hondureñas, juzgado y fusilado en 1860. ¡Rara victoria de la justicia! Siempre aparece en el horizonte de todo conflicto, por lo demás, una oportuna fragata del Imperio. Sobre todo si se trataba, como en este caso, de moderar el excesivo apetito de Estados Unidos.

12. El general Barrios funda la República de Centroamérica

Muerto plácidamente en su lecho el sátrapa. Carrera, asumió el poder en Guatemala en 1873 el general Justo Rufino Barrios. Era un liberal nacionalista, resuelto partidario de la unidad centroamericana. Declaró en un manifiesto que sólo mediante su unión, naciones como Alemania e Italia habían logrado su grandeza: "Divididos y aislados no somos nada: unidos... podremos serlo, y lo seremos, todo".[559]

El general Barrios expidió un Decreto de Unión el 28 de febrero de 1885 declarando la creación de una sola República de Centroamérica y asumiendo el carácter de supremo jefe militar de la Nación. Con este golpe bismarc kiano, Barrios aspiraba a suprimir por medios militares los obstáculos para la unión. Pero todos los gobiernos centroamericanos se opusieron a una unión por la fuerza y reclamaron ante los gobiernos extranjeros, en particular ante México, gobernado por el déspota Porfirio Díaz. Éste respondió movilizando el ejército mexicano hacia la frontera de Guatemala.

En su sesión del 19 de marzo de 1885 el Senado de los Estados Unidos declaraba que "todo intento de Unión por la fuerza con las demás Repúblicas de Centroamérica, lo consideraría como inamistosa y hostil intervención en sus derechos, por estar pendiente el tratado sobí'e el Canal interoceánico".[560]

Las acciones militares concluyeron con la derrota de Barrios y con su propia vida en la batalla de Chalcuapa. El resto de las tentativas de unión centroamericana pertenece más a la

---

558 Véase Gallardo, ob. cit., p. 428.

559 Ibíd.

560 Gallardo, ob. cit., p. 451.

historia de la literatura jurídica que a la historia misma. Estados Unidos, a semejanza de Inglaterra, se oponía a toda unidad latinoamericana "por la fuerza"; y puesto que por las vías pacíficas no era posible lograrla y la vía militar estaba prohibida por "hostil", la única salida era la "balcanización".

¡Cómo si la unidad nacional de Estados Unidos no hubiera sido obtenida por una guerra civil de varios años y por la muerte de Lincoln!

Luego de estas desesperadas tentativas por construir un gran Estado unitario en el siglo XIX, los centroamericanos debían sufrir en el siglo XX las invasiones y ocupaciones sucesivas y regulares de los infantes de marina yanquis. Adquirirían así la condición de "territorios ocupados" -Nicaragua, Santo Domingo o Cuba y se forjaría la tradición europea de "Repúblicas de bananas", inflexión despreciativa de los cultos rentistas y confortables cabecillas de ladrones internacionales.

13. De las armas a la política

La lucha armada por la unificación nacional de América Latina había concluido con la caída de Artigas, San Martín, Bolívar, Santa Cruz, Morazán y Barrios: había durado medio siglo. Ahora, los últimos ecos de esa lucha se manifestarían en el terreno de la política y la diplomacia en lo que resta del siglo XIX. Pero la tendencia es declinante. La pugna por la creación de la Nación Latinoamericana se irá transformando poco a poco en escaramuzas contra el imperialismo dentro del sistema insular heredado. De la lucha por la unidad a través de las armas, se pasará a débiles enfrentamientos por medio de la diplomacia. Y así como a la precaria unidad bolivariana ha sucedido la posterior fragmentación, ahora seguirá la mutilación territorial (México) y hasta la cínica creación de soberanías nuevas (Panamá). Narraremos brevemente la melancólica historia de este derrumbe.

El ministro de Relaciones Exteriores de México, don Lucas Alamán, alarmado ante los continuos avances y provocaciones de los colonos norteamericanos radicados en Texas, invitaba al Congreso de México en 1832 a prohibir la inmigración extranjera de ese origen.[561] Pero ya era tarde. El proceso de saqueo territorial de México estaba por comenzar. Fue en tales circunstancias que el mismo Alamán concibió la convocatoria de un Congreso latinoamericano. Aludiendo al Congreso de Panamá planeado por Bolívar, decía Alamán que aquél "no produjo los saludables efectos que eran de esperarse... [por] la presencia de agentes

[561] Véase Montenegro, ob. cit., p. 30.

de Potencias que de ninguna manera estaban interesadas en que el proyecto saliera adelante."[562]

Don Lucas Alamán, notorio conservador y católico, advirtió largamente acerca del peligro yanqui sobre Texas. Uno de sus adversarios liberales, don Lorenzo de Zavala, criticaba la política de Alamán acerca de Estados Unidos, pues muchos hombres del liberalismo eran rendidos admiradores del vecino del Norte en virtud de que, decía Zavala, "[el] tiempo de las conquistas militares ha pasado ya en América y sólo se conocerán, al menos por algunos siglos, la de la libertad y la de las luces. A estas armas sólo pueden oponerse armas iguales; porque los progresos de la táctica militar se han detenido delante de los adelantos de la razón pública, de la convicción popular; fruto precioso de la imprenta y la filosofía".[563]

¡Como para entender la historia latinoamericana mediante la simple oposición de conservatismo y liberalismo!

14. De la fragmentación a la mutilación

Pero esta invitación no encontró eco. En 1835, cinco años después de la muerte de Bolívar y de la disgregación de la Gran Colombia, aquel México que había ambicionado anexarse Centroamérica con el emperador Iturbide, perdía a su vez, entre los colmillos de los expansionistas yanquis, cuatro Estados gigantescos: Texas, Nuevo México, Arizona y California. El primero de ellos, cuya extensión geográfica era mayor que la de Francia, fue colonizado por aventureros norteamericanos, la resaca social de esa nación, según sus propios apologistas: "rudos elementos de su clase, gente habituada a vivir al margen de la ley, imposible de gobernar sino por métodos establecidos por ellos mismos". Presidente de Estados Unidos, Andrew Jackson, un pillo brutal cuya fórmula favorita era "primero se ocupa el territorio en disputa y luego se alega el derecho a ocuparlo", eligió un héroe digno de la empresa. Envió a Texas a un antiguo compinche del ejército. Era Sam Houston, cuya degradación personal, así como su alcoholismo crónico, resultaron tan insoportables en otro tiempo a sus colegas, que debió incorporarse durante varios años a una tribu de indios cherokees. Éstos lo admitieron como hermano, otorgándole el honroso título de "Gran Borracho". Tal despojo humano fue llamado desde la tribu a la Casa Blanca por el presidente Jackson, quien le dio instrucciones precisas para encabezar una "revolución" en Texas y

---

[562] José María Torres Caicedo, Mis ideas y mis principios, T. II, Ed. Nueva Asociación Obrera, París, 1875, p. 31.

[563] Cit. por González Navarro, ob. cit., p. 130.

"liberar" a los colonos yanquis de la "tiranía de México".

El "Gran Borracho", entonado por el ardiente ron en el cofre divino, no pudo contenerse al salir de la Casa Blanca. Dijo a los periodistas: "Voy a Texas a hacerme un hombre otra vez. Seré presidente de una gran república. Y habré de traerla a los Estados Unidos".[564]

Los especuladores de tierras, como Butler y los banqueros asociados, proporcionaron todos los recursos necesarios. México perdió entre 1835 y 1846 alrededor de 1.400.000 km^2, casi la mitad de su territorio (más que el actual territorio de la Argentina). Inmediatamente después de ocupar la tierra mexicana, los "civilizadores" norteamericanos restablecieron la esclavitud, que había sido abolida años antes por los "bárbaros mexicanos". Usureros, asesinos, especuladores, banqueros, dipsómanos incurables y ladrones de oficio ampliaron la jurisdicción territorial de Estados Unidos.

Engels se equivocó al juzgar el zarpazo; pero un poeta norteamericano, por lo menos, escribió unos versos como humilde lápida:

"Que griten la tonada de la libertad
Hasta amoratarse las caras
Quieren solamente a California
Para sumarla a los Estados Unidos esclavistas
Y luego engañarnos y saquearnos".[565]

El territorio de la patria latinoamericana, en lugar de unificarse, se reducía, de Norte a Sur.

15. Invasiones y congresos

Mientras sufría estas amputaciones, y las guerras civiles desgarraban todavía su suelo, México se dirigía en 1838 al gobierno de Venezuela para asociarlo al Proyecto de Congreso Hispanoamericano, reproduciendo su circular de 1831. El lugar de reunión sería Tacuyaba, Panamá o Lima. Repite esta invitación un año más tarde y nuevamente en 1840. Pero la tierra natal de Bolívar rehusaba: el antiguo foco de la unidad ahora era aislacionista y renegaba del programa bolivariano.

Por lo demás, se aproxima un período en que América Latina será considerada cada vez más botín, presa o bien mostrenco de las grandes potencias.[566] Uno de los antiguos oficiales de

---

[564] Montenegro, ob. cit., p. 31.

[565] Montenegro, ob. cit., p. 38.

[566] Véanse Saldías, ob. cit., T. III, p. 174; Julio Irazusta, Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su

Bolívar, el general ecuatoriano Juan José Flores, conspira desde España, con el apoyo de la Corte, para armar un ejército mercenario en Europa, regresar a América del Sur y apoderarse del poder como regente, instaurando una monarquía Borbón en Ecuador, Bolivia, Perú y otros Estados. Pretendía coronar a un hijo menor de la reina María Cristina y de su morganático marido. El insensato proyecto se disipa entre las intrigas de los dormitorios reales. Más tarde, en 1859, el dictador García Moreno, también del Ecuador, pedirá un protectorado de Francia; luego, Luis Napoleón, el sobrino del Bonaparte célebre, instalará en México a Maximiliano de Austria, que concluirá fusilado en Querétaro por Benito Juárez.

En este cuadro político, donde Estados Unidos y las potencias europeas, en particular Inglaterra y Francia, despliegan todo su poder colonial, se reunió en Lima, en 1837, el Congreso de Plenipotenciarios Americanos, al que asistieron delegados de Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada, Perú y México. El gobierno del Perú invitaba al general Rosas, encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, a concurrir a dicho congreso, ante la amenaza de nuevos ataques contra la soberanía hispanoamericana. Rosas adhirió al proyecto, pero se excusó de concurrir al congreso dadas "las extraordinarias circunstancias de la Confederación Argentina"[567]

En esos momentos las flotas inglesa y francesa bloqueaban el Río de la Plata y Rosas enfrentaba a las dos mayores potencias europeas de la época. La aversión contra los extranjeros era general en América.[568]

Sarmiento, en cambio, el famoso libelista adversario de Rosas, emigrado en Chile, escribía contra el congreso americano, al que reputaba ineficaz, pues "no había propiamente intereses recíprocos entre los Estados americanos sin instituciones arraigadas"[569]

Ni se le ocurría a Sarmiento, tan fértil en ocurrencias, que las instituciones no arraigaban en América porque América estaba dividida como Polonia y que las instituciones que irían a arraigarse, con la ayuda de Sarmiento naturalmente, en el Río de la Plata, lo serían para rematar la "balcanización" y oponer a los históricos "intereses recíprocos", los "intereses antagónicos" de la era insular.

En el congreso se aprobó un tratado de Confederación, otro de comercio y navegación y

---

correspondencia, T. V, Ed. Huemul, Buenos Aires, 1961, p. 180; Barba, ob. cit.; Jorge M. Mayer, Alberdi y su tiempo, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1963, p. 634

567 Saldías, ob. cit., T. III, p. 174.

568 Los ataques a México por Estados Unidos "hicieron perder a los Estados Unidos la confianza y respeto de la Argentina y colocaron al gobierno de Washington al mismo nivel que los de Londres y París", que en ese mismo momento estaban interviniendo con sus flotas en el Río de la Plata. (V. John F. Cady, La intervención extranjera en el Río de la Plata (1838-1850), Ed. Losada, Buenos Aires, 1943, p. 209.)

569 Saldías, ob. cit., T. III, p. 252.

varios de convenios postales y consulares. Proclamó asimismo el principio de no intervención. ¡Las palabras habían sucedido a las armas!

En 1856, Chile, Ecuador y Perú firmaron otro Tratado llamado Continental y que debía presentarse a la firma de los restantes Estados latinoamericanos. Era abiertamente hostil a los Estados Unidos, que en esos momentos intervenía en Centroamérica detrás del filibustero Walker.

16. Dos Argentinas ante América Latina

El Tratado Continental suscitó una general simpatía. Del Río de la Plata, sin embargo, provinieron dos posiciones abiertamente contradictorias sobre el tratado. La primera, que podríamos denominar la posición argentina, fue expresada por el gobierno de la Confederación Argentina con capital en Paraná, desempeñado por el vicepresidente en ejercicio, general Juan Esteban Pedernera. Era un viejo soldado que había guerreado medio siglo en las campañas continentales de la Independencia. El secretario de la presidencia era José Hernández, el artista genial, autor del poema gauchesco Martín Fierro.

Después de la caída de Rosas, el país se dividió: la provincia de Buenos Aires, con la ciudad y puerto del mismo nombre, por un lado; y el resto de las antiguas Provincias Unidas, con su capital provisoria en Paraná, por el otro. El motivo de esta división era muy claro. Al caer Rosas se replanteó la necesidad de organizar el país, o sea, de nacionalizar la ciudad y puerto más importantes, que era Buenos Aires, y establecer un gobierno nacional representativo, dotado de las rentas porteñas, antes propiedad de Buenos Aires, para contribuir al progreso argentino. Los intereses porteños se unieron de nuevo -rosistas y antirrosistas, unitarios y federales de Buenos Aires contra esa política a que aspiraba el interior; Buenos Aires se declaró Estado independiente. Prefería romper la unidad argentina antes que entregar la Aduana.

El gobierno "del Paraná", encabezado por el general Pedernera, representaba a todas las provincias argentinas, menos a la provincia de Buenos Aires. La misma provincia del separatismo antiargentino y antiamericano, la provincia de Rivadavia y de Mitre, el polo áureo de la gravitación europea. El general Pedernera respondió el 23 de noviembre de 1861 a los Estados que habían suscrito el Tratado Continental, que la República Argentina "sería una vez más el primer soldado que se presente para sostener el honor y dignidad de la causa

americana".[570]

Una semana más tarde el gobierno nacional de Pedernera se disolvía ante la traición de Urquiza, su más poderoso sostén militar, y delegaba los poderes nacionales. Mediante un simulacro electoral, la provincia de Buenos Aires haría presidente a Mitre. Controlaría todo el país para someterlo a un castigo sangriento. Paraná dejaba de ser capital de la Confederación, que se disgregaba, y todas las provincias argentinas caían bajo la férula de Buenos Aires. Los porteños europeizantes estaban en el poder.

Once meses más tarde el ministro plenipotenciario del Perú insistía ante el gobierno de Mitre sobre el Tratado. Ahora, la posición que llamaremos porteña respondía por boca de Rufino de Elizalde, agente anglobrasileño y ministro de Mitre:

"La América independiente es una entidad política que no existe ni es posible constituir por combinaciones diplomáticas. La América, conteniendo naciones independientes, con necesidades y medios de gobiernos propios, no puede nunca formar una sola entidad política... La naturaleza y los hechos la han dividido y los esfuerzos de la diplomacia son estériles para contrariar la existencia de esas nacionalidades".

Rechazando toda alianza con los Estados americanos frente a una amenaza europea que estimaba quimérica, el servil Elizalde agregaba:

"Por lo que hace a la República Argentina jamás ha temido por ninguna amenaza de la Europa en conjunto ni de ninguna de las naciones que la forman. Durante la guerra de la Independencia contó con la simpatía y cooperación de las más poderosas naciones. Cuando se encontró en guerra con sus vecinos, fue por la mediación de una potencia europea que ajustó la paz. En la larga época de la dictadura de los elementos bárbaros que tenía en su seno, como consecuencia de la colonia y de la guerra civil, las potencias europeas le prestaron servicios muy señalados. La acción de la Europa en la República Argentina ha sido siempre protectora y civilizadora, y si alguna vez hemos tenido desinteligencias con algunos gobiernos europeos, no siempre ha podido decirse que los abusos de los poderes irregulares que han surgido de nuestras revoluciones no hayan sido la causa... Recibiendo de la Europa los capitales que nuestra industria requiere; existiendo un cambio mutuo de productos, puede decirse que la República está identificada con la Europa hasta lo más que es posible".

La claridad de ese documento justifica su transcripción completa. Enuncia la política de la oligarquía argentina ante América Latina en el siglo XIX y en el siglo XX.

Concluye Elizalde:

---

570 Torres Caicedo, ob. cit., p. 42.

"No puede, por consiguiente, temer nada, porque tantos antecedentes y tantos elementos le dan la más completa seguridad de que ningún peligro la amenaza. Cree que en la misma situación se encuentran todas las Repúblicas americanas. Si alguna vez las naciones europeas han pretendido algunas injusticias de los gobiernos americanos, éstos han sido hechos aislados que no constituyen una política, y los gobiernos americanos si se han sometido a aquéllos, ha sido siempre por el estado en que se han encontrado por causa de sus luchas civiles. No hay un elemento europeo antagonista de un elemento americano; lejos de eso, puede asegurarse que más vínculos, más interés, más armonía hay entre las repúblicas americanas con algunas naciones europeas, que entre ellas mismas".

Don Buenaventura Seoane, ministro del Perú, le respondía irónicamente el 17 de noviembre de 1862:

"¿YSanto Domingo, Sr. Ministro? ¿YMéxico?, ¿Ylas Islas Malvinas?".[571] En ese momento España invadía Santo Domingo y Francia a México; Inglaterra ocupaba las Malvinas hacía 30 años.

El firmante de esa nota, insolente hacia los pueblos hermanos y humilde hacia los Estados poderosos de Europa, era un petimetre capaz de todas las felonías para gozar de la aprobación de su amo del momento. Empujó el carruaje de Manuelita Rosas sustituyendo a los caballos en uno de los episodios particularmente serviles del viejo régimen rosista, en cuya corte ecuestre de los cuarteles de Palermo el César criollo contaba a Elizalde como uno de sus bufones predilectos. Pero había "vuelto su poncho" al día siguiente de la derrota de Caseros, traicionó a Rosas para unirse a los vencedores y adularlos con la misma pasión que había consagrado antes al caído Restaurador. Era la indignidad hecha hombre.[572]

Descendía directamente de la estirpe porteña de cortesanos probritánicos cuyo paradigma en la generación anterior había sido Manuel José García, el agente de Ponsonby en la segregación de la Banda Oriental, así como su jefe del día, el general Mitre, era el equivalente del señor Rivadavia en su libre cambismo ortodoxo, su odio a Bolívar y a los gauchos, su respeto lacayuno por los embajadores de las cortes europeas.

17. La flota española en el Pacífico

Un nuevo congreso americano se celebró en Lima a principios de 1864. En una de sus habituales faltas de cordura, Sarmiento, amigo de Mitre, asiste al congreso en Lima,

[571] José Victorino Lastarria, La América, Imprenta del Siglo, Buenos Aires, 1865, p. 251.

[572] Véase Carlos D'Amico, Buenos Aires, su política, sus hombres, Ed. Americana, Buenos Aires, 1953.

invocando una imprecisa representación argentina. El presidente Mitre lo desautoriza: "Usted parece haber olvidado la historia del pretendido Congreso. Bolívar lo inventó para dominar a la América y el móvil egoísta que lo aconsejó mató la idea por cuarenta años".[573]

Mitre era tan incapaz de matar ideas como de crearlas; pero se consolaría matando hombres, mujeres y niños en el Paraguay. La unidad americana del mitrismo porteño era la unidad en la tumba.

En abril de ese mismo año España intervenía nuevamente en América ocupando las islas Chineas en el Perú, en una turbia combinación con la invisible Inglaterra, y se disponía a atacar a Chile. El ministro de Relaciones Exteriores de Chile, ante la insolencia de la flota española en el Pacífico, escribía al ministro de España en mayo de 1864 "que los peligros exteriores que vengan a amenazar a algunos de ellos (los Estados latinoamericanos) en su independencia o seguridad no deben ser indiferentes a ninguno de los otros".[574]

El español respondió con una ironía que en relación con Buenos Aires se demostraría certera: "Mi gobierno ignora que el de Chile ejerza algún protectorado sobre el Perú, ni que con éste tenga algún tratado público o privado de alianza ofensiva y defensiva".[575]

Parecía que una nueva Santa Alianza europea, ayudada esta vez por el arrogante Imperio yanqui, iría a doblegar a la América Latina. Una expedición francesa, enviada por el emperador Napoleón III, el ridículo sobrino del corso, imponía en un trono fabricado al efecto a Maximiliano de Austria en tierra azteca. Los Estados del Pacífico, en particular Chile y Perú, viejos aliados de las provincias argentinas en la lucha contra el absolutismo español, pedían el apoyo del gobierno de Buenos Aires. Pero Mitre rehusó comprometerse con Chile y Perú; declaró su neutralidad ante el ataque español. "El mercantilismo porteño fue elevado en esta circunstancia a la categoría de política nacional", escribía Gabriel René Moreno.[576]

18. Del Congreso de Panamá al canal de Panamá

La única predilección exterior de los porteños, fuera de Gran Bretaña, era el Imperio del

---

[573] Mitre reprochaba a Sarmiento haber concurrido al Congreso después de haber pronunciado en su calidad de diplomático argentino belicosos discursos contra España. El Presidente se declara sorprendido: "Después de tan guerrera proclama, me sale usted con la pamplina del Congreso Americano de Lima", organizado por "odio a la democracia norteamericana". (V. Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, Felipe Vare la contra el Imperio británico, Ed. Sudestada, Buenos Aires, 1963, p. 73; y Manuel Gál vez, Vida de Sarmiento, Ed. Tor, Buenos Aires, 1952, p. 263.)

[574] Lastarria, ob. cit., p. 248.

[575] Ibíd.

[576] Gabriel René Moreno, ob. cit., p. 67.

Brasil, instrumento de Inglaterra. En el mismo momento en que Mitre negaba su apoyo a los pueblos del Pacífico, España ocupaba Santo Domingo. Inglaterra apoyaba a los esclavistas del Sur norteamericano en la guerra civil. México estaba ocupado por tropas francesas. La propia Buenos Aires, aliada al Brasil británico, se disponía a invadir y exterminar el Estado del Paraguay, primer modelo de Estado soberano e industrial en la América del Sur.

Los treinta años posteriores constituyen el espectáculo tragicómico de una nación despedazada cuyos muñones y órganos imitan los gestos y movimientos de seres normalmente conformados. La fragmentación se organiza en el marco de los "Estados Nacionales". El sistema intercomunicante del mercado mundial en la época de mayor prosperidad de toda la historia del capitalismo europeo, permite a estos Estados, grotescamente trocados en "Naciones", gozar en ese período de cierta estabilidad. Se forman clases asociadas al comercio de exportación y beneficiadas por el sistema. Se confeccionan escudos, símbolos, monedas, mapas, uniformes, estampillas, libros geográficos y textos de historias nacionales tan contrahechos como las mutiladas geografías. La historia latinoamericana ha muerto, como los hombres olvidados que la hicieron.

El programa que Bolívar había comenzado en Panamá en 1826, debía concluir en 1903, también en Panamá, convertida de cuna en sepulcro de la bandera bolivariana. Para construir el canal interoceánico contra la voluntad del Senado colombiano, el imperialismo norteamericano arrebataba su provincia norteña a Colombia y anunciaba al mundo el nacimiento de una nueva soberanía. ¡Del Congreso de Panamá al canal de Panamá! América Latina ya estaba en condiciones de realizar un balance de los primeros cien años de su "era independiente".

Capítulo XII

La autoconciencia de la Nación inconclusa

"De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país (Bolivia) orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfeccionamiento en el orden material y moral."

Alcides Arguedas

"Si la América del Norte, después del empuje de 1775, hubiera sancionado la dispersión de sus fragmentos para formar repúblicas independientes; si Georgia, Maryland, Rhode Island, Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut, Nueva Hampshire, Maine, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Pensilvania se hubieran erigido en naciones autónomas, ¿comprobaríamos el progreso inverosímil que es la distintiva de los yanquis? Lo que lo ha facilitado es la unión de las trece jurisdicciones coloniales que estaban lejos de presentar la homogeneidad que advertimos entre las que se separaron de España. Éste es el punto de arranque de la superioridad anglosajona en el Nuevo Mundo."

Manuel Ugarte

La ruina del plan bolivariano y la patética lucha personal del Libertador ante el derrumbe ha movido a los historiadores a dialectizar la pugna entre el héroe y el destino reviviendo las mohosas categorías carlylianas sobre el papel del individuo en la historia. Bolívar habría sido "un soñador" y su proyecto "una hermosa quimera". La rigurosa necesidad de unificar América Latina no sería sino un ideal, digno de evocarse en las conferencias de la OEA o en las sesiones del Banco Interamericano de Desarrollo.[577]

Todas las fuerzas que Bolívar logró congregar en su torno para consumar la independencia se disolvieron cuando pretendió construir la unidad de los Estados recién emancipados. Las mismas oligarquías regionales que sostuvieron a los ejércitos libertadores con recursos y hombres, entre los que figuraban muchos parroquiales "padres de la patria", se volvieron contra los uni ficadores cuando el comercio libre estuvo garantizado. De esa disgregación nacieron las pequeñas patrias, estas miserables y arrogantes "naciones", pavoneándose con ejércitos sin armas, aduanas de bajas tarifas, territorios desolados, monedas perpetuamente devaluadas y prolijas fronteras con los incontables Principados de Luxemburgo que colorean el mapa gigante.

---

[577] El BID es bolivariano y hasta publica textos alusivos en su revista Integración. El imperialismo es sabiamente omitido en los poemas bancarios de estos intrépidos luchadores.

La época de la "argentinidad",[578] de la "peruanidad", de la "bolivianidad", de la "chilenidad" debía coincidir con la sólida inserción en la estructura del comercio mundial de los Estados librados al azar histórico después de la muerte de Bolívar. Dicho fenómeno se despliega alrededor de 1880, cuando los países latinoamericanos elaboran sus formas jurídicas más o menos permanentes y construyen su "unidad nacional", a la vez que Europa o Estados Unidos establecen con ellos canales regulares de intercambio y la comple mentación económica se consolida en la unilateralidad de la producción.

En el marco de hierro de la "balcanización", se modelan los Estados en la década del 80: Rafael Núñez en Colombia, el general Roca en la Argentina, el coronel Latorre en el Uruguay, Porfirio Díaz en México, Santa María en Chile, Alfaro en el Ecuador, Guzmán Blanco en Venezuela, Ruy Barbosa en el Brasil instauran el reinado de la prosperidad agraria o minera y la hegemonía positivista.

1. El positivismo en Europa

¿Y que género de filosofía es ésta que domina la vida intelectual de América Latina en el mismo período en que parece declinar para siempre la idea histórica de la unidad latinoamericana? El positivismo comtiano satisfacía las necesidades filosóficas de la burguesía europea, si así puede decirse. Es el triunfo del racionalismo fundado en la ciencia experimental, que pretende en Europa recusar al irracionalismo romántico, dotar a la sociedad de una ciencia fundada en los hechos ciertos y extender la idea de una evolución incesante a la que no se veía límite alguno. El carácter acumulativo del progreso y la autoconciencia de un bienestar creciente debían encontrar en los héroes de Balzac sus tipos más demostrativos.

Todo esto era completamente natural: hacía medio siglo que la burguesía francesa había hecho su gran revolución. Ahora, las marchas heroicas y los torrentes revolucionarios eran festejados pacíficamente los días 14 de julio con bailes populares en las calles de París. Artesanos, burgueses y estudiantes alborotaban luego con sus amiguitas bebiendo cerveza en las tabernas. ¡Esto era todo! La burguesía francesa estaba en reposo y disfrutaba su felicidad, que se le antojaba eterna. Augusto Comte dictaba cursos de astronomía popular para obreros en una municipalidad de París.[579] El creador del positivismo y la sociología se formó espiritualmente en la época de la Restauración; aborrecía las revoluciones y condenaba la

---

[578] Ricardo Rojas popularizó el vocablo. En América Latina la "balcanización" desencadenó búsquedas literarias del ser nacional; es decir, del ser argentino, ser peruano, etc., que pronto asumieron un carácter puramente psicológico, telúrico, cuando no místico.

[579] Véase Augusto Comte, Discours sur l'esprit positif, Union Général d'éditions, París, 1963, p. 8. Comte dictó esos cursos durante 17 años consecutivos. Los llamados obreros eran artesanos: relojeros, carpinteros, orfebres, que en pequeño número concurrían a las clases de Comte: "el resto es una mezcla muy variada donde abundan los ancianos", escribía el filósofo a Stuart Mili, (Comte, ob. cit., p. 23.)

teología, aunque no pudo resistir la tentación de escribir un Catecismo propio y hasta elaborar los ritos para la celebración de matrimonios positivistas.[580]

Comte había condensado su credo en dos palabras que incluyó el escudo brasileño como divisa tutelar: "Orden y Progreso". Pero como Comte era un conservador esencial, definía el progreso como "el desarrollo del orden". Toda reorganización debe comenzar por las ideas, pasar a las costumbres y finalmente, decía, alcanzar a las instituciones.[581] A los obreros que asistían a sus cursos sobre astronomía popular, los educaba en principios conservadores análogos.

"La escuela positivista tiene necesidad del mantenimiento continuo del orden material. Ella no pide a los gobiernos más que libertad y atención... El pueblo no puede esperar, ni aun desear, ninguna participación importante en el poder político. El se interesa no en la conquista del poder, sino en su uso real... también está dispuesto a desear que la vana y tormentosa discusión de los derechos sea reemplazada por una fecunda y saludable apreciación de los deberes."[582]

En otras palabras, se trataba de conciliar las dos formas "fundamentales" del espíritu humano: la tendencia hacia la anarquía y la tendencia a la reacción, la revolución y la contrarrevolución. Comte se oponía a ambas. La burguesía europea no deseaba hacia fines de siglo otra cosa que conservar lo adquirido: vivía en el puro presente y no deseaba precipitarse al porvenir.[583] La poetización de la ciencia era para la burguesía algo tan natural como situar los tiempos tenebrosos en el pasado y dibujar un horizonte rosa rodeado de tranquilizadores microscopios. El anticlericalismo era excitado, por añadidura, por el Syllabus troglodita de Pío IX; estos enfrentamientos fueron de vasta resonancia y apresuraron la laicización de la enseñanza pública y de la legislación civil.

2. El positivismo en América Latina

---

580 Ibíd.

581 Sobre algunos aspectos de la influencia positivista en el Brasil, véase Alberto Guerrei ro Ramos, Mito et verdade da revolugao brasileira, Ed. Zahar Editores, Río de Janeiro, 1963, p. 18.

582 "La reorganización de las opiniones y las costumbres... es la única base sólida de la regeneración gradual de las instituciones sociales", dice Comte, ob. cit., p. 63.

583 El europeocentrismo de Comte era diáfano. La tarea positivista no se limitaría a Francia: "abrazará naturalmente todos los pueblos avanzados que hoy participan, a pesar de sus diversidades nacionales, de la misma necesidad de regeneración social... esta familia de élite contendrá, alrededor del centro francés, de una parte Alemania e Inglaterra con sus anexos naturales, de otra parte Italia y España... así la Sociedad Positivista no será, en sus sentimientos y en sus pensamientos, ni nacional, ni cosmopolita, sino occidental; por lo demás, ella concibe la regeneración final como debiendo extenderse luego, siguiendo una progresión determinada, a todo el resto de la humanidad, bajo la sabia asistencia del Occidente unido" (Comte, ob. cit., p. 62).

Los nuevos Estados latinoamericanos acogieron el positivismo y las leyes civiles con igual ardor que los Parlamentos liberales de Europa. Los generales brasileños eran positivistas, protegidos de Inglaterra y guardianes del sistema esclavista.[584] También profesaban el positivismo los intelectuales que rodeaban al paternal déspota Porfirio Díaz. Tanto hablaban de la "Ciencia", que el pueblo mexicano se refería a ellos como los "científicos". Tuvieron tiempo para difundirla, pues don Porfirio subió al gobierno en 1872 y recién pudieron derrocarlo en 1911. Su secretario de Educación, don Justo Sierra, fundador de la Universidad, aunque nunca abrazó categóricamente el positivismo, era naturalmente un liberal y un ardoroso librecambista. Sabía hablarles a los obreros, por añadidura, con el lenguaje de las bayonetas.

Así como el conservador Alamán había sido un tenaz proteccionista y creador de industrias en México, el liberal Justo Sierra era un campeón del librecambismo. Las ideas político-filosóficas estaban en contradicción con las ideas económicas de ambos. En el caso de Sierra, su liberalismo era compatible con el régimen de Porfirio, que entregó casi dos millones de hectáreas de tierras mexicanas sobre la frontera con Estados Unidos a compañías de esa nacionalidad. En cuanto a la clase obrera, Sierra asistió al congreso de trabajadores de la industria tabacalera realizado en julio de 1906 donde afirmó:

"He oído varios discursos de ustedes y aunque fuertes, no me disgustan, pero sí deben saber que si en las huelgas que ustedes tengan hay un solo hombre que quiera trabajar, así como si se altera el orden, el gobierno cuenta con 60.000 bayonetas para apoyar a ese hombre y sostener el orden".

Ante estas palabras, el delegado Julio M. Platas se dirigió al Congreso respondiendo:

"Perdón, señores; ustedes me ordenaron que yo invitara a este Congreso al ciudadano Secretario de Instrucción Pública, y, torpe de mí, invité al ciudadano Secretario de Guerra... Dice el Señor Ministro que los pueblos que no se agitan son pueblos muertos, que merecen la esclavitud, y nos trata como esclavos, amenazándonos con sus bayonetas...".

El delegado obrero no conocía a Comte tan bien como Justo Sierra: primero venía el orden y luego el progreso.[585]

El argentino Agustín Álvarez escribía en South America su condenación de la política criolla, congénitamente incapaz de elevarse al modelo anglosajón: la fórmula norteamericana

---

584 La filosofía de Comte se dictaba en la Escuela Superior de Guerra del Brasil.

585 Véase Víctor Alba, Las ideas sociales contemporáneas en México, Ed. F.C.E., México, 1960, p. 93.

Los "científicos" mexicanos creían que "los indios y razas mezcladas eran gente irremediable y peligrosa, condenada biológicamente a la inferioridad y a la tutela". (V. Hanke, El prejuicio racial en el Nuevo Mundo, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1958, p. 149.)

era buena, pero el contenido indígena era detestable.[586]

De este modo circularon libremente por América Latina a fines de siglo, Adam Smith y Comte, Spencer, Bentham, Stuart Mili y Darwin. La traducción vernácula de estas corrientes consistía en practicar un librecam bismo que impedía la industria latinoamericana (Smith); de comenzar la reforma de la sociedad por la reforma de las ideas (Comte); de erigir el interés individual contra el Estado y la primacía de lo útil, como norma de verdad (Spencer, Bentham) y de considerar a las razas indígenas esclavizadas como la prueba de la supervivencia del más apto (Darwin). La incorporación en América Latina del positivismo como doctrina conservadora del statu quo resultaba equivalente a la perpetuación del monocultivo, la servidumbre indígena, la producción exportable como fuente exclusiva de recursos fiscales y la "balcanización".

3. Positivistas y jíbaros

¡El noble producto importado venía con la garantía de su sello europeo y eso era suficiente! Pero empleábamos esa superestructura jurídica y filosófica burguesa sin realizar en América Latina la revolución burguesa que la había generado en Europa. Se operaba un viaje transatlántico de las leyes y la filosofía sin importar al mismo tiempo las relaciones sociales, los métodos de producción ni la estructura de clases. América Latina tuvo así matrimonio civil sin máquina de vapor y Estados soberanos organizados según el patrón de John Locke, donde algunos ciudadanos pasaban sus tardes reduciendo cráneos humanos al tamaño de un puño mediante un interesante procedimiento de cocción desconocido por los juristas ingleses. Tuvimos cementerios secularizados y escuela laica, pero se mantuvo el atraso clásico que garantizaba la condición semicolonial de América Latina. Gozamos (¡y no siempre!) de soberanía territorial en cada Estado a condición de olvidar nuestra soberanía dividida como Nación inconclusa.

Así pudieron redactarse soberbias Constituciones de cuño europeo o norteamericano estableciendo los tres poderes de Montesquieu en provincias andrajosas erigidas en "Naciones", que hasta carecían de burguesía y cuyos presupuestos apenas alcanzaban para

[586] Ridiculizando las costumbres políticas latinoamericanas, que atribuye a la fatalidad de la herencia hispanoindígena, Agustín Álvarez cuenta lo siguiente: un periodista corrido a latigazos por un jefe de policía de Mendoza, se refugia en la casa del gobernador de la provincia, a quien pide garantías constitucionales. El gobernador se apresura a sacarlo por una puerta trasera de la casa, que da a una callejuela estrecha y llena de monte, al tiempo que le dice al periodista: "Dispare por aquí, amigo". Desde entonces se llamó a esa callejuela, que carecía de nombre, "Callejón de las Garantías". (V. Agustín Álvarez, South America. Ensayo de psicología política, Ed. La Cultura Popular, Buenos Aires, 1933. El título en inglés es el mejor acierto del libro de Álvarez, pues es una típica visión sajona de nuestra supuesta barbarie.)

pagar los sueldos de un solo poder, que siempre era el Poder Ejecutivo. ¡Los partidarios del positivismo burgués europeo en América Latina resultaban ser los enemigos del desarrollo capitalista en sus propias patrias!

La filosofía que la burguesía europea adoptaba después de su triunfo era prohijada por los terratenientes parasitarios o exportadores improductivos de los grandes puertos como la fórmula intelectual del "progreso". Pero en esta filosofía el acento estaba puesto en el "orden" más que en el progreso; y era protegida por las clases más hostiles a la conquista de una economía independiente.

El positivismo se revelaba, en definitiva, como una filosofía conservadora a la que habían invertido de signo al cruzar el océano; sus Cándidos consumidores latinoamericanos la identificaban con las "ideas avanzadas". Resucitaba bajo nuevas formas el antagonismo entre el pensamiento y la vida, patético en los siglos coloniales y que en la era insular resultaría tragicómico.

4. Ideología sin relaciones sociales

La vieja Europa había necesitado miles de años para atravesar las ruinas del esclavismo, el feudalismo, el Renacimiento y la Reforma, asimilar la Contrarreforma y la victoria de la ciudad burguesa, luchar por el advenimiento de los derechos del hombre, conquistar el Parlamento y la libertad de prensa. Estos vastos procesos se habían desenvuelto íntimamente trabados a los conflictos de las formas de producción sobre las que reposaba la sociedad civil. Ni siquiera podía hablarse de parlamentarismo sin examinar la victoria completa de la producción capitalista.

Pues bien, cuando la Europa capitalista incorpora a América Latina a su sistema industrial metropolitano como una gigantesca provincia agro-minera, dota a su vez a nuestro continente de un stock jurídico y político compuesto de todas sus piezas. El modelo importado servirá para crear una ficción de aquella sociedad rica y evolucionada, pero no puede funcionar por sí mismo, ya que el sistema ha dejado su mecanismo, su cuerda, su fuerza motriz en Europa. Nos han enviado sólo la parte de afuera, el envase pintado, como esos lomos dibujados de falsos libros que aparecen en las vidrieras de ciertas mueblerías o las manzanas de cera que decoraban las viejas casas de familia en la clase media de 1920.

La inaplicabilidad del liberalismo positivista europeo a América Latina resultaba tan evidente para ciertos intelectuales del 900, que no tuvieron más remedio que declararse racistas y acariciar la esperanza de que el tiempo concluiría por eliminar a los indios y

mulatos para permitir un progreso orgánico. Ése era el punto de vista de Alcides Arguedas, el boliviano, o de los argentinos Carlos Octavio Bunge, Ramos Mejía, y otros.[587]

5. El racismo de Alcides Arguedas

Arguedas, que no era precisamente un ejemplar del más puro tipo caucásico, musitaba compasivamente estas palabras sobre el triste destino de Bolivia:

"De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfeccionamiento en el orden material y moral".[588]

El profeta pesimista, que vaticinaba a su raza el más lúgubre porvenir, era una especie de Ezequiel Martínez Estrada de su tiempo, pues como el argentino,[589] de su boca sólo brotaba un verbo apocalíptico sobre su pueblo, al que juzgaba responsable de la degradación nacional. Acariciaba una esperanza, sin embargo: más que de la mezcla con otras razas humanas superiores, la liquidación del criollo autóctono, vendrá de "ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza"[590]

Se trataba de un pesimismo puramente literario y completamente desinteresado. Arguedas no dañaba su vista con la contemplación de la "raza de bronce", que también era un "pueblo enfermo". Se pasaba la vida en Cuilly, cerca de París; cortaba rosas de Francia por la mañana y redactaba dicterios contra los indios de su país por la tarde. Este amargo y rudo Isaías era el feliz propietario de dos buenas hectáreas laborables a 40 kilómetros de París, además de la gran casa o castillo, lo que significaba un buen capitalito, sobre todo en Francia, donde cada palmo de tierra vale oro.

---

[587] El biologismo, la psicología social y la psiquiatría histórica hacen furor. Carlos Octavio Bunge, en Nuestra América (1911), somete a la política criolla a un análisis clínico. Ramos Mejía, en Las neurosis en los hombres célebres, examina al Dr. Francia, del Paraguay, y a Juan Manuel de Rosas, desde el punto de vista psiquiátrico. Ingenieros sigue el mismo camino. Es obvio añadir que los resultados serán para la ciencia como para la historia, devastadores, en el sentido de que no quedará nada de dichos análisis.

[588] Benjamín Carrión, Los creadores de la Nueva América, Ed. Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1928, p. 184.

[589] En cuanto al caso de Martínez Estrada, era propietario de campos en el sur de la provincia de Buenos Aires. Su antiperonismo no sólo brotaba de toda su carrera literaria, protegida por la oligarquía y la revista Sur, sino de su explicable hostilidad hacia la Ley de Arrendamientos dictada por Perón. Martínez Estrada tenía arrendatarios en su campo a los que no podía desalojar. Era uno de esos intelectuales típicos de la Argentina que son cipayos en su país y revolucionarios en Cuba. Sobre su análisis del Martín Fierro y su amor a los gauchos, véase Jorge Abelardo Ramos, Crisis y resurección de la literatura argentina, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961. Asimismo, véase su juicio sucesorio y la nota crítica anexa en Arturo Jauretche, Los profetas del odio, Ed. Peña Lillo, 3ª ed., Buenos Aires, 1967, p. 103.

[590] Carrión, ob. cit., p. 185.

El estilo tremebundo de Arguedas se comprendía: fue Simón Patiño, aquel sangriento avaro, rey del estaño, quien costeó la edición de su Historia de Bolivia. Para Patiño, una historia que descargaba sobre la fatalidad étnica el infortunio de Bolivia, no podía quedar inédita. Arguedas, en un raro arranque de optimismo, dedicó su obra al Vampiro.[591] Arguedas la había meditado en París, donde parasitó largos años como cónsul de Bolivia, consolado por los encantos de la gran ciudad civilizada donde no había un solo indio, salvo él.

Arguedas, que condenaba a su terruño por indígena, era como otros racistas análogos de América Latina, del tipo de Sarmiento, un verdadero meteco y a su modo, un bárbaro. Arguedas "vive, como dirían los franceses, en 'gentilhomme campagnard'. La casa, el castillo de Arguedas... tiene libros y Venus. En el salón, reproducciones fotográficas en grande y pequeño formato. En la sala de billar, vasta pieza del segundo piso, a la altura de los ojos, un friso contornea los muros en toda su extensión, hecho con fotografías de todas las venus existentes, desde las praxitelianas, perfectas de pureza y armonía, hasta las modernas y voluptuosas de Canova. De allí que no hayamos podido comprender qué papel podían hacer allí en la misma sala, junto a las muestras más excelsas de lo que puede el hombre en sus creaciones de amor y de belleza, los retratos de los hombres de la carnicería de 1914-1918: Lloyd George, Clemenceau, Fochy Wilson...".

Después, el gentilhombre boliviano dice a su interlocutor:

"Todo esto -y el ademán de la mano de Arguedas calcula más de una hectárea estaba sembrado de árboles muy viejos. Encinas centenarias, castañeros, robles... Yo tuve que cortarlos. Hacían mucha sombra sobre mis ventanas. Quitaban la vista del valle. Y luego había que hacer lugar para las rosas, para los manzaneros, para el huerto. Personalmente, yo mismo he cortado algunos. Es muy entretenido... hoy tengo leña para muchos inviernos".

Servil con los poderosos de Europa, renegado de su raza, degollador de árboles centenarios, historiador de Patiño, este Arguedas había resultado tener un harem fotográfico de Venus para su uso exclusivo. No era, realmente, un tipo ejemplar de hispanoamericano.[592]

Arguedas se hacía servir en Cuilly por un indio del Altiplano, al que castigaba con látigo a la menor falta.

Varones tonantes de este género, amparados por la oligarquía, han sido legión en nuestra paciente tierra. Constituían el sector ornamental de la plutocracia latinoamericana al comenzar el siglo.

---

591 Véase Camón, ob. cit., p. 170.

592 Véase Augusto Céspedes, El dictador suicida. 40 años de la historia de Bolivia, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1956, p. 52.

6. La agonía de la Patria Grande

Los altos precios de las materias exportadas por América Latina en ese período, es preciso convenir en ello, resultaban ampliamente compensatorios para un pequeño núcleo en cada Estado latinoamericano, para sus ministros, diputados, profesores, y escasos intelectuales, comerciantes y parásitos de las clases distinguidas que reproducían en cierto modo el alto nivel de vida de las grandes metrópolis, a las que visitaban con frecuencia y de las que traían las últimas modas.

El vasto hinterland de esos núcleos en los respectivos Estados no era tenido en cuenta, salvo para los cambios de gobiernos, regulados por lo común mediante elecciones canónicas o espadas providenciales. La fidelidad a una historia petrificada por la adoración de héroes impolutos y ángeles de yeso, la adopción de leyes liberales y la circulación de la literatura francesa son rasgos genéricos de esa generación insular.

Bajo la influencia de Gustave Le Bon, el famoso inventor francés de la "psicología de las multitudes", algunos psiquiatras argentinos, como José María Ramos Mejía y José Ingenieros, pretendieron reexaminar la historia argentina. Se fundaron en Mitre, naturalmente, y le añadieron a la condena de los caudillos y las montoneras el "barniz" científico proporcionado por la frenología de la época. En *Las multitudes argentinas* Ramos Mejía escribe:

"La indignación de Artigas a consecuencia de los manejos que le atribuía Pueyrredón, tomaba formas ditirámbicas al pasar por la pluma, en perpetuo 'delirium tremens romántico, del padre Monterroso, fraile venal, de vulgarísimas lecturas, pero que tenía, según historiadores bien informados, 'el arte de traducir los odios de su jefe, halagando su vanidad, en frases sonantes y sin sentido'. Tenía que ver el entusiasmo sincero del Protector de los Pueblos Libres en presencia de las frases del secretario, en cuya lectura mezclábanse hábilmente la acción coreiforme del cómico español de cuño antiguo y las gesticulaciones demoníacas de un indio inquisidor emborrachado en una orgía de chicha. La intervención del caudillo en la peculiar literatura, solía reducirse a alguna pintoresca postdata con el infciltable 'dígamele' de todos los gauchos que dictan cartas"[593]

Medio siglo después estos juicios de la oligarquía serían compartidos por las variantes múltiples de la "izquierda tradicional" de la Argentina.

La Patria Vieja apenas se divisaba en un pasado remoto. El Uruguay y la Argentina

---

[593] Ramos Mejía, Las multitudes argentinas, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1952, p. 251.

habían recibido millones de inmigrantes y su insularidad era más profunda todavía que en los restantes Estados latinoamericanos, donde el atraso ejercía el papel de custodio de la tradición histórica, la única riqueza que desdeñaban los exportadores. En todas las capitales latinoamericanas se imitaba a Napoleón III, se construían bulevares, el ferrocarril irrumpía solemnemente. La aristocracia positivista se dejaba crecer las patillas a lo Bonaparte. El falso gótico, el seudo corintio y un horrendo estilo pompeyano alimentaban las apetencias estéticas del refinamiento continental. Como en los ridículos principados alemanes del tiempo de Goethe, la poesía era una poesía de corte.

La literatura se importaba, como las amantes de lujo, y los bardos eran empleados públicos, comían el duro pan de los periódicos facciosos o agonizaban en París.

La unidad latinoamericana que había pasado de las armas a la diplomacia, ingresaba ahora a la literatura simbólica y resucitaba nostálgicamente en algunos pensadores como el eco de una proeza insensata.

7. La unidad latinoamericana en la literatura

"Bolívar y San Martín... realizaron la unidad de la América Latina, antes de formular la teoría de la unión", escribía José María Torres Caicedo.[594] Nacido en Colombia en 1830, fue diplomático de Venezuela en Europa y participó con su acción y sus libros en las campañas por restablecer la perdida unión bolivariana. Torres Caicedo formuló un programa para la Confederación: reunión anual de una Dieta latinoamericana; nacionalidad latinoamericana común; Zollverein aduanero, uniformidad de códigos, pesas, medidas y monedas. También elaboró un plan de uniformidad de enseñanza, la abolición de los pasaportes en el interior de la América Latina y la organización de tropas y recursos spara la defensa común.

Torres Caicedo reiteraba ahora como programa las viejas tentativas militares de Bolívar. Pero esa unidad, ¿podían admitirla los nuevos Estados instalados en la "balcanización" exportadora? Los productores de café, bananas, trigo, cobre, cacao, algodón, tabaco y carne, ¿estaban en condiciones de adquirir la "conciencia nacional del mercado interno", única escuela de la burguesía, cuando sus beneficios fluían del mercado mundial? Esa unilate ralidad económica, fundamento de la prosperidad de las clases dominantes, era el pilar de la soberanía estadual, la fuente del patriotismo aldeano.

Toda América Latina se había convertido en un sistema asimétrico de veinte puertos

[594] Torres Caicedo, ob. cit., T. II, p. 15.

francos, de veinte abastecedores del mercado mundial. El consumo interno estaba reducido a su mínima expresión, salvo una o dos ciudades importantes por cada Estado. Y este mercado interno era abastecido por los productos industriales de las metrópolis y, lo que no era menos deformante, por sus productos culturales.

Esta extravertida América Latina no podía ser "persuadida" de su unidad, pues ella suponía no sólo la abstracta figura política de una Confederación, sino el quebrantamiento interno de la estructura de clases precapita listas (en algunos casos), la reorientación de la producción hacia su hinterland paralizado, la interrelación de sus economías particulares alrededor de un plan económico "nacional" y el establecimiento de una gran industria como factor dinámico del conjunto. Hacia 1900 era una pura utopía.

8. Poetas y profetas

También el portorriqueño Eugenio María de Hostos concibió formas de unidad a partir de la independencia de Puerto Rico, pero como parte de una Confederación Antillana, incluyendo a Cuba y Santo Domingo. Como ocurriría con muchos de los hombres de su generación y de sus ideas, Hostos concluyó dedicando sus energías a la educación y a la redacción de tratados morales. ¡Si tendremos moralistas, pedagogos y abogados en América Latina! Los talentos más prometedores concluyeron en este pantano ético-jurídico. El tucumano Juan B. Terán diría: "América Latina es un desierto poblado de abogados". No faltaban quienes tejían recreaciones helénicas como el boliviano Franz Tamayo, un terrateniente erudito que escribió La Prometheida o las Oceánidas en un altiplano con 3 millones de indios que hablaban quechua y aymará.[595]

El soplo épico de la tradición hispanocriolla alcanzó a vivir en la juventud de Rubén Darío. El nicaragüense cantó entonces a la unidad centroamericana. Dedicaba un poema al último unificador, el general Justo Rufino Barrios. Pero después absorbió a Darío la simbología versallesca y el lirismo apolítico, salvo en su Canto a Roosevelt. De los escritores de esta generación, sólo José Martí se transfiguró en héroe; rara síntesis de poeta y soldado.

A fines de siglo Ángel Floro Costa, un oriental emigrado en Buenos Aires, postulaba la tesis de la creación de la República del Plata, mediante la reincorporación del Uruguay a las viejas Provincias Unidas. Costa sólo veía tres caminos para el Uruguay: un Estado

---

[595] Al publicarse este criptograma quechua-bizantino, "se comentó que 'la Prometheida' era tan difícil de entender como si Tamayo la hubiese escrito en griego". Pero Franz Tamayo, sí era un exquisito, no despreciaba a su pueblo, como Arguedas. (V. Céspedes, ob. cit., p. 55; y Tamayo, Creación de la pedagogía nacional, Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1944.)

independiente, como lo había concebido Canning, "el algodón entre dos cristales"; la incorporación al Brasil o la incorporación a la Argentina. Era partidario de la última solución y temía la vulnerabilidad de la soledad uruguaya. Pero la inclusión del Uruguay en el sistema mundial de la Gran Bretaña (lanas, cereales y carne) resultó en el medio siglo siguiente la forma óptima de la prosperidad uruguaya y del equilibrio interior de la vieja Provincia Oriental.

Proféticamente Ángel Floro Costa titulaba su libro Nirvana, es decir, el Uruguay como símbolo de una dicha abstracta, despojado de las turbulencias sudamericanas, una barca poética y lacustre atada a la cola del león británico, ensimismada e indiferente a la tempestad, un Uruguay olvidado del pasado artiguista, duplicado por la inmigración y erigido en una avanzada de la cultura europea en el Río de la Plata.

"El Uruguay será argentino o brasileño; y si no, será Nirvana", parecía decir Ángel Floro Costa en 1880. Y tenía razón.[596]

9. Rodó y el arielismo

Otro uruguayo formulará ante el destino latinoamericano un mensaje de naturaleza diferente. José Enrique Rodó escribe su abrumador Ariel en un período en que el robusto imperialismo yanqui aterraba al mundo de las plácidas oligarquías sudamericanas, protegidas en su beatitud por sus relaciones con el Imperio inglés. Al iniciarse el siglo XX se derrama por América Latina un grito de alarma llamado "arielismo".

En una prosa obesa sin aristas, con las formas abundantes de una hermosa dama envejecida, Rodó oponía el "espíritu del aire" al voraz apetito carnal de Calibán. Estados Unidos sería este último, y una América Latina laxa, nacida de la imaginación del escritor, el primero. La propagación del arielismo fue espectacular, como esas raras fiebres tropicales que derriban todo a su paso. Rodó proponía a la América Latina, sumergida en un ocio hambriento, y reducida a la parálisis precapitalista, el cultivo de un ocio helénico, donde al parecer germinan todas las grandes culturas.

Exponía con frases cuidadosamente redondeadas, para no herir a nadie, una antítesis: los Estados Unidos eran un gran país devorado por la creación económica. Pero el "idealismo" de América Latina, heredero de la latinidad, debía preparar para el arte y la filosofía, expresiones de la "vida superior".

---

[596] Véase Ángel Floro Costa, Nirvana. Estudios sociales, políticos y económicos sobre la República Oriental del Uruguay, Ed. Dornaleche y Reyes, 2a ed., Montevideo, 1899.

"Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fue un glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal Revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un continente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunas, puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago."[597]

La obra estaba impregnada hasta la médula de estas inepcias estre mecedoras. En esencia, Ariel constituía una protesta ética de la indefensión latinoamericana ante los Estados Unidos. Oponía el poder del espíritu a la siderurgia y se convertía, por su maciza banalidad, en una doctrina conservadora.

¿Por qué causas este monumento verbal y glacial fue escrito? ¿Qué razón motivó su cómico prestigio? Consideremos en primer lugar la tierra natal de Rodó. El Uruguay del 1900 era la pieza más perfecta de la "balcanización" latinoamericana. Estaba por concluir el ciclo de su guerra civil, con el triunfo del Partido Colorado, partido del que formó parte Rodó, lo que no resulta nada incidental. El "Nirvana" de Ángel Floro Costa era un hecho. La vieja Banda Oriental había muerto; en su lugar, se distinguía una fecunda pradera atrás de una gran ciudad cosmopolita.

Toda la renta agraria de los campos orientales era comercializada por Montevideo. Con su producto comenzaba a erigirse una gran burocracia del Estado, un escudo protector de la clase media urbana. La situación demográfica, geográfica, económica y cultural predeterminaba la proyección del Uruguay hacia Europa. Las corrientes inmigratorias se asentaban rápidamente, se hacían propietarias, expandían Montevideo.

10. Entre Atenas y Gibraltar

El coronel Latorre había construido el Estado jurídico; Batlle Ordóñez ordena el Estado exportador y distribuye la renta agraria entre la pequeña burguesía de la ciudad, que se hace naturalmente partidaria de un orden democrático y parlamentario liberal de corte europeo. La publicación de Ariel coincide con una era de bienestar general, que se prolongará seis décadas. El Uruguay urbano comenzaba a ser ya un país de ahorristas, pequeños propietarios, empleados públicos bien remunerados y artesanos independientes.

El batllismo es su expresión política; el positivismo, su filosofía; la literatura francesa, su

---

[597] José Enrique Rodó, Ariel, Ed. del Nuevo Mundo, Montevideo, 1967, p. 157.

arquetipo. Es la ciudad de los templos protestantes, de los importadores, de los maestros poetas. Reina un tibio confort hogareño, una actitud ahistórica, una propensión portuaria. Uruguay se ha "belganizado"; un alto nivel de vida en la semicolonia próspera ha sepultado los ideales nacionales. De ahí que ignore su origen, pues nada le importa de él. El hijo o nieto de inmigrantes permanece vuelto de espaldas a la Banda Oriental, a las Provincias Unidas, a la América criolla. Vive replegado sobre sí mismo en una antesala confortable de la grande Europa.

Y en esa vida de próspera aldea, con sus Taine, sus Renán y sus Comte, en esa viscosa "idealidad" de las secularizadas religiones prácticas, Uruguay se aburre; en ese hastío nacido de su insularidad, donde el pasado es un misterio (recién comienza a embalsamarse a Artigas como "héroe nacional") y el futuro no ofrece sobresaltos, el "espíritu" remonta su vuelo. Es la hora de Rodó, el predicador del statu quo. El orador estetizante del Uruguay inmóvil se inquieta ante el genio emprendedor de los norteamericanos prácticos. No condena explícitamente las tropelías yanquis, sino su estilo pragmático. Propone un retorno a Grecia, aunque omite indicar los caminos para que los indios, mestizos, peones y pongos de América Latina mediten en sus yerbales, fundos o cañaverales sobre una cultura superior.

11. El arielismo del bien raíz

En Ariel no había furor. Se incitaba a la elevación moral. Al fin y al cabo Rodó emitía frases desde una sociedad complacida, a la que las caballerías de Aparicio Saravia dará un último sobresalto en 1904, una sociedad practicante de placeres virtuosos y enemiga del exceso. Francisco Piria, por lo demás, al frente de una legión de rematadores, ha creado en Montevideo una nueva clase de pequeños propietarios que constituirán la base social granítica de los arielistas. Detrás de las bruñidas frases de Rodó se descubría a un sonrosado Nirvana distribuyendo consejos de idealismo a los hambrientos de la Patria Grande.[598]

Toda la autosatisfacción de las oligarquías ilustradas de América Latina, su concepción

598 El pequeño y complacido Uruguay arielísta parecía decir: "Queridos hermanos de América Latina: unios frente al peligro imperialista yanqui. Yo no lo necesito, pues prospero junto al imperio inglés". Lo que era rigurosamente cierto.

Rodó se había nutrido con los moralistas de su época, Renán, Guyau, Emerson, Nietzs che y, naturalmente, en el orden histórico, en Hipólito Taine. También es justo decir que algunas de sus observaciones sobre el imperialismo o el indio revelaban que su helenismo no era impenetrable. Pero todo su espíritu estaba volcado hacia Europa y Francia. Al estallar la guerra mundial de 1914, cuenta Víctor Pérez Petit, "mi noble amigo, como yo, como tantos otros que veneramos a Francia, andaba medio enfermo con la inesperada calamidad que se le había echado encima". (V. Luis Alberto Sánchez, ¿Tuvimos maestros en América?, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1956, p. 69.)

pro domo sua de un progreso quimérico, su latinidad, su humanismo lagrimeante, su desdén aristocrático hacia las bajas necesidades materiales, su adoración hacia la forma, todo ese detritus ético del estancamiento continental, Rodó lo pulió, lo envasó y se lo sirvió a la joven clase media de la América Hispánica regado con esa gelatina sacarinada de cuya fabricación se había hecho maestro.

La pequeña burguesía harta del Puerto intemporal, se sublimaba en Rodó y ofrecía a su tiritante congénere latinoamericana el más exquisito narcótico de su rica farmacopea importada. Un ¡ah! de general deslumbramiento arrancó el estupendo sermón laico en esas dulces horas sin futuro.

Y pese a todo, había una amarga injusticia en glorificar la pieza más detestable y nihilista de Rodó, justamente el escritor que inicia en el Plata la reivindicación de Bolívar y retoma la idea de la Patria Grande. Sepultar su Bolívar y exaltar su Ariel, he ahí la impostura clásica del colonialismo cultural posterior.[599]

12. El intrépido Manuel Ugarte

Al mismo tiempo, en el otro lado del Río de la Plata parecía revivir la tradición latinoamericana. Manuel Ugarte era un bonaerense que abandonaba la vida literaria para consumir su peculio en una gran campaña por la unidad latinoamericana. Recorrió el continente de un extremo a otro en una gira de conferencias que congregó auditorios inmensos. Llamaba a retomar el programa bolivariano.[600]

El irritado silencio que ha rodeado siempre a la figura de Ugarte no sólo es necesario atribuirlo al papel de "emigrado interior" del intelectual del 900 en las semicolonias, sino también al "leprosario político" en el que la oligarquía, las Academias conservadoras, tanto como las "Academias marxistas" o los "Científicos Sociales" empollados por las generosas becas del Imperio, recluyen a los hombres de pensamiento nacional independiente. A principios de siglo al escritor latinoamericano no le quedaba otro recurso que enmudecer o emigrar. Las pequeñas capitales de la nación "baicanizada", aun la más presuntuosa, como Buenos Aires, habían sustituido la función social del escritor con el libro español o francés. El sistema de la ciudad, consumidora en todos los órdenes, se aplicaba también en el orden de

[599] Véase Rodó, "Bolívar", en Hombres de América, Ed. Claudio García, Montevideo, 1944, p. 7.

[600] Al comentar uno de los libros de-Ugarte, The Times de Londres, decía: "El autor habla como ciudadano de la América del Sur, y defiende el conjunto de esos países con tanta elocuencia, que no sabemos a qué república pertenece". (Cit. por Carrión, ob. cit., p. 105.)

un libre cambismo cultural que arrasaba con la producción nativa.

El carácter misérrimo del "mercado interior" para los libros latinoamericanos no se fundaba tan sólo en el analfabetismo de la mayoría de la población, sino en la indiferencia de las minorías cultas hacia todo aquello que se refiriese al paisaje o a la sociedad propios. La superfluidad del intelectual era completa; su evasión a Europa era una suerte de liberación de esas aldeas sórdidas de las que Miguel Cañé podía decir: "Publicar un libro en Buenos Aires es como recitar un soneto de Petrarca en la Bolsa de Comercio".

Si a esto se añade que Manuel Ugarte proponía desde Buenos Aires una revalorización moderna del programa de Bolívar, es fácil inferir el rápido aislamiento de que fue objeto por todos los "demócratas" e "izquierdistas" cosmopolitas de su época, no muy diferentes de los actuales.

En sus campañas latinoamericanas Ugarte expuso la necesidad de filiar la Revolución de 1810 en la tradición revolucionaria española y de establecer una Confederación de pueblos capaz de poner término a la impotencia insular. Nada hay más falso que acusarlo a Ugarte de "lirismo" en relación con tales temas. Por el contrario, el pensamiento ugartiano y hasta su prosa, quizá la más sobria de todas en una época propensa a una retórica espumante, prueban su rigor y su coherencia: predicará la industrialización en una época de completo librecambismo; una literatura de inspiración nacional, durante el auge del afrancesamiento generalizado; y la justicia social y el socialismo, en tanto los intelectuales americanos acariciaban los cisnes o vagaban por "los parques abandonados".

13. La intelligentzia capitula ante la guerra

Pero lo que resulta más punzante aún, aquello que no se refiere ya a puntos de mera doctrina, es la actitud diferencial de Ugarte y de otros hombres de su generación frente a la primera guerra imperialista, piedra de toque para todos los "latinoamericanistas" de los tiempos pacíficos, como Alfredo Palacios, Rodó y congéneres. Al estallar la guerra de 1914, la "dulce Francia" y la "noble Inglaterra" entrarán en lucha con el bárbaro teutón. A las primeras se agregará luego otra "democracia", los Estados Unidos.

En las dos guerras imperialistas ocurrió el mismo fenómeno. No resultaba totalmente lírico para la inteligencia entregarse a la veneración del emporio usurero de Gran Bretaña. Pero la vieja "entente cordiale" entre Francia e Inglaterra permitía a los poetas y escritores defender las inversiones yanqui-británicas en nombre de la cultura francesa.

. ¿Acaso el bando de la "civilización" no se componía de las potencias imperialistas que

mantenían a América Latina en la barbarie? Solamente un servil completo o un exaltado arielista podían identificar nuestro destino con esas democracias coloniales. Toda la "inteligencia" sin embargo, cayó de rodillas ante "el espíritu": Rodó, Palacios, Frugoni, García Calderón, Lugones, Rojas, Gómez Carrillo, Alcides Arguedas, Rubén Darío; la lista es interminable. Pero Ugarte asumió una posición neutralista. Publicó un diario en Buenos Aires titulado La Patria para luchar contra la participación argentina en la guerra imperialista.

Los críticos ciegos no perdonaron a Ugarte esta conducta. Zum Felde opina sobre la obra de Ugarte:

"Considerados como ensayística no ofrecen valores mayormente ponderables... se resienten de superficialidad filosófica, de carencia de fundamentación sociológica seria; no van a fondo en el examen de los problemas ni intentan revisión alguna de las cuestiones; en lugar de ello ofrecen abundante glosa verbalista de los tópicos ya conocidos".[601]

Es cierto que el mismo crítico había escrito antes lo siguiente: "Todo nacionalismo, en esta América, es esencialmente opuesto al sentido de universalidad de nuestro devenir, postulado fundamental de nuestra entidad... Lo que América no puede seguir, es la ruta de ningún nacionalismo, ni aun del suyo propio, en el caso de que se pretendiera tan menguado intento, y en cuanto ello se opusiera al espíritu de universalidad que es nuestro imperativo histórico".[602]

Es inútil aclarar al lector que el Sr. Zum Felde fue un abnegado demócrata durante la última guerra, partidario de las democracias imperialistas.

También Luis Alberto Sánchez dice de Ugarte: "Ugarte, al cabo de años de apostolado, tiene un atardecer escéptico y claudicante" [603]

Esta frase misteriosa, ¿qué significa? El señor Sánchez es un dirigente aprista, devoto y hagiógrafo de Haya de la Torre. Ugarte les enseñó a todos ellos, como el propio Haya no ha dejado nunca de reconocerlo, qué significaba el imperialismo en América Latina. Pero el Sr. Sánchez ha introducido en la segunda edición de su libro esa frase en virtud de que Ugarte apoyó al general Perón en 1945 y que fue embajador de su gobierno en México en 1947. Como se ve, el ex antiimperialista Sánchez imputa a Ugarte "claudicación", porque mientras Sánchez estaba junto a Estados Unidos en la guerra, Ugarte estaba contra ella, y en tanto Sánchez se unía al "civilismo" peruano en esa época, Ugarte enfrentaba a la oligarquía argentina. Curiosa integridad la del Sr. Sánchez y radiante atardecer el suyo.

---

[601] Alberto Zum Felde, índice crítico a la literatura hispanoamericana, México, 1954.

[602] Alberto Zum Felde, El problema de la cultura americana, Ed. Losada, Buenos Aires, 1943, p. 53.

[603] Luis Alberto Sánchez, ob. cit., p. 60.

Terminado el conflicto, naturalmente, gran parte de los intelectuales latinoamericanos se reincorporaron en tropel a ese Ejército de Jerjes que integran los "Maestros de América" del tipo de Palacios, y derramaron lágrimas elocuentes y vehementes gritos de alarma ante "el peligro yanqui". Ugarte no perteneció nunca a este género repulsivo de redentorista sudamericano que sólo ejerce su oficio en días serenos y siempre goza de la simpatía de la gran prensa adicta.

No sorprenderá al lector saber que en la segunda guerra imperialista, todos adoptaron la misma actitud, Ugarte y los otros. Tampoco será inútil recordar que en 1945, cuando en la Argentina el país estaba polarizado entre Braden y Perón, Ugarte regresó después de muchos años de ausencia y estuvo contra el embajador Braden, al mismo tiempo que la inmensa mayoría de la intelligentzia argentina y latinoamericana se pronunciaba contra Perón. El coraje moral de estar contra los mandarines, ese coraje no le faltó jamás a Ugarte y ésa es la razón del silencio profundo que envuelve su persona y su obra.

Daré un solo ejemplo: Ugarte no llegó a ver publicado en vida ni un solo libro suyo en la Argentina. Recién en 1953 se publicó la edición argentina de *El porvenir de América Latina*; en 1961 y 1962 se publicaron La Patria Grande, La Reconstrucción de Hispanoamérica y El destino de un continente, así como un trabajo titulado Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana, que escribí en 1953. Los libros mencionados tampoco fueron publicados por editorial comercial alguna, sino por Ediciones Coyoacán, que yo dirigía con fines exclusivamente políticos y que resultó confiscada en parte por la SIDE (servicio secreto del Estado argentino) en 1962 y luego destruida con bombas incendiarias en 1964, sin que ambos hechos encontraran en la prensa de la "izquierda cipaya" el menor eco ni protesta.

Hacia 1900 la conciencia nacional latinoamericana se fragmenta. El destino de Ugarte es el mejor testimonio: el más penetrante latinoamericano del 900 se convierte en un muerto civil. Si su cabeza figura en el mural que el pintor Guayasamín crea en la Universidad de Guayaquil, junto a la de Bolívar y a la de San Martín, en la Argentina permanece desconocido. La bibliografía sobre la humosa herencia de Rodó es tan agobiadora e inactual como Rodó mismo, pero nada se escribe sobre Ugarte. Esto dice mucho sobre ambos personajes y sobre los profundos exégetas.

Una ensayística torrencial se volcará luego sobre el "americanismo" o el indigenismo abstracto. Sus autores se reclutaban entre los viandantes a mitad de camino de un liberalismo desmayado y los matices prudentes de las "vibraciones telúricas". Otro género, más zahori, era el de los escritores que tenían perpetuamente dilatada la pupila sobre el "misterio de América". Este pantano de aguas vivas y materias orgánicas ha devorado ya miles de

volúmenes nutridos de esa Gran Nada que la prensa seria llamó "el pensamiento americano". Todo el secreto consistió en evitar los temas esenciales del drama.

14. El fin de una época

Por los mismos años y, naturalmente, desde París e impreso en francés, Francisco García Calderón escribe Les Démocraties latines de l'Amérique.[604] Dedica el libro a Emile Boutroux y lo prologa Raymond Poincaré, esa quintaesencia de la vulgaridad burguesa de Francia, combinación de sordidez y astucia en que habían venido a parar los vástagos de Robespierre. Estas "democracias latinas" inspiraban sospechas: García Calderón era un refinado diplomático peruano extasiado por París y por el "genio latino". Como cabía esperar, la obra es rica en observaciones sobre la "barbarie criolla" y las relaciones estrechas entre el clima y el progreso, muy gratas al paladar europeo:

"En el trópico: guerra civil y pereza; sobre las planicies frías, en las llanuras templadas y en las ciudades marítimas: riqueza y paz".[605]

Estas bufonadas tenían excelente acogida en Europa y aun en una América pequeñoburguesa que había aceptado como perlas únicas las injurias de Sarmiento contra los indios y las razas indígenas.

Aunque juzga "naciones" a los Estados latinoamericanos, pecadillo venial si se considera que aún en nuestros días no sólo liberales sino nacionalistas cerriles y marxistas galácticos opinan del mismo modo, el mérito de García Calderón reside en haber planteado en esa época las analogías e intereses coincidentes de los países de América Latina. ¡No se contaban por docenas quienes lo hacían!

Aquí y allí, en los prólogos y polémicas hirvientes del venezolano Rufino Blanco Fombona, en los discursos de José Vasconcelos, Varona, Santos Chocano, Vargas Vila, García Monge, resonaban los últimos ecos del programa bolivariano. En muchos de ellos, la dispersión habría de vencer al fin, pues la unidad latinoamericana se transformaría luego en una simple condenación estadual del imperialismo yanqui cuando no en un "panamericanismo" radicalmente antagónico a la Nación Latinoamericana.

Hacia 1900, la ideología bolivariana parecía poco menos que extinguida. La generación del 900 se refugiaba en la literatura pura, la poesía civil se trocaba en pesquisas formales, los

---

[604] Francisco García Calderón, Les démocraties latines de l'Amérique, Ernest Flammarion, editeur, París, 1912.

[605] Ibíd., p. 321.

escritores políticos escribían novelas del bulevar parisiense, Gómez Carrillo informaba sobre las modas de Europa. ¡La conciencia nacional de la gran Nación dividida se refugiaba en los agotados libros de historia que Blanco Fombona reeditaba en Madrid! La misma historia escrita de América Latina se había disuelto en veinte versiones localistas imposibles de entender por separado. Así, las nuevas generaciones del continente se adaptaban a una versión europea de su propia historia, escrita por los letrados de la factoría semicolonial.

De las armas a la diplomacia, de la diplomacia a la literatura, la idea bolivariana en un siglo no había hecho otra cosa que retroceder. Pues la "balcanización" no sólo había quebrado los antiguos vínculos y forjado la imponente ficción de los nuevos Estados, sino que Europa atraía con su poder magnético a los mejores espíritus de la Nación Latinoamericana y los alejaba de sus patrias chicas. Europa ofrecía a la inteligencia la civilización madura que negaba a América Latina. Todo parecía perdido. "El iberoamericanismo... yace en el sepulcro", escribía Gabriel René Moreno.[606] Es en ese momento que cae Porfirio Díaz como un fruto putrefacto y los peones de Zapata montan a caballo. La revolución en México comenzaba y la América bolivariana volvía a las armas.

---

606 Gabriel René Moreno, Bolivia y Perú. Notas históricas, T. I, p. 130.

CAPITULO XIII

Movimientos nacionales del siglo XX: México, Perú y Bolivia

"Cuando alguien preguntaba si el General Terrazas era del Estado de Chihuahua, era una broma corriente responder: No, el Estado de Chihuahua es del general Terrazas."

Jesús Silva Herzog

"Yo pronostiqué que Villarroel caería pronto." Mauricio Hochschild, magnate minero de Bolivia

Porfirio Díaz y sus "científicos" habían sumido al México legendario de las guerras civiles en un profundo sopor. Las tres décadas del porfirismo presenciaron la introducción del capital extranjero en la economía mexicana, ese sistema de "modernización" peculiar de la América Latina semicolonial de fines del siglo XIX: ferrocarriles, telégrafos, puertos, servicios públicos y caminos. Mientras el porfirismo favorecía estos "focos de civilización", indispensables a las grandes potencias para apoyar y administrar sus inversiones, el resto de México permanecía en el estancamiento más profundo.

En un polo se veía a una minoría blanca, dueña de tierras sin límite, que despreciaba a su país y trataba de exprimir su savia para huir de él: "Para los criollos, todas las costumbres nacionales son inconvenientes", escribía en 1909 Andrés Molina Enríquez.[607] El hacendado no era un verdadero hombre de campo, sino un señorito que rara vez visitaba sus establecimientos, excepto para alguna fiesta: "Lo único que le importaba consistía en que el administrador de la finca le entregara periódicamente el dinero necesario para vivir con holgura en la capital de la provincia, en la ciudad de México, en Madrid o en París, según sus gustos personales y medios económicos".[608]

En el otro polo, los mestizos e indios que constituían la mayoría aplastante de México se reflejaban en el espejo de los peones de Yucatán, tal cual los vio en 1910 un periodista norteamericano poco inclinado a simpatizar con los mexicanos:

"Eran tratados como ganado, sin sueldo alguno y alimentados con frijol, tortillas y pescado podrido; apaleados siempre, muchas veces hasta morir, y trabajando desde el amanecer hasta la noche en aquel sol infernal. Los hombres eran encerrados por la noche...

---

[607] Andrés Molina Enríquez, Los grandes problemas nacionales, 1909. (Cit. por José E. Itu rriaga, La estructura social y cultural de México, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1951, México, p. 106.)

[608] Jesús Silva Herzog, Breve historia de la Revolución mexicana, T. I, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 22.

Cuando huían, eran alcanzados por la tropa y traídos de nuevo".[609]

Reinaba en las alturas del poder una especie de despotismo ilustrado, bañado por la luz del positivismo comtiano, pero que imponía silencio a la gran República de las letras y orden a los peones iletrados sin tierra. Por lo demás, todas las guerras civiles, desde la muerte de Morelos, esto es, desde hacía cien años, habían sido incapaces para modificar, como no fuera para empeorarla, la suerte de los campesinos miserables que constituían la mayoría del país. Durante el período de reformas liberales de Benito Juárez, las enormes extensiones de tierra que eran propiedad de la Iglesia, fueron objeto de una Ley de Desamortización destinada a incorporar al movimiento de la circulación mercantil esos bienes de "manos muertas". Pero dicha ley no logró cumplir sus fines, que eran democratizar la propiedad de la tierra y crear una clase de campesinos burgueses. Por el contrario, fue a parar a manos de los "denunciantes", "en su mayor parte ricos propietarios territoriales, que de esa manera agrandaron sus ranchos y haciendas".[610]

¡Para algo se había hecho la guerra de la Independencia! Ahora, un siglo más tarde, además de los terratenientes españoles, ¡ya había terratenientes mexicanos! Era un escaso consuelo para los campesinos. Si la Ley de Desamortización creó nuevos terratenientes en lugar de nuevos agricultores, en el período de Porfirio Díaz se procedió a arrebatar a los indios las tierras comunales que permanecían en su poder desde hacía siglos. Grandes terratenientes y compañías extranjeras se apoderaron de los campos ejidales; los indios mexicanos fueron transformados en peones o esclavos. Tal fue el caso de los mayas y de los yaquis, sublevados a causa de la expropiación de sus tierras comunales y que después de ser sangrientamente reprimidos, fueron vendidos como esclavos en subasta pública.[611]

Pero el proceso de concentración de la propiedad territorial en México que debía culminar con la revolución, no se detuvo allí. A fines de siglo se inició la estafa formidable de las Compañías deslindadoras. Estas empresas debían deslindar las tierras baldías y radicar en ellas a colonos extranjeros para ponerlas en producción. A título de compensación por los gastos requeridos para realizar dichos fines, el gobierno de Díaz otorgaba a dichas compañías la tercera parte de las tierras deslindadas.[612] Sin embargo, las mencionadas Compañías también consideraban "baldías" las tierras ocupadas desde tiempos inmemoriales por pequeños

---

[609] M. S. Alperovich y B. T. Rudenko, La Revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos, Ed. Fondo de Cultura Popular, México, 1960, p. 33.

[610] Silva Herzog, ob, cit., p, 14.

[611] Véase Alperovich y Rudenko, ob. cit., p. 32.

[612] Véase Silva Herzog, ob. cit., p. 16.

propietarios y que carecían de posibilidad de justificar legalmente sus títulos. De este modo, el "deslinde" de tierras se convirtió en una gigantesca operación de despojo del pequeño campesino.

En sólo ocho años, desde 1881 hasta 1889, dichas empresas deslindaron 32.200.000 hectáreas; en consecuencia, se les adjudicó en propiedad nada menos que 12.700.000 hectáreas. Además, el gobierno les vendió a ínfimo precio otras 14.800.000 hectáreas. En total, dichas Compañías acapararon el 13% del territorio mexicano. Como estaban compuestas sólo por veintinueve personas, íntimamente vinculadas al gobierno de Porfirio, la legalidad de estas operaciones estaba al margen de toda sospecha. El general Terrazas, por ejemplo, poseía en el Estado de Chihuahua (donde muy pronto Pancho Villa sublevará a miles de peones armados) 6.000.000 de hectáreas.[613] Sólo siete concesionarios poseían en el mismo Estado 14.164.400 hectáreas. Dicha extensión era muy superior al territorio conjunto de Dinamarca, Suiza y Holanda. En el Estado de Morelos, casi toda la tierra estaba en manos de veinte latifundistas.

El programa de la revolución agraria inminente podía encontrarse en el Censo de Población de 1910. Para esa fecha existían en México 3.096.827 jornaleros rurales, 411.096 agricultores y 840 hacendados.[614] Si la población total ascendía a 15.160.369 habitantes, se calculaba que el número de personas que dependían del salario rural de los peones ascendía a doce millones, o sea, aproximadamente el ochenta por ciento de la población.[615]

¿Podía dudarse un momento del carácter feroz que adquirió la guerra civil? ¿Quién se atrevería a negar que el poder inmenso de caudillos como Villa o Zapata se derivaba del furor largamente reprimido por 12 millones de almas contra 840 latifundistas?[616] Un escritor mexicano ofrece en su libro una descripción de una hacienda de Morelos a principios de este siglo. De un lado, el casco de la propiedad, suntuosa e inútil, con un número de habitaciones excesivo, incluido un saloncito estilo turco que era la quintaesencia del mal gusto y en el cual todos los muebles eran importados de Francia. Del otro, fuera del casco, el lugar donde dormían los peones; "cada casa era de un solo cuarto, en el cual dormía, naturalmente, en el suelo, toda la familia, y dentro del cual se cocinaba la mayor parte del año. Era una parte

---

613 Era una broma corriente, cuando alguien preguntaba si Terrazas era del Estado de Chihuahua, responder: "No, el Estado de Chihuahua es de Terrazas".

614 Véase Silva Herzog, ob. cit., p. 20.

615 El jornal de un peón al estallar la Revolución mexicana era de 18 a 25 centavos por día (el peso mexicano equivalía a 1 dólar). El peón recibía un salario igual al de sus antepasados de 1792. Pero el costo de los artículos fundamentales (arroz, maíz, trigo y frijol) se había duplicado en un siglo.

616 Véase John Reed, México insurgente, Ed. Nueva Senda, Buenos Aires, 1970.

importante del miserable salario. Los peones, sus mujeres y sus niños, estaban llenos de piojos, vestidos de sucios harapos, comidos por las fiebres".[617]

En realidad el peonaje constituía una forma de servidumbre que se transmitía de padres a hijos. A semejanza del régimen de pulpería reinante en los yerbales del Paraguay o el Norte argentino, el vale por alimentos y otros artículos vendidos por la misma empresa a sus peones establecía un compromiso prendario, donde la prenda era el trabajador mismo. El régimen de anticipos más o menos usuarios empleado en las haciendas mexicanas, ataba a los peones y sus familias a una deuda inextinguible.[618] Hasta no ser saldada, el peón no podía abandonar la hacienda. La adquisición de los artículos necesarios para vivir en las "tiendas de raya", propiedad del mismo patrón, y el generoso crédito otorgado al principio, esclavizaban al peón, que ignoraba el arte de sumar y restar y volvía ilusoria toda tentativa de escapar a la deuda. Ésta se convertía así en un lazo hereditario. Un siglo después de la revolución de Morelos, se imponía la necesidad de abolir las deudas para liberar al pueblo mexicano.[619]

Los célebres "científicos" del porfirismo, que unían a su amor por la ciencia un ojo infalible para los grandes negocios, identificaban el progreso con el capital extranjero. La estructura agraria debía quedar intacta. El progreso, en cambio, debía volcarse en la minería y el petróleo. Como un efecto indirecto de esta penetración imperialista, surgieron ciertas industrias: fundiciones de plomo, plata, cobre, hilanderías y fábricas de tejidos, y una correlativa clase obrera en las principales ciudades. Pero ese escaso número de obreros no debería jugar un papel decisivo en la Revolución de 1910.

La apertura de las puertas de México a los intereses norteamericanos alarmó en cierto momento al general Díaz. El apetito voraz de su poderoso vecino le hizo temer nuevas intervenciones; el anciano déspota practicó entonces el único "antiimperialismo" de que se sentía capaz: consistió simplemente en favorecer la inversión de los capitales británicos competitivos de los yanquis. Como Estados Unidos se encontraba frontera por medio y Gran Bretaña al otro lado del Atlántico, el general Díaz tenía razones muy claras para preferir la

---

[617] Luis Enrique Erro, Los pies descalzos, cit. en Silva Herzog, ob. cit., p. 30.

[618] Dice Marx en El Capital: "En algunos países, sobre todo en México... la esclavitud aparece disfrazada bajo la forma de peonaje. Mediante anticipos que han de rescatarse trabajando y que se transmiten de generación en generación, el peón, y no sólo él, sino también su familia, pasa a ser, de hecho, propiedad de otras personas y de sus familias". (T. 1, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1964, p. 122.)

[619] En 1810, Morelos firmaba un documento en el que se declaraba que a partir de ese momento ya no se llamaría a los hijos del país "Yndios, Mulatos, ni castas, sino todos generalmente Americanos. Nadie pagará tributo, ni habrá esclavos en lo sucesivo, y todos los que los tengan, sus amos serán castigados. No hay cajas de Comunidad, y los Yndios percibirán la renta de sus tierras como suyas propias en lo que son las tierras. Todo Americano que deva qualquiera cantidad a los Europeos no está obligado a pagársela; pero si al contrario deve el Europeo, pagará con todo rigor lo que deva al Americano". (V. Alfonso Teja Zabre, Morelos, Ed. Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1946, p. 144.)

amistad de los ingleses. La propia camarilla gubernamental del porfirismo se vinculó estrechamente a empresas y negocios británicos a comienzos del siglo. Esta propensión anglofila del gobierno del general Díaz no disminuyó la presión o la influencia yanqui; sólo logró enfurecer a los arrogantes imperialistas de la Casa Blanca y de Wall Street que poseían intereses en México. La última década de Porfirio transcurrió bajo la constante amenaza yanqui de intervenir militarmente, combinada con una intensa actividad conspirativa de su diplomacia para derribar al régimen porfirista.[620]

A los 85 años de edad, el general Díaz no ofrecía signos de fatiga, después de 30 años de gobierno. Sus ministros frisaban casi todos los 80 años. Admiraba su lozanía. Pero el régimen estaba tan putrefacto que bastó, al parecer, un libro escrito por un estanciero liberal, don Francisco Madero, en el que se oponía a la reelección de Díaz, para que comenzase una oleada de actividad política que culminó con la caída del Gobierno.

No fue, sin embargo, la publicación de libro alguno lo que arrastró al abismo al gobierno vacilante del general Díaz, sino los estallidos ininterrumpidos de la revolución agraria. Partidas de guerrilleros habían aparecido en numerosos Estados. Los campesinos se hacían soldados irregulares, quemaban las haciendas, mataban a los latifundistas y a sus administradores. Los nombres de Zapata en el Sur y de Villa en el Norte se hacen tan notorios que corren en las canciones y música populares. Todo el sistema cruje en sus cimientos.

Con la Revolución de 1910, que eleva a Madero a la presidencia, irrumpen en la vida mexicana jefes nuevos y militares del viejo orden que se disputan el poder.

Francisco Madero pertenecía a una de las diez familias más acaudaladas de México. En 1910 la fortuna familiar ascendía a 30 millones de pesos. Sus tierras alcanzaban a 699.321 hectáreas, en las que se encontraban yacimientos de petróleo. Asimismo, era propietario de empresas metalúrgicas, minas de cobre, fábricas textiles, destilerías, cervecerías y hasta un Banco en Monterrey.[621]

Asesinado Madero bajo la instigación del embajador de Estados Unidos, Henry Lañe Wilson, las principales figuras de la Revolución serán el general Venustiano Carranza, viejo y cazurro hacendado sobreviviente del porfirismo, intérprete de la burguesía nacional; Pancho Villa, jefe de los guerrilleros del Norte; Alvaro Obregón, hábil jefe militar y extraño caso de

---

620 La evolución de Porfirio Díaz, desde sus iniciales épocas de enfrentaraiento con los Estados Unidos hasta su desconfiada amistad con los peligrosos vecinos, está detalladamente narrada por Daniel Cosío Villegas en Estados Unidos contra Porfirio Díaz, Ed. Hermes, México, 1956. Un punto de vista diferente, pero igualmente sugestivo, se encuentra en Breve historia de México, de José Vasconcelos, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1952.

621 Véase Alperovich y Rudenko, ob. cit., p. 64.

un moderado que al subir al poder se inclina hacia la izquierda: con él comienza el reparto de tierra; Emiliano Zapata, el caudillo de los campesinos pobres del Sur, la figura más pura e intrépida de la Revolución; el general Pablo González, viscoso traidor y prevaricador, ávido de poder, que organiza el asesinato de Zapata. En fin, en la década del 30, aparece en escena el general Lázaro Cárdenas, antiguo soldado, en cuyo gobierno revive la Revolución y que logra al fin satisfacer el hambre de tierra del campesinado, a 130 años de la Independencia.

Pero el verdadero protagonista de la Revolución mexicana es el campesinado mestizo en armas, que ocupa toda la escena histórica y despliega por primera vez en el siglo XX sus inmensas reservas de heroísmo. Con la Revolución mexicana aparece la democracia política en México, se desenvuelve una gran literatura y surge una originalísima pintura muralista que hunde sus raíces en el pasado indígena del país. También México muestra un nuevo camino: las victorias y derrotas de su revolución se convierten en la principal fuente de enseñanzas para la generación que en América Latina entra a la lucha alrededor de 1920.

Una hermosa página de Carlos Fuentes resume, de algún modo, la esencia de la Revolución mexicana. Cuando los soldados harapientos de Pancho Villa, el "Centauro del Norte", y de Emiliano Zapata, el "Atila del Sur", entraron triunfalmente en la ciudad de México, su asombro no reconoció límites. Los feroces caballistas, que sumieron en el terror a los mexicanos educados, en lugar del esperado saqueo, armados hasta los dientes, pedían, con el sombrero aludo en la mano, y con un aire tímido, algo de comer en la calle.

"Los soldados zapatistas -escribe Fuentes ocuparon las mansiones de la aristocracia porfiriana en las colonias Juárez y Roma, en las calles de Berlín o Genova, en el Paseo de la Reforma o la avenida Durango. Penetraron en esos atiborrados palacetes, llenos de mobiliario Victoriano, emplomados, mansardas, cuadros de Félix Parra y jarrones de Sévres, abanicos y pedrería y tapetes persas y candelabros de cristal y parqués de caoba, escaleras monumentales y bustos de Dante y Beatriz. Nada de esto les llamó demasiado la atención. En cambio, les fascinaron los espejos de estas residencias, los enormes espejos con no menos gigantescos marcos de oro, repujados, decorados con acanto y terminados en cuatro grifos aúreos. Los guerrilleros de Zapata, con asombro y risa, se acercaban y alejaban de estas fijas y heladas lagunas de azogue en las que, por primera vez en sus vidas, veían sus propias caras. Quizás, solo por esto, la revolución había valido la pena: les había ofrecido un rostro, una identidad.

—Mira: soy yo.

—Mírate: eres tú.

—Mira: somos nosotros."[622]

1. La ausencia de acumulación de capital en América Latina

La guerra imperialista de 1914 pone fin al largo siglo del apogeo europeo que se inicia en el Congreso de Viena. En un sentido más vasto, con la primera crisis bélica del imperialismo en escala mundial concluye la "pro gresividad histórica" global de la burguesía, que había conquistado el poder político a fines del siglo XVIII. La ausencia de un análisis académico quedará en evidencia tres años después con el triunfo de la Revolución rusa, al elevar al poder por primera vez en la historia de la humanidad a la clase obrera. Pero si la burguesía europea había terminado de construir en el siglo XIX sus grandes Estados nacionales, el desarrollo histórico desigual y las necesidades del capitalismo en expansión condujeron en América Latina a la fragmentación de la Nación Latinoamericana y al establecimiento de veinte Estados.

El Nuevo Mundo alimentó con sus metales preciosos los productos de su suelo, y la sangre de sus indígenas, la acumulación primitiva del capital europeo, que a su vez impidió necesariamente la formación de un capital nacional en las viejas colonias hispano-portuguesas.[623] La formación histórica de oligarquías exportadoras y de pequeños núcleos de capital comercial portuario vinculados a las grandes metrópolis industriales del mundo, obstaculizó en América Latina el mismo desarrollo capitalista que se verificaba en Europa.

La penetración imperialista extranjera, al mismo tiempo, se alcanzó con la perpetuación del atraso agrario. Se forjó así una sólida alianza entre las potencias ultracivilizadas y cultas del mundo moderno con las oligarquías más parasitarias de las semicolonias. Tecnologías en Europa y primitivismo agrario en América Latina se revelaba la fórmula inseparable de la política imperialista.

La unilateralidad de las economías exportadoras se expresaba jurídica y políticamente en la existencia de veinte Estados ridículos, objeto de las burlas arrogantes de la sociedad europea y sus escribas. Si el capitalismo europeo sólo había podido vencer el particularismo feudal y conquistar su mercado interno con el establecimiento del Estado Nacional, cuyos

---

[622] Carlos Fuentes, Tiempo mexicano, Ed. Cuadernos de Joaquín Mórtiz, México, 1980, p. 61.

[623] Las grandes fortunas acumuladas por criollos, civiles o eclesiásticas, no pueden ser clasificadas como "capital nacional" en el sentido reproductivo y dinámico de la expresión. Su reinversión revestía un carácter suntuario, usurario y litúrgico, que se agotaba en sí mismo. Véase el ejemplo de Ouro Preto en Brasil, de Potosí en Bolivia o de Lima en Perú. Ni la plata del Potosí, ni el oro de Ouro Preto impulsaron a extraer mineral de hierro y construir una siderurgia. Pero las tres espléndidas ciudades quedaron como museos de un auge desaparecido.

límites territoriales estaban marcados por la influencia de la lengua, en América Latina el idioma, el territorio, la tradición popular, la unidad religiosa, la psicología común, los análogos orígenes, sólo habían servido para volver más asombrosa su "balcanización", más trágica la deformación cultural, más escandaloso su miserable destino histórico.

La Nación Latinoamericana había sido vencida por las armas y sus partes enfrentadas entre sí; Estados Unidos e Inglaterra le habían arrebatado territorios inmensos (México y Belice); había visto crear nuevas "soberanías" en sus grandes Estados (Panamá); había experimentado guerras fratricidas y suicidas: la guerra chilena contra la Confederación Perú-Boliviana, el genocidio de la Triple Alianza contra el Paraguay; finalmente, se había establecido en sus sistemas educativos la idea absoluta de un destino "nacional" particular. Este proceso fue coincidente con el gigantesco despliegue de las fuerzas productivas del capitalismo mundial y con el disfrute del más alto nivel de vida que había conocido la historia de Europa. En 1914 las miradas del mundo confluían hacia la contemplación maravillada de ese pequeño apéndice territorial del Asia llamado Europa, polo magnético de la riqueza, el poder y el espíritu.

2. Unilateralidad de la producción

Los veinte Estados de América Latina mantenían con Europa y Estados Unidos relaciones económicas estrechas mucho mayores que entre sí. Había nacido el modelo notable de canales por los que se derramaban y absorbían los frutos de un intercambio único e incomunicable. El Atlántico y el Pacífico habían llegado a ser "campo marítimo de la historia", pero de una historia en la que los latinoamericanos desempeñábanse como objetos pasivos de un poder dominante tan ajeno como hostil a su desenvolvimiento. Al aislamiento económico y cultural de los Estados latinoamericanos entre sí, correspondía una vinculación estrecha entre cada uno de ellos y la metrópoli respectiva, Gran Bretaña o Estados Unidos, o ambas.

Alrededor de uno o dos productos exportables giraba toda la existencia social y política de cada uno de dichos Estados. Cereales y carnes en la Australia sudamericana (Uruguay y Argentina), café en el Brasil, cobre en Chile, tabaco en el Paraguay, estaño en Bolivia, algodón y petróleo en Perú, cacao en el Ecuador, café en Colombia, petróleo y café en Venezuela, frutas tropicales en Centroamérica, minerales en México. Toda tentativa de promover una política de industrialización independiente estaba excluida: en la política interna de cada Estado la oligarquía comercial, agraria o minera asociada al capital extranjero

dominaba la política local, el control de la tarifa aduanera y la selección de las importaciones.

En las Universidades, desde los primeros años de la emancipación de España, reinaban las doctrinas librecambistas de Adam Smith. Generaciones de abogados y juristas latinoamericanos habían agobiado las bibliotecas con sus estudios estériles sobre el federalismo norteamericano, que se remedaba hasta el agotamiento como forma jurídica del separatismo en América Latina y argumento infalible para la construcción de "Estados blandos". Estos mismos juristas, sin embargo, ignoraban las ideas económicas de Alejandro Hamilton, el amigo de Washington, que desde el comienzo de la historia moderna de Estados Unidos había expuesto el programa del proteccionismo industrial más tajante.[624] Ni Hamilton, ni Federico List fueron los maestros de economía política de estos supuestos Estados liberales, sino Adam Smith y Cobden.

Los teóricos del librecambismo inglés aparecían en la escena justamente en el momento en que Gran Bretaña obtenía los frutos de su proteccionismo secular. Gracias a él se encontraba en condiciones de librar una competencia despiadada con aquellos países que aún no habían iniciado su revolución industrial. Pero la política económica que Inglaterra no logró imponer a sus colonias emancipadas, fue exactamente la que adoptaron las antiguas colonias de España.

3. De la imitación a la revolución

La venta de ferretería de Sheffield y de libros de Adam Smith eran dos rubros indisociables en la exportación inglesa hacia América Latina. El Imperio británico abastecía los mercados, las costumbres y las ideas de las aristocracias terratenientes, que a su vez imponían a sus pequeñas burguesías el estilo intelectual procedente de Europa. El atraso económico y cultural de las grandes masas sin historia las preservaba de esta deformación. Esta era la única ventaja dramática de su marginalización y postrera reserva del nacionalismo latinoamericano.

En la Argentina, los hombres de la "gente decente" encargaban los trajes a sus sastres de Londres, que ya tenían las medidas. En Río y en Pernambuco, la clase dirigente usaba tejidos ingleses de abrigo, confeccionados para el duro clima de la Europa nórdica. Los caballeros usaban el cuello de croisé y disertaban, ahogados en el trópico, bajo el infierno de tejidos legítimos fabricados para otros climas.

---

[624] Véase Charles A. Beard, Una interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos, Ed. Arayú, Buenos Aires, 1953, p. 100.

"Una familia rica se distinguía por el grosor del tejido que usaba. Cuanto más gruesos, encorpados y compactos eran los tejidos, mejor era la familia. ¡Y todo el mundo sentía fríol"[625]

Esta sociedad imitativa, que había olvidado la historia común y esperaba con impaciencia las noticias europeas, sufre una conmoción con el estallido de la guerra mundial. En 1914 desaparecía un mundo pacífico y estable. Las colonias y semicolonias son incorporadas a la historia mundial. Los hindúes aprenden a manejar las armas. Cuando las potencias aflojan sus tentáculos sobre los continentes sometidos, América Latina despierta de un largo sueño. El librecambio es aniquilado por el bloqueo marítimo; se insinúan las formas de una incipiente industrialización. Los antiguos peones de estancias, fundos o chacras derivan hacia las nuevas fábricas. De la Revolución rusa en 1917 se desprende una fuerza electrizante: las masas explotadas del mundo entero vuelven su cabeza hacia la Rusia en armas. También la pequeña burguesía latinoamericana se siente partícipe de la historia y las Universidades esclerosadas por las oligarquías académicas se convierten en foros de una nueva oleada revolucionaria. La ferocidad sangrienta del imperialismo mundial aparece ante los ojos de las masas populares latinoamericanas sin disfraz.

El repugnante contraste entre la fraseología "democrática" y "civilizadora" de los Imperios y su furia homicida queda al desnudo, salvo para las minorías de la inteligencia cosmopolita que aclaman al bando de la "cultura". En la Argentina irrumpe en ese período un gran movimiento nacional y popular encabezado por el caudillo Hipólito Yrigoyen. Inequívocamente representa a las clases medias, artesanas, obreras y rurales en lucha contra la vieja oligarquía terrateniente. Pretende una democratización del régimen político y la renta agraria. Pero el yrigoyenismo no es sólo aquello que se ve y los votos que se cuentan uno por uno en los comicios. Detrás de Yrigoyen está la Patria Vieja, los gauchos pobres, las mujeres en silencio, la guerra en el desierto, los últimos federales.

4. La Reforma Universitaria en 1918

La consecuencia intelectual de ese movimiento "nacional"[626] es la Reforma Universitaria de 1918. Esta revolución estudiantil se manifiesta en Córdoba y es sostenida por el gobierno de Yrigoyen, que facilita su triunfo. Pero era mucho más que una tormenta política de los

[625] Gilberto Amado, cit. por Paulo R. Schilling, ob. cit., p. 85.

[626] La palabra "nacional" es empleada aquí en un forzoso sentido práctico y provisional. Sólo lo latinoamericano es "nacional" y si llamamos "nacionales" a los movimientos populares y revolucionarios de Bolivia, Perú, Argentina, etc., es exclusivamente para indicar la participación de clases diferentes en su seno. Estos movimientos son realmente "estaduales" y por lo demás sólo podrán alcanzar sus objetivos de liberación en el marco de la Confederación Latinoamericana.

estudiantes de Córdoba pues su expansión sobrepasa las fronteras de la Argentina y se propaga hacia toda América Latina. Si se deja a un lado la retórica de sus textos, la Reforma Universitaria expresa directamente la incorporación de la pequeña burguesía latinoamericana a la vida política del continente; y arrastrará, como era inevitable, todas sus ilusiones. Pero su vacilación y perplejidad no eran sino el reflejo ideológico de la inarticulada sociedad latinoamericana, donde la única expresión social concentrada podía en esa época encontrarse en la Universidad o en el Ejército.

En una sociedad globalmente subordinada, con un reducido y disperso proletariado y una burguesía nacional insignificante, el sector más importante y políticamente activo de las semicolonias latinoamericanas era él estudiantado universitario. A su conciencia confluyeron la revolución agraria mexicana, la catástrofe de la guerra imperialista, el triunfo de la Revolución rusa, la indignación generalizada del pueblo ante la barbarie agraria y la degradación nacional. La Reforma de 1918 fue la réplica cultural de las nuevas clases sociales ante la fragmentación histórica de América Latina, que había relegado a nuestros pueblos a la más completa impotencia.

Cuando los ecos de las luchas bolivarianas parecían extinguidos y los escritores habían enmudecido, aflora con enorme fuerza la tradición sepultada: la Reforma es latinoamericana, popular, nacionalista y socializante. Por primera vez en muchas décadas América Latina se unifica en el campo del "espíritu": aparece un movimiento que se reconoce hermano en veinte Estados y proclama la emancipación de la Patria Grande.

El movimiento yrigoyenista que protegió la Reforma, había nacido, por lo demás, de las entrañas de la sociedad argentina. Reunía bajo sus banderas democráticas a los vástagos de la vieja guerra civil tanto como de las corrientes inmigratorias asentadas en el Litoral agrario de la Argentina. La vieja comunidad hispanoamericana vivía como una forma superestructural en Yrigoyen; sus simpatías hacia el Paraguay mártir, la Banda Oriental, Chile y en general hacia toda Latinoamérica se manifiestan en su política práctica: ferrocarril estatal hacia Chile, condonación de deudas al Paraguay, convocatoria de un Congreso de países neutrales, saludo a la bandera dominicana en la isla ocupada por Estados Unidos.[627]

De esa conmoción latinoamericana brota el más importante movimiento político y teórico de la época: el aprismo peruano. Víctor Raúl Haya de la Torre formula un programa de unidad latinoamericana.[628] Recoge la herencia bolivariana, examina de nuevo la sociedad de

---

627 Véase estudio detallado del radicalismo de Yrigoyen en Jorge Abelardo Ramos, Del patriciado a la oligarquía (1862-1904) y La bella época (1904-1922), Ed. del Mar Dulce, Buenos Aires, 1982.

628 La influencia del pensamiento de Manuel Ugarte sobre Haya de la Torre y el aprismo ha sido expresamente

América Latina, funda un partido con secciones en varios Estados Latinoamericanos y hasta pretende crear una nueva filosofía, una versión sincrética de Marx y Einstein.

No juzgaremos a Haya de la Torre por este rasgo de "provincialismo" teorizante, ni condenaremos al aprista de 1930 sólo por la decadencia del Haya de la Torre posterior. La importancia histórica del aprismo en las ideas políticas latinoamericanas debe ser examinada con ecuanimidad.

5. La significación del aprismo

En cierto sentido, el aprismo de la etapa inicial es el primer movimiento político de este siglo al que es preciso considerar como genuinamente nacional en el sentido latinoamericano de la palabra. Sus dos rasgos fundamentales, según Haya de la Torre, eran, por un lado, la tentativa de romper con el "colonialismo mental" de Europa y por el otro, el de constituir un frente único de trabajadores "intelectuales y manuales" para luchar por la confederación "indoamericana", la justicia económica y la libertad.[629]

El partido político que se proponía cumplir tales tareas, era un "frente de trabajadores intelectuales y manuales".

El aprismo proclamaba la fundación de una "doctrina íntegra de veras nueva". Rechazaba a Marx, aunque utilizaba algunas de sus categorías, recusaba a Lenín, aunque se apropiaba de elementos de sus análisis sobre el imperialismo, invocaba a Einstein, condenaba al liberalismo, aunque se cuidaba de aclarar que la lucha por la justicia social era "sin menoscabo de la libertad". Semejante autodidactismo doctrinario era más ingenuo que presuntuoso. Se fundaba ante todo en la situación cultural, el escaso peso social de la clase obrera del Perú de la época y en la arrogancia juvenil del Reformismo Universitario pequeñoburgués.

6. Oligarquía y clase media

Haya de la Torre procedía de una familia tradicional venida a menos, de Trujillo, una ciudad segundona del Perú, de vieja raigambre española. Formaba parte en tal carácter del patriciado empobrecido y desdeñado por la or gullosa Lima. De este desclasamiento derivó

reconocida por éste. (V. Víctor Raúl Haya de la Torre, Treinta años de aprismo, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1956, p. 45.)

[629] Ibíd, p. 15.

hacia la condición de "estudiante pobre" de traje raído e ingresó a la pequeña burguesía universitaria de la capital. Su personalidad, como la de toda su generación, se formó bajo la influencia de grandes acontecimientos: la Primera Guerra Mundial, la Revolución agraria mexicana, la Revolución rusa, el desembarco norteamericano en Veracruz, la Reforma Universitaria de 1918.

Pero esas conmociones asumían en América Latina una manifestación muy clara: la pequeña burguesía latinoamericana se desplazaba hacia el poder en lucha contra la arcaica estructura oligárquica. Estas clases medias -urbanas y agrarias se habían formado a partir de 1880: eran el fruto directo de la vinculación de América Latina al mercado mundial como abastecedora de materias primas. Hacia 1914 ese proceso había dado cuanto podía dar de sí al crecimiento de las fuerzas productivas ligadas con el comercio exportador.

La creación o modernización de los puertos, el tendido de líneas férreas y telegráficas, el comercio de importación, los bufetes jurídicos de las grandes empresas, el pequeño comercio nacido de ese intercambio, algunas industrias livianas transformadoras de productos agrarios que el imperialismo no estaba en condiciones económicas de satisfacer en las semicolonias, los talleres de mantenimiento del sistema de transportes dirigido a los puertos, los caminos construidos hacia la costa, una burocracia del anémico Estado "balcanizado" que se alimentaba de los ingresos fiscales producidos por el sistema, los ejércitos minúsculos y un magisterio hambriento que dependía de ese Estado, habían generado vastos sectores de clase media. Esta pequeña burguesía, relegada por la gran plutocracia agraria, disfrutaba sin embargo de ciertos privilegios sociales y culturales en relación con las grandes masas desposeídas. Cuando dicha clase social se rebeló políticamente contra el sistema, constituyó la base heterogénea y vital de nuevos movi mientos nacionales: el yrigoyenismo en la Argentina, el populismo de Alessandri en Chile, el aprismo peruano.

7. Polémica entre Mella y Haya de la Torre

El sistema de ideas del aprismo peruano fue formulado entre 1924 y 1930. Su período de formación transcurrió pues, entre la Reforma Universitaria de 1918 y la crisis mundial de 1929. Puede afirmarse categóricamente que su programa fue la más alta expresión política y teórica de la pequeña burguesía latinoamericana y al mismo tiempo la clave de su histórica limitación.[630]

---

[630] Nos referimos a las grandes líneas del desenvolvimiento latinoamericano, a la tendencia general, sin perder de vista que América Latina es una especie de Frankestein histórico social, cada uno de cuyos pedazos ha

En la esencia de la teoría del aprismo sobre la naturaleza del imperialismo se encontraba ab ovo su posterior declinación y hasta el germen de la argumentación contemporánea de las burguesías nacionales latinoamericanas sobre el "desarrollo" económico con la ayuda del capital extranjero. Haya de la Torre expuso con total claridad este punto de vista en su polémica con Julio Antonio Mella, el comunista cubano asesinado por el dictador Machado a fines de 1929. Enfrentados en el congreso antiimperialista de Bruselas de ese mismo año, Mella escribió un folleto publicado en México en 1928 titulado ¿Qué es elAPRA?[631]

La respuesta de Haya de la Torre al folleto en cuestión resultó su libro más representativo: El antiimperialismo y elAPRA,[632] Por sus aspectos positivos y negativos se trata de un libro fundamental. Mella acababa de regresar de Moscú y estaba deslumhrado por las conquistas revolucionarias y la personalidad de sus dirigentes. En su trabajo, el militante cubano anticipa varios de los puntos de vista que serán patrimonio común en los próximos cuarenta años entre el stalinismo latinoamericano y sus derivados de la izquierda cosmopolita. Así, al comentar la frase aprista: "Nuestro programa económico es nacionalista", Mella afirmaba: "¡También los fascistas son nacionalistas!"[633] de allí podía inferirse su incomprensión de las diferencias entre naciones opresoras y naciones oprimidas o, en otras palabras, entre el histórico antagonismo del imperialismo con los países coloniales que generan formas políticas antagónicas, sean estas democráticas, nacionalistas y aun "marxistas".

Mella agregaba que los revolucionarios rusos socializaron inmediatamente la tierra.[634]

Era un error frecuente en la época. El gobierno bolchevique realizó una reforma agraria de tipo burgués, distribuyendo la tierra en propiedad individual a los campesinos.[635] Al mencionar con ironía la palabra "nacionalización" empleada por el APRA, Mella escribe que "se está hablando con el lenguaje de todos los reformistas y embaucadores de la clase obrera... En Alemania, en Francia y en los Estados Unidos hay industrias nacionalizadas. Sin embargo, no se puede afirmar que Coolidge o Hindenburg sean marxistas".[636]

Los viejos ejemplos se vuelven modernos a causa de los actuales verbalistas de la

---

pretendido un desarrollo propio y arrastra consigo una monstruosidad particular. La ley del desarrollo combinado permitía observar en Perú exposiciones sutiles del arte moderno, el uso del avión o industrias complejas, mientras a 500 kilómetros de la costa peruana la historia descendía bruscamente un milenio o más hasta la comunidad primitiva, la tribu selvática y la edad de bronce.

631 Julio Antonio Mella, Ensayos revolucionarios, Ed. Popular de Cuba y del Caribe, La Habana, 1960.

632 Víctor Raúl Haya de la Torre, El antiimperialismo y el APRA, Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1936.

633 Mella, ob. cit., p. 7.

634 Ibíd, p. 13.

635 Véase León Trotsky, Historia de la Revolución Rusa, T. II, Ed. Tilcara, Buenos Aires, 1962, p. 389.

636 Mella, ob. cit., p. 13.

izquierda abstracta en América Latina.

8. Nacionalismo y socialismo

Por supuesto, la razón estaba de parte de Haya de la Torre. Nada más erróneo que identificar las nacionalizaciones en un país imperialista con las de un país semicolonial. De este modo, la nacionalización del petróleo mexicano por Cárdenas tendría el mismo significado de la realizada en la Francia imperialista en la industria automovilística en 1946. Esta última obedecía al déficit de esa industria, salvado por el Estado imperialista mediante una generosa indemnización. Pero los propietarios "nacionalizados" en Francia eran franceses, no extranjeros, y la Francia burguesa nada tenía que temer de ellos. La nacionalización en México, por el contrario, era un acto defensivo de un país revolucionario ante los capitales extranjeros.[637]

"Para hablar concretamente, escribía Mella, liberación nacional absoluta, sólo la obtendrá el proletariado, y será por medio de la revolución obrera."[638]

Al pasar por alto las tareas de la unidad nacional de América Latina, principal factor para la liberación latinoamericana del imperialismo, el militante cubano resumía la estrategia revolucionaria en la fórmula lapidaria de: "revolución obrera".

Precisamente a causa del atraso histórico de nuestros Estados, del es trangulamiento de su desarrollo industrial por obra de la oligarquía agraria y del imperialismo extranjero, el peso específico de la clase obrera latinoamericana es mucho menor que el de las clases sociales no proletarias en el interior de cada Estado.[639] La gran mayoría de la población latinoamericana está vinculada al campo y a los sectores de servicios, burocráticos o de transportes. En este

[637] "El México semicolonial lucha por su independencia nacional, política y económica. Tal es, en el estado 'actual', el contenido fundamental de la revolución mexicana. Los magnates del petróleo no son capitalistas de filas, simples burgueses. Poseen las más importantes riquezas naturales de un país extranjero, se apoyan sobre sus millares de millones y sobre el sostén militar y diplomático de sus metrópolis y se esfuerzan por establecer en el país sojuzgado un régimen de feudalismo imperialista, procurando subordinarse la legislación, la justicia y la adminsitración. En estas condiciones, la expropiación es el único medio serio de salvaguardar la independencia nacional y las condiciones elementales de la democracia." (V. León Trotsky, en Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961, p. 21.)

[638] Mella, ob. cit., p. 24.

[639] Estas observaciones, válidas para la situación latinoamericana de 1930, no han perdido su fuerza en 1985, cuando el desarrollo industrial de América Latina ha dejado inaltei'a do el diagnóstico anterior en virtud del vertiginoso crecimiento demográfico de la población, sobre todo en el sector agrario. Es importante puntualizar, sin embargo, que en la Argentina, Chile y Uruguay, por ejemplo, el eje de la revolución no se encuentra en el campo, sino en las ciudades. Para referirnos tan sólo al área del Plata, toda la pampa húmeda es típicamente capitalista y los "campesinos" son aliados inestables pero aliados al fin del orden oligárquico "moderno". Sólo se movilizan por los precios "sostén" que fija el gobierno o por el tipo de cambio con el dólar, cuando les resulta desfavorable.

cuadro, la clase obrera no puede resolver por sí misma el triunfo de la revolución, a menos que establezca una alianza con las restantes clases oprimidas. Debe asumir en su programa no sólo sus propias reivindicaciones, sino también las aspiraciones democráticas y nacionales de las clases restantes. Sólo en esta perspectiva, la clase obrera puede encabezar a las grandes mayorías nacionales en la lucha contra el imperialismo.

Nacionalismo y socialismo no brotaban en América Latina de la cabeza de ningún teórico, sino de la estructura económica y social misma.

Pero para poder realizar la revolución democrática, nacional y social en América Latina, la historia exigía que el movimiento fuese conducido en una perspectiva al mismo tiempo nacionalista y socialista. Pero el nacionalismo no debía ser aristocrático, de una élite civil o militar, sino popular y el socialismo debía abandonar para siempre sus lazos con el cosmopolitismo europeo. Nacionalismo popular y socialismo criollo, tal era la fórmula. Esto nos lleva directamente al carácter de la revolución latinoamericana.

9. "Balcanización" y desarrollo combinado

El imperialismo había encontrado en las oligarquías terratenientes y en las burguesías comerciales de América Latina a sus aliados internos. Había "balcanizado" la nación; había sometido su economía a una monstruosa deformación unilateral; había roto todos los lazos de interrelación económica dentro de América Latina y, finalmente, había establecido veinte vasos comunicantes, únicos y separados, de relación de intercambio con su sistema mundial.

Al mismo tiempo, había profundizado las diferencias de niveles históricos entre el mundo civilizado de Europa y las sociedades incivilizadas de América Latina. La tendencia decreciente de los precios de las materias primas de exportación latinoamericana se combinaba con la tendencia creciente de los precios de artículos manufacturados procedentes del exterior. Este proceso simultáneo bajaba el nivel de vida de América Latina, amputaba sus posibilidades de capitalización interna, cerraba el camino a una industria nacional. En otro orden, el imperialismo apoyaba el atraso agrario de América Latina y sólo admitía la técnica moderna en aquellos productos exportables que la exigían: pampa húmeda de los cereales y carnes en el Plata, minería boliviana, petróleo, azúcar en Cuba, etcétera.

La gran industria de propiedad yanqui sería un fenómeno más reciente. Pero no modifica el cuadro. Tiende al control monopólico del estrecho mercado interno, en perjuicio de la débil industria nacional. Prefiere una producción limitada con altos precios, a la producción en masa a bajos precios. Coexiste con el atraso agrario, beneficiándose con los menores costos

del estancamiento semicolonial.

Todo el resto de la economía latinoamericana no destinada a la exportación quedaba bajo "las manos muertas" del gamonalismo, los terratenientes, los caciques de aldea, los descendientes de esclavistas y encomenderos.

De este modo, los "focos de civilización" creados por el imperialismo en ciertas zonas de América Latina se combinaban con las formas más primitivas de vida: los antropófagos y reducidores de cabezas, la comuna agraria incaica, el trabajo semiservil, el campesino o el ilota moderno. De este doble carácter o desarrollo combinado de la sociedad latinoamericana brotaba la naturaleza de su programa revolucionario. Debía resolver las tareas incumplidas por las generaciones anteriores, y por todo el proceso moderno de la civilización: unidad nacional, reparto de tierra a los campesinos, liberación a los indios, etcétera.

10. El núcleo teórico del aprismo

La tesis central de Haya de la Torre, en la que se advierte el germen de su quiebra ulterior, es la siguiente: el imperialismo, que es la etapa más elevada del capitalismo en Europa, es la primera etapa del capitalismo en la América Latina.[640]

"El imperialismo... implica en todos nuestros países el advenimiento de la era capitalista industrial, bajo formas características de penetración, trae consigo los fenómenos económicos y sociales que produce el capitalismo en los países donde aparece originariamente: gran concentración industrial y agrícola, el monopolio de la producción y circulación de la riqueza, la progresiva destrucción o absorción del pequeño capital, de la pequeña manufactura, de la pequeña propiedad y del pequeño comercio, y la formación de una verdadera clase proletaria industrial."[641]

De este modo, según Haya, el imperialismo cumple en América Latina el papel histórico de la modernización capitalista típica en los países de Occidente. Para el jefe aprista, se trata de toda una etapa necesaria, que "no puede pasarse por alto",[642] En esta etapa, por

---

[640] Véase Haya de la Torre, ob. cit., p. 63. "Nosotros no somos un pueblo industrial; consiguientemente la clase proletaria del naciente industrialismo es joven... Un niño vive, un niño siente dolor, un niño protesta contra el dolor; sin embargo, un niño no está capacitado para dirigirse por sí mismo", en Treinta años de aprismo, p. 126. Tal es el concepto paternal de Haya con respecto al proletariado latinoamericano.

[641] Ibíd., p. 23.

[642] Ibíd., p. 24. También en El antiimperialismo y el APRA, el mismo autor dice: "Para nuestros pueblos el capital inmigrado o importado, plantea la etapa inicial de su edad capitalista moderna. No se repite en Indoamérica, paso a paso, la historia económica y social de Europa. En estos países la primera forma del capitalismo moderno es la del capital extranjero imperialista" (p. 51). Haya de la Torre refuerza y aclara su pensamiento con esta frase de C. K. Hobson: "Comparadas con las de otros países, las inversiones británicas han

consiguiente, la revolución debe crear el Estado antiimperialista, hasta que la futura evolución social pueda crear las condiciones para la revolución socialista. Esta división en "etapas" o compartimientos estancos de la revolución burguesa y la revolución socialista era típica no de Haya de la Torre, que con cierta presunción reclamaba la "originalidad" del aprismo, sino del menchevismo ruso en 1917 y del stalinismo en la China de 1927.[643]

La importancia de la teoría de las "etapas" que Haya tomaba en préstamo al menchevismo ruso y al stalinismo, residía en que si la revolución burguesa era una etapa históricamente necesaria por la escasa industrialización de América Latina y la consiguiente debilidad del proletariado, el contenido social y político de esa revolución consistía en desarrollar las fuerzas productivas del capitalismo bajo hegemonía de una burguesía nacional o de la pequeña burguesía aprista subrogante de aquélla. Por lo demás, nuestro vernáculo teórico no iría a buscar en las ruinas del Machu Picchu la inspiración para crear su "Frente de Trabajadores Manuales e Intelectuales", según definía la estructura del APRA, sino en el Lejano Oriente, justamente en el partido de la burguesía china, el Kuo-Ming-Tang de Chiang-Kai-Shek.

"En un discurso pronunciado durante la cena conmemorativa, de la revolución china en Londres, el 11 de octubre de 1926, hice hincapié en que el único Frente Antiimperialista del tipo que tuvo el Kuo-Ming-Tang al fundarse, es el APRA. Insisto en el paralelo, a pesar de necesarias distinciones específicas, recordando que la traducción literal de las tres palabras que dominan el poderoso organismo político chino significan en nuestra lengua Partido Popular Nacional... El Kuo-Ming-Tang no fue fundado como partido de clase, sino como un bloque o Frente Unido de obreros, campesinos, clases medias, organizado bajo la forma y disciplina de partido."[644]

11. La idealización del imperialismo

La analogía no era accidental. La burguesía nacional china, como todas las clases dominantes, aborrece la idea misma de la existencia de las clases sociales y del partido de clase. Se consideraba como la conductora natural de la sociedad china, así como el APRA, expresión pequeñoburguesa del Perú, pretendía asumir idéntica representación. De este

---

actuado como pioneros en el descubrimiento y apertura de nuevos campos de desarrollo". Es evidente el franco carácter apologético del papel jugado por el imperialismo en América Latina y el desconocimiento por el jefe aprista de la verdadera naturaleza del capital financiero.

[643] Véanse Lenín y Trotsky, ob. cit.

[644] Haya de la Torre, El antiimperialismo y el APRA, p. 68.

modo, el poder de la burguesía nacional china logró arrastrar bajo sus banderas "nacionales" a las clases medias y campesinas, hasta cierto período decisivo. Pero las banderas nacionales de la lucha contra el invasor japonés y por la revolución agraria pasaron de Chiang-Kai-Shek a Mao-Tse-Tung, que asumió en nombre del proletariado los intereses generales de la Nación china. Chiang-Kai-Shek* el álter ego de Haya de la Torre, se transformó en un gendarme norteamericano en la isla de Formosa.

Conviene detenernos un momento en la idea de que "el imperialismo es la primera etapa del capitalismo" en América Latina. Haya de la Torre niega categóricamente con esta frase la concepción del imperialismo expuesta por Lenín en su célebre ensayo. Lo que es peor todavía, si el imperialismo introduce el capitalismo en América Latina, esto significa claramente que el imperialismo no ejerce el papel estrangulador que toda la experiencia moderna confirma, sino que en su relación con los países semicoloniales se revelaría como el principal agente transformador de su atraso. Una fuerza capaz de introducir en la sociedad semicolonial relaciones capitalistas de producción (no meramente plataformas civilizadas ligadas al sistema exportador) se convertiría naturalmente en una fuerza objetivamente progresiva.

Esta idea central del aprismo se aproximaba extrañamente al aforismo europeo de los tiempos de Kipling en el que se exaltaba poéticamente el papel civilizador del imperialismo en la zona tórrida. Pero los efectos del imperialismo son radicalmente diferentes a los esperados por Haya de la Torre.

En América Latina, como en el resto del mundo atrasado, el imperialismo promovió un sistema moderno de comercialización, comunicaciones, transporte y urbanización exclusivamente en los límites técnicamente necesarios para exportar el algodón, el café, el petróleo, etc., que requería el mercado mundial. Como no era económico emplear la llama incaica para transportar algodón, construyó ferrocarriles; pero sus redes no estaban concebidas para el desarrollo armónico de las fuerzas productivas del Perú, sino para vincular los centros de producción con los puertos de embarque. Era más práctico comunicarse con los gerentes petroleros mediante la telegrafía o el teléfono que por medio de chasques indígenas; los empleados administrativos nativos no eran menos indispensables que ciertas carreteras. Para realizar este tipo de trabajo se requería mano de obra local: así se proletarizaron ciertos sectores nativos, que serán luego peones, ferroviarios, electricistas, arrancados del viejo mundo agrario y transformados en agentes modernos del sistema de servicios indispensables al imperialismo para extraer al resto del país sus riquezas naturales.

Pero nada de esto significaba capitalismo nacional, en el sentido histórico de la palabra,

esto es, la universalización del salario, la creación de un mercado interno viviente e interrelacionado, la formación de un capital nacional reproductivo, el equilibrio geográfico de sus líneas de transportes, una circulación mercantil completa y una dependencia mucho menor del comercio exterior. Haya de la Torre confunde las plataformas litorales de comercialización (los "focos de civilización de la costa") con un capitalismo capaz de desarrollar una estructura de producción e intercambio interior en el conjunto de la geografía económica de la América Latina. Naturalmente, estos "focos de civilización" estimulan el desarrollo de una clase media urbana; y al mismo tiempo infunden a esa pequeña burguesía todo género de ilusiones sobre esa "modernización"; Haya de la Torre refleja en parte esas ilusiones.[645]

12. La evolución del aprismo

La crisis de 1930 destruye a la generación de la Reforma, disipa las esperanzas despertadas por el triunfo del radicalismo en la Argentina, presencia la caída de la República socialista de Chile, Sánchez Cerro atrapa el poder en el Perú, la reacción nazi triunfa en Europa y el stalinismo en la Unión Soviética. El aprismo evoluciona hacia una conciliación con el imperialismo. Al estallar la guerra de 1939 Haya de la Torre expresa teórica y políticamente su capitulación. El mismo autor que había afirmado que el imperialismo -primera etapa del capitalismo en Indoamérica aporta el sistema económico transformador de un régimen feudal-comercíal agropecuario y minero en otro ya tecnificado, de dirección industrialista,[646] diría de Roosevelt que "la política del Buen Vecino... es el paso más extraordinario que haya dado un gobernante de los Estados Unidos en favor de las relaciones interamericanas desde la Doctrina Monroe".[647]

Como se ve, las conclusiones políticas del aprismo, llegado el momento, fluían naturalmente de sus enunciaciones teóricas.

---

645 Esa corriente de inversiones imperialistas no sólo crea en la primera etapa de expansión agraria o minera una clase media, sino también un proletariado, como dice Haya. Lo que este autor olvida mencionar, es que ese proletariado forma parte de la "aristocracia del trabajo" del país dado y que los obreros y empleados de las empresas de capital extranjero son la fuente del "amarillismo político" y del conformismo más completos. El desarrollismo, los cepalianos y los teóricos de la inversión extranjera como fórmula mágica del "despegue" son discípulos directos de Haya de la Torre. Por su parte, el stalinismo y los izquierdistas abstractos de América Latina desconocen, como es previsible, las obras de Haya de la Torre; prefieren practicar ese perpetuum mobile que Goethe definía así: "No hay nada más horroroso que la ignorancia activa".

646 Véase Haya de la Torre, Treinta años de aprismo, p. 150.

647 Haya de la Torre, La defensa continental, Ed. Américalee, Buenos Aires, 1940, p. 134.

El estallido de la segunda guerra imperialista permitió a Haya de la Torre y al aprismo completar el proceso y desembarazarse de todo su bolivarismo, su indoamericanismo y su antiimperialismo. Se recordará que los socialistas y los stalinistas de América Latina, salvo pocas excepciones honrosas, hicieron lo mismo: apoyar a uno de los dos bandos. Enjuiciando el carácter de la guerra, decía Haya de la Torre que "desde el punto de vista del imperialismo, no es, como la del 14, típica colisión de imperios económicos, de rivalidades puramente mercantiles. ¿Podemos ser neutrales ? Como esta guerra no es sólo económica sino política y racial, la victoria del nazismo implica la derrota de todo lo que es para nosotros vida civilizada y libertad".[648]

¿Se refería quizás a los millones de indios peruanos, enterrados en las comunidades o esclavizados como siervos en los grandes latifundios? El aprismo declinaba como movimiento antiimperialista: "El interamericanismo democrático sin imperio será la meta jurídica del Nuevo Mundo".[649]

Ahora comenzaría la etapa del aprismo como movimiento anticomunista:

"El capital está enfermo, pero el remedio comunista resulta peor que la enfermedad, y está muy lejos de garantizar al mundo un ordenamiento económico-social salvador y constructivo"[650]

Finalmente, terminaría como intérprete de los terratenientes amenazados por la revolución agraria en el Perú:

"¿Se puede seguir llamando abigeos a personas que matan a diestra y siniestra a sus semejantes, en este caso policías? ¡Se reclama una mayor acción del gobierno!" [651]

Haya de la Torre, en fin, reclamaría la paternidad de la doctrina de "la intervención colectiva" de Rodríguez Larreta, ya anticipada en el Plan Aprisca de 1941. La catástrofe era total.[652]

El profeta de la unidad latinoamericana de 1924 se había transformado en el jefe de un partido peruano comprometido con la oligarquía. Haya de la Torre renunciaba a la lucha contra el imperialismo para sustituirla por los prodigios del "desarrollo económico".

---

648 Ibíd., p. 87.

649 Ibíd., p. 156.

650 Haya de la Torre, Treinta años de aprismo, p. 183.

651 Palabras del diputado aprista peruano Nicanor Mujica en 1965, a raíz de la iniciación de las guerrillas dirigidas por el ex-dirígente aprista Luis de la Puente Uceda. (Cit. por Américo Pumaruna, "Perú: revolución: insurrección: guerrillas", en la revista Ruedo Ibérico, N° 6, París, abril-mayo de 1966, p. 73.)

652 Véase Haya de la Torre, Treinta años de aprismo, p. 244. Se recordará que esta "doctrina" del famoso cipayo uruguayo predicaba la intervención militar contra la Argentina, a causa de Perón.

Pese a todo, el influjo de una poderosa visión criolla de la realidad peruana había sido tan profundo en el aprismo fundado por Haya de la Torre, que a pesar de sus vacilaciones y extravíos demostró que su gran tradición primigenia no había muerto con el triunfo y gobierno de Alan García en 1985. Su desafío a la Banca mundial y su invocación a la unidad latinoamericana no solamente recreaban la jornada inicial del aprismo de los años 20, sino que continuaban la revolución militar frustrada del general Velasco Alvarado.

Ya no libertarían aquel soberbio Perú los hermanos rebeldes del Inca Garcilaso de la Vega, sino los sonrosados y bien nutridos burócratas de la CEPAL, con sus estadísticas, sus cocktails y sus secretarias. La unidad latinoamericana propuesta por Bolívar en la época de los terratenientes criollos fracasará una vez más en la época de la pequeña burguesía universitaria cuya más notable y trágica expresión había sido Víctor Raúl Haya de la Torre. La crisis mundial de 1930 incubará otros movimientos nacionales en América Latina, en otro nivel y con otras perspectivas.

13. Ejército y pequeña burguesía después de 1930

En 1930 se inaugura una época de profundas transformaciones sociales en América Latina. Por segunda vez, aunque de manera más acusada, los Estados latinoamericanos, como el resto del mundo semicolonial, veían quebrantadas sus vinculaciones tradicionales con los centros del poder imperial, desarticulados por la crisis. La bancarrota se desplaza del centro a la periferia; pero es en las colonias donde las consecuencias serán más graves.

La inelasticidad de la producción agraria, y por el contrario, la mayor facilidad de reducción productiva propia de la economía industrial, atenúa en las metrópolis la fuerza de la crisis; pero la vuelve devastadora en las colonias y semicolonias. Los ciclos agrícolas no pueden detenerse a designios: el hundimiento de los precios afecta gravemente una relación de intercambio fundada en casi medio siglo de evolución pacífica. Las oligarquías exportadoras se revuelven furiosamente contra el destino.

Los presupuestos fiscales que dependen de los ingresos derivados del comercio exterior se desploman. Aterrados, la pequeña burguesía vinculada al aparato del Estado, los estudiantes con el porvenir amenazado, los profesionales liberales, los maestros, los pequeños comerciantes o artesanos, y sobre todo los campesinos, que están en la base de la pirámide, asisten al descenso brusco de su nivel de vida. La eterna fronda militar se agita en una serie de golpes cíclicos, en búsqueda de los culpables visibles de la crisis.

Yrigoyen cae en la Argentina, Washington Luis en Brasil, Siles Reyes en Bolivia, Ayora en Ecuador, Arosemena en Panamá, Ibáñez en Chile, Leguía en el Perú. Las múltiples

particularidades de la historia doméstica en dichos Estados promovía cada episodio: su factor general desencadenante es la crisis mundial y la ruina de las economías monocultoras.

De esta crisis saldrán en los próximos quince años los movimientos nacionales y populares en América Latina más significativos de la nueva época, galvanizados unos por la segunda crisis mundial de la guerra que comienza en 1939; otros, por la sangrienta guerra interimperialista del Chaco, donde Bolivia y Paraguay son instrumentados por la Standard Oil y la Royal Dutch en la lucha por el petróleo. De la generación militar y civil de la guerra del Chaco emergerá el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia.

14. Bolivia: en marcha y sin rumbo

Hacia 1930 la pequeña burguesía altoperuana examinaba perpleja todas las promesas y mesías. Escribe Augusto Céspedes, el intelectual más representativo y agudo de la época:

"Los estudiantes de Bolivia, nación mediterránea, de nieves y selvas inaccesibles donde las nuevas ideas escalaban difícilmente, alimentaban inquietudes vagas, despertadas por ciertas brisas continentales como la reforma universitaria de Córdoba y la Unión Latinoamericana, cuya romántica potencialidad se perdía, en el primer caso, con la incipiencia de la universidad y en el segundo, bajo los muros de la clausura en que mantenían a Boli va sus propios hermanos del continente. Algunas librerías poseían folletos de los conductores de la revolución bolchevique: Lenín, Trotsky, Bujarin, Kamenev, Lunatcharsky, que hojeábamos en desorden. Más nos atraían la fraseología delAJPRAy los relámpagos de la revolución mejicana. Leíamos los discursos de Obregón y de Calles y la lírica premonitoria de la Raza Cósmica, que se escuchaba entre los disparos de fusil de la reforma mejicana".[653]

El estudiantado universitario de Bolivia ya había sufrido, años antes de la guerra del Chaco, su propia experiencia con los redentoristas sudamericanos de fosforescente retórica. No por simple accidente el Congreso Universitario de 1928, reunido en Cochabamba, estableció los planes para la autonomía universitaria, lanzando al mismo tiempo una gran campaña política contra el presidente Siles Reyes, que había intentado, ¡justamente!, destruir la maquinaria política de la vieja oligarquía liberal. Como en la Argentina, la Reforma Universitaria se colocaba al servicio de la Rosca imperialista. El abanderado de la Autonomía Universitaria, Daniel Sánchez Bustamante, expresión de los intelectuales "democráticos" y de la masonería, sería designado por los estudiantes "Maestro de la juventud boliviana". Este

[653] Céspedes, ob. cit., p. 82.

Maestro también administraba su elocuencia como abogado de la Bolivian Railway. ¡Uno más!

15. Revolución en el Altiplano

El Movimiento Nacionalista Revolucionario heredaba la tradición trunca del gobierno del coronel Busch, un joven oficial de 35 años que al asumir la dictadura no había vacilado en dictar un decreto ordenando a la gran minería la devolución de las divisas obtenidas por la venta internacional de los minerales. Agobiado por la presión "rosquera" y en la más completa soledad, Busch se suicidó en 1939. Pero su valerosa actitud sirvió de bandera a los jóvenes oficiales y civiles que fundaron poco después el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Bolivia era hacia 1942 una factoría exportadora de estaño, azotada por tres propietarios rapaces que lograron interesar a la literatura: Simón Patiño, Mauricio Hochschild y Carlos Víctor Aramayo, vinculados a los monopolios internacionales de minerales.[654] Cincuenta mil mineros recluidos en las montañas producían el valor de todas las exportaciones de Bolivia que alimentaban su escuálido aparato estatal. Tres millones de indios campesinos, en su mayor parte de lengua quechua y aymará, permanecían al margen de la economía monetaria. Víctimas del gamonalismo terrateniente, recluidos en el autoconsumo, anestesiados con coca, vivían sometidos a la institución del "pongo", prestación obligatoria de servicio gratuito.

Los pueblos de alimentación escasa y monótona consumen habitual mente estimulantes. Alfredo Ramos Espinoza en su libro La alimentación en México dice, refiriéndose a los indios mexicanos: "Tienen que vencer su inapetencia cauterizándose la boca y el estómago con pimienta, para producir una secreción refleja de saliva, que pueda simular la provocada por el buen apetito".

En Perú se consumía desde los incas el ají, como en el Alto Perú el locoto, arabiri y comerruchu. Los pueblos bien alimentados no conocen este tipo de estimulantes. En América Latina y la India, por el contrario, el consumo de chile, salsa curry o nuez betel es muy considerable. El consumo de coca en la sociedad incaica estaba controlado por el Estado, pero su propio uso indicaba las dificultades de alimentar a la población del Incario en virtud del bajo nivel productivo. Considerado una especie de sustituto de la alimentación, su efecto más importante es mitigar el hambre y la sed; su consumo está ligado históricamente a la improductividad de los incas, a la superexplotación colonial española y a la barbarie de la era independiente. El consumo de coca contribuye a explicar los índices de desnutrición en el

---

[654] Véase Augusto Céspedes, Metal del diablo (biografía de Patiño), Ed. La Calle, La Paz, 1946. Hochschild murió en París en 1956. El célebre ladrón dejó una herencia de 1.000 millones de dólares.

Perú y el Altiplano.[655]

Una reducida clase de apáticos terratenientes y doctores altoperuanos ligeros de lengua gobernaba la política lugareña, en sociedad con un puñado de generales ineptos, borrachos y venales. Todos ellos se inclinaban ante los dictados del poder que los bolivianos llamaron el "Superestado" minero. Minería, terratenientes y burguesía comercial importadora constituían la Rosca que ahogaba desde los tiempos de la conquista española a las masas populares del Altiplano. Tal era la debilidad intrínseca del Estado, que se licitaban los impuestos. En los documentos de identidad figuraba la raza. Los ministros se nombraban en la gerencia de la Patiño Mines.

La hija predilecta del Libertador, aquella república fundada por Sucre, que había perdido todas las fuerzas, sin salida al mar, raquítica y miserable, vejada y saqueada por españoles, criollos, norteamericanos e ingleses durante cinco siglos, era una demostración viva del horrendo drama de América Latina. La pequeña burguesía empobrecida, con nombres ilustres en la historia del Altiplano, esos hijos de presidentes, generales, escritores, diputados y profesores, vivía hambrienta y rabiosa. ¡Había sido burlada tantas veces! Los oficiales jóvenes, sobrevivientes heroicos de esa gran náusea político-militar que fue la guerra del Chaco, también estaban hartos: la venalidad de las clases dirigentes no tenía secretos para ellos.

La alianza entre militares y nacionalistas se realizó con el golpe de Estado del 20 de diciembre de 1943, en plena guerra imperialista. Fueron inmediatamente acusados de "nazis". La propia izquierda boliviana no era menos cipaya y extranjerizante que en el resto de América Latina.

16. Los pillos de la "democracia"

La pequeña burguesía civil y la pequeña burguesía militar formada en la experiencia sangrienta y vergonzosa de la guerra del Chaco se había vuelto nacionalista. Su jefe era el mayor Gualberto Villarroel. Sus grandes crímenes fueron organizar por primera vez en la historia de Bolivia una Federación de Trabajadores Mineros y convocar un Congreso campesino, lo que no ocurría desde los tiempos de Belzú. Habían elegido el camino correcto, pero el poder conjunto de la Rosca y de la prensa imperialista los doblegó y anonadó.

Al no atreverse a nacionalizar las minas y a entregar la tierra a los campesinos, el

---

[655] Véase Carlos Malpica, ob. cit., p. 39.

gobierno de Villarroel no supo dónde encontrar aliados. El imperialismo yanqui y los insignificantes partidos oligárquicos lograron arrastrar a la pequeña burguesía paceña, la más impresionable y regionalista de Bolivia, sometida siempre al terrorismo psicológico de los abogados liberales. La conspiración estalló el 21 de julio de 1946. Derribó a Villarroel, lo colgó de un farol de la Plaza Murillo y reinstaló en el Palacio Quemado a los propietarios de minas.

Dentro de Bolivia, participaron en el motín los jeeps de la embajada yanqui, y también los liberales, los universitarios a la busca de nuevos "Maestros de la Juventud", los stalinistas del PIR, algunos seudotrotskistas del POR, la izquierda, el centro y la derecha. ¡Desdichada América Latina, siempre mezclados los tontos con los pillos! De inmediato, incorporándose en su aterciopelado refugio de la Isla Negra, Pablo Neruda abandonó un momento su habitual dipsomanía y dijo por teléfono a José Antonio Arze, jefe stalinista del PIR: "Esto ha sido gloriosamente español".

El sátrapa minero Mauricio Hochschíld declaró: "Yo pronostiqué que Villarroel caería pronto".

El Partido Comunista de la Argentina enviaba un cable firmado por el burócrata Vittorio Codovilla felicitando roncamente a los miembros de la nueva Junta de Gobierno. Toda la prensa norteamericana y sus ecos latinoamericanos aplaudían la "revolución" del 21 de julio.[656] En la URSS, la Armada de Leningrado y los cañones de Moscú disparaban 101 cañonazos en homenaje a la revolución de La Paz. El dirigente del APRA peruano, Manuel Seoane, declaraba en Lima: "Pocas veces, sin duda, Indoamérica ha podido contemplar una página tan brillante de heroísmo cívico".

La hinchada araña de Simón Patiño sonrió con bondad y envió una donación de 20.000 dólares para "los mártires de la libertad".[657] Todo estaba en orden.

17. El nacionalismo toma el poder

Desde 1946 hasta 1952, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, en cuyas ñlas militaba la mayoría de los dirigentes mineros de Bolivia, extendió su influencia sobre las

---

[656] El autor de este libro calificó el golpe del 21 de julio de 1946 como "una revolución del dólar en Bolivia": tal fue el título de un artículo que escribí en la revista Octubre, N° 4, Buenos Aires, enero-febrero de 1947, naturalmente con gran escándalo del cotorreo ci payo, tan antivillarroelista como antiperonista.

[657] Véase Augusto Céspedes, El presidente colgado, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964, p. 256 y ss. En los días anteriores a su caída, Villarroel había ordenado la importación de 80 tractores procedentes de Canadá para las principales comunidades indígenas de Bolivia. El nuevo gobierno oligárquico canceló la orden. (V. Faustino Reinaga, Tierra y libertad, Ed. Rumbo Sindical, La Paz, 1952, p. 32.)

grandes masas populares del país. Los más repugnantes representantes del viejo orden y del antiguo generalato, asesinos de mineros, se turnaron en el poder. Monje Gutiérrez, Hertzog y Urriolagoitía cubren el período de reiteradas sublevaciones del MNR seguidas de represalias sangrientas.

El 9 de abril de 1952 el MNR inicia una nueva revolución, combate en las calles de La Paz con el Ejército oligárquico, lo vence, desarma y disuelve. Víctor Paz Estenssoro llega al poder. Dos decretos fundamentales definen el nuevo régimen: nacionalización de las minas y reforma agraria. Se entrega la tierra a los campesinos al mismo tiempo que se constituyen las milicias obreras y campesinas. Siglos de heroísmo han formado en el boliviano una frecuentación impasible de la muerte; el dominio oligárquico ha consolidado esa psicología del arrojo, proporcional al conformismo y encanallamiento de las viejas clases dominantes. Nunca pudo olvidarse el aforismo del presidente rosquero general Blanco Galindo en 1930: "Somos país pobre y debemos vivir pobremente".[658]

Tierra impregnada de dolor, de sangre y esperanza, Bolivia parecía haber dado algunos pasos de gigante hacia la civilización. Doce años después, el régimen nacionalista agonizaba. ¿Qué había ocurrido? El MNR gobernaba en un país donde la miseria general era tan enorme que en Bolivia no existía burguesía nacional. El imperialismo había proletarizado directamente a cincuenta mil indios, trasformándolos en mineros, aislados en sus grises ciudades de la montaña. Excepción hecha de una agricultura en los valles de Cochabamba y un desarrollo agrícola especial en la zona subtropical de Santa Cruz de la Sierra, el país vivía de la exportación de minerales, aun después de la Revolución.

El MNR en el poder había generado enormes avances. La Revolución no sólo había dado la tierra a los indios, trocándolos en campesinos productores, sino que al cultivarse predios tradicionalmente abandonados se estaba modificando el clima de ciertas regiones (provincia de Pillapi). La transformación del régimen alimenticio, por añadidura, alteraba la talla media del hijo del país. El boliviano tendía a crecer; su estatura era mayor, no sólo históricamente sino también físicamente. ¡Parecía concluir la "dieta alimenticia" de coca! Tales eran los títulos que podían invocar los creadores de esa Revolución.

Pero al mismo tiempo, el MNR se encontró prisionero en los marcos del "Estado Nacional". Los propios teóricos del MNR tenían predilección por disertar sobre la "Nación boliviana".

---

[658] Céspedes, El dictador suicida..., ob. cit., p. 114.

18. ¿La "Nación" boliviana?

El Alto Perú había nacido de la desintegración del viejo virreinato y de la política antinacional de los porteños; había perdido luego, en la guerra del Pacífico, sus puertos marítimos; finalmente perdió las tierras petrolíferas del Chaco. Y cuanto más territorio perdía y cuanto más absurdas resultaban las especulaciones bolivianas sobre su destino insular, más se escribía sobre la "Nación boliviana".[659] ¡Y se trataba justamente del fragmento de la Patria Grande que más razones tenía para buscar en la Confederación con Perú y en la lucha por la Confederación Latinoamericana el marco genuino de su liberación!

La Revolución boliviana se confinó voluntariamente en sus fronteras. La elaboración de la teoría de la "Revolución Nacional" suponía volver las espaldas a la inmediata correlación del Alto Perú con el Bajo Perú. Los campesinos del otro lado del lago Titicaca preguntaban en 1952 a sus vecinos "si las leyes agrarias bolivianas también servían para el Perú". La conmoción que causó en el Perú la Revolución boliviana se atenuó enseguida por la estrechez de los dirigentes, que volvieron sus espaldas a lo único que podía otorgar un fundamento serio a la pretensión boliviana de una salida al mar: la recreación de la Confederación Andina a través de la Revolución peruana.

Hubiera sido absolutamente legítimo e históricamente necesario proyectar la Revolución boliviana al otro lado del Titicaca para emprender una verdadera guerra revolucionaria en aquel Perú cuya historia, estructura social, lenguas, razas indígenas y analogía de condición social con los campesinos bolivianos lo había preparado para el gran día. Pero la "balcanización" se había instalado también en la cabeza del nacionalismo boliviano. Limitada a las fronteras artificiales, la revolución de Bolivia no podría garantizar ni siquiera su propia estabilidad. De este modo, y a pesar de sus grandes conquistas interiores, la revolución boliviana resultó finalmente derrotada y la revolución peruana postergada. No se atrevieron a librar un nuevo Ayacucho.

19. Importancia y peligros de la distribución de tierra

---

659 René Zavaleta Mercado fue el nuevo predicador de este localismo: "Es posible que en un sentido científico estricto se pueda aceptar la idea de una nación chiriguana, y, como se ve, tampoco es falso hablar de una nación latinoamericana". (V. El desarrollo de la conciencia nacional, Ed. Diálogo, Montevideo, 1967, p. 168.)

En busca de más cantidad de sentido científico, Zavaleta Mercado, que fuera ministro del MNR, abandonó el nacionalismo boliviano, que se encontraba a su juicio moribundo, y se afilió al Partido Comunista, que estaba completamente muerto.

Por otra parte, la entrega de tierras al campesinado boliviano creó una clase de pequeños propietarios capitalistas, naturalmente de bajo nivel productivo y técnico, de ínfima capitalización, pero capitalistas al fin. Este hecho era, por un lado, de inmensa progresividad histórica; por el otro, la Revolución boliviana establecía un orden social conservador en el campo y una fuente de inmensos peligros. Para conjurarlo, la revolución agraria debía ser acompañada de una política de industrialización y de control político de toda la economía boliviana, con la participación democrática de todos los trabajadores en el manejo de esa planificación.

De otro modo, el campesinado podía en el día de mañana estrangular la revolución. No era nada imposible que se convirtiera en la base pasiva de una dictadura militar capaz de garantizarle la posesión de sus tierras a cambio de la recolonización del resto del país.

La revolución agraria burguesa sólo debía ser el primer paso para conquistar por ella el apoyo de los campesinos, crear un mercado interno para la industria y utilizar las viejas comunidades agrarias como formas de transición hacia una socialización de la agricultura en un alto nivel técnico.[660]

20. Balance del derrocamiento de Paz Estenssoro

La pobreza heredada, el aislamiento, la tentativa de permanecer lejos de "Washington, Moscú o Buenos Aires", según las palabras del presidente Siles Suazo, el bloqueo mundial del imperialismo, que manejaba los precios de los minerales, se combinaron con la resistencia del gobierno nacionalista a romper audazmente dicho bloqueo y construir por sí mismos o con ayuda checa, o rusa, las fundiciones de estaño propias.[661] Hay que añadir la ingenua

---

[660] Véase Alfredo Sanjinés, "Una entrevista con León Trotsky", en La reforma agraria en Bolivia, Ed. Universo, 2a ed., La Paz, 1945, p. 21.

[661] La idea de ciertos revolucionarios latinoamericanos de que la revolución no puede hacerse sin ayuda rusa se ha convertido en una verdadera manía. Consideremos en primer término que la Revolución rusa triunfó sin ayuda de nadie y con la oposición armada del imperialismo en 14 frentes de guerra. En segundo lugar, la Revolución china logró la victoria a pesar de la ayuda que los rusos le brindaron en algún momento; si la ayuda hubiese sido mayor, Mao habría debido rendirse a las exigencias de Stalin, que deseaba un acuerdo con Chiang-Kai-Shek. Los chinos, en ese caso, jamás habrían conquistado el poder. En cuanto a Bolivia, el gobierno nacionalista ni fue capaz de aceptar la ayuda checoeslovaca para construir los hornos de fundición necesarios para emanciparse de los monopolistas angloyanquis, por ceder a la presión norteamericana, ni tampoco se demostró con energía suficiente para construirlos con su propio esfuerzo. Solamente habría sido necesario prohibir la importación de automóviles último modelo y artículos suntuarios durante un año para construir esas refinerías. Era exactamente un criterio de prioridad nacional impuesto por todo el poder concentrado del Estado lo que hacía falta.

Cien años antes, los paraguayos de Carlos Antonio López construyeron solos el primer ferrocarril de América del Sur y las primeras líneas telegráficas, así como los primeros hornos de fundición de hierro del continente criollo. En plena guerra contra la infame Triple Alianza argentino-brasileño-oriental, los soldados de

tentativa de favorecer la formación de una "burguesía nacional" que la historia había rehusado conceder a Bolivia. Así se llegó a proteger un nuevo tipo de sátrapas, que llamaremos "burgueses compradores" y que disponían de los 80 o 90 millones de dólares de las exportaciones anuales para inundar a la Bolivia de los nuevos ricos con automóviles de último modelo, artículos suntuarios y productos que Bolivia hubiera estado en fáciles condiciones de fabricar inmediatamente.[662]

Mientras la revolución presentaba una soberbia fachada de realizaciones con los grandes decretos mencionados, la estructura interior del Estado permanecía intacta. Las milicias obreras y campesinas custodiaban las viejas armas arrebatadas a las tropas en 1952, pero el gobierno nacionalista procedía a reconstruir el esquema del antiguo Ejército bajo formas nuevas, aprovisionado por los Estados Unidos, que se erige en el benévolo protector de la revolución boliviana. El imperialismo advirtió las vacilaciones del MNR y parecía decir como en el refrán criollo: "No te has de morir, te irás secando de a poco".

En resumen, el MNR no quebró el viejo Estado ni estableció una planificación general de todos los recursos del país en esa perspectiva. La igualdad en el sacrificio fue ignorada; y los sectores mineros abandonados a sí mismos se orientaron hacia una política puramente salarial.

Confiada a los propios mineros, empleados y técnicos, por el contrario, la administración de las minas en un sistema de cogestión, habría disminuido los riesgos del despotismo burocrático y del funcionario estatal omnisciente. Poseer las minas sin la fundición y controlar la fundición sin la comercialización, era inútil. Pero abordar la refinación e intermediación de los minerales en los mercados mundiales significaba romper con los Estados Unidos y establecer canales nuevos con el Tercer Mundo y los Estados Socialistas.

La caída de Paz Estenssoro fue el resultado directo de la descomposición del régimen nacionalista y la prueba negativa de que el nacionalismo popular debe asumir un carácter revolucionario y latinoamericano o será aislado y aniquilado.

Solano López editaban en la selva el periódico semanal El Centinela, impreso sobre papel fabricado por artesanos paraguayos con cortezas de árbol extraídas de esa misma selva arrasada polla metralla mitrista. Ese papel era excelente y se conserva perfectamente legible la impresión de hace un siglo. Se encuentra en el Archivo Nacional de Asunción.

Los paraguayos no estaban esperando a checos ni rusos, querían hacerlo y lo hicieron porque no pensaban en ningún seguro para la vejez. En Bolivia, como en América Latina, no escasean los ingenieros competentes. Lo que faltan son revolucionarios que en el poder sigan siéndolo. (Véanse costos de refinerías y maniobras desvalorizadoras de los refinadores extranjeros en Ñuflo Chávez Ortiz, Cinco ensayos y un anhelo, Ed. Empresa Industrial Gráfica E. Burillo, La Paz, 1963, p. 252.)

[662] Actualmente Bolivia exporta alrededor de 800 millones de dólares anuales. Pero en su mayor parte son despilfarrados en importaciones superfluas o en pago de los intereses de la deuda externa.

Capítulo XIV
Movimientos nacionales del siglo xx:
Brasil y Argentina

"Después de muchos años de dominio y expoliación de grupos económicos y financieros internacionales, me puse al frente de una revolución y vencí... He luchado mes a mes, día a día, hora a hora, resistiendo a una plosión constante, incesante, soportando todo en silencio, olvidando todo, renunciando a ser yo mismo, para defender al pueblo que ahora se queda desamparado. Nada les puedo dar a no ser mi sangre... Luché contra la expoliación del Brasil... Yo os di mi vida. Ahora, os ofrezco mi muerte."

Getulio Vargas, Testamento político, 1954.

"Si la Revolución Francesa terminó con el gobierno de las aristocracias, la Revolución Rusa termina con el gobierno de las burguesías. Empieza el gobierno de las masas populares."

Coronel Juan Perón, 1945.

Durante un siglo y medio la dispersión de América Latina se expresó dramáticamente en el caso del Brasil. Ya la península ibérica había sido dividida por la política inglesa. En el Nuevo Mundo la hostilidad entre Portugal y España se transfirió a los Estados nuevos creados después de las guerras de Independencia. El resultado fue semejante a lo ocurrido entre los países de habla castellana: una completa incomunicación. De este modo la fábula de un Imperio brasileño compacto y felino, guiado por un Itamaraty invariablemente genial y rigurosamente nacionalista, que desplegaba de siglo en siglo una política diabólica, llegó a ser una obsesión del Ejército y la historiografía argentinos.

Debían sonreír los ingleses ante nuestro ignorante candor, pues ellos conocían mucho mejor el Brasil que los argentinos, y a la Argentina mejor que los brasileños, para ser enteramente justos.

1. Unidad y separatismo brasileños

Pero la crisis de 1930 concluyó con el patrón oro, el letargo de América Latina y la impasibilidad británica. Debía revelarse con la fuerza de una ley que en cada bancarrota de los grandes imperios europeos, fuera financiera, económica o militar, los países coloniales o dependientes encontrarían siempre la posibilidad de aproximarse convulsivamente a la

modernidad. En Brasil esto ya había ocurrido en 1890 y con la primera guerra imperialista de 1914. Por lo demás, la oligarquía brasileña, a semejanza de la burguesía comercial porteña, engendraba sin cesar el separatismo.

Desde los tiempos en que la "frontera móvil" de las bandeiras ensanchaba el territorio brasileño a costa de los dominios españoles, el parasitismo social del régimen esclavista, por otro lado, dejaba tan flojos los lazos del Imperio que toda la historia del Brasil se convertía en una aventura constante tendiente a la escisión de las partes que lo constituían. Muy diferente del carácter centra lizador de las monarquías europeas absolutas, el Imperio transmitió a la República brasileña esa debilidad orgánica ante las tendencias centrífugas tan características hasta 1930 y que en nuestros días no han desaparecido del todo.

La unidad brasileña careció siempre de bases sólidas; el secreto es preciso buscarlo en su estructura social: en la ausencia de un centro capitalista unificador. El resultado ha sido la importancia adquirida por el regionalismo económico y político y el papel excesivo jugado por algunos Estados brasileños en el conjunto de la vida nacional.

Las luchas interestaduales fueron muy curiosas. Algunos Estados otorgaron a los descendientes de alemanes ventajas culturales exclusivas, como el derecho de abrir escuelas donde no se enseñase el portugués, para obtener sus votos. La policía del Estado de San Pablo llegó a ser tan poderosa como el Ejército brasileño. Contaba con sus propios instructores militares de nacionalidad francesa. Este fenómeno encontraba su réplica en otros Estados, como Río Grande do Sul y Minas Geraes. Freyre dice que "la república de 1889 en Brasil llegó a caracterizarse por una guerra de aduanas entre los Estados, entre ellos y la Unión"[663]

2. La estructura social

Desde la proclamación de la República y la abolición de la esclavitud, que se había vuelto antieconómica, la historia del Brasil presencia una dominación simultánea de los fazendeiros del café y del imperialismo inglés. Esta fatídica combinación se expresa en el control del país por dos partidos políticos, a su vez representativos de dos Estados: el Partido Republicano Paulista y el Partido Republicano Minero.[664]

La hegemonía estadual de dichas regiones, sobre todo de la primera, sobre el resto del Brasil, se fundaba en el predominio total del monocultivo cafetalero en el comercio exterior

---

[663] Gilberto Freyre, Interpretación del Brasil, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1945, p. 83.

[664] El llamado "eje del café con leche", por la producción dominante en ambos Estados.

del país.

Ni las clases medias, ni los campesinos pobres, ni los peones de condición semiservil de los ingenios, ni el mundo flotante y atroz de los desclasados y harapientos de la sociedad marginal, ni los millones de indios, negros ignorados o salvajes del Amazonas, ni mucho menos el reducido proletariado de los centros urbanos tenían nada que decir ante las decisiones políticas nacionales. En ese vasto mosaico étnico que tendía irresistiblemente a confundirse en un tipo brasileño sin barreras raciales, alternaban diversas capas sociales en abierto contraste, pero sin que ninguna de ellas ejerciera la más remota injerencia en la cosa pública. Los "coroneles" terratenientes, los grandes hacendados de los Estados, los abogados de las empresas extranjeras, los mineros, cafeteros, exportadores o profesores del sistema exportador, rodeados de un puñado de políticos profesionales bien educados, ejercían alternativamente el poder político. El Ejército y la Iglesia eran, dentro de este cuadro, los elementos más coherentes de la sociedad sin equilibrio en un Brasil informe.

Mientras el Ejército brasileño mantenía una composición más democrática, social y étnicamente, hasta con oficiales de color en sus cuadros, la Marina brasileña "tenía el orgullo que sus oficiales fueran todos blancos caucásicos o indocaucásicos, e hijos de familias aristocráticas o burguesas ricas".[665]

La Iglesia, más conservadora hasta 1960, era la aliada del régimen latifundista. Es por esa razón que el más importante movimiento revolucionario de la década del 20 se integrará con oficiales del Ejército en la célebre "Columna Prestes".

3. Europeización de la intelligentzia

La intelligentzia brasileña sufría también la doble presión ejercida por el casi irresistible llamado europeo y el conflictivo proceso de formación del Brasil, con sus clases y razas, sus plantadores filólogos, los antiguos esclavos proletarizados y esa fascinadora aleación de refinamiento y barbarie. Algunos escritores "hacían todo lo posible por escribir como si tuvieran que someter su gramática, su composición, su estilo, su vocabulario y también sus ideas a un comité de profesores portugueses de gramática y a un comité de profesores franceses de literatura, derecho o sociología de París. Casi todos ellos habían formado sus ideas sobre Brasil, no por un estudio directo o un examen de las condiciones brasileñas, sino a través de lo que los sociólogos franceses lejanos y a veces ignorantes y de segunda

---

[665] Freyre, ob. cit., p. 109.

categoría, como Le Bon, escribían sobre la mezcla de razas en la América Latina", dice Freyre.[666]

Otros convertían sus obras en versiones testimoniales y dramáticas de la subyugación brasileña. En su novela Canaán, Graga Aranha hace decir a un personaje:

"Brasil es, y ha sido siempre, una colonia. Nuestro régimen no es un régimen libre. Somos un protectorado... Díganme: ¿donde está nuestra independencia financiera? ¿Cuál es el dinero que de veras nos domina? ¿Dónde está nuestro oro? ¿Para qué sirve nuestro miserable papel moneda, si no es para comprar libras inglesas? ¿Dónde están nuestras propiedades públicas? Lo poco que tenemos está hipotecado. Los ingresos de las aduanas están en manos de los ingleses. No tenemos barcos. No tenemos tampoco ferrocarriles; todos están en manos de extranjeros. ¿Acaso no es esto un régimen colonial disfrazado con el nombre de nación libre?".

Y agrega:

"Mi único deseo es salir de aquí, expatriarme, abandonar el país e irme con mi gente a vivir en algún rincón de Europa... ¡Europa!... ¡Europa!".

4. Crisis y revolución

La primera guerra imperialista había originado, como en otros Estados latinoamericanos, un fuerte impulso hacia la industrialización. A ello contribuyó la inmigración portuguesa o italiana que se instaló en los nuevos centros productivos. Pero este impulso capitalista se detuvo hacia 1923, cuando el restablecimiento de la Europa imperialista permitió volver al antiguo status y detener el desarrollo industrial. La caída de los altos precios originada por la guerra europea se sumó a la crisis industrial para generalizar un desasosiego político y social agudo.

La baja catastrófica del café, principal rubro de exportación del Brasil, ejerció el papel de fulminante en una situación política caracterizada por el descontento del Ejército. Un núcleo de jóvenes oficiales, bajo la inspiración del mariscal Hermes Da Fonseca se lanzó a la revolución el 5 de octubre de 1922. Eran "jóvenes soñadores",[667] dirá un participante, pero que expresaban, como en los pronunciamientos militares de España, el descontento de todas las clases no privilegiadas de la sociedad brasileña. Las fuerzas revolucionarias fueron derrotadas rápidamente por las tropas leales de que disponía el presidente Epitácio Pessoa.

---

[666] Ibíd., p. 178.

[667] Leoncio Basbaum, Historia sincera da República de 1889 a 1930, T. II, Ed. Livraria Sao José, Río de Janeiro, 1958, p. 259.

Un año más tarde comenzó a prepararse otro movimiento militar que estalló en 1924, y que eligió como jefe al general retirado Isidoro Dias López. Entre los oficiales figuraba el capitán Luis Carlos Prestes. Lograron ocupar la ciudad de San Pablo; pero los 14.000 soldados federales aplastaron la revolución. Las fuerzas revolucionarias se dispersaron y algunas de ellas se plegaron a la columna dirigida por el capitán Prestes en el Iguassú. Ascendido al grado de general por el general Isidoro Dias López, Prestes inició una larga marcha de 36.000 kilómetros por todo el Brasil, que se prolongó durante dos años. La ideología de la columna reflejaba toda la ambigüedad de las clases sociales del Brasil.[668]

Más tarde, al disolverse la Columna después de librar episódicos combates, Prestes se había convertido en un soldado legendario. El programa de los oficiales revolucionarios, por lo demás, no podía ser más impreciso. Al comenzar el movimiento, el comandante de las tropas en Baurú recibía autorización del general Isidoro Dias López de aceptar voluntarios "de buena apariencia".[669] E1 mismo general Dias López rechazó con indignación en San Pablo la adhesión que venían a ofrecerle dirigentes obreros, pues eso "desvirtuaría el motivo original del movimiento que buscaba la renovación de los procesos políticos vigentes. No les interesaba -decía el general la presencia de izquierdistas en nuestros cuadros combatientes, aunque viniesen a reforzar la revolución hasta hacerla triunfar".[670]

Entre los oficiales de la Columna no era menor la desconfianza hacia el pueblo.

Isidoro Dias López resumiría sus aspiraciones políticas reclamando el voto secreto que aparecía, en las condiciones del Brasil tanto como en la Argentina de esa época, como una consigna democrática revolucionaria. Pero todo se detenía allí. Después de la disolución de la Columna, Prestes entró en contacto con el Partido Comunista, que como las restantes fuerzas políticas veía en el general de la Columna un posible eje de nucleamiento a escala nacional. Las vacilaciones de Prestes y su ulterior resolución resumen toda su tragedia personal y política, y se integran naturalmente en la historia del Brasil contemporáneo. Prestismo y varguismo marchan íntimamente entrelazados y constituyen dos aspectos de un mismo proceso que resumiremos aquí.

5. De la Columna Prestes a la Alianza

---

[668] El general Dias López justificaba el movimiento afirmando que "el Brasil está casi en quiebra y no puede pagar las obligaciones de su deuda fabulosa... las clases pobres están acosadas por la miseria y por el hambre... los diputados, senadores, presidentes de los Estados y Presidente de la República son designados o nombrados... por verdaderos trusts de la rendidora industria política". (Basbaum, ob. cit., p. 263.)

[669] Ibíd., p. 264.

[670] Basbaum, ob. cit., p. 264.

La crisis del café suponía la revolución en el Brasil. Durante cuatro décadas el café había constituido la base de la exportación y del sistema de poder en el país.[671] ¿Y qué podía sustituir al café? ¿Y qué carácter tenía esa revolución que todos veían levantarse en el inmenso país sin saber cuál era su contenido? La exclusiva dominación del café paulista y del Partido Republicano Paulista agonizaba. La constitución de la Alianza Liberal, en la que participaban los ganaderos de Río Grande do Sul, vinculados al mercado interno, los nuevos industriales sin partido y hasta el Partido Republicano Minero, fue la fórmula de una lucha política que debía encontrar su desenlace en la revolución de 1930.

Surgía rápidamente como jefe del agrupamiento Getulio Vargas, nacido en 1883 en San Borja, junto a la frontera argentina, hijo del general Vargas, hacendado él mismo y que había llegado en su carrera política a ocupar la presidencia del Estado de Río Grande. Era un hombre de frontera, no estaba vinculado a los intereses exportadores y percibía la existencia de Brasil en el contexto de América Latina, como se aprecia en sus primeros discursos.

En una sociedad social y racialmente tan compleja y tensa como la brasileña, la personalidad de Vargas debe ser entendida no sólo por medio de los datos de la infraestructura económica y del papel jugado por Río Grande do Sul en el Brasil, sino también por el hecho de que su nacimiento en San Borja imprimió ciertos rasgos particulares en su psicología. San Borja era una antigua reducción de las Misiones jesuíticas, y la

---

[671] El control del café brasileño no estaba, ni lo está hoy, en manos de sus productores, sino de un puñado de firmas extranjeras que dominaban el mercado mundial. Actualmente, 5 empresas norteamericanas controlan el mercado comprador del café brasileño. (V. el sólido estudio de Cid Silveira, Café, un drama na economía nacional. Anali se do mercado exportador, Ed. Civilizaijáo Brasileira, Río de Janeiro, 1962.) De setiembre de 1929 a diciembre de 1931 el café brasileño bajó de 22,5 centavos de dólar la libra a 8 centavos.

El precio pagado por el consumidor yanqui en el mismo período, bajó de 47,9 centavos de dólar a 32,8. De modo que el consumidor de Estados Unidos bebía café brasileño más barato, aunque no tanto para que el monopolio intermediario que compraba el café en Brasil y lo vendía en EE.UU. no se embolsara la diferencia. La caída de los precios fue derivada por los magnates brasileños del café hacia toda la población por la devaluación de la moneda, que alcanzó a un 40%. (V. Celso Furtado, Formación económica del Brasil, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1962, p. 193).

tradición regional persiste con fuerza. Freyre dice que los hombres de la región misionera son "telúricos, instintivos, fatalistas, orgullosos, dramáticos y casi trágicos en sus reacciones ante la crisis".

A estos factores por así decir culturales y tradicionales de su infancia, es preciso añadir que Vargas se educó desde los 14 años en la ciudad minera de Ouro Preto, inmortalizada por las esculturas estremecedoras del genial Alejaidinho, el artista enfermo de lepra que transfiguró su protesta social en los santos coléricos o en subversivos Cristos que anunciaban la redención del mundo: esto debía saberlo el Alejaidinho, mulato y bastardo. El joven Vargas, que procedía de la frontera jesuítica, se educó en el corazón del Brasil. Con su tradición de místicos y revolucionarios, de magnates y leprosos, Ouro Preto completó la formación del heredero riograndense.

6. Vargas en 1930

La lucha electoral contra el candidato abiertamente oligárquico Julio Prestes asumió lo que luego se llamaría un carácter "demagógico". Era en realidad, un programa nacionalista burgués y democrático, el primero que se exponía en la historia moderna del Brasil. Vargas invocó políticamente la figura del general Prestes, como un mito militar disponible en la campaña electoral. Prestes, en la emigración, no rechazó el empleo de su nombre para la campaña electoral, aunque tampoco lo autorizó. Mientras tanto, proseguía sus conversaciones con los representantes del Partido Comunista en Buenos Aires. El antiguo jefe de la Columna vacilaba.

El clima predominante en el Brasil en ese momento lo resumía el gobernador del Estado de Minas Gerais, Antonio Carlos: "Hagamos la revolución antes de que el pueblo la haga".[672]

El presidente Washington Luis había acuñado un aforismo menos ambiguo: "La cuestión social es una cuestión de policía".

Mientras Prestes se sumía en la perplejidad ante su destino político, acuciado por sus antiguos oficiales para entrar en acción y por los hombres del Partido Comunista para crear una alianza, Vargas levantaba el nombre del caudillo militar como símbolo de un nuevo Brasil.

En su discurso de la explanada Do Castello, Vargas expone una política social para la clase obrera de las ciudades, un plan siderúrgico, la división del latifundio, la expansión de la

---

[672] Ricardo J. Montalvo, Getulio Vargas y la unidad brasileña, Gleizer, Editor, Buenos Aires, 1939, p. 103.

agricultura y la ganadería, la producción del carbón brasileño para sustituir a la importación del producto extranjero, la jornada de ocho horas, la jubilación para obreros y empleados telefónicos, de transportes y energía de las empresas de capital extranjero. Anuncia la intervención del Estado en la regulación de la economía brasileña.

Por el contrario, el candidato oficial de la oligarquía, Julio Prestes, presentaba "la necesidad de conseguir la estabilización monetaria... Era una plataforma de las clases conservadoras dirigida a las clases conservadoras para resolver problemas de las clases conservadoras".[673]

El general Prestes era la bandera de Vargas y el mayor estimulante de su campaña. Pero la máquina electoral del gobierno de Washington Luis volcó todo su poder en las elecciones fraudulentas y Vargas fue derrotado. Las fuerzas políticas del varguismo se lanzaron a preparar la revolución.

Los jefes militares encargaban armas a Checoeslovaquia y propagaban la sublevación en todas las guarniciones: el Brasil hervía como una caldera, sin ninguna ayuda del clima. Lanzada la revolución, triunfó en las ciudades más importantes con el apoyo popular. Grandes sectores del pueblo participaron del movimiento: civiles y militares tomaron juntos ciudades y edificios públicos con las armas en la mano. Si la participación popular no fue mayor, dice un antiguo dirigente comunista, fue porque "la propaganda del Partido Comunista denunciaba el movimiento como una simple lucha entre grupos burgueses".[674]

7. El general Prestes se convierte al comunismo

Aunque el juicio citado encierre una sobrevalorización de la influencia comunista en las masas, ésa era sin duda la posición del Partido Comunista. La crisis entre Prestes y sus antiguos oficiales de la famosa Columna había estallado poco antes de la revolución. Joven talentoso, brillante oficial del Colegio Militar, Prestes habíase formado en la tradición liberal positivista dominante en el Brasil de su adolescencia. Luego había sufrido una crisis religiosa: su conversión al catolicismo no fue menos espectacular que su posterior rechazo de toda fe religiosa y la conversión a la ideología marxista. Personalidad atraída por lo absoluto, Prestes reflejaba fielmente el desconcierto, la angustia y la urgencia de un camino que conmovían a la arruinada pequeña burguesía de ese Brasil aún invertebrado en la tercera década del siglo.

---

[673] Basbaum, ob. cit., p. 302.

[674] Ibíd., p. 321.

Con la candidatura de Vargas a la presidencia, y su ignorada decisión de abrazar el comunismo, la ruptura de Prestes con los oficiales de su Columna fue patética. En una modesta pensión de la calle Gallo, en aquel desolado Buenos Aires de 1930, atiborrada de revolucionarios brasileños que conjuraban el hambre con interminables jornadas de mate, Prestes discutió ásperamente con sus oficiales.

Derrotado fraudulentamente Vargas en las elecciones por la maquinaria oligárquica de los señores del café, los hombres de la Columna, unidos todavía por las dolorosas experiencias de la marcha y por el culto a su jefe, colaboraban ya con el plan revolucionario de Vargas para conquistar el poder a mano armada. Sólo Prestes no se había decidido.

Convocados a una reunión en Buenos Aires, una gran sorpresa esperaba a sus oficiales. Prestes les anunció su conversión al marxismo y los invitó a acompañarlo. ¡Hasta ese momento los dirigentes comunistas habían fracasado en arrastrar a Prestes a una simple alianza! Sólo habían podido dejarle un paquete de literatura marxista.[675] En las manos del jefe de la Columna ese paquete resultaría explosivo. El general Prestes se había transformado en un comunista; sus oficiales no podían dar crédito a sus oídos. Les dijo a sus amigos estupefactos que el Gobierno Federal "pasaría de las manos de unos políticos a las de otros, con nuestra complicidad, a cambio de media docena de posiciones subalternas y de una amnistía que tácitamente rehusáramos muchos años... No había alternativa según él, si es que no estábamos vendidos a los capitalistas... Parecía un fanático y no un líder de oficiales del Ejército responsable por los compromisos ya asumidos con numerosos compañeros".[676]

Los oficiales que escuchaban a Prestes estaban perplejos: "El propio Dr. Artur Bernardes, contra quien habíamos luchado durante años, se proclamaba ahora, revolucionario ardoroso en Minas Gerais. Evidentemente, aquélla no era 'nuestra revolución';pero, '¿qué hacer?'", se preguntaba Lins de Barros, uno de los oficiales. Y agrega en sus Memorias: "Por otro lado, ¿cómo concebír, ahora, una conversión en masa al comunismo? Esa idea de Prestes era absolutamente loca".[677]

Otro de los oficiales, Siqueira, que se había mantenido en calma durante la discusión (prolongada toda la noche, sin comer, a base de mate y cigarrillos) se exaltó cuando Prestes

---

[675] Astrojildo Pereira, uno de los fundadores del PC de Brasil, dejó en manos de Prestes "todo lo que pudimos conseguir, en la ocasión, de literatura marxista existente en Río -Marx, Engels, Lenín, etc.-, una buena docena de volúmenes, casi todos en francés de las ediciones de L'Humanité". (V. Chacón, ob. cit., p. 328; y Basbaum, ob. cit., p. 313.)

[676] Joáo Alberto Lins de Barros, Memorias de um revolucionário, Ed. Civilizado Brasilei ra, 2" ed., Río de Janeiro, 1954, p. 222 y ss..

[677] Ibíd., p. 224.

se pronunció contra el pago de la deuda externa. "¿Y la escuadra inglesa?", preguntó. "Nos vamos al interior", respondió Prestes. "¡Vamos, Prestes!, así pensaban los indios cuando llegó Cabral y todavía hoy andan por el interior".[678]

La discusión había concluido, pero con ella terminaba también la Columna Prestes. Sus antiguos tenientes serán los tenentistas del régimen de Vargas, que intentaron llevar la revolución más allá de lo que el Presidente quería y fueron luego rápidamente neutralizados, como había vaticinado Prestes. El jefe de la Columna lanzó pocos días más tarde, en mayo de 1930, su "Manifiesto de Mayo", en el que exponía un programa ultraizquierdista; proponía un gobierno fundado en los "Consejos de trabajadores de la ciudad y del campo, soldados y marineros".[679]

En otras palabras, la consigna de los Soviets.

Con esta política, sucumbía irremediablemente la célebre Columna, su jefe se transformaba en comunista y se aislaba de todo el proceso revolucionario de masas. ¿Era un error de Prestes? No, era un episodio de la tragedia internacional del comunismo, en particular en los países semicoloniales. La valiente decisión de Prestes de abrazar las banderas del socialismo no podría ser objetada sino por el pensamiento reaccionario. Su capacidad militar indiscutible corría pareja con su coraje moral y su decisión política de llegar a las últimas consecuencias para la salvación de su patria. Justamente en ese momento el proceso interno de degeneración burocrática en la Unión Soviética llegaba a su punto crítico.

8. La burocratización stalinista y Prestes

Stalin aplastó o domesticó a los dirigentes de cada partido asociado y "rusificó" por completo a la Internacional Comunista, transformándola en una proyección cosmopolita del petrificado Partido Comunista soviético.

Desde ese momento, la Internacional Comunista estaría al servicio de la diplomacia rusa.

Luis Carlos Prestes se convierte al marxismo en pleno período ultraizquierdista.

Las consignas stalinistas valían tanto para la Alemania de Hitler como para el Brasil de Vargas: sus resultados fueron ruinosos en ambas partes del mundo. En Alemania, el sectarismo stalinista calificó a los obreros socialistas de "socialfascistas"; la división del

---

[678] Ibíd.

[679] Basbaum, ob. cit., p. 314.

gigantesco movimiento alemán abrió el camino del triunfo electoral a las bandas hitlerianas. En el Brasil, Prestes, que era el verdadero líder nacional del país, se opuso junto con el Partido Comunista a la revolución que encabezaba Vargas y al movimiento de masas que la acompañó.[680] Lejos de apoyar críticamente al movimiento nacional que pese a todo dirigía Vargas y colocarse en el eje de la movilización sosteniendo un programa avanzado, lo que hubiera permitido al comunismo brasileño y a Prestes establecer un íntimo contacto con las masas que creían todavía en Vargas, se aisló de ellas, formuló consignas que carecían de toda relación con la realidad social del Brasil, con el peso social del proletariado en la sociedad brasileña y con el nivel de su conciencia, y se convirtió en un brillante y legendario instrumento de la política soviética.

Tal fue su tragedia personal y la tragedia política del comunismo brasileño, que había atraído a sus filas al más notable jefe militar del país, tan sólo para esterilizarlo.

9. El Estado Novo

Aunque formalmente el Estado Novo se crea en 1937, parece legítimo considerar el largo período de Vargas como un intento de remodelación burguesa de la vieja República oligárquica. El movimiento cívico-militar que llevó a Vargas al poder se transformará en los próximos quince años en un régimen burocrático sui generis que erigió el poder del "Estado Cartorial" como factor omnipotente y regulador entre todas las clases sociales del Brasil. En este sentido Vargas se aproximó considerablemente al establecimiento de un régimen semibonapartista.

En esencia, el más importante movimiento nacional del Brasil realizó un enérgico esfuerzo para asegurar mediante la intervención del Estado un desarrollo del capitalismo nacional brasileño.[681] No sólo redujo la importancia del "coronelismo" estadual, forma política de caciquismo regional que aseguraba la feudalización política en cada Estado de los latifundistas, sino que Vargas consumó, mediante la intervención federal, la quema pública

[680] Para comprender el sentido de ese error político de Prestes, es necesario estudiar la historia de la Internacional Comunista en ese período. Hay una ingente bibliografía. Sólo daremos aquí los títulos más indispensables: Isaac Deutscher, Trotsky, le prophete désar mé, Ed. Julliard, T. II, París, 1964, p. 427 y ss.; Pierre Broué, Le partí bolchevique, Ed. de Minuit, París, 1963; León Trotsky, El gran organizador cle derrotas, Ed. Hoy, Madrid, 1931, y La Revolución china, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1965; Jorge Abelardo Ramos, Historia del stalinismo en la Argentina, Ed. Coyoacán, 2° ed., Buenos Aires, 1970.

[681] Véanse datos sobre la industrialización en Caio Prado Júnior, Historia económica del Brasil, Ed. Futuro, Buenos Aires, 1960, p. 330 y ss.; y Paulo Schilling, ob. cit., p. 129 y ss. Sobre los aspectos sociológicos y políticos de la industrialización: Octavio Ianni, Ragas o classes sociais no Brasil, Ed. Civilizado Brasileira, Río de Janeiro, 1966, p. 104 y ss.; y Octavio Ianni, Estado e capitalismo, Ed. Civilizado Brasileira, Río de Janeiro, 1965, p. 158 y ss.

simbólica de banderas y escudos de los Estados y con ella avanzó hacia la expropiación política de la vieja oligarquía; en otras palabras, hacia la unidad del poder en Brasil.

10. Industrialización y nacionalismo

La política de industrialización fue la más caracterizante de su gobierno. Estableció un avanzado sistema de legislación para los trabajadores, no siempre cumplido, y sometió a los sindicatos al control del Estado, prohibiendo las huelgas. Alentó el rápido enriquecimiento de los nuevos empresarios; y los negociados en este orden recordaron al tipo genérico de todos los períodos desordenados del desarrollo burgués en Europa, con sus aventureros, nuevos ricos y embaucadores.

Este hecho, juzgado por la oligarquía latifundista como signo de "inmoralidad" del régimen, a diferencia de la asepsia administrativa de aquella clase, es uno de los rasgos secundarios típicos de la modernización burguesa. Quien deseara desarrollo capitalista, debía admitir los peculados; los "moralistas" de la estratificada sociedad oligárquica no hacían negociados, pues su latrocinio no era privado ya; consistía en la parálisis del Brasil. Sus manos tintas en sangre de esclavos, estaban limpias desde hacía medio siglo.[682]

Vargas, a pesar de su condición de granjero, desenvolvió una política nacional tendiente a crear las condiciones del crecimiento capitalista.

Impulsó la formación de una burguesía industrial y toda su política, aun la legislativa en favor de los obreros, tenía un carácter de modernización burguesa de la sociedad brasileña. Al favorecer legalmente a los trabajadores buscaba un apoyo interior para su política, general; pero al tutelar los sindicatos y prohibir las huelgas, se proponía reducir y limitar la actividad independiente de la clase obrera. Despojó de influencia política a la oligarquía exportadora, pero no alteró la estructura de la propiedad rural y defendió los intereses de los productores agrarios tradicionales, con lo que logró su consentimiento para el ejercicio del poder.

11. El suicidio de Vargas

La nueva burguesía industrial paulista, surgida en parte por la política de Vargas, era, como su colega argentina, en gran parte de origen extranjero y carecía de una conciencia crítica de sí misma y del Brasil. El estanciero gaucho Vargas, con su visión de productor agrario vinculado al mercado interno, la tradición de la frontera y de los peligros del separatismo riograndense que tan bien conocía, tenía una concepción geoeconómica del

---

682 Acerca del moralismo oligárquico y su empleo por la burguesía comercial de las grandes ciudades para movilizar a la pequeña burguesía contra las dictaduras populares, véase "O Moralismo e a alienagáo das classes medias", en Cademos de Nosso Tempo, N° 2, 1954, Río de Janeiro; fue publicado en versión castellana en Izquierda, N° 2, año I, Buenos Aires, setiembre de 1955.

Brasil como ninguno de sus contemporáneos. Fue un sustituto de una burguesía nacional cuasi inexistente y formuló una política nacional burguesa con el apoyo del único factor centralizado en el Brasil de su época: el Ejército.

Esta relativa "independencia" de las clases sociales originaba la "pendularidad" de Vargas, como de Perón en el caso argentino, y era el resultado más evidente de la inmadurez de ambas sociedades, necesitadas de un piloto supremo. En el caso de la clase más directamente beneficiada por la política industrializadora de Vargas, era notoria su incapacidad social para percibir su propia existencia. El fenómeno es similar en Brasil y en la Argentina, y parece general en todos los países atrasados. Más aún, históricamente la burguesía jamás ha logrado ejercer el poder directamente, excepción hecha de los Estados Unidos en la época moderna (y ya vemos con qué resultados).

Por esa razón Engels explicaba el bonapartismo en los siguientes términos, que creemos perfectamente aplicables tanto en Vargas como en Perón:

"Veo cada vez más claramente que el burgués no se siente dispuesto a tomar el control efectivo; por lo tanto, la forma normal de gobierno es el bonapartismo, a no ser que, como en Inglaterra, una oligarquía pueda tomar a su cargo la tarea de guiar el Estado y la sociedad con arreglo a los intereses burgueses, a cambio de una rica recompensa. Una semidictadura según el modelo bonapartista, conserva los principales intereses de la burguesía, aun en oposición a la burguesía misma, pero no le deja ninguna participación en el control de los negocios. Por otra parte, la dictadura se ve obligada, en contra de su voluntad, a adoptar los intereses materiales de la burguesía".[683]

---

683 Carta a Marx del 13 de abril de 1866. (Citada por Gustav Mayer, Engels, Ed. Intermundo, Buenos Aires, 1946, p. 195. Esta carta también está reproducida en Marx y Engels, Correspondencia, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1947, p. 224, pero en un castellano tan horripilante, que su sintaxis y estilo evoca la Edad de Oro stalinista de la literatura. Para entender el pensamiento notable de Engels, en consecuencia, es preciso acudir al libro de Mayer.) Acerca del bonapartismo: "Los gobiernos de los países atrasados, es decir coloniales y semicoloniales, asumen en todas partes un carácter bonapartista o semibonapartista; difieren uno de otro en esto: que algunos tratan de orientarse en una dirección democrática, buscando apoyo en los trabajadores y campesinos, mientras que los otros instauran una forma de gobierno cercana a la dictadura policíaco-militar. Esto determina asimismo el destino de los sindicatos. Ellos están bajo el patronato especial del Estado o sometidos a una cruel persecución. El

las limitaciones que sus intereses de clase le imponían a Vargas son de suyo evidentes y prefiguraban en cierto modo su trágica caída. En las condiciones históricas del Brasil, no obstante, el varguismo apareció como una forma de innegable progreso histórico. Fue responsabilidad del Partido Comunista, y sobre todo de la Internacional Comunista, haber abandonado el movimiento de masas en horas críticas, cuando aún era tiempo. En julio de 1954, exactamente un mes antes del suicidio del presidente Vargas bajo el acoso del imperialismo, el Partido Comunista del Brasil publicaba su "Manifiesto electoral" y decía:

"El gobierno de Vargas es un gobierno de traición nacional. Su política de completa sumisión a los gobernantes norteamericanos se manifiesta en todos los aspectos de la vida del país... gobierno de latifundistas y grandes capitalistas, el gobierno de Vargas se somete con un servilismo sin precedentes al gobierno de los Estados Unidos y hace de los representantes del Brasil en el exterior lacayos del Departamento de Estado norteamericano".[684]

Si esto decía el antiguo capitán Prestes, ¿qué podían esperar los stalinistas argentinos del cosmopolita Vittorio Codovilla?

Antes de eliminarse, el presidente Vargas dejaba escrito su testamento político:

"Después de muchos años de dominio y expoliación de grupos económicos y financieros internacionales, me puse al frente de una revolución y vencí. Inicié el trabajo de liberación y establecí el régimen de libertad social. Tuve que renunciar. Volví al Gobierno por la voluntad del pueblo. La campaña subterránea de los grupos internacionales se unió con grupos nacionales, rebelándose contra el régimen de garantía de trabajo. La ley de ganancias extraordinarias fue detenida en el Congreso... He luchado mes a mes, día a día, hora a hora, resistiendo a una presión constante, incesante, soportando todo en silencio, olvidando todo, renunciando a ser yo mismo, para defender al pueblo que ahora se queda desamparado. Nada les puedo dar a no ser mi sangre... Luché contra la expoliación del Brasil... Yo os di mi vida. Ahora, os ofrezco mi muerte"[685]

---

tutelaje por parte del Estado está dictado por dos tareas que éste tiene que afrontar: 1) atraer a la clase obrera ganando así un apoyo para su resistencia contra las pretensiones excesivas de parte del imperialismo; 2) al mismo tiempo, regimentar a los trabajadores, poniéndolos bajo el control de su burocracia". (V. Trotsky, Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961, p. 15.)

[684] Vamirech Chacón, A revoluQño no trópico, Ed. Instituto Brasileiro de Estudios Afro Asiáticos, Río de Janeiro, 1962, p. 24.

[685] Shilling, ob, cit., p. 166

12. La crisis del movimiento nacional

Para medir la magnitud de su fuerza histórica, es preciso considerar la herencia de Vargas al día siguiente de su muerte trágica. El Brasil ha sido sometido por el Ejército a un intento de radical recolonización. La industria tan laboriosamente erigida marcha hacia su absorción mayoritaria por el imperialismo yanqui, como en la Argentina.[686]

El factor activo que facilita esa penetración es la vieja oligarquía into cada por Vargas. Domina la escena la misma burguesía comercial que lo obligó a empuñar su revólver y se escucha la voz de la misma prensa colonial de ayer. Se reitera en el Brasil un fenómeno análogo al de la Argentina o Bolivia: el movimiento nacional de conducción burguesa que no se transfigura en socialista es derribado, o corrompido, por las fuerzas antagónicas que no se atrevió a destruir. La idea de volver compatibles la "dualidad de clases", es decir, la coexistencia de oligarquía y burguesía, de atraso y progreso, de revolución y contrarrevolución, termina inevitablemente con el triunfo de la forma arcaica mediante la ayuda extranjera.

Si las fuerzas nacionales no marchan hacia la extirpación de raíz del viejo orden, el viejo orden las vencerá. Tal es el caso de Vargas, Goulart, Paz Estenssoro y Perón. Un caso diferente es el de Nasser en Egipto. Es cierto que Nasser no considera que Egipto es una Nación, sino un Estado, y en esa aguda conciencia de sus límites consiste la originalidad y fuerza de la revolución nacional árabe. La palabra "socialismo" en América Latina debe unirse íntimamente a la resonancia moderna de Bolívar. Si esto no es asumido plenamente por el nacionalismo pequeñoburgués o popular, éste correrá una y otra vez hacia su pérdida.

13. Argentina: los viejos y bellos días

La Argentina era la más europea de las regiones latinoamericanas. En sus actuales fronteras, el Litoral exportador y en particular la ciudad de Buenos Aires, despertaba siempre el asombro irónico de los visitantes del Viejo Mundo. Concluida la unidad del Estado en 1880 y federalizada Buenos Aires por el ejército de provincianos dirigido por Roca, la gran provincia quedó sin su orgullosa ciudad, que pasó a ser de jurisdicción federal, terminando un viejo pleito. Este hecho coincidió con la expansión de la ganadería y la agricultura en un

---

[686] Véase Schilling, ob. cit., p. 182 y ss.

ininterrumpido proceso hasta 1930. "Dios es argentino" era el vanidoso aforismo de la oligarquía ganadera bendecida por un maravilloso régimen de lluvias y por una al parecer inagotable capa de humus vegetal. Al otro lado del Río de la Plata, la antigua Banda Oriental, dotada de análogos recursos naturales, respondía con otra frase: "Como el Uruguay no hay". El patriotismo chileno era menos arrogante: "¡Viva Chile, m.J". Su renta agraria era menor y no se fundaba en la maravilla del humus pampeano sino en la explotación de los "inquilinos".

Entre las pequeñas soberanías heredadas de la "balcanización", la Argentina gozaba de una renta diferencial que hacía de sus pampas las más lucrativas praderas del mundo. La tradicional indiferencia de la oligarquía porteña por América Latina se convirtió en una norma de oro de su diplomacia. El país entero se inclinó hacia Europa. Era un valor entendido que la alianza con Gran Bretaña en un pródigo intercambio de materias primas contra artículos industriales bastaba para mantener el alto nivel de la oligarquía dispendiosa, de una clase media acogida a la protección del "Estado Cartorial" y de un artesanado urbano relativamente privilegiado. Junto a una estructura de servicios creada por el imperialismo, este sistema garantizaba a sus trabajadores niveles de vida más altos que al resto de la población.

El régimen en su conjunto funcionó sin grandes sobresaltos desde 1880 hasta 1930. Se fundaba en el reparto desigual de la renta agraria y las disputas políticas dirimían una mayor justicia en dicha distribución entre las clases participantes. El yrigoyenismo fue el primer movimiento nacional de este siglo que canalizó políticamente a las clases sociales postergadas del sistema agrario, aunque no cuestionó el sistema mismo.[687]

14. Ortega y el destino imperial

Hacia el año 1930, mientras América Latina se debate en la pobreza, la oligarquía argentina rebosa de satisfacción. Sus miembros viajaban a Europa todos los años con una comitiva asiática. Se dejaban esquilmar por los hoteleros franceses con una soberbia displicencia e importaban en cambio, para su solaz, a los grandes espíritus disponibles de la época. De este modo Ortega y Gasset conoció Buenos Aires y retribuyó atenciones:

"El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras; quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un destino soberbio, no le cabría una historia sin triunfo y está

[687] Para una descripción y análisis crítico del yrigoyenismo y del peronismo, véase Jorge Abelardo Ramos, Revolución y contrarrevolución en la Argentina, ob. cit., T. II. Para el yrigoyenismo, Rodolfo Puiggrós, El yrigoyenismo, T. 2 de la Historia crítica de los partidos políticos argentinos, Ed. Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1965.

resuelto a mandar. Lo logrará o no, pero es sobremanera interesante asistir al disparo sobre el tiempo histórico de un pueblo con vocación imperial".[688]

La facundia de Ortega se desencadenó con los agasajos que la nobleza ganadera derramó sobre él. Vivió en Buenos Aires anonadado por la fanfarronería porteña de los altos círculos oligárquicos, por la calle Florida, los chalets de San Isidro y los asados criollos en las estancias más ricas del mundo. El peso argentino equivalía a un dólar y las amerengadas damas de "Amigos del Arte" lo sabían. Ortega sobresaltó a este insignificante mundillo cuando pretendió, en su euforia, llamarlas "criollas".

"No les era grato oírse llamar 'criollas', un vocablo que yo les lanzaba con todo entusiasmo, como si él solo fuese ya un madrigal. Entonces caí en la cuenta de que esa voz, como tantas otras, ha tenido mala suerte. Porque en ese cambio de sentido sobreviven luchas civiles que hubo en este país."[689]

El verboso español advertía tardíamente que estas insinuantes damitas de la aristocracia pampeana representaban una parte del país, pero que todo el resto era una especie de enigma latente: por alguna misteriosa razón la palabra "criolla" incomodaba a las elegantes de Buenos Aires.

15. Las serpientes y el conde de Keyserling

Asimismo fue invitado para esa época el conde Keyserling, con sus ojos penetrantes y su arrebatadora barbita gris. Tuvo un éxito fulminante. Carecía de todo escrúpulo histórico. Su fuerte era la invención, y su oficio formal de filósofo era otra de las argucias maquinadas por su fantasía. Lo primero que hizo al descubrir América Latina fue desenterrar a Buffon: anunció al mundo que en Sudamérica "me había percatado de mi propia mineralidad" y que al sumirse "en la contemplación de las primeras almas sudamericanas, fui asaltado por visiones de serpientes".[690]

Los sapos enormes del Brasil lo persuadieron de que la naturaleza de América del Sur es "descomposición, corrupción, putrefacción, basura, hedor, deformidad, fealdad horrorosa y perpetuo asesinato".

Las mismas damas de Buenos Aires, con sus sutiles halagos, apenas lograron moderar a

---

688 José Ortega y Gasset, Obras Completas, T. II, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1958, p. 644. Ortega funda su juicio en tres fuentes: el redactor jefe de un gran diario; un profesor universitario y un miembro de la "juventud dorada" de la aristocracia porteña. ¡Estaba exultante el publicista español y no se detenía ante nada!

689 Ortega y Gasset, "Meditación de la criolla", en ob. cit., p. 101.

690 Conde de Keyserling, Meditaciones sudamericanas, Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1932, p. 24.

este desaforado germano.[691] Su doctrina de que América Latina es una tierra de "sangre fría", pareció sufrir entonces persuasivos rechazos, que no es del caso historiar aquí. En la vida argentina, Keyserling observa un noble decoro "para encubrir el propio pantano interior". El conde era el nuevo Colón de la psicología americana, sí: "Leguía era más indio que Yrigoyen, y por ello mismo más taimado, en el sentido del mundo de la sangre fría".[692] Yrigoyen habría mantenido su neutralidad ante la guerra mundial "porque no tenía gana", clave en la que Keyserling cree descubrir la raíz recóndita del alma argentina. En esos días venturosos de la oligarquía ganadera la Argentina estaba en condiciones de resistir sin decir ¡ay! todas las depredaciones de los pensadores de turno.

Medraba en las costas sudamericanas, atraído por el oro argentino, un género cosmopolita de magos de la palabra, charlatanes célebres que exhibían su falsa pedrería de gitanos del intelecto, con el reaseguro de su pasaporte europeo o norteamericano y el respeto que tales títulos y lenguas despertaban en las mujeres ricas de la factoría carnívora perdida en el Atlántico Sur. Waldo Frank era uno de estos commis uoyageur de las letras, munido de esa desenvoltura para mirar y hablar que sólo se adquiere después de largos años de oficio.

La oligarquía estaba encantada con el estupendo visitante. Waldo Frank advirtió con su mirada sagaz a la porteña:

"Su pecho es pálido porque el sol de la Argentina decolora... con la mirada negra de sus ojos acerca la pampa porque ha heredado el fino escudriño del conquistador para los horizontes... vive al aire abierto, en una pampa de posibilidades que amedrenta su necesidad femenina de hallar un sitio seguro y cerrado donde parir sus hijos".[693]

---

691 Véase en Autobiografía de Victoria Ocampo el tempestuoso romance erótico-literario entre la estanciera ilustrada y el arremetedor germano. (Vol. IV, Ed. Sur, Buenos Aires, 1982.)

692 Conde de Keyserling, ob. cit., p. 193. Sin detenerse en su brío, el conde acuña un aforismo que resume su coincidencia con la oligarquía sudamericana: "Así, pues, los caudillos sudamericanos, seres de sangre fría, poseídos por un ciego instinto de poderío y carentes de todo fin, no se nos aparecen ya como excepciones, sino como prototipos", p. 197.

693 Waldo Frank, América Hispana, Ed. Losada, Buenos Aires, 1950, p. 115. Previsiblemen te, Frank juzga al presidente popular Hipólito Yrigoyen: "Sentado en una silla otra, vez, Yrigoyen no abre la boca ni hace nada absolutamente..."; a Victoria Ocampo, en cambio, la estanciera dilettante e invitadora, la define cómicamente así: "Victoria Ocampo... en su culto a la luz y en su trabajo de estructuración dentro del caos de la pampa, se ha dado cuenta de que debe coger el cactus amargo entre sus manos y apretarle contra su corazón.

¡Ya era demasiado! Este mundo artificial y sofocante se derrumbó solemnemente en 1930.

16. Una Argentina industrial

A diferencia del proceso que la crisis engendró en el Brasil, donde un movimiento nacional encabezado por Vargas dirigió la evolución económica hacía una deliberada industrialización, la caída de Yrigoyen disolvió el movimiento nacional hacia nuevos rumbos. Tomó el gobierno la oligarquía ganadera, desplazada del poder en 1916 por Yrigoyen y que sólo atinó a envilecerse ante el Imperio británico: éste aprovechó el naufragio general para imponer a la Argentina una doble cadena alrededor de su cuello. Se estableció así la dictadura provisional del general Uriburu, soldado de fortuna y pintoresco fanfarrón de antiguo cuño.

Poco después, el general Justo asumía el gobierno gracias a elecciones delictuosas. Se inauguró así la llamada "Década infame". El conjunto de leyes aprobadas, la política de carnes, la creación del Banco Central estuvieron dictados por la exigencia británica de comprar las carnes argentinas sólo a cambio del control inglés de la economía nacional. Pero la crisis operó milagros inesperados. Por la ausencia de divisas y el hundimiento de los precios, el gobierno oligárquico estableció el control de cambios y aumentó los derechos aduaneros. Comenzó a desarrollarse sin apoyo oficial una industria de consideración.[694] Al mismo tiempo se prohibió la inmigración europea que desde principios de siglo había colonizado la "pampa gringa" del Litoral. Con la aparición de nuevas fábricas que debían sustituir las importaciones prohibidas, se requería mano de obra. Como ésta ya no podía provenir del exterior, los nuevos obreros llegaron de las olvidadas provincias agrarias del interior. Modificóse profundamente por este recambio la fisonomía social y racial de la clásica ciudad europea del Plata.

Su tipo criollo pasó inadvertido durante años, pues se alojó silenciosamente en la periferia de la gran ciudad: la oligarquía, como la clase media, ignoraron su existencia. Con ellos venía la tradición nacional, un nacionalismo elemental que Buenos Aires no había conocido jamás. En sus apellidos resonaban nombres olvidados de las guerras civiles o de la conquista. América del Sur estaba presente en la composición de ese nuevo proletariado: miles de chilenos, bolivianos y paraguayos emigran y se arraigan en las nuevas ciudades fabriles de la

---

Y ha sido la profetisa de su país" (p. 124).

[694] Véase Adolfo Dorfman, Evolución industrial argentina, Ed. Losada, Buenos Aires, 1943.

Argentina.

17. Burguesía, proletariado y Ejército

El nuevo proletariado que se forma en la década del 30 está orgánicamente desvinculado de los partidos políticos de la factoría, sean éstos de derecha o de izquierda. Socialistas y comunistas sólo tenían alguna influencia en la ciudad cosmopolita del sistema agrario; se habían opuesto siempre al yrigoyenismo, marginándose con sus consignas porteñas o abstractas de las peculiaridades de la vida argentina.

Pero también la burguesía industrial, que recién nacía, carecía de un comportamiento nacional. Eran neoburgueses ávidos de ganancias, dispuestos a pactar con el imperialismo, si era necesario; carecían de prensa propia. Tampoco habían elaborado un sistema de ideas en el orden del nacionalismo económico, ni tenían peso alguno en la vida política. Era una indiferenciada masa de fabricantes, una burguesía en sí.[695] El Ejército, que había apoyado a Yrigoyen, a la caída del caudillo fue expurgado de los oficiales yrigoyenistas. En su seno nació lentamente una generación militar nueva, que detestaba al Imperialismo británico, pues la crisis había puesto al desnudo la fatal dependencia argentina. La guerra proporcionó una oportunidad para romper el sistema oligárquico. Ensoberbecidos, los conservadores impusieron al presidente Castillo un candidato para sucederlo, de notoria filiación rupturista. El neutralismo ante la Segunda Guerra era demasiado poderoso en el Ejército para permitir una ruptura con el Eje. La revolución del 4 de junio de 1943 puso término al ciclo.

El coronel Perón se abrió paso vertiginosamente como el caudillo político del Ejército. Desde el comienzo buscó el apoyo de los obreros sin organizar (los sindicatos eran poco representativos y estaban en manos de socialistas y comunistas) y promovió la formación de grandes entidades gremiales. Las enormes comentes de obreros provincianos y porteños ingresaron a estas organizaciones en masa y obtuvieron derechos que no habían conocido nunca. La oligarquía adivinó los peligros de esta política. Con el apoyo abierto del embajador norteamericano Braden, preparó un golpe de Estado que derribó a Perón. El 17 de octubre de 1945 la respuesta de las masas populares y del sector del Ejército fiel a Perón se manifestó en gigantescas huelgas generales que devolvieron la situación a su estado anterior.

Las elecciones del 24 de febrero de 1946 legitimaron el ascendente obtenido por Perón en las mayorías argentinas. Antes de las elecciones, Perón intentó llegar a un acuerdo con los comunistas, que éstos rechazaron, en virtud de que toda su política hacia Perón se regía por las categorías impuestas según el acuerdo de los Cuatro Grandes en Yalta. Aquellos países

---

[695] Sobre el papel de la burguesía y los movimientos nacionales en los países atrasados, véase Jorge Abelardo Ramos, La lucha por un partido revolucionario, Ed. Pampa y Cielo, Buenos Aires, 1965, p. 19.

que se habían atrevido, como la Argentina, a mantener su neutralidad ante la gran matanza, debían ser castigados: así opinaban Roosevelt y Stalin.[696] Los comunistas argentinos veían en Perón una continuación de Hitler. De ganaderos a izquierdistas, esta caracterización fue unánime.[697]

18. Peronismo y clases sociales

El triunfo electoral de Perón y sus dos gobiernos congregaron a sectores sociales del más diverso origen. Aparecía resueltamente como un verdadero Frente Nacional. A él confluyen los restos del yrigoyenismo agrario; algunos débiles sectores empresarios; raros socialistas que rompían con su partido; sindicalistas tradicionales y nuevos sindicalistas; importantes sectores de la Iglesia católica; grandes grupos de la clase media de provincias vinculados al mercado interno; obviamente, la clase obrera y, detrás del conjunto, el Ejército. Este último era el verdadero partido político de Perón, el factor subrogante de una burguesía demasiado débil y confusa para percibir su verdadero papel.[698]

---

[696] Véase Edward Stettinius Jr., Roosevelt y los rusos, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1961.

[697] Véase Ángel Perelman, Cómo hicimos el 17 de Octubre, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961, p. 45 y ss.

[698] Uno de los raros pensadores argentinos, que no ostenta la patente de "sociólogo" pero que comprende como pocos la sociedad de su país, don Arturo Jauretche, ha señalado que en la escala tradicional de valores en la Argentina el industrial no obtiene satisfacciones de "prestigio social" fabricando heladeras, sino que espera lograrlo derivando parte de su dinero a la adquisición de algún campo donde pueda criar caballos criollos. ¿Y por qué precisamente caballos? Criar estos animales no exige una gran inversión en campos, ni en reproductores. Pero permite obtener un carnet de socio de la Sociedad Rural Argentina, el Gotha de los grandes ganaderos e invernadores de la provincia de Buenos Aires, fuente clásica de la reputación social. A su vez, los apellidos oligárquicos en las Sociedades Anónimas industriales se explican por razones de prestigio: el burgués sin apellido que se ha hecho rico, necesita de las relaciones políticas, bancarias o sociales de algún "oligarca sin campos", de los que hay muchos, y que a cambio de un sueldo reconfortante presta su nombre para encabezar la compañía. Generalmente se trata de segundones de las grandes y prolíñcas familias que a la cuarta o quinta generación han deshecho las grandes extensiones por obra de las particiones sucesorias o de gastos excesivos; los últimos herederos se quedan sin una hectárea y se conchaban como "empleados de lujo" del burgués plebeyo, o pasan a ser

En los países semicoloniales, a diferencia de los países imperialistas, la industria no ha surgido como la expresión final de un lento y trabado desenvolvimiento económico, desde el artesanado a la gran producción capitalista. Por el contrario, las posibilidades industriales de nuestros países han sido rigurosamente limitadas por la introducción masiva de la producción extranjera. Sólo han podido irrumpir en el mercado a través de las fisuras abiertas en el sistema del mercado mundial por los golpes de la crisis o los conflictos militares del imperialismo. El desplazamiento de otros sectores sociales a la producción industrial, la selección casual de sus dirigentes y empresarios, la deformación cultural e ideológica de un largo pasado librecambista han creado en la burguesía industrial argentina una disociación entre sus intereses inmediatos, su ideología y su adhesión política.

Se comprenderá que con este tipo de nueva industria las necesidades bruscamente creadas a todo el país con la guerra y la aparición de un mercado interno sólo podían ser satisfechas en la esfera de la política por la única fuerza centralizada no vinculada al imperialismo extranjero y que por su profesión estaba orgánicamente marginada de los intereses agropecuarios. Esta fuerza era el Ejército.

19. La naturaleza política del Ejército

Su función contradictoria en los países semicoloniales ya ha sido estudiada por nosotros.[699] La presencia dominante del imperialismo extranjero, de una oligarquía antinacional y de una mediocre burguesía nativa, permite al Ejército, bajo ciertas circunstancias críticas, asumir la representatividad de las fuerzas nacionales impotentes, o, por el contrario, transformarse en el brazo armado de la oligarquía. Esta dualidad se funda en el antagonismo latente que existe en la sociedad semicolonial, donde no hay una sola clase dominante, a ejemplo de los países imperialistas, sino dos, una tradicional y una moderna, aunque mucho más débil.

La pugna entre ambos grupos, aquél vinculado al sistema agrario-exportador y éste situado junto a las clases interesadas en el crecimiento económico, se introduce en el seno del Ejército y genera en él esa misma contradicción en otro nivel. La variabilidad de sus actitudes está influida por la situación internacional -donde el poder intimidatorio y las victorias o derrotas del imperialismo juegan un papel impresionante-, así como por las singularidades de

---

"ejecutivos" del mundo financiero en la época de Martínez de Hoz o de Alfonsín (1976-1988).

[699] Véase Jorge Abelardo Ramos, Historia política del Ejército Argentino, Ed. Peña Lillo, La Siringa, Buenos Aires, 1959.

los fenómenos políticos nacionales. En un caso o en otro, la tendencia a regímenes bonapartistas o semibonapartistas en la Argentina de la era industrial se funda directamente en la inestabilidad crónica de las clases poseedoras.

En el régimen de Perón, las grandes conquistas de la legislación obrera provenían de la necesidad de que el régimen obtuviera el necesario apoyo interior para resistir las extorsiones del imperialismo extranjero. La propia clase obrera apoyó con ardor al peronismo, en quien simbolizaba su propio ingreso a la vida política, un alto nivel de vida y la derrota de la oligarquía.

20. Conciencia nacional y conciencia de clase

Esta adhesión obrera al peronismo era completamente lógica: se fundaba en las experiencias políticas vitales de las grandes masas y en la necesidad de romper, a través de un nuevo caudillo, el bloqueo social impuesto al pueblo por el sistema oligárquico. Pero en un país semicolonial, con un incipiente desarrollo capitalista, esta incorporación de las masas a un movimiento nacionalista popular que manifiestamente se proponía impulsar el crecimiento de la industria, y la "armonía" de las clases sociales, exige una explicación específica para comprender la especial "actividad conformista" de la clase obrera con el capitalismo, que ha sumido en la perplejidad y hundido en el más negro escepticismo a no pocos teóricos "marxistas" cipayos.

"Mientras un régimen de producción se desarrolla en sentido ascensional, escribe Engels, cuenta incluso con la adhesión y el homenaje entusiasta de los que menos beneficiados salen por el régimen de distribución ajustado a él. Basta recordar el entusiasmo de los obreros ingleses al aparecer la gran industria. Y aún después de que este régimen de producción, consolidado ya, constituye en la sociedad de que se trata un régimen normal, sigue imperando en general el contento con la forma de distribución, y si alguna voz de protesta se alza, sale de las filas de la clase dominante (Saint-Simon, Fourier, Owen) sin encontrar apenas eco, por el momento, en la masa explotada."[700]

---

[700] Engels se refería a un período "ascensional", esto es, al siglo XIX europeo; pero este período se producía en la Argentina del siglo XX. Y si aún ahora, cuando históricamente el capitalismo de los países avanzados ha perdido su progresividad, el proletariado europeo o norteamericano practica una actitud sólidamente "conformista" con el régimen del salario, es evidente que en la Argentina semicolonial del desarrollo del capitalismo

Los obreros peronistas procedían en su mayor parte de las regiones agrarias de la Argentina, e ingresaban a la industria, cambiando no sólo sus condiciones de aislamiento rural anterior, por las ventajas urbanas de todo orden, sino que valoraban los aspectos positivos del régimen capitalista, en relación con las condiciones de dependencia personal agraria anterior: salarios quincenales, relaciones objetivas con la patronal, superior nivel de vida, organización sindical, peso político y dignidad individual. Todos estos factores suponían un ascenso histórico, tan nuevo como el capitalismo que contribuían los obreros a consolidar y tan deseable como detestable había sido para ellos el sistema pastoril o agrícola que habían abandonado perseguidos por la parálisis agraria.

21. Política y "Sociología"

Si los partidos de izquierda quedaron aislados por el triunfo del peronismo, esto no se debió a la supuesta "dictadura" sino a la aversión que despertó en la clase obrera la deserción de los socialistas y del Partido Comunista,[701] puesto que dichos sectores abrazaron el bando del candidato Tamborini, con el apoyo público del embajador Braden. Este hecho cerraba históricamente el ciclo de expansión de la izquierda cosmopolita en la Argentina, coincidiendo con el fin de la sociedad agraria exportadora que la había engendrado.[702]

---

industrial 110 podía sino generar un "entusiasmo" y un fervor políticamente expresado en la adhesión al peronismo. Así como en los Estados Unidos Imperialistas, saqueadores de pueblos y genocidas, la clase trabajadora norteamericana apoya a la plutocracia y exige la continuación de las órdenes de compra para las fábricas de armamentos que mantienen su nivel de vida, estableciendo un acuerdo de clases con su propia burguesía, en los países atrasados o semicoloniales, la nueva clase obrera pacta en los hechos con los sectores nacionalistas, burgueses o pequeñoburgueses, en la defensa de intereses que juzga comunes: soberanía, industrialización, independencia económica.

[701] Nos referimos a los discípulos de Juan B. Justo, el tradicional "socialismo amarillo", hoy divididos en media docena de agrupaciones de escasa gravitación política. El Partido Comunista, por su parte, ha soportado diversas escisiones después de 1945.

[702] Todo el viejo sistema político e ideológico se lanzó contra el peronismo. Naturalmente, los partidos oligárquicos, los socialistas y los stalinistas, así como el radicalismo agrario pequeñoburgués ligado a la estructura tradicional. Pero asimismo la "ciencia", es decir, la sociología y la "inteligencia" en general. Del mismo modo que en la esfera económica la economía argentina había dependido siempre del Imperio británico y sus

El Ejército ejerció el papel conductor de la revolución nacional en la Argentina, además, porque tanto la burguesía como el proletariado eran demasiado débiles para asumir el liderazgo. El hecho más significativo en cuanto a la importancia relativa de la clase obrera con respecto a la burguesía nacional radica, desde el punto de vista del régimen de apropiación, en

que la mayor parte de las grandes industrias están en manos del capital extranjero; pero toda la producción reposa sobre los obreros argentinos. De este modo, el proletariado ocupa en la industria una función incomparablemente más decisiva que la burguesía nacional. El régimen peronista fundó su política, de amplia progresividad histórica, pese a sus limitaciones de clase, en una circunstancia coyuntural: los altos precios de los productos agrarios alcanzados en la posguerra y en las reservas de divisas acumuladas por las exportaciones argentinas no pagadas durante el conflicto.

Las divisas se emplearon en la adquisición de bienes de producción y en repatriación de la deuda externa, cáncer de la balanza de pagos. Los precios agrarios permitieron al peronismo financiar la industria. Cuando esos precios cayeron en Europa, el gobierno se vio obligado a mantener precios remunerativos al campo, a pura pérdida. El esfuerzo de capitalización nacional comenzó a peligrar y a dañar todo el sistema.

22. La oligarquía ganadera

ideas políticas de izquierda o de derecha continuaban tal dependencia, en los nuevos tiempos, con la influencia creciente en las finanzas locales del imperialismo norteamericano, también la vulgar sociología neopositivista de Estados Unidos ha hecho su ingreso triunfal en la Argentina. Toda suerte de tonterías han tenido a bien derramar los "sociólogos" norteamericanos sobre el peronismo. Desde mágicas disertaciones sobre el "carisma" de Perón, donde el fenómeno se explica por el fenómeno mismo, hasta precipitadas aserciones del siguiente género: "Si se considera al peronismo como una variante del fascismo, es, en ese caso, un fascismo de izquierda, porque se apoya en los estratos sociales que de otra manera se volcarían al socialismo o al comunismo, como válvula de escape a sus frustraciones". (V. Seymur Martin Lipset, El hombre político, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964, p. 155. El capítulo se titula "Peronismo: fascismo de la clase baja".) De este género de maestros han bebido Gino Germani, Imaz y otros sociólogos semejantes. La aplicación del lenguaje psicológico a problemas de la sociedad y de categorías europeas a la estructura política de un país semicolonial demuestra el carácter "científico" de este próspero neopositivismo.

El fundamento de la crisis orgánica de la Argentina reside en el conflicto hasta hoy irresuelto entre las exigencias de la industrialización y la base nacional de la acumulación. El aumento de la población ha sobrepasado hace mucho el límite que permitía a la Argentina sostenerse con la producción agraria. Por otra parte, ésta tiende cada vez más a reducir el número de trabajadores necesarios, por obra de la mecanización creciente. Las crisis mundiales crearon la industria; ésta fue reforzada por algunos capitales imperialistas que saltaron las barreras aduaneras y se instalaron en la Argentina para monopolizar el mercado interior y exportar las ganancias a través de un mercado libre de cambios, aprovechando el bajo costo de la mano de obra.

Pero la revolución peronista y la ulterior escasez de divisas encerró al capital extranjero dentro del mercado interno. De este modo se reforzaron las posibilidades para desarrollar una industria liviana y semipesada relativamente considerable. Las necesidades de las obras básicas —siderurgia, comunicaciones, química pesada— se agravaron con este crecimiento de las industrias livianas. Si la base de la política de Perón consistía en industrializar por medio de las divisas obtenidas de las exportaciones, la tendencia desfavorable entre los precios de las materias primas argentinas y los precios de los bienes de capital importados revelaron que esa vía era demasiado estrecha y vulnerable. Pues el aumento de la población y el nuevo nivel de vida demostraron que los argentinos tienden a consumir en su totalidad los alimentos que fueron tradicionalmente la fuente exterior de las divisas.[703]

Lo que ha ocurrido es muy sencillo. Mientras que la población se ha triplicado desde 1910, la producción agrícola-ganadera ha permanecido estacionaria.

¿Cuál es la razón? La respuesta a esta pregunta encierra una de las claves de la revolución argentina. La producción agraria creció desde 1880 hasta 1930 hasta los límites históricos fijados por la capacidad de absorción europea y allí se detuvo, lo mismo que la extensión de las líneas ferroviarias y el aparato administrativo de la semicolonia. El auge de la ganadería extensiva concluyó con la explotación rutinaria de la zona pampeana, la más fértil y rica; la ganadería extrapampeana debió resignarse a producir carne para el mercado interno.

La oligarquía ganadera se constituyó como una clase rentística y no productiva, educada durante generaciones en la idea de que la Naturaleza y no el trabajo humano invertido en la explotación de la estancia proveía su fortuna. De ahí nació la única exigencia constante de los

---

[703] En 1959 un informe de las Naciones Unidas afirmaba que la parálisis de la producción agropecuaria argentina y el aumento de la población traerían inexorablemente la consecuencia de que la población consumiría todo el poder exportable del país, a menos que se tecnificara rápidamente. (V. El desarrollo económico de la Argentina, Naciones Unidas, México, 1959, parte 2, p. 4.)

ganaderos: mayores precios, nunca mayor producción. El aumento de la población y el mantenimiento de su cuota proteínica encuentran en la parálisis de la producción ganadera una muralla que el país no puede franquear sin destruir las actuales relaciones de propiedad. O el pueblo argentino suprime el consumo de su alimento básico tradicional, o la economía argentina se paralizará por ausencia de saldos exportables. Desde cualquiera de los dos puntos de vista la crisis estaría planteada.[704]

23. Capitalismo industrial y propiedad agraria

No está en juego solamente el progreso económico de la Argentina, sino la existencia misma de su pueblo. El parasitismo oligárquico es de tal carácter que los terratenientes constituyen una clase capitalista, pero no burguesa, y se han resistido con una perfecta indiferencia patriarcal a aumentar la producción y a considerar la estancia como empresa capitalista. Su tradición les indica que se trata de un bien de renta. Lo que constituyó durante un siglo uno de los privilegios de la Argentina -la renta diferencial es decir, la composición química del suelo, el régimen de lluvias y la proximidad de las praderas al puerto de Buenos Aires, se ha vuelto el talón de Aquiles de la oligarquía. Es así que la tierra comienza a dar alarmantes señales de erosión.[705]

Nada de esto importa al terrateniente, cuyo estilo tradicional exige escasa mano de obra y casi nulo capital variable.[706] Los campos han sido amortizados desde hace generaciones y el "valor" de los campos es puramente especulativo. El régimen impositivo es benévolo y por lo demás es violado sistemáticamente. Todo ganadero argentino, salvo raras excepciones, deja que la "Naturaleza obre".[707] Aborrece los problemas técnicos y se rehúsa a construir la fábrica

[704] El autor señaló sobre los originales que la otra clave es el MCE (Mercado Común Europeo). [N. de V. R.]

[705] Véase El desarrollo económico de la Argentina, ob. cit., p. 76. Casi la mitad de los 35,7 millones de hectáreas de la pampa húmeda está afectada por diversos grados de erosión. "El peligro que esto comporta es evidente: una vez que el proceso de erosión comienza se desarrolla en forma acelerada y puede destruir en pocos años lo que la naturaleza ha tardado milenios en formar... La noción de la riqueza inagotable de su suelo ha llevado a la Argentina a no interesarse por ello."

[706] La proporción de trabajo humano en la explotación ganadera es insignificante. Pero como además el capital constante (máquinas, accesorios, materias primas, etc.) es sumamente reducido, la composición orgánica del capital en la ganadería, "el Potosí argentino", es la más baja de la economía nacional. Comparativamente, hace falta invertir más capital para fabricar churros madrileños que para explotar una estancia. Además de la tierra, los "medios de producción" son los animales mismos, que se ocupan de reproducirse sin consejos ajenos, y como en la mayor parte de los casos los veterinarios y agrónomos son raramente llamados, la ganadería argentina es una manifestación del genio científico nacional; es la única economía del mundo que se rige por las leyes de la cibernética: funciona sola, bajo la protección de la Divina Providencia. Con media docena de peones se pueden manejar 5.000 cabezas de ganado.

[707] Habla un ganadero: "Nosotros, afortunadamente, y por suerte, podemos compensar todos nuestros errores con el clima y el suelo, aunque esté empobrecido. Pero todavía las vacas si uno les echa un toro, le dan un ternero". El genial autor de estas palabras es el Sr. Patricio Donovan. (Clarín, Buenos Aires, 25 de julio de 1959.)

de carne. Es de este tipo de rentista estéril que depende la capacidad de capitalización del país: en esa pampa húmeda controlada por "manos muertas" está el "Ruhr argentino".[708] Bastará decir que la producción convencional en las más fértiles praderas del mundo con pasturas naturales sólo alcanza a una vaca por hectárea. En Europa con fertilizantes químicos nuevos se ha llegado a un promedio de 7 u 8 vacas por hectárea.[709] Pero la resistencia de la oligarquía ganadera es invencible: no produce más porque no le interesa sino disfrutar su renta. La duplicación o triplicación del número de cabezas de ganado de 50 a 100 o 150 millones podría colocar a la Argentina en posesión de gigantescos recursos para su crecimiento económico en todas las áreas. Pero esto no sólo supone el quebrantamiento de los canales británicos y europeos clásicos de la comercialización de carnes, que han dominado secularmente la producción ganadera argentina, sino ante todo la expropiación directa de la oligarquía ganadera misma y su sustitución por estancias ganaderas del Estado que abracen vastas extensiones de campo, sometidas a las pasturas artificiales, la inseminación científica y la atención de veterinarios y agrónomos en aquellos casos en que las nuevas leyes impositivas a dictarse no cambien la conducta productiva de los ganaderos indiferentes.

Dicha expropiación pondría en manos del Estado revolucionario un instrumento de negociación mundial de incalculable alcance: el poder proteínico de la Argentina. En condiciones de alimentar a los hermanos de América Latina, y comerciar sobre todo con el mundo africano, asiático y árabe, terminaría así con la ilusión de revivir la era del mercado de

---

708 Véase Clase Obrera y Poder. Tesis central del Partido Socialista de la Izquierda Nacional de la Argentina, Ed. Izquierda Nacional, Buenos Aires, 1965.

709 En el noroeste de la provincia de Buenos Aires, en Laplacette, se experimentó la crianza de animales con pasturas artificiales sobre 47 hectáreas. Así pudieron alimentarse 8,5 cabezas de ganado vacuno por hectárea de junio a setiembre; un campo próximo, con pasturas naturales, no rindió un animal por hectárea. (V. El desarrollo económico de la Argentina, ob. cit., p. 32.)

Por lo demás, en Europa se emplea ya el krillium o abono de amoníaco líquido que aumenta prodigiosamente la fertilidad del suelo. Se estima que el krillium es de 100 a 1.000 veces más eficaz que el humus, el abono natural o compuesto. Según el profesor finlandés Atturi I. Virtanen, Premio Nobel de Química, la aplicación de la ciencia agrícola moderna podría permitir la alimentación suficiente para 4.000 millones de seres humanos en nuestro hambriento planeta. (V. Ernest Mandel, Traité d'Economie marxiste, T. I, p. 365, Ed. Julliard, París, 1962.)

Smithfield a la cual el Mercado Común Europeo ha puesto fin.

24. La política latinoamericana de Perón

La coalición comercial-imperialista derribó en 1945 en el Brasil al presidente Vargas. Al año siguiente, el caudillo brasileño decía:

"Fui víctima de los agentes de las finanzas internacionales, que pretenden mantener a nuestro país en una situación de simple colonia, exportadora de materias primas y compradora de bienes industrializados en el exterior... Los beneficiarios y los defensores de los trusts y los monopolios no podían perdonarme que el gobierno hubiese arrancado de las manos de un grupo extranjero, para restituirlo sin cargo al patrimonio nacional, el Valle del Río Dulce, con el pico de Itabirá, que contiene uno de los mejores yacimientos de hierro del mundo. Tampoco me perdonaron los agentes de las finanzas extranjeras la nacionalización de los demás yacimientos minerales de nuestro rico subsuelo y de las caídas de agua generadoras de energía, el uso de carbón nacional, las fábricas de aluminio y celulosa y la construcción de Volta Redonda. La industrialización progresiva y rápida de Brasil atentaba contra los intereses de las finanzas internacionales."

En realidad, la participación del Brasil en la Segunda Guerra Mundial, por la cual 250.000 brasileños fueron a Europa a luchar y morir por una causa que no era la suya, contrastaba notablemente en esa época con la conducta neutralista del Ejército argentino, que mantuvo al margen de la guerra a la Argentina, pese a la campaña de los partidos "democráticos", de izquierda a derecha, que pugnaban por intervenir en el conflicto de los bandos imperialistas.

Por las razones apuntadas, la iniciativa del general Perón por llegar a un acuerdo e integración económica y política con el Brasil encontró mayores dificultades en el Brasil que en la Argentina, donde la influencia de Perón sobre las Fuerzas Armadas y su profunda conciencia latinoamericanista triunfaron sobre los viejos recelos antibrasileños azuzados por la diplomacia británica en ambos países.

Vargas regresó al poder en 1950, después de ganar las elecciones con el Partido Trabalhista. Pero ya no contaba con el apoyo del Ejército, como había ocurrido durante su larga dictadura desde 1930 a 1945. En tales circunstancias, sus conversaciones reservadas con el presidente Perón, en lugar de fortalecer a Vargas y facilitar la unión argentino-brasileña, condujeron en definitiva al suicidio del presidente del Brasil y al fracaso de la unión.

Para medir la debilidad de Vargas en ese momento, baste decir que los sectores reaccionarios le impusieron como canciller a Joáo Neves de Fontoura, un cipayo

pronorteamericano prototípico, que actuó desde el gobierno de Vargas contra el mismo Vargas y que no cesó en su hostilidad hacia Perón y la Argentina. El propio Neves de Fontoura así lo dijo, al manifestar que el presidente Vargas estaba de acuerdo con la Argentina para celebrar un pacto pero que él se opuso a tal propósito, pues dicha unión argentino brasileña conducía a "subordinar" el Brasil a la Argentina y a romper el "panamericanismo".

"Toda división de las Américas ha de ser contra la América -dijo Neves de Fontoura—y en provecho de América luché, durante todo el tiempo que estuve en el gobierno, contra cualquier tentativa de integración de los pueblos latinoamericanos."

Perón había propuesto tanto al general Ibáñez, presidente de Chile, como al presidente Vargas, la firma de tratados de unión aduanera y comple mentación económica. Cuando Perón firmó con Ibáñez, en julio de 1953, el tratado, el propio ministro de Vargas, ya mencionado, denunció el acuerdo chileno-argentino, como dirigido contra el Brasil. Toda la prensa brasileña, tan devota del imperialismo como su similar de la Argentina, inició una gran campaña contra la Argentina. Vargas estaba ya tan débil y aislado que en sus últimos meses mostró claros signos de intentar complacer al gobierno de Estados Unidos en su política exterior. De nada le valió. El 24 de agosto de 1954 los jefes militares le pidieron la renuncia y Vargas se suicidó en el Palacio Catete.

25. Perón y Chile

Aunque el general Ibáñez contaba con una retaguardia frágil, sometido a la presión de los "partidos democráticos" y del gobierno norteamericano opuesto a todo acuerdo de Chile con la Argentina, la visita de Perón a Chile en febrero de 1953 permitió avanzar hacia la firma del tratado. El acuerdo de unión aduanera subraya que sus términos quedan abiertos para los países limítrofes de Chile y la Argentina. El 21 de marzo, a su regreso, Perón dice a la prensa lo siguiente, en la estación Retiro:

"La idea de unidad, de asociación o federación americana, es tan vieja como nuestra independencia. Ya en 1810 el fiscal de Lima, Pedro Vicente Cañete, lanza por primera vez la idea de asociación de naciones americanas. Casi simultáneamente en Chile, Juan Egaña enuncia lo mismo y ya en 1810 el pueblo chileno fija las bases para una unión continental. Esas tres afirmaciones de unidad de nuestra América Latina tienen su origen en estas benditas tierras australes.

"En 1810, en el mismo año, Juan Martínez 'de Rosas, un argentino que también fue

chileno, presenta a nuestra Junta de Gobierno la idea de formar una federación de pueblos en la América meridional. La oposición de Mariano Moreno, quien instó a Chile a formar gobierno propio, hizo fracasar esa iniciativa.

"El 19 de setiembre de 1810, Alvarez Jonte lleva instrucciones en su misión a Chile, de formar la federación argentino-chilena, y el 21 de marzo de 1811 se realiza la primera Unión del Sur, tratado firmado por Alvarez Jonte en forma amplia y extensiva. En 1816 San Martín recibe instrucciones en el mismo sentido del gobierno de Pueyrredón. En 1818 las proclamas de San Martín en Chile, Perú y en Argentina afirman el mismo sentimiento americano meridional.

"En 1817, Bolívar insinúa a Pueyrredón formar una sola nación de todo el nuevo mundo o bien una sociedad de naciones en la América meridional.

"En 1822, Bolívar trata de hacer efectiva la idea anterior, y en 1826 se reúne el Primer Congreso de Panamá que el 22 de junio del mismo año realiza los primeros tratados en el sentido de nuestra unidad.

"Luego en toda América, sea en el centro o en las formas de la Gran Colombia, se han venido sentando y propugnando todas estas clases de unión bien recibidas por los verdaderos americanos, los que no sirven intereses bastardos sino los intereses de los pueblos.

"Yo deseo decir a todo el gobierno, a todo el Estado, y a todo el pueblo argentino que sería el más desdichado de los hombres si esta idea de unión, nacida en la sinceridad y la lealtad más absoluta, fuese mal ejecutada por los hombres encargados de hacerla, y en vez de unir nuestros corazones, día a día, por esos malos funcionarios, por esos malos argentinos, en vez de conquistar un hermano, mañana conquistaremos un enemigo".

A pesar de la reticencias de Vargas para incorporarse a la proyectada unión, Perón persevera con la buena disposición del general Ibáñez. En un discurso pronunciado en la comida anual de las Fuerzas Armadas, con la presencia del presidente Ibáñez, el general Perón afirma:

"Por eso, frente a las nuevas fuerzas de carácter económico que pretenden dominarnos, nosotros, chilenos y argentinos, retomando los antiguos ideales de O'Higgins y de San Martín y pensando como ellos en nuestros pueblos y también en los pueblos de América, hemos decidido realizar la unión de nuestras fuerzas económicas, creyendo que ésta es acaso la última hora que el destino nos ofrece... Sabemos que en 1953, como en 1817, la infamia y la calumnia se cernirán sobre nuestros planes y amenazarán nuestros ideales. Sabemos ya que hablar de unión entre chilenos y argentinos con las mismas palabras de San Martín y O'Higgins es merecer el encono de la lucha solapada y artera. Sabemos también que

llamarnos 'compatriotas' es poco menos que un delito del que nos acusan precisamente todos los mercaderes que prefieren llamar 'compatriotas' a los compradores de libertad y de soberanía".

Los discursos y declaraciones de Perón en este período son todos muy notables y demostrativos de su claridad en el tema. Mientras tanto, la "oposición democrática" recogía los infundios procedentes de Estados Unidos. Del mismo modo que los radicales, socialistas, conservadores y comunistas decían que la fundación de la industria pesada perseguía el propósito de preparar al país para la guerra, los esfuerzos de Perón para la unidad con los países latinoamericanos suscitaban el comentario de la cipayería ilustrada en el sentido de que se trataba de una actitud "imperialista". De tales declaraciones puede apreciarse el esfuerzo titánico que exige en América Latina adquirir la conciencia crítica de su unión, frente a importantes segmentos de sus clases medias colonizadas por el poder imperial, sea con argumentos extraídos de la escuela liberal o de la academia marxista.

El 21 de julio de 1953, en declaraciones formuladas al diario O Mundo de Río de Janeiro, Perón predecía:

"La unión argentino-chilena es una antigua e histórica aspiración de los prohombres y de los pueblos de ambos países... Hubiera deseado, y esto lo conoce el presidente Vargas, que este pacto se hubiera realizado ya hace tiempo con Brasil, y estamos prontos a realizarlo en cualquier momento sobre las mismas bases justas y convenientes. Creo que la creación brasileña del A.B.C. podría tener hoy más actualidad que nunca y en el futuro sea quizás impuesta por las circunstancias. El año 2000 nos encontrará unidos o si no, tal vez dominados. Si no estamos a la altura de nuestra misión histórica seremos severamente juzgados por la generación de ese año".

La osadía del presidente argentino, ante el poder al parecer incontrastable de los Estados Unidos y la cobardía de las oligarquías sudamericanas, reconocía pocos paralelos. Más aún, después de concluir con Chile el tratado mencionado, hace lo mismo con el Paraguay, incluyendo convenios para la validez de los títulos y estudios cursados en Paraguay, para su práctica en la Argentina, además de incluir acuerdos para integrar los sistemas de trasporte, supresión de derechos aduaneros y otras medidas complementarias. Todavía la Ley 14.299, sancionada el 17 de mayo de 1954, llevaba más adelante la hermandad con el Paraguay. Víctima valerosa de una conjuración criminal de la Argentina mitrista, del Uruguay liberal y del Brasil esclavista, Paraguay debió soportar con heroísmo una guerra extenuadora que diezmó su población y su economía en 1865. Ésa fue la "guerra infame", resistida por todas las provincias argentinas del interior, que se levantaron en armas para resistirla. Habían

quedado profundas heridas como herencia de esa guerra. La ley sancionada por el Congreso argentino a pedido del presidente Perón establecía la devolución al Paraguay de las armas y trofeos capturados por las tropas argentinas mandadas por el general Mitre en esa guerra.

En ese mismo año, diciembre de 1953, Ecuador se integra a la Unión Económica propuesta por la Argentina. Firma el tratado el presidente ecuatoriano Dr. Velasco Ibarra. Las relaciones comerciales con Venezuela y Colombia cobran una desconocida amplitud. Del mismo modo, en setiembre de 1954 Bolivia se adhiere al Tratado. Bastarían estos pasos dados por Perón para introducirlo en la historia de la América Latina.

26. La conferencia "reservada" en la Escuela Nacional de Guerra

El 11 de noviembre de 1953 el presidente Perón habló ante los jefes militares del país en una conferencia que asumió el carácter de "reservada", dada la importancia internacional de su contenido y la alerta provocación antiargentina del Departamento de Estado. Dijo Perón:

"La República Argentina no tiene unidad económica; Chile solo, tampoco tiene unidad económica, pero estos tres países unidos conforman quizás en el momento actual la unidad económica más extraordinaria del mundo entero, sobre todo para el futuro, porque toda esa inmensa disponibilidad constituye su reserva. Estos son países reservas del mundo. Los otros están quizás a no muchos años de la terminación de todos sus recursos energéticos y de materia prima; nosotros poseemos todas las reservas de las cuales todavía no hemos explotado nada. Esa explotación que han hecho de nosotros, manteniéndonos para consumir lo elaborado por ellos, ahora en el futuro puede dárseles vuelta, porque en la humanidad y en el mundo hay una justicia que está por sobre todas las demás justicias, y que algún día llega... Esto es lo que ordena imprescriptiblemente, la necesidad de la unión de Chile, Brasil y la Argentina. Es indudable que, realizada esta unión, caerán a su órbita los demás países sudamericanos, que no serán favorecidos ni por la formación de un nuevo agrupamiento y probablemente no lo podrán realizar en manera alguna, separados o juntos, sino en pequeñas unidades".

Perón añadió un concepto de tal importancia histérico-económica que vale la pena reproducirlo, pues revela plenamente la agudeza del disertante:

"Por este motivo, señores, todo este proceso de la unión económica es combatido. Claro, ¿cómo no va a combatirse una cosa que es tan provechosa y útil para los americanos'? En esto juegan igualmente intereses. El día que nosotros podamos realizar nuestro comercio entre nosotros, nos habremos realmente independizado de toda corriente y de todo poder

extracontinental, y en esto debemos pensar que para nosotros, latinoamericanos, no debe haber nada mejor'que otro latinoamericano".[710]

27. El exacto límite de la revolución peronista

El segundo paso de la revolución peronista no fue dado: éste consistía en proseguir la industrialización no ya con las diferencias de precios de las exportaciones agrarias, sometidas a la depreciación internacional, sino mediante la expropiación de la oligarquía financiera, ganadera y comercial intacta. En ese momento la contraofensiva oligárquica derribó al régimen peronista, justamente porque el peronismo no la había destruido. En ese hecho se revela su fatal limitación.

El movimiento nacional se resistía a doblegar a la oligarquía exactamente allí donde podía asestarle un golpe definitivo, o sea, en el secular monopolio de la tierra. La fuente del poder oligárquico residía en su control irrestricto de la renta absoluta. Como los precios de los productos agrícolas se estructuran de acuerdo al valor de los productos de las tierras menos rentables, esto supone un aumento de costo en el nivel de vida obrera y, en consecuencia, la exigencia al burgués de establecer un salario mínimo más elevado que en el caso de no existir el parasitismo de la renta absoluta; ésta significa una forma especial de tributo que toda la sociedad se ve obligada a pagar al terrateniente improductivo. De esta manera, el monopolio de la tierra significaba "una transferencia de valor de la industria a la agricultura".

Por esa razón los teóricos de la economía industrial burguesa habían sostenido al principio la necesidad de abolir la propiedad privada del suelo en beneficio del establecimiento de una sociedad capitalista más sólida y "barata",[711] La existencia de la renta

---

[710] Publicado por primera vez en la revista Izquierda Nacional N° 3, Buenos Aires, octubre de 1966.

[711] No obstante, la contradicción entre terratenientes e industriales, que había llevado a Ricardo a sostener la necesidad de nacionalizar la tierra y que la renta diferencial pasase al Estado, se atenuó con el tiempo y con la aparición de nuevos enemigos de la burguesía industrial. de propiedad para evitar que llegase a ponerse en tela de juicio la propiedad burguesa en general. De este modo, el proceso de unidad nacional y de triunfo de la burguesía en Italia y Alemania se realizó por medio de compromisos.

En la Argentina, el sector de terratenientes que arrienda tierras a chacareros para la producción agrícola en la llamada "pampa húmeda", expresión suprema de parasitismo, sufrió la desagradable sorpresa de que el gobierno militar de Perón de 1944 decretase la

absoluta resultaba ser "un obstáculo al desarrollo óptimo del modo de producción capitalista en general".[712]

Pero este claro antagonismo entre burgueses y terratenientes, ¿suponía que la lucha entre ambos en la época del imperialismo debía ser más aguda de lo que había sido en la etapa del enfrentamiento entre feudalismo y capitalismo? Toda la experiencia de las revoluciones burguesas debía responder negativamente a la pregunta. Pues las contradicciones de estas dos clases no condujo necesariamente a la liquidación radical del monopolio de la tierra.

En la Gran Revolución de Francia, para tomar el ejemplo clásico, durante la célebre noche del 4 de agosto, cuando la Asamblea Constituyente hervía de entusiasmo revolucionario, las cosas que realmente ocurrieron no fueron tan netas como los discursos. Los burgueses no estaban menos inquietos en la Asamblea que los terratenientes nobles. Con toda razón dirá Jaurés que "sostener la propiedad feudal contra los aldeanos rebeldes podría hacer abortar la Revolución, pero permitir a los aldeanos que desarraigaran violentamente el feudalismo era tal vez aflojar las raíces de la propiedad burguesa".[713]

Estas vacilaciones y temores que embargaban a la burguesía francesa del siglo XVIII en la noche más intrépida de su época revolucionaria debían asumir un carácter mucho más conservador y cauto en las revoluciones nacionales burguesas de los países atrasados en el

---

congelación de los arrendamientos. Como al mismo tiempo comenzaba un veloz proceso de inflación monetaria ligada al desarrollo industrial, muy pronto los viejos arrendamientos congelados se trasformaron en cifras ridiculas. En otras palabras, el gobierno militar había suprimido "de facto" la renta absoluta. Toda la plusvalía fue a parar al bolsillo de los chacareros, salvo parte de ella: a través del control estatal del comercio exterior, establecido por el IAPI, quedó en las manos del Estado, que vendía directamente al exterior pagando al chacarero precios calculados, lo que permitió al gobierno peronista impulsar la industrialización. En realidad, cuando el chacarero, ayudado por liberales y comunistas, clamaba por la "libre comercialización de las cosechas" y exigía la entrega total de los beneficios de los altos precios obtenidos en Europa, estaba reclamando parte de la renta absoluta que a través de la ley de arrendamiento el gobierno había confiscado al terrateniente, había pasado por la casa del chacarero y había retornado al Estado por medio del IAPI. Es decir, había vuelto a su verdadero dueño, el pueblo argentino.

[712] Mandel, ob. cit., p. 343.

[713] Jean Jaurés, Historia socialista de la Revolución Francesa, T. I, La Asamblea Constituyente, Ed. Poseidón, Buenos Aires, 1946, p. 268.

siglo XX.

Simbólicamente, un año antes se había suicidado en el Palacio de Gobierno el presidente Vargas; el jefe del Brasil renunciaba a la vida y el jefe de la Argentina era arrojado del poder. Los dos grandes movimientos nacionales del Brasil y la Argentina retrocedían bajo los golpes demoledores del imperialismo y sus aliados internos.[714]

28. La unidad latinoamericana

Después de 1940 en diversos Estados latinoamericanos se manifiestan movimientos populares y nacionales (considerando siempre la palabra "nacional" con las debidas limitaciones) de tendencias análogas. El velasquismo en Ecuador, el arevalismo en Guatemala, el ibañismo chileno, el betancou rismo en Venezuela responden al generalizado fenómeno de la quiebra mundial del imperialismo y la necesidad de las masas populares latinoamericanas de marchar hacia su revolución agraria y su unidad nacional. Algunos de esos movimientos son derrocados, otros se desintegran sin dejar rastros, como el ibañismo, otros asumen características reformistas y pactan con Estados Unidos, como Acción Democrática de Venezuela, no sin antes desprender de su seno tendencias revolucionarias.

El triunfo de la Revolución cubana replantea los viejos problemas y establece un nuevo punto de partida para considerar la estrategia revolucionaria. La Revolución mexicana se detiene, sofocada por una nueva y golosa burguesía que se erige sobre las conquistas de la guerra civil y administra ávidamente los millones de dólares del turismo yanqui. Carlos Fuentes ha retratado magistralmente en La muerte de Artemio Cruz la decadencia de los viejos generales revolucionarios, con sus símbolos verbales de la época heroica, rodeados de autos de lujo, piscinas de natación y palacios deslumbrantes. El sucesor de Vargas, Joáo Goulart, cae sin lucha para ser reemplazado por la extrema derecha del Ejército.

El general Barrientos sucede a Paz Estenssoro y el eterno círculo vicioso de Bolivia -"revolución-contrarrevolución"— comienza a girar nuevamente. El despreocupado Uruguay de los días prósperos se pronuncia hacia la crisis y vuelve sus ojos perplejos al espectáculo de aquella América Latina que había olvidado hacía medio siglo. La Argentina, desde la caída de Perón, en 1955, no ha logrado alcanzar su equilibrio. Nuevamente el Ejército toma el poder y

---

[714] El gobierno de Perón, dentro de sus medios, intentó quebrar la "balcanización" económica y política. Sólo recordaremos aquí sus negociaciones con Chile y el general Ibáñez para una "Unión Aduanera"; sus relaciones con Vargas; sus acuerdos con Bolivia y Paraguay. En 1948 el senador peronista e historiador Diego Luis Molinari en viaje por Centroamérica declaraba en La Habana la necesidad de establecer el mercado común latinoamericano, la ciudadanía latinoamericana, un Banco único y una moneda común.

se apresura a entregar la conducción económica a los agentes más siniestros del imperialismo yanqui-europeo. Si la oligarquía vive horas dichosas, la clase obrera comienza poco a poco a percibir que la Edad de Oro ha quedado atrás.

Entre los truenos y relámpagos de su drama, la América Latina balcanizada adquiere la convicción de que ya está madura para la creación de su propia historia y que el vasto hinterland de los Estados Unidos será decisivo para el destino de la humanidad. La Nación Latinoamericana dividida en veinte fragmentos tenderá a unirse para emerger del estancamiento y la impotencia. Para librarse del absolutismo español, San Martín y Bolívar lucharon en toda América Latina hasta triunfar. Tampoco en la lucha contemporánea existe otra frontera que la de la lengua y la bandera unifica dora. La victoria final sólo será posible con la Confederación de todos los Estados latinoamericanos. Pero esta estrategia que hunde sus raíces en lo más profundo de nuestra historia común designa un problema: la cuestión nacional.

Capítulo XV

Nación Latinoamericana y cuestión nacional

La formación de la nación es el lógico coronamiento político y jurídico del desarrollo de la sociedad burguesa en Europa. Como el capitalismo encontró allí históricamente su centro generador, del mismo modo la formación de las nacionalidades nos ofrece su marco clásico en el Viejo Mundo. Dicho proceso había sido antecedido por la precoz creación de la Nación inglesa en el siglo XVII. Pero es a partir de la Revolución de 1789 en Francia, hasta la formalización de la unidad nacional alemana en 1870, que se desenvuelve el ciclo fundamental del movimiento de las nacionalidades europeas.

Por las vicisitudes del proceso histórico algunas naciones europeas y eu roasiáticas como Turquía, concluyen su revolución nacional democrática hacia 1910 y 1912; las guerras balcánicas, la destrucción del Califato y del Imperio multinacional turco, así como la primera guerra imperialista, dan a luz tardíamente nuevos Estados nacionales. El viejo irredentismo polaco toca así a su fin. Pero estos Estados nacionales eran el complemento rezagado de los movimientos nacionales aludidos del siglo XIX.

1. El marco histórico de los movimientos nacionales

Cuando Europa ya entra en su moderna época imperialista, con la formación de los trusts y el expansivo poder de los bancos en el control monopólico de la industria, hacia 1880, comienza el despertar nacional de los pueblos atrasados del Asia. Avanzando el siglo XX, se producirán nuevos movimientos nacionales en África y América Latina. Estos últimos ya no responderán a una exigencia interna de las fuerzas productivas desatadas por el capitalismo nacional, sino que brotan, al contrario, de su resistencia al progresivo aniquilamiento económico que se cierne sobre las colonias con la crisis del régimen imperialista mundial.

Mientras que los movimientos nacionales del siglo XIX en Europa respondían plenamente al desarrollo de los países donde se originaban, en el marco general de un triunfal desenvolvimiento de las fuerzas productivas, los movimientos nacionales de nuestra época en el Tercer Mundo se originan inversamente en la ruina del imperialismo. Esta diferencia básica en las razones de su aparición condiciona su naturaleza y sus particularidades.

Asia, África y América Latina desenvolvían su historia bajo leyes distintas que las de Europa. Eran sujetos pasivos de una marginalización tajante. No podía concebirse siquiera la

formación de un tipo de sociedad capitalista a la manera europea. Es cierto que en América Latina había surgido una tentativa de crear una Nación o Confederación Latinoamericana, propuesta por Bolívar. Pero ya hemos indicado las razones de su derrumbe: en la "an fictionía americana" de Bolívar había de todo, menos relaciones capitalistas de producción; estaban los ejércitos, pero había carecido siempre del Tercer Estado y no vería la luz sino un siglo más tarde algo parecido a la "burguesía" en su versión más impotente.

2. Capitalismo y Nación

El Estado Nacional de Europa debía asentarse sobre un territorio común. Sus habitantes ligados entre sí por una tradición cultural análoga se relacionaban por una lengua común y una "psicología nacional" elaborada por un largo período de convivencia. Esa comunidad, entrelazada por territorio, lengua, tradición cultural -particularmente religiosa y psicología, encontraba su fundamento dinámico para constituir su Estado Nacional en un desarrollo previo de relaciones capitalistas de producción que con frecuencia se remontaba al antiguo artesanado del Renacimiento, como en Italia, y a una historia económica donde las sobrevivencias feudales básicas -propiedad territorial, aduanas interiores, tasas, gabelas, obligaciones personales, producción individual de mercancías habían sido barridas por una larga evolución o por la "crítica de la guillotina", según el ejemplo de la Revolución francesa.

El Estado Nacional, preparado por el absolutismo, con frecuencia instaurado por enérgicas revoluciones, o por guerras nacionales, daba paso al progreso general y facilitaba un amplio desarrollo del capitalismo. La centralización del poder económico y la aparición de la democracia política burguesa no era menos importante que la cohesión del nuevo proletariado engendrado por la flamante sociedad y el despliegue correlativo de la lucha de clases en el vasto escenario del Estado Nacional. Si para Cromwell la unidad del Estado y la supresión del absolutismo real asumían la forma de un mandato de la Divina Providencia y una bendición para el comercio inglés, para Robespierre constituiría un triunfo de la Razón en la realización de la humana felicidad. Por su parte, Marx daba por supuesto, ante el desarrollo capitalista que se producía ante sus ojos, que el mundo periférico no alcanzaría a pasar por esta etapa burguesa y que la revolución socialista de las naciones civilizadas lograría triunfar mucho antes que las colonias y semi-colonias entrasen en la historia universal.[715]

[715] "Una vez lograda la reorganización de Europa y Norteamérica, constituirá un poder tan colosal y ejemplo tal, que todos los países semicivilizados se despertarán por sí mismos. Las solas necesidades económicas

El triunfante socialismo europeo, con su poder económico centuplicado por la desaparición de las fronteras nacionales, ayudaría entonces a las colonias y territorios atrasados en "estado de naturaleza", a evolucionar de modo incruento hacia la civilización socialista. Europeo al fin y a pesar de su vigor profético, no estaba en condiciones de adivinar la aparición del imperialismo, ni de concebir el surgimiento de nuevos movimientos nacionales en el próximo siglo XX, justamente en los Nuevos Mundos de esa lejana frontera histórica. Excepción hecha de los cónsules ingleses y de los naturalistas alemanes, toda la Europa ilustrada poseía una idea muy vaga del continente colombiano. Como en los tiempos de Hegel, los pensadores de Europa, Marx entre ellos, consideraban a la América Latina como un hecho geográfico que no se había transmutado todavía en actividad histórica.

3. Marx y la idea de Patria

La sacralización de Marx ha contribuido a forjar la imagen de un dios infalible, en la cuestión nacional como en muchos otros importantes problemas. Recordemos que al día siguiente de escribir su Manifiesto Comunista (1848), en el que puede leerse la frase: "Los obreros no tienen patria", Marx, Engels y los hombres del Club comunista de París viajaban a la Alemania revolucionaria a incorporarse junto a la burguesía en la lucha por la democratización y la unidad de la nación feudalizada. Para cumplir esa tarea Marx dirigió la Nueva Gaceta del Rin, con los fondos que lograron extraerle a la medrosa burguesía renana, cuyo mayor temor en este mundo era hacer su propia revolución.[716]

Con toda razón Trotsky escribía noventa años después del Manifiesto Comunista, al analizar el envejecimiento y modernidad del célebre documento:

"Los problemas de la estrategia revolucionaria en los países coloniales y semicoloniales, no son tratados ni siquiera someramente en el Manifiesto. Estos problemas exigen soluciones particulares. Así por ejemplo, es evidentísimo que si la patria nacional ha llegado a ser el peor freno histórico en los países capitalistas desarrollados, constituye todavía un factor

---

provocarán este proceso." (V. Federico Engels, Correspondencia, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1947, p. 415.)

[716] Engels explicaba la conducta seguida por él y Marx durante la revolución alemana de 1848: "Al regresar a Alemania en la primavera de 1848, nos afiliamos al partido democrático (partido burgués) por ser aquél el único medio de que disponíamos para llegar a los oídos de la clase obrera; éramos el ala más avanzada de ese partido, pero ala suya al fin y al cabo". Agrega Mehring: "Engels aconsejaba a sus amigos que no lanzasen al movimiento americano como bandera de lucha el Manifiesto Comunista, que ellos habían silenciado, como queda dicho, en la Nueva Gaceta del Rin, pues el Manifiesto, como casi todos los trabajos cortos de Marx y suyos eran todavía difícilmente inteligibles para América; los obreros del otro lado del Océano acababan de abrazar el movimiento, no estaban todavía bastante cultivados y su rezagamiento, sobre todo en teoría, era enorme". (V. Mehring, ob. cit., p. 330.)

relativamente progresivo en los países atrasados que están obligados a luchar por su existencia independiente".[717]

La relativización de Trotsky del grave error cometido por Marx en el Manifiesto Comunista es insuficiente y aun inaceptable que la idea de la patria resulte todavía "relativamente progresiva". En realidad, todo el texto del Manifiesto Comunista es un resumen brillante de las utopías nacidas con la Revolución francesa y cuyo centro es el "hombre abstracto" de la Ilustración.

La desvalorización de la idea de patria, en lugar de profética, resultaba anacrónica. Sólo podía encontrar un punto de apoyo en la Europa de Carlo magno o en la idea de los imperios medievales paneuropeos. La idea de patria, por el contrario, sustituyendo la lealtad a la monarquía absoluta, comenzaba su triunfal carrera en Europa y se prolongaría a lo largo del siglo siguiente al Tercer Mundo. Patria, Estado y Nación, mucho más que el supuesto espectro del comunismo que según Marx recorría Europa, aparecía como el movimiento revolucionario que buscaba terminar con la parálisis del Congreso de Viena y de Metternich realizando la unidad nacional de Alemania, Italia, y la eliminación de los imperios multinacionales opresores de nacionalidades. Era, pues, el nacionalismo y no el comunismo el protagonista de la historia europea cuando Marx escribió el Manifiesto Comunista y lo sería para el mundo subyugado de Asia, África y América Latina hasta el fin del siglo XX.

4. La unidad nacional de Alemania

La candente cuestión de la unidad alemana, para escoger un ejemplo clásico de la Europa del siglo XIX, fue resuelta inesperadamente por los jun kers bajo la dirección de Bismarck. Esa gran causa histórica cayó en manos de la camarilla dinástica de los Hohenzollern y de los terratenientes prusianos. Formados en la tradición intelectual renana, que había mirado siempre desde arriba a los rudos militares de Prusia, Marx y Engels veían en la dinastía de Guillermo I un instrumento de la diplomacia zarista. Abrigaban excesivas ilusiones sobre el fuego revolucionario de la burguesía alemana, en la que veían, con obvio rigor teórico, a la creadora de un Estado nacional que debía interesarle ante todo a ella. Esos cálculos resultaron errados.[718]

No fue la burguesía alemana, con sus fabricantes, intelectuales y funcionarios la que

---

[717] León Trotsky, "A noventa años del Manifiesto Comunista", en revista Inicial, N° 2, año 1, Buenos Aires, octubre del 1938.

[718] Para los asuntos de Alemania, Engels fundaba sus apreciaciones en la lectura casi exclusiva de la prensa británica (v. Mayer, ob. cit., p. 195). Según se sabe, la burguesía inglesa no vio nunca con buenos ojos la unidad nacional de las restantes naciones, ni el desarrollo capitalista de sus posibles competidores. Pero este "antibismarckismo" de Engels íue dejado de lado cuando la nobleza prusiana llevó a cabo la unificación de Alemania.

subió sobre el escalón del Zollverein para construir el imponente edificio de la Nación alemana, sino justamente los terratenientes armados de Prusia, reunidos alrededor de la bandera monárquica. No se lanzaron a unificar Alemania para crear el mercado interno único sino para expandir el poder de la dinastía.

Naturalmente, no debemos llevar muy lejos este juicio. Tampoco los junkers desconocían la necesidad militar de contar con una interrelación económica entre las distantes partes de Alemania, con un sistema de comunicaciones y transportes, mediante una trabazón íntima de los principados. A este respecto, la burocracia berlinesa, antes de Bismarck, trabajaba tenazmente en esa dirección. Estos prusianos "trabajaban en silencio en una obra práctica de considerable alcance: eran los funcionarios de Berlín, los representantes de esa burocracia cuya inteligencia admiraba Hegel y cuyo éxito alabó Ricardo Cobden. Uno de ellos, Motz, había inaugurado en 1829 las pacientes negociaciones que hicieron caer una a una las barreras aduaneras tan molestas para el comercio y la industria de Prusia y de los países vecinos. Fue una obra difícil e ingrata: como ha dicho un historiador, 'nada se parece menos a un gran movimiento nacional que esos interminables y sospechosos regateos, esas áridas discusiones financieras, en las que los Estados secundarios trataban de vender lo más caro posible su adhesión al sistema prusiano'".[719]

Felices de renunciar al heroísmo, los burócratas prusianos podían decir en 1829 con el burgomaestre de Magdeburgo: "Sin valemos de la espada, ese tratado da por fin a nuestro país un lugar en Alemania y por consiguiente también en Europa".[720]

En efecto, el Zollverein nacía en 1833; pero la circulación de las mercancías por el mercado unificado no lograría constituir por sí sola la Nación alemana. ¡Habría que valerse de la espada, de todos modos!

Que este factor dinástico, persiguiendo fines puramente militares, realizase al fin y al cabo la tarea histórica de otra clase social, fue reconocido por Marx y Engels: no era la primera vez y no sería la última que un proceso histórico se realizase por medios reaccionarios y por una clase íntimamente hostil a ese progreso. Como dice Mannheim:

"La camarilla militar constituía el núcleo del cuerpo social alemán. Eso a su vez se relaciona con la situación geográfica, en especial la de Prusia, entre dos países enemigos, lo cual llevó de un modo natural a la formación de un Estado militar"[721]

La unidad nacional alemana, en definitiva, abría un ancho campo para la concentración e

[719] Georges Weill, La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad, Ed. Uteha, México, p. 72.

[720] Ibíd.

[721] Mannheim, ob. cit., p. 91.

individualización política y sindical del proletariado alemán: "Para los obreros, todo lo que centralice a la burguesía es por supuesto favorable", comentaba Marx.[722] Por su parte, Engels juzgaba que este proceso había caído como un regalo "en manos de la burguesía. Pero no sabe dominar, es impotente e incapaz de hacer nada. Lo único que sabe hacer es vomitar furia contra los obreros en cuanto éstos se ponen en movimiento"[723]

5. Cuestión social y cuestión nacional

Sin embargo, esa guerra había sido desencadenada por una deliberada provocación de Bismarck, al falsificar el famoso telegrama de Ems.[724] Pero la provocación de Bismarck, ignorada por Engels en ese momento, no alteraba el significado histórico de esa guerra, del mismo modo que Engels no se engañaba con respecto al canciller prusiano que había proclamado ante la Europa estupefacta su decisión de consumar la unidad alemana "por el hierro y por la sangre". Los miembros de la I Internacional, por su parte, no entendían mucho la cuestión nacional alemana, sobre todo aquellos que pertenecían a naciones ya constituidas.

Marx comenta irónicamente en una carta a Engels, del 20 de junio de 1866, los incidentes de una reunión a la cual había asistido en Londres sobre la guerra austroprusiana:

"Los representantes de la 'joven Francia' (No obreros, subrayado de Marx,) se vinieron con el anuncio de que todas las nacionalidades y aun las naciones eran 'prejuicios anticuados'. Stirnerismo proudhonizado. Todo debe disolverse en pequeños 'grupos' o 'comunas' que a su vez formarán una 'asociación' pero no un Estado... Los ingleses se rieron mucho cuando empecé diciendo que nuestro amigo Lafargue, etc., que había terminado con las nacionalidades, nos había hablado en 'francés', esto es, en un idioma que no comprendían las nueve décimas partes del auditorio. También sugerí que por negación de las nacionalidades él parecía entender, muy inconscientemente, su absorción en la nación francesa modelo[725]

El representante de la pequeña burguesía, Proudhon, oponía la "cuestión social" a la "cuestión nacional", ignorando su interrelación y anticipándose en un siglo a muchos

---

[722] Marx y Engels, Correspondencia, p. 231

[723] Marx, Obras Escogidas, T. I, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, p. 674.

[724] La guerra francoprusiana fue preparada con el mayor cuidado por el canciller Bismarck, que la juzgaba políticamente necesaria para constituir la Nación alemana. En una situación tensa entre Napoleón III y Guillermo I, Bismarck recibió un telegrama de su emperador, destinado a la prensa, pero de carácter conciliador. Mediante una audaz síntesis de su texto lo transformó en un comunicado de corte provocativo y brutal que precipitó el estallido de las hostilidades. (V. Henry Valloton, Bismarck, Ed. Fayard, París, 1961, p. 223.)

[725] Marx y Engels, Correspondencia, p. 26.

"cipayos de izquierda" en América Latina.

El problema de Irlanda perfeccionó las ideas de Marx y Engels en la materia. Marx se sumergió durante varios años en el estudio de la historia irlandesa; Engels llegó a escribir borradores para publicar una Historia de Irlanda. Pero si durante mucho tiempo Marx había considerado que la liberación irlandesa del yugo británico sólo podía ser el resultado del triunfo del socialismo en Gran Bretaña, dichos estudios lo llevaron a la conclusión inversa.[726]

En 1869 Engels escribía a Marx que "la historia irlandesa le muestra a uno lo desastroso que es para una nación el haber subyugado a otra nación".[727] Las sangrientas represiones del gobierno inglés en Irlanda movieron a la Internacional, por inspiración de Marx, a pronunciarse sobre el asunto. Marx escribía a su amigo Kugelmann:

"La condición primera de la emancipación en Inglaterra -el derrocamiento de la oligarquía terrateniente inglesa sigue siendo imposible debido a que la posición de ésta no puede ser conmovida mientras mantenga sus fuertemente atrincherados puestos de avanzada en Irlanda... En Irlanda no se trata de una simple cuestión económica, sino al mismo tiempo de una cuestión nacional".[728]

6. Irlanda y la dominación británica

La conclusión era la siguiente: Irlanda es el baluarte de la aristocracia terrateniente inglesa. Esa es la base de su fuerza, no sólo en Irlanda, sino sobre todo en la propia Inglaterra. Pero el derrocamiento de la aristocracia inglesa en Irlanda supone la posibilidad de su derrocamiento en Inglaterra. Hacerlo primero en Irlanda es mucho más fácil, porque en Irlanda la cuestión de la tierra está ligada a la cuestión nacional y por "la naturaleza apasionada de los irlandeses y el hecho de que son más revolucionarios que los ingleses".[729]

Al mismo tiempo, la dominación inglesa sobre Irlanda permite a la burguesía inglesa disminuir los salarios en Inglaterra con la empobrecida mano de obra irlandesa que emigra a Gran Bretaña. De aquí que la población trabajadora inglesa estuviera dividida en dos campos

[726] Marx decía.: "Está en interés directo y absoluto de la clase obrera inglesa que ésta se libre de su actual vínculo con Irlanda. Y ésta es mi convicción más completa, y ello por razones que en parte no puedo expresarles a los propios obreros ingleses. Durante mucho tiempo creí que sería posible derrocar el régimen irlandés por el ascendiente de la clase obrera inglesa. Siempre expresé este punto de vista en The New York Tribune. Pero un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera inglesa nunca hará nada mientras no se libre de Irlanda. La palanca debe aplicarse en Irlanda. Por esto es que la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general" (en Correspondencia, p. 297).

[727] Marx y Engels, Correspondencia, p. 283. Se trata de una variante de la frase del Inca Yupanqui.

[728] Ibíd., p. 306.

[729] Ibíd., p. 305.

hostiles: los proletarios ingleses y los proletarios irlandeses.

"El obrero inglés común odia al obrero irlandés en cuanto competidor que baja su nivel de vida. En relación con el obrero irlandés (el obrero inglés) se siente miembro de la nación dominante, convirtiéndose así en instrumento de los aristócratas y capitalistas en contra de Irlanda, reforzando de este modo la dominación de aquéllos sobre sí mismos. Alberga prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra el obrero irlandés. Su actitud para con éste es muy parecida a la de 'los blancos pobres', para con los negros en los antiguos estados esclavistas de los EE.UU. Por su parte, el obrero irlandés, se lo devuelve con intereses en la misma moneda. Considera al obrero inglés como partícipe del pecado de la dominación inglesa sobre Irlanda y al mismo tiempo como su estúpido instrumento".[730]

Al redactar su circular confidencial sobre la cuestión irlandesa para la I Internacional, Marx reiteraba el aforismo del Inca Yupanqui en las Cortes de Cádiz: "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre".[17]

De esta manera, Marx sentaba la idea motriz de la interpretación revolucionaria de la cuestión nacional: la contradicción entre nación dominante y nación oprimida. Por lo demás, Marx señalaba que "lo que los irlandeses necesitan es un gobierno propio e independiente respecto a Inglaterra... una revolución agraria... y tarifas aduaneras proteccionistas contra Inglaterra una vez que los irlandeses sean independientes, la necesidad los volverá proteccionistas, como lo hicieron Canadá, Australia, etc.".[731]

7. El conservatismo del proletariado inglés

Las relaciones entre el proletariado inglés y su burguesía, en las condiciones del dominio industrial del mundo por Gran Bretaña, merece una observación especial. En ningún momento consideraciones de "internacionalismo abstracto" deben hacer perder de vista a la clase obrera concreta de la Inglaterra de ese tiempo, que por tantos motivos recuerda al actual proletariado norteamericano y europeo. Al estallar la guerra civil entre los Estados del Norte y los Estados esclavistas del Sur en Estados Unidos, Inglaterra apoyaba a los esclavistas, no por razones "ideológicas" sino porque la industria textil inglesa se abastecía del algodón empapado en la sangre de los esclavos negros del Sur.

Pero mientras el grueso de los obreros ingleses simpatizaba con Lincoln, al que Marx en

---

[730] Véase en capítulo IV de esta obra, parágrafo 19: Del Inca Yupanqui a Carlos Marx.

[731] Ibíd.,p. 296.

nombre de la Internacional envió un mensaje de apoyo, el autor citado se indignaba ante la "actitud cobarde de los obreros de Lancashire. Cosa semejante no se ha visto en el mundo... durante este reciente período, Inglaterra se ha cubierto de vergüenza más que ningún otro país; los obreros, por su naturaleza de esclavos cristianos; la burguesía y los aristócratas, por su entusiasmo por la esclavitud en su forma más directa. Pero las dos manifestaciones se complementan mutuamente"[732]

Engels, a su vez, en una carta a Kautsky, no se andaba con rodeos: "Usted me pregunta lo que piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues exactamente lo mismo que piensan acerca de la política general: lo mismo que piensa el burgués. Aquí no hay partido obrero, sólo hay conservadores y liberales-radicales, y los obreros comparten gozosos las cadenas del monopolio inglés del mercado mundial y las colonias".[733]

8. Errores de Marx sobre la colonización de la India

Para Marx como para Engels la cuestión nacional se planteaba solamente on la Europa civilizada, donde algunas nacionalidades no habían logrado aún erigir su Estado nacional por las supervivencias feudales o por el dominio retrógrado de los imperios multinacionales (Austria, Hungría, Turquía y Rusia zarista). Si no siempre alentaban y apoyaban los movimientos nacionales (cuando juzgaban por ejemplo que algunos de éstos formaban parte do las intrigas dinásticas de la época), su actitud frente a Polonia, el movimiento irlandés y otras naciones europeas oprimidas era inequívoca. Más ambigua era la actitud de Marx y Engels en lo que concierne al mundo colonial y semicolonial extraeuropeo.

En lo tocante a la India, por ejemplo, Marx incurrió en un error notable. Rehusando ver en el pasado del Indostán una "edad de oro", describía minuciosamente el pavoroso espectáculo del despotismo asiático, cuyas finanzas eran el pillaje organizado hacia adentro, así como su administración militar era el pillaje organizado hacia afuera y cuyo único mérito histórico, derivado de las condiciones climáticas y la naturaleza del suelo, consistía en la organización de grandes obras hidráulicas, riego artificial, etc. Sin olvidar la descripción de la cruel penetración británica en la India y dejando a un lado los aspectos morales del proceso histórico, se preguntaba "si al realizar una revolución social en el Indostán", Inglaterra no era "el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución".[734]

[732] Marx y Engels, La guerra civil en los Estados Unidos, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1946, p. 305.

[733] Engels, Correspondencia, p. 415.

[734] Marx, Obras Escogidas, Tomo I, p. 358.

En 1853 la naturaleza del imperialismo y sus resultados no estaban a la vista y ni siquiera Marx podía adivinar ese proceso.

"Inglaterra tiene que cumplir en la India, escribía, una doble misión: destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia."[735]

Marx suponía que la penetración de una potencia capitalista en el mundo atrasado debía acarrear necesariamente la introducción del capitalismo en ese mundo, lo que estimaba justamente como un gran progreso histórico.[736]

"Si introducís las máquinas en el sistema de locomoción de un país que posee hierro y carbón, ya no podréis impedir que ese país fabrique dichas máquinas... El sistema ferroviario se convertirá por tanto en la India en un verdadero precursor de la industria moderna."

Un siglo más tarde sabemos que no fue así y por qué razones el imperialismo se convirtió en el principal obstáculo no sólo para desarrollar la gran industria sino también para asegurar la pervivencia del atraso agrario. Al predecir tales resultados en la penetración inglesa en la India, Marx observaba la propensión natural de los hindúes para las artes mecánicas.

Además, "la industria moderna, llevada a la India, por los ferrocarriles, destruirá la división hereditaria del trabajo, base de las castas hindúes, ese principal obstáculo para el progreso y poderío de la India".[737]

El ferrocarril británico en la India, como lo hizo en la América Latina, no llevó sin embargo a la creación de la industria hindú, sino a la destrucción de las viejas artesanías nacionales y a la introducción de los productos terminados de la industria inglesa. Las castas hindúes, no sólo no fueron suprimidas, sino que por el contrario fueron fortalecidas por el conquistador y subsisten hasta hoy, como resultado del apoyo inglés a los príncipes y déspotas orientales. En ese orden de las ideas, las previsiones de Marx no se han verificado.

9. Engels aplaude la agresión yanqui a México

Engels, por su parte, formuló aventurados juicios en la misma época sobre la anexión norteamericana de México, que han sido utilizados posteriormente como justificación teórica de una posición antinacional. Pero para el joven Engels, las operaciones de anexión llevadas a

---

[735] Ibíd., p. 363.

[736] Una particularidad fueron los países productores de alimentos, como Uruguay y Argentina en el Río de la Plata. Aquí, precisamente porque el imperialismo necesitaba producir alimentos en grandes proporciones, impulsó el desarrollo capitalista de las relaciones de producción en el sector agropecuario.

[737] Marx, ob. cit., p. 365.

cabo por la rapaz burguesía yanqui a costa del territorio mexicano eran episodios del proceso mundial de expansión del capitalismo; gravitaban en su espíritu, no sólo estas consideraciones, que para su época parecían estar justificadas desde Europa, sino también los propios y clásicos prejuicios europeos sobre los pueblos atrasados.

En este sentido, ni siquiera Marx y Engels podían emanciparse bajo ciertos aspectos de las "ideas dominantes" de su tiempo. Sólo así puede concebirse que Engels aplaudiese el pillaje de las minas de oro de California, pertenecientes a México, por los "enérgicos yanquis", más aptos para explotarlas que los "perezosos mexicanos".[738] La cuestión nacional les resultaba clara en Europa, no en América Latina. Lo monstruoso no son estos errores de Engels, sino que todavía existan marxistas, en América Latina, que desdeñen la cuestión nacional irresuelta con la autoridad que proporcionan los errores de tales clásicos. En un artículo publicado por Engels en 1848, el año del Manifiesto Comunista, se regocijaba de la marcha irresistible del capitalismo mundial, que a sus ojos suponía el fortalecimiento de la clase obrera (europea). En él decía lo siguiente:

"Hemos presenciado también, con la debida satisfacción, la derrota de México por los Estados Unidos. También esto representa un avance. Pues cuando un país embrollado por guerras civiles y sin salida alguna para su desarrollo, un país cuya perspectiva mejor habría sido la sumisión industrial a Inglaterra, cuando este país se ve arrastrado forzosamente al progreso histórico, no tenemos más remedio que considerarlo como un paso dado hacia adelante. En interés de su propio desarrollo, convenía que México cayese bajo la tutela de los Estados Unidos... ¿Quién saldrá ganando con esto? La respuesta es siempre la misma: la burguesía y sólo la burguesía...".[739]

Esto significaba para Engels que cuanto más rápido se operara la concentración del capital, más rápidamente el proletariado ajustaría sus cuentas con la clase explotadora. Por eso concluía su artículo con un anuncio impregnado de ingenua ironía:

"¡Continuad batallando valientemente y sin descanso, adorables señores del capital! Todavía tenemos necesidad de vosotros... vuestra misión es la monarquía absoluta; aniquilar elpatriarcalismo... Dictad vuestras leyes, brillad en el trono de la majestad creada por vosotros mismos, celebrad vuestros banquetes en los salones de los reyes y tomad por esposa a la hermosa princesa pero no olvidéis que a la puerta os espera el verdugo".[740]

---

738 Véase Domingo F. de Toledo y J., México en la obra de Marx y Engels, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1939, p. 30.

739 Engels, "Los movimientos revolucionarios de 1847", en el apéndice del Manifiesto Comunista, Ed. Cénit, Madrid, 1932, p. 412.

740 Engels, ob. cit.

Engels tenía 27 años cuando escribía ese apresurado Réquiem al desarrollo burgués. Su error era inevitable, pues a la burguesía no le esperaba aún su verdugo, el proletariado, sino sus víctimas, los pueblos del mundo colonial, y todavía contaba con un largo período de ininterrumpida expansión.

10. Marx difama a Bolívar

La puntualización de estos juicios de Marx y Engels sirve para poner de relieve la importancia de una conciencia crítica de su legado. A este respecto, la famosa condenación de Bolívar por Marx es bien conocida:

"Pero ver que comparen a Napoleón I, con el pillo más cobarde, más vulgar y miserable, es algo que excedía todo límite. Bolívar es el verdadero Soulouque", escribía Marx a Engels.[741] En un trabajo dictado por la necesidad de sobrevivir, escrito para la Enciclopedia Americana, Marx describe superficialmente las campañas militares de Bolívar. Afirma que las derrotas iniciales del caudillo americano se debían a su incapacidad militar y sus triunfos posteriores, a la Legión Británica. Bolívar, "como la mayoría de sus coterráneos era incapaz de cualquier esfuerzo prolongado"; en lugar de hacer la guerra, "gastaba más de dos meses en bailes y fiestas"', indolente, en vez de avanzar sobre el general Morillo resueltamente, en cuyo caso "la fuerza europea de su ejército habría bastado para aniquilar a los españoles... prefirió prolongar la guerra cinco años más"; dejó al "General Sucre todas las tareas militares, y se decidió por su parte a hacer entradas triunfales, a publicar manifiestos y promulgar constituciones".

En fin, con el Congreso de Panamá, Bolívar se proponía "hacer de toda América del Sur una república federal de la que él sería dictador."[742]

Estos infortunados juicios de Marx sobre Bolívar estaban sin duda influidos por la tradición antiespañola prevaleciente en Inglaterra, donde vivía Marx, y por el común desprecio europeo hacia el Nuevo Mundo, cuyos orígenes se remontaban a los filósofos de la Ilustración y a las observaciones olímpicas de Hegel en su Filosofía de la Historia Universal.

Por lo demás, América Latina estaba fuera del foco visual de las preocupaciones de Marx. Lo que resulta más trágico aún, es que esta actitud hizo escuela entre muchos de sus discípulos europeos y no pocos latinoamericanos rusificados, cuando ya América Latina

---

[741] Véase Revista Dialéctica, N° 5, año I, Buenos Aires, julio de 1939, p. 272.

[742] Marx, Simón Bolívar, Ed. de Hoy, Buenos Aires, 1959, p. 51 y ss.

había demostrado en la historia universal que era imposible ignorarla.

11. La cuestión nacional en el siglo XX

La cuestión nacional cambia de carácter cuando la constitución del imperialismo a fines del siglo XIX abre la época del saqueo general de pueblos y continentes enteros. En el siglo XX la cuestión nacional se vincula íntimamente a la cuestión colonial y a la lucha contra el imperialismo mundial. En los tiempos de Marx y Engels la cuestión nacional aparecía como la forma rezagada de la formación de los Estados nacionales en aquellos países que por diversas razones aún no habían logrado su cohesión estatal: Alemania, Italia, Polonia, Irlanda, los checos, finlandeses, servios, armenios y otras nacionalidades europeas.

Los esclavos y semiesclavos de Asia, África y América Latina no entraban en las consideraciones teóricas de los socialistas de la II Internacional pertenecientes a las "naciones civilizadas". La cuestión nacional se reducía a la cuestión nacional de los aludidos europeos de segunda clase. La II Internacional se había formado como resultado del crecimiento del capitalismo europeo en su hora de supremo esplendor; los europeos, como los antiguos griegos, gozaban de las ventajas de la cultura occidental gracias a la explotación inicua de las colonias. Retenían para sí las libertades democráticas que las naciones europeas rehusaban a sus esclavos. Un proletariado privilegiado se había formado en tales circunstancias, pero el socialismo de este proletariado sólo abrazaba el campo de la civilización. Tal es el carácter del reformismo de la II Internacional (actual Internacional Socialista), que no sólo se manifestaba por las tesis de Bernstein con respecto a la utopía de una revolución catastrófica, sino que tendía a repetir, en condiciones radicalmente diferentes, los juicios primeros de Marx y Engels sobre el futuro del mundo semicolonial y colonial: éste sería arrastrado hacia el socialismo por el proletariado triunfante de una Europa socialista.

Sin embargo, este socialismo obeso de la II Internacional de la belle épo que, proyectaba la revolución hacia un futuro distante. Predicaba la filosofía del reposo y las maravillas de la evolución constante. Los fundamentos materiales de esa doctrina eran elocuentes, pues desde la paz de Sedán en 1870 hasta el conflicto de 1914, el capitalismo había emprendido una asombrosa carrera: la prosperidad general, el lujo, la cultura y la paz permitieron corromper a vastos círculos de obreros en Europa y sentar las bases de una ideología conformista que parecía justificar los juicios de Bernstein.[743]

---

[743] Bernstein consideraba que el mejoramiento paulatino de las condiciones de vida obreras y el aumento de poder parlamentario de la socialdemocracia postergaban sine die la perspectiva de una conquista revolucionaria

Era previsible que la cuestión colonial y nacional de los países atrasados careciera de importancia para la socialdemocracia envuelta en esa atmósfera de incesante bienestar.

12. Un debate en el Congreso de Stuttgart

A este respecto bastará señalar un significativo episodio del Congreso Internacional Socialista realizado en Stuttgart en 1907, al que Lenín consideró "el mejor congreso internacional que se haya celebrado jamás".[744]

Se habían reunido en Stuttgart 884 delegados de 25 naciones. Estaban presentes dos épocas: los grandes dirigentes de la socialdemocracia europea, Augusto Bebel, Clara Zetkin, Kautsky, Rosa Luxemburgo y los jefes revolucionarios de ese imperio multinacional situado entre Europa y Asia, entre la revolución socialista y la revolución nacional: Lenín, Trotsky, Martov, Plejanov. Las resoluciones sobre el militarismo, el imperialismo y las perspectivas de la guerra fueron perfectas. Sólo un "hecho sorprendente y lamentable" veía Lenín en el brillante Congreso de la Internacional: la discusión sobre la cuestión colonial.

En la Comisión que estudió el asunto la mayoría adoptó un proyecto de resolución en el que se leía lo siguiente:

"El Congreso no rechaza por principio en toda ocasión una política colonial, que bajo un régimen socialista, puede ejercer una influencia civilizadora".

Lenín calificó de "monstruosa" la frase. El dirigente socialista alemán Eduard David había sostenido esa tesis. Afirmaba que "no se puede combatir algo con nada. Contra la política colonial capitalista, los socialistas deben proponer un programa positivo de protección de los derechos de los indígenas"[745]

El expositor de la posición colonialista en el Congreso Socialista fue el holandés Van Kol (en aquella época todavía la pequeña y civilizada Holanda gozaba los frutos de tres siglos de explotación de millones de indonesios semiesclavos).

El socialista Van Kol fue de una lógica rigurosa: afirmó que "el anticolonialismo de los congresos no había servido para nada y que los socialdemócratas debían reconocer la existencia indiscutible de los imperios coloniales... y presentar propuestas concretas para

---

del poder. En consecuencia, opinaba que había que adecuar el lenguaje a las tareas reales y los medios a los fines; "para mí, el movimiento era todo y aquello que habitualmente se llama el objetivo final del socialismo, no era nada". Esto lo decía, pues juzgaba que el socialismo había dejado de ser un "fin", para ser una tarea a realizar diariamente, una conquista incesante de reformas. (V. Bernstein, Les mai'xistes, Ed. J'ai lu, París, 1965, p. 276.)

[744] Bertram D. Wolfe, Tres que hicieron una revolución, Ed. José Janés, Barcelona, 1956, p. 601.

[745] Ibíd.

mejorar el tratamiento de los indígenas, el desarrollo de los recursos naturales y el aprovechamiento de estos recursos en beneficio de toda la raza humana. Preguntó a los contrarios al colonialismo si estaban realmente preparados, teniendo en cuenta la situación real, para prescindir de los recursos de las colonias, aunque sus pueblos los necesitasen mucho. Recordó que Bebel había dicho que nada era malo en el desarrollo colonial como tal y se refirió a los éxitos de los holandeses al conseguir mejoras en las condiciones de los indígenas".[746]

Estos confortables socialistas europeos de 1907 no se apiadaban de los indígenas hasta el extremo de poner en peligro sus chalets con techo de pizarra, su buen licor de Guinea, sus chimeneas humeantes y sus gabanes peludos. Van Kol, con esa insinuante pregunta, persuadió a numerosos delegados de que, realmente "no podrían prescindir de los recursos naturales necesitados por sus pueblos".

Naturalmente, Van Kol tenía sus propias ideas sobre la mejor manera de conquistar una colonia:

"Todas las fuerzas socialistas deben impedir la consumación de estos regímenes salvajes de conquista y procurar que si se hace colonización, se haga para dignificar hombres y no para atrofiar y envilecer los pueblos".[747]

Excelente consejo. También el holandés se permitió agregar que en "circunstancias determinadas, la política colonial puede ser obra de civilización", aunque discretamente se reservó el describir tales afortunadas circunstancias para el socialismo. Concluyó su exposición señalando el porvenir: "Hay muy pocos socialistas que se atreverían a afirmar que en el régimen socialista no serán necesarias las colonias. ¿Qué se hará de la superpoblación de Europa?".[748]

El delegado alemán Eduard David no estuvo por debajo del holandés. Recordó al Congreso que "en un manifiesto electoral, el grupo socialista parlamentario ha declarado que los pueblos de civilización superior tienen el derecho y el deber de dar educación a los pueblos atrasados".[749]

[746] G. D. H. Colé, Historia del pensamiento socialista, T. III, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 79.

[747] La Vanguardia, Buenos Aires, 3 de octubre de 1907 (órgano oficial del Partido Socialista de la Argentina).

[748] Ibíd.

[749] Ibíd, 30 de setiembre de 1907. Este mismo "socialista" dispuesto a succionar los pueblos coloniales con el pretexto de educarlos, pocos años más tarde, al estallar la primera guerra imperialista, adoptaría una actitud equivalente. Cuando Carlos Liebknecht, el único diputado socialista alemán que entre 110 miembros del partido en el Reichs tag, rehusó votar en favor de los créditos de guerra pedidos por el Kaiser, y la mayoría imperialista exigió su expulsión del Parlamento, sus ex camaradas, que votaron por los créditos de la gran carnicería, impedidos de aceptar la expulsión de Liebknecht, se redujeron a decir que se trataba de un exaltado inofensivo;

Desde el otro punto de vista este "socialista" añadió:

"La Europa tiene necesidad de colonias. No tiene, a pesar de todo, bastantes. Sin colonias seríamos asimilables, desde el punto de vista económico, a la China".[750]

Resultó espectacular el resultado de la votación, pues a pesar de tales opiniones el Congreso rechazó la moción colonialista por sólo 128 votos contra 108. La victoria, aunque por un margen estrecho, fue lograda por los votos de los países más atrasados, mientras que la moción colonialista, como cabía esperar, contó con el apoyo de los grandes partidos socialistas de Europa. Los rusos votaron, naturalmente, en contra.

El único partido de América del Sur representado en el Congreso de Stuttgart fue el Partido Socialista de la Argentina. De ahí que su voto fuera más representativo aún, pues dio su apoyo a la moción anticolonialista. ¿El partido del Dr. Juan B. Justo, notorio partidario de las expediciones civilizadoras al África y de la supremacía de la raza blanca? Esto sería realmente inexplicable si no fuese por el hecho de que el Dr. Justo y sus amigos no viajaron a Alemania aquel año. Dicho partido debió ser representado por su delegado permanente en la Oficina Socialista Internacional, Manuel Ugarte. Ugarte dio su voto, junto a Lenín, los polacos, los búlgaros, los servios, los españoles y otros, contra el descarado colonialismo de los partidos europeos. ¡Como para que resulte inexplicable el entierro histórico de Ugarte! Los suizos, cuyo socialismo se impartía en las escuelas de hotelería, expresaron su infinita moderación absteniéndose.

Educado en una actitud reverencial hacia la socialdemocracia alemana, Lenín advirtió estupefacto el cínico oportunismo de los grandes jefes de ese país. Al comentar los resultados del Congreso de Stuttgart escribía poco después: "En este caso ha hecho acto de presencia un rasgo negativo del movimiento obrero europeo, rasgo que puede ocasionar no pocos daños a la causa del proletariado... el vasto poder colonial ha llevado en parte al proletariado europeo a una situación por la que no es su trabajo el que mantiene a toda la sociedad, sino el trabajo de los indígenas casi totalmente sojuzgados de las colonias. La burguesía inglesa, por ejemplo, obtiene más ingresos de los centenares de millones de habitantes de la India y de

---

Eduardo David se permitió añadir: "Un perro que ladra no muerde". Liebknecht fue a la cárcel. Rosa Luxemburgo escribió un volante contra David titulado: "Una política de perro". En 1919, el partido ultracorrompido de los socialistas de David, unido a la soldadesca prusiana, asesinaba en Berlín a los dos grandes jefes del proletariado, mientras se aplastaba la insurrección de los espartaquistas alemanes. (V. Paul Frolich, Rosa Luxemburg, sa vie et son oeuvre, Ed. Frangois Maspero, París, 1965, p. 279.)

[750] Ibíd. En su edición del 23 de agosto de 1907, La Vanguardia, que publicó durante más de un mes abundantes informaciones, corresponsalías y actas del Congreso de Stuttgart, da a conocer un artículo publicado en Bruselas por Le Peuple (órgano del Partido Socialista de Bélgica), en el cual puede leerse la opinión de estos social-imperialistas ante la posibilidad de que Bélgica se hiciese cargo del Congo: "Si a pesar de todos los esfuerzos la burguesía nos dota de una colonia, sólo habrá llegado la hora de luchar, palmo a palmo, para obtener en favor de ese pueblo un poco de humanidad y de justicia". Con un poquito bastaba.

otras colonias suyas que de los obreros ingleses. Tales condiciones crean en ciertos países una base material, una base económica para contaminar de chovinismo colonial al proletariado de esos países".[751]

Los mismos colonialistas de la II Internacional que proponían justificar desde el ángulo "socialista" la política colonial de sus imperios fueron los más resueltos partidarios de la primera guerra imperialista.

Este tipo de debates disgustaba al fundador del socialismo cipayo en la Argentina. El Dr. Justo daría su juicio sobre el Congreso de Stuttgart años después en los siguientes términos:

"Las declaraciones socialistas internacionales sobre las colonias, salvo algunas frases sobre la suerte de los nativos, se han limitado a negaciones insinceras y estériles. No mencionan siquiera la libertad de comercio, que hubiera sido la mejor garantía para los nativos y reducido la cuestión colonial a lo que debía ser...".[752]

El librecambismo como garantía para los indígenas esclavizados: he ahí al maestro del socialismo argentino en toda su sabiduría.

No hemos mencionado el nombre de Manuel Ugarte como delegado al Congreso Socialista de Stuttgart por azar. Mientras que el ruso Lenín se sorprendía ante el colonialismo de los delegados europeos, Ugarte no tenía motivos para mayores sorpresas. Los conocía muy bien, por sus frecuentes visitas a Europa, y de primera mano estaba informado sobre los librecambistas argentinos. En todos sus libros estableció Ugarte una diferencia radical entre los países llamados civilizados, o sea, las grandes potencias imperialistas, y los países débiles, conocidos como coloniales o semicoloniales. Esta misma distinción esencial había sido marcada por Lenín, mucho antes que los dirigentes rusos establecieran después de su muerte un antagonismo nuevo: el Estado socialista y el mundo capitalista.

Posteriormente, los chinos de la época de Mao-Tse-Tung coincidieron en clasificar los grandes dilemas de nuestra época en el enfrentamiento entre los países del Tercer Mundo y las potencias imperialistas, más bien que la lucha entre el Este y el Oeste.

Considerados los movimientos nacionales desde el punto de vista puramente económico (peligrosa reducción que es preciso manejar con prudencia), el contenido de los movimientos nacionales puede ser resumido de este modo:

"En todo el mundo, la época del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo

---

[751] Lenín, Obras Completas, T. XIII, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960, p. 71.

[752] Juan B. Justo, Internacionalismo y patria, Ed. La Vanguardia, Buenos Aires, 1938.

estuvo ligada a movimientos nacionales. La base económica de estos movimientos estriba en que, para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que territorios con población de un solo idioma adquieran cohesión estatal, quedando eliminados cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma y a su consolidación en la literatura. El idioma es el medio esencial de comunicación entre los hombres: la unidad del idioma y su libre desarrollo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, que responda al capitalismo moderno; de una agrupación libre y amplia de la población en todas las diversas clases. Es por último, la condición de una estrecha ligazón del mercado con todo propietario, grande o pequeño, con todo vendedor y comprador".[753]

13. Naciones oprimidas y naciones opresoras

Hemos dicho ya que en el siglo XIX la cuestión nacional se planteaba en los países rezagados de Europa -Alemania, Italia, Polonia, etc.-. Los movimientos nacionales en el siglo XX, en cambio, no se manifiestan en Europa sino fuera de ella, esto es, en los países coloniales y semicoloniales, donde aparecen no en virtud del desarrollo de las fuerzas productivas internas sino por la crisis mundial del imperialismo que los oprime. En tales condiciones, los movimientos nacionales de los países atrasados ya no libran su lucha contra el feudalismo interno sino contra el imperialismo exterior, al que debilita en sus propios cimientos.

Para desmentir a aquellos que confiaban en una progresiva "pacificación" y "ablandamiento" del imperialismo a causa de la prosperidad adquirida después de 1945, sus rasgos agresivos y expansivos no han hecho más que aumentar. Las intervenciones norteamericanas en Cuba, Santo Domingo, Grenada y Nicaragua, la agresión militar inglesa en las Malvinas, del mismo modo que la intrusión yanqui en Corea y en Vietnam, para no olvidar el conflicto del canal de Suez en 1956, demuestran categóricamente el carácter agresivo del imperialismo moderno.

Transformada la Unión Soviética en gran potencia de la era misilística, sus postulados de "internacionalismo proletario" no han podido ocultar la invasión militar a Hungría, Checoslovaquia y Afganistán, así como la presión militar y política sobre Polonia. Los conflictos fronterizos entre la URSS y China, que mantienen sobre las armas a centenares de miles de hombres, lo mismo que el estado de guerra casi permanente entre Vietnam y Camboya, constituyen la demostración más acabada de que la conquista del poder y la

---

[753] Lenín, ob. cit., T. XX, p. 392.

creación de un Estado considerado a sí mismo como socialista, fundado en la propiedad estatal de los medios de producción, no ponen punto final a las aspiraciones nacionalistas y territoriales de cada una de dichas naciones.

Si la URSS ha llegado a ser un país imperialista, como afirman los chinos, es un tema que dejaremos para su tratamiento por los politicólogos o "marxólogos", si es que hay profesiones semejantes. De la historia contemporánea en todo caso, se desprende que mientras rusos y norteamericanos procuran un "equilibrio" que preserve su respectivo poder y áreas de influencia, para los pueblos del Tercer Mundo y de América Latina el objetivo supremo no es el equilibrio sino la ruptura del equilibrio. En ello radica su propia salvación.

Que dicha lucha está lejos de ser simple, racional y transparente, lo demuestra la serie de movimientos nacionales que irrumpen en el Tercer Mundo bajo los ropajes más diversos y muy lejos de la tipología política concebida por los europeos.

En nombre del Islam, bajo la conducción del ayatollah Komeini, del "socialismo árabe" con el coronel Kadhafi o del Ejército peruano con el general Velasco Alvarado, las viejas nociones sobre el carácter "revolucionario" de los movimientos nacionales y sociales han perdido todo valor. El propio concepto occidental de lo "progresivo" o "reaccionario", o de la "izquierda" o la "derecha" de idéntico origen exige su empleo con escrupuloso cuidado. Sobre las fuerzas reales en presencia y sus máscaras ideológicas, León Trotsky ha escrito lo siguiente:

"El imperialismo sólo puede existir porque hay naciones atrasadas en nuestro planeta, países coloniales y semicoloniales. La lucha de estos pueblos oprimidos por la unidad y la independencia nacional tiene un doble carácter progresivo, pues, por un lado, prepara condiciones favorables de desarrollo para su propio uso, y por otro, asesta rudos golpes al imperialismo. De donde se deduce, en parte, que en una guerra entre la república democrática imperialista civilizada y la monarquía bárbara y atrasada de un país colonial, los socialistas deben estar enteramente del lado del país oprimido, a pesar de ser monárquico, y en contra del país opresor, por muy democrático que sea".[754]

Espontáneamente viene a la memoria la guerra de Malvinas. Fue un conflicto sostenido entre un gobierno militar de una dictadura en la Argentina semicolonial contra un país imperialista gobernado democráticamente, como el Reino Unido. Sin embargo, como resultó notorio para toda América Latina, menos para gran parte de la "inteligencia" argentina, las "formas" políticas velaban el desnivel histórico-social de ambos países. Y del mismo modo

[754] Trotsky, Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina, p. 57.

que en el interior de una nación las fuerzas revolucionarias, nacionalistas o socialistas, apoyan siempre las aspiraciones de justicia de las mayorías obreras y populares contra las minorías oligárquicas, en escala internacional es su deber apoyar al país injustamente relegado contra las potencias que ejercen la injusticia a escala planetaria, cualesquiera sean transitoriamente los regímenes políticos de ambos países.[755]

Por los textos reproducidos puede observarse que los teóricos y políticos rusos habían comprendido los problemas de Oriente de un modo penetrante. Sus sucesores en la Unión Soviética poco han ahondado en la materia. Sus intereses de gran potencia les sugiere una conducta básicamente dirigida a presentar tal condición. Así como el librecambismo es una doctrina imperialista para la exportación, para la Unión Soviética el artículo de exportación es el "socialismo internacionalista" pero el nacionalismo gran ruso su metro de oro.

Que la democracia formal no es el elemento para valorar los movimientos nacionales sino que para juzgarlos se impone estudiar las consecuencias prácticas derivadas de su lucha contra el imperialismo; y que el mundo moderno presencia la oposición mundial entre países opresores y países oprimidos, tales son las tesis principales del debate en el socialismo europeo y asiático del período mencionado. Se comprende que la Internacional Socialista y los socialdemócratas de hoy rehúsen aceptar tesis semejantes que ya habían rechazado sus antecesores de la II Internacional. Eso significaría condenarse a sí mismos y a la propia Europa "socialista" donde asientan su poder.

14. Consecuencias en América Latina del desconocimiento de sus problemas por los teóricos marxistas-leninistas

En los 40 volúmenes de sus Obras Completas, Lenín sólo alude tres veces a la América del Sur, seis veces a la Argentina, cuatro al Brasil, cuatro a México y en una sola oportunidad se refiere a Chile. Se trata, por lo demás, de alusiones incidentales, muchas veces incluidas en una mención estadística. A los restantes Estados de América Latina no los menciona jamás. En un artículo escrito en 1916, dice:

"No vamos a sostener la comedia de la república en algún principado de Monaco o bien

[755] Por su parte, Stalin explicaba la misma cuestión en los siguientes términos refiriéndose al naciente nacionalismo en el Egipto de principios de siglo: "La lucha de los comerciantes y de los intelectuales burgueses egipcios por la independencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha objetivamente revolucionaria, a pesar del origen burgués y la condición burguesa de los líderes del movimiento nacional egipcio y a pesar de que están en contra del socialismo; en cambio, la lucha del gobierno laborista inglés por mantener la situación de dependencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha reaccionaria, a pesar del origen proletario y de la condición proletaria de los miembros de ese gobierno, y a pesar de que son 'partidarios' del socialismo". (V. Stalin, El marxismo y el problema nacional y colonial, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1946, p. 236.)

las aventuras 'republicanas' de los generales en los pequeños países de la América del Sur o en alguna isla del Océano Pacífico, pero de esto no se deduce que sea permitido olvidar la consigna de la república para los movimientos democráticos y socialistas"[756]

En las discusiones de los primeros Congresos de la Internacional Comunista, América Latina fue omitida por completo. El presidente de la Internacional, Gregori Zinoviev, en el V Congreso de 1924 dijo en su discurso: "Poco o nada sabemos de la América Latina".

El delegado por México era un escritor norteamericano, Bertram Wolfe, quien protestó por esa ignorancia. Zinoviev contestó: "Es que no se nos informa".[757]

Antes de radicarse en México, donde formuló juicios notables sobre la revolución latinoamericana, León Trotsky tampoco tenía conocimientos serios sobre América Latina. En su Historia de la Revolución Rusa escribía:

"Las revoluciones crónicas de las repúblicas sudamericanas nada tienen de común con la revolución permanente; en cierto sentido, constituyen su antítesis".[758]

¡En América Latina había tenido lugar la Revolución mexicana! Sandino combatía con las armas en la mano contra las tropas yanquis, la Columna Prestes marchaba a través de todo el Brasil, el movimiento nacional yrigoyenista llevaba al poder a la pequeña burguesía nacionalista, pero los notables teóricos y jefes de la Revolución rusa "carecían de información".

La impenetrabilidad de la teoría marxista en América Latina no sólo derivaba de la indiferencia hacia ésta de las grandes figuras euroasiáticas del socialismo. La propia doctrina se oponía a "americanizarse". Pues lo que conocemos como "doctrina marxista" nunca fue concebida como tal por Marx, quien solamente se consagró a pensar y escribir sobre multitud de las más variadas cuestiones sin remontarse jamás a sistema alguno. La inmediata posteridad tomó a su cargo formular una especie de "codificación" de sus ideas, pero enseguida la familia se dividió en múltiples y antagónicos herederos. Lo esencial del pensamiento marxista, no obstante, que permanece inmutable en sus diversos intérpretes, salvo en la "práctica" de Lenín y de Mao, es su universalidad y su internacionalismo. De este modo entró la "doctrina marxista" en América Latina, que sufría de universalidad y de internacionalismo hasta el martirio, pues había sido despedazada en su integridad nacional e incorporada al mercado mundial del imperialismo. A fin de que esa "doctrina marxista" fuese útil, había que destruirla y reutilizarla en sus elementos vivientes para volver reconocible a la

---

[756] Lenín, ob. cit., T. XXIV, p. 59.

[757] Haya de la Torre, El antiimperialismo y el APRA, p. 58.

[758] Trotsky, Historia de la Revolución Rusa, T. II, p. 569.

realidad latinoamericana. Es lo que habían hecho Lenín en Rusia y Mao en China. Pero constituía una tarea excesiva para los hombros frágiles de los partidos comunistas latinoamericanos, que rendían culto ritual a los rusos y a los chinos y repetían como loros barranqueros a ambos, sin entender a ninguno de los dos y mucho menos a la América criolla.

Excepción hecha de Haya de la Torre y de José Carlos Mariátegui, ninguno de los partidos comunistas latinoamericanos pudo brindar una generalización teórica y creaciones originales a las grandes experiencias revolucionarias latinoamericanas.

La prensa imperialista europea había sometido a su burla despiadada las "crónicas revoluciones sudamericanas", producto directo de la "balcanización" impuesta y usufructuada por esas mismas potencias. La información de los revolucionarios de Europa debía nutrirse, a falta de otras más responsables, de esas fuentes contaminadas.

Pues los problemas de la revolución latinoamericana, en definitiva, debían ser estudiados y resueltos por los propios latinoamericanos. Al fin y al cabo, eso mismo había ocurrido en todas las revoluciones.

Si cada revolución es "peculiar" y "excepcional", en los países semicoloniales se cruzan diversos niveles técnicos y edades históricas de sorprendente antagonismo; esta combinación de atraso y progreso, de industria y barbarie produce fenómenos sociales y políticos determinantes de la acción política y de sus grandes fines. Aun dentro de la América Latina balcaniza da dichos niveles revelan diferencias muy acusadas que exigen múltiples métodos políticos de acción revolucionaria.

15. Las repúblicas quechua y aymará

Cuando el proceso conservador de la Unión Soviética afectó el funcionamiento de la Internacional Comunista, se manifestaron en América Latina los cambios producidos en la dirección latinoamericana del comunismo. Si Lenín y Zinoviev confesaban que nada sabían de América Latina, Stalin pretendía saberlo todo. La situación empeoró, como era de esperar.

Se inició la edad "stalinista". De las vaguedades y abstracciones de los inexpertos comunistas latinoamericanos magnetizados por los primeros años de la Revolución rusa, se pasó a la aplicación de fórmulas resecas extraídas de Moscú y aplicadas implacablemente a la realidad de América Latina. De este modo, el stalinismo del Perú pudo proclamar en 1931, la teoría de separar a ese país en dos repúblicas, una quechua y otra aymará.

El Partido Comunista de la Argentina, al registrar la presencia de miles de chacareros italianos en Santa Fe, que todavía hablaban piamontés y de chacareros judíos en las colonias

de Entre Ríos, declaraba que dichas "minorías nacionales" estaban oprimidas por la "nacionalidad argentina dominante" y afirmaban el derecho de los colonos italianos y judíos a la "autodeterminación nacional", y a la creación de Estados autónomos. En Bolivia, uno de los últimos fragmentos separados del virreinato del Río de la Plata, y que simbolizaba el fracaso del Libertador para unificar América Latina, debía aparecer todavía otra teoría de la "balcanización" llevada esta vez al delirio mismo.

Un teórico del stalinismo boliviano, Jorge Obando, realizó un examen de la estructura "nacional" de Bolivia y descubrió que esta República, compuesta por las viejas provincias altoperuanas del virreinato del Río de la Plata, que la oligarquía porteña lanzó a una autonomía suicida y a la que Chile en la guerra del Pacífico arrebató su salida al mar, además del territorio de Antofagasta, sería un "Estado multinacional", opresor de decenas de nacionalidades.

La "nacionalidad boliviana dominante", oprimiría a 34 nacionalidades, tribus y esquirlas etnográficas subyugados por aquélla. Dice el señor Obando:

"Si Bolivia es un Estado multinacional, ¿qué naciones, nacionalidades, tribus y grupos etnográficos entran en su composición? Nosotros consideramos que Bolivia está constituida por: una nación: bolivianos; cinco nacionalidades principales: aymarás, quechuas, chiquitos, moxos, chiriguanos; ocho nacionalidades pequeñas: chapacuras, itonamas, canichanas, movimas, cayuvavas, pacaguaras, iténez, guarayos; varias tribus y grupos etnográficos: chipayas, urus, yuracarés, mocetenes, tacanas, maropas, apolistas, tobas, mataguayos, abipones, lenguas, samucos, saravecas, otuques, curuminacas, covarecas, curavés, tapiis, curucanecas, paiconecas y sirionós".[759]

El general Belgrano, apoyado por el general San Martín, proponía en 1816 el establecimiento de una monarquía incaica para la América en emancipación. La tesis monárquica perseguía el objetivo de contar para la revolución con las grandes masas del extinguido Imperio incaico y de facilitar un grado tal de centralización política que volviera imposible la dispersión de los nuevos Estados.

Si hubiera triunfado esta tesis, quizás el quechua con el español habrían sido las lenguas dominantes de la América Criolla, unida e independiente, quizás con una tercera, la que hablaban los mexicas. Grandes naciones, como Canadá, son bilingües, y Estados prósperos como Suiza son cuatrilin gües, para no hablar de la Unión Soviética, donde se hablan y se escriben decenas de lenguas.

---

[759] Jorge Obando, Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia, Ed. Canelas, Cocha bamba, 1961, p. 27.

En ese caso, no habría sido imposible un marquesado incaico para el señor Obando y la posibilidad de que Stalin no hubiera entrado jamás en la vida del marqués. Pero no pudo ser.

Aquejado de grave rusificación, Obando ha degradado la cuestión nacional latinoamericana a la condición de pura etnografía. Esta reivindicación abstracta de los derechos indígenas -de que no goza Bolivia en su conjunto tiende a erigir a las diversas etnias en factores independientes del destino de Bolivia y de América Latina.

La tradicional resistencia de los aymarás y quechuas a emplear la lengua castellana no es sólo psicológica (por tratarse de la lengua de los antiguos dominadores) sino que ante todo reconoce una causa social, económica y cultural. La segregación del campesino indígena de la economía moderna, la subsistencia del régimen del "pongueaje", su reclusión en la economía natural, su secular separación de la ciudad monetaria y del mundo mercantil eran las causas que fijaban a las lenguas tradicionales al segregado y explotado campesino quechua o aymará.

Ya Mariátegui había identificado indio con campesino y había situado el problema en su verdadero terreno al transferir la cuestión racial a la cuestión agraria. Bastó el triunfo de la revolución nacionalista de 1953 y la resolución elemental de la cuestión mediante la distribución de la tierra entre los campesinos para ampliar la influencia lingüística española en Bolivia. La necesidad de comerciar los excedentes en las ciudades y el descubrimiento conmovedor de su libertad personal, así como de su inédito poder de compra, impulsó a centenares de miles de campesinos propietarios a aprender el castellano. Las escuelas en las zonas rurales prepararon desde entonces a las nuevas generaciones en el empleo de la lengua nacional de América Latina, junto al portugués.

En el caso que nos ocupa, sólo al imperialismo disgregador, cuyas predilecciones "indigenistas" son bien conocidas, así como su sutil campaña anticatólica y antihispánica, puede beneficiar la tendencia a multiplicar los grupos nacionales o lingüísticos o, mejor aún, los nuevos Estados, en una América criolla fragmentada desde la muerte de Bolívar y cuya última República de Panamá, en 1903, resultó una invención del imperialismo yanqui para construir el canal de Panamá contra la oposición del Senado de Colombia, país del que Panamá era su provincia norteña.

Bien es cierto que el enunciado de Mariátegui era algo simple y que el título de propiedad de su predio no trasformaba de un día para el otro a los melancólicos y humillados hijos de Atahualpa en farmers del Medio Oeste norteamericano. Pesaba sobre ellos un doloroso fardo de siglos y la mirada hostil de una cultura diferente.

Después de la acción del imperialismo disgregador, correspondería al stalinismo

rusificante realizar un esfuerzo regresivo de la clase a la raza, de la Nación Latinoamericana al Estado boliviano y del Estado boliviano al Estado multinacional (o pluritribal). Esta grotesca y a la vez trágica teoría, precisamente por su pueril exageración, permite inundar de luz el debate y apreciar sus verdaderas proporciones.

16. El insularismo stalinista

Una teoría fragmentadora de índole indigenista como la propuesta por el autor citado sólo tiende a debilitar el vínculo idiomático esencial para la formación del mercado y la Nación Latinoamericana. Si al imperialismo le bastaba con las veinte repúblicas, al stalinismo ya no le parecían suficientes; las repúblicas indígenas operarían maravillas. Esta versión burlesca de la cuestión nacional en Perú, Bolivia y Argentina era la manifestación no sólo del servilismo político de la era de Stalin, sino también la degradación sin paralelos del pensamiento marxista en América Latina.

Como Stalin había escrito un libro sobre la cuestión nacional (en Rusia) en el que describía las diversas nacionalidades que la Unión Soviética había heredado del zarismo y se exponían las tesis de Lenín sobre el derecho a separarse de dichas nacionalidades oprimidas, los stalinistas latinoamericanos, ni cortos ni perezosos, aplicaron con indudable energía ese mismo criterio, formulado en un imperio multinacional opresor de múltiples nacionalidades, a las condiciones de una gran nación semicolonial fragmentada en veinte Estados.[760] Pretendieron multiplicar la "balcanización" mediante la creación de nuevos Estados, por más fantásticos que fueran.[761]

Otros "teóricos", como Rodney Arismendi, del Partido Comunista del Uruguay, pasaban de la etnografía a la geografía y consideraban a la revolución latinoamericana no como el

---

[760] La aplicación a Bolivia, mediante el método de la science fiction, del ejemplo multinacional ruso, podrá evaluarse en toda su amenidad si el lector recuerda que el Imperio zarista o la actual Unión Soviética, contenía dentro de sus fronteras a 57 grupos nacionales. Según el censo de 1926, había 77.320.000 de grandes rusos; 31 millones de ucranios, 4.700.000 de bielorrusos, 4.900.000 turcos-tártaros, 4.578.000 de kazaks y kirguises. Las nacionalidades restantes, desde los morovinianos (1.339.000) hasta los uzbekis, sartos, turcomanos, calmucos, chinos, coreanos, mongoles, ostiacos, georgianos, armemos, etc., etc., constituían antes de la revolución pueblos antiguos, en su mayoría con viejas literaturas, clases sociales y un nivel cultural que en algunos casos no era inferior al de la nacionalidad dominante. (V. Richard Pipes, El proceso de integración de la Unión Soviética, Ed. Troquel, Buenos Aires, 1967, p. 383; y Centre D'Etudes de U.R.S.S., Contribution á l'étude du probléme national en U.R.S.S., Ed. Librairie du Recueil Sirey, París, 1948, p. 79.)

[761] Otra analogía posible entre la "nacionalidad boliviana opresora" y los grandes rusos. Se ha calculado que el crecimiento territorial del Imperio ruso entre el final del siglo XV y el final del siglo XIX, se operó a razón de 130 kilómetros cuadrados por día. El ritmo de absorción se redujo entre 1761 y 1856 a 80 kilómetros cuadrados por día. ¿Podría el Sr. Obando explicarnos el ritmo de crecimiento territorial mediante el cual los boyardos del Gran Ducado de Cochabamba absorbieron a las restantes nacionalidades hoy oprimidas en el Altiplano? (V. Pipes, ob. cit., p. 15.)

fruto de una necesidad histórico-social, sino como un hecho geográfico: la revolución latinoamericana es "una revolución continental" y su "unidad esencial está determinada, en primer término, por el hecho de quién es el principal enemigo: el imperialismo norteamericano",[762] En otras palabras, sólo por el imperialismo yanqui existe la revolución latinoamericana. Esto es rigurosamente falso. Su "unidad esencial" ya existía en tiempo de Bolívar, cuando la Nación Latinoamericana luchaba por su existencia en la época de la hegemonía inglesa. La "unidad esencial" de la revolución latinoamericana no procede de un enemigo exterior, por principal que sea, sino de la íntima exigencia de 600 millones de latinoamericanos para emerger de la miseria y la humillación. Para el stalinismo extranjerizante toda acción histórica debe obedecer siempre al "factor externo". En este juicio, vemos al diligente comisionista sirviendo a la diplomacia soviética.

Pero al mismo tiempo, dicho stalinista no ha leído a Stalin sino en los "misales" de la época, pues no encuentra en América Latina el menor rasgo "nacional". Por el contrario, se refiere pluralmentc a "los procesos nacionales" de sus Estados, exactamente igual que los imperialistas. Como lógico corolario, el confortable diputado del Uruguay se pronuncia "contra las utopías pequeño burguesas que parlotean acerca de una unidad o confederación latinoamericana en el marco de las actuales estructuras"; pero Arismendi no se pronuncia a favor de esa unidad ni siquiera en el futuro socialista.[763] ¡Muy curioso el insularismo stalinista! Las grandes potencias no podrían objetarlo.

Obando, el ya mencionado stalinista tribal, coincide con el orondo burócrata uruguayo de este modo:

"Existe, por ejemplo, la teoría que sustenta que no hay diferencias nacionales entre los pueblos de América Latina, que todos constituyen una sola nación... precisa ser denunciada

---

762 Rodney Arismendi, Problemas de una revolución continental, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1962, p. 22 y ss.

763 Renunciamos a escribir la historia melancólica de los detritus ideológicos en el stalinismo latinoamericano. Sólo recordaremos aquí el caso del Partido Comunista en Chile, cuyo patriotismo se ha reducido a tomar el partido de la miserable oligarquía chilena en el caso de Río Lauca, en la disputa con Bolivia. ¡En lugar de plantear la mezquindad de ese debate entre pueblos hermanos y señalar al verdadero usurpador de la soberanía latinoamericana (y del cobre chileno), estos stalinistas aldeanos visitaban la Casa de la Moneda para llevar su adhesión al gobierno! ¡Basta recordar su historia, desde el Frente Popular con Aguirre Cerda hasta su apoyo a Gabriel González Videla, para comprenderlo todo!

como la variante latinoamericana con que el imperialismo yanqui tiende a extirpar el patriotismo de nuestos pueblos. Es una variante del cosmopolitismo que tiende a negar la existencia de las naciones, las nacionalidades y tribus de América Latina... Esta teoría es un emparedado de nacionalismo, cosmopolitismo, trotskysmo y franquismo muy a gusto de Washington".[764]

Para quien ha descubierto que Bolivia no es un Estado sino en realidad 34 naciones, la evidencia de que América Latina es una Nación debe resultarle una horrible pesadilla. La idea de que al imperialismo debe seducirle la unidad de los pueblos latinoamericanos, con el multiplicado poder económico y político que ese hecho supone, es una idea, entre cochabambina y siberiana, cuya paternidad exclusiva debe reclamar el Sr. Obando.

Para comprender el triste destino del marxismo en América Latina y el Tercer Mundo, fuera de las curiosidades etnográficas de Obando que acabamos de describir, convendría recordar que la dictadura del general Batista contó con la colaboración de los comunistas cubanos durante la Segunda Guerra Mundial, en las personas de los intelectuales stalinistas Juan Mari nello y Carlos Rafael Rodríguez, ministros del dictador. Rodríguez es el actual vicepresidente de Cuba. En la Argentina, Vittorio Codovilla, jefe del Partido Comunista, con el apoyo activo del embajador norteamericano Spruille Braden, contribuyó a forjar la Unión Democrática que enfrentó al coronel Perón en las elecciones de 1946. Ese mismo año, los stalinistas de Bolivia, bajo la protección de la Embajada norteamericana en La Paz y las felicitaciones de Pablo Neruda, intervenían en el derrocamiento del gobierno revolucionario del mayor Gualberto Villarroel, organizador de los mineros y de los indios, ahorcado por la "turba democrática" en un farol de la Plaza Murillo, frente a la Casa de Gobierno. En 1944, en un acto realizado en Managua para apoyar al dictador Somoza, se fundaba el Partido Comunista de Nicaragua. En toda América Latina, los partidos comunistas predicaban la ruptura de relaciones con Alemania y la participación militar en la guerra mundial junto a las "democracias".

En la India, por la misma época, el dirigente comunista inglés Palme Dutt, "experto en asuntos hindúes", calificaba a Gandhi "genio pacifista del mal de la política india". Al mismo tiempo que Gandhi, Nehru y los dirigentes nacionalistas eran encarcelados por los ingleses en 1942 o pasaban a la clandestinidad, los militantes comunistas eran entrenados como fuerza voluntaria por la oficialidad británica para actuar en la Segunda Guerra Mundial. El secretario del Partido Comunista de la India denunciaba las huelgas obreras. En 1947, los comunistas

---

[764] Obando, ob. cit.

dirigieron una revuelta campesina armada contra el gobierno hindú, exactamente un día después de que éste conquistara la independencia nacional. En 1948 el nizam de Haiderabad levantó la prohibición que pesaba sobre el Partido Comunista para utilizarlo contra el Congreso Nacionalista. Lo mismo ocurrió en Indonesia, donde los comunistas fueron manipulados por los colonialistas holandeses para debilitar el movimiento nacionalista. La lista de las aberraciones "antinacionalistas" de los comunistas y de sus alianzas con el imperialismo, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, sería interminable. Preferimos limitarnos a los ejemplos ya citados.

17. Vindicación de Bolívar

Lo que no podía entender este género de teóricos que fundaba sus especulaciones sobre los textos de la Academia de Ciencias de la URSS, es que si en la Rusia zarista, "cárcel de pueblos", la esencia de la política nacional del proletariado era el "derecho a separarse", en América Latina la médula de la posición marxista en la cuestión nacional consiste en el "derecho a unirse".

Para existir como naciones normales, los pueblos atados al yugo autocrático debían separarse de ese yugo que les impedía el desarrollo económico y cultural; para obtener los mismos fines, por el contrario, los pueblos de América Latina deben federarse. El enemigo de los pueblos alógenos de la Rusia zarista era la autocracia, que ejercía su poder reuniéndolos en su puño; el enemigo fundamental de los pueblos latinoamericanos es el imperialismo, que mantiene su control económico directo y su dominio político indirecto fundado en la separación de las partes constituyentes de la Nación Latinoamericana. Si la creación de una industria pesada en la Argentina resultó muy difícil, sea por los límites del mercado, por las dificultades de la comercialización en las condiciones del mercado mundial competitivo, o por la escasez de capitales, conviene imaginar qué tipo de industria pesada podría construirse aisladamente en Cuba, en Honduras, en El Salvador o en el Ecuador, para dar sólo algunos pocos ejemplos, y de qué manera, a menos que Ecuador sea condenado eternamente a plantar bananas, podrían los Estados latinoamericanos por sí mismos escapar al flagelo del monocultivo como no fuera por una unidad económica y una planificación nacional de todos sus recursos.[765]

[765] El terrorismo ideológico del imperialismo durante un siglo y medio de "balcanización" ejerce un funesto influjo sobre la "inteligencia" latinoamericana. Aun en Guatemala, donde la tradición unionista de Morazán y de Barrios debía contribuir a mantener viva la conciencia de los intereses comunes, era posible que un alto funcionario del gobierno del Dr. Juan José Arévalo, escribiese en 1946 lo siguiente: "El término Latinoamérica es solamente una expresión geográfica porque las veinte naciones así llamadas no tienen unidad cultural. La desunidad es un resultado de las variaciones en clima, topografía y fuentes naturales, las cuales a su vez causan

Ni desde el punto de vista del capitalismo, ni desde la perspectiva del socialismo puede concebirse un desarrollo aislado de las fuerzas productivas en cada uno de los veinte Estados.

Uno de los fenómenos habituales del izquierdismo cipayo de América Latina, consiste en su manifiesta perplejidad ante la unidad latinoamericana: ¿Se trataría de federar a los Estados después de hacer la revolución en cada uno de ellos o antes? ¿La lucha por la unidad de América Latina supone la postergación de la lucha por la revolución en cada uno de los Estados balcanizados? Basta plantearse estos insensatos interrogantes para comprender cómo responderlos.

El triunfo revolucionario en la isla de Cuba (¡en una isla!) implicó inmediatamente la necesidad de romper la soledad insular del pueblo cubano. Todas las esperanzas de los cubanos se depositaron en un rápido triunfo revolucionario en Venezuela. Es completamente natural que esta espontánea actitud se fundara en la evidencia: si la revolución triunfaba en Venezuela o en Centroamérica, se impondría una planificación conjunta de sus economías con la de Cuba, quizás una moneda común, una política aduanera semejante, probablemente una federación política a corto plazo. Este acercamiento no tendría un carácter supranacional, como el Mercado Común Europeo, constituido por antiguas naciones de lengua e historia diferentes, sino esencialmente nacional, integrado por partes separadas de un mismo pueblo y que solamente unidas pueden alcanzar rápidamente las diversas etapas del crecimiento económico. La lucha se entabla, como es natural, en los cauces inmediatos creados por la "balcanización"; pero esa lucha debe tener una meta: la unidad, federación o confederación de los pueblos de habla hispano-portuguesa. Esto no excluye al Estado de Haití, cuyo francés es menos importante que su créole, hablado por el pueblo y que vincula a los haitianos a la patria común, para no referirnos a los derechos históricos que corresponden a Haití gracias al papel desempeñado por Alexandre Petión en la independencia de América.

De otro modo, la lucha por la creación de veinte Estados "socialistas" de América Latina supondría la inauguración de la "miseria marxista" o el establecimiento de algún "tutor" (Brasil o Argentina) rodeado de una nube de pequeños Estados enclenques.

Pero esta unión no será el fruto de los razonadores estériles de la diplomacia, de los técnicos híbridos que semejan "cuchillos sin hoja", ni de las conferencias incesantes de la CEPAL, que sólo ha logrado el autodesarrollo de los bien remunerados desarrollistas, sino el

---

variaciones en las condiciones económicas de cada una de las Repúblicas". (V. Dr. Marco Antonio Ramírez, "La economía latinoamericana en relación a los grandes poderes", en Revista de Economía, Guatemala, 1947, p. 211.) Más curioso resulta todavía si se considera que el presidente de Guatemala en ese momento era Arévalo, autor de un libro titulado Istmania, donde sostenía la tesis de unificar los países del istmo. (V. Juan José Arévalo, Istmania, Ed. Indoamérica, Buenos Aires, 1954.)

resultado de la revolución triunfante. La unidad de América Latina llega demasiado tarde a la historia del mundo como para que sea el coronamiento del desenvolvimiento automático de las fuerzas píoductivas de su anémico capitalismo.

La categórica necesidad de esa unión se abre paso aun a través de los gobiernos más reaccionarios: la cuenca del Plata, las grandes represas que intercomunican al Brasil, Uruguay, Paraguay y la Argentina, el Pacto Andino, la crónicamente postergada canalización del Bermejo, la conexión de las cuencas del Orinoco, el Amazonas y el Plata, el Mercado Común Latinoamericano y la moneda común, no podrán ser detenidos por fuerza alguna. La coincidencia y la unidad política de los Estados permitirán el pleno despliegue de los grandes proyectos que permitan a la América Criolla desenvolver el formidable emporio físico que descubrió Alejandro de Humboldt. Pero esa unidad política pasa por el meridiano de la revolución nacional latinoamericana.

Capitulo XVI

El colapso del Imperium en el Caribe

Hambrientos de tierra virgen, los Estados Unidos no se limitaron a la marcha hacia el Oeste.

La tradición británica de saqueo ardía en sus venas mucho tiempo antes que el imperialismo financiero apareciera en el horizonte.

En la espléndida democracia descubierta por Alexis de Tocqueville, se combinaban en rara alianza la piratería inglesa con las homilías de Thomas Paine y Jefferson.

Por lo demás, el régimen esclavista que coexistía con la "igualdad democrática" que deslumhró a Tocqueville mostraba a la América del Norte bajo una luz extraña.

Muy rápidamente el dinámico capitalismo yanqui y sus "pioneros" volvieron su mirada hacia el Sur. Cuando aún no se había constituido la Nación norteamericana, ya había comenzado en Texas, territorio de México, la ocupación de "colonos", manipulados por especuladores en tierras que prepararon el camino a la anexión posterior. En 1856, el filibustero William Walker invadió Nicaragua con 55 forajidos, respaldado por el Gobierno de Washington. Su efímero gobierno instauró de inmediato el régimen de la esclavitud.[766] Desde entonces, la región de Centroamérica y el Caribe fue dominada directa o indirectamente por Estados Unidos. Fue su térra riostra y su mare nostrum.

Bajo la protección de sus marines se instalaron en dicha región los formidables monopolios yanquis del azúcar, de las bananas, del café o de las riquezas mineras. Desde el siglo XIX el imperialismo urdió una complicada malla de intereses exportadores, redes de bancos, puertos propios, inmensos latifundios y empresas de servicios públicos de todo orden. Gobiernos locales obedientes y bases militares por doquier coronaron el poder económico norteamericano. Cada Gobierno del Caribe y de Centroamérica aprendió de memoria las palabras de Henry Stimson:

"Hasta hoy Centroamérica ha comprendido que ningún régimen que no tenga nuestro reconocimiento puede mantenerse en el poder y aquellos que no reconozcamos caerán".[767]

Quedó envuelto en una misteriosa bruma hasta el recuerdo del general Barrios, que pretendió la unificación de Centroamérica por medio de las armas. Las instituciones de las repúblicas centroamericanas o de las grandes islas del Caribe, en particular, Cuba y Santo

---

[766] Véase capítulo XI de esta obra.

[767] Edelberto Torres Rivas, Guatemala, medio siglo de historia política, Ed. Siglo XXI, México, 1981, p. 146.

Domingo, resultaron imitaciones burlescas de la tradición jurídica europea o norteamericana. Cada república, como en el resto de la América Latina, contaba con un pequeño Capitolio Blanco, poblado de diputados verbosos que sancionaban leyes imposibles de cumplir, generalmente al mando de un sátrapa civil o militar que contaba como asesor al embajador de Estados Unidos. Exhibían orgullosamente Constituciones perfectas pero estaban inconstituidos; todo se importaba del exterior, hasta las ideas políticas y estéticas. Y se exportaban al mismo origen uno o dos productos agrarios o mineros. En algunos casos también se exportaba sangre de los desesperados, como en Haití.

La industria era prácticamente inexistente en Centroamérica y el Caribe, como no fueran los "cultivos industriales" del tipo del azúcar. Aunque no había sino un ínfimo proletariado, aparecieron los partidos comunistas, manufacturados en Moscú, de acuerdo a la idea entonces dominante del "internacionalismo proletario". Semilleros de héroes oscuros y burócratas incompetentes, dichos partidos combatían obstinadamente todo brote de nacionalismo centroamericano, calificándolo invariablemente de "burgués", en lo que coincidían con el propio imperialismo. Para los Estados Unidos el ejercicio efectivo de su dominación reposaba no sólo en la propiedad de los grandes monopolios establecidos en Centroamérica. Un factor esencial de dicho poder era el fortalecimiento de los dictadores civiles o militares, que tendían irresistiblemente, al poco tiempo de sufrir las cargas del poder, a convertirse en monstruosos sátrapas del género de Trujillo, Somoza, Batista, Ubico, Duvalier, Hernández Martínez y otros semejantes. El Calígula romano palidecería de envidia ante esos tiranuelos del trópico.

Pero la particularidad de dichas satrapías consistió en que cada uno de los dueños del "poder absoluto" se convirtió no en la personificación de la burguesía nacional, sino en la "burguesía nacional" en persona. Trujillo por ejemplo, a igual que sus colegas, era un hombre-clase. Llegó a ser el propietario más importante de su isla, el principal industrial, el comerciante decisivo, el más rico banquero. Su poder político se confundió con su poder económico y con el terror de Estado. De nada valió que Somoza dijera: "No tengo problemas. Hago todo lo que Estados Unidos me pide". Al cabo llegaron a convertirse en aliados molestos e irritantes del Imperio, y en algunos casos hasta en competidores. Con los sátrapas del Caribe y de América Central la ilusión norteamericana de un Imperium fundado sobre granito, parecía haberse alcanzado. Nada se revelaría mas falso. Mediante los servicios de la CIA y de su diplomacia, Estados Unidos se vio compelido finalmente a asesinar, o derribar, a los mismos sátrapas que había entronizado y cuya fidelidad jamás puso en duda. Llegó a la conclusión de que era más útil reemplazarlos por regímenes parlamentarios dóciles y

"representativos". Una parte de las clases medias brindó su entusiasta apoyo a esta hipótesis ideal: perpetuar la condición semicolonial de Centroamérica enmascarada en los tres poderes de Montesquieu y el apoyo popular de universidades autónomas donde se estudiaba El Capital de Marx o el psicoanálisis de Freud y Lacan. Pero la historia había concluido por hartarse. Las semillas de una cólera profunda estaban sembradas y la cosecha constituiría para Estados Unidos un cruel despertar.

1. Despotismo y socialismo insular

La isla de Cuba, riquísimo emporio azucarero de los tiempos coloniales, no participó en las guerras de Independencia contra España. Era la "Isla fidelísima". La oligarquía criolla fundaba su riqueza en la explotación de los esclavos negros importados de África o América del Norte. El "progresismo" criollo no iba tan lejos como para poner en riesgo el sistema esclavista.

Los españoles eran muy capaces, para defender su hermosa colonia del Caribe, de liberar a los esclavos y volverlos contra los iluministas blancos y criollos. Algo de eso sabía el caudillo realista Boves en las sabanas de Venezuela y Bolívar lo comprobó a sus expensas. De modo que salvo ligerísimas conspiraciones, la gran conmoción que sacude a las Indias cuando los franceses invaden a España en 1808 pasa junto a Cuba sin tocarla.

Aunque colonizada por España, la isla había sido conquistada algún tiempo por los ingleses que introdujeron el comercio libre, la lectura de Adam Smith y la masonería en 1762. Mediante un tratado firmado con España en febrero de 1763, la isla regresó a manos españolas.

Al comenzar las guerras de la Independencia en toda América Hispánica, el valor de sus 147.000 esclavos, propiedad de la rica burguesía criolla, ascendía a unos 11 millones de libras esterlinas. Era un negocio de más importancia que la doctrina de la libertad política. Los grandes hacendados azucareros preferían seguir bajo el gobierno español que exponerse a las agitaciones revolucionarias.

Los Estados Unidos, por su parte, miraban muy de cerca los acontecimientos de Cuba. El secretario de Estado en Washington, Adams, escribía en una carta al ministro norteamericano en España, Hugh Nelson: "Es difícil resistir la convicción de que la anexión de Cuba a nuestra República federal será indispensable para la continuación e integridad de la Unión misma".

Lo mismo pensaba aquel famoso Monroe, creador de la doctrina de idéntico nombre.

Monroe decía en una carta al ex presidente Jefferson: "He pensado siempre... que no hay que conceder demasiada importancia a esa isla... deberíamos, de ser posible, incorporarla".

A su vez Jefferson comentaba al democrático Monroe, el 24 de octubre de 1823: "He pensado siempre que Cuba es la adición más interesante que podríamos efectuar a nuestro sistema"[768]

Entre los españoles, los ingleses y los norteamericanos de un lado, y del otro, la codicia de los hacendados criollos, a la vez ilustrados y esclavistas, Cuba atravesó gran parte del siglo XIX sometida al poder colonial. Recién en 1868, una parte de los hacendados del este, menos ricos que los azucareros de la parte occidental de la isla, se alzaron en armas contra España. Fueron muy prudentes al exhibir sus aspiraciones: sólo deseaban la "emancipación gradual e indemnizada de los esclavos". Se trataba de un movimiento de agricultores blancos, con pocos hombres de color en sus filas, pero que llegó a movilizar contra España entre 10.000 y 20.000 hombres. Las grandes figuras de este movimiento fueron el hacendado Carlos Manuel de Céspedes, el capitán mulato Antonio Maceo y Máximo Gómez. Fracasado por las negociaciones con España el ideal de una independencia completa, pasaron más de treinta años para que José Martí iniciara un levantamiento popular, apoyado por Maceo y Gómez, sobrevivientes de las viejas patriadas cubanas. Recién en 1886 se había abolido la esclavitud. La decadencia del Imperio español y de la sociedad española eran inocultables.

Pero conservaba el vigor suficiente para dominar a los ejércitos rebeldes aunque sin vencerlos por completo. El poeta soldado José Martí murió en una lucha. Poco después caía el heroico mulato Antonio Maceo. El general español Weyler, llamado por la prensa norteamericana "el Carnicero", enfrentó la guerra de guerrillas mediante una operación que convirtió a Cuba en un gigantesco campo de concentración. Pero la desenfrenada codicia de Estados Unidos empujó la guerra de Independencia entre cubanos y españoles a una guerra hispano-norteamericana. Con el pretexto de proteger la "libertad de Cuba" la prensa de Estados Unidos desenvolvió una formidable campaña de presión sobre la Casa Blanca incitando al presidente electo McKinley a declarar la guerra a España para defender las vidas y los intereses norteamericanos "en peligro".

En tanto, las autoridades coloniales del decadente Imperio hacen todo lo posible para despertar en Cuba el odio más ardiente contra "la madre Patria". Toda la economía cubana es empleada para mantener a las tropas españolas destinadas a sofocar la rebelión de la isla. Los 14.000 españoles ricos de Cuba contaban con 16 diputados en las Cortes de la metrópoli,

---

[768] Hugh Thomas, Cuba, la lucha por la libertad, T. II, Ed. Grijalbo, México, 1974.

mientras que más de un millón de cubanos sólo podían elegir 8 diputados. El colonialismo peninsular nunca fue más despótico y consagrado al pillaje que en vísperas de su desaparición.

2. El magnate Hearst gana una guerra

El magnate del periodismo amarillo, Hearst, propietario del New York Morning Journal, envió a La Habana a su mejor dibujante, Frederic Remington y a un famoso periodista, Richard Harding Davis, a los que contrató por 3.000 dólares al mes para preparar la opinión pública norteamericana ante la guerra cuyo diario preconizaba. Pero ambos periodistas pasaban sus tediosas tardes en el bar del Hotel Inglaterra bebiendo.

Hasta que un día, casualmente sobrio, Remington telegrafió a Hearst: "Todo está tranquilo... No habrá guerra... Deseo volver". Hearst le respondió con otro telegrama que se hizo célebre: "Por favor quédese. Usted proporcione los dibujos y yo proporcionaré la guerra".

No eran sólo palabras. Hearst envió a las costas de Florida diversas naves cargadas de armas y medicamentos para los guerrilleros. Pulitzer, otro conocido periodista industrial de la Ética, hacía lo mismo. Confesó más tarde que su propósito al provocar la guerra con España consistía en aumentar la circulación de sus diarios.[769]

Finalmente, para "proteger los bienes norteamericanos", Estados Unidos envió una nave de guerra a La Habana. Era el Maine. Una misteriosa explosión se produjo en la noche del 15 de febrero de 1898.

Con semejante y oportunísimo pretexto, Estados Unidos declaró la guerra al Imperio español moribundo. Los norteamericanos habían prestado antes su simpatía a los rebeldes cubanos para justificar su guerra contra España. Ahora les volvía la espalda y los calificaba de "bandoleros" o "aventureros". Si un Imperio terminaba, otro ocupaba su lugar.

Al saquear el legado colonial de España, Estados Unidos, sin reparar en la ironía de la historia, se anexó las islas de los Ladrones.

A la luz de este somero cuadro se comprende que Fidel Castro no aparecería en la historia de Cuba por azar.

3. Los beneficios de la Enmienda Platt

---

[769] Véase L. Vladimirov, La diplomacia de los EE.UU. durante la guerra hispano-america na de 1898, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1958.

Diversos procónsules yanquis se sucedieron en el gobierno de la infortunada isla, entre ellos el célebre general Leonard Wood, que luego agitaría su látigo sobre las islas Filipinas.

Las disputas políticas internas de Cuba originaron la aplicación de las estipulaciones de la Enmienda Platt en varias oportunidades, o sea, la intervención militar y política de Estados Unidos. De este modo, el ministro de Guerra norteamericano, Taft, se proclamó a sí mismo gobernador general de la República de Cuba en 1906, siendo sucedido en tal cargo por Charles E. Magoon, que prosiguió una gestión caracterizada por la corrupción más desenfrenada y la entrega de descaradas concesiones a las grandes empresas mercantiles yanquis. Magoon, sin embargo, marcó su gestión por un hecho: fundó el Ejército cubano, y puso a su frente al general Pino Guerra. No existía ejército en Cuba hasta ese momento, pues las fuerzas militares o habían sido españolas o norteamericanas. Las únicas fuerzas armadas realmente cubanas eran irregulares y habían combatido por la libertad de la isla hasta 1898. Su jefe, el general Máximo Gómez, recibió una compensación pecuniaria y se repartieron entre los soldados revolucionarios unos 3 millones de dólares, con lo cual entregaron las armas a las fuerzas de ocupación norteamericana. Así fue pacificada Cuba después de la derrota de España.[770]

Magoon creó, pues, un "Ejército cubano" hecho a su medida y a la medida del Ejército de ocupación yanqui; en otras palabras, un ejército de arribistas, concusionarios y policías típico de un protectorado. De ese cuerpo nació directamente Batista y el Ejército de Batista de 1958. Bajo la administración de Magoon "Cuba se convirtió en un paraíso para contratistas".[771]

Una vez retiradas las fuerzas yanquis, los gobiernos cubanos sucesivos estuvieron sometidos al poder de veto del embajador yanqui.

El Congreso de Estados Unidos declaró la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917; al día siguiente lo hacía Cuba. La prensa de La Habana llamaba al agregado militar yanqui el "asesor militar de Cuba". Un oficial yanqui dirigía un taller de confecciones para uniformes de soldados cubanos. Varios batallones de soldados yanquis acamparon durante toda la guerra (en realidad, hasta 1922) en Camagüey. La censura postal y telegráfica durante la guerra estuvo a cargo de oficiales yanquis. Esto fue recompensado, porque una delegación cubana se sentó entre las potencias vencedoras en Versalles. La cotización del azúcar cubano subió durante el conflicto hasta 4,60 centavos de dólar la libra.

Naturalmente, este paraíso del dólar debía encontrar su estadista típico. El destino señaló a un oscuro empleado cubano de la General Electric Company, Gerardo Machado, que había

[770] Véase Leland H. Jenks, ob. cit.

[771] Ibíd.

brindado pruebas inequívocas de mansedumbre y destreza satisfactorias para sus amos. Para lanzarlo a la política con títulos suficientes, la General Electric lo hizo general del Ejército. Desde su nueva posición continuó prestando servicios con tal eficacia que hacia 1925 los intereses norteamericanos "dominaban virtualmente todos los servicios públicos en Cuba, fuera de la ciudad de La Habana".[772]

Como era de estricta justicia, esta proeza le abrió a Machado el camino del poder supremo.

4. La sociedad cubana

La dictadura del "general" Machado entre 1924 y 1933 reafirmó los dos rasgos propios de los gobiernos cubanos desde principios de siglo: absoluto servilismo hacia Estados Unidos y un desenfrenado pillaje hacia adentro. A partir de 1930 la crisis mundial castigó cruelmente la economía monocultora de Cuba, como al resto de América Latina. La pequeña burguesía urbana y los intelectuales empobrecidos se hicieron nacionalistas. Comenzó a gestarse una protesta generalizada contra la abyección impuesta por Estados Unidos. La influencia del aprismo peruano se hizo sentir ideológicamente en la Universidad.[773] El movimiento político encabezado por el Dr. Ramón Grau San Martín se extendió y alcanzó popularidad.

En 1933 cae Machado. Aparece en escena el sargento Fulgencio Batista, que organiza una conspiración de suboficiales, declara abolidos todos los grados superiores a coronel. Se designa coronel él mismo y a sus camaradas sargentos y arroja del Ejército a la masa de oficiales ultracorrompidos y parásitos. "La mayor parte de esos oficiales jamás se habían levantado temprano. Solían dejar a Batista y a sus sargentos el trabajo de reemplazarlos."[774]

Desde esa época hasta el triunfo de la Revolución cubana Batista domina directa o indirectamente la política de la isla. Esos nuevos coroneles y generales designados por el ex sargento se instalan gozosamente en el presupuesto militar y en las granjerias del Estado. Siguen el camino ya abierto por los antecesores y jefes del procónsul Magoon. El Ejército de Batista refleja diáfanamente la putrefacción de la sociedad cubana creada por la Enmienda Platt. Una importante clase media urbana de altos ingresos, dependiente de la burguesía comercial portuaria, ofrecía el espectáculo brillante de La Habana, como en casi todas las capitales de las semicolonias. Esa burguesía comercial y esa aristocracia rural vivían en La Habana, ligadas a la pequeña burguesía profesional, técnica e intelectual; gozaban de un nivel de vida radicalmente superior a la gran mayoría del pueblo cubano, sometido a la unilateral

---

[772] Ibíd.

[773] Ibíd, p. 267.

[774] John Gunther, El drama de América Latina, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1942.

economía agraria.

Un adversario de la Revolución cubana ha admitido que el alto ingreso per cápita de Cuba no es una base suficiente para juzgar el nivel de su población. Confiesa que la economía azucarera de Cuba permanecía estancada y que "la zafra duraba generalmente sólo unos tres meses y durante el resto, 'el tiempo muerto', la mayoría de los trabajadores agrícolas o de los ingenios debían arreglárselas por su cuenta como mejor pudieran".[775]

El mismo autor estima que en los peores momentos había en Cuba unos 500.000 trabajadores que no podían ser asimilados por el orden económico imperante. Esto significa, promedialmente, alrededor de 2.500.000 almas sobre 6 millones de habitantes que carecían de lo indispensable. Ni el profesor Draper podrá negar que Cuba careciera, aun sin ideología alguna, de un buen programa revolucionario. Pero, naturalmente, como en todos los países semicoloniales, había otro polo moderno. En las ciudades, la burguesía comercial, la clase media, y sus capas inferiores estaban vinculadas al vasallaje lucrativo del turismo, al mundo de "los servicios": casas de juego, taxistas, proxenetas, burdeles, cabarets, hoteles, lustrabotas, fotógrafos, bailarinas, comisionistas, agencias de propaganda, gran prensa, dibujantes, talleres de reparación de automóviles, agentes de viajes, dentistas para turistas, parteras para turistas, médicos para turistas, granjas y productos especiales para consumo de altos ingresos, oficinas de importación de rubros suntuarios, cadenas de televisión y radio, la industria múltiple, pública y secreta de la diversión. El órgano habanero de la comunidad de negocios norteamericana escribía con orgullo: "La Habana es Las Vegas de Latinoamérica". Al mismo tiempo, surgía cierta forma de desarrollo industrial con su consiguiente clase obrera. Las industrias más importantes transformaban derivados del níquel, del azúcar o del tabaco en establecimientos industriales con altos salarios. Se trataba de productos industriales destinados a la exportación. Para el mercado interno se fabricaban fibras sintéticas, los detergentes, el vidrio, coca-cola, ginger ale: "estas industrias tenían un servicio de mantenimiento norteamericano y los elementos y repuestos necesarios se importaban por vía aérea en doce a veinticuatro horas".[776]

Pero al mismo tiempo que el centro urbano asumía características modernas, el polo agrario reflejaba la rigidez de la producción azucarera y la dependencia de la estructura de precios dictada por Estados Unidos: un mundo de trabajadores marginales, o desocupados perpetuos, trabajadores ocasionales cuya cólera era contenida por el régimen de Batista, su gran policía militar y su Ejército policial de sátrapas.

[775] Theodor Draper, El castrismo, Ed. Marymar, Buenos Aires, 1965.

[776] Draper, ob. cit.

No haremos aquí la historia política de las décadas anteriores a la revolución. Nuestro propósito se reduce a mostrar el cuadro social de esta revolución, sus tensiones internas y los factores desencadenantes de la crisis revolucionaria. El régimen de Batista que se había apoderado de Cuba durante largos años encontraba su verdadero fundamento en la absoluta incondicionalidad con Estados Unidos en el triple plano de la política militar, de la política exterior y de la política económica. Esto le aseguraba un bilí de indemnidad e impunidad perennes. Pero lo que era soportable para Estados Unidos llegó a ser intolerable a la propia burguesía comercial proyanqui, a las clases medias, a los estudiantes y a un sector de los intereses norteamericanos radicados en Cuba.

La pequeña burguesía acomodada de Cuba no sólo quería disfrutar de la leche norteamericana en lata y de los autos último modelo, sino que exigía también un pequeño Capitolio blanco y la vigencia del habeas corpus. ¡Era demasiado! Justamente era lo único Que Estados Unidos no podía exportar a sus colonias.

5. El "Ejército" de Batista

El respaldo fundamental de Batista era el Ejército que había desmantelado en 1933 y que había rehecho con sus camaradas de confianza. Era muy fácil ascender en el Ejército de Batista. Se podía ingresar como simple soldado y treinta meses después ser subteniente. El coronel Pedro A. Barrera Pérez ingresó como soldado en 1942 y en 1954 era teniente coronel.[777] Y no se trataba de una carrera excepcional. De acuerdo con el Reglamento del Ejército de Cuba había tres formas de lograr ascenso: por selección, por antigüedad y por oposición. Naturalmente, todos los ascensos eran por selección: Batista ascendía de a tres grados de un golpe a los hombres de confianza. Convirtió al Ejército en una leonera de ambiciones e intrigas sin límite. Cuando Batista dio un golpe de Estado en 1952, para recuperar el poder, recompensó al teniente Rafael Salas Cañizares con el grado de brigadier general y la jefatura de Policía. Al capitán Luis Robaina Piedra lo ascendió a general de brigada; al capitán Jorge García Tuñón, a general de brigada; lo mismo que al capitán Juan Rojas González. ¿Quién se resistía a esta maravilla? El presupuesto militar se recargaba, naturalmente, porque ese Ejército estaba agobiado de generales y coroneles, pero Batista era un dispensador infatigable de ascensos napoleónicos. Cada sector del Ejército o de las fuerzas de represión se convertía en un feudo cerrado, en abierto antagonismo con los restantes. Entre

[777] Véase Revista Bohemia N° 40, La Habana, 1954, p. 15. Un detallado relato de las intimidades en el Ejército putrefacto de Batista puede encontrarse en los números 40, 41, 42, 43, y 44 de dicha revista.

el jefe de Policía y el jefe del Ejército se luchaba por la hegemonía. Así, el segundo llamó a filas a oficiales retirados desde 1933 y los reincorporó para reforzar su posición en el Ejército, haciéndoles pagar la totalidad de los sueldos que habían dejado de percibir durante los veinte o veinticinco años de retiro. Con estas erogaciones monstruosas no resulta nada extraño que el Ejército de Batista al comenzar la lucha guerrillera careciera de las armas modernas y del equipo más indispensable, que hubo de importarse apresuradamente desde los Estados Unidos ante el comienzo de la lucha armada. Los negocios de los jefes militares eran notorios y desmoralizaban al Ejército.

El estado de ebriedad, la ineptitud técnica, los actos criminales, las venganzas personales se distribuían las luces y las sombras de las fuerzas armadas. Uno de los principales jefes militares que combatieron las guerrillas era el coronel Río Chaviano. Según su colega en el exilio, el coronel Barrera Pérez, Río Chaviano había sido justamente acusado por otro militar, el comandante Morales, "de explotar el juego, dando detalles sobre los lugares donde estaban instalados los garitos; que lucraba con el contrabando en gran escala; que participaba en orgías y bacanales casi diarias y llegaba hasta asegurar hechos de tal monstruosidad que lindan con lo amoral".

En 1954 con motivo de realizarse elecciones, el Ejército intervino de tal manera en la manipulación de los votos, que indicaba públicamente las cantidades de dinero recibidas por los diversos mandos militares para realizar esa tarea.

En cuanto al material, casi todas las unidades del Ejército estaban usando fusiles Springfield de 1903, ametralladoras livianas y pesadas de 1917, desechadas por el Ejército de Estados Unidos después de la Primera Guerra Mundial. Las municiones "eran lotes que desde muchos años antes habían sido almacenados, sin utilizarlos en prácticas de tiro, y los equipos de comunicaciones y transportes completamente ineficientes".

La explicación era sencilla: el jefe del Cuartel Maestre General del Ejército era el general de brigada Luis Robaina Piedra, consuegro de Batista, que manejaba los presupuestos militares como propios. Eran tales los negocios que se hacían en el Cuartel Maestre "que cuando muchos oficiales iban a referirse al General Robaina lo denominaban el 'comerciante Don Luis'".

En 1956, Batista aprovechó el Plan de Ayuda Mutua, Punto Cuarto, para organizar algunas unidades con nuevos equipos; los oficiales fueron enviados a seguir en Estados Unidos cursos especiales.

El régimen policial de Batista llegó a ser un flagelo para la clase media urbana, para sus hijos en la Universidad, para el propio núcleo del comercio importador habanero y, en

general, para las clases cultas que vivían en perpetuo sobresalto por las tropelías del sistema. En este cuadro emergió Fidel Castro, líder estudiantil, hijo de terratenientes, resuelto luchador político y antiguo candidato a diputado por el Partido Ortodoxo de Eduardo Chibás.[778] El apoyo político que se brindó a Castro fue en aumento a medida que la acción guerrillera se demostraba capaz de crear un foco armado contra un régimen que sólo podía entender el lenguaje de las armas. Fueron justamente las clases más acomodadas de Cuba las que brindaron su simpatía y ayuda a Castro.

6. Además de los guerrilleros

El movimiento de Fidel recaudaba fondos para la guerrilla en Nueva York y recibía ayuda del presidente de Costa Rica, José Figueres. Por su parte, el almirante Larrazábal, presidente de la Junta Democrática de Gobierno de Venezuela al caer Pérez Giménez, enviaba a los guerrilleros un avión con armas, lo mismo que la Marina Argentina, en tiempos de la dictadura oligárquica de Aramburu-Rojas. Aún durante la presidencia de Frondizi, esa ayuda continuó, según medios allegados al ex vicepresidente Alejandro Gómez, luego visitante de Cuba. Al comentar este formidable apoyo Debray añade la "notoriedad mundial, muy protectora de las cadenas capitalistas de difusión, Life y Paris Match".[779]

El conocido corresponsal del imperialista New York Times, Hebert Matthews, visitaba a Fidel en Sierra Maestra y escribía grandes y cordiales reportajes. El ex presidente Prío Socarrás financiaba otra expedición militar contra Batista, que operó desde la sierra de Escambray. El corresponsal del Chicago Tribune y el presidente de la SIP, Jules Dubois, participa activamente en las reuniones conspirativas contra Batista que se realizaban en La Habana. Dichas reuniones se hacían con frecuencia en las lujosas residencias de la aristocracia habanera, de los directores de Bancos norteamericanos de la Capital, en los

---

[778] Eduardo Chibás se suicidó frente a los micrófonos de la Radio CMQ el 5 de agosto de 1952, como protesta por la corrupción política de Cuba. En vísperas del ataque al Cuartel de Moneada, un año más tarde, un adherente al partido de Chibás, Fidel Castro, se proponía leer por las radios cubanas el último discurso de Chibás, que concluía diciendo: "¡Compañeros de la ortodoxia, adelante! ¡Por la independencia económica, por la libertad política y la justicia social!". Fórmulas muy semejantes a las de Sun-Yat-Sen en China, a las de Sukarno en Indonesia y a las de Perón en la Argentina, lo que define bien a las claras el carácter de clase del partido de Chibás, y las ideas de Castro en 1953. (V. Fidel Castro, La Revolución Cubana, Ed. Palestra, Buenos Aires, 1960, p. 35.)

[779] Debray, América Latina. Algunos problemas de estrategia, Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1967, p. 53.

exclusivos clubs de tennis o en el Country Club.

En este último se organizó un banquete en honor de Dubois. Concurrieron el presidente de la Cámara de Comercio, el rector de la Universidad de Oriente, el cura presidente de la Juventud Católica, un importante exportador de café, los presidentes de los Clubs de Leones, del Rotary, de la Asociación Médica, del Colegio de Abogados, etc. Había una silla vacía en el banquete. Le explicaron a Dubois que era el sitio simbólico reservado a Fidel Castro, que luchaba por la libertad de Cuba en la sierra.[780]

A Castro se sumaron luego tres jóvenes norteamericanos, hijos de funcionarios de la base naval de Guantánamo, que subieron a la Sierra Maestra para luchar. El arzobispo de Santiago de Cuba enviaba capellanes para los guerrilleros mientras se los negaba al Ejército mercenario de Batista. "Así Castro tendría que convertirse en el Robin Hood de la Sierra Maestra", escribe Dubois[781] en el momento de mayor éxtasis de la prensa yanqui, inmediatamente después del triunfo revolucionario. La presión del imperialismo yanqui contra Batista, a través de su prensa, era sintetizada por el mismo Dubois en su informe a la SIP.

"Batista jamás podría volver a gobernar a Cuba con libertad de prensa, pues virtualmente todo el país se oponía a él y consideraba inconstitucional su gobierno."[782]

Basta releer la lista de adheridos al llamado Conjunto de Instituciones Cubanas (en general, las corporaciones profesionales, religiosas y técnicas de la alta clase media cubana) y el texto de su manifiesto al pueblo de Cuba, para comprender que el aislamiento político de Batista era total. La gangrena del régimen se extendió al Ejército, que se convirtió en un nido de conspiraciones. Resulta verdaderamente notable que en medio de este vasto "frente", que no era precisamente un "frente nacional", sino un "frente democrático liberal cipayo", Fidel Castro con sus camaradas haya podido lanzarse hacia adelante, transformarse en nacionalista primero y en marxista después. Esta, y no la teoría de la guerrilla, que no resiste el menor análisis, es la mayor originalidad de la Revolución cubana.

Esta "Alianza de clases" permitió a Fidel alcanzar el poder cuando Batista huyó y el ejército prácticamente se disolvió sin lucha. Se comprenderá que sólo 300 o 400 guerrilleros no habrían estado en condiciones de librar una lucha frontal contra un ejército de 30.000 hombres si este ejército hubiera existido como tal. La restitución de los hechos que condujeron al triunfo de la Revolución cubana es esencial para impedir ilusiones peligrosas

---

[780] Véase Jules Dubois, Fidel Castro, Ed. Grijalbo Argentina, Buenos Aires, 1959, p. 137.

[781] Ibíd., p. 120.

[782] Ibíd., p. 150.

en el resto de América Latina y en nada disminuye los títulos de Fidel Castro como caudillo político, más bien que como jefe militar. Por el contrario, los sitúa en una dimensión mayor y más imprevista, pues Fidel invierte el hábito tan común en América Latina, de subir al caballo por la izquierda para terminar bajándose del caballo por la derecha. En su coraje moral para romper el círculo liberal cipayo que lo acompañó hasta el poder, tanto como en su coraje militar, se cifra la gloria de este latinoamericano de nuestra época que no vaciló en abrazar la bandera del socialismo.

Pero la propia historia de la Revolución cubana invalida la teoría del foco guerrillero que abstrae las especificidades de la situación político-social en que dicho foco aparece. La supresión de la lucha nacional de los países atrasados contra el imperialismo, con sus naturales formulaciones de agitación, propaganda, huelgas, campañas parlamentarias, combate ideológico, y su sustitución por un recetario empírico de fórmulas técnicas vaciadas de su contenido político, conduce a la misma vía muerta que predican los amigos de la coexistencia pacífica. La guerrilla es uno de los recursos técnicos en el amplio espectro del arsenal revolucionario; renunciar por principio a ella, resultaría tan ilógico como renunciar por principio al sabotaje, al análisis de una estadística, a la lucha parlamentaria o sindical. Del mismo modo, un marxista rechazará con mayor energía todavía a los "propagadores de marasmo", que defienden la teoría del "camino pacífico" hacia el socialismo. Es obvio que ninguna clase social reaccionaria de América Latina y del mundo cederá su lugar por la persuasión a la nueva clase social que lucha por reemplazarla. Este debate con los reformistas concluyó en 1917.

7. De Batista a la revolución de Castro

Batista había disfrutado de años felices. Se decía que la admiración que le profesaba Arthur Gardner, embajador del presidente Einsenhower en La Habana, era tan melosa, que hasta se volvía molesta para el dictador cubano. Los negocios marchaban bien. Una multitud aclamaba a la mujer de Batista cuando aparecía en público: "¡Marta del Pueblo!", le gritaba. El mundo de los negocios, tanto en Estados Unidos como en Cuba, veía en Batista un gobernante serio, de mano quizás dura, pero que guardaba las formas legales y hasta se permitía tolerar la propaganda de los comunistas, sus amigos de otros tiempos. En realidad, el Partido Comunista, que había integrado el gabinete del general Batista durante la Segunda Guerra Mundial (cuando la consigna de Moscú era "derrotar al nazi-fascismo"), se mantuvo algo al margen de la lucha política en los últimos años de Batista y guardó igual distancia

respecto al Movimiento 26 de julio fundado por Fidel Castro. Los comunistas ejercían influencia sobre los sindicatos cubanos, donde Fidel Castro contaba con escaso apoyo.

En la Universidad, de tradición impregnada de violencia, tampoco Fidel Castro era un líder reconocido. Su prisión, después del frustrado asalto al Cuartel de Moneada en 1953, y su posterior amnistía, no modificaron su adhesión a las vagas teorías moralizadoras de Eduardo Chíbás. Líder ortodoxo (una corriente vagamente democrática de un tibio antiimperialismo; en todo caso, un partido de categórico moralismo), Chibás se había suicidado ante el micrófono de una radio habanera como protesta por la corrupción de la política y la vida cubanas.

Pero era tan profunda esa corrupción y el carácter incontrolable de la policía, las frecuentes desapariciones de opositores, los asesinatos de estudiantes, las torturas, que ni siquiera la particular habilidad política de Batista, que protegía a los agentes más siniestros del sistema, lograron impedir al cabo el vuelco de la burguesía comercial y de las clases medias ilustradas hacia la más tenaz oposición. Al mismo tiempo, Estados Unidos observó con alarma creciente que su presidente de confianza se convertía en un sátrapa universalmente detestado. Nadie hacía escándalo por su fortuna privada (que algunos hacían ascender a 300 millones de dólares). Sólo el jefe de Policía, coronel Salas Cañizares, se embolsaba 750.000 dólares por mes de un original impuesto ilegal para proteger las redes de garitos de juegos clandestinos. La vida política cubana era rica en ejemplos semejantes, aun entre los opositores a Batista. Tal era el caso de Prío Socarrás, financiador luego de Fidel Castro, o de Grau San Martín, acusado por corrupción. Lo que resultaba intolerable para la sociedad acomodada, vinculada estructuralmente a los Estados Unidos, era la inseguridad personal. Los sátrapas y subsátrapas de América Latina en el ejercicio de su régimen amistoso con Estados Unidos convirtieron en guerrilleros sin proponérselo a numerosos jóvenes universitarios educados en la admiración a los protectores del Norte. Tal es la paradoja. Quedaría por señalar el papel de la guerrilla en el triunfo de Fidel Castro.

8. Revolución y leyenda

Toda revolución triunfante engendra su leyenda, más allá de la voluntad de los propios triunfadores y a veces por su voluntad. Durante muchos años, y en particular por la acción de Ernesto "Che" Guevara, se difundió en América Latina la idea errónea de que gracias a la acción de la guerrilla, los revolucionarios cubanos derrotaron al Ejército y conquistaron el poder. Dicha tesis no sólo es falsa, sino que contribuyó al derramamiento de sangre en

América Latina y a todo género de aventuras sin destino.

El autor redactó en 1964 una crítica a las teorías del Che Guevara.[783] Sólo diremos aquí que habría sido imposible que sólo 300 guerrilleros (cifra máxima, admitida por Fidel Castro) lograran derrotar a un ejército profesional, si ese ejército realmente hubiera existido. La Revolución cubana no sólo triunfó por la decisión revolucionaria de Fidel Castro sino ante todo por la descomposición general de la sociedad semicolonial cubana, la naturaleza policial de la fuerza armada de Batista (que vendía sus armas a los guerrilleros) y el apoyo masivo de la prensa norteamericana. Sin el conjunto de circunstancias sociales, económicas, políticas, geográficas e históricas de la Cuba de 1953-1958, la guerrilla, por sí sola, no habría triunfado jamás. Abstraer de tales circunstancias el "método" guerrillero para volverlo aplicable a todo país y todo tiempo, constituyó un error fatal que hizo vivir horas amargas a la América Latina. No debe buscarse en las facultades militares de Fidel Castro el secreto de su victoria, sino en su notable flexibilidad política y en su arte para tejer alianzas que lo condujeran a la meta.

Ya a principios de 1958 Estados Unidos decretaba un embargo de armas destinadas a Batista (1.950 fusiles Garand), que estaban embaladas en los muelles de Nueva York. Batista advirtió que sus poderosos amigos empezaban a abandonarlo. El corresponsal del New York Times, Herbert Matthews, que estaba en La Habana y se había entrevistado con Castro en la Sierra Maestra, escribía en su diario del jefe guerrillero: "La figura más notable y romántica... de la historia cubana desde José Martí".

Por el contrario, a Fidel Castro las armas le llegaban en abundancia desde Estados Unidos, adquiridas con dinero de simpatizantes del país del Norte. El embajador norteamericano Earl Smith dijo al embajador inglés Alíred Stanley Fordham que Estados Unidos esperaba en caso de alguna grave emergencia, que ambos actuasen como "hermanos siameses". En esa oportunidad, como en la guerra de Malvinas, la unidad anglosajona pasó por sus mejores días.

"Los que visitaban las ciudades seguían asombrándose de hasta qué punto las clases medias y los profesionales apoyaban a Castro, sobre todo en Santiago, donde los barrios residenciales elegantes, como Vista Alegre o el Club de Campo, parecían recintos fortificados del Movimiento 26 de julio."[784]

A fines de noviembre de 1958, en el Departamento de Estado y en la CIA de Washington

---

[783] Véase Jorge Abelardo Ramos, "Los peligros del empirismo en la revolución latinoamericana", en revista Izquierda Nacional, N° 4, Buenos Aires, 1964.

[784] Thomas, ob. cit., T. II, p. 1299.

se celebraron reuniones con el embajador en La Habana y el ex embajador Pawly para discutir sobre la necesidad de que Batista renunciara y evitar con un gobierno diferente, que Fidel Castro se quedase con el poder. Ya era tarde. El 10 de diciembre, en La Habana, dijo al ministro de Relaciones Exteriores de Batista, Dr. Guell, que "los Estados Unidos no van a seguir apoyando al actual gobierno de Cuba y de que mi gobierno cree que el Presidente está perdiendo el control efectivo".

La espectral resistencia militar, con sus coroneles contrabandistas, borrachos y venales, se deshacía hora por hora.

El 17 de diciembre de 1958 el embajador Smith visitó a Batista en su despacho presidencial, rodeado de bustos de Abraham Lincoln. De nada le sirvieron los bustos al dictador. Smith le dijo que "si se retiraba evitaría el derramamiento de sangre". Batista ordenó tener dispuesto su avión personal. A las 3 de la madrugada del Iº de enero de 1959 el Presidente subió al aparato con 40 acompañantes civiles y militares y voló hacia la República Dominicana. Horas después, entraban en La Habana menos de 300 hombres, mal armados y sin experiencia profesional, que se apoderaron del poder vacante.

Demócrata, nacionalista y finalmente marxista, Fidel Castro y Cuba brindaron la más amarga desilusión a los Estados Unidos desde la catástrofe militar de Chiang-Kai-Shek en la inmensa China.

La Revolución cubana, con su ruptura de los marcos del capitalismo semicolonial y sus tentativas de transformación social -que sería preferible no designar ahora como "socialistas" abrió una nueva época en la resolución de los problemas de América Latina.

Sería injusto reprocharle a esa revolución su excesiva "dependencia" de la Unión Soviética: geográficamente situada en la boca de su más feroz enemigo, sin que la América Latina pudiera prestarle el menor apoyo, Cuba no tuvo más remedio que acordar con el bloque soviético medidas que la protegieran de un ataque norteamericano, con todas las consecuencias políticas que tal asociación originó. La revolución latinoamericana no puede aspirar a "un socialismo insular", sino a una Confederación de Estados, una "Nación de Repúblicas", para usar la expresión de Bolívar, y sólo así, fortalecidas entre sí sus partes, podrá permanecer al margen del juego mortal entre el Este y el Oeste, y seguir su propio camino.

Estados Unidos vio desvanecerse la ilusión de un Imperium en el Caribe y en Centroamérica. Pues de todo lo dicho no sería inoportuno deducir que el rapaz sistema de dominación norteamericana resultó al fin y al cabo el factor decisivo de su propia ruina.

9. De Panamá al retorno de Sandino

La jactancia del imperialismo anglosajón no reconocía límites. No resulta asombrosa sino a la luz del desconocimiento que el sistema escolar y universitario de América Latina posee respecto a los despojos territoriales e invasiones intimidatorias o depredatorias que el bloque anglosajón ha desplegado en nuesto suelo continental. Resulta más profusa la documentación en inglés que en español, pues el engreimiento del imperialismo se satisface en fijar por escrito el itinerario de sus correrías. Por el contrario, en las escuelas latinoamericanas, los estudiantes se enteran de la historia de Roma, Egipto, y de las intervenciones extranjeras... durante la Revolución francesa. Thomas, ob. cit., T. II, p. 1299.[785]

Los estudiantes de América Latina están lejos de aprender en las aulas el número de veces que Estados Unidos desembarcó sus marines en Nicaragua, en Santo Domingo, en Cuba, en Haití, en Puerto Rico, o Grenada. Ignoran que la mitad de su territorio le fue arrebatado a México por Estados Unidos, incluyendo Texas, California, la Florida, Arizona y Nuevo México.[786]

En 1783 Estados Unidos poseía 2.308.845 kilómetros cuadrados. En 1945, por compra, conquista u otros medios, había llegado a los 12.106.783 kilómetros cuadrados.

El presidente Teodoro Roosevelt promovió en 1903 una revolución en la provincia panameña de Colombia para construir el canal de Panamá a pesar de la oposición del Senado de Colombia. Con un grupo de aventureros y colombianos corrompidos, Estados Unidos separó a Panamá de Colombia. "Yo tomé a Panamá", dirá luego el presidente Roosevelt.

En Nicaragua, a partir de 1911, el gobierno se encontraba tan endeudado con la banca de Estados Unidos que todas sus rentas estaban consagradas al pago de la deuda externa.

En diciembre de 1911 se designó a un funcionario norteamericano, nombrado por los banqueros yanquis según el Departamento de Estado, como receptor de Aduana, a semejanza de Santo Domingo. El gobierno de Washington instaló como presidente de Nicaragua a un empleado de La Luz and Los Angeles Mining Company, llamado Adolfo Díaz. Una vez en el poder, el presidente Díaz propuso a Estados Unidos la firma de un tratado que permitiría al gobierno de Washington intervenir con sus tropas en Nicaragua. Esta solicitud la repetiría en 1912 y terminó con la ocupación militar permanente de Nicaragua. En ese año Estados

[785] Thomas, ob. cit., T. II, p. 1299.

[786] Véanse programa y textos del 4to. año del bachillerato en la Argentina y otros países latinoamericanos. Se omiten las intervenciones militares extranjeras, las invenciones de nuevas repúblicas y las mutilaciones territoriales.

Unidos desembarcó en Nicaragua 2.700 infantes de marina, que permanecieron en el país hasta 1933. Bajo la protección de las armas norteamericanas que ocuparon todo el país, los banqueros del Norte realizaron buenos negocios.

El grado de subordinación colonial de Nicaragua respecto a los Estados Unidos puede medirse en el hecho de que el 86% de sus exportaciones eran dirigidas hacia los puertos norteamericanos en 1920 y el 81% de sus importaciones procedían de la misma potencia. De cada cinco niños nacidos, solamente tres llegaban a la madurez. Los sobrevivientes estaban devorados por parásitos. El gobierno nicaragüense dedicaba aproximadamente 12 centavos de dólar anuales per cápita a la salud pública. Sus niños andaban descalzos y jugaban desnudos en el barro. La oligarquía cafetalera dominante en el país era una intermediaria económica y política de Estados Unidos y ejercía un tipo de dominación sobre la peonada que se asemejaba al dominio personal ejercido por el encomendero en la época de la Colonia.[787]

Para custodiar la rapiña general, en 1927 había en las costas de Nicaragua 16 barcos de guerra. No resulta difícil imaginar las razones por las cuales apareció un patriota como Augusto César Sandino en esa tierra infortunada.

Sandino era un mécanico, hijo de una familia de agricultores acomodados de Niquinohomo, que había tomado las armas para resistir la intromisión norteamericana en Nicaragua. Se hizo célebre en el mundo entero por su osadía para practicar la guerra de guerrillas en la selva contra los marines norteamericanos. Hasta un cuerpo del Ejército en las fuerzas de Chiang-Kai-Shek, en la remota China, llevaba su nombre. Tenía una rara pureza de espíritu y una intrepidez a toda prueba. Ciertas ideas teosóficas y trascendentes habían ganado su interés y por momentos un aire profético atravesaba sus palabras. Según Rodolfo Cerdas, historiador costarricense, se trataba de un fenómeno cultural muy difundido entre la pequeña burguesía centroamericana. Su "esoterismo" era empleado por Sandino para "imponer su autoridad sobre sus subalternos, y para infundirles coraje, valor y confianza a las tropas".[788]

Todo hombre que luchaba por la libertad de los pueblos sería "un continuador de Jesús y de otros escogidos". El día del Juicio Final se destruiría la injusticia sobre la tierra.

"Nicaragua era la escogida para iniciar el juicio de la justicia contra la injusticia y prender la mecha de la explosión proletaria contra los imperialistas de la tierra. Creía en los

---

[787] Véase Edelberto Torres Rivas, Interpretación del desarrollo social centroamericano, cit. por Rodolfo Cerdas en Sandino, elAPRAy la Internacional Comunista, Ed. Comisión Nacional de Ideología y Doctrina, San José de Costa Rica, 1983, p. 8.

[788] Cerdas, ob. cit., p. 212.

presentimientos y admitía haber tenido palpitaciones, 'trepidaciones mentales' y sensaciones extrañas. Decía que utilizaba la resonancia magnética de su voz en el combate, para darle confianza a sus hombres, y tenía la creencia de que los espíritus también combatían encarnados y sin encarnar."[789]

Persiguió a Sandino hasta su muerte atroz, una ingenuidad fatal sobre la naturaleza de la política nicaragüense. Siempre se inclinó hacia el Partido Liberal, y detestó al Partido Conservador; creía ver en los liberales gente más honesta.

En un artículo titulado "Nicaragua, hora cero", Carlos Fonseca, fundador del Frente Sandinista, escribía lo siguiente:

"El Partido Socialista Nicaragüense (Partido Comunista de Nicaragua) nació en un mitin cuyo objetivo era proclamar el apoyo al gobierno de Somoza. Esto aconteció el 3 de julio de 1944 en el Gimnasio de Managua" [24]

Diez años después de la muerte de Sandino, los comunistas apoyaban a Somoza. La explicación es sencilla. Como en el resto de América Latina y del Tercer Mundo, los comunistas respondían con obediencia a la orden de la Unión Soviética de subordinar las luchas nacionales a la unidad de guerra entre la URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña; por esa causa, no pocos comunistas ingresaron a los gobiernos de las más detestables dictaduras latinoamericanas.

10. Presiones sobre Sandino

Su credulidad en los "pactos" con liberales le costó la vida. Ignoró siempre la profunda ligazón estructural entre los liberales y conservadores de América Latina, "la hacienda y la tienda", que reposaba en su común usufructo de la condición semicolonial de cada país. La Argentina de hoy ha develado ese gran equívoco: conservador es sinónimo de liberal.

Sandino fue rodeado por un puñado de hombres tan heroicos y desinteresados como él: pequeños campesinos arruinados, peones mestizos o indios de las haciendas cafetaleras y bananeras, obreros mineros de los yacimientos de propiedad norteamericana, indios de la Mosquitia. No pocos oficiales de Sandino contaban con cierta instrucción, pero además de su devoción por el caudillo, los unía a todos el amor por Nicaragua.

Dos adhesiones llegaron a Sandino: la del aprismo peruano de Haya de la Torre y la de la Internacional Comunista de Moscú. Sandino se sintió mejor interpretado por el APRA, que

[789] Ibíd., p. 77.

destacó a Esteban Pavletich como secretario privado del insurrecto. A su vez, la Internacional Comunista, que pretendía seducir a Sandino para su causa, envió a un joven salvadoreño, Agustín Farabundo Martí, quien asumió funciones de coronel en el Ejército Libertador de Nicaragua. El mismo Sandino señaló que Farabundo Martí había intentado orientarlo hacia un programa comunista:

"En distintas ocasiones se ha tratado de torcer este movimiento de defensa nacional, convirtiéndolo en una lucha de carácter más bien social. Yo me he opuesto con todas mis fuerzas. Este movimiento es nacional y antiimperialista. Mantenemos la bandera de libertad para Nicaragua y para toda Hispanoamérica".[790]

Afirmó luego que su movimiento no es de "extrema derecha, ni extrema izquierda, sino Frente Unico".

Interrogado sobre los límites de la "República de Nueva Segovia", en otros términos, las tierras controladas por sus soldados, Sandino respondió que la patria por la que luchaba no tenía fronteras en la América española. En cierta ocasión se consideró un hijo de Bolívar, porque jamás traicionaría la causa latinoamericana. "Somos noventa millones de latinoamericanos y sólo debemos pensar en nuestra unificación."

Al fin, fracasado su intento de influir sobre Sandino, Farabundo Martí abandonó la lucha en Nicaragua y partió hacia México. Poco después, la Internacional Comunista, en un comunicado, calificaba al héroe de las Sego vias de vendido al imperialismo.

"Sandino se pasa al campo imperialista", decía el texto de la Correspondencia Internacional, órgano del comunismo internacional. Sin embargo, esa misma publicación, el 23 de abril de 1930 desmentía las calumnias sobre Sandino y ratificaba su integridad revolucionaria. Estos cambios de opinión no eran infrecuentes entre la alta burocracia comunista. Lo mismo haría el errado aunque rápido Farabundo Martí, minutos antes de ser fusilado en El Salvador en 1932.

Engañado por las hipócritas promesas de paz del presidente Sacasa, Sandino fue asesinado por el jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza, en la noche del 21 de febrero de 1934, en un lugar llamado La Calavera. Su cadáver fue arrojado a una fosa común. El reinado de cuarenta años de la familia Somoza comenzaba.

Pero aunque Sandino había muerto, el sandinismo había nacido. La renuente Clío, con su avara justicia, lo esperaba.

---

[790] Carlos Fonseca, Obras, 1968-69, T. I, Ed. Nueva Nicaragua, Managua, 1985, p. 158.

11. Café sin azúcar en El Salvador

Había otro teósofo en Centroamérica, pero éste no era un visionario libertador como Sandino, sino un psicópata que ejerció una dictadura feroz en El Salvador entre 1931 y 1944. El general Maximiliano Hernández Martínez, además de practicar la política de la oligarquía cafetalera, se inspiraba en otras voces esotéricas. En cierta ocasión combatió una epidemia de viruela "forrando el alumbrado público de la capital con papel celofán a colores".[791]

Detrás de las alucinaciones del dictador había en El Salvador gente muy sensata. Eran los herederos ricos de los conquistadores españoles, ya propietarios de las grandes haciendas de café. Edificaban mansiones lujosas para vigilar desde cerca la recogida del café; concluida la cosecha, marchaban a Europa para disfrutar el resto del año las delicias de la civilización, como hacían los grandes finqueros de Chile, los estancieros argentinos, o los barones del estaño boliviano. En Europa confiaban sus hijos a venerables colegios para ser educados en la vida y la lengua extranjeras.

"Sus costumbres cosmopolitas les hacían importar gran cantidad de alimentos enlatados, y en las tiendas de comestibles de la clase alta se conseguían los más sofisticados artículos. Una sola lata de comida enlatada costaba el salario de una semana de un peón agrícola. Sin embargo, se gastaban varios millones de dólares anualmente en importar alimentos de los Estados Unidos."[792]

Para ser totalmente justos, la revolución social que latía en El Salvador no obedecía solamente a la creación demiúrgica del imperialismo norteamericano. La clase cafetalera había hecho todo lo posible para acelerar la explosión. La frágil sociedad salvadoreña sucumbe ante la crisis. Dependiente absoluta de los ingresos derivados del café, es incapaz de enfrentar la conmoción. El programa reformista y nacionalista de Araujo es repudiado por los cafetaleros. Hasta los técnicos y funcionarios de la alta clase media rehúsan colaborar con su administración. Al fin, el vicepresidente y ministro de Guerra, general Hernández Martínez, el teósofo, organiza un golpe de Estado y asume el poder personal. Al año, en 1932, los sufrimientos de la población campesina habían llegado a límites intolerables y el joven Partido Comunista salvadoreño (fundado en 1930 por el anterior coronel de Sandino, Agustín Farabundo Martí) organiza una insurrección popular y campesina. El movimiento estalla el 22 de enero de 1932. Farabundo Martí es fusilado poco antes de comenzar la insurrección, que es ahogada en sangre, en una de las masacres más trágicas que recuerda la historia de

[791] Ibíd.p. 212.

[792] Ibíd.

América Latina. Se estiman entre 20.000 y 30.000 los campesinos asesinados por las tropas de Hernández Martínez en una población rural de un millón de personas.

12. El filósofo ametrallador

El casi demente dictador Hernández Martínez, después de la masacre de 1932, "explicaba tranquilamente que se trataba de 'almas liberadas', 'purificadas'; y decía que era más criminal matar a una hormiga, que no volvía a nacer, que a un hombre, porque éste reencarnaría".[793]

Se comprenderá sin esfuerzo que El Señor Presidente de Miguel Ángel Asturias o Cien años de soledad de Gabriel García Márquez, están lejos de ser obras de ficción. En el drama salvadoreño se combinaron, de un lado, las insoportables vejaciones y miserias que sufrían los sectores populares de El Salvador, con el acaparamiento de las tierras comunales, agravadas por la crisis mundial; y del otro, la irresponsable táctica de la Internacional Comunista, bajo la dirección de Stalin, que había decretado desde Moscú y para todo el planeta, la insurrección armada en cada país, fuera cual fuere su situación política y social. Se recordará que a esta política insensata (que tuvo su equivalencia en China cuando la sangrienta represión en la comuna de Cantón) correspondería luego una política exactamente inversa, la de los Frentes Populares, que rompieron con el nacionalismo y la revolución en el Tercer Mundo y obligaron a los comunistas a abrazarse con las oligarquías "liberales-progresistas" del imperialismo anglo-franco-sajón.

La historia posterior de El Salvador, hasta la aparición de la guerra de guerrillas en 1975, comprime en su escalada de violencias, injusticias y golpes militares, toda la historia de América Latina. Versiones burlescas del Mercado Común Centroamericano patrocinados por el imperialismo, planes raquíticos de desarrollo industrial y el eterno corsi e ricorsi de los ascensos y bajas del café, el algodón y el azúcar recorren como un hilo de sangre las últimas cuatro décadas.

13. Los generales "bajo sospecha"

La revolución en Cuba, Nicaragua y El Salvador no han dejado inmunes a Honduras, ni a

---

[793] Ibíd., p. 298. El mismo autor dice: "Este sistema de dominación pudo iniciar, poco después de la masacre, una política de relaciones culturales en el área, que pretendía divulgar la cultura salvadoreña a través de sus creaciones artísticas. Una de sus embajadas fue un famoso conjunto de maribambas, que ejecutaban, como una de sus piezas principales, una canción llamada la 'Tartamuda', una forma irónica de aludir a la ametralladora, que había sido el arma principal utilizada en el exterminio masivo del campesinado".

Haití o Santo Domingo. Todo el Caribe y Centroamérica se han conmovido hasta sus cimientos por el temporal revolucionario.

Nacionalismos o socialismos de Estado, militares progresistas o sacerdotes de Medellín y de Puebla, antiguos pilares del viejo orden social, otrora fracciones de la clase media hechizadas por Europa, se han visto de pronto de cara a su destino. Las antiguas distinciones entre laicos y creyentes, o nacionalistas y socialistas, del mismo modo que la devoción que despertaban los marxismos ritualizados importados del Asia o Europa tienden a desaparecer y volatilizarse en la fragua de una revolución criolla que sólo debe dar cuenta de su marcha a sí misma.

Estados Unidos asiste al fracaso de establecer un imperio perpetuo. Después de la guerra con España, se apoderó de Puerto Rico y lo convirtió en un Estado de la Unión. El famoso presidente "democrático" Franklin Roosevelt prohibió la lengua castellana en Puerto Rico. El luchador por la independencia nacional de la isla, Pedro Albizu Campos, pasó veinte años de su vida en la cárcel de Atlanta por patriota. En Haití, Estados Unidos aprovechó la pugna secular entre la "clase" mulata y la "clase" negra para apoderarse del control total del desdichado país y perpetuar dinastías completas de sátrapas. En relación con su población, Haití es el mayor exportador del Tercer Mundo en materia de "inteligencia": maestros, médicos, ingenieros, enfermeros debieron emigrar, sea por el terror político o la crisis económica. Más de un millón de haitianos viven fuera de su país. De Duvalier a Trujillo, ambos en la misma isla, los Estados Unidos consumieron la esperanza que habían depositado en sus tiranuelos. Terminó por arrojarlos del poder o eliminarlos mediante atentados organizados por la CIA. Si los sátrapas se volvían molestos y hasta irritantes competidores, ¿sería preciso confiar en las "Guardias Nacionales", esa parodia de Ejército, o en los mismos Ejércitos tradicionales? Tampoco resultaría satisfactorio este recurso. Había aparecido el curioso fenómeno de los "militares bajo sospecha", que tantos disgustos terminaron por darle a Estados Unidos en América Latina. Personalidades intratables como el general Torrijos, de Panamá, convertido en caudillo nacional y popular, o Perón, iniciador de una revolución nacional. Velasco Alvarado libertaba a millones de indios de la sierra peruana. Los generales Torres y Ovando en Bolivia enfrentaban al imperialismo, nacionalizaban el petróleo y fundaban la industria pesada. Estos ejemplos resultaban pruebas abrumadoras de que los militares latinoamericanos vivían sobre una sociedad sísmica y no pocos de ellos rompían con el statu quo. ¿Cómo confiar en ellos?

Estados Unidos terminó por creer que los "regímenes democráticos" del género de Belaúnde Terry en el Perú o de Alfonsín en la Argentina permitían ejercer una influencia más

profunda y menos visible. El poder norteamericano se ha vuelto "antimilitarista" en América Latina. Defiende el sistema parlamentario y los "derechos humanos" a condición de que los regímenes democráticos paguen la deuda externa en término y abominen del nacionalismo económico. Pero la apariencia y la realidad actúan en discordancia en América Latina. Al cumplirse doscientos años del nacimiento de Simón Bolívar, la guerra estallaba en las islas Malvinas y su cañonazo resonaba en el corazón de la Patria Grande.

Capítulo XVII

De Bolívar a las Malvinas

La guerra de las Malvinas replanteó con el lenguaje de las armas, última ra tío de la historia, la exigencia de consumar la unidad política económica y militar de la Patria Grande. Debemos concluir de una vez con la intolerable ironía de que la América Criolla sea una Nación en todos los aspectos, menos en aquellos que resultan decisivos para defender su dignidad, el nivel de vida de sus hijos y su gravitación cultural en el mundo.

1. Bolívar y el movimiento de las nacionalidades en el siglo XIX

Ni Bolívar ni San Martín combatieron pura y simplemente por la independencia de las colonias españolas en América. Por el contrario, ambos capitanes se esforzaron por todos los medios en mantener unidas las provincias americanas del Imperio a su centro metropolitano español. Tal es el significado de las conversaciones de San Martín con el virrey La Serna en Pinchauca. En Colombia, Bolívar meditaba lo mismo que San Martín. De allí nació su proyecto de una Confederación entre América y España. Sería un Imperio "compuesto de Repúblicas perfectamente independientes, reunidas para su felicidad bajo el dominio de una Monarquía constitucional".

Pero las Cortes liberales de 1820, que ni siquiera querían admitir la igualdad de las provincias americanas con las de España, rechazaron el proyecto. Eran la expresión de la raquítica burguesía española, incapaz de realizar su revolución democrática y que capitula una y otra vez ante el absolutismo.

La independencia fue irremediable y, a la vez, trágica. Pues la independencia de España nos costó la "fragmentación" en veinte repúblicas impotentes y la subordinación a los nacientes imperios anglosajones. ¿Cuál era, en consecuencia, la esencia del pensamiento político de Bolívar? Crear una Nación americana. Si era posible, proteger su crecimiento y fortalecer su débil estructura bajo el manto protector del viejo Imperio español, con la garantía del carácter constitucional de su centro monárquico.

La explicación es muy simple. Tanto Bolívar como San Martín, O'Higgins, Alvear y muchos otros soldados de las guerras contra España habían sido oficiales del rey en la metrópoli. Eran hijos de una época dominada por dos grandes temas: la Revolución francesa, con sus Derechos del Hombre y del Ciudadano, y las campañas napoleónicas, que contribuyeron a la constitución de nuevos Estados Nacionales. El siglo XIX ha sido llamado,

justamente, el siglo del movimiento de las nacionalidades. Pero la formación de los Estados Nacionales unificados en Europa, que serían formidables palancas para su progreso, encontró insuperables obstáculos en la América Criolla. No sólo se oponen a la unidad nacional de América Latina las potencias anglosajonas, cuya divisa, tomada de los romanos, sería divide et impera, sino que las oligarquías portuarias y los grandes hacendados fortalecidos después de las guerras contra España, habrían de confiscar el poder. Las clases dominantes criollas se aliaron al poder imperialista extranjero. Despojaron al pueblo de América Latina de dos valores esenciales: a) la democracia política y económica, y b) el acceso a la civilización moderna, sólo posible por la unidad de la América Criolla en una poderosa Confederación. Tal sería un resumen posible de la historia de América Latina.

2. Oligarquía e imitación

El triunfo del parasitismo oligárquico, que requiere para continuar en el poder la fragmentación de la Nación Latinoamericana, se revela esencial al dominio imperialista, lo mismo que la formación de un sistema de partidos políticos domados, una "inteligencia" colonizada y un aparato cultural que, en el caso de la Argentina, adquiere una fuerza semejante al de un ejército de ocupación. Tales apoyos del poder imperial, que hablan generalmente nuestro mismo idioma, constituyen una pieza clave de la aludida dominación extranjera. El gobernador Roberts decía en 1842, en la India conquistada por Gran Bretaña, palabras de una claridad penetrante: "Es una terrible experiencia gobernar sin la ayuda de intermediarios de extracción nativa".

La división de América Latina desencadenó un proceso contradictorio: los centros mundiales de poder se enriquecían mientras las nuevas repúblicas se empobrecían. El imperialismo saquea América Latina y realiza su acumulación; es decir, la realiza a costa de nuestra impotencia y atraso. Las clases nativas mencionadas se forman culturalmente en la veneración de las instituciones europeas, sus modas, sus libros, sus ideas y Constituciones, sus vinos y trajes, mujeres y vicios. Toda una literatura a principios de siglo va a dar testimonio deplorable de la anglomanía o francomanía lugareñas. Cada país latinoamericano se incomunica entre sí y estrecha sus lazos con un poder imperial. Las provincias se llaman ahora naciones, pero en realidad son semicolonias apenas disfrazadas por los símbolos externos de un país soberano: escudos, banderas, monedas, Constituciones, Códigos Civiles, instituciones parlamentarias, aduanas cerradas para sus vecinos y abiertas para los imperios, etc. Todo se vuelve estéril o imitativo. Las burguesías comerciales se reparten, junto al capital

extranjero depredador, la riqueza nacional. Una parte de la inteligencia literaria, profesional o técnica de la América Latina no cesa de imitar o de adorar cuanto producto proviene de Europa, cuando no va a Europa a arrodillarse ante él. Como el orangután que imaginaba Blanco Fombona y que al imitar a su amo mientras se afeitaba, terminó por degollarse con su navaja, ante el espejo.

Así esa inteligencia en la Argentina, en las palabras de Borges, expresará: "Soy un europeo en el destierro".

La escritora oligárquica Silvina Bullrich escribiría: "Mi hogar está en París y mi oficina en Buenos Aires". Julio Cortázar afirma que se fue de la Argentina hace 30 años porque "los altoparlantes con los bombos peronistas le impedían escuchar los Cuartetos de Bela Bartok" y que "prefería ser nada en la ciudad que lo es todo a ser todo en la ciudad que no es nada".

Que unos sean de derecha o de izquierda, poco importaba en la factoría pampeana hechizada por la Inglaterra victoriana. Estos intelectuales y partidos "demoliberales", hace 40 años apoyaban jubilosamente a las democracias coloniales en guerra con las potencias europeas totalitarias. Son los mismos que hoy consideran la guerra de las Malvinas como una aventura irresponsable. En 1941 pugnaban por el ingreso de la Argentina a la guerra imperialista a fin de defender a Inglaterra. Ahora rechazan la guerra argentina contra Inglaterra. El orangután sigue frente al espejo.

Muchas colonias terminan por independizarse políticamente de las metrópolis y adquieren la ficción de un status jurídico de soberanía formal. Entonces, el imperialismo mundial, en particular en los últimos veinte años, enlaza a las antiguas colonias con las cadenas del endeudamiento financiero y vuelve a someterlas mediante el poder extorsivo de la deuda externa. Es interesante a este respecto citar nuevamente al patriota Nehru, que escribió las siguientes reflexiones, detenido en una prisión de su propio país, la India, por orden del "gran demócrata" Churchill, mientras Inglaterra luchaba por la "democracia" mundial en 1944:

"Para los ingleses la India era una finca muy vasta que pertenecía a la Compañía de las Indias Orieníales y el propietario era el representante mejor y más natural de su finca y de sus arrendatarios. Ese criterio se mantuvo incluso después de que la Compañía de las Indias entregara su finca de la India a la Corona Británica, con una muy lucida compensación a costa nuestra. Así comenzó la deuda pública de nuestro país. Era el precio de compra de la India pagado por la India."

Así fue como en 1902, Venezuela fue amenazada en sus costas por una flota inglesa y otra alemana, enviadas por los acreedores europeos. Fue en esa ocasión que el general Roca, presidente de la Argentina, por medio de su canciller, formuló la Doctrina Drago, que

condenaba en América el cobro compulsivo de la deuda externa. Era un fugaz relámpago del pensamiento bolivariano, sometido a prolongados eclipses. El Atlántico Sur ahora lo convoca con inmensa fuerza en los días que corren.

3. Breve historia de piratas

En 1806 desembarcaron en las proximidades de Buenos Aires 7.000 soldados británicos. Venían al mando del general Beresford. Ocuparon a una Buenos Aires aldeana con toda facilidad. Beresford se instaló en el Fuerte (actual Casa de Gobierno en la Plaza de Mayo) y comenzó a estrechar lazos con algunas familias de la "gente decente". Pero los gauchos de los alrededores se organizaron en milicias y con algunos regimientos españoles y criollos, empezaron a luchar. Las mujeres, desde los techos bajos de las casas cercanas al Fuerte, arrojaban sobre los ingleses aceite hirviendo y grandes piedras. Se luchó casa por casa y los criollos vencieron a los soldados del rey inglés. Beresford fue tomado prisionero pero logró huir, ayudado por Saturnino Rodríguez Peña. Este porteño anglofilo fue pensionado de por vida en el Brasil por el gobierno de Su Majestad. A pesar del tiempo transcurrido, todavía Beresford cuenta en la Argentina con abnegados amigos. Al año siguiente, el Imperio británico persistió en el intento. En 1807 aparecieron 110 velas en el Río de la Plata. Desembarcaron esta vez 12.000 hombres al mando del general Whitelocke. Derrotados por los criollos, fueron capturados y reexpedidos a Inglaterra.

La tercera invasión inglesa obtuvo mejor éxito. En 1833 desembarcaron en las islas Malvinas y se quedaron 150 años. Para imponer su presencia comercial en los ríos interiores argentinos, una flota anglofrancesa se abrió camino en el Paraná en 1845. Escasas fuerzas argentinas, al mando del general Lucio Mansilla, tendieron una cadena, a falta de naves nacionales, en la famosa batalla de la Vuelta de Obligado. En 1877 una cañonera británica pretendió intimidar al gobierno argentino para favorecer una maniobra financiera poco clara de un gerente inglés en un Banco de la ciudad de Rosario. Finalmente, en 1982, la flota de la reina, cargada de oficiales coloniales y de gurkas degolladores, con un refinado armamento electrónico, reocupó las islas Malvinas, y estableció una base con armamento nuclear en el suelo de América Latina.

4. Antes de Galtieri

Un año antes de la reconquista de las Malvinas se hizo perceptible que los ingleses, al

cabo de 150 años de intercambio de notas diplomáticas, se disponían a mover otra pieza en su tablero estratégico. Por un lado habían resuelto deshacerse de su flota, reliquia de mejores tiempos imperiales. Por otro, aspiraban a contar con las islas Malvinas a un bajo costo y a la luz de las exigencias de su posición actual en el mundo. Esto último debe entenderse en el sentido de proceder sin dificultades a la explotación del petróleo del área malvinense, que los geólogos consideran de una capacidad mayor que la de Arabia Saudita, y a la industrialización del krill, pequeño crustáceo de alto poder proteico, que es una de las mayores reservas mundiales en materia de alimentación. Finalmente, reforzar la importancia inglesa en la OTAN, mediante el control militar del estrecho de Drake y sus aspiraciones a la Antártida. Pero Inglaterra no deseaba negociar con la Argentina. Advirtió mediante el M16 (Servicio de Inteligencia británico) en Buenos Aires, que la Argentina no aceptaría el cumplimiento de los 150 años de la ocupación inglesa en las islas sin una modificación sustancial de dicha situación. Desde 1965, en los Estados Mayores de las Fuerzas Armadas se venían realizando anualmente ejercicios y planes alternativos para la ocupación de nuestro archipiélago. Sólo faltaba la decisión política. A partir del año mencionado, siempre hubo planes militares para la acción inmediata.

Los ingleses elaboraron un proyecto maestro a bajo costo, truncado el 2 de abril de 1982 por la ocupación militar de las Malvinas. Ese plan consistía en "descolonizar" las Malvinas. Se trataba de fundar de la noche a la mañana un nuevo "Estado soberano", el de las "Falkland Islands", con un primer ministro (quizás el mismo barman del único pub de Port Stanley), pedir a las grandes potencias un intercambio de cónsules y solicitar su admisión a las Naciones Unidas y a la OEA. El reconocimiento diplomático de Gran Bretaña, Estados Unidos y demás socios de la OTAN europea sería inmediato. No menos fulminante sería el tratado que el flamante primer ministro malvinés firmaría con Estados Unidos, otorgándole un contrato de arriendo por 99 años para la construcción de una base aeronaval, que sería luego puesta a disposición de los socios de la OTAN. La intriga no sólo encajaba dentro de la tradición de Lord Ponsonby sino también en el plan de austeridad fiscal impuesto por el gobierno conservador de la señora Tatcher.

Nada podía ser más oportuno que llevar a cabo la operación diplomática en el feliz año de 1982, en que al fin un verdadero presidente militar prooccidental se había hecho cargo del gobierno en la Argentina.

5. ¿Por qué se plantea hoy la unidad de América Latina?

La unidad del Estado se forma en Europa como resultado del desarrollo del capitalismo. Al trocarse en potencias imperialistas, impiden a su vez a otras regiones del planeta históricamente rezagadas que ingresen al camino del capitalismo y se constituyan en Estados Nacionales unificados. Tal es el caso del Medio Oriente árabe o de los Estados de la América Criolla. El imperialismo se opone al crecimiento del capitalismo en las colonias. Gracias al resorte propulsor e involuntario de las grandes crisis mundiales (1914,1939, el crack de 1929) aparecen en los países coloniales o semicoloniales formas embrionarias de capitalismo industrial. Grupos de burguesías locales se vinculan al mercado interno. Por su parte, el gran capital imperialista, estrechamente vinculado a las oligarquías agrarias, mineras o financieras, se opone al desenvolvimiento de estas nuevas burguesías, empleando todos los medios, sean políticos, económicos o militares.

Esta lucha de clases se da con frecuencia, pero no se trata de la lucha de clases habitualmente conocida como el duelo entre la burguesía y el proletariado según el modelo europeo, sino de una lucha menos mencionada en los libros y más vista en la realidad, que es la lucha entre la clase oligárquica y la nueva burguesía. En este sentido, podría decirse que la dictadura militar en la Argentina, guiada por la pandilla de Martínez de Hoz, ha luchado con tal éxito contra la burguesía nacional, que ha terminado por destruirla. Pero esto no podría significar en modo alguno que Martínez de Hoz ha llegado al socialismo, sino, por el contrario, que la oligarquía ha logrado dejar sin trabajo a dos millones de obreros y obligado a los industriales a transformarse en importadores, financieros, estafadores, o, en otros casos, a emigrar. A diferencia de todos los países de Europa o Estados Unidos, donde la norma es el triunfo económico y político de la burguesía urbana sobre sus antiguos adversarios de la nobleza agraria, en América Latina la burguesía industrial es minoritaria en todas partes y rara vez está en condiciones de ocupar el poder, sino mediante caminos indirectos como en el caso del Ejército y del peronismo entre 1945 y 1955, en la Argentina.

Resulta evidente, ante todo lo dicho, que la unidad de América Latina no se plantea hoy como exigencia del desarrollo de las fuerzas productivas en busca del grandioso mercado interno de las veinte repúblicas, sino justamente por la razón opuesta. A fin de lanzarnos resueltamente por el camino de la civilización, la ciencia y la cultura, exactamente para desenvolver el potencial económico de nuestros pueblos sea por la vía capitalista, por medio del capitalismo de Estado, por la ruta de un socialismo criollo o por una combinación de todas las opciones mencionadas, América Latina necesita unirse para no degradarse. No es el progreso del capitalismo, como lo fue en Europa o Estados Unidos, el que exige hoy la unidad de nuestros Estados, sino la crisis profunda y el agotamiento de la condición

semicolonial que padecemos.

La guerra de las Malvinas, en el cuadro de esta lenta decadencia, ha irrumpido y vuelto a plantear todo de nuevo, y aquella figura retorizada, abrumada en el bronce, venerada en la rutina escolar, inmovilizada y divinizada, es decir, Simón Bolívar, ha cobrado vida en el Atlántico Sur. Vuelve a montar a caballo. Toda la América Latina ha recobrado la memoria histórica perdida. Ahora se entiende, al fin, el significado de voces olvidadas y precursoras: Torres Caicedo, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Haya de La Torre. Y se podrá comprender que ni el nacionalismo, ni la democracia, ni el socialismo poseen el menor significado en América Latina, si no se reencarnan en un programa general de Revolución Nacional Unificadora de La Patria Grande. La guerra de Malvinas, con el fulgor del relámpago, enseñó a los latinoamericanos que realmente tienen una patria común.

6. Nacionalismo de los países opresores. Nacionalismo de los países oprimidos

La guerra de las Malvinas permite reformular problemas de una gran importancia, frecuentemente oscurecidos por una fraseología que gira alrededor de un "democratismo" puramente verbal. La asimilación de un país imperialista u opresor con el nacionalismo de un país oprimido o semicolonial es un concepto típicamente europeo. De ese modo, no faltaron "demócratas" y aun "marxistas" que identificaron el nacionalismo de Hitler con el nacionalismo de Perón, o el nacionalismo de Gandhi con el de Mussolini. Aunque se trata de una trivialidad teórica (que se degrada hasta trocarse en impostura política), será preciso referirse a ella pues los poderosos intereses que regulan en América Latina el poder real, han introducido tales falacias hasta en el olimpo del ámbito académico. La guerra de las Malvinas reabrió el debate. Algunos sectores, en la propia Argentina y, naturalmente, en Europa, legitiman la agresión de la flota inglesa en el Sur. Al fin y al cabo era una lucha entre la democracia británica contra la dictadura militar del general Galtieri.

El nacionalismo de Hitler expresaba la suprema forma del terrorismo del capital financiero en busca de una redistribución colonial en un mundo oprimido por las potencias rivales. Las democracias inglesa, belga o francesa, por el contrario, eran "pacifistas". Gozaban de la explotación colonial de continentes enteros. Su servicial doctrina reposaba en el statu quo. Una guerra sólo podía poner en peligro el botín conquistado. Así Inglaterra resulta hoy pacifista en relación con la Argentina. Hasta hay en Buenos Aires "pacifistas anglofilos". Desean poner fin a la disputa en nombre de una paz imperial.

El nacionalismo de Perón o de Velasco Alvarado, a diferencia del nacionalismo japonés,

nazi o fascista, encarnó la resistencia de los pueblos débiles contra un imperialismo explotador oculto tras la "máscara democrática" de las potencias de Occidente o de Oriente.

Justamente el caso de la oposición entre democracia formal y democracia real adquiere en Bolívar un profundo significado. Para abrir el camino a una sociedad civilizada unida y soberana, Bolívar concibe el Proyecto de una Presidencia vitalicia. Belgrano y San Martín, en el Sur, meditaban un proyecto parecido, el de establecer una Monarquía, instalando en el trono a un descendiente de los incas. El sol de la bandera creada por Belgrano y que es hoy la bandera argentina de guerra, es símbolo inca. Los Libertadores perseguían el objetivo central de encontrar un foco centralizador del poder que evitase las tendencias centrífugas generadas por el atraso, las grandes distancias y las intrigas diplomáticas anglosajonas. Como América Latina, tras la larga dominación española, carecía del desarrollo capitalista, con una burguesía urbana y una monarquía absoluta, factores esenciales para generar la unidad del Estado, Bolívar había meditado una forma especial de centralización del poder que preparase en un largo trecho histórico el tránsito hacia una democracia representativa. Por tal razón, así como San Martín fue acusado de "monárquico" por los tenderos del puerto de Buenos Aires interesados en el librecambio, Bolívar, a su vez, fue combatido por el célebre leguleyo Santander, localista como el porteño Rivadavia, de aspirar a la "dictadura". Y, en efecto, tanto Santander, como Rivadavia o Casimiro Olañeta en el Alto Perú, eran "demócratas" en el sentido de que eran elegidos por las reducidas oligarquías comerciales, mineras o latifundistas de sus comarcas respectivas para impedir la formación de una gran Nación. En la recién fundada Bolivia, todos los propietarios de indios y minas eran opuestos a Sucre y Bolívar, que habían abolido en el papel el régimen de la mita, o sea, la esclavitud indígena, antes de desaparecer de la escena.

América Latina es el objeto del hazmerreír europeo por las crisis cíclicas de sus instituciones democráticas. Sin embargo, para conocerse a sí misma, América Latina debe preguntarse: ¿cómo lograron la democracia las naciones europeas que más próximas han estado de la historia de nuestro continente?

En primer término, abrieron el camino a la democracia por medio de la dictadura. Oliverio Cromwell, Protector de Inglaterra, cortó la cabeza a Carlos I, encarnación del absolutismo. A su vez, en Francia, Robespierre y el partido jacobino decapitaron a Luis XVI y su mujer, con los mismos fines. Estos regicidios no eran el único recurso. Hicieron lo mismo con parte de la nobleza feudal que se resistió al nuevo poder burgués y popular. La segunda fase del proceso democrático en Europa pasa por la explotación colonial. La acumulación de capital extraído de las colonias africanas, asiáticas y americanas, permite

mantener cierto nivel de vida en las metrópolis, desarrollar la técnica, investigar la ciencia, mantener grandes flotas, construir enormes fábricas y echar las bases de la democracia europea. En cambio, para sostener la democracia en las metrópolis, se requiere mantener el terror y el despotismo militar en las colonias. Democracia y dictadura son indisociables en la história de las potencias europeas.

"El saqueo de Bengala ayuda a la revolución industrial de Inglaterra", escribe en sus memorias Pandit Nehru.

7. Los generales argentinos occidentales se enfrentan con Occidente

En diciembre de 1981 el general Galtieri y su nuevo canciller, el Dr. Nicanor Costa Méndez, se habían referido públicamente a la necesidad de purificar, "blanquear" la política exterior de la Argentina. Esto no era nuevo. Ya el ministro del Interior precedente de la dictadura, general Albano Har guindeguy, se había envanecido en una conferencia de prensa de que la "Argentina se cuenta entre los dos o tres países blancos del mundo". Al mismo tiempo, expulsaba del país a trabajadores chilenos, bolivianos y paraguayos.

Cierto tipo de militares latinoamericanos participaban del mismo punto de vista. Por ejemplo, el general boliviano Vázquez Sempertegui, ilustre pensador contemporáneo, de la misma escuela filosófica que el general argentino, había dicho: "Hay que mejorar la raza mediante la inseminación artificial".

El general Galtieri afirmó que era imperioso ubicarse junto al Occidente. Su canciller, el Dr. Costa Méndez, se refirió despectivamente al conjunto sospechoso de los Estados del Tercer Mundo. El general Calvi, jefe del Estado Mayor del Ejército, había elogiado, por su parte, las relaciones argentinas con la racista Sudáfrica. El genio inventivo de García Márquez quedó reducido a la nada cuando la elusiva y fabulosa Clío desenvolvió toda la intriga. Los Estados Mayores de las Fuerzas Armadas, advertidos de los planes británicos, resolvieron precipitar la acción de reconquista de las islas Malvinas. Fundaron su decisión en varias hipótesis, todas erróneas. La primera de ellas era la neutralidad benévola de Estados Unidos en la solución del problema. Resultaba lógico para los militares argentinos suponer que el gobierno norteamericano, agradecido por el envío de 500 instructores militares a Centroamérica para ayudar a los planes yanquis de invasión de Nicaragua y El Salvador, jamás actuaría contra los intereses argentinos en las Malvinas. Tampoco Gran Bretaña, en vísperas de vender su flota, y aliada de Estados Unidos, reaccionaría mediante acciones militares. Era sensato suponer que Estados Unidos mediaría para lograr una solución tan

satisfactoria para su aliado anticomunista del Sur como para su aliada europea de la OTAN. Por lo demás, se contaba con el apoyo diplomático mayoritario en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Pero nada de eso ocurrió. Sucedió exactamente lo contrario. El 3 de abril, al día siguiente de la ocupación argentina, en el Consejo de Seguridad votaron contra la Argentina tres de los gobiernos que cuentan con poder de veto: Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. Los dos gobiernos que también son miembros permanentes del Consejo de Seguridad y asimismo tienen poder de veto, se abstuvieron en la votación: fueron los gobiernos de la URSS y de China. Sólo un país, de la América Criolla, votó gallardamente a favor de la Argentina en el Consejo de Seguridad. Fue la República de Panamá, por la boca de su canciller, el Dr. Jorge Illueca. En esa misma tierra, en 1826, el Libertador Simón Bolívar había convocado a los Estados emancipados del Imperio español a reunirse en una gran Federación. De Panamá regresaba ahora el eco del gran mensaje, que parecía olvidado para siempre. Y así fue: Bolívar, Panamá, las Malvinas.

Hasta último momento, a mediados de abril, Galtieri y los generales esperaron que Estados Unidos cumpliera con sus amigos del Sur. Cuando el presidente Reagan anunció que su gobierno apoyaría con todos sus medios a Gran Bretaña, ya navegaban en aguas del Atlántico Sur los submarinos atómicos ingleses. Su bloqueo marítimo impidió a la Argentina la afluencia del material de guerra, en particular la artillería de costa de 155 mm, que habría vuelto inexpugnable la invasión inglesa a las Malvinas. Recién entonces, los generales argentinos prooccidentales comprendieron que había que enfrentar una guerra con el Occidente colonialista. Entraron en guerra cuando ya era tarde para hacerlo. Si hubieran sabido desde el principio lo que ocurriría, jamás hubieran ocupado las Malvinas. El general Galtieri se volvió antioccidental; y el Dr. Costa Méndez, abogado de grandes empresas inglesas, pronunció excelentes discursos antiimperialistas. Estos cambios son frecuentes en la historia universal. Más allá de las intenciones y propósitos de los participantes, los acontecimientos que desencadenaron son infinitamente más importantes que los circunstanciales actores. Hegel llamaba a tales disparidades: "ironías de la historia".

Los generales debieron declarar abominable todo lo que habían adorado y dar vuelta el poncho bajo el torrente de hierro y fuego. América Latina y el Tercer Mundo los esperaban.

8. Explicación histórica de fondo de la crisis de las Malvinas

La inesperada guerra del Atlántico Sur exige una dilucidación más profunda que los simples hechos narrados o que una investigación del misterio psicológico del general Galtieri.

Es perfectamente trivial, cuando no ridículo, suponer que la mayor operación de guerra aeronaval emprendida por la tercera potencia militar del mundo desde la crisis del canal de Suez en 1956, obedeció a que el general Galtieri pretendía mejorar su "imagen" o aspiraba a quedarse en el poder. No han faltado aquellos que han visto en el drama de las Malvinas un duelo entre la democracia inglesa y la dictadura argentina.

La explicación esencial reside en que la imponente arquitectura económica, política y cultural erigida sobre la complementación productiva y comercial entre el Imperio británico y el Río de la Plata (Uruguay incluido) ha desaparecido para siempre. Duró algo más de un siglo. Después de cien años de esplendor ya nada queda de aquella alianza que llegó a su cima en la década posterior a la muerte de la reina Victoria y que luego declinó lentamente. Había constituido una expresión notable del intercambio entre los "países-granja" y la "nación-taller", una verdadera muestra in vitro de las teorías de Adam Smith. Por lo demás, la contribución inmigratoria de los países agrarios atrasados de Europa permitió construir una sociedad criolla europea, con una pátina de modernidad. De tal manera se formó una clase media demoliberal con fuertes propensiones imitativas en el orden cultural, tanto como en el orden político, así como una oligarquía dominante intensamente educada en las normas de los refinados consumos de la plutocracia europea. La "semicolonia próspera" comienza a desaparecer y a hundirse en una crisis profunda a medida que Inglaterra y Europa se retiran del Río de la Plata. La fundación y funcionamiento del Mercado Común Europeo hacia 1960, va a cerrar el período. No resultó una casualidad que el terrorismo de ciertos sectores de la clase media acomodada del Uruguay y la Argentina hiciera su aparición al mismo tiempo que se disolvían en la nada los lazos económicos, políticos y culturales que habían permitido un siglo antes traer al mundo social a esas mismas clases.

La Comunidad Económica Europea se esfuerza por encerrarse en sí misma, en procurar un mercado paneuropeo y en realizar su propio abastecimiento agrícola y ganadero. En el año 1981 la Europa de la CE exporta al mercado mundial 600.000 toneladas de carne subsidiadas con "precios políticos". Esto no sólo significa la ruptura radical con los países del Plata que durante un siglo habían abastecido con sus praderas al consumidor europeo, sino también el fin oficial y categórico del "liberalismo económico" y de la "división internacional del trabajo". Todas las clases sociales ligadas en la Argentina al comercio exterior con el Viejo Mundo, quedan marginadas. Y todos los símbolos literarios, jurídicos y políticos elaborados durante el prolongado período histórico de complementación que acabo de señalar y que habían destacado a la Argentina como al "país más europeo y menos latinoamericano" de la América Criolla, se ofrecen a la curiosidad pública como piezas anacrónicas: las razas

inglesas de toros Shorton, las categorías libre-empresistas de la oligarquía pampeana, el orgullo dudoso de pertenecer a una raza blanca (dentro del área bonaerense) y hasta el propio poeta Borges sobreviven como reliquias de una época que ha tocado a su fin.

El enfrentamiento armado por las Malvinas habría sido inconcebible tres décadas antes: ningún gobierno argentino lo hubiera emprendido y ningún país europeo habría respondido con la guerra. Pero ya nada unía a la Argentina ni con Inglaterra ni con Europa, convertida al más cerrado proteccionismo.

La guerra de las Malvinas, por el contrario, pondría a prueba, como en un laboratorio gigantesco, la solidaridad política, económica y militar latinoamericana con la Argentina. La patria bolivariana resurgiría nuevamente ante el asombro del mundo entero.

9. El giro militar en las Malvinas y el doble carácter de los Ejércitos latinoamericanos

El brusco viraje de los generales argentinos hacia la guerra con Inglaterra y la adopción de un lenguaje anticolonialista requieren algunas observaciones.

En su mayoría, los oficiales de las Fuerzas Armadas en América Latina, proceden de las clases medias. Del mismo modo que los egresados de las Universidades, los miembros de las Fuerzas Armadas están sometidos a las presiones políticas y culturales de todas las fuerzas que libran su batalla en las frágiles sociedades de América Latina. Esto explica las mutaciones corrientes de los Ejércitos.

Los aviones argentinos, a un alto costo de vidas, lograron destruir, dañar o hundir a numerosas fragatas misilísticas, poner fuera de combate al portaaviones Invencible, dañar seriamente al portaaviones Hermes, hundir en total a cerca de 30 naves y poner en crisis al esquema marítimo militar de la OTAN. En efecto, la flota de la OTAN está compuesta por naves de alta complejidad electrónica, envueltas en una delicada película de aluminio. Hasta los aviones Pucará, fabricados en la Argentina, lograron perforar el aluminio. Los jefes de la OTAN siguieron con los ojos bien abiertos la prueba de fuego del Atlántico Sur. Si se considera que la única flota de guerra del mundo que está acorazada con planchas de acero es la soviética, bastará para señalar que los pilotos argentinos han desbaratado el perfil bélico de la flota de la OTAN. En segundo lugar, las adaptaciones a tierra de los Exocet, concebidas por ingenieros argentinos, y los vuelos de la aviación nacional a sólo 3 metros del agua, que burlaron todos los dispositivos de prevención del radar de las naves, constituyeron una prueba más de los factores políticos de toda guerra.

La historia militar propiamente dicha de la guerra está en elaboración, pero si se pone a

un lado la impericia de ciertos generales, no hay duda de que la imponente flota inglesa estuvo muy cerca de ser aniquilada.

Hay algo más importante todavía:

Ha saltado por los aires el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, firmado en Río de Janeiro en 1947, para uso privado de los Estados Unidos. Es un simple papel mojado. La Doctrina Monroe ha sido enterrada por los propios norteamericanos con pocos honores. Ha quedado destruida también la "Doctrina de la Seguridad Nacional", la teoría de las "fronteras ideológicas" y el mito de los "valores de Occidente". Ahora, los militares argentinos saben que los valores de Occidente se cotizan en la Bolsa de Londres. La integración argentina al Tercer Mundo enseñará a las Fuerzas Armadas que si los europeos y norteamericanos gozan de un modo de vida occidental, los latinoamericanos padecen de un modo de vida accidental. Tales lecciones han sido recogidas en las aguas ensangrentadas del Atlántico Sur y nadie podrá olvidarlas.

Ha quedado en evidencia que los países del Pacto Andino pueden y deben reemplazar las menguadas compras de la Comunidad Económica Europea. La oleada de entusiasmo patriótico y fervor antiimperialista debe ser incluida en este sumario balance.

Los cambios generados por la guerra con Inglaterra obligaron a la dictadura militar a trascendentales modificaciones en su política exterior. De acuerdo a un informe de la CIA al Consejo de Seguridad de la Casa Blanca, publicado en Washington, la crisis de las Malvinas impulsó a los Estados Unidos a practicar modificaciones profundas en su estrategia en Centroamérica. En efecto, según dicho informe, el compromiso adquirido por el general Galtieri de enviar instructores militares para hostilizar a Nicaragua y El Salvador, se quebró por la conducta observada por Estados Unidos al apoyar a Inglaterra. Dichos instructores, dice el informe de la CIA, fueron retirados; y la heroica República de Sandino experimentó así el primer beneficio de la lucha en las Malvinas. Estados Unidos debió enfrentar por sí mismo y abiertamente la defensa de su política agresiva hacia Centroamérica.

El abrazo del Dr. Costa Méndez con Fidel Castro en La Habana, por lo demás, simbolizó la reorientación no ideológica, sino política, que la Argentina de la dictadura militar se veía obligada a adoptar a causa de la guerra. Al concurrir a Managua, Nueva Dehli y Belgrado, los representantes militares de la Argentina debieron aceptar que nuestro país se encuentra en el campo revolucionario de la historia moderna, es decir, en el Tercer Mundo.

Epílogo

Discurso en México al fundarse la Cátedra de América Latina[794]

Puesto que el proceso histórico no permite a nadie quedar al margen de su tumultuoso discurrir, somos testigos y protagonistas, a la vez, de acontecimientos asombrosos que prometen modificar de modo sustancial el rostro político y espiritual del mundo en este inminente fin de siglo.

Me refiero, por supuesto, a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, cuyo atormentado epílogo se arrastró durante casi cincuenta años. La bipo laridad militar parece haber concluido aunque política y económicamente se insinúan múltiples y nuevos polos de poder.

Cabe deplorar, sin embargo, que los frutos de tan feliz circunstancia sean nítidamente ambiguos, si cabe decirlo así, y todos excluyen de sus beneficios a la América Criolla. No hay duda de que se ha quebrado un tipo de seudo socialismo que pretendía lograr una acumulación primitiva de capital mediante un régimen despótico, no menos cruel que aquel que presidió el proceso de acumulación de los países clásicos del capitalismo occidental.

Para los latinoamericanos tampoco ofrece sombra de duda que el régimen social y político de los llamados países centrales, paradigmas del desarrollo capitalista, ofrece a sus respectivas sociedades márgenes notables de prosperidad y democracia, aunque su conducta respecto de los países del Tercer Mundo se distingue por la crónica violación de las soberanías ajenas: la expoliación financiera, y lo que es peor, el arrasamiento de las personalidades nacionales de los países débiles y la adulteración de su historia.

Más todavía, como lo ha señalado recientemente en un notable discurso el canciller de México, pareciera flotar en la atmósfera del mundo actual una sospechosa teoría, concebida por las plutocracias internacionales, que postula una democracia formal sin sustancia, lanzada a los mercados de ingenuos consumidores como el más reciente producto comercial de las grandes potencias. Para nosotros, latinoamericanos, toda democracia que no se apoye en el nacionalismo cultural, la soberanía territorial, la justicia social y la economía autocentrada, se revela como una nueva tentativa para desvirtuar nuestra meta de integral emancipación.

No podemos aceptar la idea de que la persecución obsesiva del lucro capitalista privado y

[794] E1 siguiente discurso fue pronunciado por el autor en 1991 en su calidad de embajador argentino y en nombre del Cuerpo diplomático latinoamericano, en el Salón de Actos que fuera el Rectorado de José Vasconcelos. [N. de V. R.]

el individualismo burgués, filosófico y político, que menosprecia nuestras soberanías, sea el único y alegre resultado del fin de la Guerra Fría.

Señores, ya hemos pagado nuestro tributo de inocencia, no cambiaremos nuestro oro por cuentas de vidrio una segunda vez.

Precisamente la fundación de la Cátedra de América Latina que hoy formalizamos bajo los altos auspicios de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y de la Universidad Nacional Autónoma de México que nos acoge con la clásica generosidad y amor mexicanos por los bienes del espíritu y la hermandad latinoamericana, se propone reflexionar libremente sobre éstos y otros grandes temas que afrontará América Latina en el nuevo período histórico que se inicia.

Nos es dado presenciar la crisis de las mitologías políticas de este siglo. De allí nace el forzoso requerimiento para que América Latina formule su propia versión del objetivo irrenunciable que no es otro que procurar una Confederación de Repúblicas. Ante la perplejidad que asalta a la humanidad en la presente encrucijada, recordaré las palabras de la gran antropóloga estadounidense Margaret Mead: "Cuando había llegado a conocer todas las respuestas me cambiaron las preguntas...".

En algún sentido, nada mejor podría habernos ocurrido a los latinoamericanos puesto que no fuimos nosotros quienes pensamos las respuestas.

Ahora bien, ha llegado la hora de que seamos nosotros mismos y ningún otro quienes elaboremos los interrogantes esenciales que, casi siempre, si resultan ser los adecuados, contienen la respuesta en sus entrañas.

La historia nos proporciona ejemplos innumerables. Cuando el miserable espectáculo que presentaba la Alemania del siglo XIX no dejaba sospechar siquiera el poder económico y social que alcanzaría luego, una sola esperanza se alzó sobre la polvareda de los treinta y siete Estados en que estaba dividida la Nación alemana. Fue la voz de sus grandes pensadores, poetas y filósofos. Como es bien sabido, cada uno de los impotentes Estados alemanes vivía una vida parroquial, incomunicada y sofocante. La historia, la gran historia, transcurría fuera de la fragmentada Alemania.

Exactamente como hoy entre nosotros. En el interior de cada una de las pequeñas soberanías, soportaba su hastío el príncipe, con su pequeña y ridicula corte, tristemente animada por sus halconeros, sus enanos y bufones, sus caballeros galantes y, naturalmente, sus flautistas de cámara. No había un gran mercado interno ni un gran ferrocarril que unieran al pueblo de lengua alemana. Pero contaban con un precioso e irresistible instrumento que preparó la unidad: fueron Hegel y Schelling, Fichte y Schiller, Goethe, Heine y Marx, los que

tejieron desde múltiples visiones del mundo la urdimbre espiritual en que se fundó el porvenir común de esa nación inconstituida.

¿Habría nacido la moderna Nación francesa sin su gran Revolución, inexplicable sin Diderot, D'Alembert, Voltaire o Rousseau? Nosotros, los latinoamericanos, ¿no estamos a punto de ser 500 millones de almas? ¿No contamos acaso con Gabriel García Márquez y Alejo Carpentier, con Carlos Fuentes, Octavio Paz y Lepoldo Zea?

Nuestros compatriotas, ¿no son Arturo Uslar Pietri, Arturo Jauretche, Joaquín Edwards Bello, Manuel González Prada y Manuel Ugarte? ¿No han dibujado el cielo de una nación común el Martín Fierro, Juan Bosch, Darcy Ribeiro, Alberto Methol Ferré, José Antonio Vázquez o Augusto Céspedes?

Pues bien, todo lo tenemos, si queremos tenerlo, en potencia o en acto.

Hace 200 años Alejandro de Humboldt trazó el grandioso inventario de la América física. A nosotros nos toca ahora atrevernos a concluir con la autodenigración y enfrentar soberanamente nuestro destino. Ese es el propósito que inspira a los embajadores de América Latina, al fundar esta Cátedra para todos los hijos de la Patria Grande.